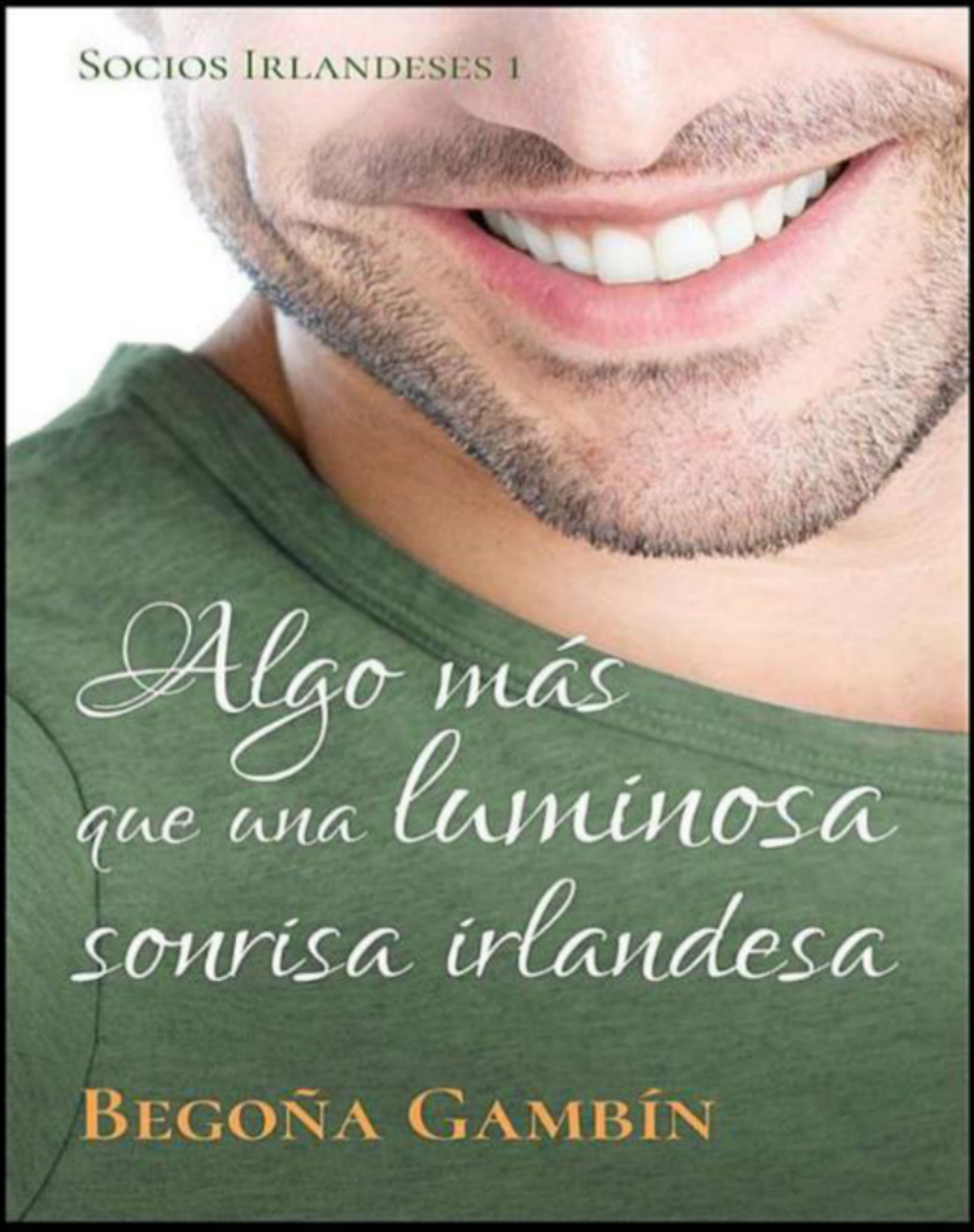
Selecta


Socios Irlandeses 1
Algo más que una luminosa sonrisa irlandesa
Begoña Gambín

Selecta

Selecta

Algo más que una luminosa sonrisa irlandesa

*Begoña Gambín*

*A ti, con toda mi gratitud.*

Capítulo 1

Connor Murray se giró con brusquedad y dejó de mirar por la ventana de su despacho para alternar sus ojos hacia cada uno de sus dos amigos.

—¡¿En serio habéis hecho eso?! ¡¿Sin mi consentimiento?!

—Connor, lo hemos hablado en multitud de ocasiones y siempre terminas convenciéndonos para postergarlo —arguyó su socio y amigo Seán Gallagher.

—Ahora es un hecho consumado y no puedes negarte —continuó Declan Campbell, el tercer socio de Dagda.

—¿Y no habéis pensado que quizás sea porque yo no quiero? — inquirió con el ceño fruncido y una mueca en sus labios de profundo disgusto.

—No se trata de lo que tú quieras o no, sino de lo que es necesario y tú debes tener a alguien que te descargue de trabajo o caerás enfermo —le recriminó Seán.

—¿Te has mirado en el espejo últimamente? ¡Estás macilento! —

insistió Declan.

Connor sabía que sus amigos y socios tenían razón. Su tez estaba cada vez más pálida mientras que sus ojeras se hacían cada vez más profundas.

Él llevaba el control de la empresa que habían fundado hacía tres años y eso no era cualquier minucia.

Se dedicaban a la creación de videojuegos y cada uno tenía su cometido dependiendo de su formación. Seán era un experto programador y tenía a su cargo la plantilla del personal dedicado al desarrollo de los videojuegos.

Declan se ocupaba de la parte legal de la empresa como abogado que era. Y

Connor, siendo el economista del trío, tenía la función de director,

administrador y organizador.

Al principio, sus actividades y ámbitos de actuación, pese a que le cubrían sus horas de trabajo en su totalidad, se podían llevar con tranquilidad, pero desde que la empresa había ido obteniendo mayores éxitos, el trabajo lo había desbordado, aunque no quisiera reconocerlo. Pero prefería soportarlo a tener a alguien que tendría que empezar desde cero.

Además, todos los datos que él manejaba eran de suma importancia y un pequeño detalle podría llevar al traste el trabajo de todo un año.

Dicen que un amigo es uno que sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere, pero en esos momentos él preferiría que sus socios sintiesen menos estima por él. «¡Malditos sean! ¡Menudo el embolado en el que me han metido!», pensó. Sí, era cierto, necesitaba ayuda, pero jamás lo admitiría y menos sin haber tenido ni voz ni voto en la elección. Y desde luego, él no habría buscado un novato. Eso seguro.

Cuando Connor entró por primera vez al cuarto que iba a compartir con Seán y Declan en el Trinity College de Dublín, ni se imaginaba que esos dos compañeros de habitación iban a convertirse en sus mejores amigos.

Eran diametralmente opuestos entre los tres y la primera impresión fue nefasta. Incluso, estuvo a punto de pedir un traslado.

La zona de Seán era un auténtico desastre, con un cúmulo de ropa y calzado desperdigado por todos lados y, por el contrario, él era un maniático del orden. Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio, repetía incesantemente a sus hermanas pequeñas.

En cambio, el lado de Declan, aunque estaba más ordenado, la

acumulación de ropa de marca y zapatos a la última moda junto con botecitos de colonias, desodorantes y demás artículos de belleza, innecesarios a su entender, le dejó claro que sus personalidades iban a chocar. Con los dos.

Él era el orden personificado, o sea, lo contrario que Seán, y nada vanidoso, como debía ser Declan.

Puso todo su empeño en no mezclarse con ninguno de los dos, pero ellos no se lo permitieron; Declan con su humor socarrón y Seán con su bondad. ¿Qué él se mostraba hosco y huraño?, pues más persistentes se comportaban ellos para que participase con ellos en los ratos de ocio. El

futuro abogado le provocaba con discusiones tontas y el futuro informático mediaba entre ellos hasta que compartían risas y cervezas.

Antes de acabar los tres sus respectivas carreras ya tenían claro que iban a formar parte de un mismo proyecto. A lo largo de los años habían conseguido encajar de tal manera que el objetivo era más que evidente para los tres. Tres personalidades distintas, tres profesiones distintas, pero un mismo fin.

—Yo no me he quejado —siguió poniendo pegas.

—No hace falta, Connor. Tenemos ojos y sabemos el aumento de trabajo que has tenido en los últimos tiempos. Necesitas ayuda —concluyó Seán.

—Pero no quiero tener a alguien pegado a mis pantalones durante todo el día, perdiendo el tiempo mientras le digo lo que tiene que hacer. Prefiero hacerlo yo.

Su gesto, adusto y hosco de por sí, se había acentuado durante el transcurso de la conversación con sus socios. Pero sus amigos estaban al tanto de cómo tratarlo y sabían que con él solo valían los hechos consumados.

—¡Caray! ¡Connor, solo dale una oportunidad! La hemos contratado en prácticas. Acaba de terminar dos grados en España: uno de Derecho y otro de Administración y Dirección de Empresas con unas notas y referencias excelentes. Por lo tanto, solo estará durante seis meses si no quieres contratarla en firme —se exasperó Declan.

—¡Y encima extranjero! ¿Vosotros sabéis los tecnicismos económicos que con seguridad no tendrá ni pajolera idea?

—Pues si es por eso, no debes preocuparte. Los ha acabado en España, pero los inició en Dublín. Es bilingüe.

El economista agachó la cabeza y apretó sus puños a ambos lados de su cuerpo para intentar controlarse. Estaba acostumbrado a trabajar en solitario. No se sentía a gusto con la gente, salvo con sus dos amigos. Era un hombre introvertido y huraño, aunque educado, honesto y franco.

Cuando era un niño siempre había sido el rarito de la clase, aquel que era la diana de las mofas y burlas de sus compañeros y solo porque en las matemáticas era un lince y el profesor siempre lo ponía de ejemplo.

Bueno, por eso y porque tenía la puñetera costumbre de tropezarse con cualquier pequeña esquirla del suelo y, por supuesto, caía cuan largo era cada dos por tres, también tropezaba con las mesas de las clases, la pelota nunca aterrizaba en la zona del cuerpo donde debía cuando jugaba a algún deporte… ¡Para qué seguir contando!

En definitiva, era carne de cañón para los gallitos del corral, así que, poco a poco, se convirtió en un niño tímido, luego fue un adolescente huraño y ahora era un adulto tímido, huraño y solitario.

Jamás pensó que conectaría con dos seres tan distintos a él, pero ahora serían imprescindibles en su vida y por eso, a veces, no tenía más remedio que claudicar ante ellos.

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó levantando los brazos con las palmas de las manos abiertas—. ¡Probaré a ese muchacho! Pero no os prometo que sea fácil. No sé trabajar en compañía, os lo advierto. Además, sigue sin gustarme que lo hayáis contratado a escondidas, sin darme la oportunidad de supervisar su idoneidad.

Ambos amigos se miraron con complicidad. Mejor se callaban el resto.

Sería una sorpresa para Connor. Así que, una vez obtenida la claudicación del economista, ambos se fueron a sus respectivos trabajos.

Connor se dirigió a la ventana para mirar a través de ella con la intención de calmar su mal humor. Era un vicio que tenía. Lo calmaba y lo ayudaba a pensar. Por eso él eligió ese despacho cuando tomaron posesión de la nave. Aunque era bastante más pequeño que el de Declan, tenía unas vistas espectaculares. Bueno, por eso y porque ese despacho no tenía antesala para una secretaria, como el de Declan. Así

no tuvo que poner excusas para evitar tener una para él. ¡Y ahora le imponían un ayudante!

¡Esto era el colmo!

## Capítulo 2

Desde la pequeña ventana del avión pudo observar como los flaps del ala, controlados por el piloto, se posicionaban para facilitar la aproximación a tierra para el aterrizaje en el aeropuerto de Dublín. Por fin estaba a punto de llegar. Eran casi las cinco de la tarde y había salido de Madrid a las once de la mañana para hacer escala en Londres y allí coger otro avión hasta la capital de Irlanda.

Marta se concentró en buscar la tierra en el horizonte hasta que pudo ver, en la lejanía, un verde luminoso que rompía la uniformidad del azul del mar. Según se fue acercando y comenzó a sobrevolar ese manto verdoso con la ayuda de la mole metálica en la que semejaba que había sido engullida como Pinocho lo fue por la ballena, apareció un tablero de ajedrez de variados tonos de verdes que parecía puesto allí para el juego de los dioses desde el panteón irlandés.

La joven se quedó subyugada por el paisaje que podía vislumbrar a través del pequeño cristal. No era la primera vez que viajaba a Irlanda y siempre le pasaba lo mismo: sentía su atracción. Era como si interiormente considerase que llegaba a su casa, al lugar del que formaba parte. Y en realidad era así: la mitad de ella pertenecía a ese país y la otra mitad a España.

Estaba tan absorta que la pilló por sorpresa el pequeño cosquilleo en el estómago que siempre sentía al aterrizar allí. No sabía si era por el hecho del aterrizaje en sí o por el nerviosismo de volver a esa maravillosa tierra.

Había decidido volar dos días antes de la reunión que tenía concertada en la sociedad que la había contratado para poder hacerse cargo de la

pequeña vivienda que había alquilado cercana a Dagda, la empresa donde pensaba empezar a forjarse un futuro.

Agradecía que esta estuviera instalada en las afueras de la ciudad, en el barrio de Santry del condado de Fingal, porque eso le permitía estar rodeada del paisaje subyugador de este hermoso país y poder pasear por él en cualquier momento sin tener que desplazarse desde el centro. Cuando regresaba por la tarde/noche a su casa, le gustaba dar un paseo por algún parque o zona verde para despejar su mente antes

de meterse otra vez entre paredes. En Burgos solía pasear por las riberas del río Arlanzón después de asistir a sus clases en la universidad y antes de ir a casa de sus abuelos.

Lo primero que hizo en cuanto aterrizó tras recoger las llaves de su nueva casa fue hacer una visita personal y muy importante para ella.

Cuando abrió la puerta de la casa de sus padres, oyó unas risas que salían de la cocina. Dejó la maleta en la entrada y con sigilo se acercó hasta allí. Su padre estaba cortando verduras mientras su madre freía algo en una sartén.

—Ya veo que no me echáis de menos.

—¡Marta! —gritaron a la vez.

Ambos dejaron lo que estaban haciendo de inmediato y se acercaron hasta su hija para abrazarla y llenarla de besos.

—¿Cómo estás, cariño?

—Genial, papá. Con muchas ganas de veros y deseando empezar con mi nuevo trabajo.

—No sabes lo que nos alegramos de que hayas vuelto a Dublín. ¡Te echábamos tanto de menos!

—Pues ya no me voy a separar de vosotros en una larga temporada.

Los ojos de su madre la analizaban con profundidad. Era la única hija del matrimonio y el amor de sus vidas. Aunque siempre habían intentado criarla para afrontar con valor los malos momentos que da la vida, si a Marta le dolía una uña del pie, les dolía a ellos multiplicado por cien, por eso, los últimos años habían llevado una losa a cuestas que aún no se habían quitado de encima.

Pese a que ella no veía lo que había cambiado su forma de ser durante ese tiempo, ellos lo habían detectado enseguida, pero ahora, por fin, parecía que volvía a ser la de antes; por lo menos eso les había trasladado los

abuelos paternos. En cuanto pudiesen comprobar con su propia vista que todo estaba bien en la vida de su hija, podrían respirar con tranquilidad.

—Supongo que te quedas a cenar con nosotros, ¿no? —inquirió su

padre de forma que no le dejaba opción a una negativa.

—¿Lo que está friendo mamá es Boxty[1]? —preguntó Marta relamiéndose los labios.

Sus padres se rieron de placer al ver la cara de gusto que puso.

—No os riais de mí. ¡Llevo un año sin catarlo! —protestó la joven con una amplia sonrisa.

Los adoraba. Eran unos padres firmes cuando había que serlo, pero siempre, siempre, cariñosos. Al observarlos, sentía un dolor intenso en el corazón al considerar que los había defraudado en los últimos años. No siguió sus consejos, no prestó atención a sus advertencias y la caída fue espectacular, pero, aun así, ahí estuvieron para recoger los pedazos diseminados de ella. La mimaron, la cobijaron y, a pesar de que a ellos les habría gustado mantenerla a su lado, la enviaron con sus abuelos paternos para que purgara la bilis que le corroía todo el cuerpo en otro lugar que no le recordara su pasado más inmediato y doloroso.

***

Después de pasar la velada con sus padres, se encerró en su casa para desempacar todas sus pertenencias y darle a su nuevo hogar su toque personal y acomodarse en él. Durante los dos días que tenía antes de incorporarse a su trabajo movió muebles, cambió los elementos decorativos de sitio, colocó los que había llevado ella desde España y la limpió de arriba abajo. Al final le quedó un piso bastante a su gusto, casi podría decir que un hogar, aunque aún le faltaban algunos detalles que iría adquiriendo día a día. Quería comprar algunas plantas para darle vida al ambiente y algunas cosas que observó que necesitaría en la cocina para preparar sus recetas preferidas que incluían la lasaña y algunos postres que le había enseñado hacer su abuela paterna.

En cuanto se hizo de noche el segundo día, rendida, se acostó temprano

para estar bien despejada para su primer día de trabajo. Esto lo iba a conseguir ella sola, sin la ayuda de alguien, como se prometió un año atrás, cuando decidió qué camino tomar en su vida y que, a partir del instante en el que ella se notase recompuesta, lo haría sin el auxilio de su familia.

Y ese momento había llegado. Sentía que lo necesitaba. Era su oportunidad de demostrar a su familia de que se había sacudido todo lo negativo que había acumulado durante dos años y que, durante el año vivido junto a sus abuelos, había vuelto a retomar su vida y su futuro por sí misma.

Le encantaba la sensación que tenía cada vez que superaba un escollo por sí misma. Le daba fuerza y seguridad. Además, tenía muy buenas referencias de la empresa a la que iba a trabajar y seguro que allí podría adquirir mucha experiencia que le vendría muy bien para su futuro profesional. ¡Era justo lo que necesitaba!

Capítulo 3

A la mañana siguiente, cuando despertó, se encontró pletórica de energía ante la perspectiva de comenzar su nueva vida. Se dio una reconfortante ducha, se vistió con su mejor traje y se tomó una tila para tranquilizar sus nervios.

Se había preocupado en averiguar todo lo posible sobre la empresa que la había contratado y estaba realmente convencida de que tenía un porvenir prometedor en ella. Se trataba de una empresa que llevaba tan solo tres años en el mercado y que ya despuntaba dentro de su especialidad. La sociedad pertenecía a tres jóvenes emprendedores con una amplia visión de futuro que habían tenido un gran éxito en poco tiempo y que se les auguraba mucho más.

Recorrió las pocas calles que le distanciaban de la empresa con el estómago en un puño.

La nave en la que estaba situada Dagda era bastante nueva, aunque no muy grande. Un gran cartel con su nombre le indicó la situación de la puerta principal de cristal con efecto espejo y un enrejado de hierro forjado, tocó el timbre que detectó en el lateral.

La recibió una joven muy agradable que se presentó como Megan, secretaria de Declan Campbell, y que la hizo pasar enseguida al despacho de su jefe.

Marta, en cuanto vio levantarse al abogado de detrás de su mesa para salir a su encuentro y estrecharle la mano, se quedó impresionada por su atractivo. Era un hombre guapo. No, guapísimo. Llevaba el pelo rubio largo y ondulado que caía sobre sus enormes hombros. Sus vivos ojos de color

gris plomizo le sonreían a la vez que su sensual boca. Una nariz recta

completaba un rostro de infarto. ¡Y su cuerpo no le iba a la zaga! No pudo evitar que se le fuesen los ojos hasta recorrerlo en toda su extensión. Marta calculó que mediría alrededor de un metro ochenta y cinco centímetros de un cuerpo cultivado con el deporte. Vestía con un elegante traje negro, camisa negra sin corbata y sus finos zapatos brillaban como si fueran recién estrenados. Se desplazaba con pasos felinos y elegantes y su mano alargada hacia ella era grande y de dedos alargados. Destilaba clase por todos sus poros.

—¿Marta Romero? —preguntó con un torpe español.

—Sí. Esa soy yo —contestó a la vez que estrechaba su mano.

—Bienvenida a Dagda.

—Muchas gracias…

—Declan Campbell. Socio y abogado de la empresa.

—Encantada, señor Campbell.

—No, por favor. Declan. Sin formalismos —propuso con una amplia sonrisa.

—Pues encantada, Declan —le correspondió con otra gran sonrisa.

—¿Has tenido buen viaje?

—Sí, gracias por tu interés. Llegué hace dos días y ya estoy instalada.

—Estupendo. Entonces supongo que estarás despejada y dispuesta para comenzar de inmediato.

—Por supuesto.

—Genial. La verdad es que te necesitamos con urgencia. Ven, te presentaré a mis socios y a la persona con quien tendrás que trabajar —

anunció mientras le hacía un gesto con su mano indicándole la puerta —. De paso conocerás un poco las instalaciones.

El abogado guio a Marta por los distintos espacios de la empresa.

Avanzaron por el pasillo central en el que estaba situado el despacho de Declan y donde, distintas puertas, llevaban a otras dependencias que se anunciaban con un cartelito en cada una de ellas.

—Este es el baño de uso exclusivo para los que estamos en las oficinas.

O sea, por mi secretaria, mi socio Connor, que luego te lo presentaré, por mí y ahora por ti. Es mixto, así que te aconsejo que cuando lo utilices, cierres

la puerta por dentro si no quieres llevarte una sorpresa —le informó acabando con una sonrisa socarrona que se plasmó también en sus atractivos ojos.

—Entendido. Lo tendré muy presente —respondió ella con otra sonrisa.

En la siguiente puerta, Declan se paró y la abrió.

—Esta es la sala de descanso. Hay una pequeña cocina, mesas y sillas, como ves —explicó haciéndose a un lado para que Marta pudiera mirar—, y algunos juegos para distraerse. La puedes usar cuando quieras.

Marta se limitó a observar el interior y afirmar con un gesto de su cabeza. Declan continuó por el pasillo hasta el fondo donde había una doble puerta de grandes dimensiones tras las que se encontraba la sección de creación, programación y desarrollo de los videojuegos.

—Este es el reino de Seán, mi otro socio. Ellos tienen otra sala de descanso y otros aseos, así que no los verás por nuestros dominios —

concluyó abriendo una de las puertas.

Entraron en una sala de grandes dimensiones repleta de mesas con decenas de ordenadores con sus correspondientes trabajadores sentados delante de ellos. Declan miró hacia el despacho que había a la derecha de la puerta de entrada y que parecía una pecera de cristal desde donde se podía observar toda la sala.

—Mi socio no está en su despacho —le explicó a Marta y sonriendo con sorna añadió—: No sé para qué lo quiere porque nunca está en él, siempre está ayudando o solucionando algún problema en alguno de los ordenadores de los trabajadores.

Rastreó la sala con sus vivos ojos hasta que localizó a su amigo.

—Espera un momento aquí, Marta. Voy a buscarlo.

Declan se dirigió hacia el fondo de la sala mientras que la joven se

deleitaba observándolo andar. Realmente tenía un cuerpo de escándalo.

Se acercó a una mesa donde había dos chicos jóvenes, apoyó sus manos en la mesa para reclinar su torso hacia delante y hablar con uno de los dos.

Este se levantó y se dirigió hacia ella junto a Declan. Llevaba unos pantalones cortos de color verde caqui con múltiples bolsillos y una camiseta negra con un dibujo de un típico fantasma del juego Comecocos.

Bajo las mangas cortas sobresalían una serie de tatuajes que le llegaban

hasta las muñecas. Tenía el pelo un poco largo y rizado de color pelirrojo, además de bigote y perilla. Según se fue acercando, Marta se dio cuenta de que no era tan joven como le había parecido en un principio si no que tendría, aproximadamente, la misma edad que Declan, y que ella había estimado en unos veintiocho años.

En cuanto se detuvo frente a ella, Marta vio cómo estiraba sus labios carnosos con una franca sonrisa, fijaba sus juveniles ojos verdes en ella y alargaba una mano de piel sonrosada llena de pecas.

—Un placer conocerte, Marta —la saludó con voz vergonzosa—. Soy Seán Gallagher y como puedes ver me encargo de gestionar a esta pandilla de frikis —concluyó señalando con un gesto amplio de su mano a los trabajadores que había en la sala.

—Lo mismo digo. Encantada —correspondió estrechándole la mano.

—Bueno, ahora falta el último vértice de este triángulo y con quien tendrás que bregar —intervino Declan con una sonrisa socarrona y mirando a su amigo con complicidad.

La joven sintió que se le escapaba algo. Esa sonrisa… esa mirada…

¿Estarían enterados de su secreto? Había tenido mucho cuidado desde que solicitó el puesto para que no se le escapara nada. No dejaba de serle difícil ya que, al fin y al cabo, tanto el mundo de los videojuegos como el de la informática en general formaban parte de su vida diaria y le costaba hacerse la ignorante, sobre todo con los videojuegos ya que era un tema mucho más selectivo y ella lo dominaba a la perfección. Tendría que estar más atenta.

Siguió a los dos socios hasta una puerta que se encontraba frente al despacho de Declan, al principio del pasillo y en la que había un cartel que ponía «Dirección». Le extrañó el hecho de que el abogado la hubiese llevado antes a conocer a Seán cuando el puesto que ella iba a desempeñar sería, a su entender, bajo la supervisión del director de la empresa.

Declan dio dos toques con los nudillos a la puerta, se giró para echarles un vistazo a Seán y a Marta y abrió.

—Connor, ¿se puede? —inquirió asomando la cabeza por la puerta sin abrirla del todo.

—Pasa, Declan, pero se breve. Tengo mucho trabajo.

—Por eso mismo vengo —anunció abriendo la puerta—. Acaban de

llegar tus refuerzos —concluyó con sorna.

—¡¿Mis qué?! —exclamó Connor levantando la mirada de sus papeles con el ceño fruncido.

—Tus refuerzos —repitió Declan—. Connor, te presento a Marta Romero, tu ayudante durante los próximos seis meses, por lo menos… —

anunció con tono solemne.

El economista se quedó mirándolo sin entender nada hasta que vio aparecer detrás de Declan a Seán y tras él a una joven que asomaba la cabeza por el hombro de su amigo con curiosidad con unos ojos inteligentes de color canela.

Era una joven alta enfundada en un traje de sastre de color gris y unos zapatos negros de altos tacones de aguja; su brillante cabello moreno lo llevaba cortado en una melena lisa a medida del mentón que dejaba a la vista su fino cuello elegante; tenía la nariz recta y los labios bien definidos, con una ligera elevación en las comisuras de sus labios.

Se fue levantando con lentitud mientras acentuaba más todavía el frunce de su ceño y sus ojos caramelo se oscurecían hasta casi el marrón.

Marta observaba con estupor los cambios que se producían en el rostro del tercer socio. Lo fue recorriendo con su mirada de arriba abajo. Comenzó por su fino y sedoso cabello de color castaño claro

que llevaba bastante corto por los lados y algo más largo por arriba, medio despeinado y hacia delante para intentar tapar la frente despejada debido a sus incipientes entradas; ojos color caramelo, por lo menos cuando no estaba enfadado, marrones si lo estaba (acababa de comprobar su cambio *in situ*); nariz ligeramente aguileña. Su tez era pálida y tenía los labios apretados hasta dejarlos en una fina línea que dejaba traslucir un gesto de disgusto. Llevaba unos pantalones de pinzas de color gris y un polo negro. No era guapo comparándolo con Declan, pero la combinación de sus rasgos, que por separados no tenían mucho encanto, lo hacían resultón, pero con cierto aire serio.

Cuando salió de detrás de la mesa y se acercó a sus amigos, Marta pudo constatar que era el más alto y delgado de los tres.

—Pero… ¿no era «un» joven? —inquirió casi sin separar los labios y haciendo énfasis en el «un».

—No, ella es a la que contratamos. Lo entenderías mal si eso es lo que pensabas —puntualizó Declan—. Pero ¿qué más da? No pensé en ningún momento que tendrías algún tipo de problema en emplear a una mujer.

Connor miró con fijeza al abogado. No se fiaba de él. Su amigo era un guasón y le divertía ponerle a él y a Seán en alguna que otra situación comprometida. Él sabía de sobra que le costaba relacionarse con la gente y en especial con las mujeres. Era un tipo muy huraño y solían mantenerse apartadas de él.

—No, claro que no tengo ningún problema —aseguró dirigiendo la mirada hacia la joven y acercándose hasta ella—. Señorita Romero, bienvenida a Dagda. Soy Connor Murray.

Alargó la mano y Marta, sin apartar sus ojos de los del joven, estiró su brazo hasta tocar su mano e introducirla entre los dedos de él. Cuando Connor cerró su mano atrapando la de Marta, los dos jóvenes sintieron una ligera descarga, aunque eso no consiguió que separaran sus manos, sino todo lo contrario. Ambos retuvieron el enlace de sus ojos y sus manos durante unos segundos hasta que Marta consiguió reponerse y agachando la cabeza, soltó la suya y murmuró:

—Gracias, señor Murray.

Seán y Declan los miraban sorprendidos.

—¿Señorita? ¿Señor? ¿Pero qué es esto? ¡Venga ya, Connor! —

exclamó Declan.

El director se encontraba todavía asombrado por lo que había sentido cuando había estrechado la mano de Marta, pero tenía una mente ágil y respondió con rapidez.

—Tienes razón —volvió a mirar a la joven—. Marta, ve primero con la secretaria de Declan para formalizar el contrato y luego vuelve aquí —giró hacia su socio y añadió—: ¿La acompañas tú, Declan? Porque, doy por bueno que tienes todo preparado, ¿no?

Todo lo había dicho en un tono duro, dando órdenes. Declan enarcó una ceja.

—Por supuesto. Ven, Marta, acompáñame —respondió el abogado dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

Mientras tanto, sin prestar más atención a sus visitantes, Connor volvió

hacia su mesa y se sentó delante de ella concentrando su mirada entre la montaña de papeles que tenía encima, eso sí, ordenadísimos.

Cuando Marta y Declan salieron y cerraron la puerta, Seán se sentó en una de las sillas que había al otro lado de la mesa, frente a Connor.

—Connor, te conozco, por favor, no se lo pongas difícil a la muchacha.

—Seán, sois vosotros quienes me lo habéis puesto difícil a mí. Os he dicho por activa y por pasiva que no quería a nadie a mi lado. Para mí será más un estorbo que una ayuda —afirmó sin levantar su mirada de los papeles.

—Solo intenta darle una oportunidad. Parece una chica muy agradable y si hubieses querido ver su currículum y sus referencias sabrías que puede ser eficaz y competente.

—Ya lo veremos —sentenció con voz dura.

—Connor…

El economista levantó la mirada fijándola en su amigo. Seán era una buena persona, atenta y simpática. Tenía un corazón de oro, así que, tras meditarlo unos segundos, decidió seguir el consejo de su amigo, pero a su manera…

—De acuerdo, lo intentaré. Si es como tú dices me vendrá bien delegar

algo de trabajo, lo confieso. Ahora, por favor, déjame trabajar.

—Está bien. Confío en ti —zanjó el programador levantándose—. Yo también vuelvo a mi trabajo.

Connor cumplió con su promesa y en cuanto Marta volvió a su despacho acondicionaron entre los dos una mesa auxiliar que tenía en un rincón, le pidió a Seán que instalase un ordenador en ella y comenzó a pasarle trabajo a la joven. Solo que…

## Capítulo 4

Durante los primeros días le encomendó las tareas que haría cualquier secretaria. Le hacía pasar a limpio las cartas que él le dictaba, escribir los sobres con los nombres y direcciones que él le daba en una lista y ponía los sellos para mandarlas al correo; le daba listados de clientes para que verificara sus datos de empresa y los actualizara; la mandaba a hacer compras de papelería…

Los días pasaban y por mucho que se comportase de manera eficiente y le pidiese continuamente trabajo que desempeñar, Connor mantenía un muro inquebrantable. Se comportaba con ella de manera hosca y seca hasta tal punto que no conseguía mantener una conversación con él de más de dos frases por lo que se encontraba impotente para romper esa desconfianza que él mantenía hacia ella y que se palpaba en el ambiente.

En lugar de crear de inmediato un trato de camaradería que sería lo aconsejable, ya no solo por la cercanía de edad entre ellos dos, sino también por el bien de la empresa, el joven empresario había creado un abismo de comunicación. Parecía que, en lugar de tener a alguien que lo ayudase, lo estaban enviando al cadalso cada vez que se dirigía a ella. Y eso cuando lo hacía, la mayoría del tiempo, daba la impresión de que estaba solo en su despacho y cuando Marta se dirigía a él, era como si se sorprendiese de que ella siguiese allí.

Una mañana, estaba tan mosqueada por el trabajo que estaba desempeñando que ya no pudo más.

Connor le había pedido que revisase el correo electrónico de su departamento para que cotejase que todos los *e-mails* que hubiesen recibido

estaban debidamente contestados.

Ya había pasado una semana y tan solo tenía seis meses para

demostrar su valía en su trabajo y de lo que era capaz. Ella se había prometido a sí misma que no volvería a callarse nada y que lucharía por lo que ella considerase justo. Un fuego abrasador de furia le recorrió el cuerpo y la joven, sin querer reprimirse más, se levantó de su mesa y se plantó delante de la del empresario con las piernas abiertas y los brazos en jarras, desafiante.

—Connor, ¿tú estás seguro que necesitas una ayudante? ¿No será una secretaria? —interrogó con el ceño fruncido y el semblante furibundo, aunque intentó contener su voz.

Connor se quedó envarado ante el exabrupto. La recorrió con la mirada de abajo arriba terminando en el bello rostro distorsionado por el enfado.

—¿A qué te refieres?

—¿Seguro que no lo sabes? Mira, Connor, yo cobro con respecto a mi titulación y me parece a mí que, el trabajo que estoy desempeñando, es una pérdida de tiempo para mí y de dinero para vosotros. Con una secretaria a media jornada te lo resolvería sin problemas. Así que, si vas a seguir en este plan, mejor rompemos la baraja y cada uno a su casita.

—Oye, no es por nada, pero hasta que tú llegaste, yo realizaba ese trabajo y te aseguro que cobro más que tú —la reprendió con tono duro.

—Ya. ¿Pues sabes lo que te digo?

—¿Qué? —le respondió con tono hosco y el ceño fruncido.

—Que te has quedado obsoleto. Me parece mentira que, en una empresa de videojuegos, no se utilice el software necesario para realizar mucho más rápido y eficiente las tareas que estoy realizando yo.

—¿Quién te ha dicho que no se utilicen?

Marta había abierto la boca como para seguir hablando, pero cuando escuchó a Connor la cerró de golpe y se lo quedó mirando embobada.

—Pero ¡qué me estás contando! ¿Me estás diciendo que tienes programas para ejecutar esas tareas y me estás obligando a hacerlas a mí a mano?

—Pues sí —afirmó con rotundidad.

—¿Y se puede saber por qué? —interrogó armándose de paciencia.

Connor elevó los hombros con un gesto de indiferencia.

—Porque no tengo tiempo para explicarte como van todos los programas que utilizo.

La joven se sintió de golpe agotada, como si estuviese luchando contra un tsunami que la arrastraba y que por más que daba brazadas e intentaba ir contra corriente, siempre estaba en el mismo sitio. Ni siquiera le había preguntado por sus conocimientos en informática.

Se dejó caer con gesto desconsolado en una de las sillas que había delante de la mesa del empresario, frente a él. Parecía una madeja de lana desenredada. Se remetió el pelo detrás de las orejas y apoyó la frente en una mano agachando la cabeza y resoplando. Cuando pudo recomponerse un poco, elevó el rostro y miró los caramelizados ojos del joven.

—Vamos a ver, Connor. Yo no necesito que me expliques todos los programas que utilizas. En verdad no necesito que me expliques ninguno.

He nacido en esta época, por si no te has dado cuenta. —Dio un tono mordaz a sus palabras—. Puedo manejarme con ellos, estoy segura. Y si tuviese alguna duda, que me extrañaría —remarcó—, te lo preguntaría a ti antes de meter la pata y santas pascuas y aleluya.

—Yo no lo veo así. Cada dato que hay en esta empresa es de vital importancia. Prefiero no poner en riesgo nada. En cuanto tenga tiempo, te explicaré cómo van las cosas.

—¡Cuando tengas tiempo! —exclamó levantándose abruptamente de la silla y comenzó a dar largas zancadas por el despacho—. ¡¿Y cuándo va a ser eso?! —Se giró con brusquedad a la vez que hacía la pregunta y se quedó mirándolo en espera de una respuesta.

A Connor se le había agotado la poca paciencia que tenía. Empezaba a estar harto de tener que compartir su espacio con una supuesta ayudante que no paraba de protestar del trabajo que le ordenaba.

—A ver si te enteras que yo no soy tu colega, sino tu jefe. Ya te he soportado demasiado. Sabes de sobra que yo no te pedí que vinieras. Es cosa de mis socios y si quieres bien, y si no, ahí tienes la puerta.

Marta comprendió enseguida que se había extralimitado al hablar de forma tan desabrida a Connor, pero es que la sacaba de sus casillas, no lo podía evitar.

—Perdona, Connor, tienes razón —confesó bajando el tono de su timbre de voz, aunque sonaba todavía algo áspera.

—Bien, pues cálmate. Estamos perdiendo un tiempo precioso discutiendo. Estamos en unos días de mucho estrés a nivel contable. Te prometo que en cuanto tenga un rato, te pongo al día en todo.

—Vale. Pero, por favor, déjame que eche un vistazo al programa que utilizas para la tarea que me has encomendado y te digo con sinceridad si lo conozco o no, ¿vale? Si los vamos viendo poco a poco, según surja la necesidad, se hará mucho más fácil para los dos. ¿Qué te parece?

Connor lo pensó durante largos segundos mientras contemplaba esos ojos inteligentes de color canela tan concentrado que se quedó hipnotizado.

Estaba espectacular cuando se enfadaba, tenía que reconocerlo.

Cuando la había visto andar con fuerza por el despacho, lo había impresionado de tal manera que no tuvo más remedio que reaccionar e intentar quitársela de la cabeza y optó por la peor manera que pudo, o sea, enfrentándose a ella porque él sabía que la joven, en el fondo, tenía razón y ahora no le tocaba más que recular. Pero poco. Seguía molestándole tener a alguien allí.

—¿Qué me dices? —insistió Marta al ver que no le respondía.

—¡Ah! Sí, está bien. Así lo haremos —decidió—. Ven, acércate aquí y te enseño cuál es. Luego lo buscas en tu ordenador y lo revisas con mucho cuidado y me dices si lo conoces o no. ¡Pero no toques nada si no estás segura de lo que haces! —le dijo a la joven mientras se apartaba un poco con su sillón de ruedas para que pudiese ver la pantalla del ordenador.

Marta, poniendo los ojos en blanco, dio la vuelta a la mesa y se acercó a Connor. Se agachó para aproximar su cara a la pantalla por lo que se quedaron las dos cabezas al mismo nivel y casi pegadas.

Connor inspiró y llenó sus fosas nasales del olor que desprendía la joven. Olía a canela en rama y limón. La miró de soslayo y se fijó en su nariz recta, perfecta y en ese cuello largo y elegante que se mecía

cada vez que tragaba. Se había quitado la chaqueta por lo que el escote de la blusa blanca y sin mangas que llevaba, al inclinarse sobre la mesa, dejaba ver el principio de sus senos.

Sus brazos se rozaron y otra pequeña descarga les erizó el vello. Connor

se apartó presto y Marta, que estaba mirando la pantalla en busca del programa, sin ser consciente de ello, se acarició el brazo con la mano.

—Mira, este es el que utilizo —le indicó el economista marcándolo con el puntero del ratón—. Y la verdad, dudo que lo conozcas, porque ha sido desarrollado por Seán expresamente para mí.

—Bufff, tienes razón, no lo conozco —bufó desconsolada. Giró su cabeza para mirar a Connor—. Vale, lo haré manual.

El joven la vio tan afligida y desanimada que tuvo un conato de remordimientos.

—Está bien. Si me prometes no tocar nada que no tengas claro sin decírmelo antes a mí, te dejo que lo utilices —concedió sin poder despegar su mirada de los ojos de Marta.

—¿De verdad?

—Pues si…

—¡Eh! ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Es todo un logro para mí! —exclamó con una sonrisa burlona entre sus labios.

—¿Te estás pitorreando de mí? —preguntó mosqueado.

Marta captó el tono del joven y dio marcha atrás en sus burlas. Ahora que había dado un paso hacia delante, no quería volver a retroceder.

«Contente», pensó. Le dio una palmada en la espalda a Connor mientras se incorporaba y dirigió sus pasos hacia su mesa.

—¡Qué susceptible, hombre! Solo estoy contenta por darme esa muestra de confianza —aseguró, agradeciendo que estaba de espaldas a él y no podía ver su sonrisa de guasa—. Voy de inmediato a ponerme con ello.

Por supuesto, Marta no tuvo el más mínimo problema a la hora de utilizar el programa de marras. Ella se preguntaba en qué mundo estaba Connor como para pensar que, en la época en la que vivían,

cualquier niño no habría podido usarlo sin más. «Creo que está demasiado encerrado en su cueva particular, que no es otra que este despacho. Pobre chico», pensó Marta mientras seguía trabajando.

Le lanzó una mirada de soslayo.

Muy serio, algo neurótico con sus cosas, pero le daba vidilla pelear con él. Además, físicamente no es que fuese el prototipo de tío bueno, pero tampoco se podría decir que fuese feo. Bueno, no estaba mal. Muy alto y

delgado, casi rozaba el *demasiado delgado,* pero todo dependía de cómo estuviese desnudo: si se hallaba recubierto de músculo o era esquelético. Y

su cara… era resultona, aunque cada día que pasaba con él lo encontraba más y más agradable… Casi atrayente… casi. Solo casi.

Capítulo 5

Nada. Para nada había servido la conversación o, más bien, la discusión que habían tenido. Durante los días siguientes, continúo obstaculizando todo lo que intentaba hacer Marta por su cuenta. Hasta parecía que la estaba poniendo a prueba con malas artes, pero ella no se dejaba amilanar demostrando su fuerza y energía.

—¿En serio quieres que pase todos estos informes al ordenador dato por dato? —inquirió Marta a la vez que fruncía el ceño.

—Si no lo quisiera, no te lo habría dicho.

—¿No tienes instalado un programa para hacerlo más rápido?

—Sí, pero hasta que no te explique cómo funciona, no puedes utilizarlo.

Esto ya lo hemos hablado y ahora no tengo tiempo para enseñarte. Tengo otros asuntos más urgentes.

—Pero…

—¡Marta! ¡Ya tienes tu trabajo! ¡Siéntate en tu mesa! —gruñó Connor.

—¡Sí, señor!

—¿Te burlas? —inquirió severo.

—¡No, señor!

Connor la observaba mientras se dirigía hacia su mesa y se sentaba con una lucha entre los dos para ver quién fruncía más el ceño.

La joven comenzó, con paciencia, a transcribir dato por dato a su ordenador. Era una tarea inconmensurable. No entendía por qué no le dejaba utilizar el programa pertinente. Ni siquiera le había dejado la opción de tantear el software para ver si lo podría utilizar, como hizo en la ocasión anterior.

Pasaban los minutos y veía que no avanzaba. Era monótono y desesperante. Le estaba empezando a doler la cabeza de tanto darle vueltas a la sensación que estaba teniendo al sentirse inútil al desarrollar esta tarea faraónica que sería una minucia con el programa adecuado. Connor la tenía desconcertada. Su permanente cara hosca y su forma concisa de hablarle no la entendía y estaba consiguiendo que la ilusión con que había acudido a su primer trabajo como graduada se le fuese desvaneciendo poco a poco.

Decidió tomarse un ibuprofeno para mitigar el dolor y salió del despacho para ir al cuarto de baño sin ni siquiera mirar a Connor en un acto infantil de enfado. En cuanto abrió la puerta se quedó envarada. Un fuerte sollozo, al fondo del cuarto, retumbó con los ecos de las paredes. Se asomó, sin querer molestar, pero preocupada.

—¿Hola?

Al no obtener respuesta, se acercó con lentitud hacia donde se oían los lloriqueos de la que le pareció una mujer. Asomó la cabeza en el último cubículo donde se encontró a una joven rubia sentada en la tapa del váter con las manos en la cara y temblando por los sollozos. Marta creyó reconocerla a través de la maraña de pelo que le cubría el rostro. Era la secretaria de Declan. Ella era la que la había acompañado a su despacho cuando llegó a la empresa y había visto en distintas ocasiones al acudir al despacho del director para llevarle algún que otro informe que necesitaba, pero no se acordaba de su nombre. Con ella no había coincidido en las contadas ocasiones que había visitado la sala de descanso, ya que Marta prefería dar un paseo por los alrededores en su hora del almuerzo, así que todavía no había tenido una conversación con ella, ni se habían presentado.

Se agachó frente a ella y posó sus manos en los brazos de la joven.

—¿Puedo ayudarte en algo? ¿Qué te pasa?

La secretaria levantó su llorosa mirada hacia Marta y musitó:

—No te preocupes, no me pasa nada —dijo rompiendo a sollozar y volviendo a ocultar su rostro entre sus manos.

—No llores. Ven, acompáñame. Lávate la cara, serénate y vente conmigo a tomar una tila. ¿Quieres?

—No puedo…

—Sí puedes. Y si te apetece, te desahogas conmigo, ¿vale?

La cogió de las muñecas y le separó las manos de la cara.

—Estos lloros me suenan a un desengaño sentimental, ¿me equivoco?

La joven se la quedó mirando con un gesto desvalido en sus ojos y negó con la cabeza.

—No te equivocas —susurró.

Con la ayuda de Marta se levantó y lavándose la cara logró calmarse lo suficiente para dejar de llorar, aunque una inmensa tristeza se reflejaba en sus ojos.

—Ven. Vamos a la sala de descanso a tomarte una tila —le insistió.

La joven se dejó llevar por Marta.

—¿Me recuerdas cómo te llamas? —le interrogó con delicadeza.

—Soy Megan, la secretaria de Declan Campbell. Tú eres Marta, la nueva ayudante de Connor Murray. Perdona, pero creo que he sido una descortés por no presentarme a ti cuando llegaste, pero es que estoy atravesando unos días un poco complicados…

—Sí, esa soy yo y no, no te preocupes, solo piensa en calmarte —

confirmó con una amplia sonrisa intentando animarla.

La guio hasta sentarla en una de las sillas de una de las mesas que había en esa sala.

—Quédate ahí mientras preparo la tila, Megan.

La joven apoyó su mejilla en su mano y se quedó pensativa mientras esperaba a Marta. Tenía una apariencia completamente delicada.

Llevaba el pelo largo, liso, con mechas que iban desde el rubio ceniza, hasta el casi blanco y la tez pálida; los ojos eran rasgados de brillante azul cielo, dulces y cansados. Destilaba fragilidad por todo su cuerpo.

Cuando Marta terminó de preparar dos tazas de tila las llevó a la mesa y sentándose frente a Megan, dijo con firmeza:

—Si quieres, soy toda oídos para ti.

La joven hinchó el pecho y deslizó entre sus labios un largo suspiro.

—Tienes razón —murmuró con honda tristeza—, se trata de un desengaño amoroso.

—Lo llevas escrito en la cara.

—Se trata de Seán —confesó.

—¿Seán Gallagher? —interrogó desconcertada.

—Efectivamente.

—Pero… Seán tiene pinta de ser un pedazo de pan. ¿Qué te ha hecho?

—¡Y lo es! Él no me ha hecho nada. La culpa es mía. Estábamos saliendo desde hace unas pocas semanas. ¡No sabes lo que me costó conseguir que dejase de lado sus ordenadores por alguna que otra cita conmigo! —explicó con una sonrisa cargada de recuerdos—. Pero ayer me encontró en una situación un tanto comprometida con un ex. ¡No pasó nada!

—aclaró ante lo que detectó en los ojos de su nueva compañera de trabajo

—. ¡Jamás haría algo así! Pero he de confesar que la situación en la que nos encontró llevaba a equívoco —agachó la cabeza—. No puedo explicar nada más, es un asunto delicado. No puedo aclararle nada a Seán y lógicamente él se ha creído lo que parecía y ahora ya no quiere saber nada de mí.

La joven volvió a cubrir su cara con las manos y fuertes sollozos volvieron a brotar de su garganta.

—Lo he perdido, lo he perdido…

—Megan, tranquilízate, por favor. Lo que no tienes que hacer es tirar la toalla. Has de luchar por lo que quieres.

—Pero él no quiere escucharme.

—Megan, las batallas no se ganan en unas pocas horas. Dale tiempo a tranquilizarse; ahora estará furioso. Serénate tú y deja que él se sosiegue.

—¿Lo dices en serio? —preguntó elevando la mirada hacia ella entre sus dedos con esperanza en sus ojos y en su tono de voz.

—Pues claro que sí. Nunca hay que dar por perdida una batalla.

Además, si como tú misma confirmas, Seán es buena gente, acabaréis aclarando el entuerto.

—Eso espero…

—Ahora debes reponerte y volver al trabajo o tendrás que dar muchas más explicaciones —la consoló con una tierna sonrisa.

—Tienes razón, Declan debe estar desconcertado. He abandonado mi puesto sin avisarle —volvió a temblarle la barbilla—. Pero es que cuando antes Seán ha ido a visitar a Declan y he visto que pasaba por mi lado sin tan siquiera lanzarme una mirada, aunque fuese de odio, no he podido evitarlo.

Cuando Marta volvió al despacho de Connor, su jefe levantó de inmediato la mirada.

—¿Dónde has estado? —gruñó.

—Me dolía la cabeza y he ido a tomarme una pastilla.

—Pues ha de habérsete atragantado…

Marta lo miró con las cejas elevadas en interrogación.

—Lo digo por lo que has tardado…

—¡Ah! He aprovechado para tomarme una tila.

—Larga —refunfuñó.

La joven se lo quedó mirando fijamente.

—¿Buscas pelea? —le espetó sin amilanarse.

—No. Busco eficiencia.

—Pues eso no lo tendrás si no me dejas trabajar.

—¡Tendrás cara!

—Sí. Una. Y si no la estuvieses mirando ahora y molestándome con tus gruñidos, los dos podríamos ser eficientes.

—Ahora pretenderás que tengo yo la culpa de tu retraso en tu trabajo.

—Yo no tengo retraso en mi trabajo. Quéjate de mí cuando no cumpla.

Y por ahora no es el caso, pero sí que me estás entreteniendo.

—¡Es imposible hablar contigo! ¡Siempre tienes que discutirlo todo! —

explotó Connor mientras se dirigía hacia la puerta con paso firme—.

¡Mañana quiero esos informes en el ordenador! ¡Sin falta! —añadió saliendo del despacho.

Marta temblaba por dentro cuando Connor abandonó el despacho.

¡Estaba loco! Era imposible tener los informes para mañana; aunque se quedase toda la noche despierta, jamás lo conseguiría, era trabajo para tres o cuatro días. Este hombre era insufrible. Se había empeñado en humillarla demostrando que era incapaz de cumplir con su cometido y ella no lo iba a permitir. ¡Era odioso! ¡No se iba a dejar avasallar por él! Por dentro podría estar temblando y gritando de pánico, pero por fuera tenía que seguir con su papel de luchadora. Él no iba a conseguir traspasar su careta de fortaleza para ver su fragilidad real. Rebuscó entre los programas instalados en su ordenador hasta que encontró el que ella consideró que era el ideal para realizar la tarea encomendada.

Connor se encaminó a la sala de descanso para intentar tranquilizarse un poco. Allí se encontró con su amigo Seán tirando dardos con furia a una diana que tenían instalada en una de las paredes para esparcimiento de los trabajadores.

—Te acompaño —interrumpió a su amigo de su solitario juego.

—Acabo de llegar y no estoy para partidas, Connor, solo quiero desfogarme.

—Pues ya somos dos —reconoció cogiendo un dardo y lanzándolo con fuerza.

—Una mujer, ¿verdad? —inquirió sorprendido.

—Impertinente y contestona. Sí.

—¿Hablas de Marta? —preguntó de nuevo extrañado—. Parece una mujer muy sensata y ecuánime.

—Ya. Pues me pone de los nervios. ¿Y a ti? ¿Qué te ocurre? ¿También una mujer?

—¡Vaya dos!

—¿Quién es? ¿La conozco?

—Sí. Megan.

—¿La secretaria de Declan?

—Pues sí.

—¿Qué te ha pasado con ella?

—Bueno, llevo tiempo fijándome en ella y cuando por fin me decido y la invito a salir, me la encuentro con otro.

—¿En serio? Pero si parece una muchacha muy dulce.

—¡Ya ves! Eso pensaba yo.

—¡Mujeres! ¡No traen más que problemas! —exclamó desabrido Connor.

—¡Y que lo digas!

—¡Con lo bien que estaba yo sin Marta!

—Bueno… yo preferiría tener a Megan…

—Pero ¿qué dices?

—¡Caray, Connor! Pese a todo, Megan me ha hecho sentir algo que jamás había experimentado.

—Pues a mí no me gusta lo que me hace sentir Marta.

—¿De verdad?

—Sí. Me irrita y me enerva.

—Bueno, Connor, eso es un estado innato en ti —declaró con una carcajada.

El economista frunció el ceño.

—Me alegro de que por lo menos haya cambiado tu humor a mi costa

—reconoció.

—Connor, Connor… No hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo bien, ¿seguro que tus sentimientos por esa chica solo son negativos?

Connor se quedó pensativo. Recordó el escalofrío que le recorría cada vez que rozaba su piel, las miradas que, sin querer, le dedicaba a lo largo de la jornada laboral, los pensamientos que intentaba apartar cada vez que se quedaba embobado cuando la miraba trabajar.

Capítulo 6

Al día siguiente, cuando Connor llegó a su despacho, Marta ya estaba instalada en su mesa. Con cara hosca le dijo mientras se sentaba ante la suya:

—No es necesario que acabes hoy el trabajo. Tienes varios días para hacerlo.

—No es necesario. Ya lo he terminado —repuso ella elevando la cabeza orgullosa.

—¿Todo?

—Sí, eso he dicho.

—¿Cómo? —gruñó con desconfianza.

—Con el complicadísimo programa que no podías explicarme —

respondió con una fuerte ironía en su voz.

Connor se levantó con lentitud de su silla, se desplazó hasta colocarse frente a la mesa de ella y cruzando los brazos delante de su pecho, la interrogó con tono áspero:

—¿Has usado ese programa en contra de mis órdenes?

—Sí. Me diste un ultimátum y tenía que cumplirlo.

—¿Por encima de mi orden explícita de que no lo utilizases? —

interrogó retóricamente con voz potente.

—Las dos órdenes tuyas eran imposibles de cumplir a la vez. Tenía que elegir y opté por la más sensata.

—¡Puedes haber estropeado el trabajo de todo lo que llevamos de año!

¡Te di la orden taxativa de que no usases el programa! —exclamó con voz bronca pero contenida.

—¡Pero no ha sido así! —le espetó cortante—. El trabajo está hecho y si no hubiese sido así, lo único que habría pasado es que tendría que empezar de nuevo. ¡No es para tanto!

Connor entrecerró los ojos mirándola con fiereza.

—¡Yo soy el que tiene que decir si es para tanto o no!

—¿Podemos intercambiar opiniones y no discutir, por favor? —propuso Marta bajando el tono de la conversación—. Yo creo que podríamos esforzarnos los dos un poco. Me gustaría que reprimieses ese fuerte rechazo hacia mí.

La joven se recostó hacia atrás en la silla e imitándolo, cruzó los brazos sobre su pecho. Este hombre la empujaba a comportarse de una forma no habitual en ella. La enfurecía.

—¿Ahora pretendes decirme cómo tengo que comportarme? ¿Pero quién te has creído que eres?

Una bruma roja cubrió los ojos de Marta y poniéndose de pie con brusquedad, empujó la silla que rodó hasta chocar con la pared y se acercó con pasos firmes hasta colocarse frente a Connor. Lo golpeó con el dedo índice en el pecho.

—¡Tú no sabes quién soy yo, pero yo sí sé quién eres tú! ¡Eres un borrico terco!

—¡¿Un borrico?! —gritó exasperado—. ¡Ahora me vas a oír!

—¡No, señor antipático! Me vas a oír tú a mí y hazlo con atención.

Serás un grandioso economista, magnífico director de esta gloriosa empresa, pero yo no soy una boba y tonta recién graduada sin experiencia ninguna. Has de saber que me he criado entre ordenadores toda mi vida y puedo darte mil vueltas a ti, ¿te enteras, machote?

Marta había ido acercándose cada vez más según iba hablando hasta pegarse al cuerpo del economista. Su corazón palpitaba a mil por hora y su rostro estaba encendido. Un largo silencio se congeló en el tiempo. La joven percibió que las manos de Connor se habían posado al final de su espalda presionándola hacia él.

—¿Connor? —susurró tragando saliva.

—¿Sí?

—¿No dices nada?

—¿Eh?

De repente, Marta se dio cuenta de que lo que presionaba su bajo vientre era la excitación de su jefe y abriendo los ojos con sorpresa, intentó separarse de él.

Connor apartó sus manos del cuerpo de ella levantando los brazos con las manos extendidas.

—Perdona. No ha sido a propósito. Te estaba escuchando, en serio, pero te has pegado tanto a mi… He reaccionado, sin más —balbuceó al tiempo que un fuerte arrebol cubría sus mejillas.

—Prefiero no saberlo.

—¡Toma! ¡Ni yo que lo sepas!

Marta notaba su propia excitación en su cuerpo. Sus pechos se habían endurecido y empujaban la suave seda de su blusa.

—¡Es que me enciendes! —exclamó la joven sin pensar lo que decía.

—¡Y tú a mí! —Una pequeña sonrisa tímida tocó brevemente la boca de Connor.

—¡Eh! ¡No en ese sentido!

—¿Estás segura? —Su voz sonó socarrona mientras bajaba su mirada a la blusa de ella.

—¡Eres un bruto! —exclamó mientras giraba y salía del despacho con premura.

Necesitaba hablar con alguien y decidió hacerle una visita a Megan.

Connor la dejó ir sin decir una sola palabra y sin entender cómo había tenido el atrevimiento de hacerle esa pregunta y de esa forma. No era propio de él. Jamás había sido tan osado con una mujer.

Marta abrió la puerta de la antesala del despacho de Declan donde se encontraba el escritorio de su secretaria y la encontró tan ensimismada mirando la pantalla del ordenador que no se dio cuenta de que ella se encontraba allí hasta que la tuvo en frente, al otro lado de la mesa.

—¡Ay! ¡Qué susto me has dado! —exclamó la joven—. No te he oído entrar.

—Perdona, no he llamado —le dijo con voz enojada y ojos fulgurantes.

Megan se la quedó mirando desconcertada.

—Marta, lo siento, no era una queja. No te enfades conmigo.

Al ver la cara de desaliento de la secretaria, Marta se sintió mal. Se dejó caer en la silla que había frente a ella, dando un gran suspiro.

—No, Megan, lo siento yo. Perdona. Mi enfado no va contra ti y lo has pagado tú.

La joven secretaria comprendió enseguida.

—Mmm… a ver… déjame pensar… —dijo Megan. Posó el dedo índice sobre sus labios golpeándolos rítmicamente y dejó entrever una sonrisa burlona—. ¿Tiene algo que ver tu nuevo jefe?

—¡Bufff!, ni lo dudes. Me pone de los nervios. Da igual cómo lo haga y qué haga, todo le disgusta. Si lo hago, porque lo hago, si no lo hago, porque no lo hago. ¡No sé qué hacer para que comprenda que soy competente y que sé hacer mi trabajo! ¡De verdad que ya no sé qué hacer! Me está volviendo loca. Jamás había tenido los dolores de cabeza que estoy teniendo ahora, ni me había cabreado con tanta asiduidad. Megan, no sé qué hacer. Yo he venido con unas ganas tremendas de comenzar una nueva vida, de dar todo de mí y demostrar todo de lo que soy capaz de hacer. Venía ilusionada, feliz

de la opción que había tomado como proyección para mi futuro, pero ahora no sé si me compensa, la verdad…

—Para, para, Marta. No te embales… Tranquilízate…

—No puedo, Megan, estoy sulfurada a más no poder.

—Pues quítate el sulfuro de encima y escúchame —insistió la secretaria

—. Sé que Connor es algo difícil de llevar…

—¿Algo difícil? ¡Ja! —volvió a cortarla.

Megan no pudo dejar de soltar una carcajada. Conocía muy bien a Connor y por muy huraño e intratable que pareciera, era una persona justa y sabía que le quedaban pocos días para claudicar ante la eficiencia de Marta.

—A ver, Marta, insisto, tranquilízate y escúchame. Mira, quiero que te pongas en su situación. Además de que es innegable que él es algo hosco e insociable, está acostumbrado a trabajar solo y de repente se encuentra, sin su aprobación, con una persona que intenta hacer su trabajo.

—Pero para eso fui contratada, Megan.

—Sí, claro, pero fue obligado por sus socios para que se descargase de parte de su faena, puesto que estaban viendo cómo se estaba sobrecargando con la expansión de la empresa.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Trago?

—No se trata de tragar, Marta. Se trata de que le des tiempo para que se acostumbre a tu ayuda. De verdad que la necesita y sé que no tardará mucho en darse cuenta de ello y de agradecer tu dedicación.

—No, no, no. Que te digo que le caigo fatal y que me va a hacer la vida imposible hasta que me eche y para eso, prefiero irme yo antes.

Megan empezaba a preocuparse al ver que Marta estaba verdaderamente obstinada en dejarse vencer.

—Estás muy equivocada. Te digo que a Connor le cuesta relacionarse.

Al principio a mí me pasaba lo mismo que a ti, pero poco a poco verás cómo se hace a tenerte a su lado y cambia la cosa. Eso sí, nunca va a

ser como Declan y Seán, porque no puedo decir que Connor sea simpático, como lo son sus socios, pero una cosa es ser seco y hosco y otra que te amargue la vida. Confía en mí, todo se calmará con un poco más de tiempo.

¿Sabes? Yo siempre he sospechado que lo que oculta esa forma de comportarse es una gran timidez ante las mujeres. Llevo tiempo observándolo y siempre es con el sexo femenino con quien actúa más huraño, sobre todo al principio y tiende a soltar por su boca lo primero que le pasa por ella, sin pensárselo. Luego parece que se acostumbra porque sale el verdadero Connor. Y créeme si te digo que no tiene nada que ver con el que ahora comparte tu despacho. Sale su parte educada y atenta, además de protectora.

—No sé si me apetece pasar por esto, Megan. Cuando acabé mis estudios recibí varias ofertas. Quizás tantee entre ellas a ver si todavía necesitan mis servicios.

—Mira, vamos a hacer una cosa —le propuso la secretaria con dulzura

—. Tú y yo vamos a ir esta tarde, cuando salgamos de trabajar, a tomar una copa. Nos relajamos. Tú de lo tuyo y yo de lo mío y esta noche lo consultas con la almohada, ¿te parece?

—Perdona, Megan. Soy una egoísta, no te he preguntado cómo vas con Seán.

—Tranquila, no pasa nada. De todas formas, todo sigue igual.

—¿No has hablado con él?

—No. Yo también he tenido que consultar con la almohada y he

pensado dejar unos días de margen para que se tranquilice antes de hablar con él.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito unos días para buscar soluciones a mi problema. Es complicado, porque mi decisión no me afecta solamente a mí. Implica a más personas. —Meneó la cabeza de un lado a otro como para borrar de su mente malos recuerdos—. Pero no me has contestado, ¿quedamos para luego?

—Me parece genial. Todavía no he ido a tomarme algo por ahí desde que he llegado a Irlanda. La verdad es que me apetece muchísimo —

respondió algo más calmada.

Megan tenía una dulzura tal en su forma de hablar y en su rostro que contagiaba a su alrededor toda la serenidad que destilaba.

—Estupendo. A mí también. Ahora vuelve a tu despacho y demuestra quién eres.

Cuando Marta entró en el despacho que compartía con Connor, se dirigió a su mesa sin mirarlo y se puso a trabajar sin dirigirle la palabra.

Connor la imitó y continuó como si ella no existiese. Ambos se comportaron como si la conversación mantenida con anterioridad no hubiera sucedido, aunque debido a ella, se ignorasen el uno al otro.

## Capítulo 7

Megan la había llevado a uno de los *pubs* de la zona, de Temple Bar, que paradójicamente no estaba lleno a rebosar como era habitual en los locales de esa zona. El barrio es conocido sobre todo por su gran vida nocturna; las estrechas callejuelas se encuentran llenas de *pubs* y restaurantes que siempre están rebosantes de turistas y dublineses.

Localizaron una zona apartada y tranquila desde donde podían oír, como fondo, a la banda que tocaba música en directo. Marta echó un vistazo alrededor comprobando que reconocía el típico y tradicional *pub* irlandés donde abundaba la madera oscura, la decoración recargada con numerosos cuadros colgando de las paredes, que evocaban la vida campestre irlandesa enmarcados también de madera oscura, además de fotos, antiguos anuncios y espejos. La luz tenue completaba la escenografía. El olor a cuero que flotaba en el ambiente le permitía aventurar que las sillas y sillones estaban recién tapizados. Frente a ella podía ver las escaleras con forma de caracol que subían al segundo piso y la barandilla que lo bordeaba.

—No había estado nunca en este lugar. Me gusta.

—Me alegro —contestó Megan con una sonrisa.

—Bueno, no te hagas demasiadas ilusiones. En realidad, me gustan todos los *pubs* típicos irlandeses —aclaró la joven con una sonrisa socarrona.

—¡Vaya! Me acabas de quitar todo el mérito. Yo que creía que iba a enseñarte algo nuevo para ti…

—¡Qué va! He vivido largas temporadas en Dublín y, como sabes, es imposible vivir aquí y no conocer estos *pubs*.

—¡Ah! Con razón tienes ese acento tan nativo. Yo había pensado que habías tenido un profesor irlandés.

—No —denegó entre risas—. Mi inglés lo he aprendido más en las calles que en las aulas. Además, mi madre es irlandesa.

—¡¿Qué me dices?!

—Sí, pero esto es un secreto —le susurró acercando su cara a la de ella para crear un clima de confidencialidad.

—¿Por qué? —susurró a su vez Megan siguiéndole el juego.

—Pues porque mi madre es famosilla y yo estoy de incógnito —

respondió susurrando y con una amplia sonrisa.

Megan soltó una carcajada.

—Está bien, está bien. Si no me lo quieres decir, no hace falta que te inventes una historia rocambolesca. Te guardaré el secreto si tú no desvelas que yo soy una princesa europea que se oculta de su familia.

Marta acompañó a la joven en sus risas a la vez que afirmaba con la cabeza.

—¡Hecho!

Las dos compañeras de trabajo, y posiblemente amigas, habían pedido unas cervezas y un pequeño aperitivo. Marta levantó su vaso y lo acercó hacia Megan para que lo chocara.

—Gracias. Te debo una.

Marta bebió un largo trago de cerveza, dejó el vaso en la mesa y se reclinó en su sillón. Definitivamente por fin se encontraba a gusto. Desde que había llegado a Irlanda no había conseguido tener la sensación de estar en casa; Megan y su invitación lo habían conseguido.

—Gracias otra vez —continuó Marta—. Ya te debo dos.

—¿Dos? ¿Sin hacer nada? Esto me gusta. Me quedaré quieta durante un rato para ver hasta cuanto me debes —ironizó la joven imitando a

una estatua.

—¡Ah, no! La tienes clara si crees que voy a dejar que te aproveches de mí.

Las dos jóvenes rompieron a reír.

—En serio, mis segundas gracias son por traerme aquí y conseguir que me sienta a gusto por primera vez desde que estoy en Dublín.

—No seas boba. Estoy encantada de que estés en la empresa con nosotros, por eso no quiero que te vayas —le dijo con dulzura.

—Yo también estoy feliz de haberte conocido, Megan, pero tengo una sensación de impotencia ante el comportamiento de Connor que me supera.

—Pues yo quiero pedirte unos días más. Por mí y por el resto de trabajadores de Dagda. Estoy segura de que todo cambiará en poco tiempo.

Marta se quedó pensativa mirando a Megan a sus dulces ojos. La verdad es que si quería demostrarse y demostrar al mundo entero que ella, por fin, era una mujer fuerte, no podía desistir al primer escollo. Esa no era una de las metas que se había marcado. Además, presentía que el ambiente y los compañeros que había encontrado allí era lo que estaba buscando, sino fuese por su hosco jefe. ¿Iba a tirar la toalla sin pelear?

—Tienes razón, Megan. No voy a marcharme. Todo lo contrario, voy a plantarle cara a ese maniático y desconfiado guaperas.

—¿Guaperas? No es el calificativo que yo habría escogido para definirlo. A Declan sí, pero ¿a Connor?

—Tiene su aquel —reconoció agachando los ojos.

—¿Te gusta Connor? —inquirió sorprendida.

—Bueno…

—¡Megan! —Una fuerte voz retumbó detrás de ellas salvándola de la respuesta.

La joven secretaria se giró al oír su nombre. Un grupo de chicos y chicas se dirigían hacia ella. Se levantó del sillón y acudió al encuentro.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí?

—Si mirases tu WhatsApp de vez en cuando, lo sabrías —contestó un joven rubio de ojos inmensos y claros.

—No empieces a reñirme, Kevin. Ya sabes que paso un poco de las redes sociales.

—Por eso no te has enterado de que hoy celebro mi cumpleaños —dijo una joven pelirroja de abundante cabellera rizada.

—¿En serio? ¿Pero no es la semana que viene?

—He tenido que adelantarlo. Me voy de viaje pasado mañana. Por trabajo, ya sabes…

—Pues entonces sentaos con nosotras. Os presento.

Megan se giró hacia Marta y esta se levantó del sillón.

—Chicos, ella es Marta. Trabaja conmigo en Dagda desde hace poco tiempo —les informó señalándola con la mano—. Marta, te presento a mis amigos. Kevin —comenzó indicando al rubio de ojos claros—, Ryan —

señaló a una joven con el pelo corto y castaño claro—, Tara —apuntó a la joven pelirroja— y Nolan —concluyó indicando a un joven con el cuero cabelludo reluciente.

—Hola, chicos —saludó Marta besando en ambas mejillas a cada uno de ellos.

—¡Española! —exclamó Kevin.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Es fácil. Solo una española nos habría saludado a todos con dos besos.

—Mmm…, pues deja que lo dude. Creo que ha sido de chiripa —lo contradijo con una amplia sonrisa—. Pero sentaos, por favor.

Los jóvenes juntaron otra mesa vacía que había al lado y se sentaron con Megan y Marta. Kevin se colocó junto a Marta e inmediatamente se notó que el joven se había sentido atraído por ella.

—¿Cómo es que has ido a parar a trabajar en la misma empresa que

Megan? —la interrogó.

—Me gusta Irlanda y en cuanto me hicieron la propuesta, acepté —

contestó sin abandonar la sonrisa.

—Pues me alegro. A mí me gustan las españolas.

—¿Todas? —preguntó Marta con sarcasmo.

Kevin soltó una fuerte carcajada. A Marta le gustó su risa. Una corriente de simpatía se produjo entre los dos de inmediato.

—Creo que has acertado, Marta. A Kevin le gustan TODAS las mujeres

—sentenció Tara.

—¡Eso no es cierto! —le recriminó Kevin, haciéndose el ofendido—.

Tú no me gustas.

—¡Ja! Lo que pasa es que sabes que conmigo no tienes nada que hacer.

—Vosotros dos siempre igual —les reprochó Nolan—. Yo propongo algo más divertido que oír cómo discutis.

—¿Qué? —interrogó Ryan.

—¡Hacerle un tercer grado a Marta!

Toda la conversación había sido efectuada con tono divertido y Marta mantenía una sonrisa en los labios mientras los escuchaba, pero cuando oyó a Nolan, la sonrisa le desapareció y el corazón comenzó a acelerársele. Al ver el efecto que la broma de su amigo había provocado en Marta, Megan salió a su rescate.

—¡Eh! ¡Dejad a Marta en paz! ¡No la asustéis! Buscad otra diversión.

Así comenzó una agradable charla llena de risas entre todos los jóvenes.

Marta se lo estaba pasando en grande. La celebración se alargó hasta tarde y Kevin se empeñó en acompañarla hasta su casa para que no fuese sola.

—¿Y si te pierdes? No me lo perdonaría en la vida —declaró con voz

compungida ante la negativa de ella.

—Está bien, payaso —aceptó entre risas—. Pero que conste que no es necesario.

—Consta, consta, señorita independiente.

—Venga, hombre macho protector, vámonos ya que es muy tarde y mañana trabajo.

—Pues yo no tengo prisa. Ya no vuelvo a tener turno en el hospital hasta el sábado.

—¿Cuál es tu especialidad?

—Pediatría.

—¿Te gustan los niños? —indagó con curiosidad Marta.

—Yo soy un niño, ¿no te has dado cuenta todavía?

Marta rio con fuerza.

—Es verdad. Tienes un gran espíritu infantil.

Kevin se la quedó mirando.

—¿Sabes? Nadie me lo ha dicho tan bonito como tú. Normalmente me dicen que parezco un crío y he de confesarte que muchas de esas veces, con enfado.

—¡Bah! Ni caso. Eso es que no saben vivir la vida ni tienen sentido del humor. En ocasiones viene bien comportarse como niños.

—¿Verdad que sí?

Pero pese a todo lo que estaba diciendo y de lo cual estaba convencida que era verdad, Marta no podía quitarse de la cabeza el ceño fruncido y la

cara hosca de Connor. Su jefe no tenía nada del espíritu infantil, pero no podía evitar notar que estaba empezando a sentirse atraída por él.

Contradicciones que tiene la vida.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de Marta, Kevin le cogió una mano y poniéndose frente a ella, le preguntó:

—¿Te apetece que te llame para salir a tomar algo en alguna ocasión?

Marta se lo quedó mirando con gesto dudoso. No quería líos sentimentales.

—Marta, solo como amigos. Tú estás sola aquí y yo soy una persona empática con las personas desvalidas. Además, no podrás negar que nos lo pasamos bien juntos.

—Esta desvalida mujer te permite que la rescates de vez en cuando —

reconvino entre risas.

## Capítulo 8

Durante la noche, Marta había tenido tiempo para reflexionar. La velada junto a Megan y sus amigos la habían tranquilizado e hizo que comprendiese las palabras de su compañera de trabajo y admitiese que tenía razón. Si a ella, sus mejores amigos, la hubiesen forzado a tener un compañero de trabajo sin haber participado en la elección, no le habría hecho ninguna gracia, la verdad. Y, si como Megan le había dicho, Connor era una persona tímida… Ella, de adolescente, tenía una amiga en Burgos que era muy tímida con los chicos y siempre recuerda con humor los apuros que le hacía pasar por las contestaciones que les daba. Quizás a Connor le pasaba lo mismo. Si era así, lo iba a poner firme y vería cómo se le quitaba la gilipollez en un momento.

Además, reconoció que la tarde anterior se había pasado llamándolo borrico. Era su jefe y él no la había insultado en ningún momento. Había protestado. Sí. También había sido arisco y descortés, pero no había perdido los papeles como ella. Pero cuando más la desconcertó fue cuando sintió en su bajo vientre la manifiesta excitación de su miembro. ¡Ostras!, ¡si ella misma se había excitado al sentirlo! Le había sacudido algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Enseguida se dio cuenta de que había sido un acto reflejo al tocarse mutuamente, algo que era casi normal en ella debido a su larga abstinencia, pero en él le había sorprendido… Y luego su leve sonrisa socarrona… Esa sí que no se la esperaba… ¿Timidez? Ahí no se le había notado…

Pero debía ser consecuente con sus actos y lo primero que debía hacer en cuanto lo viese era pedirle perdón por sus palabras ofensivas. Así que, en

cuanto entró en el despacho y lo vio sentado tras su mesa, se acercó a ella marcando sus pasos con el taconeo de sus altos zapatos y se

plantó frente a él con rostro avergonzado y las manos entrelazadas. Esperó hasta que Connor, con lentitud, levantara la mirada hacia ella.

Como siempre, el joven empresario se comportó de forma irreverente y su mirada torva se hizo patente como si fuese algo rutinario, un hábito adquirido para desgracia de la joven.

—Buenos días, Connor.

—Buenas, Marta —gruñó el economista.

—Quería pedirte disculpas por mis palabras ofensivas de ayer. Me pasé, lo reconozco.

Connor no apartó la mirada de sus ojos a la vez que acentuaba su ceño.

—Si es lo que piensas, no son palabras ofensivas, sino sinceras.

—Ya, bueno, pero con llamarte terco habría sobrado. No hacía falta añadir lo de borrico.

—Está bien. Admito tus disculpas.

—Sobre lo de borrico —matizó Marta.

—Sí, solo sobre lo de borrico. Lo de terco es una realidad, ¿o te crees que no me conozco? La sinceridad empieza por reconocer uno mismo sus propios defectos y yo tengo fama de ser demasiado franco, así que no voy a enfadarme por algo que yo abandero.

—Pero ¿el hablar con franqueza por parte de los dos va a conseguir que cambies en algo tu actitud? ¿Vas a confiar en mí? No hay forma de demostrar las cosas si no se tiene la ocasión.

—Me lo pensaré. Por ahora que te baste con eso.

—Me basta. Por ahora…

***

Connor decidió darle una oportunidad a la joven y enseguida pudo comprobar que sus amigos tenían razón y habían elegido bien. Hacía su trabajo con diligencia y sin fallos y eso que el economista se empeñaba en repasarlo todo en busca de errores a pesar de que realizaba sus tareas sin

casi dudas. Pocas veces le pedía alguna aclaración.

Cada vez sentía más la necesidad de mirarla a menudo. No podía evitarlo. Sin quererlo, levantaba la mirada hacia Marta, como para confirmar que seguía allí. La joven solía vestir con trajes chaqueta en la oficina, a veces con falda y otras con pantalones, aunque, normalmente, al llegar se quitaba la chaqueta. Cuando llevaba falda, Connor no podía evitar apreciar la línea de sus piernas desde la rodilla hasta los tobillos, que él podía ver por debajo de su mesa. Tenía unas piernas muy sexis, de piel clara y suave, pero no solo eran eróticas sus piernas. Le atraía la forma en que solía llevarse la mano al pelo para remeter tras la oreja la mecha que se le solía caer delante de los ojos cuando mantenía la cabeza gacha. Tenía un brillante y grueso pelo de color moreno y lo llevaba cortado recto a ras de las orejas, liso, dejando visible su elegante y fino cuello. Había podido comprobar que tenía unos inteligentes ojos color canela, nariz recta y labios bien definidos con una ligera elevación de las comisuras superiores. Su piel era de un color rosado muy atrayente.

Connor estaba sorprendido del escrutinio que hacía con frecuencia sobre la joven. Jamás había tenido interés alguno en observar con tanta meticulosidad la apariencia de una persona, ni siquiera de sí mismo. Sin embargo, en esos momentos, podría apostar a que con los ojos cerrados podría describir a Marta hasta en el más mínimo detalle.

No se sentía cómodo con esa situación. Él no era así. Su vida siempre se había reducido, primero a los estudios y luego al trabajo, sin tiempo ni ganas para relaciones amorosas, así que cada vez era más hosco y seco con la joven.

Marta no comprendía nada. Cumplía con su trabajo a la perfección, rápida y eficiente, pero cada vez el maniático de su jefe parecía más enfadado con ella. Intentaba aparentar fortaleza, como siempre, y hacer creer que no le afectaba, como siempre, pero la realidad no dejaba de ser más distante. Marta ocultaba su debilidad proyectando fortaleza hacia el exterior. En cuanto salía de la empresa e iba a refugiarse al parque cercano, la máscara caía y más de un día había acabado sentada en un solitario y escondido banco para llorar amargamente.

No entendía qué tenía Connor en contra de ella. A no ser que supiese su

secreto y fuese su forma de vengarse. Pero no, no podría ser eso, se lo habría echado en cara. La habría descubierto ante sus socios y la

habrían despedido. Además, también había notado sus miradas hacia ella. Es cierto que seguía con el ceño fruncido cuando la recorría con la mirada, pero ella era mujer y sabía distinguir una mirada apreciativa y sabía, o más bien intuía, que al concienzudo director le gustaba lo que veía.

Le había prometido a Megan que tendría paciencia durante unos días más y estos ya habían pasado. Era cierto que no habían vuelto a discutir y que él cada vez delegaba más trabajo en ella, pero su comportamiento no había dejado de ser seco, pese a sus miradas y esto, a ella, la tenía muy intrigada.

Pero lo peor de todo era que esa situación le estaba minando su alegría natural. Casi estaba siendo un sacrificio ir cada día al trabajo cuando pensaba en lo que se iba a encontrar en la oficina.

Cierto día, cuando ya había cogido su bolso para ausentarse durante el tiempo de la comida, le sonó el móvil. Rebuscó en el bolso y al no conocer el teléfono, decidió aceptar la llamada por si era algo urgente.

—¿Dígame?

—¿Marta? ¿Eres tú?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Kevin.

—¡Ah! Hola, Kevin —saludó iluminándosele la cara con una amplia sonrisa.

Connor se quedó asombrado al ver la transformación de su rostro.

—Pues me pillas saliendo para ir a comer, así que si estas por aquí, te espero en la puerta y acepto tu invitación —dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Se giró, hizo un gesto con la mano a su jefe para despedirse y salió.

Connor se quedó pensativo mirando fijamente la puerta cerrada. La sonrisa que había iluminado el rostro de Marta era la primera vez que se la veía y lo había impactado. A diario había contemplado la cara seria de la joven y ahora se preguntaba si era culpa suya. Quizás estaba siendo demasiado intratable con ella. Cuando la joven había levantado la comisura de sus labios y transformado su rostro, él había sentido un cosquilleo por

todo su cuerpo y pensó que le hubiese gustado que esa sonrisa fuese dirigida a él, al mismo tiempo que sintió una envidia desmesurada hacia la persona que la había producido.

Se levantó de su mesa y se dirigió pensativo hacia el despacho de Declan. Los tres socios habían acordado comer juntos en la mesa de reuniones de su despacho para aprovechar ese momento y tratar unos temas sobre la empresa.

Cuando Connor llegó, Seán ya estaba allí y entre él y Declan estaban preparando la mesa con la comida que habían pedido y los informes que iban a necesitar. En cuanto los dos amigos lo miraron, supieron que algo le pasaba.

—¿Qué te ocurre, Connor? —interrogó Declan—. Pareces más ensimismado de lo habitual.

Connor miró a uno y al otro. Tenía total confianza con sus amigos y socios y sabía que ellos iban a ser sinceros con él.

—¿Creéis que estoy siendo demasiado duro con Marta?

—¿Duro? ¿En qué sentido? ¿Le das demasiado trabajo? —inquirió Seán.

—No, eso creo que no. Por lo menos yo no noto que la esté sobrecargando, más bien todo lo contrario.

—¿Entonces? —insistió Seán.

—No sé. Al principio tuvimos algunas discusiones, pero ya no. Ahora nos dedicamos a trabajar y ya está.

—No te sigo, Connor. Explícate mejor, porque yo lo que deduzco de lo que has contado en otras ocasiones es que ella es posible que esté algo molesta porque no aprovechas todo su potencial —explicó Declan.

—¿En serio?

—Seguro.

—Es que no sonríe —terminó admitiendo el economista.

Declan y Seán se miraron y rompieron a reír a la vez. Connor los miró con el ceño fruncido.

—¿De qué os reís?

—Pero vamos a ver, Connor —comenzó Declan entre risas—. ¿Tú le das algún motivo a la chica para que sonría?

Connor se quedó cortado.

—¿Veis? A eso me refería. ¿Qué puedo hacer para que se sienta a gusto trabajando conmigo? La verdad es que durante el tiempo que está aquí, he de reconocer que ha hecho un trabajo impecable y me ha venido muy bien el ultimátum que me disteis porque ahora puedo realizar mi propio trabajo con mayor profundidad.

—Pero, Connor, ¿tú se lo has dicho? ¿Le has alabado su trabajo? —dijo Seán.

—Pues no…

—¿Y a qué esperas?

—¿Es eso lo que tengo que hacer?

—Eso y conocerla algo más, Connor —intervino Declan—. Habla con ella de cosas que no tengan que ver con el trabajo, preocúpate por ella.

¿Pero tú en qué mundo vives? Connor, en serio, lo tuyo es muy fuerte. Vale que no te guste el sexo esporádico, lo entiendo, pero chico, un ligue de vez en cuando… Necesitas relacionarte, tratar con mujeres.

—¡Pero yo no quiero ligar con ella!

—Ya, Connor, ya. Pero si tuvieses un poco de práctica en la seducción, sabrías cómo empatizar con las mujeres. O por lo menos, cómo intentarlo.

—Vale, vale, sé cómo hacerlo. No soy un monje medieval.

—Pues espero que pongas toda tu sabiduría en ese empeño o pronto te quedarás sin ella.

—¡¿Cómo?! ¿Eso por qué lo dices? ¿Te ha dicho Marta algo?

Declan frunció el ceño.

—¡Vaya! Ya he hablado de más. No, ella no me ha dicho nada, pero Megan me dijo hace un tiempo que estaba pensando en irse de la empresa porque, a pesar de que era el trabajo que ella quería, tú y ella no conectabais. Y esto es un secreto, Connor. Megan me hizo prometer

que no te diría nada. Así con que, si quieres mantenerla a tu lado, ya estás poniendo de tu parte. Y en cantidades industriales. Saca toda tu simpatía del sitio en donde la tienes escondida casi siempre.

Connor se quedó unos minutos en silencio mientras sus amigos lo observaban.

—Bien. Os haré caso.

No pensaba decirles a sus socios la fuerte atracción que estaba sintiendo por la joven. Eso era más íntimo y personal. Pensaba seguir los consejos de sus amigos, pero no solo por la empresa, sino también a nivel personal.

Tenía la necesidad de conocerla mejor. Marta para él era un misterio que le gustaría resolver.

***

Marta volvió al trabajo con una sensación extraña. Se lo había pasado genial con Kevin, pero en su interior no dejaba de oír una vocecilla que le decía que habría preferido que hubiese sido Connor quien le invitara a comer. Kevin y Connor eran diametralmente opuestos, pero, aun así, sabía que el joven doctor no pasaría de ser un buen amigo con quien pasar un rato agradable. En cambio, Connor… le atraía sin motivo aparente.

—Marta, ¿tienes terminado el informe que te pedí sobre las estadísticas de venta de lo que va de año? —preguntó Connor sorprendiendo a la joven que en ese momento estaba distraída pensando en él.

—Estoy terminándolo —logró balbucear sin levantar la vista de su mesa.

—¿Dónde vives?

Marta se asombró por la pregunta, levantó la cabeza para fijar su mirada en Connor.

—Te lo digo porque ya es la hora de irte, pero me interesaría que lo terminases antes y no me gustaría que tuvieses problemas para llegar a tu casa. Sé que no vienes en coche —continuó con voz seca al ver que la joven no le contestaba.

—No, no. No te preocupes. Vivo muy cerca de aquí. No tengo ningún problema en quedarme más tiempo.

—Bien. Pues entonces trabajemos. Cuando lo tengas terminado hay que enviarlo a una dirección de correo electrónico de unos posibles clientes que lo necesitan esta misma noche y podremos irnos.

Al final, mientras que Marta terminó el informe, Connor lo repasó y lo enviaron por *e-mail*, se hizo bastante tarde.

—Venga, te acompaño a tu casa. No quiero que vayas sola a estas horas

—dijo el economista cuando salían del despacho.

—Gracias, Connor, pero no hace falta. Vivo muy cerca, además, cuando salgo de aquí, todos los días voy a pasear un rato a Santry Park.

—¿Todos? ¿Aunque sea tan tarde como hoy?

—Sí. No es por capricho; lo necesito. Necesito deambular por alguna zona verde antes de retirarme a mi casa y más si ha sido un largo y duro día.

Me despejo con el aire puro y limpio, además de recargarme las pilas.

Connor se quedó un poco envarado sin saber qué hacer. Iba en contra de su educación dejar sola a una mujer a altas horas de la noche. Al final, tomó una determinación.

—Pues te acompaño al parque. A mí también me vendrá bien dar un paseo.

—Como quieras…

Connor se dejó guiar en dirección al parque mientras la miraba de reojo y la observaba andar. No conseguía apartar la vista de ella. Su necesidad estaba rayando en la obsesión. La joven no se había puesto la chaqueta cuando salieron de la nave de la empresa porque la noche era cálida, así que podía observar con mayor detalle las delicadas curvas de su cuerpo.

—¿De qué ciudad española eres? —la interrogó para intentar evadirse de su silueta.

—De Burgos. No creo ni que te suene. Es una ciudad preciosa, con

mucha historia, pero alejada de las típicas ciudades turísticas costeras —le informó con una amplia sonrisa.

A Marta le encantaba hablar de su ciudad, ya que consideraba que era una de las más bonitas de España.

—Tienes razón. No la conozco.

—¿Conoces alguna ciudad española?

—Madrid y Barcelona.

—¡Muy típico! —exclamó Marta—. Si quieres, la próxima vez que pienses viajar a España, me lo dices y te hago una ruta que te va a encantar.

—Desde que constituimos la empresa no he tenido tiempo para viajar.

—Me lo creo. —Volvió a regalarle una amplia sonrisa y Connor no pudo evitar imitarla.

Una amplia sonrisa con blanquísimos dientes perfectamente alineados iluminó el rostro del joven y dejó a Marta sin aliento, atónita… Desde que había llegado a Dagda, era la primera vez que lo veía sonreír y tuvo que reconocer que no había visto una sonrisa más bonita en su vida. Su rostro se había transformado: dos pequeños hoyuelos aparecieron cerca de las comisuras de la boca y sus ojos se achinaron formando unas leves arrugas a ambos lados. Sus labios se convirtieron en sexis y su seductor mentón completó la metamorfosis.

El corazón se le aceleró y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Y luego, la nada.

Su respiración se suspendió, o eso sintió ella cuando notó que sus pulmones se habían paralizado y un fuerte pinchazo le atenazó el pecho.

El tiempo se ralentizó, los movimientos se volvieron lentos y los segundos se convirtieron en la eternidad mientras lo miraba embobada y con la boca abierta.

Colapsó bajo el influjo de una luminosa sonrisa irlandesa.

Alguien que tuviese una sonrisa así tenía que tener un lado simpático, agradable y accesible que ella todavía no había conocido, así que se hizo el firme propósito de ahondar y rascar en la superficie para que

aflorara ese otro Connor.

Marta sabía que debía reaccionar, pero su mente estaba bloqueada y no le permitía moverse. Sabía que debía apartar su mirada de él, disimular su estado, o pronto Connor sería consciente del embrujo al que acababa de someterla. Toda la teoría la sabía, pero su cuerpo, no.

—¿Y tú? ¿Conoces alguna ciudad de Irlanda que no sea Dublín? —

inquirió Connor sin darse cuenta del cambio operado en la cara de Marta.

Silencio…

Connor la miró con extrañeza. Marta lo estaba mirando, así que debía haberlo oído…

—¿Marta?

—¿Eh? ¡Ah! Sí, sí. Conozco Irlanda bastante bien —balbuceó la joven al tiempo que desviaba sus ojos de la visión que la había trastornado.

—¡Claro! ¡Eso lo explica todo!

—¡¿El qué?! —se afanó en preguntar con un tono asustado.

Connor frunció las cejas.

—Tu acento… No hablas con el acento típico de la gente que estudia inglés en tu país, sino que es como el nuestro.

—¡Ah! Eso… Sí. He hecho varios viajes a Irlanda además de que he pasado algunos veranos perfeccionando el inglés aquí.

—Ajá… Entonces puedo afirmar que te gusta Irlanda —sentenció volviendo a sonreír.

Marta casi se lanza a su pecho y le echa los brazos al cuello para poder ver de cerca esa esplendorosa sonrisa. A duras penas logró contenerse.

—Pues sí. Me gustaría quedarme a vivir aquí.

—¿No tienes padres?

—Sí… ¿por?

Connor volvió a notar un tono receloso y asustado.

—Porque supongo que los echarías de menos.

—Ya… bueno… Somos una familia muy independiente y viajera. Hace mucho que aprovechamos al máximo las nuevas tecnologías.

Connor observó que ya estaban inmersos en el parque y no se había dado cuenta. Se encontraba tan a gusto con ella… Giró su cabeza para mirar alrededor. Era ya noche cerrada y la oscuridad se esparcía por todo el parque salvo por los conos de luz que se formaban bajo las farolas que se diseminaban por todo el terreno, envolviéndolo en un halo de misterio. A lo lejos se oía el susurro del agua rompiendo el silencio. Pasearon durante largos segundos sin pronunciar palabra, crujiendo sus pasos sobre la grava del camino que recorrían y a cuyos dos lados, árboles centenarios vigilaban atentos a la pareja. Del suelo manaba el aroma a tierra mojada por la lluvia que se había dejado caer esa misma tarde. Era el marco perfecto para desintoxicarse de un duro día de trabajo. Ahora entendía a lo que se refería Marta cuando decía que necesitaba pasear por allí antes de volver a su casa.

La joven llevó sus pasos hasta un banco desde el que se podía contemplar el lago artificial del parque. Allí se acomodaron los dos y entre la bruma que con lentitud los envolvió, conversaron con tranquilidad y amigablemente, para sorpresa de los dos, hasta que la joven decidió que ya era hora de retirarse a su casa, aunque se encontraba tan a gusto que se hubiese quedado mucho más tiempo junto a Connor.

## Capítulo 9

Cuando Marta y Connor llegaron por la mañana a Dagda para comenzar a trabajar, ambos veían el uno al otro de forma distinta.

Marta había visto en Connor un lado educado pese a su hosquedad, además de una sonrisa maravillosa que la mantuvo bajo su influjo buena parte de la noche.

Connor había averiguado la independencia y energía de Marta, además de su amabilidad y simpatía. Y, por supuesto, la atracción física que sentía casi desde el primer momento que la había visto.

Antes de ir a su despacho, cuando el director llegó a la empresa, se dirigió hacia el aseo que había en el mismo pasillo para los empleados de las oficinas. Abrió la puerta y se quedó envarado. Marta se había quitado la chaqueta y la blusa para sumergir una parte de esta en el

chorro del grifo.

Su piel clara resplandecía y contrastaba con el negro del sexi sujetador de encaje que llevaba puesto. Con lo primero que tropezó su mirada fue con la grácil espalda. La recorrió de abajo arriba y entonces topó en el espejo que había frente a ella con su mirada y de ahí su vista bajó a los turgentes pechos que sobresalían por encima de las copas del sujetador a través del cristal plateado.

—Marta…

El corazón de la muchacha dio un curioso brinco dentro de su pecho.

Las miradas de los dos habían colisionado a través del espejo. Pudo ver hambre en sus ojos. Deseo. Necesidad. Su corazón comenzó a acelerarse.

Connor no era el tipo de hombre del que hubiese considerado que se sentiría atraída, pero no había podido dejar de pensar en él durante toda la noche.

Había estado pensando en su amplia y espectacular sonrisa, en los dos tentadores y pequeños hoyuelos que le aparecían en las comisuras de su boca, en que su sonrisa la tentaba e invitaba a largos besos ardientes.

Marta se tapó los pechos con la blusa.

—Lo siento… me he manchado la blusa con el café… no esperaba que entrase alguien tan temprano aquí… —balbuceó avergonzada.

—No pasa nada. Tranquila. La culpa es mía por no llamar a la puerta.

Te dejo para que termines —concluyó dando la vuelta para salir y cerrar la puerta.

En cuanto estuvo en el pasillo, se apoyó en la pared, cerró los ojos y se mesó el pelo con las manos. ¡Dios! ¡Qué guapa y sexi estaba! Nunca había sentido por una mujer lo que había experimentado por Marta en cuanto había abierto la puerta del aseo y sus ojos se habían paseado por esa sonrosada y etérea piel. Jamás. Lo excitaba a más no poder. No sabía cómo podría sobrellevarlo a partir de ahora. Si ya antes no dejaba de tentarle la visión de la joven, ahora iba a tener que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tener permanentemente en su retina la imagen de esa piel tan clara que parecía transparente.

Todavía se encontraba allí, ensimismado, enfadado consigo mismo por sentirse sin dominio propio, cuando Marta salió del aseo. Lo miró, le subió un fuerte sonrojo en su cuello y cara y se dirigió hacia el despacho diciéndole al pasar:

—Ya está libre.

La mañana transcurrió para los dos intentando ignorar lo que había ocurrido en el cuarto de baño. A mitad de mañana llegó Declan.

El abogado se sentía preocupado por Marta después de la conversación que mantuvieron él y Seán con Connor sobre la joven y pensó que hablarle un poco del carácter de su amigo la aliviaría un poco.

—Marta, ¿te vienes a tomar un café conmigo? —le preguntó asomando la cabeza por la puerta.

Connor frunció el ceño y miró a la joven. Ella lo miró a él y luego a Declan.

—Bien. Estaba a punto de ir a tomarme uno —contestó levantándose —.

No te importa, ¿verdad, Connor?

El joven acentuó más su ceño mientras unos celos arrolladores le recorrían el cuerpo.

—No tardes —repuso con sequedad.

—No seas gruñón, Connor —lo reprendió su amigo con tono sarcástico.

—¿Cómo lo llevas con él? —inquirió el abogado a Marta en cuanto se sirvieron un café en la sala de descanso, encaramados los dos en las banquetas que había en el mostrador.

—¿Te refieres a Connor? —Y ante la afirmación de Declan con un cabeceo, le respondió—: Bueno… bien. Algo desconcertada. Pero bien.

—¿Desconcertada? ¿Por qué?

—Yo creo que estoy realizando mi trabajo con eficacia, pero él parece estar disgustado.

Declan se echó a reír.

—¡Cómo se nota que no lo conoces! Tranquila, el estado normal de Connor es huraño. Va intrínseco en él. No va contigo.

—¡Me dejas más tranquila! —Rio uniéndose a la broma.

—Connor es una persona muy particular. Todo lo que tiene de educado, honrado y franco, lo tiene de tímido, lo que le hace parecer hosco e introvertido, más que nada porque no sabe capear bien a las mujeres. Creo que no os comprende —opinó entre risas—, pero esto es un secreto entre tú y yo. Lo malo es que tiene la peculiaridad de que su franqueza a veces es excesiva, casi descortés en algunos casos.

—Un poco contradictorio, ¿no?

—Pues aún no sabes la peor de sus manías —anunció Declan con una sonrisa irónica.

—Sorpréndeme —le instó Marta.

—Es obsesivo con el orden y la limpieza a unos niveles irritantes.

Marta soltó una fuerte carcajada.

—¡Ahora lo entiendo todo! —exclamó posando una mano en el brazo del abogado.

En ese momento, la figura de Connor se recortó en la puerta de la sala.

En lo primero que se fijó fue en la mano de la joven sobre el musculoso brazo de su amigo y a continuación en las risas que compartían los dos.

—Cada mañana me encuentro mi mesa completamente ordenada. Yo pensaba que era el personal de limpieza, pero me extrañaba que parecían adivinar a qué montón correspondía cada papel. No es que yo sea desordenada, pero es impresionante la pulcritud y el orden con que me la encuentro.

—Me alegro que os lo paséis tan bien a costa mía —los increpó Connor con voz dura, apareciendo junto a ellos.

Declan volvió a soltar una carcajada mientras que Marta, avergonzada, se ponía colorada y se tapaba la boca con la mano.

—Lo siento. No me burlaba de ti, de verdad —logró balbucear entre sus dedos.

Sin decir nada, Connor dio media vuelta y salió de la sala.

La joven bajó de inmediato de la banqueta en la que estaba subida y se despidió del abogado.

—Lo siento, Declan, pero he de irme. Tengo que hablar con él. Gracias por el café —se despidió con nerviosismo.

—No te preocupes, se le pasará —la consoló el abogado.

Marta salió de la sala y se dirigió al despacho. Abrió con fuerza la puerta y al ver a Connor de pie dándole la espalda observando a través de la ventana, cerró con suavidad. Se sentía fatal por haberle hecho daño. No había sido su intención. El corazón le palpitaba a toda velocidad.

Necesitaba que él la entendiese. Quería romper esa barrera de timidez en él, que confiase en ella y lograr ser amigos. Así sería mucho mejor la convivencia. De eso estaba segura.

—Connor…

—Es muy guapo y simpático, ¿verdad? —la cortó con voz desabrida sin darse la vuelta.

—¿Qué?

—Declan. Es guapo y simpático.

—Sí… lo es…

El joven economista se giró con lentitud y la miró con tristeza en sus

ojos.

—Pero no he venido a hablar de él. Bueno, sí, pero no. Escucha —

continuó la joven.

—No es necesario.

—Sí que lo es. Para mí lo es. No quiero que pienses lo que no es.

—No tengo que pensarlo. Lo he oído y visto.

—Pero lo has oído fuera de un contexto y te lo has tomado por lo que no es —explicó con voz cargada de sinceridad.

Según hablaba, Marta se iba acercando a él hasta ponerse en frente.

Connor miraba fijamente sus ojos. Se sentía subyugado por ellos. Notó un punto de fragilidad en su mirada, algo que lo desconcertó ya que hasta el momento ella solo le había demostrado su fortaleza. Pero desde que había entrado en el baño esa mañana, Marta le había enseñado otra parte de sí misma que también le gustaba. La había visto vulnerable y frágil.

—Declan me acababa de desvelar tu obsesión por el orden y yo me reía de mí misma al pensar que era el personal de limpieza el que me ordenaba la mesa. Me reía de mí misma, no de ti.

Connor no la escuchaba. Su mirada había bajado hasta sus labios. Los veía moverse y se sentía atraído por ellos. Bajó lentamente la cabeza acercándose hacia ella, atraído como un imán, pero dándole tiempo a Marta para que se apartase. Muy lentamente. Hasta que rozó los labios de la joven con los suyos. Un hormigueo de electricidad le provocó unas enormes ansias de saborearla, de fundir sus bocas, de beber de ella hasta quedar saciado. Hambriento, apretó el beso hasta casi devorar su boca.

A Marta le sorprendió la reacción de Connor, pero no quiso apartarse de la trayectoria que había tomado la cabeza de él, más bien todo lo contrario.

Lo estaba deseando. El roce de sus labios le produjo un estremecimiento de todo su cuerpo y cuando él apretó el beso y comenzó a devorar sus labios se pegó a su pecho subiendo sus brazos y rodeando el cuello del joven. Notó cómo él hacía lo mismo con su cintura y la presionaba junto a sí. Lo que no se podría haber imaginado era lo bien que besaba Connor. Era maravilloso.

Cuando tras largos minutos separaron con lentitud sus labios, las miradas seguían fundidas.

—Creo que me has perdonado —declaró Marta, elevando las comisuras

de sus labios en una suave sonrisa.

Connor se quedó primero estupefacto y enseguida soltó una fuerte carcajada. Marta era casi veinte centímetros más baja que él, por lo que sus labios caían justo a la altura de su frente. Se inclinó y la besó allí.

—Marta, eres fantástica.

—¡Vaya! ¡Gracias!

—Perdona mi reacción de antes —se disculpó frunciendo el ceño—. Me pudo la envidia.

—¿Envidia? ¿Envidia de qué?

—Te vi tan a gusto y sonriente con Declan… ¡Te lo estabas pasando tan bien!

—¿Tuviste envidia de mi relación con él? ¿En serio?

—Pues sí… Declan siempre gusta a todo el mundo… —confirmó, acentuando su ceño.

Esta vez fue Marta la que rompió a reír.

—¿Pensaste que me sentía atraída por él?

—¡Claro! —confirmó con énfasis—. ¡Es Declan!

Marta se lo quedó mirando con una sonrisa socarrona y dirigiéndose a su mesa, le dijo:

—Bueno, creo que este despacho no es sitio para tener esta conversación. Supongo que estarás de acuerdo —se giró elevando las cejas esperando su confirmación y cuando él afirmó con un movimiento energético de su cabeza, continuó—: Esta tarde, cuando terminemos la jornada, podríamos hablar de esto mientras damos un paseo por el parque,

¿te parece bien?

—Sí, claro —confirmó renuente.

—Pues venga, a la faena.

## Capítulo 10

Las horas transcurrían muy lentamente para Connor. Por lo general, los días le pasaban en un suspiro al estar tan absorto en su trabajo, pero hoy no le era posible concentrarse en algo que no fuese el movimiento de las piernas de Marta por debajo de la mesa o sus manos danzando sobre la mesa o sus largas pestañas haciendo sombras chinescas sobre sus sonrosadas mejillas. Todo lo que se

refería a ella lo distraía. Estaba desando que pasasen las horas para poder tener esa conversación pendiente que lo mantenía en vilo.

Marta estaba nerviosa. No paraba de mover sus piernas balanceando una cuando la cruzaba sobre la otra y viceversa. No dejaba de notar las miradas que le echaba Connor cada dos por tres, pero también tenía claro que su ceño no había dejado de estar fruncido ni un solo segundo. La verdad es que había cortado la conversación con Connor porque antes quería analizarse a sí misma. Las fuertes sensaciones que había tenido cuando él la había besado jamás las había experimentado con ningún otro. Quizás fuesen motivadas por lo bien que besaba. O quizás no. El caso era que se sentía atraída por él. Por su suave pelo, por sus duros ojos color caramelo y por su inmensa sonrisa. Hasta esa facultad suya para parecer que está siempre disgustado le atraía. Su fuerte semblante le fascinaba.

Pero era su jefe y los dos debían tener muy claro el tipo de relación que querían tener. No quería jugarse el empleo por unos polvos más o menos.

Ella ya había sacado en claro que le atraía y le gustaría tenerlo como amigo y si, además, se satisfacían mutuamente en la cama… Pues mucho mejor, pero todo dependía de él. Si buscaba algo más, con ella no lo iba a

encontrar.

—¿Puedes parar un rato?

—¿Cómo? —interrogó sorprendida por la voz severa de su jefe.

—¡Que pares!

—¿De qué?

—¡De mover tus piernas como si esto fuese un cabaret! —le espetó cortante mientras dirigía su mirada bajo la mesa de la joven.

Marta juntó las piernas de inmediato para dejar de mecerlas.

—¿En serio te molesta?

—¡Estoy tratando de trabajar y no me dejas concentrarme con ese vaivén!

—Connor… ¡eres un gruñón! —se burló la joven—. ¿Seguro que solo

es el vaivén lo que te desconcentra? —añadió insinuante.

—Marta, no provoques. Puedes salir perdiendo.

La joven soltó una carcajada y mirándolo socarronamente, dijo:

—No te preocupes, ya lo comprobaré en otro momento.

***

Caminaban con lentitud por Santry Park. Hacía una tarde bochornosa, pero entre las sombras de los enormes robles o los fresnos, el ambiente era perfecto. Iban recorriendo los caminos que entrecruzaban el parque en silencio. Santry Park pertenecía a los jardines de una casa palaciega construida en 1703 y que cayó en desuso en 1921, pasando a manos del Estado en 1930. Al final, el condado de Fingal se quedó con los terrenos y se transformó en un parque público con zona de juegos para niños, un lago artificial y un estadio de atletismo.

Tenía un recorrido apacible con un manto de húmeda hierba por todas partes, algunos frondosos bosquecillos diseminados por todo el parque y un río poco caudaloso además del lago artificial de aguas verdosas y transparentes.

—¿Sabes que allí hay un jardín comunitario? —rompió el silencio Marta señalando una parte del parque, a la izquierda de donde ellos se

encontraban.

—Pues no. No lo sabía. Si quieres que te diga la verdad, es la primera vez que piso este parque. Bueno, no, la segunda —confesó Connor.

—¿Vas a otro parque?

—No.

—¿Al campo?

—No.

—¿Sales alguna vez de Dagda?

Connor soltó una carcajada.

—No. De casa al trabajo y del trabajo a casa.

—Ya. Me lo estaba imaginando —dijo Marta con un tono de sorna.

—¡Oye, no te burles de mí! —exclamó frunciendo el ceño, pero con una amplia sonrisa.

—Es que es asombroso. Uno de los motivos principales por los que he venido aquí es por el paisaje.

—¿Qué otros motivos te traen a Irlanda?

—¿Cómo?

—Has dicho que es uno de los motivos, ¿qué otro motivo tienes?

A Marta se le cambió el gesto de la cara. Se quedó pensativa.

Ensimismada en sus pensamientos.

—¿Marta? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. No pasa nada —contestó sin mucha convicción—. No hay más motivos.

—¿Seguro? Puedes contármelo.

Marta se detuvo en el borde del lago artificial para contemplar sus aguas.

Connor se puso a su lado y, sin querer, rozó sus dedos con los suyos y un chisporroteo eléctrico le subió por el brazo. Sus dedos atraparon el brazo esbelto con suavidad y el corazón comenzó a palpitarle con fuerza.

Comenzó a deslizar la yema de sus dedos notando en ellas la seda de su piel.

Marta se estremeció.

Una fuerte necesidad de tocar su piel suave y de pasar largas horas besándola inundó el cuerpo del joven.

La joven se giró para ponerse frente a él y le sonrió.

Connor le respondió con otra amplia sonrisa dejando ver esos níveos dientes perfectos y esos sexis hoyuelos.

—¿Tienes alguna idea de lo tentadora que es tu sonrisa, Connor? —

inquirió con voz ardiente.

Le robaba el aliento con su sonrisa. Marta observó cómo el color caramelo de los ojos de Connor se oscurecía de deseo, cambiando a un marrón oscuro al mismo tiempo que agachaba la cabeza y poseía su boca.

La apretó contra su cuerpo rodeándola con sus brazos y Marta sintió como si la protegiese. Era deliciosamente rudo, arrebatadoramente apuesto y brutalmente delicado. Le devoraba la boca con voracidad, pero al mismo tiempo con tanta ternura que la conmovía.

La lengua de Connor bordeó las comisuras de sus labios, penetró entre ellos para juguetear con la lengua de ella.

Marta sintió la necesidad de más, no se saciaba. Consiguió apartarse levemente y susurrar sobre los labios de Connor:

—Si me besas no puedo pensar con claridad.

—Eso me gusta.

Marta no se apartó ni un milímetro. Quería más. Se frotó con suavidad contra él, incitándolo.

—Marta, vas a acabar conmigo. Si quieres que no pierda el control, deja de hacer eso.

—¿Y si lo que quiero es que lo pierdas?

—No me tientes…

Connor se apartó de la joven en el último instante antes de perder su autodominio.

—Vamos, te invito a cenar. Aquí cerca hay un buen restaurante. —Su voz sonaba pastosa y ronca.

—No. Te invito a mi casa. Está muy cerca y tengo una estupenda lasaña esperándonos —le sugirió con una sonrisa maliciosa.

—¿Y de postre? —planteó él con una sonrisa arrebatadoramente descarada.

—Eso depende de cómo estemos de llenos tras la cena —le respondió soplándole un beso y guiñándole un ojo a la vez.

La joven lo cogió de la mano y tiró de él para que la siguiera.

—Ven, te enseñaré mi coqueta casita. Estoy segura que te hará mucha ilusión —le conminó con ironía.

—¡Muchísima!

Connor tenía una amplia sonrisa mientras se dejaba llevar.

Cuando llegaron a la casa de Marta, esta se portó como una perfecta anfitriona consiguiendo que el economista se sintiera cómodo y relajado entre risas y confidencias. El joven estaba irreconocible. En ningún momento frunció el ceño ni contestó de manera hosca, más bien todo lo contrario; se comportaba feliz y distendido.

—¿La has hecho tú?

—Pues sí. Es otro de mis muchos talentos.

—¿Te gusta cocinar? ¿Cocinas bien?

Marta soltó una carcajada.

—No. La lasaña. Has tenido mucha suerte hoy. Es lo único que me sale bien. Bueno, lo único que me sale bien… en la cocina.

Esta vez fue Connor el que rompió a reír.

—Eres una mujer provocativa y descarada.

—No te niego que quizás lo sea un poco, pero contigo he tenido que multiplicar mi osadía.

—¿Y eso?

—Supongo que será debido a que he tenido que practicar desde que llegué para que no me avasallases. Porque, para que lo sepas, puedes ser muy intimidante.

—¿Yo intimidante? ¡Intimidante tú!

—¿Yo? —interrogó sonriendo abiertamente—. ¿En serio?

—Pues claro, me haces temblar.

La sonrisa de Marta se esfumó en cuanto comprendió el doble sentido de sus palabras y pudo ver en su mirada un ardiente deseo. Se lamió

los labios.

—Ven, vamos al salón a reposar la cena —le propuso azorada.

Lo condujo hasta el sofá y empujándolo para que se sentara, se dirigió hasta la cadena de música para colocar un CD. Casi de inmediato comenzó a sonar la canción *Only Time* de Enya.

—¿Te gusta Enya? —la interrogó con sorpresa mientras la veía andar dirigiéndose hacia él. Se sentó a su lado colocando antes una pierna sobre el sofá y se posó sobre ella para luego girar el cuerpo hacia él.

Marta se había cambiado de ropa nada más llegar a su casa. Había sustituido su traje formal por unos vaqueros descoloridos y raídos y una camiseta de tirantes de color azul celeste que le ceñía el busto. Estaba arrebatadora.

—Me encanta, pero este CD es un recopilatorio de mis canciones favoritas de compositores y cantantes irlandeses. No solo está ella.

—Entonces podré comprobar tus gustos personales, ¿quién más hay?

—Si quieres saberlo, tendrás que quedarte a oírlo —lo invitó con una brillante sonrisa.

—Encantado, bella damisela —correspondió a su sonrisa—. Sería de tontos rechazar una oferta así.

Intercambiaron una larga y satisfecha mirada.

—¿Sabes?, me has engañado muy bien —reconoció Marta.

—¿Yo? ¿En qué? —interrogó sorprendido.

—Bueno, desde que llevo en la empresa no había visto este lado tuyo.

—¿El izquierdo o el derecho? —preguntó socarrón girando la cabeza de un lado a otro.

Marta soltó una fuerte carcajada.

—¿Lo ves? ¡Ese! Tu lado alegre y socarrón y no el hosco y seco.

A Connor se le oscurecieron los ojos y poniéndose serio le dijo:

—La verdad es que no te he ocultado nada. Esta faceta mía yo tampoco la conocía. Nunca he sido una persona fácil. No conecto con

la gente. Ni siquiera en el Trinity College, salvo con Seán y Declan que supieron capear mi carácter huraño. Siempre he preferido la compañía de los números a hablar con las personas. Pero contigo me estoy sintiendo distinto esta noche. Me siento diferente por dentro y por fuera.

Veía sinceridad en la mirada de Connor. Su voz bronca le recorría el cuerpo y le producía unas terribles ansias de que la cogiese en sus brazos y la besase. Desde luego, no pensaba ponerle pegas si eso pasaba. Pero antes debían hablar.

—Connor, escucha. Yo quiero que antes de que traspasemos un límite

de no retorno, dejemos las cosas muy claras. Te gusta la sinceridad, ¿no?

Pues es el momento de serlo.

—Me parece bien.

—Si quieres, comienzo yo. —Tras la afirmación con la cabeza de Connor, continuó—: Yo no quiero ninguna relación que no sea de amistad y eso es lo que te brindo: que logremos ser amigos, porque hasta ahora parecíamos enemigos más que compañeros de trabajo. Si, aparte de ser amigos, tenemos relaciones íntimas... Vamos, que, si nos acostamos, será solo y únicamente como amigos. No quiero pareja. Ni ahora, ni en mucho tiempo. Ni, por supuesto, busco el amor.

Las palabras de Marta lo estaban perforando por dentro. Él no había pensado en una relación formal tampoco, pero al escuchar cómo le cerraba esa puerta, algo le había pellizcado el corazón, como si fuese lo único que no esperase oír. Tampoco es que él estuviese en un buen momento para tener una pareja. Su trabajo lo tenía absorbido y era lo último que se le podría pasar por la cabeza en esa etapa de su vida, pero le había dolido su rechazo. No lo podía negar.

A él, ella le gustaba. Mucho. Así que no le quedaba más remedio que admitir los términos que ella quisiese si quería tenerla a su lado.

—Me parece perfecto, Marta. Para mí tampoco es el momento de tener pareja. Admito tu amistad y te la devuelvo multiplicada por dos.

Ella amplió la sonrisa.

—Bien.

—¡Ah! Y quiero traspasar esos límites.

Marta, con lentitud, apoyó sus manos en los muslos de él, inclinando su cuerpo hasta casi rozar su nariz y le susurró:

—Me lo estás poniendo muy fácil. —Se mordió el labio—.

Verdaderamente fácil.

—Espero que así sea. —Posó sus manos sobre las de ella con suavidad

—. Te deseo, Marta. Te deseo como un adolescente. Ahora mismo haría cualquier locura por ti.

El ambiente era eléctrico entre los dos. Comenzó a sonar la canción *Lady in red* de Chris De Burgh.

Una sonrisa maliciosa comenzó a perfilarse en los labios de Connor. Se

puso en pie y sin soltarla de las manos tiró de ella para que se levantara y llevarla hasta el centro del salón. Le elevó los brazos enroscándolos en su propio cuello y la atrapó por la cintura pegándola hacia él.

—Baila conmigo —susurró con voz ronca.

Comenzó a mecerse al compás de la música.

Marta se sintió atraída por el cadencioso vaivén y enroscó sus dedos en el pelo de Connor. Sintió su aliento entrecortado cercano a su cuello, excitándola. Notaba la firmeza y dureza de su cuerpo. Lo apretó ciñéndose a él con más fuerza.

El joven posó sus labios en la clavícula de Marta depositando un suave y leve beso para, a continuación, recorrer su cuello con un reguero de besos hasta llegar a la comisura de sus labios, explorándolos con ternura hasta que Marta los abrió y profundizó su boca con un beso abrasador. Su cabeza comenzó a dar vueltas y sus rodillas temblaban nerviosas. Cerró los ojos y su respiración se hizo rápida. Se sentía como en una nube de placer elevándolo por los aires.

Connor no podía creerse las sensaciones que se estaban despertando dentro de él. Jamás había pensado que pudiese sentir algo así al besar a una mujer, pero necesitaba más. Necesitaba sentir su piel en sus manos, tocarla, fundirse en ella. Poco a poco fue elevándole la camiseta hasta tocar su espalda. Tenía una piel sedosa y caliente.

Siguió subiendo la camiseta hasta que se vio forzado a separarse de ella para poder quitársela. Sus miradas se cruzaron ardientes. Marta dejó elevados sus brazos para facilitar que se la quitara y Connor bajó su mirada hasta sus pechos encerrados en un sujetador sin tirantes. Agachó la cabeza y rozó sus labios sobre el pecho que sobresalía por encima de ellos; los mordisqueó y besó hasta producir un gemido en la garganta de ella.

Connor la giró para ponerla de espaldas a él y le desabrochó el sujetador con un enérgico gesto para tirarlo sobre el sofá. Marta sintió el pecho de él en su espalda mientras la rodeaba con un brazo sobre su vientre atrayéndola hacia sí. Sus labios la besaron en el cuello de nuevo. Notó su erección pegada al final de su espalda. Marta contuvo la respiración y sus pezones se irguieron. Él posó las manos en su cintura y las fue elevando con lentitud mientras no dejaba de darle besos en el cuello y en las mejillas. Ella giró su

cabeza hasta conseguir tener acceso a los labios de él, tomando posesión de ellos mientras sentía las manos de Connor subir hasta sus pechos para frotar con los dedos sus dos inhiestos pezones.

—¿Dónde está tu cuarto? —susurró con voz pastosa en su oído.

Marta comenzó a andar al tiempo que sujetó con sus manos las del joven que permanecían sobre sus pechos para que la siguiese pegado a ella.

Connor se rio con fuerza.

—Eres tremenda.

—Pues prepárate porque ahora voy a ser más tremenda todavía. Por cierto… ¿tienes preservativos? —inquirió en cuanto llegaron a su cuarto.

Connor se quedó envarado. Marta notó en su espalda cómo se ponía rígido.

—No… —confesó.

—¡¿En serio?! —exclamó a la vez que se giraba para mirarle el rostro.

—Pues sí. Es verdad. No llevo. No suelo llevar encima porque no soy de relaciones esporádicas —explicó desconcertado.

—¡Caray, Connor!

—¿Tú tampoco tienes?

—Pues no. No vine a Irlanda con esa idea.

Connor la cogió en brazos y la depositó con cuidado sobre la cama.

—Tranquila, te prometo que nos lo pasaremos bien. Hay muchas otras cosas que podemos hacer —le dijo con una sonrisa pícara.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Sabes hacer muchas cosas? —le dijo devolviéndole la sonrisa al tiempo que elevaba los brazos y rodeaba el cuello de él con ellos.

—No quedarás defraudada, te lo prometo —susurró mientras comenzaba a darle pequeños besos por su rostro.

Capítulo 11

Los dedos se movían con ligereza sobre el teclado. Tenía la certeza de que ya no había nadie en la empresa, pero al paso que avanzaba, le iba a costar toda la noche conseguir su propósito o, en todo caso, tendría el fin de semana por delante. Él mismo estaba comprobando la eficiencia que había tenido Seán Gallagher en proteger el acceso remoto a sus ordenadores, pero su experiencia lograría romper todas las barreras puestas allí para evitarlo y obtendría lo que iba buscando. Lo presentía. Sabía que lo conseguiría.

Capítulo 12

Eran las diez de la noche del sábado y Connor seguía en Dagda, encerrado en su despacho.

A primera hora de ese día, un posible cliente, amigo de un amigo de Seán, le había pedido a este que el lunes le enviase a su empresa un representante de la compañía para que le mostrase sus productos y le hiciese una oferta.

—Es el distribuidor más importante de España y nos interesa mucho hacerles una buena propuesta, Connor —le explicó Seán cuando lo llamó por la mañana para avisarlo.

—Pues tendré que pasarme el fin de semana preparándola. Además, tengo que hacer una nueva presentación de los productos, la que hay ahora está algo obsoleta.

—¿Y eso? Siempre la has mantenido al día.

—He tenido demasiado trabajo, Seán. Pero no te preocupes; lo tendré todo listo para el lunes. Pásame por WhatsApp los datos de la empresa y buscaré un vuelo para estar allí lo más temprano posible.

—Oye, Connor. Deberías pensar que sería beneficioso que te acompañara Marta. Ella es española y seguro que te será de mucha ayuda.

El economista se quedó durante unos segundos en suspenso. Quizás su socio tenía razón, pero él estaba acostumbrado a hacer ese trabajo solo.

—No creo que haga falta, sabes que chapurreo algo de español.

—Pero no creo que sea suficiente, además, no estaría nada mal que la presentación fuese en ese idioma. Es más, se me está ocurriendo que sería genial que la hiciese ella.

—¡No, eso sí que no! —exclamó Connor—. Si dices que es una empresa tan importante no quiero dejar la negociación en manos de una novata.

—¡Joder, Connor! Marta es una chica muy competente. No hace falta mucho para darse cuenta de ello, además, tú estarías con ella y podéis repasarlo juntos durante el fin de semana para que la pongas al tanto de cómo quieres que lo haga.

—Bueno, Seán, ya veré lo que hago. Hasta ahora no he necesitado a nadie para hacer suculentos contratos.

—¡Eh!, que yo no estoy diciendo que tú no puedas hacerlo. Solo que, teniendo a Marta aquí, me parece una buena baza utilizar sus conocimientos en el trato con sus compatriotas.

—Vale, te he entendido. Ya lo veré.

***

Después de darle vueltas durante todo el día, Connor decidió llamar a Marta. Era algo tarde para efectuarla, pero él era sabedor de las costumbres españolas y se arriesgó. Prefería aventurarse porque, dependiendo de lo que le respondiese ella, tendría que continuar su trabajo hacia una línea u otra.

No se habían vuelto a ver desde que, a altas horas de la madrugada de ese mismo día, él se había ido de la casa de Marta, ni siquiera habían hablado por teléfono, así que estaba algo nervioso porque no sabía qué pasaría a partir de entonces entre los dos.

Sí tenía claro lo que había pasado la noche anterior y eso lo asustaba un poco. Por mucho que la joven le gustase, por mucho que gozase con ella de forma difícilmente superable, él no tenía tiempo para una relación estable en estos momentos. No. La empresa requería casi veinticuatro horas al día y en esos momentos de su vida, era lo primordial.

Había sido una noche perfecta. Sí. Incluso había visto un lado de él que desconocía y que le había gustado que ella lo apreciase, pero no era el momento. No.

—¿ *Dígame?*

—Marta, soy Connor. Perdona que te llame a estas horas.

La joven, sorprendida al escuchar la voz seca de su jefe, tardó en responder unos breves segundos. «Bien —pensó—, ha vuelto el jefe. Pues nada, aquí está la empleada».

— *No pasa nada. Dime, ¿ocurre algo?*

—No. Bueno, sí; necesito tu ayuda.

— *Adelante, te escucho* —lo instó al notar que Connor no continuaba.

—Verás, el lunes debo viajar a España a presentar nuestros productos y Seán me ha aconsejado hacerlo en español. Me preguntaba si tú me harías el favor de hacerme la traducción.

—¿ *Estás en la oficina ahora?*

—Sí. Han llamado esta mañana y estoy trabajando en ello.

— *Voy para allá* —propuso Marta con voz firme.

—No hace falta, Marta. Si quieres, cuando lo tenga terminado, te lo envío por correo electrónico y puedes trabajar con tranquilidad en tu casa.

— *No me importa ayudarte, Connor. No estoy haciendo nada importante, más bien todo lo contrario. Tardo diez minutos en estar allí.* —

Y colgó.

Empezaba a conocer bien a su jefe y sabía que, si le daba opción, se negaría obstinado. Por eso colgó enseguida, cogió su bolso y salió deprisa de su casa. De camino hacia Dagda, pasó por un restaurante chino y compró algunos platos típicos para llevar y apareció en el despacho con una amplia sonrisa en su rostro.

Debía reconocerse a sí misma que estaba nerviosa. Después de la noche pasada junto a él, se reencontraban en un entorno de trabajo. Quizás fuese lo mejor. Era cierto que se había sentido genial junto a Connor, todo había sido perfecto: el paseo por el parque, la cena con una más que agradable conversación, las coñas mutuas y para culminar, tocó la luna. Sí, la había tocado. Connor cumplió su promesa y la elevó a la máxima potencia, haciendo gala de su experiencia en matemáticas. Sus manos, de dedos largos y finos, la habían acariciado cada centímetro de su piel, la habían reconocido con minuciosidad hasta encontrar todos los secretos que ocultaba y que le proporcionaron el máximo de los gozos.

Jamás nadie había conseguido tanto con tan poco.

¿Qué pasaría ahora entre ellos dos? Pese a lo cómoda que se había sentido con él, lo bien que se habían acoplado y lo mucho que habían disfrutado, ella no estaba preparada para tener una relación seria. No.

Todavía no. Se lo había dejado bien claro.

Esperaba que estas circunstancias no entorpecieran su relación laboral.

—Antes de que te quejes, te diré que prefiero estar aquí, aunque sea contigo —aclaró Marta antes de que le dijese algo Connor. Le guiñó un ojo y continuó—: La otra alternativa era seguir aburrida tirada en el sofá mientras zapeaba.

El economista se levantó con lentitud de su silla tras la mesa de oficina.

Su ceño fruncido le dijo con claridad a Marta que no era bienvenida, pero no iba a dejarse amedrentar.

—Te he dicho que no hacía falta que vinieras —le recriminó Connor —, pero ya que estás aquí, te lo agradezco. La verdad es que se me está echando el tiempo encima y me vendrá bien tu ayuda.

Cualquiera diría, al oír el tono en el que había hablado Connor, que le estaba perdonando la vida a la joven, pero a ella no le afectó lo más mínimo. Ya sabía que él tenía otro lado educado y amable, así que no le iba a permitir que le afectase su parte huraña. La verdad era que lo que estaba deseando era volver a poder ver su sonrisa. Esa esplendorosa e impresionante sonrisa.

—He traído algo de cena para los dos. Supongo que estarás encerrado aquí desde esta mañana y no te habrás preocupado en llevarte algo a la boca.

—Tienes razón. No he comido nada en todo el día. Te lo agradezco, Marta.

—No hay de qué. Me imaginaba que ya empezaría a crujirte el estómago.

¡Sí! ¡Ahí estaba! Su sonrisa.

—Yo no lo habría expresado con mayor claridad —afirmó Connor que no había podido evitar que la descripción de la joven le hiciese gracia.

Frente a ella, el joven notaba que cada capa que lo cubría se desprendía poco a poco, como si se tratara de una cebolla en manos de un *chef* de alta cocina. No le gustaba mostrarse así ante nadie, pero con Marta no podía

evitarlo y eso le llevaba a brotar otra vez su personalidad taciturna y arisca.

Y, en cuanto se descuidaba, la joven volvía a lograr que otra capa se desprendiera de su carácter ceñudo. Era como la pescadilla que se muerde la cola.

—Vayamos a la mesa de reuniones en el despacho de Declan —

continuó Connor a la vez que volvía a fruncir el ceño ante sus pensamientos

—. Allí estaremos más cómodos.

—¿Te gusta la comida china? —indagó Marta mientras se dirigían hacia el lugar—. El restaurante chino que está de camino a mi casa es lo único que he encontrado abierto.

—Bueno…, no es de mis preferencias, pero me lo como si es necesario.

—Eso es porque no has probado lo que está realmente sabroso de los platos chinos. Seguro que siempre has pedido los más típicos.

—Pues sí: rollitos de primavera, arroz tres delicias y cerdo agridulce.

Eso suele ser mi menú chino.

—Prepárate para degustar algo bueno de verdad: sopa de *wonton, chop suey* con arroz cocido, *jiaozi* y pato laqueado a la pekinesa. ¡Bocatto di cardinale[2] *!* — concluyó Marta pronunciando las tres últimas palabras de forma pausada, con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción.

—¿Me intentas poner los dientes largos? —inquirió mientras retiraba lo que había sobre la mesa para poner la comida y lo dejaba de forma ordenada sobre la mesa de Declan.

—Pues sí, para qué voy a negarlo. Quiero hacerte sufrir un poco por haber sido tan descuidado con tu alimentación. Te lo tienes merecido —le recriminó con una sonrisa a la vez que colocaba la bolsa de la comida sobre la mesa.

—Te comportas como una chiquilla. Yo ya soy mayorcito para saber lo que debo hacer —renegó malhumorado.

—No rezongues tanto, encima que me preocupo por ti.

Entre ambos sacaron los envases que contenían los alimentos, colocaron todo lo necesario sobre la mesa y se sentaron alrededor.

—Además, si pretendías ofenderme con esas palabras, te has equivocado —continuó la joven—. Me encanta tener mi lado infantil, así que búscate otra estrategia si lo que pretendes es picarme.

En ese momento, un sonido incesante como si se desatara una guerra naval se escuchó de fondo. De inmediato un rubor destacó en las

mejillas pálidas de Connor a la vez que Marta lo miraba de soslayo con una amplísima sonrisa llena de socarronería, después se tapó la boca con una mano hasta que no pudo aguantar más y rompió a reír con unas carcajadas frescas y cristalinas que provocaron que el economista la observara con detenimiento.

—¡Tus tripas acaban de darme la razón! —exclamó Marta en cuanto pudo hablar—. Estás muerto de hambre, querido jefe. Venga, haz los honores a este suculento menú que está confeccionado en exclusiva para ti.

—No te pongas tan ufana, querida empleada. Ya había admitido que tenía hambre. Lo que pretendía decirte antes es que yo controlo mi cuerpo y si quiero estar sin comer durante horas, es mi problema.

—Ya. Muy típico de ti; te gusta controlarlo todo.

Los dos habían comenzado a cenar mientras hablaban y Marta no le quitaba la mirada de encima para observar cómo disfrutaba de la comida. Él parecía que no se estaba dando cuenta, pero se alimentaba a dos carrillos.

—Pues sí. He funcionado de esa forma toda la vida y siempre me ha ido bien —le respondió después de tragar la última cucharada de la sopa *wonton*.

—¿Te ha gustado la sopa?

—Riquísima, la verdad.

—Me alegro.

—¿Vas a regodearte toda la noche de tu acto de generosidad? —inquirió Connor irónico.

—Es que como soy una niña, me comporto como tal.

—Esta es una conversación de besugos, Marta. Dejémosla de lado ya.

—Sí, creo que tienes razón. Mejor que no hablemos más porque eres único para *echarme flores* —ironizó Marta—. Comamos en silencio, así no tendrás que soportar mis desvaríos.

Connor acentuó su frunce en el ceño, bajó la mirada hacia los distintos platos que había en la mesa y se mantuvo así durante varios minutos mientras se alimentaban. El silencio los envolvió opresor. No era lo

que pretendía, pero su costumbre de protestar por casi todo los había llevado a

esa situación tensa. Y para ser sincero, Marta no se lo merecía. Había acudido a la mínima sugerencia de solicitud de ayuda con toda su energía y, además, acompañada de un menú chino que estaba buenísimo y que estaba renovando todas sus fuerzas perdidas a lo largo del día.

Al cabo de un rato de darle vueltas en la cabeza, carraspeó, molesto por ese silencio que percibía que lo culpaba de su desabrido. Volvió a carraspear.

En cambio, Marta no le quitaba el ojo de encima con disimulo y una sonrisita juguetona bailaba en sus labios. Se había dado cuenta de lo incómodo que él se sentía después de sus últimas palabras y gozaba con ello, así que no pensaba ponérselo fácil. Si quería volver a charlar con ella tendría que iniciar él la conversación, por mucho que le costase a ella estar callada, que le costaba.

Él volvió a carraspear.

Ella se mordió la lengua ante las ganas de hablar.

Otro carraspeo más potente que los anteriores le provocó una estruendosa tos. Marta se levantó con rapidez y le palmeó la espalda con fuerza.

—¡Basta, basta! —gruñó Connor entre toses a la vez que intentaba coger el vaso para beber.

La joven volvió a su asiento y continuó comiendo mientras observaba cómo él intentaba calmar su irritación de garganta mediante la bebida.

—¡Está bien! —exclamó en cuanto se le pasó la tos y dirigió su mirada hacia Marta—. Perdona lo que te he dicho antes. No pretendía ofenderte, lo que pasa es que tiendo a decir cosas que no sientan bien a la gente.

—Eso tiene fácil solución.

—Sí, claro. Permanecer callado.

—Yo no digo nada, que después me tildas de cría.

—Marta, ya te he pedido perdón.

—Bueno, pero es que lo que mi cabeza me indica que te diga, tú lo vas a tomar como si le hablase a un niño.

—Me lo quieres devolver, ¿eh?

—No. Es lo que pienso.

—Venga, no te cortes más y dímelo.

—Tú lo has querido: pienso que deberías pensar un poco antes de hablar. Con eso evitarías muchos mal entendidos.

—No me has dicho nada nuevo. Siempre me lo recomiendan Declan y Seán.

—Pues mucho caso no les has hecho a tus amigos.

—No, no les he hecho caso. Rara vez hago caso de lo que me dicen los demás con lo que respecta a mi persona. Suelen catalogarme de borde, pero yo creo que soy sincero. La gente se da golpes en el pecho hablando de la sinceridad, pero en cuanto se encuentran con alguien que realmente lo es, se ofenden y lo llaman mal educado.

—Con que eso es lo que piensas, ¿no? Entonces, no tendrás inconveniente en que yo lo sea contigo, aunque sea tu empleada y no tendré represalias si hablo con franqueza, sin pelos en la lengua.

—Por supuesto, en todo caso te lo agradecería. Creo que ya hemos hablado sobre esto. Sinceridad, ante todo.

—Bien, es cierto que es la segunda vez que hablamos de ello, por lo tanto, voy a ser franca contigo ahora mismo.

—Adelante…

—Yo te pido que midas tus palabras ante mí. Quiero que seas sincero, por supuesto, pero no quiero que emplees palabras que puedan ofenderme.

El idioma inglés tiene un extenso y rico vocabulario y tú eres inteligente; seguro que serás capaz de encontrar las palabras adecuadas para ser sincero sin ser borde.

—Ajá.

—Tú dirás lo que quieras y te justificarás como te venga en gana, pero la realidad es que la sinceridad no implica que vayas de *destroyer*[3] por la vida. Así con que te pido ese pequeño esfuerzo de meditar un poco tus palabras antes de ser un mal educado conmigo porque si no, y sigo siendo franca contigo así que no puedes enfadarte conmigo, me veré obligada a responderte en la misma medida —concluyó con una sonrisa irónica.

Connor aguantó la perorata de la joven con el rostro serio y tan solo un pequeño rictus en sus labios. Una vez que Marta calló, se mantuvo con sus ojos fijos en ella y un silencio tan espeso que se podía cortar.

—Está bien. Lo tendré en cuenta e intentaré evitar que mis palabras te

sean molestas.

—Gracias, creo que así nos llevaremos mejor.

—Bien, pues ahora vamos a trabajar. Se ha alargado demasiado el descanso con esta conversación intranscendental.

Marta bufó a la vez que se levantaba y comenzaba a recoger la mesa.

—Yo no la considero intranscendental y me ofende que tú pienses así.

—¡Joder, Marta! ¿Vas a sacar punta a todo lo que yo diga?

—Pues sí, si no me gusta. Me has pedido sinceridad, ¿no? ¿Ya te vas a arrepentir?

—¡No! Venga, vamos a trabajar —exclamó Connor mientras imitaba a Marta y recogían juntos las sobras de la comida.

Al final, consiguieron concentrarse en la presentación de los productos de la empresa y dejaron atrás el malestar creado entre ellos por la conversación mantenida durante la comida.

Para asombro de Marta, Connor tuvo en cuenta alguna de las sugerencias que le hacía y la dejó participar activamente en la elaboración de la exposición. Al mismo tiempo que concluían sus pormenores, la joven iba traduciéndolo al español.

Las horas pasaban con rapidez, sin que ninguno de los dos mostrara el más mínimo cansancio, sino más bien todo lo contrario: trabajaron con ahínco durante toda la noche y parte de la mañana. Varias veces hicieron un pequeño receso para tomar un café, pero ni aun así

cesaban de hablar sobre el trabajo que los tenía ofuscados.

Connor, una vez dejado de lado el choque de trenes del principio, observó durante todo el tiempo cómo Marta se dedicaba con entusiasmo a colaborar, a la vez que manifestaba opiniones muy apropiadas y que no dudó en llevarlas a efecto.

En un momento dado, los dos se encontraban de pie, pero ella estaba inclinada sobre la mesa, frente a la pantalla del ordenador, mientras repasaba la exposición en voz alta para valorar cómo sonaba, por lo que dejaba al descubierto su elegante nuca y su hermoso perfil, ya que su melena corta y lisa se había deslizado hacia delante y ella lo había remetido

detrás de sus orejas. El joven la observó con detenimiento. Irradiaba frescura y vitalidad por todos los poros de su piel. Parecía que brotaba de su cuerpo un fulgor que cautivaba todo lo que estaba en su entorno, por eso no pudo reprimirse.

—Seán opina que deberías acompañarme a Madrid para ayudarme a exponer la propuesta.

Marta giró su cabeza para mirarlo asombrada.

—¿Es en serio? ¿Quieres que te acompañe?

—Bueno, yo no quería. Fue Seán el que lo propuso y ahora me he dado cuenta de que él tiene razón. ¿Tú tendrías algún problema en acompañarme?

—Por supuesto que estaría dispuesta a ayudarte. —Se incorporó y con una sonrisa socarrona continuó—: Porque… estamos hablando de trabajo,

¿no?

—Sí, sí, claro… Solo trabajo —balbuceó Connor hipnotizado por los ojos de color canela de la joven.

—Bien, pues terminemos deprisa que estoy empezando a sentir el cansancio y quiero dormir para estar a tope mañana.

—Vete ya. Lo que queda lo acabo yo. Te mandaré un WhatsApp cuando consiga tu billete de avión.

—No, tan solo nos queda un cuarto de hora de trabajo si lo hacemos

entre los dos. Venga, no discutas ahora por esto y al tajo —replicó al tiempo que se inclinaba de nuevo sobre la mesa para volver a poner en marcha el PowerPoint en el portátil.

El economista frunció el ceño, pero prefirió no discutir con ella por lo que se encorvó a su lado para seguir con la tarea.

## Capítulo 13

Eran las siete de la mañana y ya estaba apostado tras un enorme roble que había frente a la casa de Marta. Nervioso, llevaba allí media hora en espera de que la joven saliese para ir al trabajo, las colillas acumuladas en el suelo así lo confirmaban, cuando un coche paró frente a su casa y de él salió un hombre muy alto y delgado con el cabello castaño claro y se apoyó en su auto con los brazos cruzados como si esperara a alguien. De inmediato, Marta salió de su casa con una maleta en la mano que cedió al hombre para que la introdujera en el maletero. A continuación, ambos se metieron en el coche, arrancó y se fueron raudos.

«¡Maldita sea! —pensó—. ¿Quién será ese tipo? ¿Dónde se van juntos?

¿Hasta cuándo?». Tendría que continuar con los días de guardia hasta que la localizase a ella sola. También aprovecharía el tiempo para indagar más sobre sus andanzas en Dublín. No se le iba a escapar esta vez.

## Capítulo 14

El final de la primavera de Madrid no tenía nada que ver con la de Dublín.

Mientras que en la capital escocesa llovía con bastante asiduidad y su temperatura oscilaba entre los ocho y doce grados, en la capital española las lluvias habían dejado paso a un avance del verano con temperaturas entre dieciocho y veintidós grados.

En el Aeropuerto Adolfo Suarez-Barajas de Madrid, Connor alquiló un coche y se dirigieron hacia el hotel en el que había reservado las habitaciones. Tenían la reunión con el representante de Game Star en un reservado del hotel, especial para ese tipo de encuentros empresariales y cuando llegaron a él, tan solo faltaba media hora para acudir a ella, por lo que decidieron subir a las habitaciones y arreglarse un poco para asistir de inmediato a la cita.

No habían hablado de lo que había ocurrido en casa de Marta, de esa

noche de pasión que los marcó a los dos, aunque no lo expresaran abiertamente. Ni el día anterior, ni durante el viaje. Los dos habían pasado de puntillas, o más bien habían omitido el hecho. Como si no hubiese existido.

Connor había reservado dos habitaciones independientes, dejando claro lo que quería que ocurriese sin pronunciar una sola palabra. Marta lo captó enseguida y, aunque algo le dolió en el pecho, a la vez se lo agradeció porque ese también era su intención. Una y no más, Santo Tomás.

Ambos se vistieron con sus trajes de ejecutivos para pesar del economista y admiración de su ayudante. Marta se había quitado el vaquero de pitillo que llevaba y que le moldeaba sus dos largas piernas de forma

espectacular en opinión de Connor. Y él se había cambiado su ropa anodina por un traje de chaqueta que le sentaba como un guante y lo hacía mucho más interesante a ojos de ella.

Una vez en el reservado, entre los dos conectaron el portátil a la gran pantalla que colgaba de una de las paredes y lo prepararon todo. En cuanto concluyeron, esperaron con nerviosismo durante breves minutos a que acudiera el representante de Game Star. Era una grandísima oportunidad para Dagda, ya que les habría las puertas del mercado español a través de la distribuidora más fuerte.

El hombre que entró por la puerta de la sala con paso firme y la mano extendida, traía una amplia sonrisa puesta en su rostro. Se presentó como el señor Jiménez, los saludó con efusividad a los dos y manifestó con simpatía el interés que tenía por el trabajo de la empresa de los tres amigos.

De inmediato, Marta tomó las riendas de la presentación al comprobar que el señor Jiménez no dominaba mucho el inglés: chapurreaba, más que hablaba, en el idioma de la pérfida Albión y por lo tanto en el de la isla Esmeralda, aunque le ponía mucho ahínco.

Connor no se perdía un detalle del trabajo que estaba desarrollando Marta ni de los gestos que manifestaba el señor Jiménez y según estos, parecía que le estaba resultando muy interesante lo que veía en la pantalla y oía de los labios de la joven. Le hubiese gustado poder hacer él la exposición, pero debía admitir que su ayudante estaba siendo muy eficiente y parecía que estaba igual de informada que él acerca de los productos que ofrecían en Dagda.

Por fin Marta, tras una larga hora, concluyó de exponer con todo lujo de detalles la variedad de productos que habían desarrollado en la empresa irlandesa y contestó a las preguntas que le realizó el señor Jiménez, aunque, algunas de ellas, tuvo que consultarlas con Connor por lo técnicas que eran.

—Bueno, ya tengo un amplio conocimiento de todos sus artículos y si he de serles sincero, cumple perfectamente las expectativas que nos habíamos forjado en nuestra empresa. Si no les importa, me gustaría trasladarlos a mi socio y en un par de días les doy mi respuesta. Casi estoy por asegurarles que él estará de acuerdo conmigo y, si es así, me gustaría firmar el contrato lo antes posible. Estamos en plena campaña de verano y

necesitamos productos nuevos lo antes posible.

—No hay ningún problema —contestó Connor en una especie de *espanglish*—, esperaremos aquí hasta que hayan tomado una decisión. Y, si me lo permite, me gustaría invitarlo a comer. Tengo entendido que el restaurante de este hotel tiene una carta excelente. Allí podremos charlar con tranquilidad.

—Estaré encantado, por supuesto.

Durante la comida, siguieron desgranando los productos y solucionando las dudas hasta que la conversación se hizo distendida. Marta desplegó toda su simpatía y su pericia para encandilar a las personas y aún se metió más en el bolsillo al representante de Game Star bajo la atenta mirada de Connor que, aunque colaboraba en la conversación, no podía compararse con el *saboir faire*[4] de la joven. Después del café, el señor Jiménez se marchó, no sin antes asegurarles de que tendrían la respuesta dos días después.

—¿Y ahora qué hacemos? —interrogó Marta en cuanto el hombre desapareció por la puerta del restaurante.

—Pues… no sé. Yo he de quedarme hasta pasado mañana, pero si tú quieres volver ya a Dublín, puedes hacerlo.

—De eso nada. ¿Y si me necesitas? A lo mejor el socio del señor Jiménez propone que se le enseñe a él la presentación. Además, esta es mi tierra. No voy a dejarte abandonado a tu suerte aquí —concluyó con una sonrisa socarrona—. Tengo una idea mejor; te haré de cicerone. Madrid no es mi ciudad, pero aun así puedo guiarte por algunos de los sitios más emblemáticos de esta ciudad.

—Madrid lo conozco, pero seguro que habrá lugares que no haya visitado.

Los dos comenzaron a caminar para salir de la sala, pero, de pronto, Marta se paró y lo miró con expectación.

—¡Oye! ¡Tengo una idea! ¿Por qué no nos acercamos a Burgos y te enseño la ciudad más bonita del mundo?

—Pero…

—Solo hay dos horas y media de trayecto —lo cortó al ver su gesto de duda—. Además, podrás conocer a las personas más extraordinarias del universo: mis abuelos. Y, bueno, algo no tan importante, pero que también

está muy bien: la catedral de Burgos —concluyó con sorna.

Connor detectó enseguida la ilusión que sentía Marta ante la posibilidad de ver a sus seres queridos y no quiso defraudarla. Para él, su familia eran las personas más importantes de su vida.

—Está bien. Me has convencido. Si es lo que te apetece, mañana vamos a tu ciudad.

—No. Nos vamos ahora mismo, así mañana aprovecharemos el día entero. No te preocupes, que en casa de mis abuelos tendrás una cómoda cama para pasar la noche. —Lo agarró por el brazo para instarlo a que se diese prisa—. ¡Venga, vamos!

Lo arrastró hasta el ascensor mientras lo urgía a que se vistiese con ropa cómoda y cogiese lo esencial para pasar la noche en la casa de sus abuelos en Burgos.

***

Marta conducía el coche alquilado con pericia por las calles de la ciudad mientras buscaba aparcamiento lo más próximo a la casa de sus abuelos situada en el emblemático Paseo del Espolón, frente a la ribera del río Arlanzón.

—Te van a encantar mis abuelos, incluso más que Burgos, que ya es decir. Mi abuelo Jesús es un guasón profesional y mi abuela Laura es una cotilla muy graciosa. Prepárate para una batería de preguntas.

—¡Buff! Entonces ya sé a quién te pareces.

—El sarcasmo es el refugio de los canallas —replicó Marta—. Además, si crees que me estás ofendiendo con esas palabras, la tienes clara. Ya me gustaría llegarles, aunque fuese, al talón de sus pies.

—Bueno, bueno… Quién fue a hablar: la reina del sarcasmo. Ahora eres tú la que cree que me has ofendido con esa frase tan manida. Si con ella me quieres llamar canalla, lo único que manifiestas es que no me conoces nada.

Y, por supuesto, no era una ofensa, constataba un hecho.

—¡Como siempre! Te pasas la vida constatando hechos. Llevas las matemáticas a todas las facetas de tu vida.

—¿Eso es malo?

—Depende para quién. Para mí, sí. Estoy convencida de que para ti no lo es. Y por eso tú y yo somos seres opuestos. A mí me gusta la improvisación y a ti tenerlo todo controlado. Pero bueno, he de reconocer que hoy me has dejado seguir mis gustos y estamos aquí —respondió mientras aparcaba con destreza y le guiñaba un ojo con picardía.

En efecto, los abuelos de Marta formaban una pareja muy curiosa.

Físicamente se los notaba muy saludables y aparentaban mucha menor edad de la que tenían, cosa de la que presumía Laura con frecuencia. Además, Marta era la viva imagen de su abuela. Era como dos calcomanías, pero con las facciones más marcadas en el caso de Laura. Ahora bien, en lo que radicaba su extraordinariedad era en la forma en que se trataban el uno al otro. Jamás había visto unas miradas que destilaran más amor y cariño, ni unas manos que acariciaran con más delicadeza en cuanto uno posaba la mano en el otro, cosa que ocurría con mucha frecuencia. Se desvivían el uno por el otro hasta resultar empalagoso.

Ambos parecían mimetizados porque pensaban y opinaban de la misma forma y se apoyaban el uno en el otro siempre. Solían acabar las frases con:

"¿ *Verdad, Jesús?* o ¿verdad, Laura? *",* a lo que el otro contestaba invariablemente: "*Claro que sí, cariño"* . La única diferencia era que Jesús siembre utilizaba un tono burlón para hablar con cualquier otro que no fuese su mujer y que la susodicha era de naturaleza curiosa. Lo que significaba que indagaba con pasión en la vida de los demás.

—Entonces, ¿tú eres el jefe de mi niña? —insistió Laura en cuanto todos estuvieron acomodados en el salón de la casa de los abuelos de Marta.

—En efecto.

—¿A que Marta es una gran profesional? —inquirió con una amplia sonrisa

Connor miró a su empleada, luego volvió la vista hacia la mujer que lo

observaba con evidentes muestras de que esperaba oír una afirmación y no tuvo más remedio que decir la verdad.

—Pues sí, Laura. Ha demostrado ser una gran profesional —afirmó a la vez que le echaba una ojeada a Marta.

Ella alargó sus labios en una sonrisa complacida y le dedicó una mirada llena de gratitud. Lo más importante para Marta era que esas dos personas que tenía en frente, sus abuelos, fuesen felices; y sabía que, para ellos, su máxima felicidad radicaba en que su nieta estuviera bien. Bastante habían sufrido en el pasado con la recuperación de su autoestima. No quería que tuviesen la más mínima duda sobre su fortaleza actual.

De repente, los pensamientos de Marta se congelaron y volvió a la conversación que estaban manteniendo su jefe y su abuela, horrorizada.

—Y dime, ¿estás casado?

—No.

—¿A que mi nieta es guapísima?

—¡Abuela! —gritó Marta con tono de reproche.

—¿Qué pasa? Solo es una pregunta…

—¡Pero es indiscreta!

—Querida, no le hagas caso a la niña, ¿no te das cuenta de que cada vez es más inglesa? —intervino Jesús con su habitual tono irónico.

—Irlandesa, abuelo, irlandesa.

—Tanto monta, monta tanto —replicó Jesús.

—Bueno… eso no te atreverás a decírselo a un irlandés a la cara —le recriminó Marta.

—¡Ah! ¿Es que no lo he hecho ya?

Y todas las miradas convergieron en Connor que observaba la conversación con estupefacción. Al ver su cara, Marta no pudo evitar echarse a reír, lo que provocó que el joven empresario frunciera el ceño.

—Jefe —le dijo Marta en cuanto se dio cuenta de su pétreo rostro—, desde luego que eres todo simpatía y sentido del humor. —Se giró hacia sus abuelos y continuó—: No le hagáis caso. Necesita vivir una temporada en España para comprender lo que es la vida y saber disfrutarla.

—Ten cuidado, Marta, si saco el humor irlandés no te va a gustar: es oscuro y con chistes donde todo el mundo puede ser la víctima.

—¡Ah! Entonces ya te lo he visto: ¡todos los días en la oficina!

—Venga, chicos, noto algo de tensión aquí, mejor será que os separéis durante un rato —cortó Laura la dialéctica a la vez que se levantaba —.

Marta, acompáñame a la cocina.

—Cielo, ¿quieres que me ocupe yo de terminar la comida? —preguntó Jesús a su mujer.

—No, cariño, gracias. Tú ocúpate de nuestro invitado.

Mientras la joven obedecía a su abuela, Connor observó lo que lo rodeaba. Era una sala que encajaba perfectamente al resto de la casa. Toda la vivienda era como un museo donde se relataba la vida de las dos personas que convivían allí; robustos muebles de madera ofrecían a la vista un conglomerado de recuerdos sentimentales para la pareja; pesadas cortinas impedían la entrada del frío burgalés mientras enormes ventanales acristalados permitían la entrada de los anhelados rayos solares. Connor se fijó en una fotografía enmarcada que reposaba sobre una mesita auxiliar que había junto al sofá en el que él estaba sentado. Se trataba de la imagen de un hombre y una mujer con una niña que tenía la misma sonrisa traviesa que Marta, por lo que dedujo que se trataba de ella con sus padres. Se fijó en los rostros de los dos adultos e inclinó su cabeza un poco más hacia la foto porque la cara de la mujer le resultó conocida…

—Entonces, te dedicas a hacer juguetitos, ¿no? —Oyó la voz de Jesús y no tuvo más remedio que girarse hacia él y olvidarse de la foto.

Mientras tanto, en la cocina, Laura había agarrado a su nieta por los brazos, su sonrisa había desaparecido y la miraba con un gesto serio. Marta se asustó al verla tan tensa. Su abuela siempre se lo tomaba todo con humor y verla así le produjo un gran desasosiego.

—Marta, cariño, tengo algo que contarte…

—Me estás asustando, abuela. ¿Qué ocurre? ¿Estáis enfermos el abuelo o tú?

—No, no. Tranquila, no es nada de eso.

—Pues entonces, dime.

—Cielo, nada más irte tú a Irlanda, al día siguiente, llamó Liam.

—¿Liam?

—Sí, preguntó por ti. Yo no lo reconocí enseguida y le dije que te habías ido de España.

—¡Joder! —exclamó Marta expresando un gran cabreo.

—¿Te enfadas conmigo? —preguntó Laura con infinita tristeza.

—No, abuela, claro que no. No me enfado contigo. Me enfado conmigo por haber confiado en él. Por no escuchar la vocecita que me decía que era un hijo de puta, superficial y egocéntrico. Se abalanzó sobre mí con el rollo sensiblero de que nadie lo comprendía y fui la boba débil de la que se aprovechó —respondió a su abuela a la vez que la acogía entre sus brazos con delicadeza y cariño para consolarla.

Sabía que fuese lo que fuese que le hubiese dicho su abuela a su ex, no habría sido con la intención de perjudicarla a ella.

—Cariño, tú nunca has sido débil, pero él tenía una verborrea que encandilaba a cualquiera.

—A todos menos a mis padres y a vosotros, que, aunque no os hiciese caso, siempre estuvisteis pendientes de mí, de saber cómo estaba y cómo me sentía. Pero dime, abuela, ¿qué más hablasteis?

—Poco más. Él exhortó alguna palabra en inglés y fue cuando me di cuenta de quién era y le colgué. —Se desprendió del abrazo de su

nieta y le imploró, con los ojos llorosos—: Marta, cariño, no vas a volver con él

¿verdad?

—¡Jamás, abuela! ¡Jamás! Eso no lo dudes nunca.

Y volvió a abrazar a su abuela mientras unas lágrimas llenas de emoción surcaban su rostro. Sabía lo que su familia había padecido con ella en un pasado no muy lejano. Los recuerdos se agolparon en su mente como una película de terror. Su cuerpo tembló sin quererlo.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando ocurrió? —continuó la joven.

—Hija, no quería recordarte a ese mal nacido. Se suponía que era ya un pasado que ninguno quería revivir, así que me lo callé, pero al verte hoy tan fuerte y renovada, incluso mejor que cuando te fuiste, creía que merecías saberlo.

Marta separó su cuerpo de Laura y elevó una ceja.

—Soy una nueva Marta. Nueva y en circulación, pero no como tú

quisieras, que te conozco.

—¡Oh! ¡Oh! Una ceja levantada jamás es buena señal.

—No pienso quedarme sola en casa leyendo a Jane Austin, comiendo tarrinas de helado y engordando, pero tampoco esperes que te presente a un nuevo novio en mucho tiempo, abuela, todavía no estoy lista.

—Bueno, a lo mejor ya me lo has presentado… —apuntó Laura con tono de guasa.

Marta la miró con ojos interrogativos.

—Me refiero al joven que ahora mismo está en nuestro salón.

—No, no, abuela, no te confundas. Él solo es mi jefe y, como ya has visto, somos como la noche y el día, además de que chocamos bastante. Y

lo más importante, como te acabo de decir, yo no estoy preparada ahora mismo para tener pareja. Necesito más tiempo para desintoxicarme.

—Está bien, cielo, lo que tú quieras, pero que te quede claro que ese chico me gusta y yo tengo buen ojo para esas cosas. A él le gustas tú, así que hazte el favor y no cierres ninguna puerta. Nunca se sabe dónde está el amor verdadero —concluyó Laura a la vez que estiraba de los brazos de su nieta para que inclinase el cuerpo hacia ella para darle un beso en la frente.

## Capítulo 15

Después de la conversación con su abuela, Marta se sintió inquieta. Saber que después de tanto tiempo, Liam había vuelto a dar señales de vida no era algo que pudiese dejarla indiferente. Esto le afectó a su rostro que perdió parte de su frescura y Connor se lo notó enseguida que volvió de la cocina, aunque Jesús logró volver a animarla con sus chascarrillos.

Tras una suculenta comida, Marta decidió aprovechar la tarde para visitar el Museo de la Evolución Humana. No tendrían tiempo para más.

—La catedral tiene demasiadas maravillas escondidas como para verlas todas en una sola tarde —opinó Marta en cuanto estuvieron en la calle—, tendremos bastante con dar un paseo hasta el museo y visitarlo. Estamos en el Paseo del Espolón. Por aquí deambula todo Burgos bajo las tupidas sombras de las copas de los plátanos orientales. ¡Venga! Sigamos el ritual burgalés y caminemos con tranquilidad hasta el museo. Está muy cerca.

Al economista le llamó la atención el enorme entretejido que formaban los brazos de los árboles y anduvo unos pasos con la cabeza levantada evidenciando el asombro que le habían causado.

—Es una lástima que no podamos visitar la catedral. Me ha picado la curiosidad —comentó mientras se acomodaba al paso de Marta.

—Si quieres, antes de volver a la casa de mis abuelos, damos una vuelta por sus alrededores. Es enorme y verla por dentro, con tan poco tiempo, imposible, pero puedes abrir boca con la visita a sus fachadas, así te quedarás con las ganas de volver a verla —propuso culminando con una sonrisa.

Connor miró a su alrededor y pudo comprobar que el paseo arbolado y

ajardinado más céntrico y popular de Burgos estaba muy vivo. Viandantes, cafeterías, vendedores ambulantes, chiquillos correteando;

un mundo heterogéneo llenaba de vida el paseo. Lo recorrieron con parsimonia hasta el final, luego pasaron por delante de la singular y bella puerta modernista que daba acceso al Salón de Recreo que forma parte del edificio donde se alberga el Teatro Principal y se detuvieron frente a la estatua ecuestre de bronce de El Cid, situada en el centro de la plaza de Mio Cid.

—Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador —le explicó Marta a Connor, señalando la figura.

La estatua era impresionante. El Cid, a lomos de su corcel, quizás el mítico Babieca, se dispone a cruzar el río Arlanzón y salir de la ciudad de Burgos camino del destierro, con su barba florida y capa al viento, blandiendo firme su espada, la Tizona, que apunta hacia el puente de San Pablo donde están las estatuas de sus familiares y amigos más cercanos.

—¿Quién es? —inquirió Connor con curiosidad.

—Se trata de una figura histórica y legendaria de la Reconquista, cuya vida inspiró el más importante cantar de gesta de la literatura española, *El cantar de Mio Cid*. Ha pasado a la posteridad como un gran héroe guerrero.

Consiguió conquistar Valencia en el siglo XI y estableció en esa ciudad un señorío independiente. Alguien parecido al irlandés Cormac mac Airt —le explicó y cuando comprobó que Connor afirmaba con su cabeza al reconocer el nombre del más famoso de los reyes antiguos de su país, continuó a la vez que señalaba al frente de la estatua, al otro lado del puente que cruza el río—. Y mira, allí está el Museo de la Evolución Humana.

—¿Por qué has elegido este museo? Parece muy moderno… —dijo Connor extrañado al observar el contemporáneo edificio—. Creía que me llevarías a algún lugar antiguo con historia.

—A quince kilómetros de aquí, se encuentran los yacimientos arqueológicos de Atapuerca, donde se han encontrado los restos fósiles humanos más antiguos de Europa, motivo de la construcción del museo que se ha convertido en un referente mundial en el estudio del origen y evolución del hombre. ¿Te parece que es lo bastante añejo y tiene suficiente historia? —concluyó Marta, con ironía.

—¿En serio? ¿Tan importante es ese yacimiento arqueológico? ¿Y por

qué no hemos ido allí? —interrogó con ímpetu.

—Bueno, Connor, no se puede ver todo en medio día, además, no tenía ni idea que te interesase tanto el tema.

—Pues es una de las cuestiones que más me fascinan. Incluso, inicié estudios para ser arqueólogo, pero al final ganaron los números.

—¡Vaya! Jamás lo hubiese imaginado.

—No me pega, ¿verdad? Se supone que un arqueólogo es un aventurero tipo Indiana Jones y no un soso cuadriculado como yo.

Marta se rio con fuerza.

—Tú lo has dicho —admitió con una amplia sonrisa cargada de guasa.

Se internaron en el edificio del museo recubierto en su mayor parte de cristal que dejaba paso a la luz a un espacio interior diáfano donde se recreaba el paisaje de la sierra de Atapuerca. Después, bajaron a la planta -1

donde se ubica el complejo arqueológico paleontológico de los yacimientos.

La joven observó cómo Connor se concentró enseguida en contemplarlo todo con mucho interés. Vídeos explicativos, piezas paleontólogas con cientos de años, o de incluso más de un millón de años. Los fósiles del *Homo antecessor* le causaron una especial conmoción y no quiso marcharse de su entorno sin que le quedase una sola información por descubrir, así como del grupo de *homos* hallados en la Sima de los Huesos y, cuya especie, todavía no ha sido bautizada con un nombre propio.

Burgos era la mitad de su ser y se sintió feliz al ver cómo Connor disfrutaba de algo que formaba parte de su vida. Miraba embobada su sonrisa hipnotizadora. No era algo que él compartiese con el resto de los mortales con frecuencia, pero en esos momentos parecía perenne en su rostro, por lo que ella aprovechó para fijarse en todos sus detalles. Sus níveos y alineados dientes de una perfección envidiables; esos dos hoyuelos tan sexis que le salían cerca de la comisura de sus labios; y sus labios…

carnosos y sensuales… apetecibles… besables… ¡Hala! ¡Ya volvía a tener el corazón a cien por culpa de Connor! Subió su mirada para encontrarse con su nariz aguileña, pero también le resultó atrayente. Y hasta las entradas del pelo le parecieron atractivas cuando continuó el escrutinio de su rostro.

—Venga, vamos a la siguiente planta. Quiero presentarte a un familiar

tuyo —le instó Marta cogiéndolo de la mano para arrastrarlo en pos de ella.

Cuando consiguió subirlo hasta la planta 0, dedicada a la teoría de la evolución de Charles Darwin y a la historia de la evolución humana, lo llevó a la parte central donde unos cilindros contenían diez hiperrealistas reproducciones de antepasados del ser humano. Lo colocó frente al *Homo neanderthalensis* y le dijo:

—Aquí tienes a tu pariente europeo.

—¿Me estás llamando neandertal? —inquirió frunciendo el ceño.

—¡Ya sabía yo que los estudios te iban a servir para algo! ¡Chico listo!

—Creo que te estás pasando, Marta.

—Pero si no hay más que mirar el entrecejo de los dos. Parece que estáis luchando para ver quién lo tiene más fruncido.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa. ¿De verdad me has hecho venir hasta aquí para decirme esto? —la recriminó con tono seco.

—Bueno… vale… ya que no te has dado cuenta, te informo de que era broma. ¡Dios, qué escondido tienes el sentido del humor! Venga, continuemos porque ya están a punto de cerrar el museo y queda mucho por ver —replicó enfadada.

Connor la miró con intensidad. Ella estaba siendo una gran anfitriona y él la correspondía siendo un borde. Pero es que cada día que pasaba y que la conocía más, se sentía más y más atraído por ella. Por su risa, su inteligencia, su fuerza y su pasión. Todo lo hacía con pasión. ¡La pasión!

Como la de la noche pasada junto a ella. Si una palabra podía definirla era esa: ¡pasión!

Él no estaba acostumbrado a ese sentimiento que lo arrasaba todo y le hacía perder el control. Y eso le hacía rebelarse, sacar su mala baba para contrarrestar los efectos.

Al verla girar para continuar con la visita, la agarró por el brazo para detenerla.

—Marta, perdóname.

La joven volvió su mirada hacia él. En sus ojos, el economista no solo vio enfado, sino también una gran decepción y él sintió un pellizco en el corazón. Otra vez había hablado de más o, mejor dicho, había empleado las palabras sin pensar en las consecuencias, como ella ya le había recriminado.

—Connor, estaría bien que las palabras pasaran por tu cabeza antes de abandonar esa estúpida bocaza que tienes, además, no son solo las palabras, sino cómo son dichas. Piénsalo, anda.

—Está bien, me lo merezco. Di todo lo que quieras, ya me lo avisaste.

—No quiero, Connor, no me gusta. Odio hablar mal a la gente, pero no pienso dejar que nadie más me pisotee.

—¿Más? ¿A qué te refieres? —interrogó sorprendido.

—Nada, nada —respondió demasiado deprisa.

El joven lo entendió enseguida. Tierras movedizas para Marta. No quería hablar sobre ello y aunque él era partidario de que cada uno contase lo que quisiese, al fin y al cabo, era su vida, notó que le afectaba que ella no confiase en él.

—Está bien, lo dejaré correr, pero, por favor, olvida lo que he dicho.

Tienes razón: tú y yo quedamos en que cuidaría las formas en las que expresaba mi verdad.

Marta quería paz. Después de la noticia que le había dado su abuela, lo que menos le apetecía era tener una contienda con su jefe, pero su forma de ser le impidió terminar la conversación sin intentar volver al humor.

—Está bien. Comprendo que, como buen neandertal que se precie, tienes una costumbre y te cuesta reprimirla —le lanzó el «zasca» con una inmensa sonrisa en la boca.

Connor lo encajó sin más. Se lo merecía. Le costaba encajar las bromas sobre él por culpa de su timidez y era algo que debía aprender. Ya era hora.

Debía superar sus zonas oscuras y quizás, una terapia de choque como resultaba ser Marta, le venía bien. Si a él le afectaban las bromas, ¿cómo debían sentar las palabras dichas por él en tono seco e irritado? Quizás ya era hora de que distinguiese lo que era dicho con humor y

lo expresado a mala leche. Había una gran diferencia.

Le gustaba estar con ella, hablar, pasear, trabajar, y se estaba haciendo adicto a su risa y sus coñas, aunque le afectasen. Además, sabía lo que tenía que hacer para disfrutar junto a ella, aunque a veces le costase superar sus traumas. Tampoco era para tanto, un poco de atención en sus palabras y solucionado. Y en verdad, hasta se veía capaz de sacar su lado guasón cuando estaba con ella.

Continuaron con el recorrido por el museo hasta que avisaron para cerrar sus puertas. Después, Marta cumplió con su promesa y guio a su jefe hasta la catedral para explorar con detenimiento todas sus fachadas. Connor se quedó verdaderamente impresionado ante el templo gótico. Concluyeron el día volviendo de nuevo a la casa de los abuelos de la joven.

***

Desde la última trifulca en el Museo de la Evolución Humana, no habían vuelto a tener una palabra más alta que otra, más bien, todo lo contrario. El economista se había concentrado en controlar su lengua viperina y esto le había reportado disfrutar de unas amenas conversaciones. Además, había conocido con mayor profundidad a su empleada y no tan solo a nivel profesional. Pudo comprobar de primera mano lo cariñosa que era con sus abuelos, lo que los admiraba; lo fácil que era hablar con ella de cualquier tema; la energía y, a la vez, fragilidad que destilaba; y sí, también su humor, su guasa, esa forma de reírse de casi todo.

Poco a poco se iba adentrando en él. En verdad estaba fascinado por ella. ¡Eran tan distintos!

Y luego estaba esa sensación que tenía en las manos. Era una sensación extraña para él: como si el cuerpo de Marta reclamase que la tocase. Un hormigueo constante en cuanto la tenía cerca, un deseo abrumador por posar sus manos en cualquier parte de su cuerpo…

En esos momentos acababan de meter sus maletas en el coche de Connor que los esperaba en el aeropuerto de Dublín y se dirigían hacia la casa de Marta para dejarla allí.

—Bueno, han sido tres días muy intensos, Connor, y todo ha salido mejor de lo previsto, ¿no? —comentaba Marta a la vez que giraba su cuerpo hacia él para observarlo mientras hablaban.

—Ya lo creo. El contrato que he firmado con la empresa española es el más importante que hemos conseguido hasta el momento. Gracias a él inundaremos tu país de nuestros videojuegos.

—¿Y no dices nada de la estupenda escapada a Burgos? ¿Solo te

impresiona el dinero que vas a ganar? —bromeó Marta.

Connor le lanzó una ojeada para comprobar que su rostro estaba iluminado con una sonrisa. ¡Sí! ¡Ahí estaba! Nunca fallaba. A veces pensaba si se la había tatuado porque era extraño no encontrarse con esa hermosa sonrisa en el rostro de Marta.

—Creo que ya debes conocerme algo y saber que solo soy economista para controlar los números. El dinero no me interesa. Y sobre Burgos… —

Volvió a mirarla de reojo y sus labios se estiraron sin poder evitarlo—. Fue fantástico, Marta. Todo. La ciudad, tus abuelos son…

—A ver qué vas a decir…

—Curiosos.

—¿Curiosos?

—Sí. Son tan distintos que se complementan a la perfección. Tu abuela casi me hace un tercer grado, pero lo hacía tan bien, con tanta naturalidad, que no me sentí molesto y tu abuelo…

—Demasiado burlón para ti, ¿no?

Connor soltó una carcajada que a Marta le sonó a música celestial.

—He podido practicar contigo, así que, al final, le he cogido el punto.

Además, creo que voy a seguir con ahínco uno de los dichos más populares de Irlanda.

—¿A saber?

—No oigas lo que oyes, no veas lo que ves, y si te preguntan… Di que no sabes. ¿Crees que contigo y tus abuelos me funcionará?

—¡Ni que fuésemos de la mafia!

—No, pero los interrogatorios de tu abuela dejan a la Gestapo en

principiantes —contestó entre risas.

Connor estaba abriendo el maletero del coche frente a la casa de Marta cuando esta se acercó a él.

—¿Te apetece quedarte a cenar? Me gustaría tener una charla contigo.

Habían pasado cinco días prácticamente juntos y ninguno de los dos había tenido el valor suficiente para sacar el tema, pero ambos sabían que lo tenían pendiente.

—¿No hemos hablado suficiente durante estos días?

—Tú sabes que hay algo que debemos aclarar antes de volver a la oficina.

—Sí, tienes razón. Está bien, acepto tu invitación. ¿Tienes lasaña hecha?

—No, te tendrás que contentar con algo congelado.

—¡Qué remedio! —exclamó Connor, fingiendo pesar.

Marta calentó un par de pizzas congeladas en el horno y cenaron mientras mantenían una conversación intrascendente. Ninguno de los dos daba el primer paso.

—Oye, ¿qué te parece si nos acercamos a Santry Park? Me apetece despejarme un poco. Todavía tengo la cabeza embotada del avión —

propuso la joven.

—Claro, demos un paseo. A mí también me vendrá bien.

El silencio, solo roto por el crujir de la gravilla con cada paso que daban, era una mezcla entre opresor y pacífico mientras recorrían con parsimonia los caminos enrevesados del parque. Se palpaba en el ambiente que los dos querían hablar, pero que a la vez les daba miedo. Era el momento ideal, el lugar perfecto para las confidencias. Sin pronunciar palabra, los dos buscaron un banco cercano al lago y se sentaron. Una leve brisa, presagio de lluvia, movió la melena de la joven.

Marta notó la magia de ese parque en cuanto entraron los dos juntos a él. Todo lo que su mente había cavilado que le diría se había borrado de un plumazo. Incluso había esquivado rozarlo porque sabía lo que sucedería y ese no era el momento. Ocurría algo extraño en ella con

ese parque. Podían ser jefe y empleada o compañeros de viaje y sobrellevarlo, pero en cuanto se encontraba con él ahí… Ahora lo tenía claro. Había propuesto el paseo por él porque a ella la naturaleza le aclara las ideas, pero era la tercera vez que acudía allí con Connor y su cuerpo se encendía de deseo. De un deseo ardiente que le nublaba la mente. Pero no, antes debían dejar las cosas claras, así que hizo un gran esfuerzo y se giró hacia él.

—Connor, no hemos hablado sobre lo que pasó la otra noche.

—Quizás no estábamos preparados todavía para hacerlo.

—¿Y ahora?

—No sé tú, pero yo he tenido tiempo para pensar en ello.

—Yo también.

—¿Y qué has pensado?

En ese momento, una gran gota cayó sobre la mano de Marta y luego otra y otra y otra. En cuestión de unos solos segundos, un chaparrón comenzó a descargar encima de ellos.

—¡Corre, volvamos a mi casa! —gritó Marta.

Connor, por instinto, agarró la mano de ella, emprendió la carrera y amoldó sus pasos a los más cortos de la joven. No estaban muy lejos de su destino, pero cuando Marta logró abrir la puerta de su casa y entraron en ella, los dos estaban chorreando.

Al mismo tiempo que cerraba la puerta tras ellos, la joven no pudo contenerse y doblando su cintura rompió a reír de forma atronadora. Connor primero la miró con asombro, pero pronto el contagio de esas carcajadas hizo que se uniese a ella.

—Si no te gusta el tiempo de Irlanda, espera cinco minutos. Otro dicho irlandés que viene al pelo —dijo Connor entre risas.

—¡Ay! ¡Qué dolor de estómago! ¡Qué gusto reírse así! ¿No te parece?

—exclamó la joven en cuanto pudo articular palabra.

—Hacía mucho que no lo hacía —admitió Connor.

—Eso no es bueno, hombre. Nada bueno.

—¡Qué le vamos a hacer! La economía no es una juerga.

—No, y menos si ocupas el cien por cien de tu tiempo al trabajo.

—Hasta ahora ha sido necesario, pero creo que, gracias a ti, hoy por hoy podré descargarme algo los hombros.

—¡Hombre, por fin! Ya era hora de que te dieses cuenta.

—Siento haber sido tan cerrado, Marta. A partir de ahora te vas a arrepentir por haber insistido en que compartiese mi trabajo contigo. ¡Vas a saber lo que es bueno! —la amenazó con una de sus impactantes sonrisas.

—Menos lobos, caperucita —le respondió la joven acompañándolo con otra amplia sonrisa—. Anda, pasa, vamos a secarnos que estamos haciendo un charco en el suelo.

Marta sacó unas toallas, pero estaban tan empapados que no hubo forma de secarse. Sus ropas seguían mojadas, así que la joven decidió dejar la conversación para otro momento y hacer lo que verdaderamente le apetecía.

Cogió de la mano a Connor y lo arrastró hasta el cuarto de baño. Una vez allí, se encaró a él y comenzó a desabrocharle la ropa bajo la estupefacta mirada del economista.

—Tú también lo estás deseando, ¿no?

—Con todas las partes de mi cuerpo —confirmó Connor a la vez que, por fin, después de desearlo durante días, posaba sus manos en la cintura de ella.

—¿Todas? Eso habrá que comprobarlo.

En tan solo unos segundos, las prendas que llevaban en sus cuerpos volaron por los aires y cayeron desmadejadas en el suelo del aseo. Marta lo volvió a agarrar de la mano para entrar en la bañera, pero el joven se soltó.

—¡Espera! —Cogió sus pantalones, buscó su cartera en el bolsillo y después se volvió con una amplia sonrisa guasona en su boca—. Hoy estoy preparado.

Y le enseñó a Marta el paquetito del condón que llevaba agarrado entre sus dedos a lo que ella le correspondió con una carcajada. Ahora

sí que entraron los dos: Connor dejó el paquetito en una repisa mientras Marta accionaba el monomando de la ducha. De inmediato se buscaron los dos.

Connor rodeó su cintura con los brazos y la pegó a él, piel con piel, excitando los pechos de Marta que enseguida reaccionaron y sus pezones se endurecieron y pusieron enhiestos. Se restregó en el tórax de él al tiempo que le agachaba la cabeza enredando sus brazos en su cuello y buscó su boca con pasión. Sin tapujos. Tal y como lo necesitaba.

Las manos de Connor recorrían el cuerpo de ella con minuciosidad, paseando por su suave y húmeda piel sin dejarse un centímetro. Pese al agua que la regaba, la joven ardía a cada paso de la mano de él que tomó, sin desprenderse de ella, el bote de gel y dejó caer un buen chorro en su mano para enjabonar el cuerpo de Marta. Ella lo imitó y, sin apartar los ojos uno en el otro, esparcieron el gel creando una nube de espuma por los dos cuerpos. Cuando se enjuagaron, Connor volvió a pegarla a su cuerpo y tomar su boca. Deslizó las manos por su espalda hasta llegar a los glúteos y

la jaló hacia arriba.

—Rodéame con tus piernas —jadeó Connor sobre la boca de Marta.

Ella hizo lo que le pedía y, cargando con ella, salió de la ducha, la envolvió en una toalla y se dirigió hacia la cama. La depositó sobre esta y la secó con minuciosidad mientras ella no apartaba la vista de él deleitándose en observar su cuerpo delgado y fibroso y del que todavía goteaba el agua.

Luego se secó él y arrojó la toalla al suelo.

—Ven… —susurró Marta con deseo a la vez que alargaba sus brazos para recibirlo.

El joven no la hizo esperar y se acomodó entre sus piernas. Dirigió su boca directamente hacia uno de sus pechos mientras aguantaba su cuerpo apoyado sobre la cama, a ambos lados de ella. Marta soltó un largo gemido en cuanto Connor succionó su pezón y él avivó su dedicación a ese pecho, luego pasó al otro mientras la joven tocaba su torso con las manos.

Connor dedicó largos minutos a recorrer el cuerpo de Marta con sus labios y sus manos mientras ella suspiraba de deseo y se retorcía con ansia a la vez que lo acariciaba por todas partes.

—Por favor, por favor… —rogó la joven con voz desesperada—. Te necesito dentro ya. ¡Ya!

No hizo falta nada más, él mismo estaba a punto de reventar de deseo, así que se puso de rodillas para colocarse el condón y volvió a tumbarse encima de ella. Levantó las caderas y de inmediato notó que Marta cogía su miembro entre las manos para ayudarle a encontrar su cavidad. Lo introdujo con lentitud para notar cómo se abría paso poco a poco y tocaba todos los centros sensitivos de los dos. Ella intentó elevar sus caderas para ir en su busca, pero él se lo impidió. Con suaves y cadenciosos movimientos, el orgasmo se estaba fraguando dentro de los dos con una fuerza que amenazaba con atravesarlos como un potente rayo. Connor, a través de las gotas, mezcla de sudor y agua, que le caían por la frente, veía el cuerpo de Marta cómo se retorcía de deseo. Su boca entreabierta, su lengua paseando por sus labios y sus ojos entrecerrados hablaban de anhelo por alcanzar el máximo de placer. Y él se lo iba a dar. Todo.

Cuando ya no pudo aguantar más, Connor aceleró el movimiento y la liberó para que ella también participara con sus caderas multiplicando así la

reacción en cadena. ¡No! ¡Era imposible! ¡Algo así no podía existir! La múltiple explosión que sintieron los dos era algo imposible de explicar.

Totalmente imposible.

Ninguno de los dos tuvo fuerzas para nada más. Connor se dejó caer a su lado, la agarró entre sus brazos y depositó un beso en su coronilla. Y ya está. Antes de la siguiente respiración, ambos estaban dormidos.

Connor se despertó con los primeros rayos del sol, con sigilo se vistió y dejó una nota sobre la almohada después de darle un ligero beso en los labios: «Nos vemos en el despacho. Tenemos que hablar, pero no será en el parque».

## Capítulo 16

Connor acababa de llegar a su despacho con ganas de encontrarse de nuevo con Marta cuando entraron sus dos amigos con gran estruendo.

—No puede ser, Seán, no puede ser.

—Pues lo es, Declan. Estoy seguro.

Los dos se acercaron con pasos fuertes tras cerrar la puerta.

—¿Qué os pasa? —inquirió Connor extrañado de verlos tan alborotados.

—Connor, llevo toda la noche aquí. Cuando me iba a ir se me ocurrió hacer un escaneo de seguridad, como hago muy periódicamente, y encontré una intrusión en el repositorio interno de la empresa que está almacenado en una máquina local y que hace las funciones de servidor.

—¡No me jodas! ¡¿Qué han hecho?!

—En este repositorio estaba el motor gráfico, los frames, la lógica…

hasta la música. Estaba todo lo que habíamos desarrollado del último videojuego que estamos creando. El hacker que se ha introducido ha hecho una copia de todo —explicó Seán.

—¿En serio? ¿Y sabes quién es?

—No. Todavía no, aunque estoy en ello.

—¿Qué perjuicio podemos tener?

—Pues eso depende. Si se trata de espionaje industrial, que es lo más habitual, el primero que lo saque al mercado será el que salga ganando.

Aunque luego demostremos que hemos sido robados, los beneficios por las ventas del juego superaran en mucho la multa que le pusieran. Y si el hacker ha trabajado por su cuenta, depende si consigue venderlo o no.

—Connor, yo creo que alguien ha ayudado desde dentro —apuntó Declan.

Connor se quedó pensativo.

—Joder, Declan, lo que nos faltaba. Tener un espía. ¿Tú qué opinas, Seán?

—No lo sé. No es imprescindible que haya sido ayudado si es un buen hacker, pero tampoco habría que descartarlo.

—¿Pero tú tienes alguna sospecha, Declan?

Este se quedó mirando a Seán como pidiendo permiso para hablar, pero este no lo secundó. Declan, como buen abogado, era el desconfiado de la empresa.

—Vamos a ver, Connor. Yo me pregunto si ha sido casualidad la coincidencia en el tiempo de este robo con la nueva incorporación en la empresa —arguyó a pesar de que no obtuvo el beneplácito de su socio.

Connor miró a su amigo pensativo mientras asimilaba sus palabras y las comprendía.

—¡No! —exclamó—. ¡Imposible!

—¿Por qué es imposible? —insistió Declan—. Nunca nos había pasado algo así hasta que ella llegó. No sabemos si sería capaz.

—Tú no la conoces, pero yo sí y ella no puede ser.

Sus dos amigos lo miraron con sorpresa.

—Connor, ¿tienes algo que ver con ella? —preguntó Seán.

El economista frunció más su ceño mientras miraba a sus socios alternativamente.

—¡No!¡Además, ese no es el tema! —bramó.

—¡Lo tienes! —exclamó estupefacto Declan—. ¿Y cómo es que todavía no ha llegado a trabajar? Esto es muy sospechoso…

Connor no sabía qué decir. A él también le extrañó que todavía no hubiese llegado. Había sido muy puntual todos los días desde que trabajaba con él.

—Connor, hay que tomar medidas —continuó Declan—. Yo voy a averiguar qué leyes nos protegen contra este tipo de robos. Seán, tú sigue intentando localizar al hacker. Connor, tú deberías hablar con Marta.

Connor sabía que su amigo tenía razón. Por lo menos debería hablar con

ella para descartar las sospechas sobre ella.

—De acuerdo, hablaré con Marta, pero que conste que no me parece justo que solo por el hecho de que llegue tarde hoy y haya sido la

última en incorporarse en la empresa, sea la sospechosa número uno.

—Mira, Connor, puedo entender, si sientes algo por ella, que seas reticente, pero si no es Marta, por lo menos será descartada enseguida. Que conste que a mí me cae genial y me gustaría que no fuese ella —opinó Seán.

—Tienes razón, Seán, lo sé, pero no deja de parecerme una injusticia. Y

no, no es que sienta algo por ella, por lo menos, todavía no. Pero siguiendo vuestro consejo, la he conocido algo más y me parece que no es de ese tipo de personas.

En cuanto sus amigos se fueron para realizar las tareas asignadas, Connor se quedó pensativo. No podía ser. Ella no. Durante esos días la había conocido tan íntimamente que no podía creer que lo hubiese podido engañar.

Por otro lado, esa mente cuadriculada que tenía, con una memoria privilegiada, le trajo un flash de un recuerdo: cuando una de las veces que habían paseado por el parque, Marta comentó que tenía varios motivos para estar en Irlanda, pero en cuanto le preguntó por ellos, ella eludió el tema.

Miró el reloj y vio que pasaba media hora de la entrada habitual en la empresa. Sintió miedo. Definitivamente algo le pasaba a Marta. Al final, tomó la decisión de ir a su casa para averiguarlo y hablar con ella. No era un tema para tratar por teléfono.

Marta pensó que llegaría tarde al trabajo si no se daba mucha prisa. Llevaba una sonrisa permanente mientras aceleraba el paso, al rememorar las horas vividas junto a Connor la noche anterior. Él se había ido de su casa antes de despertarse ella, pero le había dejado una nota que prometía una larga conversación que los dos necesitaban y la joven se había quedado remolona en la cama más de la cuenta.

Connor había dedicado la noche a producirle un intenso placer y ella le había intentado corresponder. No había zona del cuerpo de ambos que no

hubiesen explorado y lo sentía laxo y cansado cuando por fin se despertó.

Había sido un encuentro entre cuerpos, entre sensaciones y descubrimientos. Connor la había tocado, acariciado y besado por

cada decímetro, centímetro y milímetro de su piel, por cada duna o recoveco de su figura, por cada poro de su dermis, y ella lo había seguido en el juego sensual hasta quedar ambos enredados en un placer desbordante y casi infinito.

Giró la esquina para embocar la calle donde estaba la puerta principal de Dagda lo más rápido que pudo, pero tuvo que frenar de golpe al darse de bruces con un hombre que permanecía de pie allí, fumando, y que se le notaba que estaba impaciente esperando algo o a alguien. Se movía de un pie a otro y en el suelo había varias colillas aplastadas. Tropezó con su espalda y cuando se giró…

—¡Marta!

—¡Liam!

Exclamaron los dos a la vez. Él con manifiesta impaciencia y ella con gran asombro.

Miles de imágenes se agolparon en la mente de Marta. Recuerdos no olvidados que perduraban en su psique a pesar de que llevaba un año intentando que desapareciesen, mezclados con la reminiscencia de momentos de pasión y amor o… lo que ella creía que era amor. Dichas imágenes se sucedían una detrás de la otra superponiéndose y mezclándose para volver a crear una amalgama de sensaciones que había encerrado en lo más recóndito de su mente custodiadas por el deseo del olvido.

—¡¿Qué haces aquí?! —inquirió Marta cuando se repuso de la sorpresa, frunciendo el ceño.

—Te buscaba.

—¡¿Para qué?!

—Quiero que vuelvas conmigo —aseveró con dureza.

—¡Estás loco! ¡Ni lo sueñes!

—Marta, sabes que tú eres mía así que facilita las cosas, no las pongas más difíciles y vuelve conmigo ya.

—Jamás, Liam. Olvídalo.

—Lo vas a hacer, Marta. Por las buenas o por las malas, lo vas a hacer.

—¿Me estás amenazando?

—Tú sabrás, yo solo te aviso que volverás a mí. Haré lo que tenga que hacer para que así sea.

Marta sintió escalofríos por las palabras pronunciadas por su exnovio.

Este Liam no era el que ella conocía. Pese a todo lo que había pasado con él, siempre había intentado salirse con la suya de una forma solapada, jamás con amenazas. Y eso era lo que acababa de hacer. Amenazarla.

—Mira, Liam —intentó convencerlo mesurando la voz—, tú y yo ya no estamos juntos. Lo nuestro no funcionó. Por favor, deja que retome mi vida con tranquilidad. Es lo único que quiero. Tranquilidad.

—Eso no es así. Huiste, no terminamos.

—Yo te lo dije, pero no quisiste creerme.

—Y sigo sin hacerlo.

—¡Pues no tienes más remedio que aceptarlo! —se exasperó de nuevo

—. ¡Yo ya no te quiero!

—Pero yo a ti sí y sé que puedo volver a conquistarte.

—¿Ah sí? ¿Imponiéndote? ¿Amenazándome? ¡Ja!

Marta estaba temblando por dentro, pero no permitiría que brotase hacia fuera y mostrárselo a Liam. Bastante había temblado ya por fuera por él.

—Te veo distinta, Marta.

—No, te equivocas. Esta soy yo. La que no era yo, es la Marta que tú quieres que sea. La sumisa y falta de personalidad. Esa ya no va a volver nunca, Liam. ¡Déjame en paz!

Liam se la quedó mirando con furia.

—¡Volverás a ser mía!

Cuanto salió por la puerta principal, Connor vio a Marta en la esquina de la nave de la empresa. No estaba sola. Un hombre estaba con ella. Un hombre que se acercaba demasiado a Marta; estaba claro que se conocían. Desde allí, incluso, podía distinguir que conversaban con efusividad. De repente vio que Marta paraba de gesticular y dirigía la

mirada hacia él.

La joven se quedó noqueada cuando de repente se dio cuenta de que en la puerta de Dagda se encontraba Connor con la mirada fija en ella.

—Me voy. Espero no volver a verte. —Y haciéndole a Liam con la mano un gesto de despedida, reinició sus pasos hacia la puerta principal de la empresa.

Cuando llegó ante él, pudo percibir con claridad que se encontraba agitada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién era ese? —interrogó Connor de inmediato.

Marta estaba agotada y casi mareada.

—Connor, ahora no, por favor. No me encuentro bien. Déjame que vaya un momento a tomar un café. Debo tener la tensión baja.

Connor no pudo evitar preocuparse por ella.

—Te acompaño.

—No, gracias, prefiero ir sola. De verdad.

—Pero…

—Connor, por favor, vete al despacho. No tardaré —manifestó Marta un tanto molesta.

Necesitaba serenarse. Volver a recomponerse. Y para ello no quería la presencia de Connor.

—Está bien —cedió con tono seco.

En cuanto entró en la sala de descanso se apoyó en la pared con los ojos cerrados.

—¡Marta! ¿Te ocurre algo?

Reconoció la voz de Megan y oyó sus pasos apresurados dirigiéndose hacia ella. Notó las manos de la joven posarse en sus brazos.

—Ven, te ayudo a sentarte.

La apartó de la pared y sin abrir los ojos la siguió y la dejó hacerse

cargo de ella para sentarla en una silla.

—Por favor, ¿puedes prepararme un café? —preguntó con voz temblorosa mientras ocultaba su rostro entre sus manos.

—Por supuesto. Vuelvo enseguida.

La oyó alejarse con pasos menudos, como era ella, y revolver en la zona de la cocina: coger un vaso, una cucharilla, poner el café y el azúcar y volver donde estaba la joven. Esos ruidos cotidianos la calmaron un poco, consiguieron que se sintiese protegida, en un entorno conocido y agradable.

—Toma, Marta —le dijo depositando la taza sobre la mesa—. Te sentirás mejor en cuanto te caliente por dentro.

Marta apartó las manos de su cara y cogió la taza. Necesitaba un chute de cafeína. Grandes lagrimones surcaban sus mejillas sin parar y ella necesitaba ponerle freno a ese llanto. Su yo de ahora no podía permitirlo.

—Marta… cuéntame… te hará bien. A mí me lo hizo el otro día cuando me desahogué contigo.

Después de tomar unos sorbos del café, Marta se quedó mirando con fijeza la mesa en la que estaba apoyada. Ella creía que por fin había conseguido dejar su pasado atrás. Le había costado mucho esfuerzo salir de él y había llegado a convencerse de que ya había conseguido cerrar capítulo, sobre todo, cuando había vuelto a retomar su vida en Irlanda.

Ahora su mundo volvía a desmoronarse ante ella. Todo lo que había logrado conseguir no había servido para nada. Miró a Megan.

—Uff, Megan, no sé por dónde empezar.

—Bueno, se suele decir que lo mejor es empezar por el principio, pero yo te digo que empieces por donde quieras.

Sin dejar de brotar las lágrimas de sus ojos, intentó serenarse y dio un fuerte suspiro.

—Yo tenía un novio. Un novio muy especial. Un novio que durante un largo tiempo me tuvo subyugada y anulada. He de reconocer que mucha culpa era mía. Era incapaz de imponerme. Y lo peor de todo es que ni siquiera era feliz. Al final, para no alargarme mucho, gracias a

la intervención de mis padres, logré sacudírmelo de encima y con gran esfuerzo conseguí elevar mi autoestima y aprender a afrontar mi vida de otra forma.

—¿Y qué ha pasado ahora?

—Me lo he encontrado en la esquina de la nave, empeñado en que vuelva con él.

Megan pasó su brazo por encima de los hombros de Marta para darle un abrazo e infundirle valor al ver el abatimiento que tenía.

—Marta, ahora te encuentras así por la sorpresa, pero tú ya eres esa nueva Marta por la que has luchado y podrás luchar y vencer con armas nuevas. Debes tranquilizarte, sacar a la Marta fuerte. Tú sabes que no lo va

a conseguir, ¿no es cierto?

—Sí, tienes razón. Lo único que tengo clarísimo es que jamás volvería con él.

—Pues con esa determinación ya tienes la fuerza necesaria para enfrentarte a él.

—Sí, Megan, lo he hecho, pero lo que me ha ocurrido es que me han venido a la mente todas las lágrimas vertidas por su culpa.

—Pero pasarán y más rápido de lo que piensas. Como tú acabas de admitir, eso es un pasado que nunca volverá y ahora eres fuerte como un roble. Ahora eres Marta Romero, una persona independiente y capaz de enfrentarse a esto y a mucho más. Esa es la mujer que yo he conocido desde que estás aquí.

—Gracias, Megan. Eres maravillosa dando ánimos —reconoció con una leve sonrisa.

—A ti tampoco se te dio mal —dijo sonriendo a su vez.

—Bueno, voy a asearme un poco y a afrontar el trabajo del día —dijo levantándose con esfuerzo.

—Deberías pedirle el día libre a Connor.

—Ya veremos…

Estaba deseando encontrarse con él para recibir su fuerza y

protección.

No sabía si le contaría la existencia de ese exnovio, pero necesitaba refugiarse en sus brazos y en su energía donde se sentiría segura. Después de los días pasados y, sobre todo, de esa última noche, sabía que podría contar con él para esos momentos tan difíciles y dolorosos para ella.

Marta se marchó al cuarto de baño para recomponerse un poco mientras Connor se paseaba nervioso por su despacho recorriéndolo de un lado a otro con pasos fuertes. No entendía por qué tardaba tanto Marta. No entendía lo que ocurría. Estaba inquieto. Muy inquieto. ¿Quién era el tipo con el que estaba hablando en la esquina? ¿Las sospechas de Declan eran ciertas? No.

Imposible. Pero entonces… ¿por qué había ocultado los motivos que tenía para ir a Irlanda? La cabeza le daba vueltas con todos esos pensamientos contradictorios. ¡Maldito sea Declan que le había metido la duda en su cabeza! Al fin y al cabo, a Marta la conocía desde hacía muy poco tiempo y podía haberlo engañado. Pero lo de anoche… ¡No podía ser!

Acababa de iniciar sus pasos para ir a buscarla cuando se abrió la puerta y apareció ella. Connor se dio cuenta enseguida que había estado llorando, pero su firmeza fue implacable.

—¡Ya era hora!

—Lo siento, Connor, pero como te he dicho no me encontraba bien.

—¿Quién era el hombre con el que estabas hablando? —exhortó de inmediato.

Marta se quedó noqueada. No entendía la pregunta de Connor. La verdad es que, durante el tiempo que había permanecido en el aseo, frente al espejo, había decidido contárselo todo a Connor y refugiarse en sus brazos protectores y no esperaba esta actitud de él. Creía que era distinto. Tenía la confianza de que él se preocuparía por su estado, antes que nada. Lo miró, elevó su barbilla con orgullo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Marta… dime quién era —gruñó con tono duro y los dientes apretados.

—No me da la gana.

El rostro de Connor se encendió. Sus ojos no podían expresar más su grado de enfado. ¿Por qué se lo ocultaba? ¿Sería su compinche? ¿Tendría razón Declan? ¡No podía ser!

—Mira, Connor, paso de hablar contigo en este momento. Está claro que estás a punto de perder el control y no tengo ganas de ser tu saco donde descargar la cólera. Una cólera que no entiendo. Me voy a mi casa.

Hablaremos cuando te calmes —le sugirió mientras comenzaba a andar hacia la puerta—. ¡Ah! Y espero que esa conversación empiece por pedirme perdón por esta reacción tuya.

La ira atravesó a Connor como un rayo. La confusión que sentía lo hizo reaccionar de forma irracional. Él mismo se estaba dando cuenta, porque lo que en realidad le apetecía era refugiarla en sus brazos, pero, sin embargo, la estaba presionando. Recordaba que el rostro que había observado cuando se encontraron en la puerta de Dagda reflejaba angustia y desasosiego, mientras que ahora manifestaba un profundo enfado. Le atrapó un brazo antes de llegar a la puerta y la hizo girar hacia él.

—¡Tú de aquí no te marchas!

—¿Lo dices tú? —le espetó cortante.

—Por supuesto. O eso o llamo a la policía de inmediato.

Marta lo miró extrañada. No entendía nada. ¿Qué pasaba aquí?

—¿A la policía? ¿Para qué?

—¿No lo sabes?

—¿Debería?

Toda la conversación se desarrollaba en un tono seco por parte de los dos. Connor a duras penas lograba contenerse. Estaba cegado por la duda.

Sus sospechas, o más bien las de Declan, habían aumentado considerablemente al negarse ella a explicarle la identidad de ese hombre.

Algo ocultaba, eso estaba claro.

—Lo hemos descubierto todo, Marta. Lo mejor es que confieses.

Marta sintió un sobresalto. ¿Lo habrían descubierto de verdad? Si era así, ahora lo entendía todo. Bueno, todo no. Lo de la amenaza de la policía no lo entendía.

Connor, que no apartaba la mirada del rostro de Marta, percibió enseguida los cambios por los que pasaba cuando lo escuchó. Vio su sorpresa y su miedo. ¡No lo podía creer! ¡Había sido ella! Él, pese a su comportamiento, había lanzado esa acusación esperando una negativa tajante de ella. Deseaba con intensidad que fuese así. Pero lo que había encontrado en su rostro era una confirmación.

—¿El qué? —preguntó ella con voz dudosa.

—No disimules, Marta. Seán ha descubierto el espionaje industrial que hemos tenido.

—¿Espionaje industrial? ¿Y qué tengo que ver yo con eso? —inquirió con asombro.

—¿Vas a negarlo? ¿De qué hablabas con ese hombre? ¿No es este el motivo por el cual has venido a Irlanda?

—¡Pero ¿qué dices?! ¿Eso opinas de mí?

Un dolor intenso atravesó todo su cuerpo. Tuvo unas ganas terribles de gritar hasta estallar, pero lo contuvo dentro de ella hasta que le palpitó la cabeza produciéndole un dolor intenso que le impedía hablar más. Se le nubló la vista, la boca se le secó y el corazón le latió con rabia.

—Convénceme de lo contrario. ¿Quién era ese hombre?

Marta sintió que estaba a punto de derrumbarse. Lo que acababa de oír de los labios de Connor era lo que menos podría haberse imaginado. ¿Ella una espía industrial? ¿Estaba loco o qué? ¿Qué había pasado desde que se había ido de su casa? ¿Ese era el hombre que había paseado por Santry Park con ella? ¿El hombre que había pasado una noche llena de pasión con ella?

Cada vez se sentía más hundida. Pero no. No iba a derrumbarse. No estaba dispuesta a permitir que viese su interior. Que supiese de qué forma le habían afectado sus palabras. Suspiró con amplitud, elevó sus hombros con indiferencia.

—Eso pertenece a mi vida privada, pero si tan convencido estás de que soy yo la que ha espiado, llama a la policía ya.

Connor no se esperaba esa respuesta. Creía que la había pillado por sorpresa y confesaría con un poco de presión.

—Todavía no tenemos las pruebas, pero ten la seguridad de que las obtendremos pronto. Lo que sí puedo hacer es despedirte de inmediato.

—¿Me vas a despedir por una sospecha?

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—Está bien. Me voy, pero te arrepentirás. Yo podría haberos ayudado a encontrarlo. Tengo mis contactos.

—Ya. ¡Tus contactos!

Fue lo último que escuchó de Connor y sonó despreciativo. Se marchó destrozada, pero consiguió sacar fuerzas de donde no las tenía e imponer firmeza en sus pasos y en todo su cuerpo. Tenía suerte de que su casa estuviese tan cerca porque dudaba que hubiese podido dar un paso más para llegar a ella. En cuanto cerró la puerta de la vivienda hizo lo único que le apetecía. Se desnudó y se metió en la cama a llorar con desconsuelo.

Necesitaba una cura de lágrimas.

## Capítulo 17

Liam la había seguido con una sonrisa de satisfacción desde que salió de la empresa hasta que se introdujo en su casa. Su rostro demudado y su regreso a su vivienda en lugar de seguir en el trabajo le indicaban una teoría que no entraba en su planificación cuando ideó su venganza. Pero bueno, tampoco estaba mal el desenlace obtenido. Cuanto más débil y conmocionada estuviera, más fácil sería manipularla de nuevo y convencerla de que él era la estabilidad para ella; el que sabía lo que le venía bien, el que la quería, el que se preocupaba por ella y nunca la dejaría de lado. Se lo debía. Ella y sus padres. Ellos eran los culpables de todo y volver a ver a su hija con él y a la vez ser acusada de robo sería una buena venganza. Algo que no entraba en sus planes, pero que podía aprovechar.

En un principio él tenía planeado que culpabilizaran a Brianna y a Juan del robo. Lo tenía todo estudiado y las pistas para llegar hasta ellos preparadas, pero bien pensado, seguro que a esos dos les dolería más que fuese su hija la que estuviese incriminada.

Los odiaba profundamente. Por culpa de ellos su profesión se había precipitado hacia la ruina y su vida se había convertido en una pesadilla.

Despedido y sin carta de recomendación, enseguida había circulado por su mundillo el motivo de su salida de Visionact. ¡Los odiaba! ¡Quería una venganza cruel para ellos! Que sufriesen hasta la agonía. Una inmensa ira hacia ellos lo consumía y no pararía hasta verlos derrotados y hundidos.

Humillados.

## Capítulo 18

En cuanto Connor salió de su despacho tras la marcha de Marta, tuvo la sensación de que algo no había ido bien en la conversación con su ayudante. Pese a lo claro que había visto su culpabilidad, algo le decía en su interior que había obrado con precipitación. En cuanto la vio alejarse, había sentido un pinchazo en el corazón que todavía le perduraba.

Cuando entró en el despacho de la secretaria de Declan, se encontró con que Seán y Megan tenían una fuerte discusión. Nunca había visto a su amigo tan alterado. Los dos se callaron de inmediato en cuanto oyeron que la puerta se abría. Megan se separó de Seán y fue hacia Connor con furia.

—¿Es cierto lo que me ha dicho Seán? ¿Acusáis a Marta de espionaje?

—exhortó evidentemente enfadada.

—Sí. Acabo de despedirla —dijo frunciendo el ceño.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? ¿Disfrutáis apartando de vuestro lado a las mujeres que podrían remover vuestras vidas?

—¡Eso no es así! —exclamó Connor.

—¡Megan! —exclamó Seán a la vez.

—¡¿Qué?! —gritó girándose hacia Seán—. ¿Acaso me equivoco? ¡Uff!, será mejor que vaya a tomarme una tila. ¡Estoy muy furiosa! —Y salió sin dejar que los dos hombres dijesen una sola palabra.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Jamás habían visto a Megan enfadada, ni siquiera un poquito. Era la dulzura personificada y no

estaba en su ser elevar el tono de la voz.

—Si no fuese por la situación, creo que me habría reído con ganas —

refunfuñó Connor.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Pues tú tampoco vas a sonreír en un tiempo. Creo que tienes muy cabreada a Megan.

—Y que lo digas…

—Voy a hablar con Declan, ¿vienes?

—Sí, claro. ¿Qué tal te ha ido con Marta?

—Ahora os lo cuento —respondió mientras abría la puerta del despacho de Declan.

El abogado estaba al teléfono cuando ellos entraron. Les hizo un gesto para que se sentaran mientras él terminaba la conversación.

—Bien —comenzó en cuanto colgó—. He tomado una decisión. Creo que me precipité cuando acusé a Marta. —Hizo un gesto con la mano para que no hablara cuando vio que Connor abría la boca—. Lo sé. Sé que me lo dijiste, pero estaba cegado y no atendía a razones. Pero cuando me he tranquilizado, lo he pensado mejor y como ha dicho Seán, parece una buena chica. Así que he decidido no centrarme en ella exclusivamente. He decidido investigar a todos nuestros trabajadores comenzando, eso sí, desde el más reciente hasta el más antiguo. ¿Qué os parece?

Seán miró a Connor y este se levantó para dar unas zancadas por el despacho.

—¿Qué ocurre? —continuó Declan desconcertado.

—Ni idea —le contestó Seán—. Yo solo sé que Connor acaba de despedir a Marta.

—¿Cómo dices? ¿Y eso por qué? ¿Ha confesado? —interrogó siguiendo a Connor con la mirada.

—¡Buff!, creo que he cometido el mayor error de mi vida —bufó sin dejar de dar zancadas.

—¡Connor! ¡Por favor! Siéntate y cuéntanos lo que ha pasado —

exclamó Declan nervioso.

Su amigo hizo lo que le pidió y se sentó con rigidez en la silla.

—Pues ha pasado que soy un asno y un bruto, y como tal, así me he comportado.

—Macho, extiéndete un poquito, que así no hay quién te entienda —

sugirió Seán con sorna.

Connor comenzó a contarles desde el momento en que había salido de Dagda y había visto a Marta con un hombre, pasando por sus modos al exigirle explicaciones sobre la identidad de ese tipo. Les contó con pelos y señales la corta conversación, sin omitir nada. La tenía grabada a fuego en su mente.

—Creo que no he sabido gestionarlo bien. Me puse furioso en cuanto no quiso decirme quién era.

—No, Connor, te pusiste furioso en cuanto la viste con otro. Punto —

argumentó Seán.

—Puede ser… pero es que ese tipo la trataba con demasiada confianza y yo acababa de dejarla… —Se calló en cuanto se dio cuenta de lo que les estaba confesando.

—¿Que acababas de dejarla? —inquirió Declan rápidamente—. ¿Qué significa eso?

—Hemos pasado la noche juntos —admitió hosco mirándose las manos.

Seán y Declan se miraron con complicidad. Declan le hizo un gesto con la cabeza a Seán. Este lo entendió enseguida.

—Connor, creo que tienes razón: eres un asno —reconoció con serenidad Seán—. No hay la más mínima prueba de su culpabilidad y después de pasar la noche con ella la acusas sin más. Sí, eres un asno.

Declan solo te pidió que la tanteases, pero tú te has formado una película en tu cabeza en cuanto la has visto con ese tipo. Yo creo que todas esas dudas que bullen en tu mente se solucionarían si hablases tranquilamente con ella.

Llámala.

—No creo que quiera volver a hablar conmigo. De verdad que, aunque ella misma me había dicho que no se encontraba bien, no he tenido piedad.

—Eso no lo sabrás si no lo intentas. Llámala y habla con ella. Seguro que tiene una explicación muy lógica para todo. Y si no, la habremos cazado. —Terminó con una sonrisita de medio lado para aligerar el ambiente.

Connor se levantó reflexivo y como siempre hacía cuando necesitaba pensar, se colocó delante de la ventana para contemplar el paisaje. Después de unos minutos de silencio, se giró y miró a Seán para proponerle:

—Yo llamo a Marta si tú hablas con Megan.

—Yo hablo con Megan todos los días —replicó, frunciendo el ceño.

—No. Tú sabes a lo que me refiero. Estamos en la misma situación. Los dos hablamos o ninguno.

Declan los miraba extrañado.

—Pero… ¿de qué habláis? ¿Qué pasa? ¿Os referís a mi Megan?

—Seán estaba saliendo con TU Megan. Sí. Pero han tenido un desencuentro.

—¿Y por qué soy yo siempre el último que se entera de estas cosas?

¿Me lo explicáis?

—¿A lo mejor porque eres un cotilla parlanchín? —preguntó Seán con sarcasmo.

—¡Oye! ¡De eso nada! Jamás cuento nada de vosotros.

—Seán, no desvíes la conversación, que te conozco. ¿Aceptas? —le insistió Connor, alargándole la mano.

—Trato hecho —zanjó Seán, estrechándosela.

***

Oyó a la lejanía que sonaba su móvil, pero ni tenía fuerzas para moverse a buscarlo, ni tenía ganas de hablar con nadie. El teléfono calló, pero al momento volvió a sonar. Otra vez calló y de nuevo volvió a sonar. ¡Qué pesadez! Como pudo, se levantó para coger el aparato y ponerlo en silencio.

Cuando lo sacó del bolso, volvió a sonar. No conocía el número. Colgó y lo puso en silencio. Cuando acababa de depositarlo sobre la mesita de noche y se había vuelto a acostar, sonó el aviso de la llegada de un WhatsApp.

Volvió a coger el teléfono y buscó el mensaje. Era del mismo número desconocido que la estaba llamando.

"Marta, soy Connor. No me coges el móvil. Voy para tu casa. Necesito hablar contigo".

No. No. No podría soportarlo otra vez. Tenía que marcharse de su casa.

Decidió llamar a su madre.

—¿ *Cariño? ¿Cómo estás?* —interrogó su madre en cuanto cogió el teléfono.

—No muy bien, mamá. Necesito hablar con vosotros.

— *Papá y yo estamos a punto de salir del trabajo, en media hora estamos en casa, ¿te va bien?*

—Perfecto. Me doy una ducha y voy para allá. Gracias, mamá.

En cuanto colgó, se metió en la ducha. Necesitaba salir de allí de inmediato o Connor la pillaría. Y como siempre, sus padres habían respondido sin más explicaciones. Los necesitaba y punto. Invariablemente estaban ahí para ella. De prisa se puso unos vaqueros y una blusa ligera y salió de su casa con el pelo aún mojado.

***

Seán encontró a Megan aún en la sala de descanso. Estaba sentada en una silla delante de una mesa con una taza entre sus manos y la mirada perdida.

Se acercó despacio al darse cuenta de que la joven no se había percatado de su presencia en la sala y se sentó a su lado lo que

provocó la sorpresa de ella.

—Nunca te había visto tan enfadada —le susurró—. Ni siquiera cuando te acusé yo el otro día.

—Yo tampoco me he visto nunca así. No me reconozco. No me gustan las injusticias, eso es cierto. Y lo que Connor ha hecho con Marta, lo es.

Pero siempre me ha gustado combatirlas con la palabra y la conversación, no con los gritos.

Seán veía algo raro en Megan. La notaba profundamente afectada y hablaba como si lo hiciese para ella misma. Seguía sin mirarlo. Una honda tristeza se reflejaba en sus ojos perdidos en sus pensamientos.

—Megan, yo quería hablar contigo sobre nosotros.

La joven lo miró durante tan solo un instante.

—Bien. Yo también lo quiero. Hablaremos, pero antes voy a pedirle a Declan que me dé las vacaciones que me debe.

—¿Te vas? —Sintió un profundo vértigo en el estómago.

—Solo unos días. Debo pensar. También he de aclarar unas situaciones en mi vida para poder hablar contigo con libertad. Solo te pido que tengas

paciencia unos días y podré responder a todas tus preguntas.

—De acuerdo. No me gusta verte así. Haz lo que creas que tienes que hacer.

Megan lo miró, posó sus manos con delicadeza encima de la mano del joven.

—Gracias. Te prometo que te lo aclararé todo en unos días.

***

El trayecto hasta la casa de sus padres se le estaba haciendo largo e interminable. Cada vez que recordaba las palabras que le había arrojado Connor como afilados dardos, una congoja le apretaba el pecho y tenía que luchar para contener las lágrimas. Y esto era sobre todo porque había sido Connor el que se las había dicho. Había

pasado de la máxima felicidad de la noche anterior a la pena más absoluta en unas pocas horas. Ella creía que era su amigo, que habían llegado a ese entendimiento durante los días de viaje. Creía que confiaba en ella. Cuando llegó a la casa de sus padres, ellos ya estaban allí. En cuanto su madre la vio entrar, abrió los brazos para que la joven se refugiase en su abrazo. Marta se arrojó entre ellos sollozando.

—Pequeña, ¿qué ha pasado? —interrogó suavemente mientras la besaba en la cabeza.

—Mamá, ha sido horrible.

—Tranquilízate y nos lo cuentas todo.

De los brazos de su madre, pasó a los de su padre. Los adoraba. Siempre habían estado a su lado. En todo momento y para todo. Ellos habían sido los que le habían dado las fuerzas para alejarse de Liam tanto emocional como físicamente. Ellos tres formaban parte de su secreto. Sus padres la acomodaron en el centro del sofá y se sentaron cada uno a cada lado de ella.

Entre hipos y suspiros fue contándoles todo lo que había pasado con Connor y Dagda. Solo les ocultó la noche de pasión que había pasado con el joven. Según iba relatando las acusaciones de las que había sido objeto, las lágrimas salían con más abundancia hasta casi no poder hablar.

—Cariño, cálmate. Todo se arreglará. La verdad saldrá a la luz —la

reconfortó su madre.

—Mamá, lo que más me ha dolido es saber lo que pensaba Connor de mí —susurró con dolor en la voz.

Sus padres se miraron.

—Tesoro, ¿sientes algo por ese joven? —preguntó su padre.

Lo miró con los ojos llenos de tristeza.

—No, papá, no es eso. Bueno, sí. Siento amistad por él, solo amistad, pero creía que él sentía lo mismo que yo y que confiaba en mí. Por eso me ha dolido tanto. Sabéis que mi corazón está duro por ahora, no se trata de eso, pero me ha desilusionado tanto… Creer eso de mí. Pensaba que él era distinto.

—Y dinos, ¿distinto en qué? ¿Lo comparas con Liam? ¿Crees que es de su misma calaña?

—¡No! No, papá, él no es así. Son como la noche y el día. Liam es un bombón con hiel en el interior. Su exterior es agradable, su sonrisa es persuasiva, sus palabras te envuelven en una irrealidad que no descubres hasta que te ha envuelto en su negrura y permaneces ciega. En cambio, Connor es todo lo contrario: por fuera es agrio y seco, pero todo es una coraza impuesta, porque en cuanto penetras esa cáscara prefabricada por su timidez, descubres a una buena persona, sensata, pero burlona, inteligente, interesante, leal… bueno, o eso creía yo…

Sus padres la escuchaban con detenimiento. No querían que su hija volviese a pasar por lo mismo, pero tampoco que perdiese la oportunidad de encontrar a su verdadero amor. Escuchándola y leyendo en su rostro, habían comprendido mucho más de lo que ella estaba dispuesta a admitir.

En los últimos tiempos de su relación con Liam, las palabras habían jugado una parte muy importante. Palabras empleadas para hacer daño, para martirizar y ningunear. Por eso Marta estaba más susceptible de lo normal ante una discusión y más si se le acusaba injustamente de algo a ella. Para su hija, en esos momentos, todo era blanco o negro. O estabas con ella o contra ella. Había sido muy duro reponerse del desengaño producido por Liam y ahora todo lo llevaba a los extremos. Y la vida no era así. Estaba llena de grises con muchos matices, de claroscuros y de colores luminosos.

—Marta… puede que no te guste lo que te voy a decir, pero he de

hacerlo. Puede ser que tu negativa a hablarle de Liam haya sido lo que le haya convencido de tu culpabilidad. Justo cuando se entera de lo que ha ocurrido en su empresa, te ve con un tipo del cual te niegas a hablar.

¿Podrías ponerte en su lugar por un momento?

—¿Te pones de su parte, papá?

—No, hija, no. Veo desde fuera lo que ha pasado según lo que tú nos has contado.

—¿Tenía que haber transigido con sus exigencias?

—No. Tenías que haber sido sincera. Si no vas con la verdad por delante desde el principio, la posible relación con ese chico, o con

otro, me da igual, aunque sea de amistad, estaría viciada. Además, no deberías, en principio, hacer mucho caso de lo que te haya dicho él en un momento de exaltación. Si no cruzó ciertos límites, claro. ¿Los cruzó? —la interrogó su padre con un gesto adusto. Al recibir una negación de Marta con la cabeza, continuó—: No todo el mundo es Liam, cariño. Sabes de sobra que todos, con la boca caliente, decimos cosas que no pensamos y de las que luego nos arrepentimos. Así que creo que no deberías centrar tu mente en pensar en las palabras que te ha dicho, sino en el por qué te las ha dicho.

—¡Menudo consuelo me estáis dando!

—¡Cariño! —exclamó su padre abrazándola—. No dudes ni por un momento que estamos de tu parte. Quien te conoce sabe que eres incapaz de hacer algo así. Y lo único que queremos es ayudarte a solucionarlo.

—Pero ¿tú crees que tiene solución?

—Primero tienes que saber si tú quieres que se solucione. ¿Él te importa tanto como para intentar convencerlo de tu inocencia?

Marta se quedó pensativa mientras se miraba por dentro. Era cierto que lo que más le dolía era que a él se le hubiese pasado por la cabeza que ella podía ser capaz de hacer algo así. Ella había apostado por esa amistad, confiaba en ella. Había descubierto a una persona con la que le gustaba estar, con la que se lo pasaba bien, pese a su adustez. Le dolería mucho perder esa amistad. Sí. Cada vez que pensaba en él no dejaba de recordar la ternura y la confianza con la que la había tratado durante toda la noche. No podía dejar de rememorar esos momentos con añoranza.

—Tienes razón, papá. No quiero que él piense eso de mí —declaró

compungida.

—Bien. Pues ya tenemos algo claro. Ahora dime, ¿por qué no le dijiste quién era Liam?

—¡Buff! —bufó—. Por varios motivos. Primero, porque no me gustó la forma tan brusca como me lo preguntó. En segundo lugar, porque hablar de Liam me duele, papá. Mucho. Y tercero, porque si hablo de Liam, también tengo que hablar de vosotros y es algo que no quería hacer. Vosotros sabéis que necesitaba hacer esto por mí misma.

—Sí, lo entendimos cuando nos lo dijiste —intervino su madre—, y

nosotros hemos seguido tus indicaciones y no hemos interferido en nada.

Pero, Marta, yo creo que deberías contárselo todo a Connor.

—¿Eso crees?

—Sí. Si como dices te importa su amistad, debes hacerlo. No la cimientes desde la mentira, además de que tarde o temprano se enterará y sería mucho mejor que fueses tú quien se lo dijese. Piénsalo. Tampoco hace falta que lo hagas hoy. Ahora comeremos con tranquilidad y luego papá y yo nos iremos a trabajar y tú te quedarás aquí para descansar. Y cuando lo tengas claro y hayas tomado una decisión, cuando hayas despejado tus dudas y sepas lo que quieres, sabrás lo que tienes que hacer. Ya lo verás.

—Y si nos dejas —añadió su padre—, intentaremos averiguar algo sobre ese espionaje. Quizás podamos enterarnos de algo.

—¿De verdad haríais eso?

—Pues claro, cariño. Seguro que quién sea, acudirá en primer lugar a nuestra compañía para venderlo. Además, este tipo de cosas no son buenas para ninguna empresa.

—Gracias, papá. Sería estupendo que averiguaseis algo.

—Cuenta con ello, hija —añadió su madre.

—Nos ayudaría saber algo sobre el robo —apuntó su padre.

—Intentaré averiguarlo. A lo mejor la secretaria de Declan… nos hicimos amigas. Por cierto, ¿vosotros conocéis a los tres socios de Dagda?

—Yo sí —contestó su madre—. Hemos coincidido en alguna convención. No los conozco mucho, la verdad. Solo he cruzado algunas palabras con ellos.

—¿Y qué opinas de los tres?

—Me parecen buenos chicos. Declan es simpático y extrovertido. Seán es un portento y muy educado, y Connor —hizo un amago de sonrisa —

seco y hosco, pero honrado y apasionado de su trabajo.

—Los has descrito a la perfección, mamá, buena psicóloga.

Su madre soltó una carcajada.

—No, hija, qué más quisiera yo. Es la edad.

—Venga, vamos a comer —dijo su padre levantándose del sofá y tendiendo ambas manos hacia sus dos mujeres.

## Capítulo 19

Connor no conseguía concentrarse en el trabajo. Había ido a casa de Marta, pero o no le había abierto la puerta o no estaba. Tampoco le cogía el teléfono ni contestaba a sus WhatsApps. Cada minuto que pasaba se arrepentía más de su forma de actuar con la joven. No le extrañaba que no le hubiese querido explicar nada después de cómo él se había comportado con ella.

Él sabía que ella era una chica especial.

Marta había sacado algo de él que no solía mostrar salvo cuando estaba con su familia. Ninguna otra mujer había conseguido penetrar en su escudo huraño y en su interior y él sentía que Marta había entrado dentro de él para quedarse allí, por lo menos por una temporada.

Cuando decidió tratarla, había descubierto que se encontraba a gusto con ella. Era una mujer muy apasionada en la cama y había disfrutado mucho la noche pasada, eso era cierto, pero durante los días que habían pasado de viaje, había conocido a otra Marta que lo fascinaba. Aunque, por ahora, su único pensamiento había sido seguir tratándola y pasarlo bien con ella. No quería pensar en el amor. No. Prefería dejar ese tema aparte. Su vida estaba demasiado imbuida en su trabajo y no tenía tiempo para tener una pareja.

Dentro de él sentía una batalla interna que le decía que era imposible que Marta lo hubiese engañado durante sus largas horas de conversación, que debía confiar en ella, aunque ella no hubiese confiado en él. Era tan guapa, tan simpática… y no se amilanaba ante él. Emanaba fortaleza con su mirada. Era como si lo retase con tan solo un aleteo de sus párpados y a la

vez tenía algo vulnerable que le creaba la necesidad de protegerla.

Empezaba a pensar que había algo en su pasado que la atormentaba. En su mente veía con claridad el cambio de sus gestos, convirtiéndose

en desvalidos, como si necesitara protección cuando él había afirmado que lo sabía todo. ¿Qué había en el pasado de Marta que tanto la inquietaba?

Cuando salió del trabajo resolvió volver a casa de Marta para ver si esta vez tenía más suerte, pero sus pasos lo llevaron, sin percibirlo él, mientras meditaba lo que quería decirle, hasta la entrada de Santry Park. Decidió dar un paseo por él a la vez que rememoraba el dado con ella el día anterior.

Seguía el mismo recorrido cuando a lo lejos creyó ver una figura sentada en un banco que le resultaba familiar. Según se iba acercando, podía observar con mayor claridad el abatimiento que se percibía en todo su cuerpo. En cuanto se colocó frente a ella y elevó la vista para mirarlo, vio el brillo de sus ojos cuajados de lágrimas, sus mejillas mojadas y su hermosa boca curvada hacia abajo. Supo enseguida que él era el culpable de la tristeza que había en todo su rostro y tuvo la imperiosa necesidad de eliminarla por completo. Se sentó a su lado sin rozarla.

—Marta, te pido perdón por mi reacción.

La joven aumentó sus sollozos, tapándose la cara con las manos.

Connor sintió la urgente necesidad de abrazarla para reconfortarla, pero sabía que no era el momento. Antes debía convencerla de su sinceridad.

—Siento haberte hablado de esa forma. Sé que no tengo excusa, porque te había prometido que no volvería a hacerlo, pero acababa de enterarme del robo del videojuego y al verte hablar con ese hombre con tanta familiaridad me puse suspicaz y lo pagué contigo. Lo siento, de verdad. También sé que no me comporté como debía, acusando primero, antes de escucharte. Eso sí que no es normal en mí, de verdad, pero, sin querer justificarme, fue todo demasiado caótico y ocurrió muy rápido. He metido la pata y haré todo lo que sea necesario para que confíes en mí.

Marta lo escuchaba en silencio, solo roto por sus propios sollozos.

—¿Me dejas que te abrace para consolarte? —continuó Connor.

La joven afirmó con un gesto de su cabeza. De inmediato, Connor se pegó a ella y le pasó su brazo por los hombros y empujó la cabeza de la joven hacia su pecho. La joven poco a poco se fue calmando.

—Me has hecho mucho daño, Connor —musitó la joven.

—Ya me he dado cuenta y me duele verte así. ¿Me perdonas? No volverá a pasar. Te lo prometo.

Notó cómo afirmaba con su cabeza frotándose sobre su pecho y una honda satisfacción le llenó el cuerpo. No se la merecía. Después del daño que le había hecho, lo perdonaba sin más.

—¿Me vas a contar lo que me ocultas?

Marta se incorporó para mirarlo a los ojos.

—No —continuó él—. No te estoy exigiendo nada, pero me gustaría que tuvieses confianza en mí. Sea lo que sea lo que escondes, te ayudaré a superarlo.

Marta terminó de sentarse bien en el banco y agachó la mirada hacia el suelo.

—Tienes razón, os he ocultado algo a los tres, pero no tiene nada que ver con lo que me acusaste.

—Lo sé, Marta, tú serías incapaz. Repito, perdóname. Fue un impulso impropio de mí. Te lo aseguro. Si mis padres se enterasen de lo poco educado que fui contigo, te aseguro que me darían un gran sermón —

concluyó elevando las comisuras de su boca en un amago de sonrisa al recordar a sus padres.

Marta no pudo evitar sonreír al oírlo. Se giró en el banco para mirarlo de frente.

—¿Sabes quién es Brianna Collins? —espetó con brusquedad.

Connor se quedó atónito. Podía esperar cualquier cosa salvo esa pregunta.

—Sí… claro que sé quién es. Para mí es la mejor programadora de este país y probablemente del mundo entero, ¿por?

—Yo me llamo Marta Romero Collins.

Connor la miraba sin entender con un gesto interrogatorio.

—Brianna es mi madre.

—¡No jodas!

Marta no pudo evitar una carcajada ante su exclamación.

—Veo que te he sorprendido.

—¡Claro! ¡No tenía ni idea! ¿Por qué lo ocultaste?

—No pienses mal, Connor. No fue para espiaros. Solo quería hacerme mi propio nombre por mí misma. Sin ser la hija de.

—Lo entiendo.

—Supongo que sabrás que mis padres trabajan en Visionact, vuestra mayor empresa competidora y la de mayor importancia en Irlanda.

—Claro que lo sé, además conozco a tu madre en persona. Y también he oído hablar de tu padre.

—Lo sé. Como supongo que también sabrás, mi madre es irlandesa y mi padre español. Durante años cabalgamos entre los dos países porque ambos son unos enamorados de los dos, como yo. —Sonrió—. Pero desde que empezaron a trabajar en Visionact, se afincaron aquí. Yo comencé la universidad en Dublín hasta el año pasado. —Una sombra de tristeza cubrió el rostro de la joven.

—Tranquila, Marta.

—No pasa nada. Tengo que hacerlo. Yo puedo —tomó aire y continuó

—: Hace unos tres años, comencé a salir con una joven promesa de la empresa de mis padres. Me lo presentaron ellos un día que fui a visitarlos.

Durante dos años fuimos novios. Al principio, él fue un novio perfecto, cariñoso y educado, pero cuando me tuvo en sus redes su forma de actuar cambió drásticamente. Era un loco del control. Se convirtió en una persona absorbente, celosa y posesiva. Tenía una palabrería que me convencía de todo y, sin yo darme cuenta, me tenía subyugada a su persona, anulando la mía de tal forma que yo era incapaz de hacer cualquier cosa sin su consentimiento. Gracias a mis padres pude salir de su influjo y me enviaron a Burgos con mis abuelos paternos, para terminar mis estudios. Y, bueno, desde entonces, me he vuelto muy delicada con las palabras, como tú ya has podido comprobar en otras ocasiones.

Era muy duro para ella hablar de esto. Mucho. Pero le debía esa explicación a Connor. Su padre tenía razón. Su amistad con él merecía esa sinceridad. Y la verdad era que, una vez expulsado, una paz interior le había inundado su cuerpo.

Connor tenía los dientes apretados con fuerza y su cuerpo rígido.

—Y voy yo y me comporto como un cenutrio.

—Sí...

—¿Era el tipo con el que hablabas en la esquina de la nave?

—Sí. Al poco de irme yo de Irlanda, pasó algo con él en Visionact y lo despidieron. Desde entonces no había tenido noticias suyas.

—¿Y qué quería?

—Que volviese junto a él.

—Supongo que ni te lo planteas, ¿no? —interrogó con voz hosca.

—¡Pues claro que no! ¡Ni loca!

—Bien.

Marta frunció el ceño.

—¡Eh! ¿Qué acabamos de hablar?

Connor frunció el ceño. De repente comprendió.

—Espera, Marta. No malinterpretes. A ver, voy a explicarte un poquito cómo soy, aunque cuento con que lo iras descubriendo con el tiempo —

confesó con una amplia sonrisa que embriagó a la muchacha—. Mi reacción ante la posibilidad de que vuelvas con ese tipo está motivada por el riesgo a que te vuelva a hacer daño. No porque piense que tú me pertenezcas. He de confesar que puedo ser algo celoso en algunas situaciones, Marta, pero como cualquiera, algo normal. Me imagino que estás susceptible con este tema, pero te aseguro que yo no soy tu ex. Confía en mí.

—Perdona, Connor. No tengo motivos para dudar de ti, pero es que volver a ver a mi ex me ha removido todos los recuerdos. Además, he de confesarte que lo que más me atrajo de ti, a priori, fueron tus

modos hoscos.

—Sonrió con sorna—. Me producían mucha gracia.

—¡Descarada! —Correspondiendo a su sonrisa.

—Connor, he de confesarte que todo lo que ha pasado esta mañana me ha afectado mucho —le informó volviendo a ponerse seria—. Desde que conseguí separarme de Liam me he esforzado en crearme una coraza de fortaleza. No me gusta proclamar mi debilidad. Prefiero guardarla en mi interior y hoy toda esa coraza se ha derrumbado y me ha dejado indefensa.

Necesito recomponerla, volver a creer en mi fuerza.

—Marta, no necesitas demostrar nada a nadie.

—No lo hago por nadie, lo hago por mí.

—Entonces bien. Te ayudaré en lo que quieras.

—Precisamente por eso te estaba diciendo esto. Necesito tu ayuda. —

Agachó la mirada abatida.

Connor posó un dedo debajo de su barbilla empujándola hacia arriba inclinándole la cara hasta conseguir que lo mirase a los ojos.

—Pide por esa preciosa boca. Lo que quieras, y tus deseos serán concedidos —dijo con ternura.

—Connor, necesito tiempo…

Una ráfaga de tristeza atravesó la mirada de él.

—Te refieres a nosotros, ¿verdad?

—Sí. Ahora tengo que concentrarme en mí misma y no me veo capacitada para afrontar nada más.

—Está bien. Como tú quieras…

—Connor, no te estoy pidiendo que te alejes de mí, solamente que me des un poco de espacio, que vayamos más despacio. Por ahora solo necesito tu amistad.

—Así será. Iremos al ritmo que tú quieras.

Deseaba abrazarla, protegerla, mimarla, pero se contuvo. No quería estropearlo ahora que habían aclarado todo y parecía que ella confiaba en él. Estaba dispuesto a hacérselo fácil. Él sabía que había sentido algo especial junto a la joven la noche anterior. También tenía claro que desde el primer día ella había sabido capear su carácter y había conseguido penetrar su escudo logrando que sintiese por ella algo que él había catalogado como sentimientos de amigos especiales con derecho a roce y que le hacía sentirse bien. No quería precipitarse. Él no era así. No creía en los amores a primera vista. Ni el momento de su vida era el propicio para ello. Era cierto que se encontraba a gusto con ella. Se sentía cómodo. Le gustaba hasta su forma de llevarle la contraria. Sus manos sentían la necesidad de tocarla constantemente y sus labios anhelaban el contacto con los labios de ella, pero él siempre había sabido controlarse y por mucho que le costase, ella se lo había pedido y estaba dispuesto a conseguirlo.

—Hoy es jueves. Si quieres, tómate libre el día de mañana y no vuelvas a trabajar hasta el lunes —añadió el economista.

—Pero ¿no estoy despedida? —preguntó con sorna.

Connor le dedicó una amplia sonrisa.

—Eres demasiado buena para prescindir de tu trabajo.

—¡Ajá! Así que habla el empresario.

—¿Quieres que hable el hombre? —le dijo con un brillo peligroso en sus ojos de caramelo.

Marta tragó saliva. Mantuvo la sonrisa firmemente en su lugar, pero se le quedó la boca seca ante la idea. “¡Frena, Marta! ¡Acabas de pedirle tiempo!”, pensó.

—Bueno, pues voy a seguir tu consejo y volveré al trabajo el lunes —

cedió levantándose y obviando aposta la última pregunta de Connor —.

Ahora me voy a mi casa. Estoy agotada.

***

Los padres de Marta, Juan y Brianna, acababan de llegar a su casa cuando vieron la nota que su hija les había dejado pegada en el espejo

de la entrada de la vivienda.

—Se ha ido a su casa —anunció Juan cuando leyó la nota.

—Pobrecilla. Ahora que acababa de recuperar su ego, le pasa esto.

—No te preocupes demasiado, Brianna, esto no va a ser igual.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Connor Murray no es Liam. Y los sentimientos que Marta tiene por él tampoco. Ella todavía no se ha dado cuenta, pero esta vez sí que es amor.

—Ya. Eso yo también lo pienso. He visto cómo lo único que le preocupaba era que él pensase que ella podía haber sido la que les robase.

Pero ¿y si Connor no le corresponde?

—Tranquila, ya he comprado una pistola por Internet. O se enamora de mi niña o le pego un tiro.

Brianna se quedó mirándolo con los ojos bien abiertos. Poco a poco las comisuras de sus labios comenzaron a estirarse a ambos lados.

—¡Tonto! ¡Qué susto me has dado! —exclamó dándole un cachete en el brazo a su marido.

Ambos terminaron riendo abiertamente.

—Lo siento, cariño, es que me lo has puesto en bandeja. De todas formas, para que te quedes tranquila, te diré que pienso que los antecedentes que tenemos sobre Connor me permiten creer que no actuará ni parecido a como lo hizo ese sinvergüenza de Liam.

—Eso espero…

—Por cierto, ¿has investigado algo sobre el espionaje en Dagda?

—Por supuesto. He tocado los hilos necesarios para que todo el mundo esté pendiente por si hay alguna información en nuestro mundo o si alguien se pone en contacto para intentar vender el videojuego.

—Yo también he puesto en alerta a todo mi departamento.

—¿Y qué hacemos con Marta?

—¿Qué quieres hacer?

—No se… No me gusta que Liam haya aparecido de nuevo.

Capítulo 20

Otra vez ese hombre estaba junto a ella. Era su jefe. Ya lo había averiguado y por lo que parecía, eran algo más. Era el mismo con el que se había ido de viaje y ahora estaban juntos en el parque. Por lo que podía comprender, la inculpación de robo no había llegado a más. No lo iba a consentir. Marta tenía que volver con él y ser acusada del robo. Tenía que cumplir su venganza. Eso era lo que más le importaba en la vida. Ojo por ojo, diente por diente. Ellos lo habían desacreditado y le habían robado a su novia y él ahora les robaría a su hija y los desacreditaría a ellos.

Después de meditar sobre el giro que había dado la situación al acusar los de Dagda a Marta, tenía que volver a encajar las fichas. Y ahora la ficha principal, que era Marta, debía seguir siendo la acusada en el robo. Ya tenía planificados los siguientes pasos. Marta sería inculpada de robar el videojuego para dárselo a sus padres. ¡Carambola!

Ella le importaba un pimiento, pero si tenía que soportarla durante un tiempo para amargarles la vida a Brianna y a Juan, estaba dispuesto a ello.

Ahora le tocaba actuar.

Capítulo 21

Acababa de llegar a su casa después del encuentro con Connor en el parque cuando sonó el timbre de la puerta. Marta pensó que sería él y abrió sin comprobar antes quién era.

—¡Liam! ¿Qué haces aquí? ¡No quiero volver a verte! —exclamó mientras intentaba cerrar la puerta.

Liam puso un pie en el umbral de la puerta para impedir que se cerrara.

—Tranquila, fiera. Vengo en son de paz.

—Tú no tienes paz en tu alma, así que es imposible.

Unas carcajadas sonaron de la garganta de Liam, aunque su cara no reflejaba alegría alguna.

—No te pongas arisca, Marta, que no te va. Tú eres una muchachita dulce y cariñosa. Me quieres y lo sabes. Ya me has castigado bastante durante un año, ¿no crees que ya es hora de volver a estar juntos? Estoy dispuesto a lo que sea con tal de que regreses conmigo. ¿Qué quieres? Dime cómo quieres que me comporte contigo y te complaceré.

—¡Fuera de aquí, Liam!

—No lo dices en serio. Estábamos a gusto juntos y si te fuiste de casa fue por culpa de las malas lenguas y de tus padres. Ellos te alejaron de mí y consiguieron que me echaran del trabajo. ¿Es que no lo ves? ¡Todo es culpa de ellos! —Liam se iba enfureciendo por momentos.

—Esta conversación ya la hemos tenido y no pienso repetirla. Tú y yo jamás, ¿me oyes?, ¡¡jamás!! volveremos a estar juntos. No te quiero y nunca te querré. Eres un ser abyecto y despreciable. Ruin, manipulador y egocéntrico. Tú nunca me has querido, solo te has aprovechado de mí.

—Marta, Marta… si no vuelves conmigo te vas a arrepentir. Haré todo lo que sea para conseguirlo. Todo —gruñó con voz amenazante.

Marta le pegó un empujón con sus manos en el pecho logrando desestabilizarlo y que quitara el pie para dar un portazo de inmediato.

Temblando, se sentó en el sofá con las piernas encogidas bajo su barbilla y sus brazos a alrededor de ellas. Era la viva imagen de la desolación.

Poco a poco el sol se fue ocultando y las sombras cubrieron el salón.

Marta permanecía inmóvil. Solo se percibía de vez en cuando algún suspiro entrecortado. Quería dejar la mente en blanco, fingir que no había ocurrido nada, pero le era imposible. No se atrevía a moverse de donde estaba por si caía desplomada. La visita de Liam la había dejado exhausta y en *shock*. Se estaba quedando adormilada cuando la sobresaltó el sonido del móvil. Casi sin fuerzas, haciendo un ímprobo esfuerzo, se levantó y lo cogió de la mesa.

Miró la pantalla y comprobó que era Connor quien la llamaba.

—Hola, Connor —contestó con voz débil.

—Solo quería saber si habías llegado bien.

—Sí.

—¿Te ocurre algo? —preguntó extrañado por su laconismo.

—Ha venido Liam.

—¡¿Tu exnovio?! ¿Te ha molestado? —interrogó con gran preocupación.

Marta rompió a llorar. El sollozo desgarrador le partió el alma a Connor.

—Marta, Marta —continuó él—, no llores, cariño. Espera ahí. Voy para allá.

—No, no. No vengas —lo interrumpió con voz entrecortada.

—Sí. Voy. Ya estoy saliendo de casa. Mantente al teléfono. En menos de lo que te des cuenta, estaré allí contigo.

De fondo se oyó un portazo y unos pasos apresurados que bajaban una escalera.

—Connor, no puedo enfrentarme a esto de nuevo. No quiero volver a pasar por lo mismo. Toda mi fortaleza se ha derrumbado.

—No es así. Eres valiente y afrontarás esto con decisión. Marta, eres una guerrera. Ya lo has demostrado antes y volverás a hacerlo de nuevo. Yo te ayudaré, como antes lo hicieron tus padres.

—No sé… Su aparición me ha pillado por sorpresa y con la guardia baja.

—Pues la levantaremos entre los dos. Yo haré de contramuro. —Le dio un tinte de alegría a la voz para intentar levantarle el ánimo.

Marta soltó un amago de risa.

—Parece más que hablas de un castillo medieval.

—Será porque tú eres una princesa y yo tu caballero andante.

—Te veo con armadura andando de un lado para otro de tu despacho.

Connor soltó una carcajada.

—No, va a ser que no. Retiro lo de caballero andante. Me quedo con el

papel de paje o más bien de bufón.

Ahora sí que consiguió que Marta se carcajeara francamente.

—Tienes razón, en estos momentos estás actuando como un bufón.

Gracias, Connor.

—Para eso estoy, princesa.

Connor siguió dándole conversación a través del manos libres mientras conducía, hasta que aparcó frente a su casa.

—Ábreme la puerta.

—¿Estás aquí?

—No. Solo es mi hermano gemelo, pero me gustaría que lo tratases bien.

Entre risas, Marta abrió la puerta y se encontró de frente con Connor que de inmediato elevó sus brazos y los pasó alrededor de ella para abrazarla.

—Hola, bombón. ¿Cómo estás?

—Gracias a ti, mucho mejor.

Le dio un beso en la coronilla y la separó de su pecho para mirarla con fijeza a los ojos.

—Ahora me vas a hacer un gran favor.

—Dime.

—Vas a permitirme que dedique mi tiempo más inmediato a mimarte y cuidar de ti.

—Pero, Connor…

—Sin rechistar.

—Pero…

—Shhh. He dicho sin rechistar y añado, para que te quedes tranquila, que solo voy a cuidarte. No quiero nada más, ¿entendido?

Una pequeña sonrisa tocó brevemente su boca y agachó y elevó la

cabeza para afirmar.

—Bien —la obligó a encerrarse otra vez entre sus brazos mientras entraba y cerraba la puerta—. Para empezar, voy a darte un baño. ¿Tienes bañera o solo ducha? La verdad es que no me fijé la otra noche —concluyó con un guiño pícaro de su ojo izquierdo.

—Las dos cosas —le respondió mientras levantaba los ojos hacia arriba, poniendo los ojos en blanco.

—Perfecto.

La acomodó en el sofá mientras él le preparaba un baño caliente de espuma para relajarla.

—Verás que bien te vas a sentir en cuanto pases unos minutos en un buen baño reconfortante —le decía elevando la voz desde el cuarto de baño.

Cuando lo tuvo todo preparado, fue hacia ella, introdujo un brazo por debajo de las rodillas de la joven y con el otro rodeó su espalda para elevarla entre ellos.

—No, Connor, puedo ir sola.

—Lo sé, cariño, pero me has prometido que te vas a dejar mimar sin rechistar —dijo levantándose con ella en brazos.

Cuando llegó junto a la bañera la depositó de pie en el suelo y mirándola a los ojos para observar su reacción, comenzó a desabrocharle la blusa con mucha delicadeza.

—Connor… —susurró poniendo sus manos sobre las de él.

—Tranquila, Marta. Solo voy a darte un baño. —Sonrió maliciosamente

—. Recuerda que ya conozco cada centímetro de tu cuerpo.

Apartó las manos de la joven y sin separar sus ojos de los de ella continuó desabrochándola. Prefirió mantener su vista fuera de su cuerpo.

Sabía que le iba a costar un esfuerzo inhumano sobreponerse a sus instintos, pero ella necesitaba ahora sus cuidados. Necesitaba un amigo, no un amante. Con delicadeza le quitó la blusa, luego se arrodilló frente a ella para desabrocharle el botón y bajarle la

cremallera de los vaqueros. Con

suavidad se los deslizó por las piernas y levantándole una pierna cada vez, se los sacó del todo dejándolos a un lado.

Se levantó para ponerse detrás de ella y desabrocharle el delicado sujetador de encaje blanco que llevaba, luego extendió los brazos hacia delante a ambos lados de ella para quitárselo de los pechos y cuando lo extrajo por los brazos lo dejó caer encima de los pantalones. Desde esa misma posición, detrás de ella, se volvió a arrodillar y le bajó las níveas braguitas hasta el suelo. Luego se incorporó y posándole las manos en la cintura, la guio hasta la bañera sosteniéndola mientras ella levantaba las piernas y las introducía en el agua.

—Entra, siéntate y déjame hacer a mí.

En cuanto Marta se sentó, la espuma le cubrió sus pechos. Connor cogió la esponja y echando una buena cantidad de gel, comenzó a pasársela por los brazos. La empujó hacia atrás para que se apoyase en la bañera mientras, con lentitud, recorría su cuerpo con la esponja. Marta cerró los ojos para disfrutar de las agradables sensaciones que el suave masaje le producían. Su cara se relajó y Connor se deleitó mientras la miraba a sus anchas; observó con profundidad cada línea del rostro de la joven, su pelo que lo enmarcaba, el esbelto cuello…

Contenerse le estaba resultando muy difícil ya que cada célula de su cuerpo le pedía besarla y tocarla, pero le había pedido que confiara en él y cumpliría, aunque su cuerpo explotase de deseo. Recorrer todo su cuerpo con la esponja lo había excitado de tal manera que su mente estaba a punto de colapsar. Sacudió la cabeza para intentar aclarar sus pensamientos.

—Marta, por favor, incorpórate un poco. Voy a lavarte el pelo —le pidió en un intento de estar ocupado para evadirse de la excitación.

La joven se sentó en la bañera con languidez. Connor le enjabonó la cabeza y luego la volvió a recostar para enjuagársela. Cuando acabó de bañarla, la ayudó a salir de la bañera y la secó con una enorme toalla que la envolvía casi entera.

—¿Cómo te sientes?

—Muchísimo mejor, gracias, Connor —respondió mientras se ponía su albornoz.

—Deja de dar las gracias. Era mi sueño inalcanzable: darle un baño a

una princesa y luego cocinarle una suculenta cena. Venga, vamos a la cocina a ver qué tienes —dijo empujándola hacia afuera del cuarto de baño.

—Pues no creo que encuentres mucho. Soy un poco descuidada con la compra. Siempre se me olvidan la mitad de las cosas que necesito.

—Perfecto. Así tendré oportunidad de demostrarte otra de mis cualidades. Soy un genio de la improvisación en la cocina.

—No me lo creo… —confesó con voz dudosa.

—¡Ah! ¡Con que esas tenemos! ¿Dudas de lo que te digo? ¡Ahora verás!

La guio hasta una de las banquetas de la barra americana de la cocina y la hizo sentar allí.

—Tú quédate quieta aquí. Te voy a sorprender.

Se dirigió a la nevera y cuando la abrió y examinó su contenido, exclamó con pesar:

—¡Uff!, creo que esto va a ser más difícil de lo que pensaba. —Miró a Marta—. ¿Sabes que el frigorífico sirve para algo más que para enfriar bebida? —preguntó con ironía.

—¡Bobo! ¡No solo hay bebida!

—Casi.

Comenzó a sacar algunas de las cosas que había encontrado dentro.

—Para comenzar, destapemos esta botella de vino. Tiene buena pinta.

—A mí me gusta. El sacacorchos está en el primer cajón.

Connor abrió la botella y vertió el líquido dorado en dos copas que había cogido de uno de los armarios. Le entregó una a Marta.

—Bebe, te sentará bien.

Él mismo dio un sorbo a su copa.

—Voy a investigar un poco los armarios a ver qué encuentro por ahí.

Con minuciosidad dedicó varios minutos a recorrer el interior de los armarios. Al final, sobre la encimera había una variedad de ingredientes.

—Bien. Con esto te puedo preparar una suculenta ensalada y una tortilla sorpresa.

—¿Sorpresa? Mmm… —Torció el gesto—. Eso no suena bien.

—Pues sabrá espectacular.

—¡Ya será para menos!

—Podrás comprobarlo en pocos minutos. Espero que seas imparcial a la hora de valorarlo.

—Ya veremos…

Marta miraba cómo se desenvolvía Connor en la cocina con asombro.

Cortaba las verduras con precisión, casi con profesionalidad. Parecía, incluso, que hacía varias cosas a la vez con destreza.

—Te noto muy escéptica —apuntó Connor sin levantar la mirada de su tarea.

—Pues… creo que estoy cambiando de opinión. Según veo, te desenvuelves mejor de lo que pensaba. Me estás dejando estupefacta con tu manejo del cuchillo.

—Son muchos años viviendo solo, desde que vine a Dublín a estudiar en el Trinity College.

—¿No eres de aquí?

—No. Soy de Cork, ¿lo conoces?

—Claro que conozco Cork. Entonces, ¿tu familia vive allí?

—Sí. Mis padres y mis cuatro hermanas.

—¿Cuatro?

—Sí. Mis mujercitas. ¿Conoces la novela *Mujercitas*?

—Claro y he visto la película un montón de veces.

—Pues mis hermanas son iguales a las cuatro protagonistas. La mayor seria y responsable, la segunda apasionada escritora, la tercera tímida y melómana y la más joven, la hermosa y vanidosa pintora.

—¡¿De verdad?! —exclamó entre risas.

—Ya lo creo. Me vuelven loco cada vez que voy a verlos.

—¿Eres el mayor?

—Sí, soy el sufrido hermano mayor —reconoció poniendo un gesto de tristeza en el rostro, que provocó la risa en Marta.

—No sé yo… más parece que debes ser el hermano hosco y gruñón acostumbrado a salirse siempre con la suya y al que todas sus *mujercitas* miman y obedecen como le corresponde al rey de la casa.

Connor levantó la mirada hasta ella con la boca abierta.

—¿Has hablado con mi familia? —preguntó frunciendo el ceño.

—Todos los días. A los pobres los estoy tratando psicológicamente para

superar su contacto contigo —le contestó sin parar de reír.

—Tú búrlate, pero ellas son las que me van a provocar una úlcera a mí.

Imagínate, yo tengo veintiocho años y mis hermanas son menores que yo, por lo que tengo alguna que todavía está en plena adolescencia. Bueno, quizás no tanto, pero lo parecen. —Sonrió con dulzura ante los recuerdos que atravesaba su mente—. Mis padres nos tuvieron cada dos años, así que la que me sigue a mí tiene veintiséis, la siguiente veinticuatro, la otra veintidós y la más joven, veinte.

—Me encantaría conocerlas. Seguro que nos llevaríamos bien.

—Ya os imagino haciendo una coalición en contra mía.

Marta no dejaba de observarlo minuciosamente mientras que él estaba ocupado en la preparación de la cena. Veía sus largos músculos que cuando se movían oscilaban por sus brazos delgados. No tenía un cuerpo de infarto, pero pese a su delgadez, resultaba inesperadamente fuerte y prieto. Seguro que cuando andaba por la calle o entraba a algún local, no llamaba la atención. Ni las chicas se girarían a mirarlo por detrás. ¡Y menos si llevaba puesta su mueca huraña!

Con la postura que tenía, agachada la cabeza para ver lo que hacía, Marta podía percibir con mayor detalle su sedoso cabello castaño claro y sus profundas entradas que dejaban despejada su inteligente frente. También se delineaba con mayor claridad la leve curva de su nariz aguileña que le confería a su rostro una gran personalidad y distinción. No era un hombre guapo, pero cuando elevaba la cabeza, la miraba con sus brillantes ojos caramelos y le ofrecía esa enorme y conquistadora sonrisa, toda ella se derretía.

Ella misma no se explicaba la fuerza de sus sensaciones cada vez que lo miraba o, simplemente, lo sentía a su alrededor. Y en ese momento, viendo cómo estaba haciendo todo lo posible para reconfortarla, no solo el bajo vientre ardía de deseo, sino que también su corazón llameaba con una mezcla de pasión y gratitud. Pero para combatir esas sensaciones tenía su coraza… o lo que quedaba de ella.

—Marta, ¿podrías servirme un poco de vino?

La joven se sobresaltó al oírlo y romper sus pensamientos.

—Claro que sí —le contestó bajándose del taburete.

Mientras se dirigía hacia Connor para rellenarle la copa, observó cómo este trajinaba en la cocina. Con sorpresa observó cómo preparaba la cena al mismo tiempo que iba recogiendo. Extrañamente no había ni un cacharro sucio, ni nada fuera de lugar.

—Ya veo que Declan tenía razón.

Connor elevó una ceja con interrogación.

—Me dijo que odiabas el desorden y eras un maniático con la limpieza.

Connor frunció el ceño.

—Un poco exagerado —repuso hosco.

—Pues yo creo que dio en el clavo. —Sonrió con ironía.

—¿Eso crees? —preguntó frunciendo aún más el ceño.

—Pero si no hay nada más que ver en la cocina. Está más limpia y ordenada ahora que cuando comenzaste a cocinar. Jamás he visto nada igual. Ni siquiera mi madre, que es la más ordenada en nuestra familia, es capaz de realizar tan gran proeza.

—¿Burlarte de mí se ha convertido en tu nuevo *hobby*?

Marta soltó una carcajada.

—No lo había pensado, pero no está mal como pasatiempo.

Connor se la quedó mirando. El color había vuelto a sus mejillas y de su rostro casi se había borrado del todo la agonía y el sufrimiento que reflejaba cuando él había llegado. Un estremecimiento le recorrió todo su cuerpo al pensar que ese cambio se debía gracias a él. Eso tenía más valor que cualquiera de las cosas que había hecho hasta el momento. Se sintió orgulloso de lo logrado y se prometió que conseguiría eliminar por completo cualquier huella de pesar en la cara de Marta. Una leve sonrisa dejó asomar una muestra de sus níveos dientes.

—Está bien, seguiré siendo tu bufón si me prometes que no se lo dirás a mis socios. ¡Mi reputación caería por los suelos!

Intercambiaron una larga mirada hasta que ambos estallaron en carcajadas.

—Tranquilo, guardaré tu secreto bajo siete llaves —consiguió responder entre risas.

—Bueno, esto ya está. Vamos a cenar.

Decidieron comer sentados en el suelo en la mesa de centro del salón.

En un momento pusieron la mesa y, acompañados por una conversación distendida, comenzaron a disfrutar de la deliciosa cena que había preparado Connor.

—Mmm… ¡La tortilla está fantástica! ¿Qué lleva? —indagó sorprendida.

—Has visto cómo la hacía, ¿en qué estabas entretenida para no darte cuenta de lo que ponía?

No pensaba contarle el escrutinio que había hecho a su físico y a sus propias sensaciones cuando lo observaba.

—Bueno… no eres el centro del universo. Seguro que cuando la estabas haciendo, tenía algo más interesante que mirar —argumentó elevando la barbilla con orgullo, pero dejando entrever una leve elevación de las comisuras de sus labios.

—¿Con que esas tenemos?

Y sin previo aviso se lanzó sobre ella, empujándola hacia el suelo.

—¡No! ¡No! ¡Déjame! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Era broma!

Se puso sobre ella y con una mano inmovilizó sus manos y con sus piernas tenía atrapado su cuerpo.

—Lo siento, pero no. Tendrás que cumplir una penitencia si quieres que te suelte.

—¡Connor! ¡No!

—¡Sí! Has sido una chica mala y tienes que redimirte de tus pecados —

sentenció mostrando su irresistible sonrisa.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¿Qué quieres que haga?

Connor meditó breves segundos.

—A partir de este momento y hasta que yo decida que has cumplido tu penitencia, cada vez que yo me toque el lóbulo de la oreja derecha, dejarás todo lo que estés haciendo y me obedecerás en todo durante… mmm… dos horas.

—¿Estás loco? ¡De eso nada!

—¡Sí lo harás o no te soltaré!

—¡No!

—Venga, seré magnánimo, será durante una hora y te prometo que siempre será para algo bueno.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Acepto!

—¿Seguro? ¿Me lo prometes?

Marta desvió la mirada hacia un lado, con una sonrisa que dejaba traslucir la falsedad de sus palabras. Connor se tumbó encima de ella, cubriéndola entera con su cuerpo.

—No te creo. ¡Júramelo!

—¡Que sí! ¡Te lo juro!

—Así me gusta —confirmó Connor volviendo a sentarse sobre sus caderas.

—¡¿Durante una hora?! —exclamó Marta.

—Sí. Durante una hora. —Se incorporó con esfuerzo ofreciéndole la mano para ayudarla—. Con todos sus minutos.

Le había costado recurrir a todo su autocontrol para apartarse de ella y no aprovechar la postura para besarla y tocarla como le habría gustado.

Estaba preciosa con esa sonrisa luminosa en la cara. El albornoz se le había abierto lo suficiente para dejar entrever parte de sus senos y sus torneadas piernas se veían con toda su plenitud.

—Se me ha enfriado la tortilla —protestó Marta frunciendo el ceño en

cuanto se acomodó de nuevo frente a su plato sin percatarse por la agonía que estaba pasando el economista.

—Tú te lo has buscado.

—Eres un petulante —opinó mientras pinchaba con el tenedor algunos de los ingredientes de la ensalada llevándoselos a la boca.

—Muñeca, quien la hace, la paga —dijo engolando la voz a lo Humphrey Bogart y elevando una ceja.

Marta se atragantó de la risa. Se apresuró a beber un trago de vino para ayudarle a pasar los alimentos mientras que Connor le daba unas palmaditas en la espalda.

—¡Eso ha sido a traición! —exclamó en cuanto pudo hablar.

—Chica, yo no sé qué concepto tienes de mí que me acusas de esa forma, pero si preguntas a la gente que me conoce, podrán informarte que yo soy una persona muy seria y huraña —dijo con sequedad fingida.

—¡Tendrás cara! Yo ya te he descubierto. Esa es la careta que llevas puesta, pero en verdad eres malicioso y burlón.

Connor apoyó el mentón sobre su mano contemplándola reflexivo.

—Eres tú quien consigue que fluyan otras versiones de mí mismo como si tuviesen vida propia. La versión que conoce poca gente y muchas más que yo mismo desconocía.

Marta se puso nerviosa ante el escrutinio del joven empresario. Sin saber qué responder, miró su plato y continuó comiendo. Connor, ensimismado, la imitó. Un silencio meditabundo los envolvió, aunque el joven consiguió que se deshiciera pronto con una conversación ligera mientras terminaban de cenar. Después la hizo acomodarse en el sofá mientras preparaba té para los dos. Con las dos tazas, volvió al salón, las depositó sobre la mesita de centro y se sentó junto a ella.

—Bueno, Marta, ahora que ya estás tranquila, me gustaría que me contases qué ha sucedido con tu ex.

Una sombra oscura cubrió el rostro de Marta de inmediato. Agachó la cabeza para mirarse las manos.

—No me apetece hablar de eso…

—Marta, no te hagas de rogar, por favor, que no tengo paciencia —

gruñó.

La joven hinchó el pecho y exhaló un fuerte suspiro antes de relatarle lo ocurrido. Su voz era tenue y afligida al principio, pero poco a poco fue cogiendo firmeza y su mirada se tornó dura.

—¿Te amenazó?

Marta elevó y agachó la cabeza afirmando.

Connor sintió cómo su cuerpo era invadido por la ira. Apretó los puños intentando controlarse y no salir corriendo en busca de ese sinvergüenza.

Marta necesitaba su apoyo.

—Tú lo conoces, Marta, ¿lo crees capaz de cumplir su amenaza?

—No sé, Connor. Violento no es, así que su amenaza no creo que sea algo físico, pero es cierto que es rencoroso y no me extrañaría que intentase hacer algo que me doliese como venganza si no vuelvo con él.

—Pero eso no piensas hacerlo —sentenció con rudeza.

—No. Ya te lo he dicho antes.

—Pues habrá que tomar algunas medidas.

—¿Cómo cuáles?

—Lo primero es que no puedes quedarte sola. Me vendré a vivir aquí hasta que pase la amenaza.

—¡No! No quiero que te instales aquí.

A Connor le dolió la negativa.

—Pero no puedes estar sola con ese sujeto rondando por aquí. Sé razonable.

—Me iré a casa de mis padres si es necesario.

—Está bien. Mañana te irás con ellos, pero esta noche me quedaré aquí.

—Connor…

—No voy a transigir en esto. Me quedo —sentenció y añadió—: Con las mismas condiciones, Marta. El ritmo lo pones tú. No tocaré un solo pelo de ti sin tu consentimiento.

—Está bien. Hoy te quedas, pero no porque tú lo digas, sino porque yo lo necesito. No creo que tenga fuerzas para irme ahora a casa de mis padres, pero menos valor tengo para quedarme sola esta noche. Mañana ya será otro día.

—Bien. Me da igual el motivo.

—¿Y qué más piensas que podríamos hacer? La verdad es que estoy abierta a oír sugerencias.

—Lo primero que voy a hacer mañana es recabar toda la información que pueda sobre ese tipo.

—Pues en eso te pueden ayudar mis padres. Yo preferiría no hablar de él, además estoy segura de que ellos saben más sobre él que yo misma. Yo estaba cegada, pero ellos no.

—Perfecto. Me pondré en contacto con ellos. Una vez tenga esa información, veremos qué podemos hacer.

Connor observaba la transformación efectuada en ella en cuanto él comenzó a hablar del tema. Su cuerpo se había vuelto tenso, su sonrisa había desaparecido y sus ojos emanaban tristeza. Tuvo una fuerte necesidad de borrar todos esos cambios. Sabía que lo había provocado él, pero era necesario hablarlo para poder ayudarla. Ahora tenía que conseguir que Marta volviese a relajarse.

Para ello, primero debía cambiar su propia actitud. Hizo un enorme esfuerzo para sobreponerse a sus sensaciones. Esta chica no se merecía lo

que su ex le estaba provocando y él iba a poner todo su empeño en conseguir aliviarle su sufrimiento. Se levantó del sofá y le extendió la mano.

—Ven. Vamos a tu dormitorio.

Marta se lo quedó mirando estupefacta.

—Tranquila —añadió Connor—. Solo quiero darte un masaje. Lo

necesitas. Vamos.

—Pero…

Marta se detuvo al ver cómo él elevaba el brazo derecho y se tocaba el lóbulo de la oreja.

—¡Oh no! ¿En serio?

Connor elevó las cejas mientras giraba un poco la cabeza y exageraba el gesto de tocarse el lóbulo.

—¡Esto no es justo!

—Venga, solo quiero que te relajes —repuso alargando otra vez su mano—. Deja de gruñir que parece que se te ha pegado mi carácter.

—Bufff, ¡lo que me faltaba por oír!

Nada más terminar de hablar, Marta miró con sorpresa a Connor y estallaron al unísono en fuertes carcajadas. Cuando consiguieron parar de reír, ambos se quedaron mirándose el uno al otro con una amplia sonrisa.

"¡Dios mío! ¡Qué impresionantemente guapo es cuando sonríe!", pensó Marta. Esos dos hoyuelos que se le formaban en ambas comisuras eran totalmente deseables. Se le pasó por la mente la posibilidad de darle pequeños besos en ellos. Agitó la cabeza para apartar esos pensamientos.

—Está bien. Dejaré que intentes lucirte como masajista —convino posando su mano en la de él y dejándose ayudar para levantarse.

—Bueno… la verdad es que no es una de mis especialidades. No suelo tener con quién practicar —confesó con una media sonrisa—. Pero te prometo que intentaré hacerlo lo mejor posible.

Marta se dirigió hacia su dormitorio.

—Me arriesgaré, ya que no tengo otra opción —dijo girándose para mirarlo, le sonrió y se tocó el lóbulo de la oreja.

—Así me gusta. Cumpliendo las promesas. Túmbate boca abajo en la cama.

Marta hizo lo que le pidió. Connor se puso de rodillas en la cama y bajándole el albornoz hasta la cintura, comenzó a darle el masaje.

—Mmmm… pues no se te da tan mal… —murmuró a los pocos minutos.

—Gracias, princesa.

Poco a poco los ojos de Marta se fueron cerrando. Connor fue haciendo más delicadas las presiones en su espalda para favorecer el sueño de la joven y a consecuencia de ello, tardó muy pocos minutos en sumirse en un hondo amodorramiento. El día había sido largo, cansado y de emociones fuertes. Cuando advirtió que su sueño era profundo, no pudo prescindir de acariciar suavemente su espalda. Su tacto era de pura seda y su piel cremosa y rosada. Su brillante melena le dejaba despejado el estilizado y elegante cuello. Paseó sus dedos por él y no pudo evitar inclinarse y darle un ligero beso en la nuca.

Decidió volverle a subir el albornoz para taparle la espalda porque estaba a punto de perder el control. Verla desnuda, tan solo cubierta en sus partes más íntimas por el fino albornoz le había provocado una gran excitación, así que se apartó de ella, se dio una ducha y desnudo se acostó junto a Marta. Se puso de lado para poder contemplarla mientras dormía.

En parte le agradecía la decisión que había tomado con respecto a él.

Nunca había sentido las ansias y la necesidad tan fuerte de compartir todo con alguna mujer y se sentía sobrepasado por esos sentimientos. No quería precipitarse y confundir el deseo con el amor, aunque con Marta había tenido más conversación (o disputa) que sexo y disfrutaba en todas las ocasiones. Junto a ella no podía evitar, en muchas ocasiones, sustituir su ceño fruncido por una sonrisa y esto lo tenía desconcertado.

## Capítulo 22

Marta se despertó cuando unos traviesos rayos de luz decidieron incidir en sus ojos. Gimió a la vez que cambiaba de postura dispuesta a seguir durmiendo. Al momento levantó con brusquedad la cabeza. Había oído unos ruidos que provenían de su cocina y un suculento olor le inundó las fosas nasales. Giró la cabeza de nuevo para ver la hora en el despertador de la mesilla. ¡Eran las siete y media de la mañana y todavía seguía en la cama! Pero… ¿quién estaba en su cocina? ¿Su madre? ¿Por qué? De repente recordó todo lo que había pasado la noche anterior. Intentó incorporarse y sus músculos se quejaron. La tensión sufrida tras la visita de su ex la había dejado en un estado lamentable, pese a los posteriores cuidados de Connor,

recordó.

En ese momento una sombra que avanzaba hacia su dormitorio se proyectó en el pasillo. Marta se sentó en la cama con brusquedad, asió la colcha y la elevó hasta su garganta.

—Princesa, ¿ya te has despertado?

¡Era Connor! Un fuerte suspiro salió de su boca y se lo quedó mirando.

El joven llevaba puesto su delantal y portaba entre sus manos una bandeja repleta de platos.

—No te has ido…

—Te dije que cuidaría de ti, ¿no?

—Gracias, Connor —susurró con una suave sonrisa.

—No se merecen. Estoy encantado de hacerlo. Venga, acomódate para desayunar.

—Pero no hace falta, me puedo levantar.

—De eso nada. ¿Después de prepararte la bandeja me la vas a rechazar?

Marta, sonriendo, se colocó cómodamente en la cama y Connor depositó la bandeja sobre sus piernas y luego se sentó en el borde.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Buff!, como si me hubiese pasado un autobús por encima.

—Es comprensible, pasaste una gran tensión y ahora padeces las consecuencias.

—Mañana me encontraré a la perfección. Ya lo verás. El lunes estaré en la oficina llena de fuerza otra vez.

Connor la observaba con minuciosidad. El sufrimiento pasado por la joven había dejado unas huellas evidentes en su rostro. Necesitaba unos días de cuidados y él no iba a estar allí para dárselos. Una de sus hermanas lo había llamado para recordarle que el sábado era el cumpleaños de su madre y él se había comprometido en pasar el fin de semana con ellos. Esa misma tarde, cuando terminase de trabajar, tenía pensado partir hacia Cork, pero ahora no sabía qué hacer. No

quería dejar sola a Marta en esas circunstancias. Sabía que, en cuanto los padres de la joven se enterasen de lo ocurrido, acudirían a cuidar de ella, pero quería ser él quien lo hiciese.

Aunque, por otra parte, si no acudía a la casa familiar, su familia se iba a sentir muy decepcionada. Se encontraba en un gran dilema. Salvo que…

—Marta, escucha. Mira, mañana es el cumpleaños de mi madre y yo había quedado con mi familia en pasar el fin de semana con ellos.

La joven no pudo reprimir que se le notase la decepción en su rostro.

Después del comportamiento de Connor se había hecho la ilusión de que él estuviese pendiente de ella durante el fin de semana. ¡Qué egoísta era!

—Lo entiendo. No te preocupes por mí.

—Claro que me preocupo, Marta. Por eso quiero que vengas conmigo.

Marta lo miró asombrada.

—¿A tu casa?

—¡Claro! No creerás que iba deshacerme de ti a mitad de camino, ¿no?

—bromeó el joven.

—Pero… eso no puede ser.

—¿Por qué no? ¿Tienes un plan mejor?

—Tu familia, ¿qué dirá?

—Estará encantada. Mis mujeres son lo opuesto a mí. Simpáticas y amigables y mi padre es un buenazo. ¿Sabes lo bien que te lo podrías pasar conspirando todo el día con mis hermanas en contra mía?

Marta soltó una carcajada.

—Eso sí que es una tentación.

—Venga, vente. Te va a sentar muy bien. Va a ser una cura de mente y cuerpo. Ya lo verás. Además, ayer dijiste que te gustaría conocerlos. Pues deseo cumplido.

—No sé, Connor… Anoche quedamos en que me iría a casa de mis madres y puede que sea lo mejor…

—No te hagas más de rogar, por favor. Yo no me iría tranquilo dejándote aquí, aunque estés con tus padres. ¿Quieres que esté preocupado todo el fin de semana? El domingo por la noche te dejo en casa de tus padres, si es lo que prefieres. Además, me lo debes: yo te acompañé a visitar a tus abuelos a Burgos.

—Está bien. Me has convencido —afirmó Marta con una amplia sonrisa

—. Espero que tengas razón y no sea una molestia en tu casa.

—Para nada, ya lo verás. Bien, pues cuando termines de desayunar me voy a trabajar y esta tarde vendré a recogerte.

—¿Esta tarde?

—Sí. Nos vamos esta tarde. ¿Necesitas mi ayuda para prepararte?

—No, no. Yo puedo, no te preocupes. Y puedes irte ya, si quieres. Ya me encargo yo de llevar la bandeja a la cocina.

—De eso nada. Mira la bandeja. He traído desayuno para los dos.

Marta miró por primera vez el contenido de la bandeja y se sorprendió.

Contenía un plato lleno de tortitas, un bol con fruta recién cortada, otro plato con *bacon* y huevos fritos y dos vasos de zumo de naranja recién exprimidos además de dos tazas de café.

—Menudo festín.

—¿Piensas que te lo puedes comer todo tu sola?

—Por supuesto que no. Ven, siéntate cómodamente en la cama —

aseguró mientras se corría para dejar espacio a Connor.

El economista se quitó los zapatos y se acomodó con las piernas cruzadas sobre la cama.

—No sé por dónde empezar. Todo tiene una pinta estupenda —alabó Marta.

—Pues mejor sabrá.

Y era cierto. Todo estaba delicioso. Marta no pudo evitar sentirse cautivada por la dedicación de Connor a hacerle esos momentos tan difíciles para ella lo más agradables posible. Declan tenía razón, Connor era sumamente educado y era incapaz de abandonar a su suerte a alguien que, como ella, había atravesado por una situación difícil. Era todo un caballero.

No sabía si tendría una armadura brillante, pero para ella brillaba con luz propia.

***

Lo primero que hizo Connor cuando llegó a Dagda fue reunirse con sus amigos y socios en el despacho de Declan y con voz que no dejaba paso a la duda, les pidió que olvidaran a Marta como posible sospechosa del robo y les contó el problema que tenía la joven con su exnovio. No quiso ser muy explícito en pormenores porque consideraba que era algo personal de ella y a sus amigos debía bastarles con una explicación de las circunstancias a grandes rasgos para justificar su petición.

De Seán lo esperaba: sabía el corazón que tenía el programador. Pero creía que el abogado que Declan llevaba dentro pondría más reticencias, por eso fue una gran sorpresa que su amigo afirmara con la cabeza sin abrir su boca para exponer algún argumento en contra.

—¿Sí? ¿Así, sin más? —indagó el economista extrañado.

—Bueno, me llevé un buen rapapolvo de Megan y prefiero, en este caso, fiarme de vuestra intuición antes que perder a la mejor secretaría. Por lo menos por ahora…

A lo largo del día, mientras que Marta se preparaba para pasar el fin de semana con Connor y su familia sin dejar de pensar en él y en cómo se había comportado con ella, Connor le daba vueltas en la cabeza a los

sentimientos que Marta había despertado en él. Quería, sobre todo, protegerla, impedir que sufriera otra vez. Verla tan desvalida la noche anterior le había causado un mordisco en el corazón que todavía lo sentía.

Temía lo que su familia iba a pensar sobre la decisión que había

tomado.

Nunca había llevado a alguna mujer a la casa familiar, salvo sus antiguas amigas de instituto, y menos a una reunión , pero no soportaba apartarse de Marta en esos momentos tan traumáticos para ella. Puestas en la balanza, prefería arriesgarse a que su familia pensase lo que no era, a separarse de ella.

Por lo menos, había tenido la suerte de que al llamar para avisar a su madre de que llevaba a Marta, esta no pudo entretenerse porque tenía algo entre manos que no le permitió hacerle un tercer grado, como habría sido lo habitual. Su madre era una mujer muy activa y siempre estaba haciendo algo. Se mantenía ocupada todo el día, todos los días de la semana. Jamás se la veía sentada con tranquilidad, leyendo o viendo la televisión.

Como contra punto, su padre era la persona más tranquila que Connor conocía. Nunca se alteraba por nada y todo lo reflexionaba y analizaba hasta el hartazgo. Se complementaban y se querían muchísimo, aunque su madre se pasaba el día tirando de él y su padre tratando de amansarla.

Siempre había pensado que algún día él tendría un hogar como el que habían creado ellos. Pero aún no era el momento…

Después de llamar a su madre, llamó a la madre de Marta. Tuvo con ella una larga conversación que le permitió saber lo suficiente de Liam como para comprender qué tipo de persona era. Brianna le hizo una descripción muy minuciosa tanto físicamente como de su carácter, así como de sus datos personales, y con esos pormenores, llamó a un conocido suyo que era detective privado y le encargó que lo localizara y que lo siguiese unos días para averiguar dónde trabajaba ahora y qué lugares frecuentaba. Toda información era poca.

Nada más llamarla, la madre de Marta le había informado de que sabía lo que había pasado la noche anterior con el ex de Marta y que ese fin de semana se iban a ir juntos a Cork; Marta la había llamado y se lo había contado. La mujer le había agradecido su forma de tratarla y cuidarla. Pero también, después de darle toda la información pertinente, le había dejado

caer, como quien no quiere la cosa, que tanto ella como su padre no iban a permitir que a Marta la volvieran a hacer daño, y que iban a estar pendientes de su hija en todo momento.

Él tenía una gran admiración por esa mujer. La había conocido

durante una breve conversación en una exposición, pero su nombre era muy reconocido en el sector de la informática. Seán les había hablado mucho de ella, de su lucha por hacerse un nombre en ese mundo siendo una mujer y de los logros que había conseguido, aunque muchas de las cosas que su amigo les había explicado, ni Declan ni él las entendían.

Llevaba todo el día encontrándose intranquilo sabiendo que ella se encontraba sola en su casa. Antes de irse de allí, le había hecho prometer que cerraría bien la puerta de su casa, que no la abriría sin cerciorarse antes de quién estaba tras ella y que, por supuesto, no la abriría si era su ex el que llamaba. Además, también le había hecho prometer que lo llamaría de inmediato si eso ocurría, pero, aun así, no había podido evitar llamarla varias veces a lo largo del día para saber cómo se encontraba. La última vez, le había prometido él a ella que no volvería a hacerlo, pero no pudo cumplir su promesa…

—Marta —dijo en cuanto ella descolgó el teléfono sin tiempo a que ella intentase preguntar nada.

—¡Connor! ¿Otra vez? Me lo habías prometido —lo regañó ella entre risas.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero no he podido evitarlo. Estoy muy intranquilo sabiendo que estás ahí sola. No puedo concentrarme en el trabajo.

—¡Venga ya! Pero si estoy encerrada aquí bajo doce candados. Además, no estoy tan loca como para volver a abrirle la puerta a mi ex. Por favor, no te preocupes más por mí o me voy a sentir culpable por no dejarte hacer tu trabajo.

—Pues ya va a ser imposible que te sientas culpable. Prepárate, paso a por ti en media hora.

—¿Ya?

—Sí. Me voy ya.

—¿Vas a salir antes del trabajo?

—Sorprendente, ¿verdad? Para que veas lo intranquilo que estoy.

—Pero…

—Shhhhh… Sin protestas. Me estoy tocando el lóbulo de la oreja derecha.

Marta soltó una carcajada.

—Está bien. Te espero cuando quieras. Hace tiempo que estoy preparada —le informó entre risas.

Connor colgó con una amplia sonrisa en sus labios. Le encantaba oírla reír. Y era él el que lo había conseguido. Se levantó de la mesa, cogió su maletín y se dirigió al despacho de Declan.

—Declan, me voy —informó a su socio abriendo la puerta—. Nos vemos el lunes.

El joven abogado se quedó pasmado mirando a su amigo.

—¿Cómo que te vas? —lo interrogó reaccionando al verlo iniciar el movimiento para volver a cerrar la puerta de nuevo—. ¿Ya? ¿Antes de llegar la hora? ¿Y con esa sonrisa en los labios?

—Pues sí… ¿no puedo?

—Claro, claro. Por supuesto. Solo es que me sorprende.

—Mañana es el cumpleaños de mi madre. Me voy a Cork. Ya te lo dije el otro día.

—Es cierto. Solo es que es la primera vez que te veo irte del trabajo antes de la hora. Me ha sorprendido. Solo es eso.

—Ok. Pues lo dicho. Nos vemos el lunes —comenzó a cerrar la puerta, pero antes, añadió—: ¡Ah! Por cierto, me llevo a Marta conmigo. —Y antes de que el estupor de Declan pasara y lo acribillara a preguntas, cerró la puerta.

## Capítulo 23

Connor se sintió tranquilo de inmediato en cuanto tuvo a Marta sentada a su lado en su coche.

—Abróchate el cinturón —fue lo primero que le dijo con tono seco.

—¿Y un hola qué tal? —preguntó Marta y desvió la mirada hacia él con burla en sus ojos—. Creía que tus padres te habían educado mejor.

El economista la miró a su vez y contagiándose de la sonrisa que había en los labios de la joven, sonrió él.

—Perdona. Hola, princesa. ¿Qué tal estás? —Hizo un gesto con la

mano y agachó la cabeza como si hiciese una reverencia.

—Hola, sir Galahad. Me encuentro estupendamente, gracias. ¿Y tú? —

Y agachó la cabeza en reconocimiento, siguiéndole el juego.

—Pues con ganas de llegar a mi casa. Hace tiempo que no veo a mi gente y tengo necesidad de estar con ellos.

—Pues adelante. ¿A qué esperas?

—A que te pongas el cinturón.

La joven se apresuró a abrochárselo y cuando terminó, cruzó los brazos sobre su pecho y lo miró con una amplia sonrisa.

—¡Lista!

Connor arrancó el coche e inició la marcha hacia su ciudad natal.

—¡Ah! ¡Y no soy sir Galahad! —exclamó en cuanto se metió entre el tráfico.

—Sí. Para mí, sí.

El joven frunció el ceño y puso una mueca de disgusto en sus labios.

—Pues para ti, precisamente para ti, no quiero serlo.

—¡Pero si es un halago!

—Pues yo no lo quiero —insistió terco.

Marta puso los ojos en blanco ante su insistencia, se armó de paciencia y giró un poco su cuerpo para ver mejor su perfil.

—Pero vamos a ver, ¿por qué no quieres ser mi sir Galahad?

Connor giró su cabeza para mirarla durante breves segundos.

—¿Tú sabes quién era ese personaje ficticio?

—Un caballero de la mesa redonda del rey Arturo, ¿no?

—Sí. Así es. Pero ¿conoces algo sobre su vida ficticia?

—Pues… no. No recuerdo ahora mismo nada más.

—Pues hazme el favor de coger tu móvil y buscar en Wikipedia.

—¿En serio? ¿No me lo puedes decir tú?

El economista frunció el ceño y le echó un vistazo otra vez.

—Prefiero que lo leas tú.

—¡Está bien, pesado! —exclamó mientras cogía su bolso del suelo y hurgaba en él hasta encontrar su móvil.

La joven abrió la pantalla del navegador y escribió su búsqueda. En pocos segundos tenía la información delante de sus ojos. Se entretuvo leyendo la página, pero cuando estaba llegando casi al final, rompió en una fuerte carcajada. Miró a Connor con regocijo y sin dejar de reír le dijo:

—¿Todo esto viene porque él era casto y puro?

Y continuó riendo con hilaridad. El joven, ante tal regocijo, apretó su mandíbula hasta crujir. Marta, al ver su gesto circunspecto, se secó las lágrimas de sus ojos producidas por la risa y le dio una palmada en el hombro.

—Connor, me matas, te aseguro que me matas.

—Ya lo veo, ya. ¡De risa!

Y produjo otra retahíla de carcajadas en Marta.

—Bueno, cuéntame algo de tu familia —le propuso cuando pudo contener la risa.

—¿Vas a seguir con el cachondeíto? —refunfuñó.

—Va, venga, Connor. Te lo pregunto en serio.

El joven la miró con el ceño fruncido.

—Está bien. Te voy a poner en antecedentes para que no te tome por

sorpresa —claudicó, formando con sus labios una leve sonrisa soñadora—.

Mi padre se llama Darren. Es muy tranquilo y socarrón. Tiene cincuenta y seis años y ya está pensando en jubilarse, ¡el cabrón! —Sonrió con una mezcla de cariño y guasa—. Es arquitecto y tiene un

despacho donde además trabaja mi hermana mayor, Caitlin, que también es arquitecta y que junto a Aidan, su marido, que trabaja también junto a ella, acaban de ser padres de un rollizo niño, Niall.

—¡¿Tienes un sobrino?!

—Sí. Tiene nueve meses.

—¡Oh! Me encantan con esa edad.

—Ya verás. Te robará el corazón. Está en una edad muy graciosa.

—¿Caitlin es la que me dijiste que era seria y responsable?

—Efectivamente. Es una mujer estupenda, pero, comparada con el resto de mis hermanas, resulta algo estirada.

—Entonces haréis muy buenas migas tú y ella…

—Sí, nos llevamos bastante… —Calló al ver de refilón la sonrisa burlona de Marta—. ¡Oye! Si eso iba con segundas…

Marta soltó una carcajada.

—Perdona, perdona, ¡pero es que me lo has puesto a huevo! —exclamó elevando las palmas de las manos en un gesto de impotencia —. Sigue, por favor.

—Bien. Mi madre se quedó embarazada muy joven de mí, con veintidós años. Por eso, mis padres pensaron en tener todos los hijos que querían, uno detrás del otro, para que después mi madre se dedicase a su carrera. Y así lo hicieron; cuando creyó conveniente, estudió bellas artes y ahora tiene una galería de arte en Cork. Es una mujer muy inquieta, ya lo verás. Es incapaz de estar sentada más de cinco minutos seguidos.

—¿De ella les viene a tus otras hermanas el amor por el arte?

—Bueno, yo creo que está repartido entre mis padres. Mi segunda hermana, Kelly, es escritora, pero esta afición le viene por mi padre. Él es el que nos ha inculcado el amor a la lectura. Jamás lo veras sin un libro entre sus manos. Kelly es muy apasionada en todo lo que hace y eso lo plasma en sus libros. Todo lo que escribe es a lo grande. Grandes tragedias, grandes amores, grandes asesinatos —terminó con voz jocosa.

—Creo que vamos a congeniar muy bien…

—¡Seguro! Es la que más se parece a ti.

—Y la que más te pincha, ¿no?

—Pues sí, listilla. Ella es la que más me saca de mis casillas.

—Continúa, que está muy interesante.

—La tercera de mis hermanas es Cara. Es tímida, dulce y cariñosa. Es la que menos se parece a la familia. Estudió desde niña en el conservatorio de música y ahora trabaja como maestra en una escuela de secundaria donde imparte clases de música. Es incapaz de provocar una pelea y se afana en detenerla si hay alguna a su alrededor. Ella y mi padre son los menos combativos de todos nosotros. Y luego está la pequeña, bueno, que ya tiene veinte años, pero que es como si tuviese quince. Según dice la gente, es la más guapa de las cuatro y ella se lo cree. Es vanidosa y presumida y para colmo, pintora. No le pega nada.

—No… la verdad es que no. Los pintores suelen ser bohemios, ¿no?

—Pues sí. Aunque mucha gente crea que es un cliché y que en realidad no es así, se equivocan. Los pintores, no todos, por supuesto, pero muchos, son bastante bohemios. O por lo menos en sus épocas de búsqueda de la inspiración. Mi hermana es la excepción. No tiene nada de bohemia.

Marta se frotó las manos con fuerza y puso una mueca ansiosa en su cara.

—Estoy deseando conocerlos a todos. Solo de oírte ya me encanta tu familia.

—Ya… bueno… No te confíes…

—¡Bah! ¡Exagerado! —lo reprendió y movió la mano en el aire—. Pero dime, ¿en qué parte de Cork está la casa de tus padres?

—Es una casa familiar diseñada por mi padre en la orilla del lago de Cork.

—¡Guau! Me encanta esa zona. Las vistas hacia el lago son preciosas.

—Es cierto, la casa tiene unas vistas frontales impresionantes.

Continuaron charlando sobre Cork y otras cuestiones superficiales que no provocaron discusión alguna hasta la llegada a la vivienda de los padres de Connor.

Capítulo 24

Connor aparcó el coche en la parte trasera de la casa. Los dos salieron del coche; el economista abrió el maletero y sacó las dos maletas. En cuanto cerró la puerta trasera, fue a coger las dos maletas para encaminarse hacia la casa.

—Dame la mía, que lleva ruedas y la puedo llevar yo, caballero andante

—le dijo a la vez que agarraba su maleta y lo seguía.

El economista la guio por un camino de grandes losas de piedra desigual que encajaban como un puzle y que conducía hasta una verja con una puerta de hierro torneado con filigranas de grandes adornos florales. El joven abrió la puerta y entró en la parcela cuyo suelo era un manto de césped de brillante verde con algunos árboles diseminados por el terreno.

Dejó pasar a Marta y cerró la puerta después. En ese momento, se abrió la puerta de la vivienda y una figura salió corriendo de allí dirigiéndose directamente hacia el economista.

—¡Connor! —gritó al tiempo que se arrojaba en sus brazos.

El joven la abrazó fuerte contra él mientras la levantaba del suelo y giraba dándole vueltas. Marta los miró sonriente y luego desplazó su vista hacia la gran casa que tenía enfrente.

Era una vivienda de dos plantas de nueva construcción con el tejado a cuatro aguas de pizarra negra. La pared de la fachada trasera, de gris marengo, tenían dos veladores de aluminio blanco níveo y cristal cuarteado en la planta baja que sobresalían de la pared y estaban unidos por un corredor del mismo material, donde estaba la puerta trasera de la casa.

Tenían los techos de cristal y aluminio también, formando un hermoso

invernadero.

Volvió a mirar a la pareja que se saludaba efusivamente y descubrió que Connor había echado el brazo suyo sobre los hombros de la que imaginaba que era su hermana y se dirigía con ella hacia Marta.

—Marta, ven que te presento a la empalagosa de mi hermana Kelly —le dijo con una arrebatadora sonrisa en sus labios.

A Marta le costó arrancar sus ojos de los de Connor, pero cuando lo hizo, pudo ver un rostro con una sonrisa tan impresionante como la de su hermano, pero en el resto no se parecían en nada. Kelly era más rubia que su hermano, con el pelo cortado en una melena a capas hasta los hombros y unos ojos de un verde luminoso. Se encontraron a medio camino y Marta le dio dos besos después de saludarla. Notó calidez en el acercamiento de la hermana de Connor hacia ella.

—Hola, Kelly. Encantada de conocerte.

—Bienvenida, Marta. Lo mismo te digo.

Miró a su hermano con suspicacia.

—¿Me vas a decir quién es? —inquirió con descaro.

Connor frunció el ceño.

—Kelly, no empieces. Es una compañera de trabajo, nada más.

—Bueno, ya lo veremos… —dijo con una sonrisa pícara.

—No le hagas caso a mi hermana, Marta. Es una metomentodo.

—Tranquilo, Connor, yo me sé defender solita. —Miró a la joven hermana sonriendo—. Kelly, tu hermano es mi jefe, solo eso. No empieces a picarlo ya, que si no luego lo paga conmigo.

—¡Bufff! Menudo fin de semana me espera si ya empezáis así. —Bufó con desespero.

—Calma, hermanito. Es broma. Me voy a portar de maravilla, ya lo verás —aseguró y le dio un beso en la mejilla—. Venga, entremos en casa, que están todos esperándoos.

Los tres traspasaron la puerta del invernadero y Marta no pudo evitar quedarse rezagada mirando el enjambre de plantas que había allí. En el velador izquierdo, delante de los cristales, macetas con azaleas blancas destacaban ante el resto de colorido. Rosas rojas, margaritas amarillas, crisantemos de todos los colores se apilaban junto a las paredes del

invernadero para dejar paso entre todas ellas. En el velador derecho destacaba una gran variedad de orquídeas que miraban por la ventana a la espera de más cuidados. Marta notó la mano de Connor que la atrapaba con la suya y tiraba levemente para que lo siguiera.

—¡Qué bonito, Connor! —exclamó sin poder contenerse.

—A mi padre le gustará que lo aprecies tanto. Él es el que se dedica a cultivarlas. Seguro que en otro momento te trae aquí y te da el coñazo con esto, pero ahora nos esperan —le informó mientras atravesaban una sala de estar que tenía toda la pinta de ser un refugio para dedicarse a la lectura o a menesteres tranquilos y relajantes. Tenía dos sillones amplios y mullidos frente a una chimenea de roca y una mesa de despacho que se notaba que era utilizada muy a menudo porque sobre ella se disponían utensilios de papelería dispuestos de forma que fuesen usados con rapidez, sin tener que rebuscarlos. No era una sala grande, pero se la veía muy acogedora.

A continuación, se encontraron en un amplio salón con sofás tapizados en color crema y muebles de madera de color roble. Al fondo se veía una amplia mesa con patas torneadas y sillas de respaldo ancho. A la derecha del salón, frente a la mesa, había una barra americana con la encimera de madera y cuyo soporte estaba formado por bloques de vidrio decorativo de color blanco, gris y azul y tras la barra, una inmensa cocina con una isla en medio.

Pero lo que dejó paralizada a Marta y que casi provoca que se caiga de bruces y con los dientes por delante al tirar de ella Connor, fue encontrarse de pleno con la familia al completo del empresario que se había quedado en suspensión y la miraban con fijeza.

De repente le entró una fuerte vergüenza que se tradujo en la inmovilización de sus piernas y en un sonrosado intenso en sus mejillas.

¡Estaban todos! Ella, inocentemente, había pensado que primero se encontraría con sus padres y poco a poco irían llegando a la vivienda las hermanas. Era viernes tarde ¡y normalmente se tenía muchas cosas que hacer un viernes tarde! Pero no, ¡la familia de Connor era especial hasta para eso!

—Venga, Marta, ¿qué te pasa? —interrogó el joven volviéndose hacia ella al ver que le costaba avanzar. Frunció el ceño y la miró con

detenimiento. Una leve sonrisa sarcástica le afloró en sus labios—. ¿Tienes vergüenza? —la interrogó mientras acercaba la cara a la suya para mirarla con detenimiento.

Marta reaccionó y le dio un manotazo en el hombro, apartándose de él.

—¡No digas tonterías! ¿A qué santo me iba a dar vergüenza?

—Eso digo yo… —le respondió sin dejar de lado la sonrisa.

Una mueca de furia se plasmó en el rostro de la joven. Se acercó a Connor hasta poder susurrar en su oído.

—Como me avergüences delante de tu familia te corto…

—¡Eh! ¡Eh! —exclamó apartándose de ella—. Amenazas no, que se lo digo a mi mamá y me protegerá. Estoy en mi reino, princesa.

Marta no pudo evitar que se le fuese enseguida la mueca de enfado y una amplia y luminosa sonrisa ocupase su lugar. Empujó a Connor hasta darle la vuelta y dirigirlo hacia donde estaba su familia.

—Venga, bobo, preséntame a tu familia. Cuanto antes pase este trago, mejor —le dijo acercando la boca a su oído todo lo que pudo.

El recibimiento a Marta fue muy cariñoso. Todos la besaron y se mostraron felices de que hubiese ido con Connor. La madre la abrazó y le pidió que los tutease a todos.

—A mí, llámame Shannon. Mi marido es Darren. —Y comenzó a señalarlos a todos para que los identificase según le decía el nombre y parentesco—. Mi yerno Aidan con el pequeño Niall; esposo e hijo de Caitlin. Estas son Brea y Cara. Y a Kelly ya la conoces.

La joven no pudo evitar acercarse hasta Niall y hacerle carantoñas.

—Encantada. Yo soy Marta, empleada en la empresa de Connor. —

Mientras seguía pendiente del bebé.

—¿Desde cuándo estás en Dagda? —preguntó Darren.

—Pues… algo más de un mes. En cuanto se celebró la ceremonia de graduación me vine a Irlanda y eso fue a principios de junio —contestó a la vez que se giraba hacia él.

—¿Y qué tal te tratan esos tres tunantes? —quiso saber Shannon con una sonrisa que destilaba ternura.

Marta alargó su sonrisa hasta hacerla socarrona.

—Bueno… unos mejor que otros…

—¡Ale! Ya basta de tanta pregunta. ¡Cotillas! —la cortó Connor frunciendo el ceño—. Acompáñame hasta tu habitación. Supongo que le habrás destinado la habitación de Caitlin, ¿no? —Miró a su madre hasta que esta se lo confirmó moviendo la cabeza afirmativamente a la vez que dijo:

—Sí. Pensé que ahí estaría mejor que en el sofá cama de la salita.

—Muy bien. Gracias, mamá.

El economista empujó a Marta hacia el pasillo que llevaba a las escaleras que subían hasta el piso superior. Habían dejado las maletas en medio del salón para saludar y ahora Connor las cargó las dos por sus asas para subir mejor.

—Sígueme.

Connor la llevó hasta la habitación de su hermana. Abrió la puerta y la dejó pasar. El dormitorio era medianamente amplio, con una cama de cuerpo y medio con cabezal de forja negra, una mesita de madera decapada en blanco y un sinfonier y escritorios a juego. El armario era empotrado con puertas plegables de cuarterones también decapadas en blanco.

—Utilízala como si fuese tuya —le dijo mientras dejaba la maleta de ella sobre la cama—. Si necesitas asearte, el baño está...

—¿Al fondo a la derecha? —lo interrumpió con tono de burla.

Connor la miró extrañado.

—¿Cómo?

—Nada, nada. Es una expresión española.

—¿Me la explicas?

—Claro, si insistes… Por lo general, cuando se pregunta por dónde está el baño en un restaurante o local, suele estar al fondo a la derecha (o izquierda) por eso ahora se utiliza como una broma o un eufemismo, e incluso se ha extendido la leyenda de que el baño siempre está «al fondo a la derecha».

—Entiendo. Pues no, lista, te iba a decir que el aseo está a mano derecha según sales. Lo compartes con Kelly que está al otro lado del aseo.

Cara y Brea comparten uno al otro lado del pasillo. Pero bueno, aquí también hay expresiones de ese tipo.

—¿Sí? ¿Cómo cuál?

—No. Son algo más groseras.

—Va, venga, no seas tan puritano.

—¡Está bien! —Y bajando la voz rezongó—. Puritano yo… —Volvió a elevar la voz—. Por ejemplo, es habitual que un adulto le diga a un niño que vaya a hacer un número uno o un número dos.

Marta elevó las cejas interrogando.

—Imagina lo que es el número uno o el número dos…

La joven pensó durante unos segundos hasta que creyó entenderlo y empezó a reír a carcajadas.

—¿Eso es grosero para ti? —logró decir entre risas—. ¡Y no quieres que te llame puritano!

Connor no pudo contenerse más y le dio una patada a la puerta para cerrarla. Entonces la encerró entre sus brazos y aplastó la boca de Marta con la suya. Sus manos arrugaron el vuelo de la falda que llevaba hasta poner al aire su redondo y apetecible trasero. Sin pensárselo dos veces, posó sus manos sobre él, lo estrujó y lo apretó hacia sí. Sus dientes mordisquearon el labio inferior de la joven y luego lo succionó y apartó su cara unos centímetros.

—¿Ahora qué opinas? ¿Sigues llamándome puritano?

Marta puso sus manos sobre las de él, las apartó de su pompis y se echó hacia atrás. Tenía el rostro congestionado y un rictus de enfado. Lo empujó hasta la puerta sacándolo de la habitación y dejándolo en el pasillo mientras le profería:

—¡Fuera de aquí! ¡Atrevido!

A Connor se le descompuso la cara por la sorpresa y se la quedó mirando sin saber qué decir ni qué hacer. Era cierto que le había pedido tiempo, pero no esperaba una reacción tan brusca de rechazo por su parte.

Marta fue cerrando lentamente la puerta, mientras lo miraba con gesto enojado. Cuando la puerta estaba ya casi cerrada y solo se le veía la

cara, de repente su mueca desapareció y fue sustituida por una inmensa sonrisa, le guiñó un ojo y cerró la puerta de golpe para cerrar el pestillo enseguida.

Apoyó la espalda en la puerta y rompió en carcajadas.

El economista intentó abrir la puerta y al no poder lograrlo, la golpeó con los nudillos.

—¡Marta, ábreme! —Se oyó a través de la puerta.

—¡Va a ser que no! ¿Tú crees que yo soy tonta? —dijo elevando la voz lo suficiente para que él la oyera—. Voy a cambiarme de ropa. Enseguida bajo.

—Está bien. Pero no creas que se me va a olvidar lo que acaba de pasar aquí.

Marta oyó cómo se alejaban sus pasos de la puerta y se puso a deshacer la maleta con una sonrisa. ¡Le encantaba gastarle bromas! Esperaba tener alguna que otra cómplice durante el fin de semana para picarle todo lo posible.

## Capítulo 25

Cuando bajó, Marta encontró a casi toda la familia Murray en la cocina, la mayoría ayudando a preparar la cena. Solo faltaba Caitlin y su bebé. Cada uno ocupaba un pequeño espacio de encimera y se dedicaba a cortar o preparar los alimentos y de vez en cuando, uno u otro, se movía hasta otra zona de la cocina. Parecía una danza de baile ejecutada con precisión, sin que ninguno tropezase con el otro.

—¿En qué os ayudo? —quiso saber en cuanto apareció por allí.

Shannon la miró y con una sonrisa le respondió:

—En nada, tú eres nuestra invitada. Siéntate en una banqueta y tómate un vinito, si quieres, mientras charlamos.

—No, no. Por favor, déjame ayudar.

—Ven, Marta, ayúdame a mí a cortar estas verduras —le dijo Kelly.

La joven se situó junto a la hermana de Connor y eligió un cuchillo de entre los que habían incrustados en un taco de madera. Cogió una patata y se puso a pelarla.

—Marta, para cenar hay puré de patatas y col y un pastel de carne, ¿te gusta? ¿Lo has probado aquí? —quiso saber la madre de Connor.

—Sí, Shannon, me encanta.

—Mamá, la madre de Marta es irlandesa.

—¡Eso no me lo habías dicho! Solo sabía que era española.

—Pues ya lo sabes —gruñó Connor—. Pero no empecéis a hacer preguntas.

—¡Eso te has creído tú! Estoy a punto de hacerle un tercer grado —le rebatió Kelly a la vez que le lanzaba una mirada cómplice a Marta. Esta le

devolvió la mirada con una sonrisa.

—¡Kelly! Si sigues por ese camino nos volvemos a Dublín —la reprendió Connor de mal humor.

—¡Eh! Chicos, chicos, que estoy aquí. No habléis de mí como si yo no estuviera. Connor, no te sulfures. Sabes de sobra que sé defenderme —

adujo Marta. Miró al joven y le guiñó un ojo sonriéndole—. Me someto al tercer grado de forma voluntaria. A ver, mi madre es irlandesa y mi padre español. Yo nací en Burgos, una preciosa ciudad española, pero mi vida ha transcurrido a caballo entre Irlanda y España. Así que tengo el corazón partido entre ambos países. Mis padres, desde hace unos años, se han afincado en Dublín y yo he estado este último año terminando mis estudios en España con mi familia paterna. He decidido venir a Irlanda a trabajar porque ya la echaba de menos. ¿Algo más? —Miró con guasa a Kelly.

—¡Mucho más! No te vas a escapar con tanta facilidad —contestó Kelly.

—Kelly, por favor, déjala en paz que al final la vas a asustar —intervino Cara.

—Pues a mí me gustaría saber si tiene novio y esas cosas —intervino a su vez Brea, insinuante.

—A mí me interesa más saber qué tal la trata Connor en el trabajo… o donde sea…

A Cara se le notaba que se estaba sintiendo mal por el atosigamiento

que estaba teniendo Marta entre su madre, Connor, Kelly y ahora también Brea. Llevaba el pelo rubio muy largo, casi hasta la cintura y muy liso recogido en una holgada coleta en la nuca y sus bellos ojos azules miraban con dulzura el mundo que la rodeaba. Todo su cuerpo hablaba con espiritualidad y armonía. Hasta en su tono de voz era distinta al resto de su familia. Era sosegada y meticulosa, sin ambages y sin estridencias. Decía lo que quería decir con claridad, pero sin molestar.

En cambio, Brea era todo lo contrario. También llevaba el pelo largo, pero peinado a la última moda. En su rostro, muy parecido al de su hermana Cara, otra mujer podría apreciar que estaba sutilmente potenciado por un exquisito maquillaje para realzar sus bellos ojos y sus sexis pómulos. Toda su expresión corporal exudaba sensualidad y seguridad en su belleza. Hasta

su voz tenía un engolamiento eminentemente erótico.

Connor dejó lo que estaba haciendo y se plantó en el centro de la cocina con los brazos en jarras.

—Pero ¿qué está pasando aquí? ¿Hacéis el favor de dejar tranquila a Marta?

Kelly y Brea se miraron cómplices. Darren, que acababa de poner una olla en el fuego, se acercó a su hijo y lo cogió por un brazo para llamar su atención.

—Connor, hijo… ¿no te das cuenta que eres tú la diana de tus hermanas? Te están provocando a ti para que te cabrees.

Brea y Kelly no pudieron aguantar más y rompieron en carcajadas. Al principio, el joven se quedó boquiabierto mirando de la una a la otra, pero pronto reaccionó y agarró a Brea por el brazo porque la tenía más cerca y apartándola de la encimera de la cocina, comenzó a hacerle cosquillas.

—¡Te vas a enterar, guapa!

—¡Eh! ¡No! ¡No! ¡Déjame! ¡Ha sido idea de Kelly! —exclamó intentando escapar de las manos de su hermano.

—No haberte dejado involucrar en los enredos de Kelly. Sabes cómo es y ahora lo vas a pagar tú, por boba —le dijo mientras seguía haciéndole cosquillas hasta que terminó doblada sobre sí misma y con los brazos agarrándose el estómago.

—Déjame, por favor… —acabó suplicando.

Connor optó por dejar a Brea porque sabía que la autora de todo eso era la follonera de Kelly. La apuntó con el dedo índice estirado y el ceño fruncido, pero no pudo evitar también elevar levemente la comisura de sus labios y la aparición del inicio de sus hoyuelos.

—Te la estás jugando. Si no quieres salir escaldada, más vale que te estés calladita un buen rato. O mejor… ¡siempre!

La joven hizo un gesto con su mano fingiendo que daba unas puntadas en sus labios y remataba con un nudo, pero sin evitar que sus ojos dejasen de enseñar el regocijo que sentía.

Los padres de Connor los observaban entusiasmados. Les encantaba tener a toda la familia en casa, cosa que ya no ocurría con mucha frecuencia al estar el muchacho en Dublín y Caitlin casada. Estaban muy orgullosos de

todos sus hijos. Cada uno tenía su personalidad bien definida y llevaban una vida ordenada y feliz. Hasta la pequeña de la casa, pese a parecer en apariencia superficial, tenía una vida interior que solo el que la conocía más allá de la apariencia, sabía que la volcaba en sus lienzos.

Al final, Connor consiguió que la conversación no se centrara en Marta y el resto de la preparación de la cena fuera tranquila y relajada.

Durante la cena, Brea comentó que se había abierto un nuevo *pub* cerca de la casa familiar.

—Lo inauguraron hace dos semanas y todavía no he tenido oportunidad de ir. ¿Qué os parece si nos acercamos esta noche, después de cenar? Me han dicho que está genial. Tienen música en vivo y una zona para bailar.

Además, no tendríamos que coger el coche.

—A mí me apetece muchísimo —indicó Caitlin—, pero está Niall.

—Por eso no lo hagas, Caitlin. Para eso estamos tu madre y yo.

Cuidaremos de él, ¿verdad, querida? —se ofreció Darren.

—Pues claro que sí. No tenemos muchas oportunidades de hacerlo, así

que estaremos encantados. Además, es un niño buenísimo.

—¡Gracias! ¿Tú qué opinas, Aidan? ¿Vamos?

—Por mí, perfecto.

—Y vosotros, ¿qué decís? —interrogó Kelly mirando a Connor y Marta alternativamente.

Connor y Marta estaban sentados uno frente al otro. Se miraron a los ojos. Marta afirmó levemente con la cabeza y Connor sonrió.

—Está bien. Iremos.

—Yo también, por supuesto —dijo Kelly y miró a su hermana Cara que era la única que faltaba por confirmar su asistencia.

Al notar que todas las miradas se dirigían a ella, Cara agachó la cabeza.

—Yo… no sé…

—¡Bobadas, Cara! —exclamó Kelly—. No vas a ser la única que va a faltar a la reunión de los hermanos Murray. Te vienes. No hay nada más que hablar.

Connor posó su mano sobre la de la joven.

—Hazlo por mí, cariño.

Siempre le había gustado proteger a sus hermanas, pero la única que había admitido esa protección con gusto había sido Cara. Las otras tres eran extremadamente independientes y siempre se quejaban cuando él actuaba como hermano mayor. Cara afirmó con la cabeza.

—¡Bien! —exclamó Brea—. Pues marcho ya a arreglarme.

—¡Pero si no hemos comido el postre todavía! —le dijo su madre.

—Es igual. No me vendrá mal para guardar mi línea —opinó mientras se levantaba de la silla—. Tengo que ponerme guapa si va a estar la gente del barrio.

Su madre puso los ojos en blanco en cuanto dio la espalda y se encaminó hacia la escalera.

—¡No sé a quién se parecerá esta hija tuya, Darren!

El resto de la familia rompió en alegres carcajadas, asombrándola.

—¿De qué os reis? —interrogó Shannon mosqueada.

—Querida, ¿en serio no sabes a quién se parece Brea? —le preguntó con sorna su marido.

—¿Estáis insinuando que se parece a mí?

—Para nada, amor. Soy yo el que me paso una hora arreglándome por las mañanas.

—¡Bah! ¡No compares! —exclamó haciendo un gesto despreciativo con la mano. Dicho esto, se levantó de la silla—. Necesito ayuda para traer el postre. A ver quién viene.

—¿Qué hay, mamá? —preguntó Caitlin levantándose.

—Fresas con crema y miel. El postre preferido de Connor.

## Capítulo 26

Cuando todos los jóvenes estuvieron listos para dirigirse al *pub*, salieron de la casa y se dejaron guiar por Kelly. Connor observó a Marta. Vestía unos pantalones negros y una blusa de color coral con la espalda al aire y que se ataba con un lazo en su cuello. Completaban el atuendo unos zapatos de altísimo tacón y unos pendientes que colgaban casi hasta su fina clavícula. ¡Qué guapa! ¡Estaba para comérsela!

No pudo evitar ponerse a su lado y deslizar su mano por la espalda de la joven hasta llegar a la cintura y dejarla allí.

Marta se estremeció con su contacto, giró la cabeza para mirarlo y pese a la poca luz que había en la calle, pudo ver los ojos encendidos de deseo de Connor. Le agarró la mano y se la puso en el lado opuesto a él, permitiendo que la llevase asida por la cintura. Ella pasó su brazo por detrás de él e hizo lo mismo, agarrándolo por su costado más lejano a ella.

Connor no apartó la mirada de ella mientras lo hacía, sorprendido, pero se dejó hacer. Le gustaba esa sensación de calidez e intimidad que desprendía, pese a estar rodeados por sus hermanas que mantenían una disputa sobre cuál de todos los *pubs* de Cork era el mejor.

Estaba siendo un día especial para él. Rodeado de sus hermanas y aferrando la cintura de Marta se encontraba en la gloria. Menos mal que sus hermanas habían tomado con naturalidad la cercanía de ellos dos durante el paseo y no se habían puesto a mandarle pullitas, fastidiándole el momento.

Cuando llegaron al lugar, vieron que este se encontraba en una antigua vivienda remodelada para convertirla en el local que ahora era. Toda la zona del jardín estaba iluminada con pequeños postes de luz blanca y cálida que

permitía la permanencia en las mesas y sillas que estaban diseminadas por allí. Casi todo el jardín estaba techado con pérgolas de madera y toldos impermeables que se podían correr y descorrer según la necesidad. Dentro de la casa, había dos zonas delimitadas por un escenario con una banda de música folclórica. En una parte había una pequeña zona despejada para bailar y en el otro lado, bastante más amplio, estaba destinado a la barra y a sillones y mesas donde tomar una copa y estar en compañía.

—¿Nos quedamos fuera? —preguntó Caitlin—. No hace frío y me apetece estar al aire libre, si os viene bien.

Todos estuvieron de acuerdo y juntaron un par de mesas para que cupiesen todos. Cada uno pidió su consumición al camarero y se relajaron en sus asientos.

—Entonces… —comenzó Kelly mirando a Connor—, ahora que no están los papás aquí, dinos la verdad… entre vosotros dos hay algo,

¿verdad?

Connor bufó y Marta puso los ojos en blanco.

—¿Ya empiezas otra vez? ¡Mira que eres pesada!

—¡Es broma! ¡Es broma!

Todos rieron hasta que consiguieron desfruncir el ceño de Connor y comenzaron a charlar tranquilamente mientras al fondo se oía la música tradicional de Irlanda. El camarero sirvió las bebidas y entre sorbo y sorbo, el hermano mayor se puso al día de los últimos acontecimientos en la vida de sus queridas hermanas.

Marta casi los observaba en silencio, disfrutando de la camaradería que se palpaba en el ambiente. Ella era hija única y siempre había

añorado tener una hermana con quien compartir confidencias. Le gustaban las hermanas de Connor. Cada una tenía su aquel. Caitlin, fiel a su papel de colaboradora en la empresa de su padre, les había contado los últimos proyectos importantes que habían obtenido. Kelly les relató su última novela que ella catalogaba como tremendamente pasional y que había presentado a un certamen de novela romántica. Brea tenía un montón de planes en su joven vida: se había presentado a un casting para hacer un anuncio en la televisión y por ahora estaba preseleccionada, aunque ella lo daba por ganado; seguía asistiendo a clases en la escuela de Bellas Artes y, por otro lado, estaba

preparando una pequeña exposición para la galería de arte de Shannon. La última en hablar fue la tímida Cara. En pocas palabras comentó que se sentía muy feliz dando clases a los niños y que los echaba mucho de menos durante las vacaciones de verano.

En un momento dado, Connor se dio cuenta de que la melodía había cambiado y que ya no estaba la banda que tocaba música en vivo. Habían puesto en marcha el equipo de sonido y ahora salía por los altavoces las últimas tendencias en el panorama musical. De repente, se puso en pie y cogiendo a Marta de la mano, estiró de ella para que se levantara de su asiento.

—Ven, acompáñame.

La joven, sorprendida, echó una mirada al resto de los integrantes de la mesa y haciendo un gesto con los hombros manifestando su ignorancia, lo siguió. Connor se dirigió hacia la casa y entró en ella, pero siguió recorriéndola hasta llegar al fondo, donde estaba la pista de baile. Se giró hacia ella y la agarró por la cintura.

—Me encanta esta canción y me apetecía bailarla contigo. ¿Te importa?

Marta, instintivamente, había subido los brazos hasta los hombros del empresario y se había posicionado para acompañarlo en el baile. Prestó atención a la música que sonaba y no la reconoció, pero le pareció sumamente sugestiva y sexi. Le gustaba.

—No. Claro que no me importa. Todo lo contrario. Me gusta mucho bailar lento, cosa que es difícil de hacer hoy en día, pero no conozco esta canción.

—Se trata de *Way Down We Go* de una banda islandesa de rock-blues.

Me gustan mucho y no he podido reprimirme.

Según iba sonando la canción, fue tomando fuerza y sensualidad y la danza que protagonizaba la pareja la sentían como una conexión de cuerpos que se reconocían y una excitación fluyó entre los dos. Marta había apoyado su rostro en el pecho de Connor, con los ojos cerrados, dejando que las sensaciones la embargaran. Connor acariciaba su espalda mientras apoyaba sus labios en el cruce entre la clavícula y el cuello de ella. Estaban calientes y suaves.

La canción duró mucho menos de lo que esperaban, pero enseguida

comenzó a sonar otra del mismo grupo que les permitió seguir unidos. Los dos se sentían a gusto cada uno en los brazos del otro porque eso es lo que parecía; en lugar de un baile simulaba que se estaban abrazando con pasión.

La joven elevó la cabeza a la vez que abría los ojos y buscó la mirada de Connor. Ambas miradas reflejaban el deseo, así que Connor tomó una decisión.

—Esta noche iré a hacerte una visita a tu habitación, ¿te parece?

Marta tragó saliva. Su boca se le había hecho agua ante la perspectiva de repetir la noche pasada con él. Bueno… o mejorarla.

—¿Solo? —preguntó con voz pícara.

Connor frunció el ceño y la miró con asombro.

—¿Quieres que vaya en compañía?

La joven no pudo evitar reírse.

—Me refiero a si te has traído lo necesario —le aclaró a la vez que le guiñaba un ojo.

Al comprender lo que quería decir, el joven acentuó su ceño fruncido.

—Pues no… Pero creo que tengo en mi habitación.

—¿No estarán caducados…?

—¡Oye, bonita, que no soy un monje!

Marta soltó una carcajada.

—Perdona, no quería insinuar eso, pero como me dijiste que no practicabas con asiduidad…

—¡Yo no dije eso! —exclamó picado—. Dije que no me gustaban las relaciones esporádicas, pero no que sea célibe. No suelo llevar encima a no ser que tenga previsto algo…

—Esto me interesa… ¿Puedes ampliarme un poco la información, por favor…? —sugirió con una sonrisa burlona.

—¡Marta!

—¿Qué pasa? Solo es curiosidad.

—Anda, vámonos ya a la mesa que has roto el momento —se quejó el economista deshaciendo el abrazo y dándole un leve empujón en la parte baja de la espalda para dirigirla hacia fuera de la casa.

Cuando llegaron a la mesa, sus hermanas ya estaban pensando en irse a casa. Al día siguiente debían preparar todo para la celebración del

cumpleaños de Shannon y todos estaban ya cansados del día de trabajo.

Además, Caitlin y Aidan tenían que recoger a Nial e irse a su casa.

En cuanto llegaron al hogar de los Murray, cada uno se fue a su habitación. Connor se despidió de Marta en la puerta de su habitación.

—Mi habitación es esa de ahí al lado —le informó señalando la puerta que estaba junto a la suya, a la izquierda. Mientras sus hermanas iban de un sitio a otro, antes de meterse en sus respectivos dormitorios—. Si necesitas algo, no lo dudes.

—Gracias, Connor. Lo tendré en cuenta.

Connor le apretó una mano de forma muy elocuente y le transmitió con ese gesto y con la mirada que seguía en pie su propuesta. Ella afirmó con la cabeza en silencio y se metió en su cuarto para coger sus cosas de aseo.

Connor hizo lo propio y se preparó para ir a la habitación de Marta. Él era el único de los cinco hermanos que tenía aseo propio en su habitación, así que se dio una ducha y se volvió a vestir y, nervioso, se sentó en la cama esperando el silencio en el pasillo para acudir al cuarto de Marta.

Mientras tanto, Marta estaba conversando en el pasillo con Kelly y Cara. Brea estaba dentro de uno de los servicios.

—¿Has visto qué injusticia? Un aseo para él solo y nosotras tenemos que compartirlos —comentaba Kelly con una sonrisa.

Kelly siempre sonreía. Marta todavía no la había visto ni un solo segundo sin una refrescante sonrisa en su rostro. Era contagiosa, así que, ella misma, cada vez que la miraba, no podía evitar alargar sus comisuras para imitarla.

—Pasa tu primero, si quieres. Yo no tengo sueño, puedo esperar —le conminó Marta.

—Voy. Termino enseguida —aseguró Kelly.

En cuanto entró Kelly, Marta miró a Cara.

—Cara, creo que eres una privilegiada.

La joven la miró al mismo tiempo que un rojo subido se le instalaba en sus blancas mejillas.

—¿Y eso por qué? —musitó.

—Me encantan los niños y no tengo ni sobrinos ni nada. Ser maestra era mi segunda opción como profesión. —Sonrió con sorna—. Como ves, nada

que ver con mi primera opción.

—Para mí siempre ha sido la primera. Combinar la música y los niños era algo que tenía claro desde hace mucho. Sobre todo, de los pequeñines.

—La joven se sentía en su salsa hablando de su trabajo e interiormente le agradeció que Marta se lo pusiese tan fácil.

En ese momento salió Brea del aseo y entró Cara y al rato salió Kelly y Marta se metió en él para darse una ducha y con el albornoz puesto, volvió a su habitación. Después de rebuscar en la ropa que había llevado, se enfadó consigo misma al no haber sido previsora y haber llevado un camisón o algo de ropa interior sexi. Aun así, se puso un sujetador blanco con un poco de encaje en el borde de la copa y unas braguitas muy graciosas que había cogido por casualidad y que tenía una flechita que apuntaba hacia abajo.

Luego se tumbó en la cama a esperar a Connor.

A pesar de que tan solo hacía veinticuatro horas que le había pedido

distanciamiento, su cuerpo no estaba de acuerdo. Y ya puestos, hasta su mente se había confabulado contra ella y su decisión. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo ansiosa que se encontraba ante la perspectiva de volver a tener un encuentro con Connor, aunque también estaba nerviosa ante la posibilidad de que alguien los descubriese. ¡Se moriría de vergüenza!

Mientras lo esperaba, le vino a la cabeza lo que había ocurrido con su ex, el disgusto que se había llevado al discutir con Connor y el vuelco que había dado él al serenarse y recapacitar. Y el comportamiento de él cuando había tenido el percance con su ex había sido maravilloso, haciéndola sentir una verdadera princesita. Cómo había cambiado todo en unos pocos días.

Ella que se había vaticinado una vida tranquila entre el trabajo y su casa…

Quizás ese fin de semana le vendría bien para aclarar sus ideas. Por una parte, tenía la necesidad de sentir de nuevo a Connor en su interior, pero a la vez no quería ataduras. Por fin tendrían que sacar el tiempo para hablar. No se podía dilatar más.

El joven empresario esperó un rato después de oír cómo las chicas se encerraban en sus respectivas habitaciones. Estaba desesperado por acudir

al lado de Marta. Tenía el cuerpo encendido ante el solo hecho de pensarlo, de imaginarse el volver a ver su escultural cuerpo, pero encima la mente seguía avanzando y casi podía percibir su piel hasta que llegó a desear encontrarse en esos momentos bajo la ducha. ¡Era muy deseable! Por ahora eso le bastaba, no quería profundizar en más, así que ante la posibilidad de que su cabeza se confabulase en contra de él, decidió arriesgarse e ir ya a su habitación.

Hacía un buen rato que no oía nada. Abrió la puerta, salió con sigilo de su cuarto y cerró la puerta con mucho cuidado. En ese momento se encendió la luz del pasillo.

—¡Hola, hermanito! —exclamó con sarcasmo su hermana Kelly que en esos momentos aparecía en el inicio del pasillo con un vaso de leche en sus manos—. ¿De paseo? Todavía estás vestido.

—¡Eh! ¡No! ¡No! Es que… no… iba… —se aturulló al hablar—. Iba a lo mismo que tú. Me apetece un vaso de leche.

—Ya... ya… Oye, mira, que a mí no me importa lo que hagas tú y…

—Nadie —la interrumpió.

—Está bien. Nadie. Pero que conste que esa *nadie* me gusta mucho —

concluyó guiñándole un ojo.

Connor no pudo evitar sonreír ante la desfachatez de su hermana.

—Siempre has sido una peliculera. Tu imaginación es desbordante.

—Como quieras. En mí solo ibas a tener una cómplice. Yo me voy a mi habitación —dijo acercándose a su puerta.

—Y yo me voy a la cocina —le respondió andando hacia la salida del pasillo.

Y hacia allí se encaminó mientras mentalmente despotricaba por su mala suerte. Hizo un poco de tiempo y volvió a subir las escaleras. Con lentitud abrió la puerta de Marta y entró. Desde allí vio a la joven acostada en la cama profundamente dormida. Tenía la luz de la mesilla encendida y estaba tapada con la sábana hasta sus pechos. Bufó, pensó en despertarla, se arrepintió, volvió a decidir intentar despertarla y al final se acercó a la joven, acarició su mejilla con suavidad, la tapó con la cubierta de la cama y apagó la luz. ¡Otro día sería!

## Capítulo 27

Al día siguiente, cuando Connor se despertó y bajó a la planta baja, sus padres, que eran los únicos que ya se habían levantado, se dieron cuenta enseguida de que estaba de mal humor. Se encontraban desayunando en la mesa de la cocina y el joven se sentó con ellos. Darren leía el periódico y Shannon una revista de pintura. Su padre levantó la vista de la lectura y lo miró.

—¿Qué te pasa, muchacho? —interrogó con curiosidad.

—¿A mí? ¡Nada!

—Desayuna mientras nos lo cuentas, cariño —le dijo su madre señalándole los manjares que plagaban la mesa.

—¡Que no me pasa nada!

—Connor, cielo, si hasta tu padre se ha dado cuenta de que te ocurre algo, imagínate cómo se te nota.

El joven apoyó los codos en la mesa y los miró con un profundo desconcierto.

—Estoy confuso… —reconoció con voz turbada a la vez que se frotaba el rostro con sus dos manos.

—Te gusta esa chica, ¿verdad? —preguntó su madre.

—Mucho. Demasiado.

—Demasiado, ¿por qué? ¿No te corresponde?

—No se trata de eso. O sí. No lo sé, mamá. Hay una jauría de grillos en mi cabeza. Por una parte, no tengo claros mis sentimientos. Me explico: tengo sentimientos y creo que poco a poco son cada vez más profundos, pero ahora mismo no puedo tener una pareja. Mi trabajo me absorbe

demasiado y no creo que pueda compaginarlo. Por otra parte, aunque ella sabe llevarme muy bien, vosotros conocéis lo difícil que es mi carácter. No soy fácil de llevar. Sabéis que mi gran timidez hace que muchas veces sea brusco con mis contestaciones y por culpa de ello, le he hecho daño. Y eso me ha dolido mucho. Tanto, que es lo que me ha hecho cuestionarme la fuerza real de mis propios sentimientos. No sé lo que siente ella por mí —

continuó tras una breve pausa en la que se frotó la nariz con los dedos —, bueno, sí lo sé, me ha dicho que quiere mi amistad. Solo eso. Y yo me conformo por ahora con eso.

—Ya veo… Sí que tienes un buen lío en la cabeza —comentó su padre.

—Hijo —añadió la madre—, supongo que esperas unas palabras mágicas que lo solucionen todo, pero no las hay, cariño. Te puedo decir, que el primer paso para solucionar un problema, es reconocerlo. Si sabes que has cometido un error, estás en el camino para enmendarlo y no volver a cometerlo y eso estoy segura de que lo lograrás. En cuanto a tus sentimientos… Solo te puedo aconsejar que te dejes llevar, cielo, que sueltes tu corazón y no pongas tú mismo más barreras de las que pone la vida, pero es tu vida y no quiero influir en nada. Solo añado: haz lo que más te haga ser feliz. Es lo más importante. Ante todo haz aquello que te dé felicidad.

Connor se levantó, se acercó a su madre, la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la coronilla.

—Gracias, mamá. Tú dirás lo que quieras, pero tus palabras son mágicas para mí.

***

Marta se despertó con el sonido del móvil. Acababa de recibir un WhatsApp. Lo más seguro es que fuese su madre para saber cómo estaba. O

su padre. Los dos se preocupaban por ella en igual medida. En ese momento cayó en la cuenta de que ya era de día y que se había quedado dormida antes de que acudiese Connor a su habitación. O no había ido…

Se incorporó en la cama y cogió el teléfono. Cuando miró el WhatsApp

que había recibido, se dio cuenta de que no era de ninguno de ellos.

Reconoció el número enseguida. ¡No! ¡Era imposible! ¡Era el de Liam! Lo había eliminado de sus contactos el día que terminó con él. Con su cabeza dando vueltas, abrió el vídeo que le había mandado.

Al principio no entendió nada… hasta que reconoció su ropa… ¡Era ella, de espaldas, mientras andaba en dirección a su casa por la calle donde vivía!

Se quedó en *shock*.

¿Cómo era posible? ¿Qué significaba esto?

Blanca como el papel, intentó levantarse de la cama, pero el cuerpo no le respondía. Intentó tranquilizarse, pero en vista de que no lo conseguía y de que comenzaba a temblarle todo el cuerpo, decidió llamar a Connor por teléfono para que acudiese en su ayuda. Con una sola mano buscó su número en la agenda y apretó el botón de llamada.

—¿Marta? ¿Me estás llamando?

—Connor, por favor, ven a mi habitación. Te necesito —susurró Marta.

No pasó ni un par de segundos cuando la puerta se abrió con brusquedad. Connor, ante la visión de la joven con el rostro descompuesto, corrió hasta colocarse frente a ella y se acuclilló a su lado.

—¿Qué ocurre, Marta?

Sin mediar palabra, la joven le alargó el móvil. Él lo tomó y, desconcertado, buscó en la pantalla el motivo por el cual el rostro de Marta mostraba una infinita pena. En cuanto visualizó el vídeo, confuso, volvió a mirar a la joven con una clara interrogación en sus ojos.

—Me lo ha enviado Liam —murmuró Marta a la vez que unas gruesas lágrimas comenzaban a desbordar sus párpados.

—¡Joder! ¡Me cago en la ostia! ¡¡Lo mato!! —exclamó al tiempo que se abalanzaba hacia la joven y la cobijaba en sus brazos.

—¡No, Connor! ¡No te enfrentes a él!

—Y una mierda, Marta. Ese tío se va a enterar.

Con gran esfuerzo, la joven se separó de su jefe y lo miró a los ojos.

—No, Connor. Se va a enterar, sí, pero no de esa forma.

Sabía que tenía razón, pero le había entrado tal furia en su interior que no pudo evitar sacarla fuera mediante improperios. Verla a ella con ese

semblante tan consternado le había retorcido las entrañas y el corazón.

Necesitaba protegerla, luchar con ella.

—Lo sé, princesa, lo sé. Haremos todo lo que sea necesario para que ese tipejo te deje en paz. No estás sola.

—Gracias —musitó Marta y su cara reflejó el alivio que sintió con sus palabras.

Connor se izó y sin soltarla se sentó a su lado. Necesitaba infundirle calor y protección.

—Está claro que ese tío te ha estado siguiendo, Marta.

—Sí —musitó la joven.

—Hay que impedir que vuelva a localizarte, princesa. Estoy convencido de que él no sabe que estás aquí. ¿Qué te parece si te quedas con mis padres?

—Pues… no sé, Connor. Yo no quiero que Liam condicione mi vida. Ya lo hizo en su día y no estoy dispuesta a pasar otra vez por lo mismo.

—No va a ser igual. Solo te pido unos días para poder actuar con libertad. Cuando me hablaste de tu ex, le pedí a un detective privado que averiguase todo lo que pudiese sobre él, así que será cuestión de poco tiempo. Además, será más fácil para tus padres y para mí si no tenemos que estar preocupados por tu seguridad. Volviendo a Dublín solo conseguirás estar encerrada en tu casa.

—Comprendo que tienes razón, pero yo no quiero ser una molestia para tus padres.

—Tranquila, que seguro que ellos estarán encantados. ¿Dónde ibas a estar mejor?

—Bien. Suponte que me quedo aquí y localizáis a Liam, ¿qué piensas hacer a continuación?

—No lo sé, Marta. Habrá que barajar las posibilidades. Por lo pronto, se me ocurre pedir una orden de alejamiento.

—Pero para eso necesitamos pruebas, Connor.

—En eso tienes razón…

Poco a poco, Marta se iba reponiendo y su cabeza funcionaba a pleno ritmo en busca de soluciones. El golpe había sido muy fuerte, pero ella ya sabía que podía ser fuerte y, una vez pasado el *shock,* todo su cuerpo se unió

para que emanase su energía interior. Se desprendió del abrazo de Connor y se puso de rodillas a su lado con un gesto en su cara que no tenía nada que ver con el que tenía segundos antes. Algo estaba tramando…

—¡Le pondremos un cebo!

—¡¿Cómo?!

—Pues eso, que organizamos algo para pillarlo *in fraganti.*

—¿Te refieres a ponerte tú en peligro?

—No correría peligro, Connor. Estaría vigilada por ti. Lo grabas todo y lo presentamos a la policía.

—Me niego, no quiero que estés cerca de ese hijo de puta —gruñó Connor.

—Connor… Soy yo quién decido. Ya puedes darte por contento que he aceptado tu ayuda.

—Lo sé, Marta, lo sé, pero es que no quiero que te haga más daño y eso ocurrirá en cuanto se acerque a ti.

—Seré fuerte. He de serlo. Y no creo que haya otra opción.

—Bueno, está bien. Maduraremos el tema, pero mientras averiguamos todo lo posible sobre él, insisto en que tú deberías quedarte aquí.

La joven se removió en la cama a la vez que hacía gestos de exasperación.

—¡Oh, está bien! ¡Te haré caso en eso!

Connor sonrió al verla comportarse como una niña enrabietada y le dio un toque con su dedo índice en la punta de la nariz.

—Deja de protestar. En pocos sitios más maravillosos serás mejor tratada. Verás cuando se enteren mis hermanas…

Marta decidió que debía contarles el motivo por el que Connor quería que se quedase ella en la casa de sus padres, pero acordaron que lo hablarían con ellos al día siguiente, el domingo, una vez que ya hubiesen celebrado el cumpleaños de Shannon, por lo que el sábado se dedicarían a disfrutar de toda la familia.

Tras estos acuerdos, Connor le dio un beso en los labios con ternura y se marchó. No era el momento para algo más y Marta se lo agradeció; era lo que necesitaba. Después, la joven procedió a subsanar todas las huellas que había dejado en ella la visualización del vídeo. Mientras se duchaba y

acicalaba, utilizó su mente para insuflarse energía positiva. Tenía el apoyo de sus padres y de Connor y estaba segura de que en cuanto lo supiese la familia de él, también la reconfortaría.

En cuanto bajó, la vorágine de la preparación del cumpleaños la envolvió y dejó de cavilar sobre lo que no quería pensar. Shannon también había invitado a unos amigos y, ante el día tan agradable que hacía, decidió celebrarlo en el jardín.

Todos echaban una mano cocinando y preparando la mesa siguiendo las directrices de la madre para que todo fuese a su gusto. Entre bromas, risas y fingidos piques, los hermanos hicieron partícipe a Marta de la reunión familiar de tal manera que se sentía una más.

Connor no le quitaba el ojo de encima. La veía interactuar con toda su familia como si los conociese de toda la vida, lo que le producía una gran satisfacción. Su familia era importantísima para él, por lo que algo le tocó el corazón al observar cómo encajaba en ella, como si fuese la pieza del puzle que faltaba para concluirlo. Verla reír, confabularse con su hermana Kelly para meterse con él, tratar con dulzura a Carla o jugar con su sobrino Niall, era un placer que le hacía replantearse un montón de preguntas debido a las sensaciones que le estaba provocando.

Era una joven tan vital, tan llena de vida y con una personalidad tan apabullante que llenaba todos los rincones por donde se movía. Lo malo era que también se estaba colando en todos los recovecos de su corazón. Estaba dispuesto a que se le hiciese dura la renuncia a ella si con eso conseguía que siguiese siendo la misma. Saber que durante un tiempo había vivido sojuzgada porque su ex había conseguido anular esa fogosa y activa personalidad, le hacía comprender cuánto había sufrido. Y ahora que había vuelto a su verdadera identidad no pensaba permitir que ese cabrón se la volviese a arrebatar.

Marta lo notaba. Sentía en su cuerpo la mirada penetrante de color caramelo. Ella también lo observaba a él de reojo. Le gustaba su familia y le gustaba él. Cuando lo necesitaba, ahí estaba. Le daba su espacio, no la agobiaba, pero ahí estaba. Sabía que estaba preocupado por ella, pero la dejaba a su aire. Cuando había necesitado su abrazo, lo había obtenido sin mediar palabras, sin embargo, en cuanto la había visto recuperada, no la

atosigaba con preguntas que prefería no oír.

En sus ojos, sin ella quererlo, se agolparon las lágrimas y un nudo se le formó en la garganta. Se le hacía raro sentir esa ternura en su corazón hacia él. Una ternura que casi le hace explotar el corazón con llamaradas de agradecimiento.

El cumpleaños fue un éxito. Hasta altas horas de la madrugada, el jardín y la vivienda eran un hervidero de gente que llegaba a felicitar a la cumpleañera y otra que marchaba después de pasar un rato allí. La agitación los mantuvo muy entretenidos y Marta consiguió despejar su mente por completo del problema que pendía sobre sus hombros.

Incluso, cuando se deslizó entre las sábanas y apoyó la cabeza en las sábanas, no le dedicó ni un solo pensamiento y se quedó profundamente dormida enseguida.

***

El sol estaba bastante alto cuando los jóvenes de la casa empezaron a salir de sus madrigueras. Shannon y Darren ya estaban manos a la obra para recoger todo el desorden que había ocasionado la celebración y que habían decidido dejar para el día siguiente para hacer un «zafarrancho» entre todos.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué estáis haciendo? —exclamó Kelly en cuanto los vio.

—¡Ay, Shannon! ¡Llama al médico, deprisa! —vociferó Darren.

La mujer se volteó hacia su marido con mirada interrogativa.

—¿No te has dado cuenta, cariño? ¡Nuestra hija se ha quedado ciega! —

terminó exclamando entre risas.

—¡Papá! ¡Menudo susto me has dado! Creía que te pasaba algo —

protestó Kelly.

—A ver, hija, es que está claro lo que estamos haciendo, ¿no? —bromeó Darren mientras seguía metiendo desperdicios en la bolsa de basura que sostenía en una mano.

—Ya, pero quedamos en que lo haríamos entre todos.

—Si tu padre y yo os tenemos que esperar, nos habríamos convertido en un par de vejestorios antes de comenzar —intervino Shannon.

—¿Más? —se guaseó Kelly por lo que recibió una mirada fulminadora de su madre—. ¡Vale, vale! Voy a llamar a la cuadrilla.

Se marchó corriendo, subió las escaleras y, mientras golpeaba las puertas de las habitaciones, gritaba:

—¡«Zafarrancho»! ¡«Zafarrancho»!

No tardaron muchos minutos en aparecer Cara, Brea, Marta y Connor.

Cartlin se había marchado a su casa cuando Niall se puso a lloriquear de sueño. Los cuatro llevaban los ojos semicerrados.

—¿Qué ocurre? —gruñó Connor.

—Papá y mamá ya están recogiendo. Ya los conoces. Así que tenemos que darnos prisa en bajar si queremos ayudarlos en algo.

—Bien. Bajo enseguida. —Miró a Marta—. ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

—De maravilla. He dormido como una marmota.

—¡Ey! ¿Y a mí por qué no me has preguntado cómo estoy? —preguntó Kelly con la voz cargada de ironía.

Su hermano la miró con el ceño fruncido, luego se dio media vuelta y, sin contestar, se metió en su dormitorio mientras escuchaba detrás de él las risas de Kelly.

## Capítulo 28

Acababan de recoger el desbarajuste de la celebración cuando Connor le pidió a su familia que se reunieran todos en el salón.

—Necesito que nos hagáis un favor —solicitó.

—No, Connor —lo cortó Marta con gesto agradecido—, no te incluyas, por favor. La ayuda la necesito yo.

—Pero yo me quedaría más tranquilo, Marta, así que también es por beneficio mío.

Asombrados, se sentaron en los sofás mientras veían pasear inquieta a Marta y a Connor observarla preocupado. En cuanto los padres y hermanas del economista estuvieron acomodados, la joven se plantó ante ellos, apoyó una de sus manos en una silla para afianzarse y carraspeó en un intento de fortalecer su voz. Era un momento duro para ella. Poner voz a su pasado delante de tanta gente era un paso decisivo para el que necesitaba sacar toda su fortaleza a la superficie para ponerse a prueba y terminar de expulsar todos sus demonios.

—Bueno —comenzó—, antes que nada, os quiero contar una pequeña historia que hasta hace poco creía que era del pasado, pero ahora ha regresado la presente.

Marta sintió que le había temblado la voz. Para ella era muy duro

hablar de su relación con Liam, pero la familia de Connor se merecía que supiesen la razón por la que les iba a pedir ayuda. Comenzó su relato con toda la firmeza de la que fue posible, pero se dio cuenta de que a cada palabra que lanzaba, se encontraba más segura.

Unos ojos de color caramelo no la perdían de vista desde un rincón del

salón. Él la conocía bien. La había sufrido en sus propias carnes. Sabía que, si ella quería y no se dejaba amilanar por ese pasado, era fuerte como una roca y podía con todo. Había podido con él. Por eso se sintió muy orgulloso cuando la escuchó relatar su vivencia con su ex sin titubeos y sin desmoronarse.

Mientras Marta se adentraba en su historia, la familia de Connor iba pasando por distintos estadios de sentimientos: asombro, rechazo, empatía, cabreo… La joven lo veía reflejado en sus ojos y eso le afianzaba más en la creencia de que estaba haciendo lo correcto; eran las mismas emociones que a ella la embargaban cuando pensaba en ello.

—Y eso es lo que hay —concluyó Marta mirándolos expectante—. Por eso, a Connor se le ha ocurrido la idea de que me quede aquí mientras entre él y mis padres recaban toda la información necesaria sobre Liam. Yo no estoy muy convencida, pero comprendo que en Dublín puedo ser más un estorbo.

—Por supuesto que te quedas.

—Tiene razón Connor.

—Estaremos encantados de ayudarte.

—¡Ni se te ocurra moverte de aquí!

Cuatro voces se oyeron al unísono. Hasta la sobria Cara se había atrevido a dar su aprobación.

—Querida —añadió Shannon a la vez que se levantaba y se acercaba a ella para cogerle las manos con la suyas e infundirle calor—, aquí tienes tu hogar durante el tiempo que quieras.

Marta no quiso reprimir la gratitud que sintió al oír sus palabras y se lanzó a los brazos de la madre de Connor donde se sintió protegida.

—Muchas gracias, Shannon. Os lo haré lo más fácil posible.

—Cariño, lo debiste pasar muy mal, pero tuviste mucha suerte de tener unos padres a tu lado. Ahora nos vas a tener a todos nosotros también.

La joven se emocionó al oír las palabras de la madre de Connor y no pudo evitar que unas suaves lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—Desde ahora te adopto como mi mascota —bromeó Kelly para romper el momento de emoción y tristeza que los embargaba a todos —.

Estoy de vacaciones, así que te haré de *cicerone* y tú me servirás de

distracción.

—¡Pero si eres escritora! Los escritores no tienen vacaciones, ¿no? —

expuso Marta con una sonrisa a la vez que se separaba de Shannon.

—Bueno, podemos elegir la época que mejor nos convenga y yo he elegido este momento para iniciarlas.

Marta se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

Qué orgullo sintió Connor de pertenecer a esa familia. Sabía que se iban a volcar con ella, pero constatarlo con los hechos era muy conmovedor. Se acercó hasta su madre y se agachó para susurrarle en el oído:

—Gracias, mamá.

—No se merecen, hijo. ¿Tú crees que íbamos a dejar a esa pobre criatura en manos de un ser así?

—Bueno, todavía hay gente que piensa que no hay dolor si no hay sangre.

—Eso es cierto, Connor, pero tú sabes que en esta casa las cosas no funcionan así. Ni siquiera con nuestros hijos hemos sido controladores y la libertad es nuestra bandera. Así os hemos criado a todos. Yo no puedo lavarme las manos ante un abuso así, aunque haya sido provocado con las mejores palabras del mundo. Una persona sojuzgada a otra, es esclavitud.

Jamás lo apoyaríamos.

—Lo sé, mamá, por eso tenía la certeza de que os volcaríais con ella.

***

A media tarde, antes de partir Connor hacia Dublín, el joven invitó a Marta a dar un paseo por el lago. Una amplia franja solitaria de césped separaba la casa familiar del lago. Pasearon con tranquilidad por él rodeando su orilla.

Un enorme cisne blanco se deslizaba por las aguas del lago; parecía que los seguía mientras caminaban.

—Marta, te dejo en las mejores manos posible. Espero que aquí puedas estar tranquila.

—Sé que voy a estar muy bien con tu familia, pero no me pidas que esté

tranquila. Hasta que no se resuelva todo, no voy a poder. Tú tienes otro franco abierto que es el robo en la empresa. Parece que lo has olvidado, pero a mí, personalmente, me interesa que esto se resuelva también, a parte del interés por la empresa, claro.

—No, no lo he olvidado. Seán me mantiene al tanto de todo. Por ahora no hay ninguna novedad.

—No sé si sabes que mis padres se ofrecieron a ayudar a localizar cualquier rastro.

—Me lo dijo tu madre y se lo agradezco mucho a los dos. Ellos están muy bien considerados en nuestro mundillo y sé que es una colaboración inestimable.

—Mis padres tienen muy buenos contactos y lograrán atraparlo, ya verás.

En ese momento sonó el móvil de Connor. Se lo sacó del bolsillo trasero de los vaqueros que llevaba y en cuanto comprobó quién lo llamaba, la aceptó y se llevó el aparato a la oreja.

—Dime, Seán.

*— Connor, hemos recibido un mensaje anónimo acusando a Marta del robo del videojuego.*

—¡No jodas!

*— Lo mismo dije yo.*

—¿Cómo se ha recibido, por correo electrónico?

*—De una forma muy curiosa: ayer estuve todo el día en la nave, cuando he vuelto esta tarde, habían pasado por debajo de la puerta un folio con recortes de periódico para formar las palabras. Muy cutre todo. Parece copiado de una mala película.*

—O sea, que lo ha dejado alguien en persona. ¿Se te ha ocurrido mirar las cámaras de seguridad?

—¡Anda, pues no!

—Busca en ellas. En estos momentos tengo una sospecha. Espero que las imágenes lo corroboren. Te voy a mandar una foto y si se le ve la cara, lo cotejas, ¿vale?

*—¡Claro!, pero ¿no me puedes dar un adelanto?*

Connor miró a Marta.

—Creo que es el ex de Marta. Ya te contaré. Busca esas imágenes y dime algo.

*— De acuerdo. Estamos en contacto.*

Los dos socios y amigos colgaron a la vez el móvil. El ceño del empresario estaba fruncido cuando volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué ha pasado con Liam? ¿Qué ha hecho?

—Todavía nada, pero al escuchar a Seán me ha venido un presentimiento. ¿No te parece una casualidad muy rara que se produzca el robo a la vez que aparece tu ex? ¿Sabes por qué lo echaron de Visionact?

—No tengo ni idea. Mis padres no quisieron hablar conmigo sobre eso para no remover mis recuerdos. Pero no me has dicho qué ha pasado, ¿por qué has hablado de él con Seán?

—Han deslizado una nota anónima por debajo de la puerta de la empresa inculpándote del robo del videojuego, Marta. En las dos esquinas de la nave, apuntando hacia la puerta, hay un par de cámaras de vigilancia, así que le he dicho a Seán que las mire y no sé el porqué, pero me ha venido a la mente tu ex, por lo que le mandaré

la foto y que la coteje. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto, Connor. Visto lo visto, yo ya no conozco de lo que puede ser capaz Liam.

—Bien, pues esperemos a ver que nos dicen las imágenes. Mientras tanto, ven —le dijo mientras la agarraba de la mano y estiraba de ella con una amplia sonrisa—. Te voy a llevar a un sitio que te va a gustar.

—¿A dónde vamos? —indagó curiosa.

—Ya lo verás.

—¿Vamos a pescar?

—No.

—¿A ver a alguien? —volvió a preguntar a la vez que comenzaba a andar con brincos y saltos mientras lo seguía.

—Ya lo verás.

—¿No serás el asesino del sable? —interrogó, fingiendo que se asustaba.

—Ni siquiera tengo uno —contestó Connor, siguiéndole la broma.

—¿Cuándo llegamos? ¿Hemos llegado ya? ¿Estamos cerca?

—La paciencia no es una de tus virtudes, ¿eh?

Siguieron recorriendo la orilla del lago hasta que vislumbraron una zona asfaltada en donde niños y adultos daban de comer a centenares de patos, cisnes, ocas y gansos que se acercaban a la orilla para coger el alimento de entre sus manos.

—¡Madre mía! ¡Qué cantidad de aves!

—Vamos, ¿te apetece darles de comer?

—¡Claro que sí!

Marta apretó el paso entusiasmada. Connor la siguió a la vez que una amplia sonrisa apareció en sus labios al ver la vehemencia de la joven. En cuanto se acercaron a las primeras aves, el joven sacó unos trozos de pan del bolsillo de su camisa y se los pasó a ella.

—Acerca tu mano. No te harán daño.

La joven le hizo caso, troceó un poco del pan, se puso en cuclillas para estar más cerca de las aves y alargó el brazo.

Connor, en cuanto oyó las primeras carcajadas que surgieron de los labios de Marta al recibir los primeros picotazos, notó cómo un escalofrío le recorría la columna. Era la primera vez que se reía ese día y había sido gracias a él.

La joven giró la cabeza para mirarlo y le sonrió.

Mientras ella seguía dándoles pequeños trozos de pan, él la observaba con detenimiento. Estaba especialmente guapa en esos momentos. El sol del atardecer incidía en su cabello moreno y en su piel rosada que absorbía los rayos y los devolvía con reflejos iridiscentes.

De repente, sin saber el motivo, un amplio número de aves elevaron el vuelo en una gran desbandada y Marta aumentó el sonido de sus carcajadas; en los oídos de Connor sonaban a felicidad. Una gran e inmensa felicidad que le hubiese gustado compartir con ella con un gran abrazo, pero no se atrevió por si ella pensaba que se estaba propasando en su papel de amigo.

Todavía estaban de vuelta a su casa familiar, cuando recibió otra llamada de Seán.

—*¡Bingo!* —exclamó Seán en cuanto notó que Connor había aceptado la llamada y antes de que el joven le saludase—. ¡Tenías razón! El gilipollas que ha dejado la nota no ha pensado en las cámaras y tengo su careto bien claro en el vídeo. Te lo mando ahora mismo.

—Perdona, no te he mandado todavía la foto, pero si me mandas el vídeo, a mi lado está Marta y podrá decirnos si es el tipejo que creo que es.

— *Va para allá y a ver si me cuentas algo porque me tienes intrigado.*

*¿En serio estás con Marta?*

—Sí, en serio. Dentro de un rato salgo para Dublín. A ver si puedes localizar a Declan y nos reunimos en cuanto llegue. Llegaré tarde, pero tenemos que hablar.

— *De acuerdo. Nos vemos en mi casa, si te parece bien.*

—Allí nos vemos.

En cuanto colgó, sonó el aviso de que había recibido algo en el móvil.

Era el video de la cámara de seguridad, así que ambos se sentaron en un banco situado a orillas del lago y se dispusieron a verlo.

Marta estaba nerviosa. Jamás habría pensado que Liam podría hacer algo así, pero ya no lo tenía tan claro…

Connor le dio al *play* y ante ellos surgió la imagen de la fachada de la nave y la acera de la calle alumbrada por el foco que iluminaba el cartel del nombre de la empresa, Dagda. Después de un rato, al fondo surgió una silueta. Según se fue acercando, Marta fue reconociendo los andares, luego el cuerpo y a continuación, en cuanto se acercó a la puerta de la empresa y la luz del foco que había sobre ella lo iluminó de pleno, la cara de su ex.

Soltó un pequeño grito en cuanto lo tuvo claro y se llevó la mano a la boca.

—¡Es él!

El rostro de Marta reflejaba toda la angustia que le había producido el ver a su ex en ese vídeo. Ahora ya estaba claro: todo había sido fraguado por él. Era parte de su venganza. Connor detectó enseguida lo que estaba sintiendo la joven y la arropó con su brazo sobre los hombros de ella.

El economista apretó la mandíbula con fuerza. Una furia interna le inundó todo su cuerpo. Le gustaría tener delante a ese hijo de puta que estaba amargando la vida de Marta. Se iba a enterar quién era él. Desde ese momento se fijó un único objetivo y no era precisamente volver a su

trabajo, aunque fuese asombroso. No permitiría que su empleada derramase una sola lágrima más por él. Lo prometía.

—Tranquila, esto no va a quedar así. Ahora ya tenemos claro quién ha urdido toda la trama y quién es el ladrón del videojuego. Esto nos va a facilitar mucho las cosas.

Marta elevó su cabeza hasta chocar con los ojos de él. Una gran furia se veía con claridad en sus pupilas que habían cambiado de color y ahora eran de color chocolate.

—Quiero ser yo quien lo lleve a la cárcel. Dejádmelo a mí. Os prohíbo que hagáis nada sin mi consentimiento explícito.

—Pero, Marta…

—No, no me vas a convencer. Liam es mío. Yo lo traje a vuestra vida y yo me desharé de él. Por ahí no paso. Y si no me lo prometes ahora mismo, me voy a Dublín contigo o cojo un tren, me da igual.

El economista reconocía en las palabras de ella a la joven luchadora y fuerte que había conocido y comprendió que estaba en su derecho, aunque para él fuese la situación más dura que iba a pasar. No quería que se enfrentase a su ex. Si fuese por él, no volvería a verlo en la vida. Su sentimiento de protección hacia la joven cada vez estaba más desarrollado, pero comprendía que ella quisiese enfrentarse a sus luchas y él, lo único que podía hacer, era apoyarla en todo.

—Está bien, pero me tienes que prometer que no vas a tomar la iniciativa de nada sin avisar. Pese a que tu ex ha demostrado ser un inútil al no ocultar su rostro ante las cámaras, no me fío de él y no quiero que te pongas en peligro, Marta.

—¡Puffff! Connor, me quedo en casa de tus padres por ahora, ¿qué puedo hacer aquí que sea peligroso?

## Capítulo 29

Al economista le costó mucho dejar a Marta en Cork y marcharse a Dublín sin ella. Todavía no se había ido y ya sabía que la iba a echar de menos.

En cuanto se subió al coche y emprendió la marcha, todo su esfuerzo se concentró en hablar con sus amigos y los padres de Marta lo antes posible y elaborar un plan. Cuanto antes lo solucionasen, antes volvería todo a la normalidad y tendría a Marta en su oficina.

Le gustaba tenerla a su lado, le gustaban sus piernas largas balanceándose bajo la mesa, le gustaba sus réplicas y protestas, le gustaba su guasa… le gustaba todo en ella.

Había vuelto del revés su día a día; su obsesión por el trabajo. Siempre había sido lo primordial en su vida y en esos momentos ni siquiera le dedicaba un solo pensamiento. Todos ellos estaban enfocados hacia Marta y, por consiguiente, a su entorno, a sus emociones, a sus tristezas y alegrías, a su vida entera.

El viaje le sirvió de catarsis, como un ritual purificador. Su mente analizaba sus sentimientos a una velocidad inversamente proporcional a la del coche. Al ralentí indagó dentro de sí mismo, se diseccionó con esmero.

No quería equivocarse.

Jamás había sentido algo así y no quería equivocar sus sensaciones. Con ella se sentía pletórico y feliz. Cualquier roce de su piel lo enervaba, incluso mirarla era como contemplar un tesoro para él.

Se hizo multitud de preguntas. ¿La necesitaba a su lado? ¿Le gustaría pasar el resto de su vida junto a ella? ¿Sería capaz de cualquier cosa por

Marta? ¿Lo daría todo por ella? ¿Era la mujer de su vida? ¿Era amor?

¡Sí! Todas las respuestas eran positivas. Todas. ¡Ya tenía claro lo que sentía! ¡Estaba perdido e irremisiblemente enamorado de Marta!

Después de desgranar todos sus sentimientos, se sentía como los pájaros volando en lo alto, como el sol en el cielo o la brisa al moverse con lentitud.

Era un nuevo amanecer para él, un nuevo día. Una nueva vida, y se sentía bien. Los peces en el mar sabían cómo se sentía. El río corriendo libre, una flor mecida en la rama. Así se sentía él.

Solo había un problema: ella únicamente lo quería como amigo. Pero bueno, él podría vivir con ello con tal de estar a su lado. Se conformaría con estar ahí para lo que ella quisiera. Tenía claro que un hombre como él jamás conseguiría a una mujer como Marta, aparte de que nunca se atrevería a confesarle su amor. Él era hosco y sin gracia; todo lo contrario que ella. No era un adonis, como Declan. Pero podía darle pasión y parecía que eso sí que le gustaba a ella de él.

***

En la reunión con sus socios les amplió la información sobre las últimas acciones del ex de Marta y su posible implicación en el robo, pero sobre sus sentimientos ante la joven se comportó de forma hermética. Era demasiado personal y no quería ni compartirlo con ellos.

—O sea, que solo lo hiciste por protegerla… —dijo Declan con un

tono socarrón.

—Pues sí, no quería dejarla sola en Dublín.

—Ya. Porque sus familiares o amigos son unos desalmados y no cuidarían de ella, claro.

—Declan, ¡déjame en paz!

—Está bien, hombre. Solo era curiosidad.

—¿Podemos continuar con lo que importa en estos momentos? —los interrumpió Seán.

—¿Insinúas que la vida amorosa de nuestro amigo no es importante? —

dijo con una falsa voz de enfado.

—¡Venga ya, Declan! ¡¿Quieres tomarte esto en serio?! —exclamó Connor cabreado.

Los tres amigos se encontraban en el salón de la casa de Seán con un vaso de whisky en la mano y en ese momento, el economista dejó su vaso sobre la mesa de centro con tal ímpetu que varias gotas saltaron de su interior y se derramaron sobre su propia mano.

—¡Joder! Solo quería relajar un poco el ambiente. Estás tenso. Venga, sigamos con el tema.

—Bien. Mañana llamaré al detective que contraté a ver qué sabe del ex de Marta. Espero que ya sepa cómo localizarlo, ya que tenemos que ponerle una trampa.

—¿Dónde? ¿Cómo? —preguntó Seán.

—Si lo supiese, ya os lo habría contado. No tengo ni idea.

—Bueno, a ver, tú tienes algunas cosas claras. Según tú, ese tal Liam ha sido el ladrón del videojuego, aunque no tenemos ninguna prueba; gracias a la grabación sabemos que su objetivo es echarle la culpa a Marta, supongo que para que la despidamos, pero por otro lado la acosa para volver con ella. Lo cual nos indica que es tan imbécil que no entra en su cabeza que lo descubramos —analizó Declan ya en su papel de abogado—. Por lo tanto, lo que pretendes es que logremos tener las pruebas necesarias para poder inculparlo y, si es posible, tanto por el robo como por el acoso.

—Brianna, la madre de Marta, me ha…

—¿La madre de Marta? ¿Es que la conoces? —lo interrumpió Seán extrañado.

—Perdonad. Con todo este lío no os he contado quiénes son sus padres.

Marta es hija de Brianna Collins y Juan Romero.

—¡No me jodas! ¿La Brianna Collins de Visionact? —exclamó Declan y al observar la afirmación de su socio con un cabeceo, continuó—:

¿Seguro?

—No, me lo acabo de inventar —respondió, frunciendo el ceño—.

¡Pues claro que es en serio! ¿Para qué coño iba a decirlo si no?

—Pero ellos trabajan en la competencia… —insistió Declan con tono dudoso.

—¿Y qué? No hay nada que tenga más claro que Marta no nos ha

robado y que sus padres no tienen nada que ver en esto. Más bien, todo lo contrario: se han ofrecido para ayudarnos a encontrarlo.

—¿Ayudarnos? ¿Cómo? —inquirió Seán.

—¿Tú que crees? Trabajan en la empresa más importante de nuestro sector. Lo más probable es que intente venderlo en ella… —Connor fue bajando el tono de su voz hasta casi desaparecer y su rostro reflejó con claridad que acababa de pensar algo que no le había gustado—. No, lo más probable es que no… Él trabajó allí y lo echaron, por eso sé que tiene los conocimientos necesarios para sortear todos los obstáculos que hayas implantado para proteger el repositorio interno, Seán. No creo que quiera que se beneficien con el videojuego. ¡No sé! Esto se está complicando cada vez más.

—Bien, con esta nueva información estoy de acuerdo contigo: ese tal Liam tiene todas las papeletas para ser el culpable. Ahora que ya tenemos un posible objetivo, podemos focalizar nuestros pasos hacia algo en concreto, pero, Connor, no te calientes más la cabeza. Por ahora no podemos hacer nada. Esperemos a mañana a ver que nos dice tu detective y deberías ponerte en contacto con Brianna a ver si han averiguado algo —

apuntó Seán.

## Capítulo 30

No había podido dormir en toda la noche. Estaba exaltada con tantas emociones de los últimos días. Y, para colmo, notaba el vacío de la ausencia de Connor. Se estaba comportando como un verdadero amigo y ya lo estaba echando de menos. Llevaban más de una semana que casi no se habían separado; desde que la llamó para que lo ayudase con la exposición en Madrid habían permanecido casi todo el día juntos.

El sol todavía mantenía una pequeña porción oculta detrás del horizonte cuando se asomó a través de la ventana de la cocina para admirar la policromía del amanecer que se estaba produciendo en esos momentos. Al escuchar unos pasos, se giró para comprobar que era Cara, la más sosegada de las hermanas de Connor.

—Buenos días, Cara.

—Buenos, Marta. ¿Has descansado bien?

—Bueno… No mucho, la verdad.

—¿Quieres un café para despejarte mejor? Iba a hacer una cafetera.

—Me parece genial y si no te importa, mientras tanto voy a ver amanecer desde la parte trasera que se verá mejor.

—¡Claro! Yo te lo llevo en cuanto esté hecho.

—No te preocupes, vuelvo enseguida.

La joven se dirigió hacia la puerta trasera, atravesó el velador y caminó por el mullido césped hasta la cancela. La abrió y recorrió con parsimonia el camino de grandes losas de piedra, con la mirada fija en la amalgama de colores que teñía el horizonte y el cielo alrededor del sol. Azul cobalto, naranja, amarillo y rojo fuego luchaban por hacerse hueco en uno de los

amaneceres más bellos que había visto jamás. No pudo evitar sacar su móvil del bolsillo del vaquero para inmortalizar el momento con una foto.

De repente, un escalofrío le recorrió la nuca y tuvo un presentimiento.

Miró al otro lado de la carretera, donde se aparcaban los coches y de

uno de ellos vio salir a Liam.

—¡Liam!

—Hola, cariño. Veo que te he sorprendido —dijo el joven mientras cruzaba la carretera y se acercaba a ella.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con sorpresa a la vez que fruncía el ceño.

—Necesito hablar contigo, Marta.

—¿Cómo me has localizado?

El joven no le respondió, pero una mirada furtiva a su móvil le dio la respuesta. ¡Seguro que había obtenido su ubicación a través de su teléfono!

—Liam, quiero que te vayas —le dijo resuelta.

—Dame una oportunidad —suplicó Liam, mostrando un gesto de pesadumbre en su rostro.

—¡No! ¡Ni una más! Hemos terminado.

—Marta, eres lo único que me importa. La única a la que he amado.

—Los dos sabemos que eso no es verdad, Liam. A ti solo te importa tú mismo —exhortó la joven sin perder un ápice de su resolución.

—Esta vez es diferente, de verdad. He cambiado. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Nos amamos. Solo ha sido una pequeña crisis, pero nuestro amor está por encima todo y de todos. Sabes de sobra que yo sé lo que es bueno para ti, te conozco y sé guiarte por la vida para que seas feliz. Debes confiar en mí.

—Lo hacía, Liam, lo hacía, y tú te aprovechaste de mí. ¡Lárgate! He venido aquí para alejarme de ti.

—No hablas en serio; tú no pintas nada aquí. No hay nada aquí para ti, tu sitio está conmigo.

—¡Sí que lo hay! Hay gente a quien le gusto tal y como soy, por lo que no intentan cambiarme y eso me hace sentirme bien, ¡y no quiero verte más! —exclamó con furia. Cuando concluyó de hablar, se giró para volver sobre sus pasos.

—¡Ven aquí! —gritó Liam a la vez que la agarraba del brazo y la atraía hacia sí con el rostro mutado en una mueca de irritación—. Llevo todo el fin de semana sentado en el coche esperando a que salieras, así que ahora vas a escucharme. Todo ese veneno que tienes dentro en contra mía es por culpa de tus padres, como también lo es que me despidieran de Visionact, pero se van a enterar. Tú vas a volver conmigo porque nos queremos. Tú sabes que nos queremos. Y ellos…

La joven tensó todo su cuerpo al oírlo.

—¡Liam! ¡Suelta! ¡Suéltame el brazo! ¡Me estás haciendo daño! —lo cortó con voz agónica.

Marta intentó zafarse del amarre al que la tenía sometida, pero él lo impidió al apretar su brazo con más fuerza. Con el ímpetu del forcejeo, el móvil de la joven salió volando de su mano para aterrizar varios metros alejado de ella.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil? —interrogó Liam con voz furiosa a la vez que intentaba arrastrarla hacia el coche.

—¡Marta! ¡Marta! ¡¿Qué pasa?! —Oyeron gritar desde la puerta de la casa.

Era Cara, que de inmediato echó a correr hacia ellos.

—Tenemos una conversación privada. ¡Tú lárgate, niñata! Aquí no pintas nada —espetó Liam.

—Soy Cara. Una amiga de Marta.

—Hola, soy Liam, el novio de Marta. ¡¡Déjanos en paz!! —gritó furibundo.

—Marta no tiene novio. Déjala tú en paz —musitó Cara con voz temblorosa.

—¡Déjame! —gritó Marta al tiempo que se revolvía.

—No he terminado todavía, Martita —le respondió Liam con los dientes apretado mientras intentaba encerrarla entre sus brazos.

—¡Déjala, por favor! —gritó angustiada Cara.

—Te he dicho que tú no te metas, niña.

—¡Suéltame! —volvió a gritar Marta.

En ese momento llegó Kelly, se abalanzó sobre Liam y forcejeó con una mano para intentar soltar el amarre que la tenía sujeta mientras que con la

otra grababa todo con el móvil de Marta, que había recogido del suelo.

—Genial, otra —bramó Liam.

—¡Suéltala! —gritó Kelly con rabia.

—¿O qué?

Kelly lo miró con una inmensa cólera en sus ojos y le hincó las uñas en el brazo con desespero. Liam dio un salto hacia atrás al tiempo que soltó a Marta que cayó al suelo por la sacudida. De inmediato, Liam se acercó a ella para ayudarla, pero la joven se incorporó sola y se impulsó hacia arriba para ponerse de pie. Las dos hermanas Murray la flanquearon a ambos lados de ella. Cara le rodeó la cintura y Kelly los hombros.

—¡Marta! Gracias a Dios que estás bien. Perdóname por todo lo que te he hecho. Soy un idiota. Por favor. Vente conmigo —suplicó Liam, volviendo a componer un gesto consternado.

—Ya sé que eres un idiota. Y no, jamás voy a volver contigo.

—¿Por qué? ¿Por qué haces esto, Marta? Sabes que te quiero.

—No se quiere a alguien a quien atemorizas, te cuelas en su voluntad y le destrozas la vida.

—Por favor, lo siento.

—Si de verdad lo sientes me dejarás en paz. Y si no lo haces, utilizaré todos los recursos posibles para que te encierren, ¿te ha quedado claro?

Liam la miró con ojos furiosos. Los cambios bruscos de actitud desconcertaban a las tres muchachas y ante su nueva mirada, se apretujaron entre ellas, aunque en los ojos de Marta se veía el desafío, en los de Kelly la protección y en los de Cara una mezcla entre el miedo y el empeño.

—Creo que Marta ha hablado con nitidez, así que vete de inmediato o

llamaré a la policía —apuntó Kelly mostrándole el móvil mientras marcaba unos números y se lo llevaba al oído.

—¡Qué más da! ¡Pásatelo bien con tus nuevos amigos! —exclamó Liam con desprecio.

Y se marchó. Se subió a su coche, arrancó y salió a gran velocidad con el rechinar de sus neumáticos de fondo.

Kelly y Cara la abrazaron de inmediato y fue cuando la joven soltó toda su adrenalina con un llanto desconsolado acompañado de lamentos y sollozos. La acunaron entre sus brazos hasta que se cansó de derramar

lágrimas y poco a poco se calmó. Se separó del abrazo y se restregó los ojos con las manos para borrar el vestigio de las lágrimas.

—¿Estás bien? —interrogó Cara con angustia.

—Sí, estoy bien. Gracias, chicas. Necesitaba desahogarme —confirmó a la vez que se miraba y palpaba los brazos—. Solo me duelen un poco los brazos por la fuerza con la que me tenía agarrada. Lo más seguro es que me salga algún moratón, pero nada más. ¿Y vosotras? ¿Estáis bien? Siento haberos metido en esto.

—Cariño, tranquila, estamos bien, solo preocupadas por ti y tú no nos has metido en nada. Estamos contigo. Venga, vayamos a casa a tomarnos una tila. Queda suspendido el café por el momento —dijo Kelly con una sonrisa para motivarla a levantar el ánimo mientras la empujaba con delicadeza para cruzar la verja.

Mientras Kelly y Marta se acomodaban en el sofá del salón, Cara se dirigió a la cocina para preparar la infusión. Marta se había encogido de tal forma en el asiento que parecía mucho más pequeña de lo que en realidad era. Sus brazos rodeaban sus piernas que estaban plegadas junto a su torso.

Luego echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el respaldo del sofá y cerró los ojos con un suspiro profundo.

—Lo mejor que has hecho es sacar a ese idiota de tu vida. Sé que ahora es duro, cielo, pero pasará. Te lo prometo. Sé que hay algo especial para todos, y tú también lo tendrás —intentó tranquilizarla Kelly a la vez que le acariciaba el brazo.

—Eso no es lo que me preocupa ahora, Kelly —repuso Marta al tiempo

que volvía a levantar la cabeza y la miraba con una infinita tristeza en su mirada—. Como has podido comprobar, el amor no trae siempre la felicidad y yo ahora, ante todo, quiero ser feliz. Ya lo estaba logrando y la aparición de Liam me ha vuelto a traer todo a la mente.

—Ya lo hiciste una vez, volverás a hacerlo y ahora será más fácil porque ya has hecho ese camino.

—Kelly, me costó mucho desprenderme de él. Yo me colgué de él por completo. Veía a través de sus ojos, hablaba a través de su voz y vivía conforme él me guiaba. Tardé mucho en darme cuenta de que Liam y yo vivimos la mayor parte de la relación sin amor, o quizás no quise darme

cuenta. No sé —confesó Marta.

—¿Por qué?

—Intentaba hacer felices a todos. Fingía que todo era perfecto, porque él me hacía creer que lo era. Me convencía de que no había nada mal entre nosotros, que todo eran visiones mías. Que mis quejas eran infundadas y que me comportaba de forma egoísta e infantil. Tenía una fuerte dependencia emocional hacia él, así que yo me lo creía e intentaba que mis padres también lo hiciesen porque necesitaba que ellos me viesen feliz para que ellos también lo fuesen. Pero de eso me di cuenta después, mientras lo vivía no me daba cuenta de que él pisoteaba mi personalidad.

—¿Qué ocurrió entre los dos para que se comporte así ahora?, si no te importa que te lo pregunte.

—Nada, Kelly. Cuando le dije que no había vuelta atrás, él… se enfadó mucho. —Dio un profundo suspiro y continuó—: Fue cuando supe que tenía que irme lejos de Liam y de todo lo que me recordaba a él. En algún lugar donde pudiese empezar de cero. Y ese sitio fue Burgos, en España.

Quizás no esperaba que desapareciera de su vida por completo. No sé.

Quizás deba volver allí, volver a desaparecer.

—Pero ahora no es lo mismo, Marta. Él ya no forma parte de tu vida, aunque se empeñe en ello. Lo más duro ya lo tienes superado: te desprendiste de su embrujo y ya no volverá a ejercerlo sobre ti. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas, jamás volvería con él. Ni siquiera tolero tenerlo cerca, pero siento como si empezase de cero. Como si no hubiese pasado este último año y estuviese metida en la misma vorágine de cuando luché por separarme de él. Fueron unos días horribles; menos mal que tenía a mi lado a mis padres. Si no llegaba a ser por ellos… Y ahora, él los acusa de ser los culpables de nuestra separación y de su despido de la empresa donde trabajaba.

—¿Y tiene razón?

—¡Para nada! Es cierto que mis padres intentaron abrirme los ojos, pero yo estaba tan abducida que no les hacía ni caso. En cuanto al despido, te aseguro que ellos no tuvieron nada que ver.

—Una última pregunta, Marta, si estabas tan obnubilada, ¿cómo

llegaste a desprenderte de él?

Marta reconcentró su mirada. En su cara se vislumbró enseguida que los recuerdos se agolpaban en su mente.

—Te voy a poner en antecedentes: yo comencé la carrera en la universidad de Dublín porque mis padres ya trabajaban en Visionact.

Durante el primer año, en una visita a mis padres a la empresa, me presentaron a Liam. Enseguida me enamoré de él y al año me convenció para ir a vivir con él. —Suspiró con pesar—. No quiero ahondar en esos dos años de convivencia, porque si los rememoro me veo como una tonta incauta y eso me duele. Pero cierto día, yo tenía un examen muy importante en la universidad y cuando nos levantamos para irnos cada uno a su lugar, él se encontró mal. Tenía fiebre y le dolía la garganta. Decidió no acudir al trabajo y se volvió a acostar. Me pidió que le llevase a la cama leche caliente y una aspirina, pero cuando vio que, después de llevárselo, continuaba arreglándome para irme, él me pidió que me quedara para cuidarlo. Por supuesto, yo me negué. Eran unas simples anginas y el examen era esencial para mi carrera, así que no le hice caso y me marché mientras él despotricaba y me decía que no lo quería porque sino me quedaría con él. Y ahí, mientras me dirigía hacia la universidad, fue cuando dentro de mi mente sonó un clic y lo comprendí todo. Jamás alguien que te quiere te pediría algo así y menos de esa forma, por medio del chantaje. Te parecerá una tontería —admitió Marta mientras dirigió sus ojos repletos de lágrimas a punto de desbordarse hacia Kelly—, pero fue el detonante que me despejó la mente y vi en lo que se había convertido mi vida. Durante esos dos años él había hecho lo mismo infinidad de veces. Estoy por decirte que todos los días de nuestra relación, por un motivo o por otro, en algún momento del día, él recurría al chantaje para que yo claudicase, pero ese día, ese bendito día, oí el clic y todo cambió. Lo que yo veía de color rosa, se volvió oscuridad, lo que apreciaba como amor, se convirtió en una pesadilla y mi vida perfecta se derrumbó como un castillo de naipes.

Lo había expulsado todo de un tirón, como si se espulgara de una vez por todas. Llevaba un año sin hablar de ese día y necesitaba volverlo a oír de sus propios labios para confirmarse a sí misma que podía hablar de ello sin dolor.

Y así era.

No sentía dolor por el pasado, pero sí por el presente y esa constatación fue la que provocó que se derrumbara y que esas lágrimas que había podido contener hasta ese momento, se

derramaran por sus mejillas.

Kelly se acercó a la joven, le dio un beso en su cara húmeda y la abrazó con ternura.

—Tranquila, cariño, siento haber removido todo el pasado, pero debías afrontarlo para recordar por qué sonó ese clic y lo alejaste de tu vida.

En ese momento, a la vez que llegaba Cara con la tila, sonó el móvil de Marta. Era Connor. Notó la urgencia por hablar con él. Saber que él estaba ahí, con ella. Que velaba por su bien.

Aspiró aire, lo soltó, se aclaró la garganta con un carraspeo a la vez que se llevaba la mano al pecho en un intento de acallar su corazón que palpitaba a gran velocidad y tocó el icono que permitiría que oyese su reconfortante voz.

— *Hola, princesa, ¿ya te has despertado?* —interrogó el joven en cuanto notó que Marta había aceptado la llamada.

—No, sigo dormida. Por eso no estoy hablando contigo —contestó la joven a la vez que se restregaba los ojos con una mano y una tenue sonrisa afloraba en sus labios.

Le gustaba guasearse de Connor. No lo podía remediar. Oyó una carcajada al otro lado del teléfono. Eso era un gran paso en su amistad con él. Por fin él ya no se cabreaba cada vez que ella le lanzaba una puyita, comenzaba a conocerla y a reírse con ella.

— *Vale, pues sigue no hablando conmigo y no me digas cómo estás* —

siguió la broma él .

Marta volvió a ponerse seria. Debía contarle lo que acababa de pasar.

—Connor, tengo que contarte algo… Liam ha estado aquí.

—*¡¿Cómo?! ¡¿Estás bien?! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Voy para allá ya!*

—¡Espera! ¡Espera! Ya se ha ido. Deja que te lo cuente y luego vemos qué hacer.

Los siguientes minutos, Marta los empleó en relatarle con leves pinceladas la trifulca que había tenido con su ex; en esos momentos no se encontraba como para explayarse.

Connor la escuchaba con atención mientras crujía su mandíbula debido a la fuerza con que la apretaba. Saber lo que había sufrido y no haber estado junto a ella lo carcomía por dentro. Habría dado cualquier cosa con tal de evitárselo. Un pensamiento negro y oscuro contra su ex lo envolvió y le nubló la vista. Si lo tuviese delante en esos momentos estaba seguro de que lo agarraría por el cuello y presionaría sin pizca de remordimiento. Nunca había sido una persona vengativa y agresiva, pero su amor por Marta, sus ansias de protegerla de cualquier amargura, lo arrastraban hacia la tenebrosidad.

—*¡Esto no puede continuar así! ¡Tenemos que acabar con ese cabrón!*

—Y lo haremos, Connor. Lo haremos. Mira, no hay mal que por bien no venga: gracias a esto, tenemos unas imágenes estupendas que van en contra de él.

— *Hubiese preferido no contar con ellas si con ello te evitas el encuentro. Por favor, permanece dentro de la casa hasta que vaya a recogerte. Salgo para allá de inmediato.*

—Tranquilo, pensaba hacerlo. Tus hermanas están cuidando de mí como si fuese una de ellas, así que no te preocupes. Se han comportado como unas auténticas leonas defendiendo a su cachorro. —En ese momento Marta recibió otra llamada entrante, miró la pantalla de su móvil donde comprobó que era su madre—. Connor, te dejo. Me llama mi madre. Te espero aquí.

— *De acuerdo. Nos vemos en nada.*

Marta aceptó la llamada de su madre.

—Hola, mamá.

— *Hola, cariño. ¿Qué tal estás?*

—Bien…, con novedades que ya te contaré.

— *Cielo, yo tengo algo que comunicarte. Verás, el abuelo Jesús ha tenido una caída.*

—¡¿Qué?! ¿Cómo está?

— *Bueno, no muy bien, la verdad. Se ha dado un golpe en la cabeza y está en el hospital.*

—Pero… —No se atrevía a preguntarlo— ¿está vivo?

*— Sí, sí, cariño. Está vivo, lo único que el golpe le ha producido una*

*conmoción cerebral con pérdida del conocimiento. Pero tranquila, los médicos han dicho que es normal y que lo más seguro es que se recupere pronto. Papá y yo nos vamos al aeropuerto ahora mismo.*

—Connor está viniendo a por mí en estos momentos. Le pediré que me lleve a Cork y desde allí cogeré el avión hacia Madrid.

*— No hace falta que vengas, cielo, te mantendremos informada a cada minuto*.

—No, mamá. Quiero estar allí.

*— Pero se supone que estás escondida para evitar a Liam.*

—Bueno… ya te contaré en cuanto llegue.

*— Bien, como quieras.*

En cuanto se despidió de su madre, cogió la taza de tila y se la tomó de un sorbo. Iba a necesitar más de una para poder calmar sus nervios. Ahora lo más importante era su abuelo. ¡Lo quería tanto! Y pensar en cómo estaría su abuela la mataba. Estaban tan unidos, se querían tanto… Nada importaba ahora salvo la recuperación de su abuelo.

De inmediato le mandó un WhatsApp a Connor para informarle de su cambio de destino.

En ese momento aparecieron por la puerta los padres de Connor y Marta les puso al corriente de todo lo que había ocurrido ayudada, en lo tocante a Liam, por Cara y Kelly. La madre de Connor, en cuanto escuchó las primeras palabras de la joven, se sentó a su lado y le cogió las manos para infundirle confianza, fuerza y cariño. Según avanzaba con el relato, las lágrimas brotaron de los ojos de Marta cada vez con más intensidad y Shannon la acompañó en un llanto silencioso. Fue algo extraño para la joven: advertir el apoyo en su tristeza la hizo sentirse comprendida y reconfortada.

—Gracias, Shannon. Gracias por tu apoyo.

La madre de Connor sonrió y Marta comprendió de quién había heredado él su subyugante sonrisa. Era una sonrisa atrapante, como la de su hijo. Algo se produjo dentro de ella. Una sensación de añoranza, de tenerlo a su lado para sentirse bien. Sabía que él la haría sentirse bien; sabía cómo calmarla, decirle las palabras adecuadas. Necesitaba

como el aire la compañía de su amigo.

En cuanto se serenó, subió a su habitación para recoger sus cosas para estar preparada cuando llegase Connor. Kelly la acompañó y se tumbó en la cama mientras la veía ir de un lado a otro, aunque no parecía que le cundiese la faena.

—Marta, ven y siéntate aquí —le pidió mientras palmeaba la cama a su lado.

La joven la miró renuente y con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas. La noticia de la caída de su abuelo la mantenía con el corazón en un puño. Todas las demás preocupaciones se habían borrado por completo de su mente y una imagen sonriente de su abuelo la ocupaba al completo. No había nada más importante ahora que él.

—Tengo que recoger todo esto.

—Sí, pero estás tan nerviosa que lo revuelves todo en lugar de guardarlo

—le dijo Kelly con una sonrisa socarrona.

Marta miró alrededor. En realidad, Kelly tenía razón. Se acercó hasta el lugar que había señalado y, dando un resoplido, se dejó caer en el colchón.

—Es que estoy muy preocupada por mi abuelo.

—Lo sé, pero debes calmarte. Seguro que se pondrá bien, ya lo verás.

¿Qué tal si para distraerte curioseo un poco en la relación que tenéis Connor y tú?

La joven la miró con sorpresa.

—¿Connor y yo? ¡Él es mi jefe! Bueno… y somos amigos. Es una relación de trabajo que se está afianzando con la amistad.

—¿No sientes nada especial por mi hermano?

—A ver… especial sí. Pero no es lo que tú te piensas. Tu hermano y yo tenemos una relación un poco peculiar. Tú debes saber cómo es él: frunce el ceño con demasiada frecuencia; su sinceridad raya muchas veces la mala educación, y que conste que ahora sé que eso es únicamente problema suyo y no de la educación que le han dado tus

padres; tiene muy poco sentido del humor…; pero también es una persona fiable, protectora y muy inteligente.

Como amigo es excepcional y durante estos días yo he tenido un apoyo incondicional en él, cosa que ha hecho que nuestra amistad se refuerce. ¡Y

me encanta picarle para que rompa la barrera de su timidez y me suelte alguna burrada de las suyas! Aunque luego me enfade con él. Pero bueno,

eso también está bien. Me gusta verlo arrepentido por su lengua bífida. ¡Ah!

¡Y me encanta hacerlo reír porque tiene la sonrisa más maravillosa del mundo! Hoy he podido comprobar que la ha heredado de tu madre.

Kelly la miraba con detenimiento. La veía hablar con tanto entusiasmo sobre su hermano que se dio cuenta de que Marta todavía no sabía lo que en realidad sentía por él. Lo calificaba de amigo, pero ella captaba otro sentimiento más fuerte. Para ella era evidente. Sonrió en su interior; le gustaba Marta. Era la mujer ideal para su hermano. Ella era el revulsivo que él necesitaba para disfrutar de la vida y no solo de su trabajo.

## Capítulo 31

Liam se dirigía veloz hacia Dublín con la furia carcomiéndole por dentro y la rabia reflejada en su rostro.

Estaba claro que ya no podría seguir a Marta por medio de su móvil y vigilar la casa de los padres de su jefe, del todo imposible. Estaba cabreado a más no poder. No conseguía avanzar en lo tocante a Marta, no había forma de tocarle la fibra como lo hacía antes y que volviese con él. Se sentía frustrado, así que decidió concentrar todas sus energías en la venganza del robo. Eso sí que no se le iba a escapar. Volvería a Dublín y allí la esperaría para terminar de preparar todas las falsas pistas que debían inculparla.

Temblaba del odio que le recorría el cuerpo como lava candente. Ellos tenían la culpa de todo lo malo que le había ocurrido de un año a esta parte.

Marta y sus padres eran los causantes de todas sus desgracias.

Y ese jefecillo de Marta… también se las iba a pagar. No sabía todavía

cómo, pero lo haría. Estaba entorpeciéndole su venganza. De eso no tenía ninguna duda. Parecía que se había erigido en su paladín y no la dejaba ni a sol ni a sombra.

## Capítulo 32

Jamás había tenido tanta ansiedad por algo. A Connor le urgía llegar cuanto antes a la casa de sus padres para abrazar a Marta y consolarla. Se imaginaba el trauma que habría pasado con el encuentro de Liam y no se quitaba de su mente la imagen de la joven cuando fue a su casa después de la visita de su ex.

Él era una persona prudente conduciendo, pero en esa ocasión algo le apretaba el pie sobre el acelerador para rozar la velocidad máxima permitida, así que llegó a la vivienda de sus padres en un tiempo record.

Bajó corriendo del coche y raudo se dirigió al interior de la casa y, al no encontrarla en la planta baja, subió las escaleras hacia el piso superior bajo la atenta mirada de su familia que se encontraba en la cocina y a la que no le dirigió ni una sola palabra.

Su obsesión era localizar a Marta. Una obsesión irracional para él, pero imposible de controlar.

Cuando la vida te pone por delante situaciones que no controlas y que pueden afectar a tus seres queridos, es cuando el cuerpo y la mente reaccionan por instinto y encauzan toda la energía para hacer de placebo curativo que aminore las adversidades. Y eso quería ser él para ella: la cura para todos sus problemas, para todas sus penas y sinsabores.

Abrió con brusquedad la puerta de la habitación que le habían asignado a la joven y la vio tumbada en la cama junto a su hermana. Las dos jóvenes se habían quedado dormidas con las cabezas muy juntas, como si se hubiesen quedado amodorradas en plenas confidencias. Sonrió al ver su rostro plácido. En esos momentos no tenía ningún pesar y su sueño era

tranquilo.

Primero se acercó a su hermana, le tocó el hombro y en cuanto abrió los ojos le hizo un gesto para que no hablase y otro para que saliese del cuarto.

En cuanto se hubo marchado con una amplia sonrisa en sus labios,

Connor se sentó junto a la joven en el borde del cochón y acarició su pelo que cubría la almohada como un sutil velo. Marta comenzó a agitarse, sus ojos parpadearon hasta que al final los abrió y lo miró con fijeza al tiempo que una mueca de sus labios se convirtió en sonrisa.

—Hola —susurró.

—Hola, princesa. Me alegro de que hayas podido dormir un rato.

La joven se restregó los ojos y se incorporó.

—¿Qué hora es?

—Hora de irnos. Tenemos el tiempo justo para llegar al aeropuerto para volar hacia España.

Marta dio un salto y se levantó de inmediato. Recogió en un instante todo lo que tenía desperdigado por la habitación, lo metió en su pequeña maleta de viaje, la agarró por el asa y se dirigió hacia la puerta.

—¡Vamos! —exclamó jalándolo para que la siguiera.

—¡Eh! ¡Espera! ¡Tenemos que hablar! —gritó Connor para intentar pararla.

—Tenemos tiempo para hablar en el coche —contestó sin dejar de andar.

No tuvo más remedio que seguirla hacia el piso inferior. Allí se encontraron con la familia de Connor que estaba en la cocina preparando la comida. La despedida fue muy emotiva.

Marta fue pasando por los brazos de todos mientras le deseaban que todo saliese bien hasta acabar con gruesas lágrimas surcando sus mejillas.

Shannon fue la última en abrazarla y se demoró un rato con ella entre sus brazos, le dio varios besos en las mejillas y le susurró palabras de aliento y de fuerza además de ofrecerle su hogar para siempre que lo necesitase.

Marta se iba de allí con el corazón lleno a rebosar de amor hacia la familia Murray. Le habían transmitido tanta complicidad y se había sentido tan comprendida que se iba de allí con las pilas recargadas de

optimismo y positividad.

Una vez sentados en el coche, Marta se prometió a sí misma que sería fuerte, como había aprendido a ser durante ese último año. No debía dejar que venciese su parte frágil porque la colapsaba y le impedía reaccionar como debía.

Mientras se ajustaban los cinturones de seguridad, Connor se fijó en los cardenales alargados, con una evidente forma de dedos, que tenía Marta en el brazo.

—¡¿Qué es eso?! ¡¿Te los ha hecho tu ex?! —exclamó el economista con furia.

La joven miró hacia donde señalaba Connor y afirmó con la cabeza.

—Sí, me agarró por los brazos con fuerza y ahí tienes las consecuencias.

—Marta, si no te es doloroso, me gustaría que me contaras con mayor detalle lo que ha sucedido esta mañana con ese cabrón al que le voy a arrancar la cabeza en cuanto lo vea —le pidió el joven mientras arrancaba el coche y lo ponía en marcha con furia.

—Tú no vas a hacer eso, porque te necesito a mi lado y yo no pienso ir a visitarte en la cárcel. ¿Te queda clarito, neandertal?

—¿Me necesitas a tu lado? —inquirió Connor con la esperanza renovada. Era lo único que le interesaba de todo lo que había dicho la joven. Se le borró el mal humor de un plumazo y una sonrisa se perfiló en sus labios.

Marta no contestó enseguida. Se había quedado embelesada mirando el hoyuelo de su mejilla izquierda.

—Marta… ¿me necesitas?

—¿Eh? ¡Ah, sí, claro! —exclamó al tiempo que aclaraba su mente—.

Claro que te necesito. Has sido mi paño de lágrimas desde que volvió Liam.

Tú me has cuidado y me has apoyado en todo momento y yo necesito de tu firmeza y ayuda para acabar con él. Suena muy egoísta, ¿no?

Era eso; lo necesitaba como amigo. Claro. Qué tonto había sido al pensar en algo distinto. Su estómago se retorció y su corazón agonizó,

pero, aun así, la comprendió. Era lo que ella necesitaba ahora. Nada más. Y él se lo iba a dar, ¡por supuesto que sí!

Hizo un gran esfuerzo para no abandonar la sonrisa que se había

plantado en su cara y la miró con brevedad.

—No, Marta, no eres nada egoísta. Los amigos estamos para esto. Pero, por favor, cuéntame lo que ha pasado.

La joven le hizo un relato con lujo de detalles del desagradable encuentro con Liam. Era duro rememorarlo, pero menos que antes. Notó que ya no sentía pena, sino una fuerte animadversión por él.

El ánimo de venganza estaba anidando en ella y como una dúctil telaraña la iba envolviendo para mantener la mente fría y calculadora.

Debía juntar todas las piezas del puzle, reunir todo lo que sabían de él, para poder urdir un plan sin fisuras de ningún tipo.

—Entonces, ¿Kelly grabó la bronca que tuvisteis?

—Creo que parte de ella, porque cuando tu hermana llegó ya hacía un rato que estábamos a la gresca, pero creo que servirá como prueba porque fue cuando me tiró al suelo.

—¡Maldito sea! Se me llevan los demonios cada vez que pienso que no estaba allí para ayudarte.

—Connor, ninguno caímos en la cuenta de que podía saber mi ubicación por el móvil. No estamos acostumbrados a estas cosas.

—Ya, pero no puedo evitar enervarme y desear patearle los huevos a ese tipejo.

Él era un hombre de paz, jamás había tenido una pelea física, ni siquiera de niño y, por lo tanto, no soportaba la agresividad y mucho menos hacia las mujeres. Odiaba ver en la tele las noticias de cualquiera de los actos de violencia de género y le enervaba que no se hiciese más por erradicarla de la sociedad.

—Qué lengua más sucia se te pone cuando no estás cerca de tu madre, hijo.

—Déjame que me desahogue, Marta.

—Tranquilo, por mí puedes seguir haciéndole un traje bien bonito al

cabronazo de mi ex.

Y los dos se echaron a reír.

—¿A quién? ¿Al gilipollas de Liam?

—¡Espera, espera! ¡Vamos a jugar a una cosa! —exclamó Marta con una sonrisa guasona.

—Tú dirás.

—Vamos a decir *lindezas* de mi ex, pero por turno. Cada vez uno y el que se quede sin adjetivos en su turno, ¡pierde! Comienzo yo. ¡Gilipollas!

—¡Cabrón!

—¡Tipejo!

—¡Capullo!

—¡Bellaco!

—¿Bellaco? ¡Eso está pasado de moda! —protestó Connor.

—¡Ah, se siente! No hemos dicho nada de la edad de los inultos.

—Vale, te vas a enterar. ¡Berzotas!

—¿Berzotas? ¡Ahí te has pasado, neandertal!

—Nada, nada. Te toca.

—Mmmm… ¡Mentecato!

—¡Estúpido!

—¡Bobo, tonto, memo, necio, cretino, asno (con perdón de los asnos), zopenco, zoquete, botarate…!

—¡Para! ¡Para! Está bien, has ganado tú.

Las risas retumbaban en el pequeño habitáculo del coche.

—¡Ay! Gracias, Connor. Necesitaba esta descarga de adrenalina. La verdad es que desde que me ha llamado mi madre para avisarme de la caída de mi abuelo no he podido pensar en otra cosa. —De repente Marta dio un bote en el asiento, se dio un cachete en la frente y miró a

Connor con estupor—. ¡Anda! ¡Connor! Se me ha olvidado comprar el billete de avión.

¡Pero qué tonta soy! ¡Madre mía! A saber cuándo voy a poder viajar.

—No te preocupes, ya he comprado yo los billetes.

—¿Los?

—Sí, uno para ti y otro para mí.

—¿Vas a venir conmigo?

—¿Lo dudabas?

—Pero… tu trabajo…

—Esto es más importante. Además, no te preocupes, todo el trabajo atrasado se lo voy a endilgar a mi ayudante. Me voy a aprovechar de ella.

Verás lo bien que me lo voy a pasar cuando proteste porque la sobrecargue de trabajo. Antes se quejaba de que le pasaba trabajo de poca importancia,

¿no?, pues que se prepare porque ya se me acabó la conmiseración con ella.

¡Se va a enterar!

Marta rompió a reír con fuerza.

—No sé, pero me da en la nariz que no se va a quejar —dijo entre risas.

—Yo no apostaría.

—¡Ay, Connor! —exclamó en cuanto pudo—. Muchas gracias por todo, de verdad.

El joven se hinchó como un pavo real. Lo estaba haciendo bien. Le estaba dando la dosis necesaria de distracción para que ella no se enroscase en una espiral de mala fortuna y mantuviese su ánimo lo más alto posible.

Jamás había sentido esa sensación de plenitud, de servir a alguien para sentirse mejor, de ser útil más allá de su profesión. Eran

percepciones nuevas para él y le gustaba sentirlas.

Ahora comprendía mejor a sus padres. Querer a alguien por encima de todas las cosas y ser capaz de hacer lo que sea por ella; ese había sido siempre el *leitmotiv* de sus padres. Y eso implicaba, ante todo, desear su felicidad y procurar obtenerla para ella. El amor tiene esas cosas: lo gozas más cuando ves a tu ser querido inundado de felicidad.

Reconocía que tenía poca experiencia con el mundo de las parejas y menos con el amor. Y si antes pensaba que él no estaba echo para amar, ahora tenía la certeza de que sí. Un amor en la sombra, camuflado de amistad, un amor incondicional, sin posibilidades de reciprocidad.

Sin pretenderlo, ante las evidencias de sus pensamientos, su rostro se volvió pétreo y su mirada se apagó.

—¿Qué te sucede?

Connor intentó apartar de su mente el último pensamiento, aunque se le había clavado en el corazón como una daga punzante.

—Nada —contestó con tono osco sin poder evitarlo.

Marta lo miró desconcertada.

—No me puedes engañar. A ti te sucede algo.

—He dicho que nada, Marta. No me preguntes más.

—No. No pienso hacerte caso. O tenemos reciprocidad o se rompe la baraja. Tú mismo lo has dicho: para eso están los amigos.

—Mira, Marta, ya tienes bastante con lo que te está pasando para que yo

te cuente mis problemas.

—No, Connor, no sigas por ahí. Esto es un toma y daca.

Jamás se lo contaría. Corría el riesgo de perder su amistad si lo hacía, así que tenía que conseguir que no siguiese insistiendo en averiguar lo que le pasaba.

—Está bien. Vamos a hacer una cosa. Te prometo que en cuanto tú estés tranquila y se hayan solucionado tus problemas, te contaré lo que me pasa.

¿Te parece bien?

—No, no me parece bien. No es…

—Pues es lo que hay. O eso, o nada —la cortó de forma desabrida ante su insistencia.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no salía a la superficie el Connor irascible y antipático. ¿Desde cuándo? —Hizo como que pensaba golpeándose un dedo índice en los labios—. ¡Oh! ¡No!, espera, ¿desde que me acusaste de robo industrial? Tampoco hace tanto, ¿no? En cuanto te contradigo en algo,

¡zasca! Vuelve tu lado inexpresivo y a la vez mal educado porque no quieres compartir con nadie nada que pueda afectarte a ti.

—No se trata de eso, Marta. No es a mí a quien puede afectar. Por favor, no insistas. Te prometo que algún día, el día que tenga el valor suficiente, lo compartiré contigo y con nadie más.

Marta detectó la angustia en su voz. ¡Claro! ¡Qué tonta era! Después de los últimos días vividos con él se le había borrado de la mente que cuando Connor sacaba esa aura de tipo hosco es que ocultaba su gran timidez. Si quería que saltara ese muro, debía dejarle un margen, no forzarlo demasiado y que él, poco a poco, tomase la confianza suficiente.

—Vale, Connor. No quiero forzarte a nada. Cuando quieras, aquí estaré para oírte.

—Gracias. Te he hecho una promesa y la cumpliré.

O no.

## Capítulo 33

Según pasaban las horas y Marta se acercaba cada vez más a Burgos, su nerviosismo se acentuaba y su rostro se tensionó por mucho que su acompañante intentase distraerla. En cuanto aterrizaron en Madrid, llamó a su madre.

—*¡Hola, cariño! Tengo buenas noticias que darte. Cuando nosotros hemos llegado, el abuelo ya se había despertado* —le informó Brianna en cuanto aceptó la llamada.

—¡¿En serio, mamá?! ¿Está bien?

*— Sí, sí. Está bien, aunque…*

—¿Qué?

*— Bueno, parece ser que ha olvidado una parte del pasado más inmediato*.

—Amplia la información, por favor. ¿Nos recuerda? ¿Es algo malo?

*— No, Marta. Malo no creo y sí que nos recuerda. Puede que sea la conmoción, pero no recuerda cosas de los últimos años. Bueno, no lo tenemos claro todavía. Ahora bien, el médico nos ha dicho que es pronto para diagnosticarle amnesia. Como ya te he dicho, puede que sea solo por la conmoción y en unas horas lo recuerde todo. Eso sí, nos ha aconsejado el médico que no lo forcemos por ahora, que le llevemos la corriente.*

*Primero tiene que curarse bien del golpe y en unos días ya se verá cómo ha evolucionado. Están haciéndole todas las pruebas necesarias para confirmar su estado de salud.*

—Vale, me quedo más tranquila. Si no recuerda un poco de tiempo de su larga vida, tampoco es algo grave. Lo importante es que siga con

nosotros.

*— Por supuesto, hija.*

—¿Cómo están papá y la abuela?

*— Ahora bastante bien. El susto ha sigo grande y la abuela ya no está para estas emociones, pero ya la conoces, ha hablado con todos los médicos y enfermeras que se le han cruzado por el camino para asegurarse de que todo se llevaba a cabo de la mejor forma posible. Y tu padre… pues eso, como es él, preocupado, pero sin dejarlo traslucir delante de su madre y de mí.*

— Sí, tal cual son.

Nada más colgar, se lo contó a Connor con una amplia sonrisa en sus labios. Su ánimo se reflejó en su mirada iluminada, en su sonrisa esperanzada y, en definitiva, todo su cuerpo había experimentado un revulsivo que manifestaba su alegría.

Estaba tan bella que el joven se quedó sin aliento. Miró embobado su boca y una amplia sonrisa se distendió en sus labios. Y esta vez, fue Marta la que se quedó mirándolo con embeleso.

Ninguno se dio cuenta de que el otro estaba con la vista fija en sus

labios porque ambos estaban haciendo lo mismo en el otro, pero también, los dos a la vez elevaron sus miradas hasta que chocaron sus ojos. El corazón de Connor dio un brinco, se paró durante leves instantes y comenzó a galopar a todo trote mientras que un escalofrío recorría la espalda de Marta.

«¿Qué ha pasado? —se preguntó la joven—. Sé que me encanta su sonrisa, pero este escalofrío…».

No. Ni pensarlo. No estaba ella para esas tonterías. Primero estaba su abuelo, luego el problema con Liam y por último ella misma. Ella misma sola. Sí, era cierto, ya había pasado un año de su alejamiento de su ex, pero aún no estaba preparada para una relación seria. No. Ni pensarlo.

Desconectó su mirada de él con brusquedad y comenzó a andar en busca de la salida del aeropuerto.

El recorrido hasta Burgos fue silencioso y reconcentrado para los dos.

Cada uno se ensimismó en sus pensamientos sin compartirlos. Parecía que, tras el impacto de sus miradas, se había abierto un abismo entre ellos con un

puente de carcomidos tablones de madera y cuerdas deshilachadas que en cualquier momento se podía resquebrajar. Pero, obviamente, por razones distintas, contrapuestas.

Connor porque cada vez le costaba más contenerse para evitar que ella descubriese su secreto. Ese secreto que se escondía en las profundidades de su ser y que no se atrevía a confesar porque estaba convencido de que le conduciría hacia la pérdida de la amistad de Marta. Su amor por ella era una de esas cosas que son imposibles. Y aquí no valía ninguna de esas frases motivadoras que pululan por internet con fotos idílicas: «Lo único imposible es aquello que no intentas». Qué fácil es opinar de lo que no se conoce.

¿Intentarlo? No. Sería perder lo poco que tenía, su amistad. Y esa ya se había tambaleado cuando metió la pata acusándola del robo del videojuego.

No. No iba a arriesgarse otra vez y que desapareciera para siempre de su lado. Ahora que se comportaba con él como si lo conociese de toda la vida, hasta había detectado que ella lo tocaba sin percibirlo. Le acariciaba la mano o posaba la suya en su brazo, incluso, en cierta ocasión, le había pasado los dedos por el pelo para peinárselos.

¿Intentarlo? No. Él no era hombre para Marta. No pegaban en nada.

Eran casi opuestos en todo; salvo en la cama. Allí se habían acoplado de maravilla. La pasión que los había desbordado en los dos encuentros que habían tenido era una prueba evidente de que se entendían muy bien en la cama, pero eso no era suficiente para canalizar su amor. Se aguantaría, lo soportaría, disfrutaría de esa pasión, pero no era amor para él. Solo sexo. Y

eso le dejaba un regusto amargo. Sus ojos reflejaron un aire melancólico y apretó sus labios con fuerza.

En cambio, la lucha de Marta era la opuesta. Su sonrisa arrolladora con esos labios tan apetecibles, sus perfectos dientes blancos y sus deseables hoyuelos… la subyugaban cada vez que Connor la sacaba a relucir. La atraía como las flores atraían a las abejas.

Ella sabía que la sonrisa es uno de los primeros síntomas de atracción.

Dos personas que se atraen no pueden evitar sonreír cuando están juntos. Es la manifestación externa de esa alegría interior, es como si en esos momentos, todo fuese optimismo e ilusión. Y luego estaba la mirada. La

atracción física también se expresa a través de la mirada. Cuando dos personas sienten atracción mutua, la mirada adquiere un significado especial.

Pero ahí ya no se quedaba la cosa. Ya no. Cuando estaba cerca de él sentía una especie de magnetismo físico, como si su cuerpo estuviese expresando la pasión interna que le provocaba hasta casi buscar su proximidad de una forma inconsciente. Había notado que en cuanto tenía ocasión, lo tocaba o posaba sus manos sobre alguna parte de él; en un brazo, la mano, e incluso en su pelo. Y recordaba perfectamente que su abuela, cierto día, cuando la alentaba a olvidarse de Liam y a estar abierta a nuevos hombres, le había dicho que la búsqueda de contacto es la respuesta a la ley del deseo puesto que el cuerpo busca su complemento. Y no. Ella no buscaba nada ahora, así que tendría que evitar el contacto. Sus ojos reflejaron la decisión que había tomado al adquirir firmeza en su mirada.

Habían decidido ir en tren hasta Burgos porque Marta no se fiaba de su estado de nerviosismo para conducir y Connor no había conducido nunca un coche con el volante a la izquierda y ese no era el momento propicio para hacer pruebas. Luego cogieron un taxi hasta el hospital, aunque estaba relativamente cerca. Marta no podía resistir más las

ganas de ver a su abuelo.

En cuanto localizó la habitación del anciano, Marta se paró en seco frente a la puerta. Una inmensa duda le asaltó en ese momento. ¿Y si su madre le había suavizado su gravedad? El joven se puso a su lado y la miró con interrogación.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó interesado.

—Tengo miedo, Connor.

—Si no traspasas esa puerta, jamás sabrás si era un temor infundado o no —opinó a la vez que posaba su mano en la espalda de la joven y le daba una leve presión hacia delante.

—Tienes razón. —Y empujó la puerta con brío.

Nada más entrar, su mirada se fijó en la figura que había en la cama. El mundo a su alrededor no le importó nada. Su abuelo, un poco recostado

entre almohadas, algo más demacrado y blanco como la leche, se encontraba sobre el lecho. Aun así, cuando Jesús desvió la mirada hacia la puerta y vio a su nieta, sus ojos hicieron las mismas chiribitas que hacían cada vez que la veía. Una sonrisa se distendió en el pergamino de su piel y elevó un brazo para hacerle un gesto con la mano para que se acercara.

—¡Abuelo! —gritó al tiempo que echaba a correr y se colocaba al lado de la cama.

—Dame un beso, niña, que no es contagioso —bromeó Jesús.

—¡Ay, abuelo! ¡Menudo susto me has dado! —exclamó a la vez que se abalanzaba sobre él y le llenaba la mejilla de besos—. Como vuelvas a hacerlo, ¡te mato!

—¡Sí, hombre! ¡Con lo que me ha costado evitar a la muerte! Me habían preparado un recibimiento tan bueno, que me lo pensé, la verdad. Ha sido toda una tentación…

—¡Abuelo!

—Chiquilla, que me desgastas el título.

—Pues no bromees con esas cosas.

El hombre posó la mirada en Connor y le dijo:

—¿Qué? ¿Tú no me piensas saludar?

—Claro que sí, Jesús —chapurreó en español el economista a la vez que se acercaba hasta él por el otro lado de la cama y le estrechaba la mano.

—No sé si te lo he dicho ya, porque creo que me falta algo de memoria

—expuso Jesús mirando a su nieta—, pero este novio tuyo me gusta mucho más que el otro. Te doy mi consentimiento para que te cases. ¡Ah! Y si tu padre no quiere ser el padrino, me ofrezco voluntario.

—Pero… —comenzó a hablar la joven a la vez que miraba por primera vez a la gente que permanecía en la habitación observándolo todo.

Allí estaba su abuela, sentada en un sillón muy cerca de la cabecera de la cama de su marido, y sus padres a los pies de la misma. Su madre le hizo un gesto que le indicaba que le siguiese la corriente, así que ella, lógicamente, prefirió no importunar a su abuelo.

—… bueno… eso lo tendrás que pelear con él. Yo iría igual de orgullosa con cualquiera de los dos al altar.

—¿Eso significa que ya hay fecha de boda?

—¡No! No, no, abuelo. ¡Ni hablar!

—Bueno, chica, tampoco es para que te espantes de esa manera —opinó su abuela a la vez que se levantaba para acercarse a su nieta y darle un beso

—. Cualquiera diría que te aterra la idea, además «tu novio» se podría ofender —concluyo guiñándole un ojo.

Connor observaba la escena con una sonrisa torcida en su boca. Había visto los apuros de la joven y una mezcla de sentimientos se peleaban dentro de sí. Hilaridad por lo surrealista de la conversación y pesar por el rechazo tan contundente de Marta ante una posible boda con él.

—Soy muy joven todavía para pensar en esas cosas, abuela. Además, Connor todavía no ha inclinado su rodilla ante mí para ofrecerme un sortijón que me quite el hipo y pedirme en matrimonio. Ni, por

supuesto, le ha pedido la mano a mi padre, ¿verdad? —concluyó la joven con una amplia sonrisa siguiendo la broma mientras se volvía hacia Juan que confirmó con un fuerte golpe de su cabeza.

La joven había respirado feliz al ver a su abuelo tan bien, por lo que poner en apuros a Connor era una buena forma de celebrarlo.

—Ni una pedida de mano, ni un saludo al entrar… ¿Tú estás segura de que este muchacho te quiere? ¿O somos nosotros los que le molestamos? —

se guaseó Jesús.

Marta estaba repartiendo besos y abrazos a sus padres cuando oyó a su abuelo y se volvió hacia Connor que se había quedado paralizado ante las palabras de la joven.

Ante la mirada guasona de Marta, el joven hizo acopio de valor y decidió que esta vez iba a salirle el tiro por la culata ya que él iba a ser el que rematase la broma. Se acercó a los padres de Marta y alargó la mano para estrechar las suyas.

—Por supuesto que no me molestan, Jesús, y tenga la seguridad de que amo a su nieta, es más, ya que estamos todos aquí reunidos, voy a complacerlo —anunció Connor mirando al abuelo de Marta tras saludar a sus padres.

Volvió a girar su cuerpo para enfrentarlo con el de Juan y dijo con una sonrisa socarrona mientras le dedicaba leves miradas de soslayo a Marta que permanecía al lado de su padre:

—Juan, me sentiría muy honrado si me concediese la mano de su hija Marta.

Y a Marta casi se le cae la mandíbula al suelo al abrir la boca del asombro. Brianna se llevó la mano a la boca en un intento de contener la risa, pero su marido no fue capaz y soltó una fuerte carcajada a la vez que miraba a su hija con sorna.

—Por supuesto que sí, Connor —dijo Juan en cuanto pudo hablar—.

Eres muy bien recibido en la familia. El honor es nuestro y, por favor, tutéanos; mi futuro yerno tiene ese privilegio.

—Muchas gracias, Juan. —Se volvió hacia la madre de Marta y añadió

—: ¿Tú opinas lo mismo, Brianna?

—¡Ya lo creo! Sé que mi hija será feliz junto a ti.

—Pero… —comenzó a decir Marta.

—¡Bien! —la cortó Laura—. Yo también te doy la bienvenida a la familia, querido niño —exclamó la abuela de Marta al tiempo que se acercaba al joven y le estiraba de un brazo para que se agachase y poderle dar dos sonoros besos en sus mejillas—. ¡Ya sabía yo que eras el apropiado!

—¡Ey! ¿Es que yo no pinto nada en esto?

Connor se lo estaba pasando en grande. No esperaba la reacción de la familia de Marta; que le siguiesen la broma con tanto esmero y ver los apuros que estaba teniendo ella, en parte le resarcían de la pena porque no fuese real.

—¿Qué pasa, amor? ¿No era esto lo que deseabas? Acabo de oírtelo decir hace un momento —le respondió Connor con un gesto desconcertado.

La joven frunció el ceño, lo agarró de una mano y estiró de él hacia la puerta.

—¡Ven! ¡Tenemos que hablar!

—Claro que sí, cielito. Tenemos que poner fecha a la boda. ¿Dónde quieres casarte? ¿En Burgos o en Dublín?

En cuanto la puerta se cerró de un portazo algo más sonoro de lo aconsejado en un hospital, los cuatro integrantes del cuarto rompieron en unas estruendosas carcajadas. ¡Se lo habían pasado genial viendo el desconcierto primero y luego el cabreo de Marta!

—Cariño, no te rías tan fuerte que debes hacer reposo todavía —dijo

solícita Laura a la vez que se acercaba a su esposo.

—¡Hay, tesoro, tienes razón! ¡Pero es que ha sido tan gracioso! No esperaba que Connor reaccionara así.

—Ni tú ni nadie, suegro. Es un hombre bastante serio, pero por lo que se ve, tiene un lado guasón también —apuntó Brianna.

—Oye, papá, ¿tú…? A ver cómo lo pregunto… ¿Tú recuerdas a

Connor? —indagó con prudencia Juan.

Los médicos habían sido muy insistentes al recomendar que, hasta que no se le curase la herida de la cabeza y pasado el traumatismo, no se le atosigase con la falta de memoria.

—Hijo, si quieres preguntarme si sé que no es el novio de Marta, te contesto que sí. Solo quería poner un poco en aprieto a mi nieta, pero ha resultado mejor de lo que esperaba —contestó Jesús y volvió a soltar una carcajada.

Mientras tanto, Marta recorría el pasillo atestado de visitas en busca de un lugar solitario.

Connor la seguía con una sonrisa en los labios y su mano fuertemente agarrada por la de ella. Pese a que le hubiese gustado que todo fuese verdadero, la situación estaba siendo muy graciosa para él. Le estaba encontrando el punto a eso de la guasa. Sobre todo, si no era en propias carnes, sino en las ajenas. Y por ajenas quería decir: Marta.

Por fin, la joven encontró una pequeña salita en la que no había nadie, se introdujo en ella arrastrando a Connor, cerró la puerta y se volvió hacia él con los brazos en jarras.

—¿A qué ha venido eso?

—¿El qué? —preguntó el joven, poniendo rostro de sorprendido e ignorante.

—No te hagas el inocente, que de eso no tienes nada; sabes perfectamente a lo que me refiero: ¡la pedida de mano!

—¡Ah! Eso… Mujer, como has dicho que no había pedido tu mano a tu padre y he visto que a Jesús le hacía ilusión, pues… eso.

—Ya. Pero tú sabías que todo era broma, que solo le seguía la corriente

a mi abuelo.

—¡Claro! Y yo he hecho lo mismo. Chica, no pensaba que te ibas a enfadar por eso. Siempre me dices que no tengo sentido del humor y por una vez que te sigo la gracia…

—Sí, vale, pero ahora mi abuelo se cree que estamos comprometidos.

—Bueno, él ya pensaba que éramos pareja, así que no cambia nada en

realidad.

Marta meditó unos segundos mientras se golpeaba con el dedo índice en los labios. A Connor empezó saberle a cuerno quemado tanta reticencia en el gesto adusto de la joven.

—Pero vamos, que si te parece tan horrible aparentar que somos novios ante tu abuelo, ya sabes lo que tienes que hacer —continuó Connor frunciendo el ceño—. Cualquiera diría que soy un ser despreciable e indigno de tener una novia como tú.

A Marta se le suavizaron los rasgos de inmediato al oírlo. Estaba claro que lo había ofendido y encima por nada, porque ni le parecía horroroso ni él era indigno de ella.

Solo que… Nada. Era una tontería. Le había dado un escalofrío en todo el cuerpo al escucharlo y… ¡parecía tan real! Y para colmo no le había desagradado; ni a ella ni a toda su familia. Pero eso no podía confesarlo.

Primero porque él solo lo había hecho para complacer a su abuelo y segundo porque ella no estaba preparada. «Todavía no», pensó empecinada, aunque le sonó menos convincente que días atrás.

—¡No, Connor! No es eso. Perdona, tienes razón; lo único que has hecho ha sido seguirme la corriente.

Pero eso no convenció a Connor y se encerró en sí mismo.

Ella lo notó. Se dio cuenta de que su rostro se había vuelto adusto y seco como en los primeros días de ir a trabajar a Dagda. Había vuelto a ponerse esa máscara que recubría su timidez.

—Bueno, volvamos a la habitación que es donde debes estar. Te recuerdo que has venido a ver a tu abuelo, no a recriminarme a mí —soltó el economista con tono áspero al tiempo que se giraba y cogía el pomo de la puerta.

—¡No! ¡Espera! —le conminó Marta con voz de súplica a la vez que lo

agarraba del brazo para forzarlo a que se volviese hacia ella—. Oye, escucha, por favor. Ni se te ocurra pensar esas cosas de ti. Ni me pareces horroroso ni eres indigno de nadie. Es más —replicó iniciando una sonrisa pícara con la intención de que le convencieran sus palabras—, ¿tú crees que yo me acostaría con una persona de la que pensase eso?

E hizo algo que ni ella misma tenía pensamiento de hacer: se elevó de puntillas para acercar su boca a la de él y le dio un beso. Al principio solo fue en los labios, pero sus brazos se levantaron con vida propia y rodearon el cuello de Connor para profundizar. Su lengua jugueteó con los labios y los dientes de él hasta que consiguió abrirlos y penetrar con lascivia.

Connor no pudo resistirlo más, rodeó la cintura de Marta con sus brazos y la atrajo hacia sí. La danza de lenguas comenzó un baile que se alternaba entra las bocas de ambos. Las respiraciones se alteraron y el deseo se hizo patente en cuanto Marta comenzó a restregar su cuerpo contra el de él.

Connor aprisionó sus glúteos con las manos y la apretó contra su miembro que había crecido tras sus pantalones. Marta se separó de la boca del joven y lo miró a los ojos entre jadeos.

—Creo que llevo demasiados días sin darle un gusto a mi cuerpo —dijo con una sonrisa lujuriosa.

—Creo que yo también.

—Mi última vez fue contigo.

—La mía también.

—¿Sí? ¿No has estado con ninguna otra desde entonces?

—Princesa, te he tenido pegada a mí desde entonces.

—Es cierto, pero dime… ¿si no hubiese sido así, te habrías acostado con otra?

—No.

—¡¿No?! ¿Y eso por qué?

—Porque si no hubiese pasado todo este lío del robo y de tu ex, tú y yo estaríamos llevando una vida tranquila, trabajando por el día y haciendo el amor cuando nos viniese bien a los dos.

—Acostándonos.

—¿Cómo? —inquirió Connor desconcertado.

—Que nos estaríamos acostando juntos, no habríamos hecho el amor

que implica algo más que sexo. Pero dime, ¿por qué estás tan seguro de eso?

—Porque, o tú fingiste muy bien o disfrutaste mucho y yo sé, con toda seguridad, que gocé mucho con nuestros escasos encuentros. Así que yo, por lo menos, habría estado dispuesto a repetir, ¿tú no?

Bajo la atenta mirada de Connor, Marta terminó de desprenderse de él.

Según habían ido conversando, se fueron separando uno del otro, así que en cuanto su cuerpo ya no rozaba ningún centímetro de piel de Connor, Marta se giró para dirigirse hacia la puerta y al tiempo que la habría le dijo:

—Yo todavía estoy dispuesta.

## Capítulo 34

Menos Jesús y Laura que había insistido en quedarse junto a su marido, estaban todos sentados en el salón de la casa de los padres de Juan. Entre Marta y su padre habían servido unos dulces, cafés y unas copitas del licor de hierbas Tizona del Cid como tentempié.

—Creo que ha llegado el momento de hablar sobre el tema que nos preocupa a todos, dejando al margen la salud de mi padre —comentó Juan en cuanto se hubo sentado junto a su esposa.

—Bien. Si no os importa, empiezo yo —dijo Connor—. Acabo de recibir el informe que había pedido al detective y ya tengo todos los datos que necesitaba del tal Liam. Su dirección, que es la misma que tenía cuando vosotros lo tratasteis, su falta de trabajo y sus relaciones más personales, tanto de familia como de amigos íntimos y amigas más que íntimas. Pero el detective no ha podido conseguir dar con él en persona hasta esta mañana, así que ha comenzado a seguirlo hoy mismo. Necesitaremos unos días para saber sus andanzas. Supongo que todos imaginaréis que no lo pudo localizar porque estaba siguiendo a Marta a Cork.

—¡¿Cómo?! —gritaron los padres de Marta a la vez.

Connor miró desconcertado a Marta. Esta le devolvió la mirada y luego la dirigió hacia sus padres.

—Perdonad, todavía no os he contado lo que ha pasado esta mañana: un poco antes de que mamá me llamara avisándome de la caída del

abuelo, Liam apareció por la casa de los padres de Connor y hemos tenido algo más que unas palabras.

Juan se levantó con furia.

—¡¿Te ha hecho daño ese desgraciado?!

Marta comenzó a contarles lo que había ocurrido esa misma mañana.

Parecía mentira, pero tenía la sensación de que había sido hacía siglos.

¡Habían pasado tantas cosas ese día!

Según iba relatando el encuentro, su voz se fue debilitando como si se le escapara la energía por la boca. De pronto, una sensación de cansancio le invadió todo el cuerpo y un enorme picor en los ojos le advirtió de que estaba a punto de echarse a llorar. De repente, notó algo cálido sobre su mano que la acarició y luego la presionó levemente.

Bajó la mirada para confirmar que era la mano de Connor, luego levantó los ojos y se chocó con los de él, que la miraban infundiéndole ánimo. Un calor cálido y regenerador se expandió como si fuese una aurora curativa y un nuevo empuje resurgió en Marta.

—Sí, papá —concluyó Marta reavivando la voz—, Liam me ha hecho mucho daño. Antes y ahora, y quiero que pague por todo lo que está haciendo. Llamadme vengativa si queréis, pero estoy harta de ser tan políticamente correcta en lo que respecta a Liam.

—Estoy contigo, Marta —aprobó Connor—. El que la hace, la paga y ese gilipollas va a pagarla a lo grande.

—Gracias, Connor. Ahora puedes continuar con tu informe.

—Bien. Poco me queda por añadir: sobre sus relaciones personales lo único que hay que remarcar es que durante el último año ha tenido una relación con una mujer que le ha limpiado las cuentas, lo ha dejado sin blanca, sin el dinero que tenía todavía de sus ganancias en Visionact y luego le dio la patada. Y, por supuesto, después de las credenciales negativas de vuestra empresa —señaló a Juan y a Brianna —, no ha vuelto a conseguir un empleo. Eso es todo por ahora — concluyó Connor mientras miraba con atención a Marta.

—Me alegro —susurró la joven para sí misma.

Marta permanecía rígida en su asiento. Su mente trabajaba al mil por cien para infundirse fuerza y aliento para no caer en el pesimismo puesto que estaba convencida de lograrlo. Ver a Connor hablar con firmeza, sentirse apoyada por él y por sus padres la estaba reconfortando por dentro y sentía que pronto su fortaleza dejaría de ser precaria para convertirse en

un férreo coraje.

El economista detectó cómo los ojos de Marta se iban insuflando poco a poco de energía que se detectaba mediante un brillo especial en sus bonitos ojos de color canela.

—Pues nosotros tenemos algo muy interesante que contaros —comenzó Brianna—. Hace tan solo dos meses Visionact compró una empresa del mismo sector. Es algo que todavía no ha salido a la luz porque antes se quiere reestructurar. —Hizo una pausa para ver cómo Marta y Connor la miraban expectantes—. Bien, pues hace unos días avisaron de que alguien se había puesto en contacto con ellos para venderles un videojuego. Como no eran los cauces habituales y el vendedor en cuestión no quería exponer su identidad, sospecharon algo raro y enseguida se pusieron en contacto con la central. Hacía dos días que nosotros los habíamos puesto en sobre aviso del robo en Dagda por lo que enseguida nos avisaron.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó Marta con satisfacción.

—¿Y qué habéis hecho? —preguntó Connor.

—Nada.

—¿Nada? —interrogó Marta extrañada.

—No —continuó Juan—. Lógicamente, Visionact no está interesado en comprar el videojuego, máxime teniendo en cuenta que todos nosotros estamos al tanto del robo —dijo con ironía—. Por lo tanto, se pusieron a nuestro servicio para localizar al ladrón y nos ofrecieron todos sus recursos para lograrlo. Así que en primer lugar les hemos pedido no hacer nada hasta hablar con vosotros y ver nuestras opciones. Y, por supuesto, pedimos a la filial que respondiese que estaban interesados, pero sin prisas, dándole largas para que nos diese tiempo a organizar un plan. Nosotros nos enteramos de todo esto el viernes por la tarde, cuando vosotros ya os habíais ido a Cork, por lo que decidimos haceros partícipes de todo hoy lunes, aunque no esperábamos que Marta se quedase allí. Pero bueno, las circunstancias nos han reunido en España y ahora es el momento de tomar decisiones. ¿Tú qué

opinas, hija? —interrogó para concluir dirigiéndose a Marta.

—¡A por él! Sin piedad, mamá, sin piedad.

Brianna la tomó de las manos, se las apretó con calidez y afirmó con su

cabeza.

—Estamos contigo, hija, como siempre. Quien hace daño a mi niña, me hace daño a mí.

Y ahora sí que las lágrimas de Marta se desbordaron sin tiempo para intentar retenerlas y se lanzó a los brazos de sus padres rodeándolos a los dos a la vez, uno con cada brazo y ella en medio.

Siempre sintió el amor desinteresado de sus padres por ella, pero durante el último año se había manifestado de tantas formas que no tenía palabras para agradecerles todo lo que hacían por ella. El corazón se le desbordó de emoción y un sudor frío le recorrió su espalda ante el pensamiento de qué habría sido de ella sin ellos. Sin su ejemplo como personas, sin la transmisión de sus valores y sin esa ancla a la que aferrarse con cada caída de la vida le sería mucho más difícil salir a flote, remontar y tomar impulso hacia delante.

Su mente se trasladó al pasado, cuando era niña y sus padres le curaban las heridas de sus caídas con cariño a la vez que realzaban lo valiente que era al no llorar; cuando la animaban a hablar con sus amigas para aclarar sus enfados con ellas; cómo la consolaban con sus desengaños amorosos adolescentes; la confianza que siempre habían tenido en ella ante todo reto nuevo al que se enfrentaba…

—Gracias por estar siempre ahí —balbuceó al oído de los dos—. No sé qué haría sin vosotros.

Marta se desprendió del abrazo, se restregó los ojos con las manos y volvió a su asiento. Connor le agarró una mano en cuanto se sentó a su lado y la joven volvió notarse reconfortada con su calidez. Él había observado con ternura la emoción de Marta ante el apoyo de sus padres porque se sentía muy identificado en eso con ella.

—¡Ay! ¡Ya me he desahogado! ¡Venga, volvamos al lío! —exclamó con una sonrisa temblorosa.

—Pues vamos —confirmó Connor al ver la emoción también en los padres de Marta y decidir dejarles un tiempo para recuperarse—.

Pienso que deberíamos conseguir las pruebas suficientes para presentar a la policía.

Ya tenemos el vídeo de Liam dejando el anónimo en Dagda y el de la pelea de Marta con él que grabó mi hermana. Ahora hay que ver cómo conseguir

más.

—Tenemos la baza de la oferta que ha hecho para vender el videojuego a la empresa filial de Visionact —opinó Brianna.

—Sí, ese va a ser nuestro punto fuerte —reconoció Connor—. Debemos ponerle una trampa.

Marta escuchaba en silencio, mientras sus padres y Connor ideaban la forma en que podrían engañar a Liam para que cayese en el cebo.

Algo rondaba en su cabeza, pero prefería no expresarlo con palabras porque sabía que ellos se iban a negar de pleno a realizar su idea. Tenía que perfilarla, desde luego, y buscar el momento perfecto para llevarla a efecto, pero cada vez estaba más convencida de que sería la solución perfecta. Si cuidaba los detalles, no entrañaría ningún peligro y tendrían la prueba necesaria. Ella lo conocía bien y sabía sus costumbres, por lo que estaba segura de que su plan no fallaría. Pero bueno, por ahora dejaría que ellos intentaran lo que estaban planificando.

La oscuridad los arrolló en plena discusión, así que continuaron durante la cena hasta casi rozar la medianoche.

Durante todo el tiempo, Connor no pudo evitar darle pequeños roces

«casuales» a Marta: una ligera caricia en el brazo, un pequeño toque con la yema de los dedos en la espalda, un contacto muslo a muslo, un mimo al apartarle el pelo tras la oreja… Quería que ella lo sintiese a su lado a la vez que una necesidad perentoria de tocarla hacía imposible que lo evitase. Le habría gustado ser más íntimo con sus atenciones, pero la presencia de Juan y Brianna lo imposibilitaba.

Cansados tras un día agotador emocional y físicamente, decidieron descansar.

Después del calentón en el hospital, a Connor le habría gustado tener la oportunidad de acoplar su cuerpo al de Marta en un mismo lecho, pero se tuvo que conformar con saber que, al otro lado del tabique de

su habitación, estaba ella. Una vez tumbado en la cama con los brazos plegados sobre la almohada y sus manos entrelazadas prisioneras por su cabeza, se dedicó a pensar en la joven mientras contemplaba el techo.

Desde que la había conocido, su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados y todo se lo debía a ella. Se notaba más vivo que nunca, más

activo, con una montaña rusa de sentimientos que lo elevaba para luego caer vertiginosamente. Su día a día, hasta hacía poco más de un mes, transcurría con placidez, tan solo quebrado por los problemas que le proporcionaba Dagda.

El laberinto de sensaciones que se habían despertado con la llegada de Marta a su mundo habían conseguido que él se diese la vuelta como si fuese una camiseta que sus costuras le raspasen la piel. Ahora veía más colores y disfrutaba de más sensaciones.

Y todo se lo debía a ella. A Marta. A esa Marta con la que disfrutaba hablando, con la que reía, con la que bromeaba, con la que gozaba, con la que su cuerpo se estremecía y palpitaba su corazón a toda velocidad con tan solo notar su mirada puesta en él.

No podía perder su amistad o volvería a caer en la misma rutina llena de grises y de monotonía. No le quedaba más que amarla en silencio.

Una lágrima silenciosa se deslizó por el canto externo del ojo y resbaló por el pómulo.

Con rapidez, extrajo una mano de debajo de la cabeza y se limpió la lágrima con ímpetu.

Él jamás había llorado por una mujer, ya que no era de lágrima fácil. No por nada, porque no era algo que le pareciese inapropiado para un hombre, simplemente le costaba llorar.

Recordó que la última vez que lo hizo fue cuando faltó su abuela materna. De ello hacía ya cinco años. Idolatraba a su abuela ya que había convivido con ella desde bien pequeño cuando se quedó viuda y sus padres, conocedores de lo poco que le gustaba vivir sola, le pidieron que se trasladase a la casa de ellos. Era una mujer cariñosa y dadivosa y mimaba a sus nietos como si fuese su razón de vivir. Con este último pensamiento, se quedó profundamente dormido.

## Capítulo 35

Al cabo de dos días, le dieron el alta a Jesús y en cuanto comprobaron que ya estaba recuperado, Connor, Marta y sus padres regresaron a Dublín.

Cada uno volvió a su trabajo pese a la insistencia del empresario para que Marta lo postergase unos días, hasta que lograsen quitarse de en medio a Liam.

—No me vas a convencer, Connor —renegaba la joven mientras esperaban el embarque del avión que los llevaría de vuelta a Cork para recoger el coche del economista. Junto a ellos se encontraban Juan y Brianna que también aguardaban su vuelo a Dublín.

Connor se volvió hacia Brianna con el ceño fruncido.

—¿Marta siempre ha sido tan… tan lanzada? —le preguntó.

—Si no lo fuera, ¿te resultaría tan interesante? —respondió Brianna con una sonrisa con la que daba a entender que ya sabía la respuesta.

—Yo le llamaría cabezota —apuntó Juan.

—No se trata de cabezonería, ni de ser una lanzada. ¿Me queréis contar qué beneficios tendría al pasarme todo el día sola en casa? No voy a estar en mejor lugar que dentro de la nave de Dagda. Además, tengo unas ganas tremendas de volver a trabajar; llevo casi dos semanas ausente de la oficina y yo vine a Irlanda a eso. Así que el cabezota eres tú, Connor. Bueno, yo lo llamaría un ataque de *neandertalitis* —concluyó con una sonrisa guasona.

—Yo no sé cómo lo consigues, pero siempre te sales con la tuya,

¡menos mal que soy tu jefe! —exclamó con ironía.

—En la oficina, solo en la oficina —puntualizó Marta.

Connor no pudo evitar gruñir por lo bajo.

Acababan de sentarse en los asientos del avión cuando Connor se giró hacia Marta y agarró su cabeza con ambas manos y sus labios iniciaron una leve sonrisa tímida.

—¿Puedo? —preguntó con voz ronca.

Marta solo pudo afirmar con un leve movimiento de su cabeza para elevar el mentón, lo que proyectó sus labios hacia él. Y él no necesitó más.

Sus labios primero saborearon los de ella durante eternos segundos hasta que, urgido por la lengua de Marta, penetró con su lengua hasta el confín de la boca de la joven. Recorrió con ella cada uno de sus recovecos, danzó con su pareja y degustó su sabor dulce como si fuera un exquisito manjar, un elixir esencial para él.

Marta se había agarrado de los brazos de Connor para poder ahondar ella también en el beso. Al pedirle el beso con una voz profunda y llena de deseo, miles de mariposas revolotearon en su estómago, por eso no pudo articular palabra. Era una sensación especial y novedosa para ella por lo que casi no reacciona al requerimiento del joven. Y cuando él empezó a hurgar en su boca, el mundo alrededor de ellos desapareció y deseó que sus labios jamás se separasen.

El sonido de una voz por los altavoces del avión los volvió a la realidad a los dos a la vez. Se separaron despacio, con gran sacrificio y sus ojos se entrelazaron con la esperanza de ver en el otro las mismas sensaciones vividas.

—Lo siento, pero no podía aguantar más —susurró Connor.

—Yo tampoco. Estoy deseando llegar a mi casa. —Lo miró con dudas en sus inteligentes ojos—. Porque te quedas conmigo, ¿no?

—Intenta separarme de ti, a ver si lo consigues.

La joven soltó una risa repleta de felicidad.

—Ten cuidado de lo que alardeas, a ver si no vas a poder seguir mi ritmo.

Connor la miró sonriente y frunció el ceño con evidentes muestras de ser una pose.

—Oye, estamos hablando de sexo, ¿no? A ver si me estás desafiando a hacer *running*.

Las fuertes carcajadas retumbaron por todo el avión lo que provocó que

la gente los mirara, la mayoría con una sonrisa de comprensión al ver la complicidad que radiaban los dos.

***

La llave de la cerradura de la puerta de su vivienda todavía no se

había insertado del todo cuando Marta notó que Connor se pegó a su espalda y sus manos se introducían por dentro de su camiseta para acariciarle el estómago e ir subiendo despacio hacia sus pechos. La joven se estremeció de tal manera que el manojo de llaves se le cayó al suelo.

—¡Connor, espera! —exclamó a la vez que se agachaba para recogerlas.

—¡No puedo! —respondió con voz bronca.

Nerviosa, probó a meter la llave de nuevo, pero el cuerpo se le estremecía de placer al sentir el juego que Connor había iniciado con sus pezones a través del sujetador.

—¡Por fin! —gritó Marta al conseguirlo al quinto intento.

Se introdujo en la vivienda, cerró la puerta y comenzó a quitarse la camiseta, todo ello sin que el joven se hubiese desprendido de sus senos y sin que dejase de producirle latigazos de placer con sus dedos que pellizcaban y frotaban los pezones henchidos. Se desabrochó el pantalón y lo deslizó hasta el suelo antes de darse la vuelta para ponerse frente a él para, a continuación, hacer lo mismo con la camiseta y el pantalón de Connor.

En cuestión de breves segundos, ambos estaban desnudos, frente a frente. El joven había dejado de tocarla y sus miradas se quedaron prendidas hasta que Marta inició una apetitosa sonrisa que fue correspondida por Connor.

Bajo el influjo de la luminosa sonrisa irlandesa, Marta acarició su mejilla en busca de los hoyuelos que tanto le encandilaban. Notó que él posaba con mucha delicadeza sus dedos en su cintura y sintió la química.

Esa química entre dos personas que muestra esa especie de imán que sienten los dos.

Sabía que había dos tipos de química. La química emocional que ocurre

cuando dos personas sienten, mutuamente, una gran admiración y notan que el tiempo pasa volando cuando están en común gracias a temas de conversación del gusto de ambos, por ejemplo. Y esa ya la había sentido a lo largo de esos días.

Pero ahora la que le ocupaba sus sentidos era la atracción física. Ella buscaba el contacto de Connor por pura inercia; había tenido los primeros indicios la noche anterior mientras conversaban con sus padres. Y eso era la consecuencia natural del deseo de reciprocidad. En el contacto con el otro, cada persona se reafirma en su propia pasión porque existe química entre dos personas cuando los momentos compartidos dejan una memoria afectiva muy intensa, sensaciones que perduran en el tiempo. De ese modo, uno mismo no puede evitar evadirse durante mucho tiempo, recreando esas situaciones o imaginando otros momentos que desea vivir. Y ella acababa de darse cuenta de que también llevaba días con ansia por repetir sus, por otro lado, escasas noches de pasión.

En una pequeña ráfaga de tiempo, comparó su amistad, esa química que experimentaba con Connor, con el resto de amistades que tenía y supo que era algo muy diferente. Le vino a la cabeza la frase de Antonio Gala: «El amor es una amistad con momentos eróticos». Estaba en la fase de enamoramiento, no cabía dudas.

Sintió un leve vahído, pero las manos de Connor fueron rápidas y la sostuvo a la vez que la apretaba hacia él.

—¿Qué te ocurre? —le interrogó el joven con voz de preocupación.

—Nada, nada. No te preocupes. Supongo que habrá sido una pequeña bajada de tensión por la falta de alimento. No hemos comido y ya es media tarde —disimuló.

—Tú lo que quieres es que te prepare otra vez mi famosa tortilla sorpresa —bromeó Connor.

—¡Ey! ¡Pues no estaría nada mal! —exclamó Marta, recobrando su aplomo.

No era el momento de analizar sus sentimientos, sino de disfrutar de la compañía de Connor.

—Solo te pongo una condición para que cumpla tus deseos.

Una sonrisa pícara le advirtió a Marta de que algo estaba tramando así

que elevó una ceja de forma interrogativa. El economista la apartó un poco de su cuerpo y deslizó la mirada por todo él con evidente deseo.

—No te vistas —le pidió con la voz enronquecida—. Si tengo que prescindir durante un tiempo de estar retozando contigo, por lo menos

quiero tener unas buenas vistas.

Al oír su voz, el deseo aumentó en sus entrañas hasta arder de forma incandescente que la abrasaba por dentro. Se volvió a pegar a él, rodeó su cuello con las manos y acercó su boca a la de Connor.

—Creo que prefiero saciar otro tipo de apetito —susurró sobre sus labios.

Los aplastó sobre los de él y una descarga eléctrica serpenteó entre los dos cuerpos fundiéndolos en una pasión desbordante. Connor perdió la razón ante la fuerza de las sensaciones que le recorrían, la agarró por los glúteos y la izó. En cuanto la joven notó que perdía el contacto con el suelo, levantó sus piernas y rodeó con ellas la cintura de él. La punta del miembro erecto rozó su carne palpitante de deseo y balanceó su trasero hacia delante y hacia atrás para frotarlo. Connor, desesperado, dio un paso para pegar el cuerpo de Marta a la pared de la entrada y la aguantó con su cuerpo mientras que con una mano buscó la entrada al placer y de un solo empujón la penetró. Marta dio un grito de goce que volvió loco a Connor e inició una sucesión de entradas y salidas del objeto de su deseo hasta que notó cómo Marta se ponía en tensión, gemía y estallaba en un orgasmo devastador que arrastró al joven a una explosiva culminación.

Sin soltarla, con paso vacilante por estar todavía sintiendo los residuos del éxtasis, avanzó por el pasillo hasta la habitación de Marta, la depositó en la cama y se recostó él a su lado.

—¡Bufff! —resopló—. Creo que estábamos un poco desesperados, ¿no?

Marta se sostuvo el estómago al romper en unas sonoras carcajadas.

—¡Ay! No me hagas reír que me duele todo.

—La verdad es que no es en eso en lo que estoy pensando —admitió Connor mientras recorría su cuerpo con la mirada.

Alargó un dedo y frotó con él un pezón de la joven. En cuanto vio que la piel de alrededor se le erizaba, se agachó y se lo metió en la boca para succionarlo hasta que creció el doble y oyó los gemidos de Marta.

—¿Así está bien? ¿No te duele al gemir?

La adoraba y quería demostrárselo. El encuentro en la entrada no era lo que tenía pensado para esa noche, aunque había sido fantástico, pero se había hecho el propósito de demostrarle lo que era hacer el

amor y no sexo.

Y eso era lo que habían tenido. Sexo. Desenfrenado y arrebatador. Sublime, pero sexo.

Y él quería compartir con ella los sentimientos que le provocaba y las sensaciones que podía producirle al expresarle su amor por medio de todos los sentidos. Y a ello iba a dedicarse en cuerpo y alma los próximos minutos… bueno, u horas si era necesario. Sin prisas, con tranquilidad y con mucha sensibilidad. Era algo con lo que soñaba desde que comprendió que se había enamorado de ella en aquella carretera que lo alejaba de Marta.

—Aunque me doliese, lo soportaría.

—Entonces, prepárate. Vas a experimentar algo nuevo en tu vida.

—Mmmmm… eso suena muy pretencioso.

—Realista.

—Soy toda tuya, pues.

No necesitó nada más para iniciar un viaje por el cuerpo de Marta que la elevase hasta las estrellas. Entre enredos de brazos, besos húmedos, juegos con la lengua y sensitivas caricias, Connor la introdujo en un mundo sensorial en el que la joven participó de forma activa en el cuerpo del joven.

Recorrió con sus labios las partes más sensibles de ella hasta despertarle una pasión descontrolada que provocó un deseo desenfrenado por absorber toda su esencia. Su boca se demoró en su zona más sensible hasta arrancar un arrebatador orgasmo que fue el detonante para que Connor se introdujese en ella e iniciase un baile lento y sensual de sus caderas a la vez que entraba y salía del ardiente cuerpo de Marta.

## Capítulo 36

Connor se paseaba de lado a lado de su despacho con pasos largos y furiosos.

—¡Tú estás loca! —gritó a la joven que se mostró impasible sentada en el borde de su mesa con los brazos cruzados bajo su pecho.

—Pues tú me dirás qué hacemos. Habéis puesto a todos vuestros

informáticos a indagar la ubicación original de los correos que ha mandado Liam a la sucursal de Visionac y lo único que se ha averiguado es que proceden de distintos ordenadores de varios cibercafés de Dublín. Eso no nos sirve para nada, Connor.

—Ten paciencia, Marta. Encontraremos la forma de descubrirlo.

—Pero ¿cuándo? Llevamos una semana sin avanzar nada. Yo no puedo soportar más este estado de nervios. Tampoco puedo permitir que sigas siendo mi escolta particular. Tú tienes tu vida y ahora está supeditada a la mía. No te despegas de mí ni para ir a mear; me persigues como el olor de un pedo.

Connor no pudo evitar sonreír ante la última comparación.

—Te juro que me ducho todos los días.

—¡A mí me lo vas a decir! Te recuerdo que te veo en la ducha todos los días.

—Mmmmm… Sí… Qué buenos recuerdos…

—No pretendas desviarme del tema, listillo. Quiero que me digas qué ves de malo en mi plan. He buscado en la casa de mis padres la copia de las llaves que tenía cuando estábamos juntos y la he encontrado. Podemos entrar y buscar las pruebas en su ordenador; seguro que allí tiene

almacenado el videojuego.

—No. No quiero dar un paso en falso. Debemos localizar las pruebas sin cometer algún delito o no nos servirá de nada. Ya lo has oído de boca de Declan.

—¡Al final se va a ir de rositas, Connor! —exclamó desesperada.

—No lo voy a permitir. —Se acercó hasta la joven y la cogió por los brazos—. Escucha. Este tipo te va a dejar en paz sea como sea. Mira, te prometo que, si en una semana no conseguimos acusarlo ante la policía, yo mismo entraré en su casa y lo haré a tu manera.

—Connor, me está acechando, parece que me tiene acorralada pese a tu presencia permanente. Siento sus ojos en mí cada vez que salimos a la calle, cada vez que me muevo, sea donde sea.

El economista la abrazó y le dio un beso en la sien.

—Princesa, todo terminará antes de que te des cuenta. Jamás permitiría que te pasase algo, lo sabes. Anoche se le mandó otro correo desde la sucursal, para tantearle sobre la compra del videojuego y lo más seguro es que en estos momentos esté contestándonos.

—Está bien, te haré caso, pero se me está agriando el humor, así que no voy a ser muy buena compañía para ti.

En ese momento, unos golpes sonaron en la puerta y esta se abrió para dejar asomar la cabeza de Seán con el tiempo justo para separarse la pareja.

—Perdón si interrumpo —dijo prudente.

Desde que regresaron Connor y Marta a la nave, los socios y amigos del economista habían detectado con total claridad el cambio efectuado en los dos. Le habían hecho un tercer grado a Connor nada más llegar que confirmó lo que ellos pensaban.

*Los tres socios estaban sentados alrededor de la mesa del despacho de Declan y, aunque el tema a debatir tenía que ver con la empresa, la curiosidad de los amigos de Connor no pudo evitar comenzar por los cotilleos.*

*—Bueno, supongo que ahora no tendrás el valor de negarme que estás loco por los huesitos de tu ayudante —comentó Declan.*

*Connor lo miró con el ceño fruncido. Esa costumbre que tenían los dos, sobre todo Declan, de meterse en su vida, jamás le había gustado, pero si encima, el tema era sobre las mujeres, aún se cerraba más sobre sí mismo.*

*Al verlo renuente, Seán intentó ayudarlo para que se soltase un poco más.*

*Tenía el presentimiento de que su amigo se encontraba en esos momentos en los que te debates entre la dicotomía de si será esa la mujer elegida por tu corazón o no.*

*—A ver, yo tengo una teoría sobre cómo saber quién es tu media naranja.*

*—¿Una teoría? —preguntó dudoso Declan—. Me gustaría oírla.*

*—Pues verás, primero te crees muy duro y que tienes mucha experiencia en esos temas, por lo que cualquier mujer no va a convencerte en perder tu soltería. Esa es la primera etapa. Luego consideras que tu personalidad ya está formada y que eres maduro, por lo cual, no va a ser fácil que*

*encuentres la que te merece. Segunda etapa. Pero, hete aquí, que entonces conoces a alguien y empiezas a sentir cosas nuevas y a sentir unas cosas terriblemente dolorosas, te sientes confundido, te entran náuseas.*

*—¿Náuseas? ¿Eso te ha pasado a ti? —interrogó con sorna Declan.*

*Connor permanecía callado.*

*—En el buen sentido —continuó Seán—: enfermé de amor. Yo creo que cuando sientes esas náuseas, se cierra el círculo. Esa es la persona adecuada, esa es la persona que completa el círculo. Y sí, Declan, eso es lo que sentí cuando conocí a Megan.*

*Declan se volvió hacia Connor.*

*—¿Tú has sentido náuseas? —le preguntó socarrón.*

*Connor lo miró y dejó pasar el tiempo. No quería responder, pero eran sus amigos.*

*—Yo entiendo lo que quiere decir Seán, pero lo definiría como vértigo.*

*Un vértigo que te da placer y te hace sufrir al mismo tiempo.*

*—O sea, que estás enamorado —sentenció Declan.*

*—Sí, he perdido la razón por esa chica.*

*—Yo diría que la has encontrado, Connor —apuntó Seán.*

*—Eso depende. Si no eres correspondido, no es para aplaudir de alegría.*

*—¿Y tú no lo eres? —inquirió extrañado Seán.*

*—No.*

*—Pues no es lo que ven mis ojos, amigo. Yo juraría que ella siente lo mismo por ti.*

*—Pues ponte gafas, amigo. —Los miró con el semblante rígido—. Y se acabó el tema. Vamos a la cuestión que nos ha reunido aquí o me voy, que tengo mucho trabajo atrasado.*

—Connor, si no te importa, me gustaría hablar un momento con Marta.

—Por supuesto que no.

—¿Y a mí no me preguntas si quiero acompañarte? No creo que Connor sea mi dueño para decidir por mí.

Un rubor subió de inmediato al rostro de Seán.

—No, claro que no. Perdona, ¿te importaría acompañarme a la sala, Marta?

—Estaría encantada, Seán —afirmó la muchacha con una amplia sonrisa mientras agarraba su bolso y se dirigía hacia la puerta—. Y

aprovecharé para ir al baño.

Una vez sentados los dos ante un té humeante, Marta supo lo que le preocupaba al joven. Se le notaba con claridad en la cara que una penitente culpa lo atenazaba.

—¿Quieres hablar de Megan? —insinuó con una tierna sonrisa.

—Sí, quería preguntarte si has sabido algo de ella desde que se fue.

—No, Seán, lo siento. No se ha puesto en contacto conmigo. ¿Tú tampoco has sabido nada de ella?

—No y estoy preocupado. No me gustaría perderla. La última vez que la vi, tenía algo en su mirada que no me gustó. Estaba como ausente. Quizás metí demasiado la pata ante mi desconfianza.

A Marta le dio lástima al ver y oír lo intranquilo que estaba Seán. Le puso una mano sobre las suyas que se retorcían sobre la mesa.

—Seán, yo no la conozco mucho, pero me parece una joven que va de frente, si no quisiera algo contigo ya te lo habría dicho. Solo te pidió tiempo para solucionar algunos asuntos, ¿no?

—Sí…

—Pues deja que los resuelva. —Frunció el ceño al oírse a sí misma—.

Volverá, Seán. Y no tardará mucho.

Eso era. Megan se ausentaba para solucionar sus problemas y ella estaba dejando que otros se lo solucionasen, como si fuese una muñequita que no supiese afrontarlos por sí misma. Y no. Ella tenía un plan y lo iba a llevar a cabo. En décimas de segundo pensó cómo escabullirse de la férrea vigilancia de Connor.

—Seán… me gustaría pedirte un favor —continuó con rapidez antes de arrepentirse de lo que iba a hacer—. Necesito ir a hablar con mi ex porque sé que podría arreglar todo este tinglado del videojuego, pero Connor no me deja, así que me gustaría que no le dijeses dónde voy. Solo que he tenido que salir, y eso si te pregunta.

—Marta, ¿estás segura? Yo no creo que debas hacerlo.

—¿Por qué no? Él no me va a hacer nada, no es de esos. Sé que lo convenceré o, por lo menos, me gustaría intentarlo. Me siento culpable, Seán. Yo os lo traje a vuestro mundo y me gustaría hacer algo por solucionarlo. Vamos, hombre, solo te pido que no corras a decirle nada a Connor en cuanto me vaya de aquí. Soy adulta y me gustaría tomar mis propias decisiones.

—Está bien, Marta. Me iré a mi cuchitril y me encerraré allí hasta que vuelvas.

—Gracias, Seán.

Y de inmediato, se levantó, agarró su bolso y salió de la sala para abandonar la nave. Llevaba las llaves de la casa de Liam en uno de los bolsillos de los vaqueros que llevaba puestos. ¡Eso era tener suerte!

## Capítulo 37

Cogió un taxi hasta la casa de Liam y se apostó frente a ella. Era una vivienda adosada con un pequeño jardín anterior que tenía un pequeño seto alrededor, pero como para acceder a la casa había que subir unos escalones, desde donde ella estaba vigilando, se veía perfectamente la puerta de entrada.

Un montón de recuerdos le rebotaron por toda la mente de forma nítida.

Había vivido allí durante dos años. Era cierto que tuvo buenos momentos con Liam, pero los que perduraban en sus recuerdos no lo eran. Se sentía agobiada por las imágenes que le martilleaban con persistencia. Una rabia incontrolable le recorrió todo el cuerpo. Liam no se merecía su conmiseración, por lo que esa furia le reavivó las fuerzas para seguir con su plan, aunque también le provocó que una lágrima se deslizara por su mejilla por esos dos años desperdiciados junto a él.

Todavía estaba secándose la lágrima cuando observó cómo se abría la puerta de la casa de Liam y él salía, bajaba las escaleras y atravesaba

el pequeño jardín hasta la calle, giró hacia la derecha y se fue con paso firme.

En cuanto dobló por una esquina, se dirigió hasta allí, subió los escalones deprisa y abriendo la puerta, se introdujo dentro. Cuando cerró la puerta se apoyó en ella con la respiración agitada. Recorrió con su mirada todo lo que se veía desde allí. No había cambiado nada, salvo que había ropa tirada por todas partes, como si hubiese pasado un huracán.

Le costó, pero consiguió despegarse de la puerta y avanzar hasta la mesa donde Liam tenía siempre su portátil. Allí estaba. Sacó su móvil del bolso y comenzó a grabar la vivienda primero, para constatar dónde estaba.

Con una sola mano, mientras seguía grabando, abrió el portátil y lo encendió. No pensaba detener la grabación para que nadie pudiese alegar que se podía haber manipulado, así que, en cuanto la pantalla se iluminó y le pidió la contraseña, cruzó los dedos que utilizó para introducirla con la esperanza de que no la hubiese cambiado.

¡Hurra! Ahí estaba el escritorio de la pantalla con una foto de él mismo.

—¡Pretencioso! —exclamó la joven.

Se sentó en la silla y ayudándose del *TouchPad* se concentró en buscar la copia de todos los componentes del videojuego que estaba desarrollando Dagda. Estaba convencida de que él se sentiría tan seguro que lo tendría todo almacenado allí. Lo conocía y era así de vanidoso. Se creía el mejor en todo, así que estaría tan pagado de sí mismo que jamás pensaría que alguien podría localizar al ladrón del videojuego. Por eso ella sabía que su plan era la mejor forma de atraparlo.

Mientras tanto, en la oficina, Connor se estaba impacientando ya que Marta no volvía y debían aclarar unos datos que tenían pendientes sobre el contrato que habían firmado en Madrid y debían enviarlos de inmediato. La documentación la tenía ella por lo que era extraño que, sabiendo la importancia del trabajo, no hubiese regresado todavía. Decidió acercarse a la sala de descanso para recordárselo, pero cuando entró en ella, solo encontró a Declan preparándose un café.

—Hola, Connor —le dijo su amigo en cuanto lo vio—. Ven, hazme compañía, por favor. Desde que se ha ido Megan, me aburro un montón, no tengo con quién meterme. —Lo miró al ver que no le

contestaba y al ver su rostro pétreo, indagó—: ¿Qué te ocurre?

—¿Has visto a Marta?

—Pues no, pero yo acabo de llegar, ¿no me digas que la has perdido? —

se mofó entre risas.

—Se suponía que tenía que estar aquí con Seán.

—¿Con Seán? Imposible. Yo he estado de reunión con él desde hace una hora y lo acabo de dejar en su pecera.

—¿Seguro?

—¡Pues claro!

—Tiene que haberle pasado algo. Voy a entrar al baño —dijo nervioso.

Salió raudo de la sala y se dirigió hacia el baño, golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Marta? ¿Estás ahí?

Al no obtener respuesta, entró para constatar que no había nadie allí.

—¿Dónde estará? Esto es muy raro. Voy a ver si Seán sabe algo.

Los dos amigos se encaminaron hacia la zona de programación y encontraron a Seán, como siempre, en una de las mesas de sus empleados.

Connor le hizo un gesto para que acudiera a su lado y este se dirigió hacia él con paso dubitativo. Sabía a lo que iba. Llevaba esperándolo más de una hora, desde que Marta salió por la puerta.

—Decidme, tengo poco tiempo —dijo Seán en cuanto llegó frente a sus socios.

—Oye, ¿tú sabes dónde está Marta? —preguntó inquieto Connor.

El joven alternó su mirada de uno al otro sin saber qué decir.

—¿Seán? ¿Qué pasa? —indagó Declan. Su amigo estaba raro.

—Se ha ido.

—¡¿Cómo que se ha ido?! ¡¿Fuera de aquí?! —gritó Connor descontrolado.

—Pues sí.

—Connor, cálmate, esto tendrá una explicación. Vamos fuera de aquí que estamos llamando la atención —intentó sosegar a su amigo mientras lo empujaba para afuera y hacia un gesto a Seán para que los siguiera.

Mientras recorrían el pasillo en sentido contrario hacia el despacho de Declan, Connor miraba furioso a Seán.

—¿Se puede saber por qué se ha ido? ¿A dónde? ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Una batería de preguntas salía de los labios con tono furioso.

Una vez dentro del despacho, Connor se encaró a su amigo.

—¿Piensas contestarme?

—A ver, Connor, ella me dijo que quería hablar con su ex porque estaba segura de que podría conseguir que se solucionase todo este embrollo del videojuego. Me aseguró que no iba a pasarle nada y que tú no le dejabas

hacerlo, pero que ella era la que había traído el problema aquí y que estaba en su derecho de querer arreglarlo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Y tú le creíste?

Seán lo miró asombrado.

—¿No debía?

—¡Pues no! Ella ni loca hablaría con ese gilipollas. Lo que pretende es entrar en su casa para buscar pruebas en su ordenador.

—Pero…

—No hay tiempo que perder. Declan, llévame a casa del tío ese; tengo la dirección en mi despacho. Reconozco que no estoy para conducir —

ordenó a la vez que se dirigía hacia la puerta del despacho—. Y tú —

exhortó apuntando a Seán—, apártate de mi vista durante un tiempo.

—¿Llamo a la policía? —preguntó Seán, queriendo ayudar.

—¡No! Marta está cometiendo el delito de allanamiento de morada —

informó Declan.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —fue gritando Connor por todo el camino hasta llegar al coche de su amigo.

—¡La mato! En cuanto la vea, la mato o le pongo unos grilletes amarrada a mi cama para el resto de sus días —bramó en cuanto se metió en el asiento del copiloto.

—Tranquilízate, Connor.

—¡No puedo! Esta chica me va a matar. ¡Arranca ya de una vez, Declan!

Después de buscar someramente por los archivos que había en el escritorio, decidió ir a lo más sencillo y puso Dagda en el buscador y… ¡voilà! Ahí apareció a los pocos segundos. Una carpeta con todo lo que buscaba. Se sacó un *pendrive* del bolsillo y lo introdujo en un puerto USB para hacer una copia de su disco duro. Grabó minuciosamente todo lo que contenía esa carpeta con el móvil mientras se traspasaban todos los datos al lápiz de memoria y, en cuanto terminó, se lo guardó en un bolsillo del pantalón y le dio a suprimir la carpeta. Una vez borrada, ya no habría peligro.

Pero en ese mismo instante, oyó que alguien metía la llave en la

cerradura y de inmediato se abrió la puerta. Se giró en la silla y allí estaba Liam que se había quedado atónito al verla a ella allí.

—¡Marta! ¡¿Qué estás haciendo ahí?!

La joven se levantó con lentitud con el móvil en la mano apuntando hacia él.

—¿Tú que crees?

—¡Maldita seas! ¿Qué has hecho?

—¡Borrar tu última fechoría, imbécil!

Liam se apartó del marco de la puerta y se dirigió hacia ella con el

rostro más enfurecido que había visto Marta en su vida.

—¡Alto ahí! Te estoy grabando, zopenco. Ni se te ocurra rozarme con una de tus manos asquerosas.

—¡¡Hija de perra!! ¡Eres igual que tu madre, una zorra!

—A mucha honra. No podrías haber elegido un piropo mejor.

Liam comenzó a rodearla por un lado y luego se desplazó hacia el otro en un intento de pillarla desprevenida. Hacía movimientos bruscos, se paraba en seco, amagaba hacia adelante y después retrocedía con el objetivo de desconcertarla, que perdiera su confianza y atacarla en un descuido.

—Esto no se va a quedar así, mojigata de mierda. Te aguanté durante tres años para conseguir un fin y casi estaba a punto de alcanzarlo cuando me despidieron de Visionact por culpa de tus padres.

—Mis padres no tuvieron nada que ver y lo sabes, porque estoy segura de que tus jefes te descubrieron en alguna infracción y mis padres no saben el motivo de tu despido.

—Eso es mentira. No me tragaban y malmetieron contigo y con los jefes de la empresa. Ellos fueron los que me delataron.

—Mira, piensa lo que te dé la gana. Me da exactamente igual, pero a partir de este mismo momento vas a tener que tragarte tu odio hacia nosotros. He grabado todo lo que tenías, y sí, he dicho TENÍAS, en tu posesión y que no era tuyo, ¡ladrón! Así que, o te apartas de nuestro camino, o tendrás que vértelas con la policía. Tú sabrás qué te conviene más. ¡Ah! Y no es negociable.

Esa última retahíla dicha por la joven con mucha frialdad fue escuchada por una sombra que se había quedado en suspenso en el quicio de la puerta

al oírla. Connor se sintió muy orgulloso de ella, pero a la vez, la furia que traía consigo desde que se enteró de la marcha de Marta de la nave y del peligro al que se había expuesto, lo mantenía rígido y al acecho. Las manos le picaban por el deseo de golpear en la boca al tipejo que había mantenido atrapada a Marta en una cárcel verbal en un pasado doloroso para ella.

En ese momento, Liam se abalanzó sobre ella al grito de:

—¡¡Perra!!

Marta intentó esquivarlo, pero él la retuvo por los brazos y la sacudió, la joven alargó las manos como pudo hasta enganchar su cabello y tironeó de él, pero Liam la tenía bien sujeta y no la soltaba, la agitó como una coctelera intentando que soltara el teléfono.

—¡¡Maldita!! ¡Dame ese móvil!

De repente, algo golpeó la mandíbula de Liam y este trastabilló hacia atrás y rápidamente unas manos le rodearon el cuello. Liam golpeó frenético los brazos y el pecho de Connor, pero este lo empujó con toda su fuerza hacia atrás y lo tiró al suelo. Se puso a horcajadas sobre él y apretó un poco más su cuello.

—¿No has oído lo que ha dicho Marta? —preguntó Connor con frialdad

—. Has perdido y si no quieres acabar con tus huesos en la cárcel, más te vale que desaparezcas de Dublín. Aquí ya no tienes nada que hacer, porque estás marcado por la deshonra. Tú eliges, ¡pero ya! No habrá más oportunidades. O te largas, o vas a la cárcel, ¿qué decides?

Durante el tiempo que habló Connor, Liam lo miraba con los ojos desorbitados y con sus manos agarradas a las del economista intentando apartarlas de su cuello, pero la fuerza, en el caso de Connor, iba acompañada de furia, rabia y un sentimiento de protección hacia Marta que sus manos parecían dos grilletes de acero.

—¡¿Qué me dices?! —volvió a exhortar el empresario con voz poderosa sin apartar la mirada de los ojos de Liam.

No quería ni mirar a Marta para ver cómo se encontraba, aunque lo estaba deseando. Asegurarse de que estaba bien era su máximo deseo, pero antes debía concluir con lo que había iniciado ella.

—¡Está bien! —jadeó Liam con voz ahogada—. ¡Está bien! ¡Habéis ganado! Me largo fuera de Dublín. ¡Lo prometo!

—Mira lo que te digo, mamarracho. Voy a tener a un detective siguiéndote los pasos cada segundo de tu asquerosa vida. Como se te ocurra demorar tu marcha más de un par de días o tengas la tentación de volver…

La joven, que ya se había recuperado de la impresión de ver allí a Connor, lo había observado todo por encima del hombro del

economista, pero en ese momento se agachó al lado de ellos y se puso en el campo de visión de los dos.

—Una última cosita, una insignificancia —dijo con tono socarrón mientras se sacaba el *pendrive* del bolsillo y lo ponía frente a los ojos de Liam—. Aquí tengo copiado todo tu disco duro y apuesto mi muñeca de Mafalda a que hay cosas muy jugosas en él. Así que aún tienes más motivos para dejarnos en paz para el resto de tu vida.

Liam se revolvió entre las manos de Connor, pero este no se dejó sorprender y apretó más fuerte.

—¡Dejadme en paz ya! ¡Cumpliré el acuerdo, pero ahora largaos!

El ex de Marta estaba vencido y lo que quería era rumiar su mala suerte en soledad. Había menospreciado a Marta, la había infravalorado y le había salido el tiro por la culata. Bueno, lo mejor sería apartarse de su camino y olvidarlo todo con tal de no ir a la cárcel. En el mundo había miles de personas que estaban esperando que él las timase, ¿para qué perder el tiempo con algo imposible? De todas formas, Dublín ya se le estaba quedando pequeño, seguro que en Londres tendría mejores oportunidades para sacar los cuartos a cualquier incauto.

—Connor, creo que el espectáculo debe concluir ya. —Oyeron la voz de Declan desde la puerta—. Vámonos.

Connor levantó la cabeza para mirar a su amigo, luego dirigió los ojos hacia Marta, soltó el cuello de Liam y se incorporó. El ex de Marta rodó por el suelo para apartarse de él con rapidez. De inmediato, el economista agarró a la joven de la mano y la arrastró con él hacia la puerta.

## Capítulo 38

—Declan, ¿te importa si me llevo el coche y vuelves solo a Dagda? —

le preguntó Connor nada más llegar al vehículo.

—Claro que no, amigo. Toma las llaves.

—Gracias, ya nos veremos. Marta, por favor, sube al coche.

La joven obedeció en silencio. Eran las primeras palabras que le dedicaba y el tono no había sido muy halagüeño. El joven arrancó el coche y circuló por las calles de Dublín hasta salir al extrarradio. Allí

tomó una carretera general y condujo sin pronunciar palabra.

Marta no pudo evitar girar la cabeza para mirarlo con atención. Su rostro estaba macilento y su mandíbula la apretaba con fuerza, origen de unos movimientos convulsivos de los músculos de su mentón. Sabía que estaba furioso con ella por escaparse de la empresa, pero ¡debía hacerlo!

Además, todo había salido bien, ¿no? Habían conseguido que Liam desapareciera de sus vidas para siempre.

—¿Dónde vamos?

Connor tardó en contestar. Inmensos nubarrones cubrían el cielo como si se hubiese aliado con él y representase lo que sentía en su interior.

—A ningún sitio.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? Creo que va a llover.

—Necesito desahogarme y el coche lo consigue.

—Connor… ¿por qué estás tan cabreado? Al fin y al cabo, nos hemos quitado de en medio a Liam.

—Mejor será que te calles, Marta.

—¿Y eso por qué? No te entiendo. Vale, me he ido sin tu permiso de

Dagda, pero, chico, compréndelo, yo necesitaba hacer algo para solucionarlo.

—Marta, he dicho que te calles.

—¡No pienso hacerlo! ¡No comprendo tu cabreo de ahora! Todo ha salido bien. ¿Es porque no te he hecho caso? ¿Por eso? ¡Caray, Connor, que no soy de tu propiedad! ¡No te pertenezco! ¡Puedo ir donde me dé la gana,

¿vale?!

Connor desvió el auto con brusquedad hacia el arcén de la carretera y frenó en seco. Abrió la puerta del coche y salió con rapidez a la vez que gesticulaba con los brazos y andaba con zancadas largas y bruscas. Marta lo imitó, salió del coche y lo miró asombrada.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —gritaba Connor como un energúmeno—.

Mira que me lo pones difícil, Marta. Te digo que es mejor no hablar, pero como si oyeras llover. ¿Es que no lo comprendes todavía?

—¿El qué? ¿Qué tengo que comprender?

El joven se detuvo con vehemencia y se volvió hacia ella. Su rostro se contrajo de dolor. De un dolor del alma y del corazón. Se acercó a ella, le apartó una greña del pelo hasta encajarla detrás de su oreja y le acarició la mejilla. Marta lo observaba sorprendida ante el cambio evidente.

—Que te amo, Marta, que te amo. Que si te ocurriese algo, yo me moriría. Que ha sido el peor momento que he pasado en mi vida. Que no puedo vivir sin ti. Que lo eres todo para mí y que no soporto que alguien te haga daño. Que cuando tú me tocas, resucito y subo hasta el firmamento. —

Le agarró la barbilla y empujó por debajo para levantarle la cara. Agachó su cabeza y la besó. Un beso que era pura ternura y que impregnó de amor los labios de la joven. Breve pero intenso. La soltó y volvió a mirarla a los ojos

—. Que eres mi vida entera, Marta.

A la joven se le formó un nudo en la garganta que le impedía hablar. No esperaba esa respuesta, ni las sensaciones que le produjo al oírlo. Connor le había confesado su amor… Una profunda confusión se adueñó de su mente.

—Connor…

—Solo porque una vez te salió mal, te niegas a confiar en otro, no todos los hombres son como Liam, al menos yo no —la cortó Connor.

—¿Y quién me garantiza eso?

—En la vida no hay garantías, debes aceptar ciertas cosas y a ciertas personas. Con un poco de voluntad podríamos averiguar si lo nuestro puede ser. Pero no, no digas nada. Quiero que lo pienses, que lo medites. Quiero que analices en profundidad tus sentimientos antes de darme una respuesta,

¿vale? Solo te pido eso. Me lo debes, por el susto que me has dado hoy.

La joven afirmó con la cabeza. Era cierto, se lo debía.

—Volvamos al trabajo —dijo Connor con la voz afectada, a la vez que se dirigía hacia el coche.

En ese mismo momento, gruesas gotas comenzaron a caer y se confundieron con los acuosos ojos del joven.

Necesitaba olvidar lo que terminaba de pasar zambulléndose en el trabajo. Acababa de perderla. Lo sabía. Lo había visto en sus ojos. No había visto amor, ni tan siquiera cariño, solo una profunda tristeza acompañada de estupefacción. A ella no se le había pasado por la cabeza que él pudiera amarla porque no había tenido la ansiedad que se tiene cuando se ama. Esa ansiedad que nace del deseo de ser correspondido, de la esperanza de que el cruce de sentimientos sea compartido y los sueños se conviertan en una realidad. O sea, una utopía para él.

Tan solo el repicar de las gotas que caían sobre la carrocería rompía el silencio que se adueñó del cubículo del coche en cuanto se sentaron los dos.

Connor miraba con fijación absoluta a la carretera y Marta observaba la lluvia a través de la ventanilla. Un mundo se había interpuesto entre ellos.

Marta luchaba contra sus propios demonios. Cuando Liam le confesó su amor, la pillo por sorpresa, aunque pudo evitar que su rostro reflejase lo que había sentido. Y eso es lo que la tenía confundida. Su corazón comenzó a latir de forma descontrolada, como si el haber escuchado la declaración de Connor fuese la razón de su existencia, pero el miedo lo atenazó enseguida.

Sintió pena por ella misma.

Nada le hubiese gustado más que haber saltados a sus brazos y decirle lo que sentía por él, pero no sería justo para Connor. Todavía no estaba preparada para confiar en el amor. Todavía no. Había llegado demasiado pronto y rápido. Ella necesitaba más tiempo. Si Connor hubiese aparecido en su vida dentro de un año… o tal vez dos…

El resto del día se les hizo muy duro a los dos. Comportarse como si nada hubiese ocurrido, no era fácil. Hablaban lo mínimo, interactuaban lo menos posible y la despedida fue sin tan siquiera mirarse. Marta se fue del despacho dejando allí a Connor consumido por la desesperación.

Declan lo encontró allí solo, sentado en su silla, con los codos

apoyados en la mesa y su rostro cubierto por las manos.

—Amigo, ¿no ha ido bien la cosa?

—No. —Se oyó a través de las manos.

—¿Qué ha pasado? Te hará bien verbalizarlo y sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

Connor se restregó la cara con las manos y luego las enlazó sobre la mesa. Su rostro reflejaba con claridad el infierno por el que estaba pasando.

Si se hubiese contenido, si no hubiese hablado, por lo menos seguiría siendo su amiga y ahora estarían juntos, paseando por Santry Park y luego, lo más seguro, es que hubiese pasado la noche con ella en su casa, en su cama. Gozando de su compañía.

—Le he confesado a Marta mi amor por ella.

—¿Y?

—Y nada.

—¿Nada de nada? ¿No te ha dicho algo?

—No. Yo le pedí que no lo hiciera, que se tomase un tiempo para pensárselo.

—Entonces, todavía no sabes si sí o si no.

—Yo sé que no.

—¡Ya estamos! Por favor, Connor, no empieces con la negatividad.

Recuerda lo que siempre te digo: si tienes pensamientos positivos, te pasarán cosas positivas.

—Ya, ya, Declan, pero tú no viste el rostro de Marta cuando se lo dije.

—No, pero he visto sus ojos cuando te mira, he observado sus gestos cuando está a tu lado y he oído su voz cuando te habla y yo no estaría tan pesimista.

—Ese es tu deseo.

—¿Y no es el tuyo?

—¡Por supuesto! Pero sabes que yo soy el más pragmático de los tres.

No funciono con las fantasías, lo mío es la realidad. Y la realidad es muy chunga para mí.

—Venga, vente conmigo a tomar unas copas y divertirnos por ahí, verás cómo se te pasa la tontería.

—No —negó a la vez que se levantaba—, es viernes, me voy a ver a mi familia. Sé que estarán preocupados por Marta y quiero contarles todo lo que ha pasado en persona.

***

Pese a que cuando salía de trabajar lo que más le apetecía hacer era pasear por Santry Park, ese día ni se le pasó por la cabeza. Marta se fue directamente a la casa de sus padres. Tenía que informarles de lo ocurrido con Liam, pero lo que más necesitaba era poder desahogarse con alguien sobre lo ocurrido con Connor. Tan solo hacía unos días que se había atrevido a reconocer que se estaba enamorando de él y todavía no había tenido tiempo de asimilarlo. Es más, había evadido esos pensamientos para no tener que reconocer sus sentimientos.

***

Lo primero que vieron Brianna y Juan en cuanto llegaron a casa, fue el bolso de su hija sobre la mesa del comedor. Pasearon la vista por la sala hasta que Juan descubrió un bulto enrollado sobre el sofá. Lo señaló para que su mujer lo detectara y los dos acudieron a su lado. Juan se agachó para ponerse delante de su visión. La joven tenía los ojos abiertos, pero los tenía tan hinchados que parecía dormida. Sus mejillas estaban manchadas de los restos del maquillaje. Pero lo que más preocupó a sus padres fue que no se había movido al entrar ellos.

—Cariño, ¿qué ocurre? ¿Te has encontrado con Liam otra vez? —

preguntó Juan con ternura.

Marta por fin se movió. Con lentitud se incorporó y miró a sus padres.

Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar. Se puso en medio del sofá y palmeó los asientos a ambos lados de ella para que se sentasen. Una vez lo hicieron, los cogió de las manos y apoyó la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados.

—Lamento que me veáis así, en realidad no es como debería estar.

—Entonces, ¿cómo deberías estar? —Oyó la voz cariñosa de su madre con un fondo preocupado.

—Feliz, contenta, pletórica… —respondió Marta con tono lúgubre.

—¿Por qué? ¿Y por qué no lo estás?

Guardó silencio durante largos segundos, suspiró y comenzó a contarles el incidente con Liam. Poco a poco su voz se fue volviendo más fuerte, se incorporó y miró a sus padres para responder a las miles de preguntas que le realizaron y a los reproches que le hicieron por arriesgarse de esa manera.

—Papá, mamá, lo siento. Ya os he entendido: podría haberme pasado algo. Y así habría sido si no llega a aparecer Connor. Vale. Pero he conseguido solucionar el problema, así que yo lo doy por bien hecho.

Necesitaba ser yo la que lo arreglase todo porque yo fui la que traje a Liam a vuestras vidas, por lo tanto, no pienso arrepentirme. Bien está, lo que bien acaba.

—Entonces, si tú estás contenta con lo que has hecho, ¿por qué no lo parece?

Bebió del vaso de agua que le había traído su padre mientras hablaba.

Volvió a suspirar y decidió afrontar lo que le traía de cabeza.

—Connor me ha declarado su amor.

Brianna y Juan se miraron, pero ninguno dijo nada. Esperaron con paciencia a que ella quisiera continuar con lo que la tenía tan destrozada.

—Yo no estoy preparada.

Juan y Brianna volvieron a mirarse y siguieron sin decir palabra.

—La verdad es que es alguien muy especial para mí y no me gustaría que desapareciera de mi vida.

—¿Cómo de especial? —preguntó Brianna.

—Lo amo —afirmó al cabo de unos segundos.

—Saber lo que sientes es un gran paso para estar preparada, Marta.

—No sé, mamá, ahora estoy a rebosar del fantasma de Liam. Es

complicado.

—Es complicado si tú quieres que sea complicado, hija. Yo no quiero influirte en nada. Si quieres estar con Connor, nosotros estaremos conformes porque nos parece un buen muchacho, pero si prefieres no estarlo, también te apoyaremos. Pero lo que sí que me gustaría es que no te dejes arrastras por el pasado. Has de vivir el futuro, siempre mirando hacia adelante. Dejar de hacer tu vida, de llevar a cabo las cosas que deseas hacer, por si cometes los mismos errores que en el pasado solo te coarta tu propia existencia y te va a ir amargando poco a poco. Te va a corroer por dentro como si fuese ácido al no obtener lo que de verdad deseas. Piénsalo.

—Ahora te acompañamos a la cama. Descansa. Verás cómo todo lo ves mucho más claro con el nuevo día —dijo su padre.

Sumisa, obedeció a sus padres y se acostó en su antigua cama, con sus muñecas de la niñez, su poster de Justin Bieber y sus bellos recuerdos.

Durmió con placidez toda la noche porque sus sueños la transportaron, entre nubes de algodón, a escenas idílicas junto a un hombre que la conducía por un viaje de sensaciones maravillosas. No se veía la cara de esa persona, pero ella se sentía segura junto a él. Sin miedos, sin inseguridades, sin dudas…

Durante el domingo, se dedicó a leer tumbada en el sofá mientras sus padres la mimaban como cuando era pequeña. Entre Brianna y Juan le hicieron sus platos preferidos, le contaron anécdotas para hacerla reír y prepararon un bol de olorosas palomitas para hacer una sesión de cine.

Marta pidió ver *Orgullo y prejuicio* y los tres lloraron como plañideras cuando Darcy hizo su primera declaración a Lizzy y al final de la película, en el momento en el que él le dice aquello de: «Sin embargo, si sus sentimientos han cambiado, debo decirle que ha embrujado usted mi cuerpo y mi alma y que la amo... la amo... la amo y que ya nada podrá separarme de usted».

***

La familia de Connor respetó el silencio que impuso el joven después

de

explicar lo que había acontecido con el ex de Marta. Él se cerró en banda y no quiso añadir nada más a los hechos en cuestión, pero todos sabían que algo más grave y profundo le había ocurrido al primogénito de los hijos de Darren y Shannon y tenían la intuición que algo tenía que ver con Marta.

Como si no fuese la cosa con ellos, intentaron comportarse como si no se diesen cuenta de que caminaba como un alma en pena por la casa y que, en cualquier situación o momento, él se quedaba absorto en sus propias cavilaciones, aunque el bullicio de su familia fuese ensordecedor. Negros nubarrones se cernían en el interior de sus pupilas.

Incluso Kelly intentó despertarlo de su letargo metiéndose con Cara, algo que a él le molestaba mucho y siempre saltaba para defender a su hermana pequeña, pero esta vez no resultó y Kelly tuvo que darse por vencida. Su hermano no estaba en este mundo. Shannon, con la mirada, les advertía a sus hijas para que dejasen a Connor en paz. Sabían cómo era y él no soltaría prenda hasta que no lo necesitase; en todo caso, la insistencia, lo único que les proporcionaría, sería más mutismo por parte del hermético joven.

Pero el domingo Kelly no pudo aguantar más y en la primera ocasión que tuvo, al verlo solo, lo agarró por el brazo y lo arrastró hacia uno de los bancos que había en la orilla del lago.

—¿Qué ha pasado? —exhortó en cuanto estuvieron sentados.

—Ya os lo he contado, Kelly.

—No, no intentes engañarme. Hay algo más que te retuerce de dolor. Lo sé. Recuerda que te conozco de toda la vida —le recriminó con una sonrisa guasona, aunque enseguida se puso seria de nuevo—. Connor, puedes hablar conmigo, es más, creo que lo necesitas.

Connor miró a Kelly como si la viera por primera vez. En esos momentos había dejado de ser la hermana guasona para convertirse en una hermana amiga con la que se podía desahogar y en la que podía confiarle su corazón.

—Estoy enamorado de Marta.

—Eso no es nada nuevo, ya lo sabía.

El joven hizo un gesto con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Siempre tan listilla, pero lo que seguro que no sabes es que me ha dado calabazas.

—¡No! ¡Imposible!

—Gracias por tu confianza en mí, pero así es.

—¿Por qué?

—Bueno, eso todavía no me lo ha dicho.

—¡¿Cómo?! —exhortó extrañada haciendo un mohín muy cómico en sus labios.

—A ver, es que todavía no me ha dicho que no en la cara, la forcé a que se lo pensase, pero estoy seguro de que así será.

—¡Venga ya, Connor! Perdona, pero yo creo que tú no estás enamorado de Marta.

El economista frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Porque te estás saltando la máxima del amor verdadero.

—¿Qué es…?

—Pues que el amor te lleva a pensar que cualquier cosa es posible.

—Yo no estoy haciendo eso, Kelly, soy realista, nada más.

—No, hermanito, estás siendo negativo y pesimista y yo no entiendo por qué. Yo vi la complicidad que hay entre vosotros, vi pasión entre los dos. Recuerdo perfectamente vuestro baile en el *pub*. Lo siento, pero no comparto tu visión de vuestra relación.

—¿Nos viste?

—¿Acaso lo dudabas? Y lo que yo vi en vosotros, Connor, se asemejaba mucho a lo que yo llamo amor.

—Pues era amistad con derecho a roce.

—No, hermanito, no. Rememora el momento y dime lo que piensas de

verdad.

Y eso hizo: recordó a Marta con su rostro apoyado en su pecho, con los ojos cerrados. Él acariciaba su espalda mientras apoyaba sus labios en el cruce entre la clavícula y el cuello de ella. Sentía que había una conexión en el cuerpo de los dos, que se reconocían.

—Vale, Kelly, quizás yo lo sienta así, como tú dices, pero si ella no lo percibe…

—En ese caso, solo te pido que no tires la toalla al primer obstáculo.

Persiste. Tú sabes que, como dice mamá, los pasos que des no hace falta que sean grandes, solo tienen que ir en la dirección adecuada.

—Hermanita, te has convertido en una sabia.

Él comprendió, gracias a las palabras de su hermana, que no quería ir a la deriva, sino buscar su destino. Vio en su mente el camino de baldosas amarillas que le llevarían a encontrar la senda a la felicidad si conseguía hallar el equilibrio entre el corazón, la mente, la fuerza y, por supuesto, el propósito de vida.

Su corazón pertenecía a Marta, su mente estaba totalmente ocupada por ella y su propósito de vida era conseguir su amor. Solo le faltaba encontrar la fuerza necesaria para luchar por lograrlo.

Le dio un beso a su hermana en la mejilla y se levantó con ímpetu.

—Gracias, Kelly. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí.

## Capítulo 39

Marta entró en su casa con el firme propósito de volver a retomar su vida, quizás no desde donde la había dejado cuando se precipitaron todos los acontecimientos de los últimos días, pero sí con el empeño de que no le afectasen en el futuro, pero, cuando sonó el timbre de la puerta, no pudo evitar tener un ligero estremecimiento y quedarse en suspenso unos segundos antes de dirigirse hacia ella.

La abrió con ímpetu para demostrase a sí misma que no tenía miedo a que fuese Liam y se encontró con Connor que hizo un gesto de sorpresa al ser recibido con esa intensidad.

—Hola —balbuceó Marta.

—Hola —le respondió el economista, cortado.

—¿Quieres pasar?

—Si no te importa, me gustaría que me acompañaras a dar un paseo por el parque.

—Claro que sí.

La joven cogió las llaves de su vivienda del platillo que tenía en el recibidor para ese fin y lo siguió.

Santry Park se había convertido en algo especial también para Connor.

Era como ese reducto de tranquilidad que reconforta y aclara la mente; ese lugar especial en el que todo lo que ocurre allí está impregnado de belleza y positividad. En él había conocido con mayor profundidad a Marta, se habían besado y confesado. La había consolado y se habían reconciliado.

Por eso quería tener la conversación más trascendental de su vida allí, bajo un enorme roble que los protegería como si fuese una cúpula de cristal.

—Marta, sé que no soy un hombre muy jovial y que peco de ser seco y huraño. Que a veces puedo ser demasiado protector y que me gusta hacer las cosas a mi manera. No soy guapo y mi fisonomía no es la de un cuerpo fuerte y con músculos muy desarrollados, sino excesivamente delgado.

También sé que tengo un excesivo gusto por el trabajo bien hecho y…

Se calló y miró a la joven que mantenía la cabeza agachada atenta al camino que seguían.

—¿Sabes? Estaría bien que me frenaras —continúa Connor con tono lastimero.

—Cuando digas algo de lo que no esté de acuerdo —respondió Marta con sarcasmo.

Levantó la cabeza, lo miró con ojos guasones y rompió a reír con unas fuertes carcajadas que impulsaron al joven a imitarla.

—Connor, hoy no tenía el propósito de regalarte el oído —dijo Marta en cuanto paró de reír—, pero si esa es tu forma de venderte, tendré que echarte una mano. Todos tenemos lados oscuros y lados claros, nadie es perfecto. Para mí tus lados claros son tu fidelidad, lealtad y

generosidad, así como tu afán de protección (sí, esa que tú has puesto en el lado negativo), el sentido de la amistad tan desarrollado que tienes, tu educación (aunque a veces no lo parezca), tu timidez (te he sorprendido, ¿eh?) a pesar de que a veces te hace ser demasiado sincero y a mí me da pie para meterme contigo, tu forma de hacer el amor y, sobre todo y por encima de todo, tu embriagadora sonrisa. ¡Ah! Y, cuando te pones a ello, tu sentido del humor.

Además, eso de que no eres guapo… depende para quién.

Connor la miraba estupefacto. A priori no sabía lo que se iba a encontrar por parte de Marta, desde luego, esas palabras no, pero fueron el detonante que le impulsó a preguntar:

—Entonces, ¿debo suponer que ya has tomado una decisión?

—Es cierto, la he tomado.

—¿Y?

—Verás, yo no quería tomar una decisión correcta para mí, sino que lo que necesitaba era fe en mí misma para reconocer las respuestas sinceras a mis propias preguntas.

—¿Y lo has hecho?

Marta afirmó con la cabeza.

—A veces, las respuestas se encuentran en otro. Alguien que fue la primera persona a la que quise contárselo todo. Alguien que siempre se interesa por lo que tengo que decir. Alguien que es tu mejor amigo.

El corazón de Connor se paralizó durante unos segundos para luego comenzar a rugir con estruendo.

—Alguien que te quiere.

—¿Sabes? —dijo Marta a la vez que paraba sus pasos y se giraba hacia él—. Esta mañana leí un libro que decía: «La última libertad humana es poder elegir». Y yo te elijo a ti. Elijo pasar el resto de mi vida junto a ti porque te amo, Connor, y no quiero perderte.

El joven la enlazó por la cintura, la estrechó contra su pecho y con lentitud fue bajando su cabeza hasta unir sus labios en un beso que comenzó con dulzura pero que pronto se convirtió en arrebatador, en puro ardor. El deseo inundó todos sus sentidos, lo embriagó y lo

encendió de tal manera que estuvo a punto de desnudarla allí mismo.

—Vámonos a tu casa —le dijo sin apartarla de él.

—Ya sabía yo que iba a pasar esto.

Unidos por los brazos en las cinturas de ambos, se dirigieron hacia la casa de Marta.

—Connor, hay una cosa de la que quiero avisarte: yo no me quiero casar.

—¿Por qué? —protestó el joven con el ceño fruncido.

—Porque no. Me sentí lo suficientemente atada con Liam sin estar casados que no quiero ni pensar en firmar un papel que me una a nadie.

El empresario la comprendió. Necesitaba tiempo para expulsar a todos sus demonios y él se lo iba a dar.

Epílogo

*Un mes después*

Al día siguiente se cumplía el primer mes de unión como pareja y Connor creía que ya era tiempo de dar un paso más. ¿Que el mundo entero pensase que era muy precipitado? Le importaba un bledo. ¿Que la propia Marta, lo más seguro, le daría una negativa a su pregunta? Insistiría al próximo mes y así sucesivamente hasta que la respuesta fuese afirmativa.

Sabía de sobra que ella le había pedido tiempo, pero él necesitaba algo más. Quizás era algo tradicional en esas cosas, pero estaba impaciente por que ella considerase que su amor era eterno.

Llevaba una semana dándole vueltas a la cabeza y esa noche daba vueltas en la cama sin poder dormir. Marta era imprescindible en su vida, él lo tenía muy claro. Durante ese tiempo todo había sido perfecto. Ella se había afianzado en la empresa y colaboraban mano a mano en todo. Se habían convertido en una unidad. Pero cuando dejaban los ordenadores y cerraban la puerta del despacho, la conexión era aún más fuerte, si eso fuese posible. El amor que se sentían irradiaba como una estela de luz que se derramaba a su alrededor. Sus amigos se burlaban de él al ver cómo la mayor parte del tiempo había dejado de lado su ceño fruncido y sonreía embobado

cada vez que miraba a Marta.

Al final, envalentonado, se levantó de la cama, puso una canción romántica en el móvil, se arrodilló al lado de la cama donde dormía Marta y le acarició la mejilla con ternura.

—Despierta —le susurró cerca del oído.

—Mmmmm.

—Despierta, tengo que hablar contigo.

—¿De qué? —balbuceó la joven sin abrir los ojos.

—Necesito preguntarte algo importante.

—¿Puedes esperar hasta mañana?

—No lo creo, princesa.

Marta abrió un ojo y se desperezó.

—¡Jo! ¡Estaba soñando! Y estaba tan a gustito… ¿qué quieres? —Giró la cabeza a un lado y a otro—. ¿De dónde viene esa música? ¿Qué pasa?

—Del móvil. La necesito para hacerte una pregunta.

Marta abrió los ojos de golpe.

—¡Un momento! Chico con pregunta importante, música romántica…

No estarás de rodillas, ¿verdad?

—Pues sí que lo estoy.

Marta miró al techo y puso los ojos en blanco.

—Está de rodillas —se dijo para sí misma—. ¿Esto es una proposición indecente?

Connor sonrió con timidez.

—No. Todo lo contrario. Es una proposición muy decente. —Le agarró una mano con ternura y tras una pausa añadió—: Marta, ¿te casas conmigo?

La joven cerró los ojos y permaneció en silencio durante larguísimos

segundos.

—Princesa, ¿no tienes una respuesta? Algo… Sí, no, olvídame pringao…

—No sé, o sí. ¡Oh, vaya, mira que eres inoportuno! Espera, creo que voy a decir… ¡Sí! Y gracias por no hacer una de esas declaraciones melodramáticas en medio de un sitio público y con una cámara grabándolo.

No lo soportaría.

—Yo tampoco y muchas gracias por decir que sí, me has hecho el hombre más feliz del mundo. —Se rio Connor a la vez que se agachaba para darle un beso.

—Espera, todavía no he terminado —dijo posando una mano en el pecho del joven para evitar que se acercara a ella. Se sentó en la cama y le pidió que se pusiera entre sus piernas—. Quiero una boda civil e íntima; la

familia y poco más. Pero sin fechas, Connor, me comprometo a que sea en un tiempo no muy lejano, pero nada más. —Posó sus dos manos con suavidad a los dos lados de la cara del joven y continuó—: Connor, te amo.

Quiero que eso te quede claro. Para mí ya eres mi marido, mi pareja, mi amigo y mi amante. Que firmemos un papel no va a cambiar eso, pero si a ti te hace feliz, yo seré feliz por complacerte.

—Gracias, mi amor —murmuró el joven sobre sus labios.

***

Era domingo y se habían reunido en Cork con la familia de Connor para celebrar el cumpleaños de Kelly. También estaba Declan que se había unido a la celebración a última hora.

Connor observaba cómo Marta le hacía carantoñas a su sobrino Niall.

Al día siguiente ellos partían hacia Burgos para ver a Jesús. Laura afirmaba por teléfono a su nieta que ya se había recuperado del todo, pero ella quería comprobarlo por sí misma.

Durante el tiempo que llevaban de convivencia, el amor por esa muchacha había aumentado todavía más, aunque le pareciese

imposible.

Conocer su forma de moverse por el mundo, su vitalidad y positivismo habían conseguido embaucarlo y contagiarle de todo ello. Y la verdad era que la vida se veía mucho más bonita así, con muchos más colores; mejor dicho, con todos los colores posibles, con otra relación con las personas, por lo menos las que más le interesaban a él.

Sentía un orgullo acérrimo por ella, por su forma de ser, por su profesionalidad, pero también estaba orgulloso de sí mismo por haber conseguido su amor. Ese amor que llenaba cada poro de su piel, que lo mantenía en un deseo constante y que conseguía que fuese el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Ella era su mitad.

—No puedes apartar la mirada de ella, amigo —le dijo Declan a la vez que le daba una palmada en la espalda.

—Imposible. Temo que desaparezca si lo hago.

—¡Oh! ¡Vaya! Si lo llega a oír Marta se derrite, pero a mí me ha

parecido una mermelada azucarada y mantecosa.

Connor bebió un trago de la copa de vino que tenía en su mano.

—Algún día te llegará, Declan, y seré yo el que me burle de ti.

—Eso no lo verán tus ojos, me gustan demasiado todas las mujeres.

—¡Menos la mía! —exhortó Connor, dirigiendo su mirada hacia él con el ceño fruncido.

—Por supuesto, la tuya es tabú para mí, Connor, y me ofende que lo dudes.

—Por cierto, ¿sabes algo de Seán?

—Nada. Desde que lo llamó Megan para que se reuniese con ella, no sé nada de él.

—Espero que les vaya todo bien.

—Y yo espero que me devuelta a mi secretaria de una vez. Entre que tú te vas de viaje y que él ha corrido al encuentro de su amada, me quedo solo ante el peligro. ¡Y todo por el amor! ¿No es de locos?

—¿Me lo preguntas a mí? Ya sabes lo que te voy a contestar.

Mientras tanto, Marta se había acercado a hablar con Kelly. La hermana de Connor estaba feliz al ver a su hermano y a su novia tan enamorados.

—Me alegro mucho de que por fin seas mi hermana, aunque sea postiza

—le dijo Marta mientras le daba un abrazo—. Me encantan los nuevos componentes de mi familia.

—Mañana os vais a Burgos, ¿no? Tengo ganas de conocer a tus abuelos.

Connor habla maravillas de ellos dos.

—Sí, son una pareja muy peculiar. Yo creo que mi abuela Laura supo que yo estaba enamorada de tu hermano antes que yo misma.

—Eso lo supimos todos, Marta. La última fuiste tú en enterarte. El que os veía desde fuera no tenía ninguna duda de lo que sentíais el uno por el otro.

—Quizás tengas razón, Kelly, porque en el momento en que lo admití, los sentimientos eran tan fuertes que casi me explota el corazón.

Comprender que lo que más ansiaba en la vida era estar junto a él me rompió los esquemas que me había planteado durante un año. Tuve que

decidir si prefería seguir unos principios que me apartarían de él o romperlos para gozar a su lado y he de confesarte que con una sesión de cine romántico incluyendo *Orgullo y prejuicio* acompañada de muchas lágrimas y palomitas de maíz fue suficiente para saber lo que quería.

Kelly sonreía al escucharla al tiempo que de vez en cuando dirigía su mirada detrás de ella. Marta lo comprendió cuando un brazo rodeó su cintura y una boca se posó en su cuello.

—Princesa, si llego a saber antes que con ver en la tele la historia de Darcy y Lizzy te ablandarías, habrías sido mía desde el principio.

Marta giró su cabeza y acarició con su mano la mejilla de Connor.

—Yo quedé atrapada bajo el influjo de tu sonrisa el primer día que paseamos por Santry Park, amor mío.

—Pues me lo hiciste pasar un poco mal, querida.

—La culpa no fue mía, sino de tu timidez.

La joven se giró entre su abrazo para colocarse frente a él. El resto del mundo había desaparecido, incluso Kelly, que los miraba sonriente.

—¿Sabes que te adoro? —inquirió Connor a Marta muy muy cerca de sus labios.

—¿Sabes que yo te amo con locura? ¿Sabes que no podría vivir sin ti?

¿Sabes que estoy loca por tocarte?

—Marta… tú sigue así y te cargo sobre mis hombros y nos vamos a la habitación.

—Mmmm… cómo me gusta ese neandertal que llevas dentro.

Una tos fingida atrajo la atención de la pareja; junto a ellos estaba Declan.

—Chicos, ¡cuánto amor hay aquí! ¿Me dais un poquito a mí? —Y abrió los brazos.

Ambos lo miraron, luego se miraron entre sí y se comprendieron enseguida. A la vez, se dieron la vuelta para darle la espalda a Declan y desaparecieron…

***

—Mi querida Laura, creo que están hechos el uno para el otro, ¿verdad?

—manifestó Jesús en cuanto la pareja salió de la casa.

—Di que sí, amor. Me recuerdan mucho a nosotros dos.

—Sí, es cierto, cariño mío. Yo tampoco puedo dejar de tocarte y de seguirte a todos lados como un corderito.

—¡No seas bobo! —exclamó Laura al tiempo que le daba un manotazo a su marido en el hombro—. Sabes que me refiero a nuestra historia de amor.

Jesús la miró arrobado.

—Nunca te agradeceré lo suficiente que tuvieses el arrojo para quitarte de en medio a ese bastardo y elegirme a mí.

Laura agarró la mano de su esposo y lo miró con inmenso amor.

—Y yo nunca podré olvidar que tú me protegieras de él. Te amo, mi querido esposo.

—Te amo, mi reina.

***

—Pero ¿dónde vamos? —preguntó Connor con curiosidad.

—Es una sorpresa, pesado, y si te lo dijese, ya no lo sería —le contestó con una sonrisa pícara mientras conducía con atención el coche.

—Puedo especular y tú me dices si me acerco o no, ¿vale?

—Está bien, juguemos a caliente o frío, a ver si así te distraes un poco y dejas de preguntar cosas que no puedo contestar.

—Bien, empecemos: me has hecho ponerme unas botas de montaña y ropa cómoda, por lo que puedo deducir que vamos hacia una montaña.

—Hummm… Caliente.

—¡Vale! Nos vamos de acampada a algún lugar paradisíaco.

—Frío.

—¡No me gusta este juego! —exclamó Connor con voz enfurruñada.

—Pues sí que te has cansado pronto —indicó Marta tras una carcajada

—. Está bien, te lo voy a decir, porque ya estamos llegando y no quiero que te tomen por un panoli. Mi abuelo es amigo de Juan Luis Arsuaga.

Connor la miró interrogante.

—Es el director de las excavaciones de Atapuerca. Ahora mismo se está efectuando una campaña de excavaciones y mi abuelo ha conseguido que puedas participar en ellas durante una semana.

—¡¿Cómo?! ¡Para! ¡Para, por favor! ¡Para el coche!

Marta, desconcertada, disminuyó la velocidad y paró en la cuneta.

—Baja del coche —le pidió Connor con voz ronca.

No entendía lo que le pasaba, así que le hizo caso y salió del cubículo.

En cuanto se encontró con Connor, el joven la rodeó con sus brazos y la apretó hacia su pecho en un abrazo fuerte.

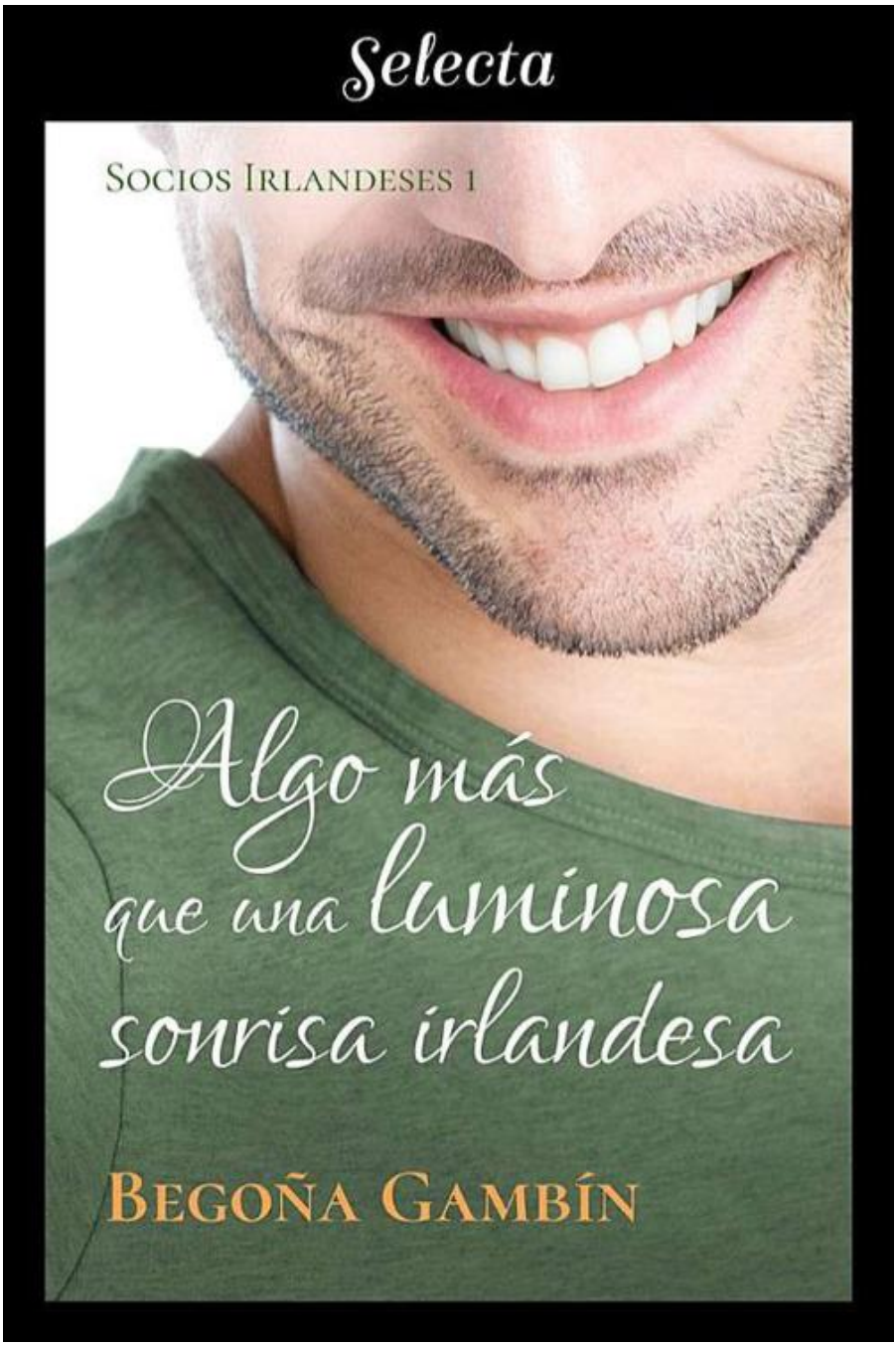
—¿Qué ocurre, Connor?

—Que te adoro, princesa mía. Gracias, mi amor, millones de gracias por hacer realidad mi mayor sueño. Eres lo más grande que ha pasado en mi vida y jamás podré agradecerte lo suficiente el gran honor que me has hecho al corresponderme.

—No necesito que me lo agradezcas, cariño. Me doy por muy bien pagada con tu sonrisa.

Esa sonrisa que la mantenía bajo su influjo y de la que ya no necesitaba aprovechar las pocas oportunidades en las que antes su dueño la dejaba expandirse, porque ahora casi permanecía permanente en su rostro.

FIN




**La sonrisa es uno de los primeros síntomas de atracción, pero si**

**además enciende pasiones... ¿quién puede resistirse?**

Connor es un economista tímido y huraño, socio de una empresa de creación de videojuegos desbordado de trabajo debido al auge de la empresa. Sus amigos y socios, Declan y Seán, sin la aprobación de Connor, contratan a una joven en prácticas para ayudarlo. El recibimiento, por parte del economista, no es el esperado por la joven, aunque ella confía en demostrar su valía.

Marta ha vuelto a su añorada Irlanda tras graduarse en Burgos, ciudad de sus abuelos paternos con los que ha vivido el último año para alejarse de una mala experiencia. Regresa llena de fuerza y con la esperanza de crease un porvenir profesional en la empresa que ha elegido como la más idónea para conseguirlo. Por eso se siente impotente ante la actitud reacia de su jefe. Cuando comienza a desesperarse, el enfrentamiento de trenes está asegurado, salvo en el caso en el que salga a relucir una luminosa sonrisa...

Pero una persona del pasado regresa al presente de Marta y su mundo comienza a tambalearse, a la vez que en la empresa ocurre algo que aumenta sus problemas. Estos nuevos acontecimientos cambiarán el futuro de los dos y los hará conocerse más íntimamente desatando el deseo y la pasión entre los dos, aunque ambos tienen barreras que no quieren traspasar.

Para él no es el momento de una relación porque su trabajo lo absorbe.

Ella arrastra un secreto que le impide creer en el amor.

**Begoña Gambín**. Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género

para escribir que me apasiona.

NOTAS

Capítulo 2

[1] Boxty es un pastel de patata muy típico de Irlanda.

Capítulo 12

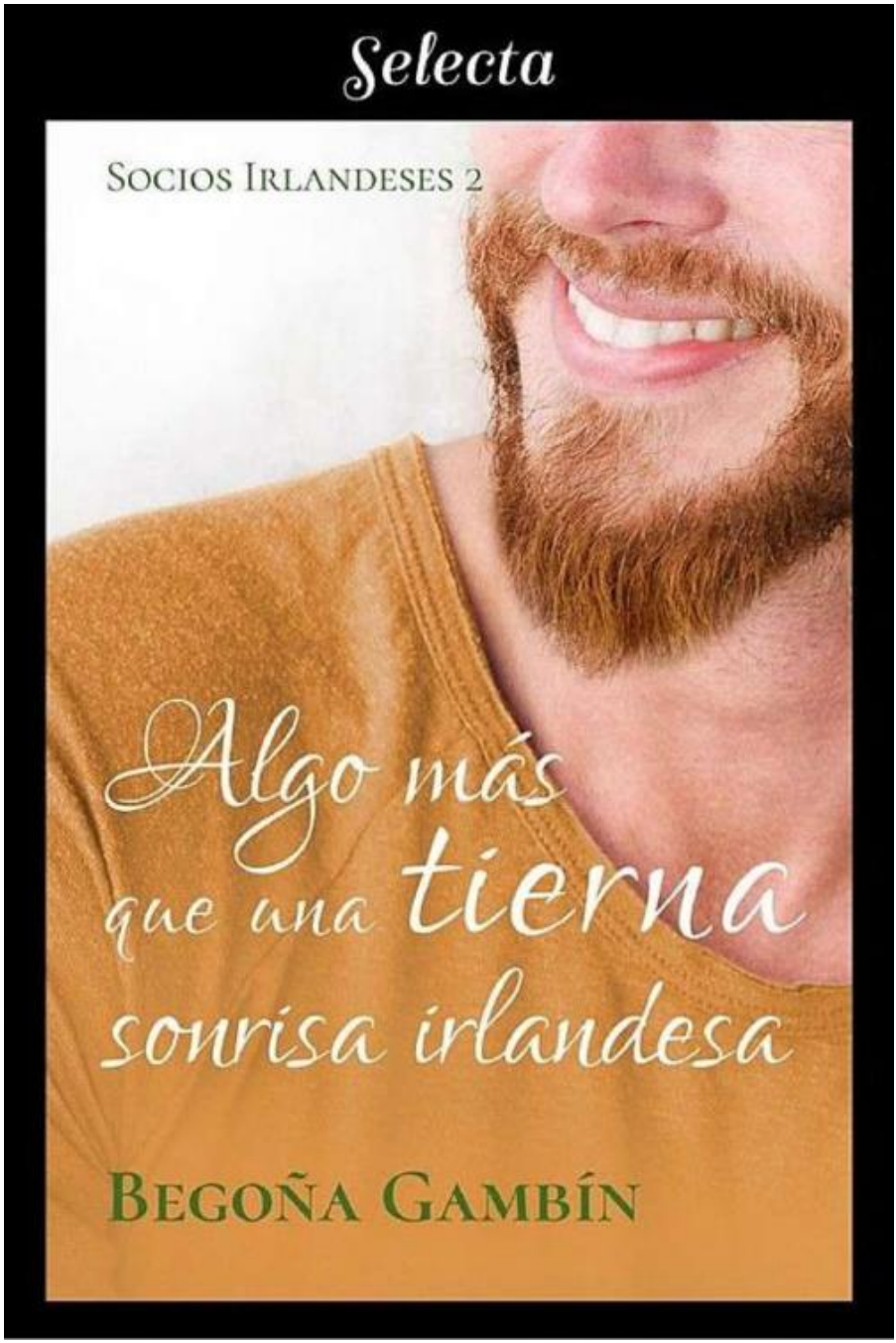
[2] Expresión con connotaciones itálicas que se utiliza para designar algo sabroso, delicado, exclusivo, lo más de lo más, digno de un príncipe de la iglesia.

[3] En inglés: destructor.

Capítulo 14

[4] En francés: saber hacer.

Selecta




Selecta

Algo más que una tierna sonrisa irlandesa

Trilogía socios irlandeses 2

*Begoña Gambín*

*A ti, siempre a ti*

Prólogo

Ya lo había hecho. Era doloroso, pero no había tenido más remedio.

Seguro que pronto se arrepentiría porque echaría de menos a mucha gente, pero era necesario. Era preferible evitar males mayores y consecuencias más penosas; no quería dejar de sentir el amor y admiración que sentía por sus seres queridos.

Por primera vez en su vida estaba sola más de unas pocas horas.

Era uno de esos actos que la vida te lleva a realizar sin querer. Que no suceden porque sí. Un cúmulo de situaciones, una saturación del espíritu y un hartazgo físico y psíquico nos obligan a tomar decisiones que no habríamos tomado nunca si las circunstancias no nos hubieran arrojado a ello. Si alrededor de nuestro mundo, de nuestra vida segura y confortable donde nuestra familia son las vigas que la sustentan y las paredes que nos protegen, todo siguiese igual y no se convirtiese en un caos.

Cuando llevas una vida sobreprotegida en exceso, tomar esa decisión es como arrancarte la piel a tiras sin anestesia, como sangrar de forma descontrolada. Por eso es un momento importante, decisivo, y que te pone a prueba. Debes elegir un mal menor, aunque te desgarre por dentro, o una vida llena de falsedad y sin principios.

Y ella había elegido.

El ascenso del avión le revolvió el estómago, en parte por el vértigo del hecho en sí, y en parte porque ya no había vuelta atrás. Iniciaba una nueva vida lejos de su ciudad natal. De su país querido.

Elegir un lugar donde crearse una historia nueva fue difícil. Miró durante horas el globo terrestre que tenía en su habitación; le dio vueltas y más vueltas. Apoyó su dedo índice sobre decenas de lugares, hasta que se

decidió por uno. Allí tenía alguna amiga de la universidad, además de que controlaba perfectamente el idioma, a nivel nativo, ya que era la segunda lengua oficial en su país.

Se tocó las puntas de su pelo sin darse cuenta, como hacía cada vez que se sentía nerviosa. Las decisiones duras suelen crear dudas, y ella era toda una indecisión andante, pero era imprescindible que huyese si quería ser la dueña de su propia vida.

Una solitaria lágrima recorrió su dulce faz desde el rabillo del ojo hasta el mentón y cayó en el cuello de su blusa rosa chicle para difuminarse. Se pasó la mano con suavidad por la cara para eliminar el rastro húmedo que había dejado, como si eso pudiese borrar también la congoja que le apretaba el pecho y hacía palpitar su corazón. Hasta ese momento había podido controlar las tremendas ganas de llorar que persistían en su ánimo desde que había tomado la decisión.

Ante el miedo de que esa lágrima fuese el preludio de un descontrolado lloriqueo, suspiró con fuerza, reclinó la cabeza en el asiento y cerró los ojos en un intento de concentrar su mente en un futuro donde sus errores y sus aciertos se debiesen solo a su propia elección.

Pero se equivocó. Su mente buscó otros pensamientos que nada tenían que ver con su porvenir, sino con un pasado que seguía influyendo en su presente.

Siempre le interesaron las biografías de las mujeres que han hecho historia en sus respectivos países y, por ende, en el mundo entero. Esas mujeres que saltaban por encima de las normas no escritas, o incluso de las escritas, para hacerse oír, para demostrar su valía y declarar ante todos que pensaban y hablaban en alto porque tenían algo que decir. Cada vez que encontraba en la librería algún libro sobre alguna de esas mujeres, no dudaba en adquirirlo. Era la fuente en la que se abastecía de fuerza y el espejo donde intentar reflejarse. Gracias a ellas, había tenido la energía suficiente para forjar su propia identidad.

No le agradaba haber tenido que llegar a esos extremos pero, si no lo

hubiese hecho, en esos momentos se sentiría inmensamente desgraciada y

habría hecho terriblemente infeliz a su mejor amigo. Él no era cualquier amigo. Había estado en su vida desde que había nacido tan solo unos meses después que él. Sus manos eran las que más veces habían entrelazado las suyas, las que más veces la habían consolado ante cualquier tropezón. Pese a tener la misma edad, él había cuidado de ella siempre, había sido su paño de lágrimas y el guardián de los secretos que escondía en su corazón. No podía fallarle.

En vista de que sus pensamientos no la dejaban en paz, volvió a abrir los ojos y miró a su alrededor en busca de otras historias. Su asiento lindaba con el pasillo; la primera persona con la que tropezó su mirada fue la que estaba sentada al otro lado del corredor, en diagonal a ella.

Por lo que divisaba de él, se trataba de un hombre vestido con un traje sastre azul de muy buena calidad. Por el borde de la manga se veía el puño de una camisa blanca impoluta cerrado con un gemelo de oro. ¿O quizás no fuesen de oro? Era extraño que un tipo con esa elegancia viajase en clase turista. «No es oro todo lo que reluce», pensó. Elevó sus ojos hasta el perfil del hombre y pudo observar que su pelo, peinado hacia atrás, brillaba de gomina o de cualquier otro potingue similar; su mentón era duro y su nariz, aguileña. Sobre sus muslos reposaba un maletín de piel negra.

Quizás fuese un banquero, o a lo mejor un representante de joyas. Por eso llevaba los gemelos. O quizás era un ladrón de guante blanco…

Agarraba el maletín con las dos manos de una forma muy sospechosa…

Bajó la mirada hasta su pie, que se movía inquieto, como si tuviese el baile de San Vito.

Este baile era algo curioso que había leído en la Wikipedia hacía poco tiempo, según recordó. Se trataba de un fenómeno social producido principalmente en los países centroeuropeos entre los siglos XIV y XVII, y que consistía en grupos de personas que bailaban de manera irregular hasta que se derrumbaban de agotamiento. Lo más llamativo era que, entre los estudiosos de hoy en día, no había consenso en cuanto a la causa de la manía del baile, pero hubo verdaderas epidemias durante esos siglos, que afectaron a miles de personas.

Un movimiento extraño desvió su interés hacia el asiento que había a

su lado, al otro lado del pasillo. Sin ser muy descarada con su observación, solo pudo ver el regazo y piernas de una mujer. Sobre estas se había colocado una manta ligera, de esas que dan en los vuelos cuando es un trayecto largo. Ella había guardado la suya en el bolsillo del respaldo que tenía delante. Miró de reojo, pero no pudo detectar nada anormal. Habría sido su desbordante imaginación.

Pero todavía no había apartado la mirada de las piernas de la mujer cuando observó que las estiraba y las separaba una de la otra. Parecía que estaban en tensión, rígidas. Otro movimiento le llamó la atención: algo se movía bajo la manta… Curiosa, decidió colocarse de lado, como si fuese a dormir, y con los ojos entornados, a través de sus largas pestañas, tuvo una visión perfecta de lo que ocurría.

Al lado de la mujer, que por cierto era una joven de aproximadamente su edad, unos veinticinco años, estaba sentado un hombre que había deslizado su mano por debajo de la manta. Notó cómo un fuerte arrebol le cubría el rostro al comprender lo que sucedía bajo ese trozo de tela. Unos sonidos casi imperceptibles salieron de la garganta de su compañera de pasillo. Sabía que no estaba bien lo que hacía; debía apartar su mirada, pero sus ojos permanecían hipnóticos en la vibración, cada vez más rápida, que se notaba en la manta.

Con ímpetu, se volvió a girar y se puso derecha en el asiento. ¡Qué vergüenza! Jamás se había tenido por una mirona de ese tipo. Sí que solía observar a la gente que le rodeaba y fabular sobre sus vidas, creando historias que a veces tenían poco de reales y mucho de fantasía. ¡Pero esta era muy real! La joven que compartía pasillo con ella estaba disfrutando de un rato de goce a la vista de cualquiera que, como ella, dirigiese la mirada hacia ese asiento.

Le pareció excesivamente atrevido, pero también excitante. Ella no había sido criada para dar la nota de esa manera, sino para todo lo contrario.

El sexo era tabú en su círculo familiar. Quizás rayaba en el puritanismo, así que era otro de los asuntos que tenía que meditar…

## Capítulo 1

*Once meses después, diciembre 2017*

Megan, de reojo, observaba a su jefe, Declan Campbell, con su amigo y socio, Seán Gallagher. Eran las personas más distintas con las que se había topado en su vida. Mientras Declan era el prototipo de tío bueno (pelo largo rubio, ojos grises, boca sensual y un cuerpo de escándalo

cubierto por un elegante traje gris marengo), Seán era lo opuesto: pelirrojo con perilla y bigote, repleto de pecas, ojos verdes y con los brazos llenos de tatuajes tribales. Era unos pocos centímetros más bajo que su amigo, y su cuerpo, enfundado en unos pantalones de sarga beige con múltiples bolsillos y una camiseta negra, era de complexión atlética, posiblemente de nacimiento, porque era difícil verlo sin una pantalla de ordenador frente a él.

Pero, pese a todas esas diferencias, se llevaban de maravilla. Los tres socios de Dagda eran el ejemplo perfecto para demostrar que los polos opuestos se atraen. Cualquiera que los viese juntos sin saber que eran excelentes amigos, habría pensado que no tenían nada que ver entre ellos y que estaban unidos en ese momento por una coincidencia del destino pero que, en cuanto pudiesen, se desperdigarían en búsqueda de alguien más afín a cada uno de ellos. ¡Qué equivocado estaría!

Su jefe era el abogado de la empresa en la que ella trabajaba como su secretaria y Seán era el responsable de la programación de los videojuegos que se creaban en Dagda.

—¿Y Connor? —indagó Seán extrañado.

—Me ha dicho que ahora vendrá, que empecemos sin él —le respondió Declan.

—¡Buff! Últimamente siempre llega tarde, ¡con lo puntual que es él!

—Creo que está sobrepasado de trabajo, Seán. Los últimos meses hemos aumentado las ventas en un cien por cien. Hemos duplicado, y eso conlleva el doble de trabajo. Tú tienes nuevos empleados en tu departamento, pero él se niega a recibir colaboración. Yo le ofrecí la posibilidad de que Megan lo ayudase una temporada, pero se ha negado.

Los dos socios desviaron su mirada hacia la secretaria. Era una joven simpática y amable que siempre estaba dispuesta a tender una mano donde y a quien fuese necesario. Trabajaba en Dagda desde hacía unos diez meses, y los tres amigos la apreciaban mucho. Bueno, unos más que otros…

Con Connor, el economista de la tríada, había tenido que demostrar su paciencia hasta que se hizo a él. Era el más introvertido de los tres, hosco y huraño pero, en cuanto detectó que su lado oscuro se debía a su gran timidez, supo cómo llegar hasta él para romper esa barrera y conocer su lado protector y educado.

Con respecto a Declan, con quien batallaba a diario, no tuvo ningún problema desde el primer segundo. Era un joven alegre, guasón y optimista con el que daba gusto trabajar. Estaba encantada de colaborar con él, además de que era un gustazo verlo a diario: era guapo a rabiar.

Lo de Seán… era otro asunto. El primer día que lo conoció, cuando estrechó su mano, una descarga eléctrica le recorrió todo su cuerpo. Era la primera vez que le ocurría algo así, y la confusión la hizo parecer esquiva ante él. El joven la escrutó y frunció el ceño, lo que provocó que ella se sintiera rechazada, así que, en un principio, los dos decidieron rehuirse.

No era lo mismo que con Connor, porque al economista se lo veía venir de frente, pero con el programador la cosa cambiaba. Así que se dedicó a observarlo desde lejos y ver cómo se interrelacionaba con el resto de personal de la empresa.

Megan, durante los últimos años, había tenido que analizarse en profundidad para saber quién era y qué quería hacer en la vida, por lo que había logrado conocerse hasta las entrañas y aprendido a ser franca consigo misma; por eso reconoció la atracción que sentía por Seán. Debido a ello, de forma inconsciente, lo evitaba. Pero ¿y él? ¿por qué no se comportaba

con ella igual que con el resto?

Quizás no habían tenido una buena impresión el uno del otro.

Recordaba el ceño fruncido del joven, algo que no había vuelto a ver desde entonces, por lo que decidió darle otra oportunidad. A ella no le gustaban los malos rollos, y él era uno de los socios de la empresa, parte esencial de Dagda. Había oído hablar maravillas a su jefe de él por su destreza frente a un ordenador y calificarlo de genio informático. Además, una fuerte curiosidad por conocer a la persona había propiciado que, durante los últimos meses, iniciase un acercamiento que parecía que tenía sus frutos.

Su aspecto exterior le había llamado la atención desde el mismo momento en el que lo había visto y, a priori, le pareció un hombre desaliñado y friky, aunque poco a poco se fue acostumbrando a su forma de vestir. En el entorno que frecuentaba antes de que comenzara a trabajar allí, nadie usaba ese tipo de indumentaria tan estrafalaria para ella.

Quizás fuese esa forma desastrosa de vestir, o su curiosa fisonomía,

pero sin querer sus ojos siempre lo perseguían y lo veía reír con sus socios, darles unas palmaditas en la espalda con camaradería o hacer malabarismos con tres tazas de café para invitar a sus amigos. Lo vio hacer varios viajes con su coche para llevar a algunos de sus colaboradores a sus respectivas casas un día que llovía a mares. Observó cómo se preocupaba por ellos cuando una epidemia de gripe arrasó con su equipo de programadores. Le complació darse cuenta de que, en su departamento, en contra de lo más habitual en ese sector, se cumplía a la perfección la paridad de género. Y

llegó a la conclusión de que era una persona amable y cariñosa. Con todos, menos con ella.

La joven se levantó de su silla y se acercó hasta los dos socios.

—Lo he intentado, Declan, pero ha rechazado mi ayuda. Dice que no tiene tiempo para explicarme lo que podría hacer.

—¡Mira que es cabezota! —exclamó Seán a la vez que le dedicaba una sonrisa a Megan.

Ternura. Eso es lo que le venía siempre a la cabeza a la joven cuando

veía relucir la sonrisa de Seán en su rostro. Tenía una tierna sonrisa, por lo que se sintió identificada con él, pese a lo distintos que eran.

—Bueno, pues peor para él —intervino Declan—. Lo dejaremos en paz una temporada pero, si esto sigue así, tendremos que tomar medidas drásticas.

—Y yo te apoyaré —afirmó Seán—. Si sigue así, Connor va a caer enfermo.

Al joven se lo vio afectado. Megan detectó que la preocupación por su amigo era sincera y profunda, y un leve revuelo en su estómago le indicó que eso le había gustado mucho a ella.

No entendía el porqué pero, cada vez que detectaba algo que le agradaba del joven, un gusanillo interior precedía a la complacencia que la embargaba. Le gustaba que él fuese así.

Un parpadeo de sus ojos consiguió que apartase la mirada de Seán para dirigirla hacia su jefe; le había parecido que había dicho su nombre…

—Perdona, Declan, ¿me decías algo? —indagó con voz confusa.

—Sí, bella durmiente.

—No… no… estoy despierta… —balbuceó.

—Pues yo diría que necesitas un café para espabilarte del todo. Te decía que Seán necesita que lo ayudes a hacer el inventario de su departamento.

El año pasado fue un desastre, así que prefiero que lo guíes para que luego nosotros podamos hacer nuestro trabajo con mayor diligencia.

—Por supuesto que sí. Estaré encantada. Me entusiasman los inventarios, ya lo sabes. Descubrir todo lo que se ha ido guardando durante un año y de lo que ni se sabe que está ahí; son como pequeños tesoros. Y, como nunca he hurgado en ese departamento, seguro que será muy divertido.

Siempre le había gustado organizar armarios, y un inventario era lo más parecido en una empresa.

—¡Vaya! No lo había visto desde esa perspectiva —reconoció Seán—.

Yo les tengo mucha manía, pero creo que este año voy a disfrutarlo.

—Ya te dije que vivirías una experiencia nueva estas Navidades —

apuntó Declan con guasa.

—¿Esto era lo que tenías planeado? —preguntó asombrado.

—Ya me lo dirás cuando Megan te haga anotar hasta el más pequeño de los tornillos —replicó Declan entre risas.

—¡Ey! No seas tan exagerado, señor abogado. Yo solo cumplo con lo que se debe realizar en un inventario que se precie de ser correcto.

—Mírala, ya ha sacado su forma grandilocuente de hablar. A veces pienso que ella es la abogada y yo un simple pasante.

—Bueno… yo… —titubeó la joven al tiempo que elevaba una mano y acariciaba con sus dedos una medalla que colgaba de su cuello.

¡Qué dulce era! Megan era todo dulzura. Su cabello largo y lacio, con mechas que iban desde el rubio ceniza hasta el casi blanco, rodeaban su cara angelical; unos ojos rasgados de un brillante azul cielo, sus labios finos y sonrosados, además de una tez pálida, le conferían una apariencia frágil y serena.

A Declan le gustaba provocarla con sus bromas porque sabía que enseguida se aturullaba y le costaba responderle.

—Pues a mí me gusta cómo habla —la defendió Seán.

—Tú siempre ejerciendo, cuando puedes, tu papel de defensor de las causas perdidas.

—¿Causas perdidas? —intervino Megan sorprendida— ¿Qué insinúas con eso?

—No te sulfures, Megan, es un decir. Me refiero a que siempre sale en defensa del que cree débil.

La joven giró la cabeza hacia el programador con el ceño fruncido.

—¿Tú me crees débil? —lo interrogó.

—Bueno… no… no sé… pareces tan frágil… —le respondió Seán cortado. Su color de piel subió unos grados, y se tornó en un sonrosado intenso.

—Pues que no te engañe mi aspecto: te advierto que puedo sacar las uñas como una tigresa —replicó Megan sin reconocerse ni a sí misma al mismo tiempo que se ponía colorada.

—No exageres ahora tú, Megan: sabes que te ha calado —se burló Declan.

—Vale, vale. Se acabó la hora de meterse conmigo. Haced el favor de encerraros en el despacho y dejadme trabajar en paz —rezongó la joven a la vez que se dirigía hacia su mesa para sentarse en su silla.

—Está bien, ya nos vamos, pero antes quiero pedirte un favor: pasa una nota informativa a todo el personal de la empresa para recordar que mañana es ocho de diciembre y, como coincide que es viernes, vamos a dedicar unas horas a la decoración navideña, así que aconseja que vengan todos con ropa y calzados cómodos, por favor.

—¿Qué tiene que ver con que sea ocho de diciembre para adornar la empresa? —inquirió con interés.

—Es el día que llega oficialmente la Navidad a Irlanda. ¿No ocurre así en tu país?

—No… no…

—Megan, ¿es el primer año que pasas la Navidad aquí? —indagó Declan, más por educación que por curiosidad.

—Sí.

—Pues que sepas que aquí estas fiestas están llenas de tradiciones y costumbres muy curiosas.

Una batería de imágenes colapsó en la mente de la joven. Su última Navidad había sido el desencadenante de que ella estuviese allí, pero el

resto de las fiestas navideñas que había pasado junto a su familia y amigos durante sus otros veinticuatro años estaban repletas de recuerdos felices.

Momentos que perduraban y perdurarían en su memoria para el resto de su vida.

Pese a todo, ella tenía gran cantidad de vivencias felices. Su vida estaba plagada de dicha y bienestar. Hasta que…

—También en mi país… —murmuró Megan con un tono que destilaba añoranza. Enseguida se estiró y, fortaleciendo la voz, le dijo a su jefe —: Ahora mismo paso la nota, Declan, no te preocupes.

—Gracias, Megan. Eres la mejor.

El abogado le hizo un gesto con el brazo a su amigo para que pasara a su despacho, y cerró la puerta tras ellos. Era habitual que los tres socios se reunieran en el despacho de Declan porque era el único que tenía una mesa redonda con sillas, perfecta para juntarse los tres y debatir sobre Dagda.

Sobre la mesa, el abogado ya había colocado los documentos que iban a revisar.

—¿Megan es inglesa? —preguntó Seán con curiosidad mientras se sentaba.

—No, es de un pequeño país centroeuropeo… Lich… no sé qué, creo

—respondió Declan acomodándose a su lado.

—¿Liechtenstein?

—No, otro, pero igual de pequeño, creo.

—Veo que no te interesas mucho por la vida de tu secretaria. Solo crees cosas.

—Seán, a mí me interesa Megan desde la puerta de la nave hacia adentro. Con ello no quiero decir que no me preocupe por si está bien o mal, pero no me gusta meterme en la vida de los demás con sacacorchos y, en el caso de mi secretaria, enseguida detecté que no le gustaba que le interrogasen sobre su vida, sobre todo en lo que respecta a su pasado antes de comenzar a trabajar aquí.

—¿Te lo dijo ella?

—No pero, cuando esquivó mi tercera pregunta sobre su familia o dónde había trabajado antes de solicitar el puesto de secretaria, no sé, creo que mi perspicacia funcionó y me di cuenta de que no quería responder a ese tipo de preguntas —respondió con sarcasmo—. Lo único que sé es que llegó a Dublín poco antes de comenzar a trabajar aquí.

—¿Y aun así la contrataste? —preguntó Seán sorprendido.

—Llámame visionario, pero tuve la intuición de que Megan iba a ser mi secretaria perfecta. Y lo es, Seán. A mí no me importa el pasado de las personas, sino el presente.

—Pero, Declan, ¿no has visto esa mirada de tristeza cuando has hablado sobre las tradiciones navideñas?

—¿Y qué pretendes que haga? Ella es la que rehúsa a hablar sobre ello.

—No es necesario que hable de su pasado para que participe en el presente de nuestras fiestas, y más si está sola en Dublín.

—Vale, tienes razón —rezongó Declan.

—Bien. Pues vamos a hacer todo lo necesario para que pase la mejor Navidad posible.

—Seán, sabes que yo puedo hacer bien poco; la víspera de Navidad me voy a la península de Dingle a pasar las fiestas con mi familia hasta después de año nuevo y Connor irá y vendrá de Cork.

—Bueno, pues lo intentaré yo —replicó Seán con tono resuelto—. Me ha conmovido esa carita abatida, Declan.

El abogado se echó a reír.

—Cómo disfrutas haciendo de gran samaritano.

—Oye, ¿es que no te parece bien? —preguntó mosqueado.

—Por supuesto que sí, Seán. Megan se lo merece. Es una chica encantadora y dulce, y se merece todo lo mejor.

Y así era. Desde que había llegado a la empresa, había sabido ganarse la confianza y amistad de todos. Se hacía querer. Siempre dispuesta, siempre atenta, siempre con una amable sonrisa en sus finos labios.

Prácticamente, Seán no la conocía. Su departamento estaba situado al fondo de la nave, apartado de las oficinas. Incluso tenía una sala de descanso y un aseo aparte. Allí, él tenía su despacho rodeado de cristaleras que le permitían ver la sala donde estaban sus trabajadores con sus respectivos ordenadores. Y solo salía de sus dependencias para hacer una visita a sus socios, de vez en cuando, o cuando se reunían en el despacho de Declan para tratar sobre temas de la empresa, por lo que solo coincidía con ella cuando entraba en la antesala del despacho de su socio, donde Megan tenía su mesa.

Él podía pasar horas y horas en un ordenador o en otro; perdía el sentido del tiempo y solía ser el último en abandonar la nave. Disfrutaba tanto con lo que hacía que para él no era un trabajo. No había nada con lo que se lo pasase mejor.

Su vida giraba alrededor del mundo de la informática, y más en concreto en la programación.

## Capítulo 2

Megan se encontraba en el pub donde había quedado con sus amigos.

Miró alrededor para volver a admirar la decoración clásica de esos establecimientos tan típicos de Irlanda y escuchó la voz de su antigua compañera de la universidad y amiga íntima en la actualidad.

En cuanto Megan llegó a Dublín, Ryan le presentó a su grupo de amigos y, desde entonces, también lo eran de ella. La habían admitido y acogido enseguida y, gracias a ellos, su día a día en un entorno desconocido había sido mucho más fácil y no se había envuelto en esa soledad a la que tanto temía antes de encontrarse con ese recibimiento. Había congeniado muy bien con ellos, y esa tarde se habían reunido algunos para tomar unas cervezas.

A veces, en la inevitable soledad de su casa, pensaba en cómo habría sido su estancia en Dublín sin la compañía de esos alocados amigos, sin sus charlas repletas de risas y sus abrazos cargados de cariño. Eran una amalgama de gente dispar, cada uno con su personalidad y su forma de pensar, pero que se respetaban mutuamente.

—Espero que me vuelva a llamar; la verdad es que me lo pasé genial con él.

—¿Cuándo nos lo vas a presentar? —indagó la pelirroja Tara.

Ryan hizo una mueca de horror.

—¡Ni loca! Seguro que hacéis todo lo posible para chafarme el ligue.

—¿Y qué más te da? En cuanto te conozca un poco, huirá de ti como de la peste —se burló Kevin, que estaba sentado a su lado.

La joven giró la cabeza, miró a los ojos azules de su amigo y, alargando

la mano de improviso, le dio un tirón a un mechón rubio de su cabello.

—¡Ay! —se quejó el joven.

—¿Ves como no puedo fiarme de vosotros? Seguro que me lo espantáis antes de catarlo.

—¡Ah!, pero… ¿todavía no lo has desvirgado? —bromeó Tara.

—Pero ¿qué piensas de mí? Yo no soy como tú, que con un par de miraditas ya estás dispuesta. Yo necesito asegurarme de que me gusta, así que necesito unas dos o tres citas para dejar que me ponga una mano encima.

—¡Oye! Que yo tampoco me acuesto con alguien que no me guste, petarda.

Como siempre que sus amigas se ponían a hablar de hombres, Megan las escuchaba callada. No las juzgaba, ni nada parecido. Ella vivía en ese mundo y tenía amigas de su niñez y juventud, y sabía lo que pensaba la mayoría de ellas, pero su forma de ser le impedía acostarse con un hombre por el que no sintiese fuertes sentimientos, por no llamarlo *amor*.

Su primera vez, durante el primer año de universidad, había sido tan

desastroso… Ella había tenido la esperanza de que fuese una experiencia gloriosa, pero tenía unos recuerdos tan malos de aquel trance que su decepción la tuvo traumatizada hasta que la verborrea de las demás compañeras de universidad contando sus experiencias, la hizo comprender que era algo mucho más común de lo que ella pensaba.

Pese a ello, a partir de entonces, sus apetencias no se despertaban si no eran provocadas por algo más que una simple atracción física, así que, salvo un par de amoríos que no duraron demasiado, su experiencia sexual era más bien escasa.

Por eso le extrañaba tanto ese gusanillo que notaba cuando veía a Seán.

Era algo distinto a lo que había sentido hasta ahora, aunque no sabía ponerle nombre. Atracción era, eso lo tenía claro, pero… ¿de su físico? No, no era su tipo de hombre.

Al observarlo tan minuciosamente sabía que su forma de tratar a la gente, su generosidad y ternura le gustaban, pero ¿eso era suficiente para sentir atracción por él?

Sintió un golpe en su brazo, que interrumpió sus pensamientos y giró la cara hacia Kevin, que estaba sentado entre ella y Ryan.

—¿Tú te crees estas dos? Me tienen a mí aquí, el hombre perfecto, y no me hacen ni puto caso —susurró Kevin con una amplia sonrisa en sus labios en el oído de Megan.

La joven soltó una carcajada. Kevin era un guasón y siempre arrancaba las sonrisas de todos. Con bastante frecuencia se comportaba como un niño; parecía que se mimetizaba con sus «clientes»; él era pediatra en un hospital de la capital irlandesa.

—Tienes toda la razón, Kevin. Estas chicas no saben apreciar todos tus talentos. ¿Te apetece una partida de dardos?

—¡Hecho!

Los dos se levantaron de sus asientos y se dirigieron hacia la pared donde colgaba la diana; agarraron los dardos que permanecían clavados en ella y se apartaron para distanciarse y lanzarlos con la suficiente energía para intentar atinar en el centro.

—¡Hala! ¡Qué churra! —exclamó Kevin al ver cómo Megan casi

rozaba el color rojo del centro del blanco.

—De eso nada, querido doctor. Tengo una vista de halcón y un pulso firme, por lo que mi puntería es de francotirador.

—Recuérdame que no te haga cabrear. No me apetece que en un arrebato me pegues un tiro entre ceja y ceja.

—No te preocupes: si alguna vez tengo la irrefrenable necesidad de hacerlo, prometo que no sentirás nada.

—Gracias, es un consuelo.

Las risas de los dos llegaron hasta el lugar donde permanecían Ryan y

Tara, que volvieron sus cabezas hacia ellos; se miraron, se comprendieron y de inmediato se levantaron para unirse a los lanzadores de dardos.

Se notaba que era un grupo bien avenido porque las bromas y las risas no se vieron nubladas en ningún momento con malos rollos; solo compartían ocio y disfrutaban de la diversión.

Solían quedar los fines de semana y algún día entre semana, aunque más espaciado. Esos días al tuntún y los viernes, siempre quedaban en alguno de los pubs que frecuentaban en la zona de Temple Bar, pero los sábados, antes de acudir a aquellos lugares, cenaban en algún lugar para luego tomar una última copa porque los domingos acostumbraban quedar en alguna parte del inmenso Phoenix Park para hacer deporte; caminar, correr o montar en bici.

El viernes era el día de desmadrarse, de trasnochar y beber, de ligues y baile. Megan no acudía siempre esa noche, porque también le gustaba el silencio de un cine y las sensaciones que despertaba en ella el teatro. Era incapaz de perderse una película romántica o un musical pero, vamos, que su abanico de gustos con respecto al cine y al teatro estaba abierto a muchos otros géneros. A veces la acompañaba alguno de los integrantes del grupo, pero la mayoría de las veces iba sola. La verdad es que lo prefería porque su mente volaba y se sumergía en la historia, la hacía suya; vivía a través de los personajes durante el tiempo que duraba y le molestaba que a su lado alguien la incordiara con cháchara en susurros o al comer palomitas.

La noche del viernes que acompañaba a sus amigos, se dedicaba a conversar y tomarse alguna copa; no muchas porque enseguida se le subían a la cabeza, se mareaba y no se sentía bien. Así que ella era la

que solía controlar a sus amigos durante la juerga para que no tuviesen algo de lo que arrepentirse al día siguiente, cosa que no era del todo descabellada ya que, en varias ocasiones, sus alocados amigos le habían tenido que dar las gracias por evitarles que hiciesen el ridículo más vergonzoso.

Recordaba una vez que Nolan, otro amigo del grupo, con varias copas en su cuerpo, se había empeñado en ligar con la novia del propietario del establecimiento donde estaban. Ella observaba con atención los acercamientos de Nolan hacia la joven, pero también que el novio de ella

cada vez se ponía más morado y sus puños se apretaban con más fuerza, así que se acercó hasta su amigo y con mucho tacto, lo apartó de la joven.

Y de una noche que Ryan estaba de bajón porque su último ligue la había dejado plantada con un wasap poniendo como excusa que para él era demasiado apocada en la cama, por lo que ella se empeñó en demostrar que no lo era bañándose desnuda en el río Liffey. Una sonrisa cariñosa se escapaba de sus labios cada vez que rememoraba la forma en la que la había convencido de que ella también se unía a su reivindicación, pero que antes de desnudarse tenía que depilarse para que así la acompañase a su casa. Una vez allí, a base de distraerla y hacerle beber chupitos de tequila, consiguió que se quedase dormida.

En cambio, no faltaba a una cita de los domingos para hacer deporte en Phoenix Park. Le encantaba ir descubriendo poco a poco todos los entresijos de los que estaba compuesto el parque urbano más grande de Europa, en el que se disfrutaba de muchísimas zonas verdes, bosque, avenidas de árboles, monumentos y una manada de gamos que campaban a sus anchas por allí.

Pese a que se habían despedido todos en la puerta del pub, Megan se asombró cuando Ryan se acopló junto a ella y se acomodó a sus pasos. La miró con interrogación.

—Me apetece hablar contigo —reconoció Ryan.

—¿No has tenido suficiente?

—Tú y yo no hemos hablado.

—Bien, pues dime —replicó Megan—, ¿de qué quieres que conversemos?

—De tu corazón.

—¡Buffff! —se quejó la joven—. ¿Otra vez?

—Y todas las que hagan falta.

—Pues permíteme que te diga que eres sumamente obstinada.

—Vale, no me importa —reconoció su amiga—. Te diré, todas las veces que me dé la gana, que tienes que estar abierta al amor si quieres encontrar a alguien que te ame.

—Y yo te repetiré que no estoy buscando ningún amor, Ryan.

—¿Y qué me dices de Seán?

—Seán, ¿qué? —le preguntó un poco exaltada.

—Me hablas mucho de él.

—Porque me intriga como persona —aceptó—. Es la prueba personificada de que las apariencias engañan.

—Mira que eres clasista, Megan.

—¡No! Bueno, quizás lo fuese algo antes, puede… Pero desde que vivo aquí es uno de los esnobismos que me he sacudido de mi saco de cosas negativas. Tú sabes mi pasado, Ryan, así que debes reconocer que me he acoplado mucho mejor de lo que pensabas, ¿eh?

—La verdad es que quién te ha visto y quién te ve. Me siento muy orgullosa de ti, cariño —reconoció Ryan poniéndose seria a la vez que se paraba en medio de la acera para abrazar a su amiga—. Cuando me llamaste para contarme lo que pretendías, pensé que te costaría mucho acoplarte a la vida real, sin embargo, desde el primer día has puesto todo de ti para integrarte y formar parte activa en mi mundo, que ya es el tuyo, por supuesto.

—Gracias, amiga —agradeció a la joven al tiempo que le daba un fuerte beso en la mejilla—. Sin ti no habría podido. Me acogiste sin una sola pregunta, Ryan; sin hurgar en mi dolor. Me lo pusiste todo muy fácil; me incluiste en tu grupo de amigos, me encontraste trabajo, me ofreciste tu hombro para llorar hasta que se me secaron las lágrimas y tus palabras de aliento me reconfortaron hasta que pude salir a flote.

Las dos jóvenes estaban plantadas en medio de la acera agarradas una

a la otra por los brazos, con las miradas enganchadas. La gente pasaba por al lado y las miraba extrañada, pero ellas estaban en una burbuja de cariño,

solo para ellas, en la que no tenía cabida nadie más. Para ellas no hacía falta hablar, porque con la conexión visual se transmitían todo lo que querían decir. Los ojos vidriosos expresaban sentimientos, verdad y futuro.

Ryan sufrió con ella durante todo el tiempo que Megan necesitó para levantar su espíritu. Intentó sostenerla como si fuese un báculo, aunque el tiempo pasaba y su cuerpo, de por sí delgado, cada vez parecía más frágil y quebradizo.

Megan había alquilado un apartamento en Dublín antes de viajar hacia allí y, cuando Ryan vio en el estado en que llegaba, la obligó a que la admitiese en él para hacerle compañía hasta que se encontrara mejor.

Ella no conocía a esta Megan. Siempre había sido una joven encantadora y risueña. Era generosa, tierna y cariñosa, pero nada dada a los melodramas. La Megan que ella conocía afrontaba los reveses de la vida dando la cara con tranquilidad y serenidad. No era propensa a las expresiones desmesuradas de sus sentimientos, más bien todo lo contrario.

Durante las primeras dos semanas, por las noches, la oía llorar de forma desconsolada cuando creía que no la podía escuchar pero, pese a que se le rompía el corazón, sabía que no tenía que acudir a su lado. Solo un par de veces, cuando no pudo aguantar más sus desgarros, acudió a su lado, se acostó junto a ella en la cama y la abrazó mientras la balanceaba como si fuese una madre que acunaba a su bebé. Las lágrimas eran tan abundantes que la camiseta de su pijama acabó totalmente mojada, pero en las dos ocasiones, en cuanto se calmó un poco, la obligó a que se marchara de su habitación.

Durante el día deambulaba por la casa como un alma en pena. A veces conseguía que la acompañara a realizar algunas compras o a tomar algo con sus amigos, pero no fue hasta cuando comenzó a trabajar en Dagda que la auténtica Megan resurgió de sus cenizas como el ave Fénix.

El hecho de entrar a trabajar en Dagda había sido un punto de inflexión para ella: era lo que necesitaba. Gracias a la distracción que le proporcionó el inmenso trabajo que de inmediato colocó Declan

sobre su mesa, el tiempo que tuvo para rumiar sus penas disminuyó hasta que logró

arrinconarla en una esquinita de su mente.

La joven jamás le preguntó por lo que había pasado porque sabía que, si ella se había separado de su familia, algo muy gordo había sucedido. El entorno de Megan era muy «especial» y si ella, hasta ahora, había mantenido silencio, Ryan no era quién para indagar.

Las dos se habían conocido en la universidad de Viena mientras estudiaban Relaciones Internacionales. La familia de Ryan era de Dublín, pero también tenían vivienda en la capital de Austria, y la joven prefirió estudiar allí. En cuanto acabó los estudios, se incorporó a trabajar en la empresa de su padre y, en esos momentos tan duros para su amiga, le había ofrecido a Megan un trabajo allí, pero ella se había negado. No se encontraba capaz de asumir una responsabilidad así, ni tampoco quería que su amiga forzara a su padre para emplearla, así que lo rechazó de pleno, aunque sí le pidió que la ayudase a encontrar un puesto de secretaria en otra empresa que no tuviese nada que ver con su familia.

A Ryan no le hizo mucha gracia que rechazara trabajar en la compañía de su padre, pero la comprendió, así que no tardó mucho en encontrarle el trabajo en Dagda a través de su hermano, abogado de la empresa familiar y compañero de facultad de Declan. Ahora estaba más que contenta de haberle facilitado ese trabajo porque su querida amiga volvía a ser la misma de siempre: la dulce y cariñosa Megan, siempre con una encantadora sonrisa en sus labios. Hasta su cuerpo había cogido peso y sus formas se habían redondeado. Después de esos once largos meses, estaba espectacular y brillaba con luz propia.

Las palabras de cariño culminaron en un emotivo y estrecho abrazo que relataba sin voz los sentimientos de las dos. El sentimiento de amistad que las unía, sobre todo desde que Megan vivía en Dublín, estaba arraigado en el corazón y no necesitaban mucho más para comprenderse la una a la otra.

## Capítulo 3

Cuando Megan llegó a la nave de Dagda y abrió la puerta, la recibió una fuerte algarabía, al contrario de lo que ocurría todos los días ya que la zona que pertenecía a las oficinas solía ser muy silenciosa. Cuando embocó el pasillo, pudo comprobar que tan solo estaban los tres socios, cargados con grandes cajas, mientras se metían entre ellos.

—Chicos, como no hagáis más deporte, dentro de nada vais a parecer un par de abuelos. Estáis anquilosados —se burló Declan, que cargaba la caja más grande.

—No tengo ni un gramo de grasa; es todo fibra, querido amigo, así que no hace falta que te preocupes por mí—le respondió Connor.

—De mí búrlate todo lo que quieras; ni aun así me vas a convencer para ir a jugar un partido de pádel contigo; no soy tan esnob como tú —añadió Seán.

La conversación retumbaba entre las paredes del pasillo, acostumbrado a la tranquilidad. Megan se había habituado a llegar entre los primeros, y el sonido de sus propios pasos solían ser el único acompañante hasta que llegaba Declan, que era el más parlanchín de los tres amigos, o comenzaban a llegar los empleados a cargo de Seán, pero estos se dirigían con bastante diligencia hacia su zona de trabajo.

Oyó las risas que compartieron mientras depositaban las cajas junto a una de las paredes, justo en el momento en que varios de los empleados entraban por la puerta de la empresa. Ante el rumor de estos, los tres dirigieron la mirada hacia el principio del pasillo y se toparon con la de ella.

—¡Buenos días, Megan! —gritó Declan—. ¿Preparada para decorar?

La joven se acercó a ellos antes de responder. No le gustaban los gritos.

En su casa no se pronunciaba una palabra más alta que la otra, y esa costumbre estaba afianzada en ella tan fuerte que le era imposible acostumbrarse a ellos.

—¿Yo también? —preguntó en cuanto estuvo frente a los tres socios.

—Por supuesto —respondió Declan—. El único que se va a librar de ayudar va a ser Connor porque es un soso.

—Declan, sabes que no es eso —protestó el economista—. He de cerrar el ejercicio del año y estoy a tope de trabajo.

—Que sí, hombre, que sí —admitió el abogado con choteo. Luego se dirigió a Megan y le dijo—: Te quiero aquí en cinco minutos para colaborar.

Sin excusas.

La joven, sin decir ni media palabra, se metió en su despacho, se quitó el abrigo y volvió al pasillo. Ella jamás se había encargado de la decoración de la vivienda familiar, ya que su madre solía encargárselo a una empresa que se dedicaba a eso. Sería una nueva experiencia, aunque no sabía si le agradaría.

La actividad decorativa duró tan solo media mañana. En la empresa eran muchos trabajadores para tan poco espacio y, entre el buen ambiente y las bromas, el tiempo pasó en un suspiro. Incluso para Megan. Declan se autoproclamó director de la tarea y con su buen gusto iba dirigiendo al personal de manera acertada. Pero el árbol era un verdadero desastre en manos de Seán con un batiburrillo de espumillones y bolas decorativas puestas sin ton ni son hasta que el abogado destinó a Megan para que lo arreglase.

A la joven le daba apuro quitar los adornos que ya había puesto Seán, por lo que procuraba hacerlo sin que el joven se diese cuenta.

—Megan, no tengas reparo —le dijo Seán cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo la joven—. Sé que es un verdadero desastre y necesita unas manos que tengan más gusto para decorarlo. Hazlo sin miedo.

—Bueno… es que creo que esto no es lo tuyo…

—¿Solo lo crees? Me confieso un negado para estas cosas. La verdad es que yo solo me ocupo de las luces de exterior. A mi hermana le encanta decorar el árbol y siempre es ella la encargada de hacerlo en su casa y en la mía. —El joven observó lo que estaba haciendo Megan y añadió—: A ti se te da bien.

—Pues también es la primera vez que lo hago.

—¿En serio? —inquirió Seán, asombrado.

—Pues si…

—¿No tenéis la costumbre de adornar en tu casa o es que te pasa como en mi familia, donde cada uno se ocupa de una cosa distinta?

—Sí que la decoramos, pero… bueno no… bueno sí… —balbuceó Megan sin saber qué responder.

—Oye, tranquila. Si no quieres contármelo, no pasa nada.

—Bueno, es que, como ahora vivo sola, no me había planteado lo de

los adornos. Supongo que tendré que comprar algo para decorar mi apartamento.

—¿Vas a pasar las navidades aquí tú sola? —le preguntó Seán preocupado—. Si quieres, en la casa de mi hermana, donde nos reunimos, siempre tenemos algún que otro amigo, y serías bienvenida a compartir nuestra mesa.

—¡Oh, Seán! ¡Qué amable que eres! —exclamó la joven, cortada—

Pero no es necesario, me uniré a la familia de mi amiga Ryan.

—¡Ah! ¿Tienes amigos aquí?

—Sí, claro. Ryan era compañera mía en la universidad.

—Estupendo entonces —se alegró el joven.

Mientras hablaban, habían seguido con el arreglo del árbol. La joven le indicaba dónde debía poner las bolas mientras ella ponía otras y, como

quien no quiere la cosa, el árbol había quedado perfecto.

Megan notó un pequeño vacío cuando culminaron y cada uno tuvo que ponerse con otro cometido según las directrices de Declan. Esa había sido la conversación más larga que había tenido con Seán desde que ella trabajaba allí, y le había gustado cómo él se había interesado por el bienestar de ella.

Se sintió protegida por primera vez en mucho, mucho tiempo. En ese instante supo que siempre podría recurrir a él si lo necesitaba. Por fin se sintió una más en la empresa en lo referente a Seán.

***

—Jamás había visto una concentración mayor de inmundicias —renegó Megan arrugando la nariz en cuanto entró en el almacén de la zona de programación tras terminar con la decoración de la empresa.

—¡Oye!, aquí hay miles de euros invertidos en componentes electrónicos, eléctricos, electromecánicos y mecánicos —rezongó Seán.

Era una amplia habitación rebosante de estanterías metálicas repletas de cajas y de piezas integrantes de ordenador. El desorden que imperaba allí era evidente. Megan tan solo dio un paso hacia adentro

ante la sorpresa de encontrarse tal amalgama de objetos amontonados.

—No lo dudo, pero también un buen montón de desechos. Mira lo que hay ahí —dijo apuntando uno de los estantes—. Está lleno de bolsitas vacías y trocitos inservibles de cables y alambres. ¿Es que no conocéis las papeleras? ¿Y el polvo? ¿Desde cuándo no se limpia aquí? ¡Voy a acabar con las manos mugrientas! —exclamó, pero con un tono de voz bajo, algo que le llamó la atención a Seán.

—Tienes razón, Megan. Lo tenemos un poco abandonado. Ahora mismo cojo un trapo y me pongo a limpiarlo todo.

La joven observó que el rostro de Seán reflejaba auténtico pesar, no se estaba burlando de ella, como hacía la mayoría de las personas que se daban cuenta de su remilgado rechazo ante la suciedad. Eso se merecía un esfuerzo de su parte.

—Conforme; colaboraré contigo y entre ambos lo convertiremos en un

depósito impoluto en un tiempo récord.

Seán no pudo evitar que una media sonrisa se dibujase en sus labios al escuchar las palabras tan rimbombantes que utilizaba la joven. Nunca había oído a nadie hablar con un vocabulario tan cuidado acompañado por una voz tranquila y exquisita.

—Eres muy amable, Megan. Haz el favor de aguardar aquí un instante mientras voy a proveerme de artículos de limpieza —dijo intentando imitando la forma de hablar de Megan mientras salía del almacén.

No es que pretendiese burlarse de ella; simplemente se había mimetizado y contagiado con la dulzura que fluía de su dicción.

Megan aprovechó la espera para recorrer con tranquilidad los distintos pasillos que formaban los estantes metálicos. Un montón de artilugios, la mayoría desconocidos para ella, se amontonaban sin sentido casi en un intento de mantener el equilibro al estar cabalgando unas cajas sobre otras sin seguir una estructura lógica. Había muchísimo trabajo ahí. Muchísimo.

Y el cronómetro ya iba marcha atrás. El mes de diciembre ya estaba bien entrado y Declan le había pedido que lo tuviesen muy adelantado antes de la Navidad para culminar el inventario los últimos días del año.

Le encantaba escarbar entre las cosas almacenadas u olvidadas en ese

tipo de almacenes o, también, de los armarios. Muchas veces había rescatado objetos que estaban perdidos en los trasfondos y que para ella eran pequeños tesoros.

Su mirada se deslizaba entre las baldas en un intento de captar una primera impresión sobre los objetos que predominaban allí, pero la mayoría de ellos no tenía ni idea para lo que servían. Así que, cuando llegó Seán cargado con varios trapos de polvo y un bote de algún líquido para limpiar, se acercó enseguida hacia él.

—Esto es fascinante, Seán —le dijo entusiasmada—. Vas a tener que impartirme un curso acelerado de todo lo que se custodia aquí porque me ha surgido una enorme curiosidad por saber para qué sirve cada uno de estos cachivaches.

—Lo intentaré pero, si no has reconocido alguno es que estás muy verde con la informática, y creo que va a ser difícil explicártelo, pero lo intentaré.

—Bien. Seré aplicada, palabra de honor —dijo con voz rotunda y después giró su cuerpo formando un círculo hasta que volvió a mirar a Seán

—. Ahora infórmame de por dónde comenzamos esta aventura. Tú diriges.

Mientras hablaba, el joven observó cómo ella se quitaba de los dedos unos anillos y los guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón. A continuación, hizo lo mismo con una cadena de oro que llevaba en el cuello y de donde colgaba una medalla del mismo material con una especie de escudo de armas grabado en ella. Alargó la mano y la sostuvo entre sus dedos para mirarla con interés antes de que la guardase junto a las sortijas.

—Qué medalla más curiosa…

—Ya… bu-bueno… es-es un recuerdo familiar… —tartamudeó a la vez que estiraba de la cadena para retirar la medalla de la mano de Seán y, a continuación, guardarla en el bolsillo de forma apresurada.

Confuso ante la reacción de ella, el joven informático parpadeó y le alargó un trapo con brusquedad.

—Perdona, no era mi intención molestarte, solo me llamó la atención.

Jamás había visto una medalla así —se disculpó con voz

apesadumbrada.

—No, no pasa nada, soy yo la que debo disculparme. Es que le tengo mucho aprecio y siempre soy muy cuidadosa.

La curiosidad que poco a poco se había ido formando en la mente de Seán sobre la joven se reafirmó al ver su reciente actitud. La conversación que había tenido con Declan sobre su procedencia había sido el detonante para suscitarle tal interés. Desde entonces se había hecho el firme propósito de intentar paliar la tristeza que había detectado en su mirada.

—Bueno, ¡empecemos! Creo que lo ideal sería que fuésemos ordenando un poco todo este caos a la vez que limpiamos. Yo sé dónde debería estar cada cosa, así que cada pieza que limpies me la enseñas y yo te digo dónde debes colocarla. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Enseguida comenzaron con la faraónica tarea uniendo sus esfuerzos.

Seán observó enseguida cómo Megan se afanaba en dejar cada pieza reluciente. Frotaba y frotaba con esmero hasta que cada mota de polvo desaparecía de todos los rincones del componente, lo que le produjo una sonrisa en sus labios pero, si seguía así, iban a tardar años en clasificarlo todo.

—Megan, no hace falta que los dejes tan relucientes: con quitarles la capa de encima sobra.

—¡Oh! Perdona, creía que era mejor así para que estuviesen limpios cuando lo necesitases.

—La verdad es que no hace falta. Se trata de quitar lo gordo porque, cuando vamos a poner alguna de estas piezas en los ordenadores, las limpiamos a fondo con aire comprimido. Ten en cuenta que pasan meses antes de que utilicemos la mayoría, y el polvo se habrá vuelto a acumular.

—¡Ah! Vale. Entendido. —Lo miró de reojo, como si tuviese una duda y estuviese pensando en si la formulaba o no. Al final se decidió— Oye, una pregunta… ¿de dónde sacas el aire comprimido?

Seán detuvo sus manos y la miró con sorpresa.

—Existen los botes de aire comprimido. ¿No lo sabías?

—Pues no… Jamás lo había oído…

—Son como los botes de nata o espuma de afeitar, pero solo tienen aire comprimido.

—¡Ah! ¡Qué curioso que se venda el aire!

—Pues, ahora que lo dices, sí que lo es —afirmó Seán, lanzando una fuerte carcajada.

Megan lo acompañó con una suave risa cristalina. Le gustó lo que le había hecho sentir el saber que Seán se había reído por algo que había dicho ella. No era especialmente graciosa, lo sabía. Así que producir esa carcajada

en alguien no era algo a lo que estuviese habituada. Con los amigos de Ryan le había costado muchos meses abrirse a ellos, y eso que se lo habían puesto muy fácil desde el principio y ya había empezado a bromear cuando estaba con ellos pero, aparte de ese grupo de amigos, no era propicia a las familiaridades.

## Capítulo 4

Seán paseaba de un lado a otro de su despacho absorto en sus cavilaciones, con el ceño fruncido y el aire sombrío cuando apareció Megan y lo miró a través de las cristaleras. Enseguida se dio cuenta de que estaba inquieto. Todo su cuerpo expresaba malestar y preocupación.

Megan se sintió rara al percibirlo así. Algo le comprimió el corazón al no ver esa tierna sonrisa que solía tener en sus labios, incluso cuando trabajaba. Era como su marca de identidad, y no verla en su rostro la desasosegó.

Ella se había presentado allí para reanudar el inventario. El día anterior habían avanzado bastante, pero aún les quedaba un par de días más por lo menos, así que debían continuar con la tarea.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Megan en cuanto abrió la puerta del despacho de Seán.

El joven se giró hacia ella al oír su voz, y su semblante se relajó un poco al iniciar una leve sonrisa.

—Buenos días, Megan.

—Eh… bueno, eso, sí, buenos días. Perdona por no saludar primero. Ha sido muy desconsiderado por mi parte —manifestó con voz afectada.

Seán se olvidó enseguida de sus problemas al ver los apuros de la joven.

—¡Era broma, mujer! Pasa y siéntate. Dame un segundo para anotar una cosa y nos vamos al almacén enseguida.

Seán se dirigió hacia su silla, donde se acomodó, mientras Megan ocupaba la que había frente a él, al otro lado de la mesa. En cuanto cogió un

boli y una libreta algo deteriorada, el gesto de preocupación volvió al rostro del joven. Golpeó la libreta con el boli, lo que generaba unos ruiditos intermitentes que reflejaban su estado de ánimo.

—¿Puedo ayudarte? —volvió a indagar la joven.

El programador levantó la cabeza hacia ella con una mirada y sonrisa que expresaban ternura. Le había gustado que insistiese con su ofrecimiento.

—No creo, Megan, gracias.

—Ya, ya sé que la informática no es lo mío, pero sé, por propia experiencia, que exponer en voz alta lo que a uno le preocupa en muchas ocasiones ayuda a ver la luz.

Seán meditó durante breves segundos. Quizás ella tuviese razón. Era algo que cada vez se le estaba haciendo más grande en su mente porque no cesaba de darle vueltas en la cabeza sin compartirlo con nadie.

—Está bien, seguiré tu consejo. —Giró la pantalla del ordenador que tenía sobre la mesa, entre los dos, de tal manera que también Megan pudiese ver las imágenes que surgían allí—. Este es el último videojuego que estamos creando. Va a ser la caña… si consigo acabarlo… No se trata del típico juego, ya que estamos aunando varios géneros, pero todo ello unido por un hilo conductor, que es una historia basada en Cú Chulainn, el mayor héroe irlandés. Pero me he quedado atascado a la mitad. Tengo un poco de lío en la cabeza con la vida de este héroe, y no consigo crear algo magistral. Para mí es la parte más difícil del videojuego: construir una historia que mantenga al jugador en constante interés. Me falta un poco de imaginación, la

verdad.

Megan lo escuchaba en silencio mientras su cabeza trabajaba de forma ambivalente: por un lado, la parte creativa e imaginativa de ella que pugnaba por salir e intentar cooperar en esa oportunidad tan maravillosa para ella y, por otra, su formación que la coaccionaba, como siempre, a no destacarse ni hacerse visible ante la gente. De su lucha interna surgió un ganador.

—Escucha, Seán, a mí se me da muy bien inventarme historias. Tengo una gran creatividad y, si tú quieres, podría intentar ayudarte.

Una luminosa y esperanzada sonrisa se dibujó en los labios carnosos de Seán. Las pecas que poblaban su tez aumentaron de color y alargó su brazo para atrapar entre sus cálidas manos una de las de la joven que descansaba sobre la mesa. Megan agachó la mirada al sentir el ardor en su mano y en su rostro, y observó con minuciosidad uno de los tatuajes que tenía él en sus brazos. Era difícil de describir. Unas líneas que se entrecruzaban entre ellas le rodeaban la muñeca con algunas otras líneas que sobresalían por el borde y que a la joven le parecieron espinas.

—¿En serio? —oyó que le preguntaba Seán.

—Por supuesto —le respondió con sinceridad al tiempo que elevaba la mirada de nuevo—. Estaré encantada. Normalmente me conformo con desarrollar mi inventiva en mi mente, pero está deseando salir de allí para compartirlo con otras personas. Desde niña he tenido el deseo de ser escritora para plasmar en sus páginas las historias que creaba en mi cabeza.

—¡Genial, Megan! —exclamó el joven entusiasmado—. Ven, vamos a acomodarnos mejor para poder trabajar juntos.

Seán se levantó de su silla; arrastró la de Megan hasta su lado, y se sentaron los dos frente a la pantalla del ordenador. El joven puso sobre la mesa folios, bolis, lápices, rotuladores. Todo lo que necesitase la joven para darle rienda suelta a su imaginación, y comenzó a contarle la historia del héroe irlandés y lo que ya tenían creado para el videojuego.

Ambos se olvidaron por completo del inventario y del lúgubre almacén que los esperaba para que lo dejasen reluciente. Megan ardía de entusiasmo mientras su desbordante ingenio fluía como si fuesen las cataratas del Niágara. Seán alucinaba a cada palabra de la joven. Era tal y como lo necesitaba para darle vida a un videojuego con una

fuerza arrolladora.

Rezumaba intriga, misterio, acción, batallas y combate, por lo que cumplía plenamente todos los ingredientes que quería para formar un cóctel explosivo.

A partir de ese día, la camaradería reinó entre los dos. Seán siempre acudía a ella cuando se atascaba en algún pasaje, y Megan espolvoreaba su magia para crear escenas fabulosas para esa historia.

La miraba en silencio mientras estaba ensimismada en su mundo interior y lo plasmaba en cada hoja de papel o tecleando en el ordenador, según le apetecía. Su rostro se volvía casi etéreo, celestial. El cabello rubio, que le caía como un halo a ambos lados de su cara, la envolvía como si fuese un manto virginal. No podía apartar su vista de ella, de su cándida faz, de esa punta de la lengua que asomaba entre sus labios cuando estaba más profundamente ensimismada y de sus largas pestañas que sombreaban su pálida piel.

Jamás habría pensado que una mujer así permaneciese a su lado más de cinco minutos, ni que él encontrase algo de ella que lo atrajese, pero así era.

Cuanto más la miraba, más deseos tenía de permanecer a su lado. Él podría haberse ido de su despacho y trabajar en cualquiera de los ordenadores que tenían en la amplia sala donde estaban todos sus empleados. Siempre había alguno sin utilizar. Pero era incapaz de moverse de su lado y menos de dejar de observarla mientras elaboraba esas maravillosas escenas.

Gracias al trabajo extra con Seán, Megan pudo pasar las fechas más señaladas de la Navidad con menos añoranza de la que esperaba. Su mente se mantenía muy ocupada en lugar de rememorar su pasado en compañía de su familia. Tan solo, en los momentos de celebración, junto a la familia de Ryan, recordó a los suyos con nostalgia y a los muchos y grandes eventos a los que acudían y, sobre todo, a las reuniones de la familia. Había pasado de una gran actividad a la ausencia de todo. Esas Navidades estaban siendo tan distintas a las que había vivido hasta ese momento que casi estaban pasando de puntillas por su vida.

Pese a todo, en su pecho se había instalado una gran congoja que se apreciaba en su mirada limpia y triste. Ryan intentó que se sintiese una más de su familia y para ello la implicaba de manera activa en todas las reuniones y compras navideñas, pero, aunque ella se lo

agradecía de todo corazón, casi prefería estar trabajando junto a Declan y Seán que en

compañía de su amiga y su familia.

Así que, en cuanto pasaron esos días festivos, ella se relajó, y se notó un gran cambio en su actitud. Ya faltaban pocos días para acabar el año y debía concentrarse en la faena que le había encomendado Declan, y conminó a Seán a dejar unos días de lado la historia del héroe irlandés para terminar cuanto antes con el inventario porque Connor ya estaba poniéndose nervioso al no tenerlo ya en su mesa para poder cerrar el ejercicio económico de ese año.

En agradecimiento por su ayuda con la historia de Cú Chulainn, el programador colaboró con agrado en el inventario del almacén y se implicó tanto en ello que al final salió contagiado del entusiasmo con que la secretaria de su socio se enfrentaba a cada *cacharrito,* (como ella lo llamaba), que descubría y del que él intentaba explicarle, de la forma más sencilla, para qué servía. Hasta él disfrutaba de cada intento por hacérselo comprender. Su bello rostro se concentraba al escucharlo, y eso era un estímulo, además de que le enseñaba su interior y descubría mil facetas y gestos que estaban escondidos tras su timidez.

Y, curiosamente, a ella le pasó lo mismo. Día a día se adentraba más en la personalidad de Seán, cada vez, el joven se dejaba mostrar con mayor facilidad, le salía sin premeditación y ella, atenta, recibía ese descubrimiento con fascinación. Esa eterna sonrisa reflejaba a la perfección lo que era él. Notaba que su calidez la envolvía y la hacía querer ser mejor persona para que él la viese así y la considerase digna de estar a su lado porque él era la bondad personificada.

Pese a que Seán había comprendido enseguida que la joven no tenía ni idea del interior de los ordenadores y casi nada de su exterior, no se atrevió a manifestar su estupor hasta el último día en el que trabajaron en el almacén.

Una vez que ya estaba todo limpio como una patena, ordenado e inventariado, Seán la invitó a tomar un café en la sala de descanso de la zona de programación donde habían compartido, desde el día en el que Megan se había revelado como una colaboradora imprescindible para la

historia de Cú Chulainn, muchos cafés y charlas que poco a poco habían conseguido que ambos se desprendieran de alguna que otra

capa de timidez.

—No me puedo creer que no sepas distinguir lo que es un *software* de un *hardware*. Estamos en la sociedad de la informática, y todo el mundo debería saber, como mínimo, eso.

—Bueno, tú no eres imparcial. Tu vida gira alrededor de los *aparatejos* esos, pero yo solo los utilizo. Cuando he tenido algún problema, siempre ha habido alguien especialista a quien recurrir para que me lo solucionara.

— *Aparatejos*, ¿eh? —renegó Seán frunciendo el ceño—. No me mola nada oírte hablar así del invento más importante del siglo XX.

—Importante para ti, Seán. Yo podría vivir sin él.

—¡¿Ah, sí?! ¿Hacemos una apuesta?

—¿Cuál?

—Si tú estás una semana sin ordenador, yo… ¿qué podría hacer? —se interrogó a sí mismo mientras se acariciaba con la mano la perilla puntiaguda que llevaba, algo que solía hacer cuando pensaba y que siempre conseguía arrastrar la mirada de Megan hacia ella.

—Me invitas a un café —contestó Megan arrancando su mirada del rojo fuego que adornaba su barbilla.

—Eso no tiene ningún mérito.

La joven se sintió osada y añadió:

—Aquí no. En la calle y fuera del horario laboral.

Ella lo sintió como si estuviese haciendo algo bueno por él. Sabía que se pasaba casi todo el día allí. Tenía verdadera obsesión por su trabajo, y era normal en él que se quedase en la nave una vez cerrada la empresa. Así que haría de hermana samaritana con él al sacarlo un poco al exterior.

Seán se sorprendió por la propuesta. Siempre había pensado que ella lo trataba porque trabajaba allí, pero que, si hubiesen coincidido en cualquier otro lugar, Megan huiría de él por temor a su aspecto. Ella era la finura

personificada por su porte, su rostro cándido y su ropa de gran calidad y, en cambio, él era un friky lleno de tatuajes y un desastre al vestir.

—Entonces, será una cerveza —apuntó decidido—, o dos…

—Conforme. Te demostraré que los ordenadores no son vitales, así que estoy dispuesta a sobrepasar mi límite de alcohol para esta apuesta.

—¿Tu límite de alcohol? —preguntó asombrado—. ¿En serio? ¿No bebes más de una cerveza?

—No habitualmente. Siempre soy la que cuido de mis amigos cuando se embriagan en exceso. Ellos confían en mí. Además, no necesito el alcohol para divertirme. Lo que más me gusta es tener una buena conversación, el cine, el teatro y hacer deporte los domingos, y eso no compagina con estar ebrio.

—La verdad es que te pegan tus aficiones.

—¿Qué insinúas? —inquirió Megan, con un gesto de enfado fingido—.

¿Que son tan sosas como yo?

—No seas tan capciosa. Tú no eres nada sosa, pero sí que se te ve sensata y de gustos y aficiones de una persona refinada y exquisita.

—No disimules: eso es para ti: ser sosa —repitió con una carcajada.

—¡Que no, mujer! A mí también me gustan tus aficiones. Bueno, menos el deporte, la verdad. Solo que no son las principales.

—¿Y cuáles son?

—Pues una buena partida de un gran videojuego o una buena partida de algún juego de rol o de mesa en general —reconoció a sabiendas de que aumentaría su visión de friky para ella.

—Yo nunca he jugado.

—¿A qué? ¿A un videojuego? —preguntó con algo de asombro en su tono. No la veía con un mando en la mano todos los días, pero no haber jugado nunca era algo que no esperaba escuchar de alguien de su edad en pleno siglo XXI.

—Ni a lo otro.

—No sabes lo que es un juego de rol, ¿verdad? —la interrogó con su eterna sonrisa.

—No…

—¿Dónde has estado escondida? No, no, no hace falta que me contestes

—continuó deprisa al ver el rayo de susto en su mirada— ¡Es genial! Estaré encantado de meterte en ese mundillo. Amplío la apuesta a una cerveza y luego una velada con mis compañeros de juegos.

—Bueno… no sé…

—¡Ah, no! ¡Ahora no te puedes rajar! Además, ¿tú no estás convencida de que vas a ganar? Pues entonces, ¿qué más te da lo que apostemos?

—Tú no me llevarías a ningún sitio donde me encontrase incómoda,

¿verdad? —preguntó Megan con un tono dudoso en su melodiosa voz.

Seán la miró con atención; quizás, si le decía la verdad, no querría acompañarlo, pero él era incapaz de decir una mentira y, sobre todo por una tontería así.

—A ver… Megan… Mis amigos son como yo: unos frikis barbudos, aunque superdivertidos, y mis amigas, unas tías estupendas, pero no suelen vestir como tú, la verdad.

—A mí eso ya no me importa.

El joven entendió perfectamente lo que decía: *ya* no le importaba. Lo cual quería decir que en otro tiempo sí le importaba.

—Me refiero —continuó Megan— a que si es un ambiente sano.

—¿Sano? —la miró extrañado— ¡Ah! ¡Ya te entiendo! —Y soltó una gran carcajada—. Todo lo sano que puede ser un grupo de amigos reunidos y despotricando unos contra los otros en cada jugada con una cerveza entre sus manos. No padezcas, Megan, de verdad. Todos son buena gente; si no, no serían mis amigos, te lo aseguro.

—¡De acuerdo! —aceptó con voz resuelta—. Confío en ti, pero más

confío en mí misma, y sé que voy a ganar.

## Capítulo 5

—Pero Megan, ¿se puede saber qué estás haciendo? —indagó Declan frente a la mesa de la joven.

—Redactando la carta que me has pedido —contestó la joven a la vez que golpeaba las teclas con fuerza.

Sobre su mesa descansaba una antigua máquina de escribir.

—¿De dónde has sacado ese chisme? ¿Es que no te funciona el ordenador? —preguntó el abogado, asombrado.

—La encontré en el almacén cuando estuve haciendo el inventario y no, al ordenador no le pasa nada —respondió la joven sin parar de teclear—; solo me apetecía volver a los orígenes por un tiempo.

—Pues para eso tendrías que escribir en pergamino —opinó con ironía.

—Eh… Me refería al origen de las máquinas.

—Bueno, tú sabrás. A mí, con tal de que hagas tu trabajo, me da igual con qué lo hagas —aprobó Declan mientras se encaminaba a su despacho pero, antes de perderse en su interior, añadió—: Megan, necesito un listado de los clientes nuevos de este año de inmediato. Deja eso hasta que me entregues la lista.

—¡Corcho! ¿Y ahora cómo realizo la tarea sin consultar el ordenador?

—expresó en voz alta sin darse cuenta.

¿Es que no iba a poder pasar de ese trasto ni cinco minutos? ¿Tan pronto iba a perder la apuesta? ¡No! Seguro que conseguiría averiguarlo sin él.

Podría mirar todas las facturas del año y … ¡Madre mía! Era una tarea faraónica, pero aun así lo intentaría. Se dirigió hacia la estantería donde

almacenaba los A-Z y comenzó por el primer archivador del año.

—Megan, he dicho de inmediato.

Estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que dio un gran brinco y por poco se cae de su silla. Era imposible. Todavía iba por el primero, y le quedaban cinco más, así que, con resignación, le dio al botón del encendido del ordenador y apartó el archivador a un lado.

—Perdona, Declan. En un minuto te lo llevo —afirmó dirigiendo una breve mirada hacia su jefe.

—Gracias —dijo Declan y volvió a cerrar la puerta.

¡Qué pronto se había topado con la realidad! La rapidez a la que se está acostumbrado a manejar la información en esta época ha modificado la forma de trabajar de tal forma que lo que ella pretendía, aunque fuese posible, requería de un tiempo del que no disponía, así que no tuvo más remedio que claudicar, casi antes de empezar.

Mientras mandaba al ordenador los comandos apropiados para obtener la lista que le había pedido Declan, pensó que, al no cumplir con su parte de la apuesta, Seán no la invitaría a una cerveza ni a pasar una velada con sus amigos y, curiosamente, para sorpresa suya, al no poder realizar su reto, eso fue lo que más le afectó. Un toque de tristeza, que no esperaba, se aposentó en su corazón.

Lo inesperado de esos sentimientos pueden tener dos efectos diametralmente opuestos: o suponen un retraimiento y distanciamiento por miedo ante la novedad o, por el contrario, se puede recibir ese descubrimiento como algo en lo que seguir indagando. Y, seguramente, en un pasado no demasiado lejano, Megan habría elegido el primer supuesto, pero su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y, siempre que podía, luchaba por recibir con los brazos abiertos lo que le deparaba esa nueva vida. Le costaba pero, si estaba allí, era para eso.

Había disfrutado más durante ese último año que el resto de su existencia. Poco a poco se había hecho al entorno donde había decidido continuar su vida. Cada momento le aportaba situaciones completamente

novedosas para ella y se había acostumbrado a que cada una de ellas fuese como un reto que debía afrontar y vencer como si de una batalla se tratase.

Luchar contra los miedos a lo desconocido, a enfrentarse ella sola al mundo, a asumir sus errores y aprender de ellos; gozar de circunstancias insólitas; no tener su agenda programada segundo a segundo y, por lo tanto, disfrutar de lo que le iba deparando su andadura, era algo tan singular e innovador para ella que, aunque le costaba horrores, siempre procuraba plantarles cara. Aunque, si debía ser sincera consigo misma, cada vez los enfrentaba con menos nervios, casi sin plantearse la opción de la retirada.

Casi.

—¡No me lo puedo creer!

La exclamación de Seán la sorprendió ensimismada en sus pensamientos a la vez que terminaba con el encargo de Declan. Dio un bote en el asiento y levantó la mirada para enfrentarse al rostro sonriente del joven, que la observaba desde la puerta.

El programador se frotó las manos mientras se acercaba hasta colocarse frente a ella, al otro lado de su mesa.

—¿Ya te has dado por vencida? Eso, te juro, que no me lo esperaba.

Creía que serías una férrea luchadora.

—La realidad se ha impuesto antes de lo esperado. Declan me ha pedido unos datos que con el ordenador puedo obtener en un instante y con el método manual…

—Ya. Una eternidad —la cortó Seán.

La joven afirmó con la cabeza.

—Es una lástima. Confiaba en tu victoria —continuó el joven.

Megan lo miró con interrogación en sus ojos.

—Yo también tenía fe en mi misma, pero me sorprende que tú la tuvieses.

—Bueno, en realidad lo que me apetecía era cumplir mi parte del trato si lo lograbas.

Lo miró especulativamente. ¿Se atrevería a decirle que ella también esperaba con ganas esa parte de la apuesta? En otro tiempo no, eso seguro, pero… ¿y ahora? Acababa de reconocerse a sí misma que, desde que se encontraba en Irlanda, se había hecho más valiente, actuaba y tomaba decisiones incompatibles con su supuesta personalidad.

—A mí también me habría agradado —reconoció con rapidez antes de arrepentirse.

—¿En serio? —preguntó Seán, sorprendido.

Megan afirmó con la cabeza a la vez que se levantaba para dirigirse hacia el despacho de Declan y ocultar así la vergüenza que sentía.

—¡Oye, tengo una idea! Esta nochevieja nos reunimos mis amigos y yo,

¿qué tal si te unes? —le ofreció el joven, feliz.

—¡Oh! Bueno… mejor otro día. Ya he quedado con mis amigos para pasar esa noche junto a ellos.

—Está bien, sin problemas. En pasar las fiestas, quedamos —replicó Seán, desilusionado.

—Me parece bien —respondió Megan a la vez que entraba al despacho de su jefe.

Un pensamiento nubló la mente del programador. No era cierto. Ella no quería conocer a sus amigos ni pasar una velada con él; por eso había utilizado el ordenador y había rechazado su propuesta para pasar la nochevieja juntos.

Pero le había dicho que le habría agradado…

Sí, porque era una mujer amable.

Las fiestas acabaron por fin. Megan se sacudió como pudo la melancolía y retomó el día a día con la mayor normalidad posible. Lo necesitaba. Un año después de haberse alejado de su familia, pasar las Navidades sin tener ningún tipo de información sobre ella había sido muy duro. La tentación de llamar a su madre la mantuvo durante muchos minutos con la mirada fija en el móvil. Incluso marcó su número, pero

volvió a demostrar su fuerte voluntad.

Cuando, después de las Navidades del año anterior, decidió su futuro más inmediato, lo primero que hizo fue cambiar de número de móvil para que nadie de su familia pudiera localizarla. Había sido una decisión muy dura, pero necesaria. Su férrea educación la habría obligado a obedecer a sus mayores si se pusiesen en contacto con ella; por eso no tuvo más remedio que romper drásticamente todo nexo de unión con ellos.

Por todo ello, volver al orden y rutina que se había ido formando durante el año pasado era necesario para su salud mental. Pero lo que no esperaba era que la cercanía que había tenido con Seán se disipara día a día.

Casi no lo veía, salvo por las visitas que le hacía el programador a Declan o por las reuniones de los tres socios.

Pero también captó las miradas que él le dedicaba cuando creía que ella no lo observaba. En cambio, Megan había mejorado su forma de observar lo que le rodeaba de tal forma que era difícil que alguien se diese cuenta.

Durante años fue perfeccionando esa técnica porque desde bien jovencita se había dado cuenta de que debía estar pendiente de lo que ocurría a su alrededor si quería pasar desapercibida. Aparentar que no se daba cuenta de nada era un arte y más si a la vez parecía invisible.

La miraba. De eso no le cabía la menor duda. Sus ojos la recorrían en cuanto abría la puerta de la antesala del despacho de Declan, donde Megan tenía su oficina. Ella, por lo normal, estaba con la mirada puesta en la pantalla del ordenador, pero lo detectaba de inmediato. Sentía sobre su cuerpo la mirada escrutadora del joven, pero pocas eran las palabras que salían de su boca.

No había vuelto a recordarle lo de la cerveza, ni la había invitado a participar de sus veladas en compañía de sus amigos participando en juegos de rol. Y eso la mantenía en vilo, a la espera de que eso ocurriera.

Era cierto que el desarrollo del nuevo juego, en el que Megan había colaborado con su desbordante imaginación, estaba en plena efervescencia y mantenía a Seán enclaustrado en la sala de programación. Ella estaba convencida de que él había olvidado su propuesta ante el reto que tenía por

delante. El desafío de la creación era en donde él más disfrutaba y todo lo que lo rodeaba perdía importancia hasta tal punto que casi pasaba del aire, y sus socios y amigos tenían que sacarlo a rastras para que compartiese con ellos la hora de la comida.

Y así pasaron los meses hasta que un día…

## Capítulo 6

El pub estaba lleno a rebosar. No sabía cómo se había dejado convencer por sus amigos para hacer un recorrido por los pubs más conocidos y, por supuesto, más visitados del Temple Bar, pero allí estaba Seán con unas cuantas cervezas de más, un enorme sombrero verde puesto sobre su cabeza y unas curiosas gafas con forma de tréboles colgando de la cinturilla del pantalón de sarga verde de estilo militar.

Ese año, el diecisiete de marzo, día de San Patricio, patrón de Irlanda,

había caído en sábado, y le había sido imposible escudarse en su trabajo, aunque, si por él fuese, habría acudido a la nave porque el tiempo se le estaba echando encima. Había programado la salida al mercado del videojuego nada más acabar el verano para promocionarlo para la campaña de Navidad, y todavía quedaban muchos detalles por perfilar. Aunque en esos momentos ya casi ni recordaba su renuencia a celebrar ese día con sus colegas.

Con una cerveza en una mano y con la otra alzada sobre su cabeza, intentó seguir el ritmo del grupo que tocaba en directo, pese a que había tanta gente que parecían sardinas enlatadas. A media canción paró de dar saltos para dar un sorbo a la Guinness y, sin saber por qué, miró hacia la puerta del pub. Fue como si un imán lo atrajese sin que pudiese evitarlo.

Algo captó poderosamente su atención y le hizo estremecerse: entre la marabunta de cabezas destacó un cabello rubio como si un foco lo iluminara.

Lo reconoció enseguida. Sus piernas decidieron actuar por su cuenta y comenzaron a esquivar cuerpos para caminar hacia Megan. Porque era ella.

De eso estaba seguro. En cuanto pudo divisar su rostro, se dio cuenta de que la joven buscaba a alguien porque su mirada deambulaba errática por todo

el local. Con sus ojos fijos en su rostro, avanzó con esfuerzo hasta colocarse frente a ella.

—Hola.

Megan lo miró con asombro, pero de inmediato dibujó una sonrisa que expresaba alivio.

—¡Hola, Seán!

El joven deslizó su mirada por todo el cuerpo de la joven.

—¿Es la primera vez que celebras San Patricio? —le preguntó a boca de jarro acercando sus labios al oído de ella para que lo escuchara.

La joven afirmó con la cabeza, desconcertada.

—Toma, póntelas —le pidió Seán a la vez que se sacaba las gafas de la cinturilla y se las alargaba—. ¿O prefieres el gorro? —continuó

señalándolo con las propias gafas.

—Pues… no sé. Creo que prefiero no llevar nada; si no, mis amigos no me reconocerán —le respondió.

—Yo que tú no lo haría. Por si no lo sabes, es tradición en San Patricio dar un pellizco al que no lleva algo verde encima.

En cuanto Megan comprendió las palabras del joven, agarró *ipso facto* las gafas y se las colocó.

—¡Gracias! No lo sabía.

—Me he dado cuenta —dijo Seán ampliando su sonrisa y continuó—; por lo que has dicho, has quedado con tus amigos.

—Sí, pero aquí es imposible localizar a nadie.

—Pues ven, tómate una cerveza conmigo mientras los encuentras.

Y, sin esperar la confirmación de la joven, la agarró de la mano y la arrastró en pos de él en dirección a la barra. Tras sortear todo el gentío que les impedía acceder a ella, Seán pidió al camarero la consumición y se la alargó a Megan en cuanto se la dejó en la barra.

—Mira, ahí hay un rinconcito más vacío, ¿vamos? —señaló el programador al ver un espacio menos concurrido junto a una columna que había cerca de ellos.

Megan llegó antes que Seán; se apoyó en la pilastra, y el joven se situó frente a ella.

—Tú dirás lo que quieras, pero las gafas te sientan genial.

—Gracias, eres muy amable.

El joven agachó su mirada como si le hubiesen dado vergüenza las palabras de Megan.

—¿Cómo es que es la primera vez que celebras…? —le preguntó aún con la cabeza gacha.

—¡¿Cómo?! —lo cortó la joven alzando la voz.

—¡Ay, perdona! —exclamó él a la vez que elevaba la cabeza y acercaba sus labios al oído de la joven— Te preguntaba si no estuviste celebrando San Patricio el año pasado. Si no recuerdo mal, ya estabas

en Irlanda.

Las imágenes de ella misma durante los primeros meses de su estancia en Irlanda se le agolparon en la mente. Las lágrimas vertidas, las noches en vela y la falta de apetito habían conseguido que casi se quedase en los huesos y durante el mes de marzo, aunque ya estaba comenzando a reponerse, todavía no se encontraba con ánimo de fiestas multitudinarias.

La joven guardó silencio y, al no obtener respuesta, Seán apartó la cabeza del costado del rostro de ella y la miró. La faz de la joven había mudado: los ojos que se veían a través de las gafas transmitían tristeza, y el labio inferior estaba siendo martirizado por sus dientes.

—¡Joder! —exclamó el joven—. Lo siento, Megan, no quería molestarte. No tienes que decir nada.

—Simplemente no era un buen momento para mí —leyó en sus labios Seán más que la oyó.

Otra vez, el programador tuvo la sensación de que había tocado una

tecla sensible para ella, así que se propuso borrar esa mirada triste de su bella cara. De inmediato cambió de tema y no paró de hablar y de soltar chorradas hasta, que después de una tenue sonrisa, Megan la amplio y concluyó con una fuerte carcajada.

Lo había conseguido.

La sensación de alivio le hinchó el corazón como si hubiese logrado una gran proeza.

En ese momento se dio cuenta de que había echado de menos hablar con ella. Durante el tiempo que habían pasado juntos por el inventario y con la aportación efectuada por la joven en el videojuego, habían mantenido largas conversaciones, pero en cuanto, gracias a ella, tuvo el camino despejado para la creación, se había sumergido en ella y apartado todo lo demás de su vida.

A partir de ese día, Seán se detenía cada vez con mayor asiduidad en la oficina de Megan antes de entrar al despacho de su socio y charlaba con la joven durante un rato o se iban a tomar algo a la sala de descanso, donde perdían la noción del tiempo. Incluso, a veces, Declan se veía obligado a ir a buscar a su secretaria, cosa que avergonzaba de tal manera a la joven que salía disparada hacia su oficina con las mejillas rojas como dos enormes amapolas.

Era tan dulce y tierna…

A su lado, él parecía el tío más friky y desgarbado del universo. Eran la noche y el día. Ella delicada, educada y aparentemente frágil. Él desaliñado, brutote y supuestamente duro. Aunque la realidad era que ni Megan era tan frágil, ni Seán, tan duro.

Pero al joven le producía tanta ternura ver su delgada y elegante figura y oír su voz aterciopelada y delicada, que un instinto de protección, desconocido para él, fue formándose poco a poco en su interior. Cuando la veía con la mirada perdida y triste, algo le pellizcaba el corazón y un tremendo deseo de borrar esa pesadumbre le colmaba la mente de tal manera que le costaba volver a concentrarse en su trabajo.

Afortunadamente, la mayoría de las veces la joven se mostraba feliz y relajada, y eso conseguía que la conversación entre los dos fluyese distendida. Parecía mentira, pero ambos tenían un montón de temas de conversación en los que compartían criterio y, con aquellos que no lo hacían, disfrutaban al aportar cada uno su punto de vista o enzarzándose en una discusión en la que Seán descubría nuevas facetas de ella en las que demostraba cómo rebatía y luchaba por sus convicciones.

A veces, él mismo se descubría mirándola con fijeza cuando ella estaba distraída sentada en su mesa y aporreando las teclas, pero eso sí, con delicadeza. Como ella lo hacía todo. Otras, sus ojos no podían apartarse de esos labios finos y sonrosados que lo atraían como un imán. Seguro que su boca sabría a fresa y ambrosía. Pero… ¿qué pensamientos eran esos?

Megan era tabú.

Hasta que un día, cuando la observó cómo se tocaba las puntas del cabello ensimismada mientras un rayo de sol incidía sobre él y le confería una aureola de misterio, se dio cuenta de que también se le aceleraba el corazón y un sudor frío le recorría la columna vertebral. Le gustaba, eso estaba claro. Y mucho.

Llegó a esa conclusión con pesar. Ella no era una chica para él… O más bien, él no era un chico para ella.

La joven, por su parte, lo fue conociendo cada vez más y afianzando la visión que se había ido formando de él. Todas las cualidades que había visto de Seán en la lejanía mientras cuidaba de sus trabajadores fueron confirmadas por completo. Durante el mes de diciembre las

descubrió y ahí seguían. Perennes e inquebrantables. Era un hombre del que te podías fiar, un hombre bueno y generoso. Algo despistado y muy comprometido con su trabajo, o más bien con lo que disfrutaba hacer, pero eso tampoco se podía definir como un defecto, ¿no?

Los estremecimientos por su contacto ocasional eran un hecho que ya había asumido y la causa de ellos, también. Le gustaba, eso estaba claro. Y

mucho. Si su familia lo viese, se desmayaría, pero ella se había acostumbrado a su *look* y no lo imaginaba de otra forma. Era perfecto así. A

veces sus manos le picaban ante la tentación de acariciar esa perilla roja, o su mente se perdía imaginando los motivos por los cuales se habría tatuado cada uno de esos dibujos tribales. Hasta sentía atracción por estos.

Su inmensa fantasía comenzó a crear historias de amor idílicas, donde ella y Seán eran los protagonistas. Él se convertía en un caballero andante que se enamoraba de la joven sirvienta, o era un highlander que la salvaba de sus captores y la convertía en su esposa.

Pero, en realidad, lo que más la apetecía era que la incluyese en su día a día, no solo en el trabajo. Le gustaba pasar tiempo con él y, cada segundo de más que se detenía junto a ella cada vez que visitaba a su socio, ella lo atesoraba como si fuese un regalo. Cuando se encontraba sola en su apartamento, rememoraba las conversaciones que mantenían una y otra vez.

A veces, incluso se enfadaba con ella misma porque reconocía que podía haberle dado alguna señal que a él le indicara que se sentía muy a gusto a su lado.

¿Era eso el amor? Megan jamás lo había sentido, así que no tenía con qué comparar, pero su corazón palpitaba en cuanto oía sus pasos o, cuando el joven le dedicaba una de sus tiernas sonrisa, ella se deshacía por dentro como si fuese un helado de vainilla que se derretía bajo el sol abrasador del desierto.

Su deseo más ferviente era que la volviese a invitar a pasar una velada con él, pero parecía que Seán no iba a volver a proponérselo, así que decidió aunar fuerzas para hacerlo ella. ¡La nueva Megan podía!

## Capítulo 7

Era el día perfecto. La excusa ideal. Se acercaba el último fin de semana de mayo. La primavera estaba en todo su apogeo, y las temperaturas comenzaban a subir después de un invierno bastante frío.

El festival de música medieval, renacentista y gótica, que se celebraba en el castillo de Dublín conocido como *Heineken Green Energy*, estaba a punto de celebrarse como apertura a la temporada de festivales de música en Irlanda. Ryan le había hablado de él y Megan estaba segura que Seán acudiría al concierto. Para ser francos, estaba tan convencida porque había escuchado una conversación entre él y Declan cuando ambos se habían encontrado esa mañana en el pasillo y ella había pegado la oreja a la pequeña rendija que su jefe había dejado en la puerta al salir de la oficina para dirigirse a la salita para proveerse de café.

Así que, en cuanto Seán entró para esperar a su socio, la joven aprovechó para sacar el tema.

—Seán, ¿me puedes informar dónde se adquieren las entradas para el festival de música?

—¿Quieres ir?

—No, solo es para aumentar mi cultura —le respondió socarrona.

El joven la miró con asombro.

—¡Es broma!

—¡Caray! ¡Me la has colado! Cada vez se te pega más la vena guasona de Declan —bromeó entre risas.

—Sí, tengo un gran maestro.

—¿Vas a ir al festival con tus amigos?

—No, bueno, no sé todavía con quién voy a ir. Lo que sí sé es que me apetece mucho conocerlo. Si ellos no van, pues iré sola.

—¿Sola? ¿Tú sola? —interrogó extrañado.

—¿Qué pasa? ¿No me ves capaz?

—Sí, sí, claro que sí, pero yo creo que a un festival es más divertido ir acompañado.

¡Era el momento! Ahora debía atreverse. O ahora, o nunca.

—¿Te estás ofreciendo a acompañarme?

Ahora sí que el asombro del joven fue mayúsculo. ¿Ir con ella? ¡Dios, le apetecía un montón! ¡Sería genial, seguro! Él había quedado con su grupo de amigos, pero por ir con ella les daría plantón.

—¿Vendrías conmigo?

—¿Por qué no? —preguntó Megan, desconcertada.

—A ver, Megan, mírame…

—Lo estoy haciendo todo el rato. ¿Qué pasa? No te entiendo…

—Pues… ¿no ves la diferencia que hay entre tú y yo? ¿Entre mi ropa y la tuya? ¿Entre mis pintas y las tuyas?

Megan frunció el ceño. ¿En serio él acababa de decir eso? ¡Él! Un fuego extraño para ella se encendió en su interior y sintió tal furia que se levantó con tanta rapidez que mandó su silla de ruedas a la otra punta de la oficina, se acercó hasta él y con el dedo enhiesto lo golpeó en el pecho a la vez que le exhortaba:

—¡Eres un clasista! Jamás me lo hubiera imaginado. ¡Tú! ¡El moderno!

¡El progre y liberal, en el fondo eres un clasista! Tanta palabrería, tanta igualdad, tanto pregonar la libertad de expresión, y resulta que me rechazas por mi atuendo. ¡Por mi forma de vestir! ¡Qué desengaño más grande me acabo de llevar!

Ella no se había dado cuenta, pero sus ojos se desbordaron de lágrimas que surcaron su rostro. Seán la miraba anonadado. ¡Él le había hecho daño a ella! Su corazón se oprimió como si fuese a contraerse para después explotar de dolor.

Sus manos se posaron en el rostro de la joven, rodearon sus dos lados y con los pulgares intentó barrer las lágrimas como si así borrase el daño que la había infringido.

—¡No, Megan! No es eso, de verdad. Es todo lo contrario —la cortó en su discurso—. Yo pensaba que serías tú la que no querrías ir con un tipo como yo por la calle.

—¡¿Ahora me estás llamando clasista a mí?!

—¡Joder! ¡Será mejor que me calle!

Y, sin proponérselo, pegó sus labios a los de la joven.

Ella se quedó petrificada.

El joven hurgó en sus labios hasta que consiguió abrírselos e introdujo su lengua para saborear esa tentación que hacía mucho tiempo que lo tenía abducido. Su cuerpo se sobrecargó de deseo. De repente notó cómo ella participaba del beso, jugaba con su lengua a la vez que le rodeaba el cuello con sus delicadas manos. Seán profundizó en su boca, insaciable. ¡Dios!

¡Era pura ambrosía! Dulce, muy dulce. Necesitaba beber y beber de su boca sin cesar.

Pero no tuvo más remedio que separarse, aunque al hacerlo una congoja enorme le oprimió el corazón y apoyó su frente en la de ella en un intento de seguir en contacto con la joven.

—Declan estará a punto de volver. Hablamos luego, ¿vale? —jadeó sobre los labios de Megan.

La joven solo tuvo fuerzas para afirmar con la cabeza. En ese mismo momento, ambos oyeron que la maneta de la puerta se movía y se separaron con brusquedad. Megan se dirigió, de espaldas, hacia los archivadores que reposaban sobre las baldas de la pared y Seán se dirigió hacia el despacho

de Declan. Pero la cosa no fue tan fácil. En la sección de programación hubo una serie de contratiempos que tuvieron a Seán esclavizado durante todo el día.

«He de quedarme a trabajar hasta tarde. Tenemos esa conversación pendiente, no se me olvida. Seán», recibió Megan por wasap. Ese beso que habían compartido la había dejado marcada. Una necesidad insufrible se había apoderado de ella. Necesitaba hablarlo con él. Había sido tan… tan…

¿arrebatador? ¿pasional? ¿intenso? ¡Todo a la vez! Ella se quedó en una nube durante todo el día esperando ansiosa el encuentro, así que, cuando llegó el wasap, se llevó un gran chasco, aunque lo comprendió. Si tenían problemas, debía solucionarlo.

Pero lo mismo ocurrió el día siguiente:

«Por favor, perdóname, pero no sé cuándo voy a tener un rato libre. He comprado tu entrada para el festival; si no puedo antes, nos veremos el fin de semana. Te lo prometo. Seán». Con el segundo mensaje le entraron los miedos. ¿En verdad estaba tan ocupado? ¿O la estaba evitando? ¿Él no había sentido lo mismo que ella?

Pero no. Su propio jefe le confirmó las dificultades que estaba teniendo Seán para solucionar una cadena de problemas que habían surgido con los ordenadores. Habría que esperar… Los dos días que transcurrieron hasta el sábado se le hicieron interminables. Cada pocos minutos (e incluso segundos), levantaba la cabeza y miraba hacia la puerta por si aparecía Seán. Cuando acudía al aseo o a la sala de descanso, observaba el final del pasillo por si divisaba por allí al joven hasta que se introducía en alguna de las dos dependencias.

En su casa rememoraba el momento del beso una y otra vez. Para ella había sido especial, inesperado y esclarecedor. La fuerte atracción que sentía por Seán estaba a un paso de convertirse en amor. Lo sentía. Su corazón palpitante, sus mariposas en el estómago, ese escalofrío cuando tan solo dibujaba en su mente su rostro pecoso y esa eterna sonrisa le estaban hablando con claridad. No. Le gritaban con fuerza.

Tumbada en su cama el viernes por la noche no pudo dejar de estirar sus

labios en una sonrisa al pensar en lo que dirían sus padres si conociesen a Seán y supiesen sobre sus sentimientos hacia él. Seguro que les daba un patatús.

Seán no podía quitarse de la cabeza EL BESO. Así lo veía él en su mente, en mayúsculas. Las sensaciones que experimentó, pese a lo poco que había durado, fueron tan potentes que le perduraron en el tiempo hasta tal punto que lo afectó en su trabajo. Estaba deseando terminar con los problemas que le habían surgido para hablar con ella, pero su mente no estaba en ello y, al final, casi tuvo que trabajar también el fin de semana pero, con tal de poder cumplir con la promesa que le había hecho a Megan, no se movió de Dagda durante la noche hasta que concluyó el sábado cuando ya estaba amaneciendo.

Tenía que hablar con ella.

Pedirle perdón.

No se arrepentía. Volvería a hacerlo si no fuese porque sabía que no debía haberlo hecho. Megan no se merecía que la atropellase de esa forma.

Solo faltaba que perdiese su amistad por un arrebato incontrolado.

Ella era tan dulce… Parecía una princesita, y él se había comportado como un brutote desbocado.

Seguro que Megan estaba ofendidísima con él, así que debía remediarlo.

Le mandó un wasap citándola a las once en la fuente de St. Patrick's Park, donde esperaba que no hubiese mucha gente, para poder tener una conversación con tranquilidad antes de dirigirse al castillo en el que se celebraba el festival y al que podían acercarse dando un paseo.

Estaba muy nervioso porque no sabía cómo podría reaccionar Megan.

Se duchó y miró el interior de su armario. ¿Qué hacía? ¿Se disfrazaba y acudía a la cita con ropa que solo llevaba en las bodas y entierros o era él mismo?

No había discusión. Ella lo había conocido así; él era ese que había visto en el reflejo del espejo del aseo en el que se retocó la perilla. Por ella

cambiaría, sí. Esa era la respuesta verdadera. Cambiaría, sí, pero ella no sería su mujer ideal si no lo aceptara tal cual era. Tal cual.

***

La reconoció en cuanto entró en el parque. Su figura se recortaba sinuosa con el fondo de los frondosos setos. Llevaba unos estrechos pantalones vaqueros a juego con la cazadora, y un colorido fular le rodeaba el cuello. Seán le salió al encuentro y le indicó un banco cercano en silencio. Ambos se sentaron al unísono en él. Ella casi ni lo miró, y sus ojos se perdieron en el parque, lo mismo que los de él.

—Perdona —susurró Seán.

—¿Por qué? —preguntó ella extrañada por el inicio de la conversación.

—Por el beso.

Era muy curioso verlos porque sus posturas lo decían todo. Sus cuerpos rígidos no se apoyaban en el respaldo, pero miraban al frente. Las manos de Megan agarraban con fuerza el bolso sobre su regazo, mientras que Seán se acariciaba el muslo enfundado en unos

pantalones negros de loneta.

—¿Es que te arrepientes?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué me pides perdón?

—Pensé que debía hacerlo… No sé, no era el lugar ni el momento.

—¿Ahora lo harías?

¿Qué estaba pasando allí? Esa no era la conversación que pensaba que transcurriría entre los dos. Se había preparado para recibir el desagrado de la joven. Por supuesto que ni palabras mal sonantes ni gritos; ella no actuaría de esa forma, pero esa serie de preguntas… no sabía hacia dónde pretendía conducir la conversación.

Así que decidió ser sincero con ella. Total, no perdía nada. El *no* ya lo llevaba él como una losa sobre sus hombros. Giró su cabeza con valentía y miró su delicado perfil.

—Sería un sueño para mí. —Megan volteó su rostro hacia él con brusquedad y lo miró con fijeza. Seán tomó aire y continuó—: Me gustas, Megan. Me gustas mucho.

El sonrojo que cubrió las mejillas de la joven fue acompañado por una leve sonrisa.

—Tú a mí también —murmuró con timidez.

La escena era increíblemente tierna. Tierna y surrealista a la vez.

Parecían dos infantes tímidos en lugar de un hombre de veintiocho años y una mujer de veinticinco.

—¿Lo dices en serio? —la interrogó, sorprendido a la vez que brotaba en sus labios esa tierna sonrisa que la atraía tanto.

—¿De verdad me haces esa pregunta, Seán?

Seán le acarició la mejilla con suavidad con el dorso de su mano sin dejar de lado su sonrisa.

—Es que no me lo esperaba, la verdad.

Megan le agarró la mano que todavía permanecía en su mejilla y la

encerró entre las suyas.

—Y… ¿ahora qué hacemos?

Seán se levantó del banco a la vez que estiraba de ella para que se elevara también y le pasó un brazo por los hombros.

—Ahora nos vamos al festival, ¿te parece?

—Es una idea fantástica.

No quería presionarla. Tenía la intuición de que con Megan había que ir poco a poco. Su cuerpo, su forma de moverlo, su voz, sus palabras, todo en ella hablaba de tranquilidad, paciencia, serenidad, dulzura…

## Capítulo 8

En el festival de música se lo estaban pasando de maravilla. Seán alucinaba viendo disfrutar a Megan; le sorprendió verla bailar y cantar como uno más de la muchedumbre que acampaba por todos lados, así que el joven se dejó llevar y la acompañó en su euforia. En realidad, era su propio júbilo al conocer esa versión de ella. Otro lado de su personalidad que también le gustaba.

Si alguien se fijase en ellos, seguro que pensaría que era una pareja algo estrafalaria, pero que se conocían muy bien porque uno secundaba cada movimiento que otro hacía como si estuviese en su ADN. Era como si estuviesen unidos por finos hilos transparentes, como si fuesen dos marionetas suspendidas por la misma cruceta.

Cuando les entró apetito, se fueron del concierto y decidieron comer en un *fish & chips,* y luego pasearon sin rumbo. Un sábado por la noche, las calles de Dublín eran animadas de por sí pero, durante los días que duraba ese festival, al que le acompañaba el buen tiempo primaveral, el gentío bullía por una amplia zona de la ciudad.

Pero en realidad, parecía que ellos no lo necesitasen. Caminaban sin fijarse en nadie más que ellos dos, como si el resto del mundo les sobrase o fuese transparente. Las palabras y las risas surgían sin más. Las miradas se hicieron cómplices y los roces, vitales.

Un beso cuando tararearon y bailaron juntos la última canción del concierto. Otro para limpiarle el labio del kétchup que se había manchado al dar un bocado al pescado. Otro cuando intentaron despedirse en la puerta del edificio donde vivía Megan.

Este último muy especial. En cuanto Megan se paró en la acera, se

habían mirado a los ojos, frente a frente, y sin mediar palabras se habían encontrado a mitad de camino. Los labios se buscaron hambrientos, como si durante todo el día hubiesen estado deseando que llegara ese momento. La lengua de Seán se internó ansiosa por saborear la boca de Megan, y la joven la buscó para jugar con ella. Era un beso tierno y arrebatador a la vez.

Dobló su cabeza para profundizar más, pegó su cuerpo ardiente al de ella, que lo recibió apretando su abrazo. Durante infinidad de segundos, o quizá de minutos, se dedicaron a conocer sus bocas, a compartir el hechizo mágico que palpitaba entre ellos, aunque sabía a poco. Si hubiese sido posible, las chispas habrían saltado de entre sus cuerpos para iluminar la noche.

A Seán le costaba desprenderse de ella. Habría mantenido los labios jugosos de la joven entre los suyos eternamente. Una vez probados, se había convertido en adicto a ellos. Le hubiese gustado que el día no se acabase nunca, pero no quería asustarla, así que, poniéndose a prueba a sí mismo, separó sus labios de los de Megan.

—¿Crees que serás capaz de volver a soportarme mañana? —le preguntó a la joven entre sus labios.

Oyó su risa cristalina, que le pareció una sinfonía maravillosa. Absorbió el aliento de la risa y le supo a ambrosía. Vio sus ojos azules y le parecieron un inmenso lago de aguas frescas y transparentes.

Sus cuerpos estaban pegados después del beso; mantuvo sus brazos rodeando la cintura de Megan, mientras ella tenía los suyos apoyados a ambos lados del pecho del joven con las manos sobre sus hombres. ¿Cómo iba a prescindir de ella a partir de entonces?

—Depende de lo que me ofrezcas —contestó Megan, coqueta.

—¿La luna sería suficiente? —respondió con dulzura.

En su propio cuerpo notó el escalofrío que le recorrió a la joven. «¿Sería una buena señal?», pensó Seán dubitativo, pero no tuvo que esperar mucho tiempo para saberlo porque enseguida una sonrisa complacida anunció que había sido placentero.

Notó cómo le daba un golpecito en el hombro con una de sus manos.

—¡Bobo! ¡Me has dejado sin aliento! No esperaba que fueses tan

romántico.

—¿Qué te ha confundido? ¿Mi atrayente perilla roja? ¿O quizá mi deslumbrante camiseta de U2? —le preguntó guasón.

Megan se rio con ganas.

—A lo mejor tu apego por las máquinas insensibles.

Seán frunció el ceño con la finalidad de fingir un enfado.

—Eso no deberías decirlo en presencia de mi querida Arwen. Se ofendería.

—¿Arwen? —preguntó la joven con un tono que a él le pareció celoso.

Otra carcajada rompió la noche y se mezcló con el barullo que producía un grupo de dublineses que recorrían la calle por la acera de enfrente.

—Así se llama mi ordenador de Dagda y te aseguro que tiene sentimientos. Ella manda en nuestra relación.

—¡Ah! O sea que es femenina.

—Por supuesto. Soy hetero, Megan, por si no te habías dado cuenta. No tengo nada en contra de cualquier otro tipo de relación, pero yo tengo que rodearme de mujeres en mi vida. Por mis manos han pasado Galadriel, Leia, Eowyn, Neytiri…

—Qué nombres más extraños buscas —lo cortó.

—¿No te suenan? —preguntó extrañado.

—Pues… no, de nada.

—¿En qué jaula has vivido?

—En una de oro —respondió con pesar.

Seán se dio cuenta enseguida del cambio efectuado por la joven. La tristeza había oscurecido sus luminosos ojos, y un rictus de dolor apareció

en sus labios. Seguro que sus palabras le habían removido algún recuerdo no muy agradable.

—¡Está bien! —exclamó el joven intentando simular que no se había dado cuenta del entristecimiento de Megan, con la intención de distraerla y volverle a levantar el ánimo—. Veo que no eres muy cinéfila. Todos son nombres de personajes de películas muy conocidas como *El señor de los anillos*, *La guerra de las galaxias* o *Avatar*. No pasa nada, ya te llevaré al lado oscuro —concluyó con una media sonrisa guasona.

—¡Ah! Sí, sí. ¡Me encantan esas películas! —Sus ojos volvieron a brillar. ¡Bien!—. Sí que me gusta el cine; suelo ir muy a menudo, y esas en concreto son de mis favoritas. Lo que pasa es que no he asociado los nombres.

—¡Estupendo! Entonces compartimos afición; si quieres, podremos ir juntos algún día… Lo que me recuerda que no me has contestado… ¿Te parece bien que nos veamos mañana?

—Tú tampoco me has respondido a mí —arguyó con una sonrisa juguetona—. ¿Qué propones? ¿Tienes algún plan?

—Bueno… *tenía* un plan, pero lo pospongo por estar contigo. Me apetece más.

Megan elevó sus párpados superiores, desorbitando sus ojos a la vez que cambiaba la travesura de sus labios por un perfecto círculo de sorpresa.

—¡Oh! Bueno… si… verás… a mí también me gustaría pasar el domingo a tu lado, pero no quiero fastidiar tus planes —balbuceó la muchacha—. ¿Podría participar en estos?

—Mañana tenía pensado unirme a mi grupo de amigos para terminar una partida que tenemos a medias.

Megan frunció el ceño con un claro gesto de recordar.

—¿A eso que me comentaste un día? ¿Mi premio por no usar el ordenador?

—Sí, eso es, a un juego de mesa de rol, Dungeons & Dragons. Pero ya

jugaré en otro momento con ellos: prefiero tu compañía.

—¡Ah! Pues no pienso verte mañana si no es junto a tus amigos. ¡Me niego!

Las carcajadas del programador casi se escucharon al otro lado de Dublín. Sin exagerar.

—¿Te apetece probar una partida?

—¡Me encantaría! Llevo deseándolo desde que hicimos la apuesta.

—¿En serio?

—¡Pues claro! Ya te lo dije en su día pero, como no me lo volviste a pedir, pensé que lo habías hecho por compromiso, pero que en realidad no querías que fuese.

—¡Joder! Yo pensé que habías aceptado por no hacerme un feo, pero que no te apetecía.

Seán la apretó más hacia su cuerpo y le dio un beso leve, tan leve que la cabeza de Megan lo persiguió cuando él se apartó.

—Será un honor para mí iniciarte en ese mundo de vicio.

Y volvió a unir sus labios, pero esta vez no pudo refrenar sus sentimientos. Le había conmovido saber que ella estaba dispuesta a integrarse en su mundo, que distaba tanto del suyo a simple vista. No había que ser un genio para notarlo.

La boca de Seán se comió los labios de Megan con pasión. Su lengua se deslizó en el interior de la boca de ella en busca de saborear su interior dulce. Su corazón palpitó con fuerza al notar cómo ella participaba del encuentro.

¡Dios! ¡Era tan refrescante para su paladar! Era como beber del agua de la vida eterna, un despertar de sus sentidos y sus emociones que jamás pensó que podría existir. Sensaciones nuevas recorrieron su cuerpo como si lo explorasen, tocando puntos sensitivos.

Sus manos se enredaron en las suaves guedejas rubias y giró su cabeza

para poder penetrar más el beso. No podía desprenderse de ella: necesitaba su contacto, pero no solo de sus labios. Su propio cuerpo exigía más; pedía a gritos poder disfrutar de toda ella.

Cuando notó cómo Megan intentaba apartarse de él, la dejó ir con dolor, rasgando cada centímetro de su piel. Jadeaba con fuerza; apoyó su frente sobre la de ella, intentando calmarse al tiempo que notó cómo la mano delicada de ella le acariciaba la barba.

—Qué suave es —susurró con dulzura, fundiendo su aliento con el de él

—. Me has hecho cosquillas con tus pelos en mi barbilla.

—Perdona —balbuceó.

Una risa cristalina sonó como pura música celestial en sus oídos.

—No me estaba quejando, Seán; más bien, todo lo contrario.

—¡Menos mal! Tenía miedo de que te molestase y me pidieras quitármela.

—¡Eso jamás! Me gustas tal cual eres.

¿Había oído bien? ¿Había sido ella la que había dicho eso? ¿Él le gustaba como era?

La miró con atención, recorrió su rostro, vio un leve sonrojo en sus mejillas y una evidente expresión de timidez por lo que había dicho. Sus comisuras de los labios se elevaron en su habitual sonrisa tierna, le rodeó la cara con las manos y le dio un tenue beso.

—Tú también me gustas a mí. Mucho, Megan. Muchísimo.

—Entonces, ¿me llevarás a esa partida con tus amigos? ¿Querrás presentármelos?

—Sería la única forma en la que yo acudiese a esa cita con ellos. O voy contigo o no voy. Mañana te recogeré temprano. Las partidas pueden durar varias horas, y procuramos empezar con tiempo, aunque esta partida ya la estamos acabando.

***

—¡Bien! Era lo que necesitaba para cargármelo —exclamó Finn con su voz atronadora.

Megan observó al amigo grandote de Seán mientras retiraba con ímpetu la figurita del personaje que acababa de «matar» tras una «ardua lucha».

—Ya sabía yo que mi brujo semielfo iba a causar estragos en esta aventura en los Reinos Olvidados —continuó el joven a la vez que se mesaba sus largas barbas morenas con satisfacción.

La joven sonrió mientras cogía unas patatibris y se las metía en la boca.

Llevaban varias horas sentados alrededor de la mesa del comedor de la casa de Finn y Elly, aunque para ella le habían pasado en un suspiro. Incluso, habían comido juntos unas pizzas que habían encargado por teléfono.

Caras sonrientes y muchas risas habían llenado todas esas horas. Miró alrededor de la mesa y le gustó lo que vio. Finn ocupaba la cabecera; a su lado izquierdo estaba su novia. Elly era una joven de larga y rizada cabellera roja. Formaban una pareja muy especial. Él era un guasón que todo se lo tomaba a cachondeo y ella era casi más estridente que él.

Gesticulaba y se levantaba a cada lanzamiento de dados como si no pudiese estar quieta en la silla.

Al lado de Elly y frente a ella misma, se encontraba Donovan, que era el polo opuesto de la chica. Muy alto; su postura era casi estática. Empleaba los movimientos justos para jugar, como si ahorrase energías para no debilitar su cuerpo delgado.

Bebió un trago de su refresco mientras su mirada se dirigió hacia Seán, que estaba a su lado, frente a Elly, y lo vio carcajearse de alguna burrada que había dicho Finn. ¡Se notaba tanto el cariño y amistad que sentían…!

Eso le hizo acordarse de su amiga de la infancia Anna. ¡La echaba tanto de menos…! Siempre lo habían compartido todo entre ellas.

Seán volvió a soltar otra carcajada, que consiguió desviar los pensamientos tristes de la joven. Lo miró. Al ser la primera partida de ella, habían decidido que iban a compartirla. Ella jugaría con él y le iría explicando cada tirada y paso que daba su personaje, un elfo de los bosques

llamado *Arithols*. La hoja del personaje estaba llena de borraduras y anotaciones hechas con el lápiz que ella aún mantenía entre sus dedos.

Había sido la encargada de apuntar cada cambio en las características del elfo.

Durante todo el tiempo había estado pendiente de ella, integrándola en la jugada, explicándole todo con mucho detalle y haciendo que se sintiese acogida entre todos. Bueno, él y sus amigos. Desde el primer

minuto, ellos la habían tratado como si fuese una más del grupo, y Finn bromeaba con ella como si la conociera de toda la vida.

—… creía que no lo conseguiríamos porque no daba abasto para curar, atacar, levantar a los compañeros caídos, etc…. —Megan prestó atención a las últimas palabras que decía Finn que daban por finalizado el juego—, pero al final nos hicimos con la victoria así que, con la noche de fondo, iniciamos el camino para abandonar Umbra, sabiendo que hemos cumplido con nuestra misión y con nuestro destino. Conseguís por matar a Luquius ochenta puntos de experiencia, y otros ochenta más por haber completado la misión.

Las caras de los amigos reflejaban satisfacción por el logro conseguido en igual medida que cansancio por las horas de atención. Seán se recostó en la silla y posó su mano derecha sobre el muslo de Megan. Su dedo índice comenzó a efectuar unos círculos en los pantalones vaqueros de la muchacha, y un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Lo miró y, como si tuviese un radar que la hubiese detectado, él giró su cabeza, enganchó su mirada a la de ella y le sonrió. Se inclinó hacia Megan para hablarse en susurros cerca de su oído.

—¿Nos vamos?

Su aliento le hizo cosquillas en el cuello, y una nueva sacudida la conmocionó. Buscó su mirada y vio en ella deseo de que aceptase su petición. Megan también lo anhelaba, por lo que afirmó con la cabeza. De inmediato, Seán le asió la mano y se levantó.

—Chicos, ha sido un placer, pero nosotros nos vamos ya.

—¡Cómo! ¡¿No os quedáis? Habíamos pensado ver una peli ahora —se extrañó Elly—. Íbamos a hacer palomitas.

—Muchas gracias, Elly. Es muy atrayente tu oferta, sobre todo por esas palomitas tan ricas que preparáis, pero Megan y yo tenemos algo que hacer.

—¡Ahhh! —exclamó Finn con una expresión pícara—. ¡Marchaos, marchaos! A ver si así coge la indirecta Donovan y se larga siguiendo vuestra estela porque a mí también me gustaría *hacer algo* con Elly.

Las carcajadas fueron generales, aunque en el rostro de Megan también se reflejó la vergüenza con un enrojecimiento de su piel. Ese tipo de frases, con dobles intenciones, todavía la afectaban. No estaba acostumbrada a ellas y, sin querer, sus orígenes de niña bien salían a

la superficie pero, al estar junto a Seán, cogida de su mano, se sintió protegida. No pudo controlar que el pudor se manifestase sin querer coloreando sus mejillas, pero también pudo sonreír.

Algo le ocurría cuando estaba junto a él. ¡Se sentía tan distinta…! Y a la vez sabía que era ella misma. ¿Sonaba contradictorio? Pudiera ser, pero era lo que le dictaba su corazón, y su mente se lo confirmaba. Rompía con sus tabúes como si nunca hubiesen existido, con una sensación de libertad que se acrecentaba según se iba sintiendo más atrapada por él. ¡Seguían las contradicciones!

## Capítulo 9

—¿Quieres que paremos en algún sitio a cenar? —se interesó Seán mientras cambiaba de marcha.

—¿No es un poco pronto? —preguntó a su vez Megan, extrañada. Miró el reloj de su móvil—. ¡Son las cuatro y media!

—Vale —aceptó él con una sonrisa burlona en sus labios—, no es hora todavía. ¿Te gustaría ir a tomar un café?

—No, gracias, Seán. Estoy cansada, y me gustaría volver a mi casa. La verdad es que anoche no dormí mucho y, aunque hemos estado sentados todo el tiempo, la tensión del juego me ha dejado agotada; además, recuerda que mañana llega la nueva incorporación a la empresa y todavía no le he preparado el contrato.

—¡Ah! Sí, es cierto. Bueno, pues nada, te dejo en tu portal.

No pudo evitar que su voz sonara defraudada, entristecida.

—Pero, si no te importa, sí que me apetece invitarte a tomar un tentempié en mi casa —soltó Megan de improviso, en un arranque de arrojo.

—¡Claro que no me importa! —exclamó enseguida Seán, reanimado—.

¡Bueno, sí! ¡No! ¡Quiero decir que iré encantado! —se aturulló. La miró de soslayo, deslizó su mano hasta el muslo de Megan y lo acarició—. Creía que querías librarte de mí —continuó.

La joven posó su mano sobre la de él y entrelazó sus dedos con los del joven.

—Pues… —dudó, pero respiró con fuerza como si demoliera un trozo

más de muro y añadió—: yo diría que mi interés era todo lo contrario. Me gustaría seguir disfrutando de tu compañía, pero en mi casa.

¡Eso era! Lo notaba. Él sentía en su interior cuándo ella se dejaba llevar y se desataba una lazada de su corsé. Cada rato que pasaban juntos, estaba menos constreñida. Seguía manteniendo su esencia, pero se la notaba cada vez más abierta, más extrovertida y confiada. Eso le gustaba: que tuviese confianza en él.

Era como sentirla cada vez un poquito más suya, más cercana. No solo físicamente, sino también ese tipo de conexión entre dos personas que surge porque sí, porque se atraen el uno al otro sin remisión, pero también incomprensiblemente.

—Tu propuesta me parece mucho más interesante que la mía. Sin duda

—reconoció con una sonrisa juguetona.

Había ralentizado la travesía para alargar lo más posible el tiempo a su lado, pero ahora le urgía llegar cuanto antes. Sin pensarlo dos veces, aceleró su coche.

Megan intentaba abrir la puerta de su piso, pero las llaves se le cayeron dos veces antes de atinar en la cerradura. ¡Estaba muy nerviosa! Era la primera vez que invitaba a un hombre a su hogar. Al nuevo y al antiguo.

La habían educado para ser una buena anfitriona, aunque no en ese mundo. Todo era nuevo para ella, y permitir que un hombre entrase en su espacio más personal no entraba dentro de esas enseñanzas. Pero para todo había una primera vez.

Con una rápida mirada, comprobó que todo estaba en orden antes de apartarse del umbral y permitir que Seán lo atravesara y viese su coqueto apartamento. No esperaba que hubiese habido un terremoto y estuviese todo manga por hombro, pero nunca se sabe. Su pulcritud y su forma de ser metódica no le habría permitido tener algo fuera de su sitio.

—Bienvenido a mi reducto de tranquilidad —dijo Megan a la vez que estiraba el brazo en un claro gesto de cordialidad.

—Gracias —respondió Seán sin que se le ocurriese nada más. Siempre que ella utilizaba esas expresiones grandilocuentes, él parecía que se sentía anonadado. Y eso que le encantaba oírla hablar así. Era como

su sello propio.

—Puedes sentarte en el sofá y esperar a que yo prepare algo o te vienes a la cocina conmigo.

—Te acompaño, por supuesto.

—¿Quieres café o me acompañas con mi té preferido? Me hago una mezcla especial y lo endulzo con miel templada.

—Soy un hombre valiente. Me arriesgaré con tu mezcla —respondió el joven entre risas.

—En pocos minutos me pedirás perdón por tus palabras —le advirtió Megan, siguiendo su broma.

Lo primero que hizo cuando entró en la cocina fue coger el tarro de miel de uno de los armarios blancos que colgaban de la pared. Actuaba de forma mecánica, puesto que efectuaba ese ritual todos los días cuando llegaba a casa, aunque esa vez estaba nerviosa y sus movimientos eran algo precipitados. Asió un pequeño bol de otro armario y echó en su interior un chorreón del espeso edulcorante. Luego se dirigió a la torre en la que estaba incrustado el horno microondas y lo metió allí unos pocos segundos. En cuanto sonó la campanita avisando, abrió la puerta y agarró el cuenco.

—¿No está un poco alto el horno? —preguntó Sean, justo detrás de ella.

—¡Ay!

El sonido de esa voz en su oído la sobresaltó, dio un brinco y el contenido del bol se derramó por su escote, manchando la blusa que llevaba y deslizándose por su piel. En unos segundos se armó un pequeño alboroto: Seán la giró con rapidez mientras buscaba con la mirada un trapo de cocina; lo encontró en unos pequeños colgadores que había en la pared más cercana. Agarró uno y lo deslizó con cuidado sobre el pecho de Megan mientras ella se miraba a sí misma con los ojos desorbitados.

—¿Te has quemado? —quiso saber con voz temerosa.

—No, no. Estaba templado. Ha sido más el susto que otra cosa.

—Lo siento mucho, ha sido por mi culpa —se disculpó Seán, abochornado.

—Que no, Seán, en serio. La culpa ha sido mía por estar en tensión.

—¿Estás en tensión?

—Es la primera vez que invito a un hombre a mi casa… —reconoció ella a la vez que se dirigía al exterior de la cocina—. Si no te importa, voy a darme una pequeña ducha para quitarme el pringue.

—Por supuesto.

—Estás en tu casa. Siéntete libre para hacer lo que quieras —le dijo a Seán desde el fondo del pasillo.

Megan se introdujo en su cuarto, cogió ropa limpia y volvió al pasillo.

Desde allí vio al programador, que la miraba desde la otra punta; le hizo un gesto con la mano a modo de saludo y se metió en el baño.

Tan solo hacía unos segundos que había abierto el grifo de la lluvia artificial de su ducha cuando vio que la puerta se abría y entraba Seán.

—Me has dicho que podía hacer lo que quisiera y lo que quiero está ahí dentro —dijo al tiempo que la señalaba a ella con el índice.

El sofoco no podría ser mayor, pero tampoco la excitación que recorrió su cuerpo. Sus miradas se quedaron enganchadas mientras él se desnudaba, abría la puerta de cristal y se introducía dentro.

—¿Soy bienvenido? —preguntó Seán con tono ansioso.

Por toda respuesta ella le extendió su mano; él depositó la suya sobre ella y la joven tiró de él para que se le acercase. Seán no se hizo esperar; se pegó a ella, la rodeó con sus brazos y unió sus labios en un beso arrollador.

Proclamaba puro deseo. Con delicadeza la pegó a la pared sin despegarse de ella y aumentó la intensidad del beso. Su lengua experta recorría cada recoveco de su boca húmeda. Ella le devolvió el beso, fogosa; bebió de él

como si estuviese sedienta en medio de un desierto.

—Te deseo, Megan —murmuró sobre sus labios.

La joven ardía por dentro. Un fuego abrasador la recorría con tal intensidad que ni tan siquiera el agua lograba aplacar.

—Y yo a ti —logró balbucear.

—¿Qué prefieres, la ducha o la cama?

—La cama, por favor.

—Tus deseos son órdenes para mí, bella damisela.

Hablaban con sus caras pegadas mientras Seán recorría con sus manos las curvas de su cuerpo.

—Pero antes necesito ducharme.

—Permíteme… —dijo Seán a la vez que cerraba el grifo, agarraba el bote de gel de una repisa y echaba un chorro sobre su mano.

Se restregó ambas manos para producir espuma y, mirando los ojos de Megan para observar su aceptación, comenzó a recorrer cada centímetro de su piel con ellas. La joven se dejó hacer. Ningún otro hombre la había tocado de esa forma tan sensual y electrizante. Con un suave masaje, se detenía en algunos lugares estratégicos. Cuando se esmeró con sus pechos, pinzó sus pezones y no pudo evitar soltar un pequeño jadeo.

—Cariño, no te frenes, déjate llevar —le pidió en un susurro.

¿La había llamado *cariño*? ¿A ella? Esa sencilla palabra se convirtió, como por arte de magia, en el detonante que necesitó para desinhibirse y disfrutar de lo que estaba sintiendo. El cuerpo se le relajó y solo se tensionaba ante el anhelo por ser complacida y por el placer que sentía con las caricias de Seán.

Echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y con la boca entreabierta. Su rostro reflejaba un inmenso placer que Seán intentó capturar con sus labios. Contoneó su cuerpo en busca de sus caricias; se pegó a él compartiendo el jabón y se puso de puntillas para profundizar el

beso, a la vez que rodeaba su cuello con los brazos.

De forma inesperada, notó de nuevo el agua sobre su cuerpo, por lo que en cuestión de segundos la espuma se desvaneció de ambos cuerpos, pero lo que no desapareció fueron las caricias. Pese a que ya estaban exentos del gel, se quedaron fundidos por sus cuerpos y por sus labios durante largos segundos.

Cuando Megan notó cómo Seán separaba su boca de la de ella y su piel dejaba de ser una, sintió una gran soledad, aunque pronto se reconfortó con otro nuevo abrazo envuelto en una gran toalla que el joven había cogido de su colgador.

—¿Estás bien? —quiso saber Seán—. Estás muy callada.

—Tenía la boca ocupada, igual que tú —respondió Megan, osada.

La risa del joven la contagió.

—¿Me dejas un trozo de toalla para secarme yo?

Megan sintió mariposas en su estómago ante la perspectiva de lo que venía después. Abrió la toalla y lo envolvió con esta después de recorrerlo con la mirada. Sus tatuajes brillaban por el agua, resaltando la tinta negra.

Era la primera vez que los contemplaba en toda su plenitud y tuvo que admitirse a sí misma que, sin estos, no sería Seán. Sus dos cuerpos quedaron pegados de nuevo, y el temblor se hizo tan real que la joven pensó que se iba a desmayar de deseo.

Una vez secos, Seán se desprendió de la toalla. La muchacha vio cómo recorría su cuerpo con su mirada y su corazón palpitó con fuerza. Todas sus inseguridades bombardearon su mente pero, en cuanto vio los ojos llenos de pasión del joven, se disolvieron como el azúcar en el agua.

—¿Vamos, cariño?

Otra vez esa palabra. Y la pronunciaba con tanta ternura…

Las manos del joven se posaron en su cintura y la giraron para salir del aseo. Él se colocó detrás de ella y la siguió hasta su habitación.

Ese cuarto hablaba de ella; reflejaba su personalidad. Combinaba distintos tonos de grises con un toque de magenta en algunos detalles aquí y allá. Una amplísima cama tapizada era el centro de atención. A sus pies había una banqueta alargada y, delante de las ventanas, dos sillones con una mesa redonda en medio de los dos, completaban el mobiliario. Los toques de decoración eran exquisitos y refinados daban las pinceladas perfectas.

Tan perfectas como ella.

Megan se desprendió de su agarre y caminó hasta la cama para abrir el embozo con aparente tranquilidad. Apartó la sábana junto con la colcha hasta colocarlas a los pies de la cama. El joven soltó unas risitas y la joven se volvió al oírlo. Se quedó estática, miró lo que estaba haciendo y soltó unas fuertes carcajadas nerviosas ¡Era tan metódica!

Seán acudió a su lado con dos zancadas largas y la elevó en sus brazos para depositarla sobre la cama. Después se acostó a su lado y la miró.

—Eres preciosa —murmuró mientras le acariciaba el rostro.

La sonrisa de Megan se ensanchó. El corazón se le hinchó ante las muestras de cariño de Seán. Las pocas palabras que había pronunciado eran dichas con tal ternura que la joven necesitó corresponderle. Alargó su mano e introdujo sus dedos entre los rizos de su cabello rojizo.

—Y tú eres muy atractivo.

La risa de Seán fue como un bálsamo para el nerviosismo de la joven.

Cuando notó su mano en la cadera, una corriente eléctrica le recorrió todo el cuerpo y sintió la necesidad del contacto piel a piel, pero no tuvo tiempo de añorarlo. Su boca fue cubierta por la de él y sus cuerpos se rozaron. Sus caricias surcaban todos los rincones de su figura provocándole un ardiente reguero de sensaciones.

Sus propios dedos hormiguearon pidiéndole desesperadamente el contacto con el cuerpo de Seán. Se dejó llevar entre suspiros y gemidos, se pegó más a él y lo rodeó con su pierna y su brazo. Necesitaba sentirlo por todos lados de manera urgente. Era como si fundirse en él formaba parte del sentido de la vida.

Las caricias se hicieron más provocativas y rozaron zonas íntimas desatando la pasión. Notó cómo Seán le daba un leve empuje para tumbarla en la cama, separaba sus piernas y se colocaba entre estas sin dejar de besarla por el cuello hasta llegar a su pecho. Su cuerpo tomó vida propia y se arqueó en cuanto él se apoderó de uno de los pezones con su boca y succionó, a la vez que sus dedos pellizcaban la otra aureola.

Cuando los labios del joven abandonaron su pecho, un sentimiento de abandono le atravesó por unos segundos.

—Lo siento, cielo, pero no puedo aguantar más —oyó Megan entre la

nebulosa de sus sentidos y de inmediato sintió cómo él buscaba con su miembro la abertura de ella, que también lo reclamaba con anhelo.

El placer la consumía mientras la penetraba lentamente. Rodeó el cuello de Seán, se incorporó para atrapar su boca y besarlo con ansia. El ritmo del joven se acrecentó con potentes empujones que ella acompasaba con sus propias caderas.

En su bajo vientre se estaba formando un torbellino de pasión que aumentaba con cada penetración. La desesperación por la culminación se fue acrecentando hasta que explotó y fluyó como la lava de un volcán por todos sus puntos sensoriales a la vez que su garganta dejó salir un grito de placer que provocó que Seán estallara con su propio orgasmo.

El joven, con la respiración jadeante, se dejó caer hacia un lado, pero enseguida alargó el brazo para rodearla con él y la atrajo hacia sí. Megan apoyó su cabeza en el pecho de Seán, oyó su corazón desbocado y notó cómo él la besaba en la coronilla.

—Megan —Oyó con la voz entrecortada—, ¿te asustas si te digo que creo que me he enamorado de ti?

El respingo que dio la joven la incorporó en la cama. Se quedó sentada dándole la espalda, y su mutismo llenó el ambiente de tensión. No lo hizo a propósito. Las palabras de Seán la habían sorprendido. Ella misma se había sentido sobrecogida ante sus propios sentimientos; por eso se había colocado sobre su pecho de tal forma que no viese su rostro.

—No quiero que pienses que quiero forzarte a nada —continuó el joven al no obtener respuesta—. Tan solo quiero que sepas que esto que siento no es algo que viene de esta noche. Llevo más de un año conociéndote y descubriendo la mujer que eres. Mis sentimientos han ido creciendo con el paso de los días, algo profundo que ha nacido poco a poco y que ya puedo ponerle nombre, pero no quiero que te sientas obligada a nada.

Sus palabras calaban en el corazón de Megan como si fuesen vertidas para calentárselo. Una sensación de plenitud la embargó. Sintió como si hubiese llegado al final del camino y su recompensa fuese la plena felicidad. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Seán le acarició con suavidad la cadera. El estremecimiento le atravesó el cuerpo y miles de mariposas se instalaron en su estómago.

—Sé que aparentemente tú y yo no tenemos nada en común, pero yo

no lo siento así. —La tensión en la voz de Seán iba en aumento ante el mutismo de la joven—. Dime algo, Megan, por favor.

La joven se volvió hacia él con todo el cuerpo, se puso de rodillas y gateó sobre Seán para colocarse a horcajadas sobre sus caderas. Enseguida notó como su miembro se tensaba y le rozaba sus glúteos. Se sentía osada por primera vez en su vida. Él, estupefacto, la miraba sin saber cómo responder a su reacción; tan solo se atrevió a poner sus manos sobre las dos caderas de la joven.

Megan acarició el pecho de Seán, jugueteó con el vello rizado que salpicaba su abdomen sin abandonar la enorme sonrisa que tenía desconcertado al joven. Agachó su torso hasta pegarlo al de él y atrapó sus labios, los lamió, penetró su boca con la lengua con ardor. Seán la abrazó y le correspondió con el beso hasta que notó cómo ella se separaba de nuevo.

—Yo siento lo mismo por ti, Seán —confesó Megan desviando la mirada hacia el pecho del joven, avergonzada.

No se entendía ni ella misma. Tenía el desparpajo para subirse sobre él y besarlo, pero reconocer el amor que sentía la llenaba de turbación.

No pudo ver la gran sonrisa que apareció en el rostro de Seán, pero sí

notó cómo se impulsó hacia arriba y, una vez sentado con ella sobre él, la cobijó entre sus brazos.

—Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo, cariño —le susurró a Megan en el oído—. Te prometo que haré todo lo posible para que tú también lo seas.

—Yo ya lo soy, mi querido friky. Inmensamente feliz.

Seán separó su cuerpo del de ella y la miró a los ojos con esa maravillosa y tierna sonrisa.

## Capítulo 10

Seán se levantó eufórico con la convicción de que los sueños se cumplían y unas ganas tremendas de llegar a Dagda para ver a Megan de nuevo. En cuanto entró en la nave, la buscó primero en la antesala del despacho de Declan y, al ver que no estaba, se acercó hasta la sala de descanso.

Allí estaba. Preciosa como siempre. Su belleza resplandecía con una sonrisa que lo dejó trastornado, aunque tuvo la suficiente claridad de mente como para cerrar la puerta y dirigirse hacia ella lo más rápido posible. La cercó con sus brazos y se lanzó a saborear sus jugosos labios como si no hubiese nada más en la vida que le importase más.

—¿Cómo es posible que tus labios sepan tan bien? —susurró sobre ellos.

—Será porque producen néctar a la espera de que los polinices —se burló Megan.

—Pues ten cuidado de que no te clave mi aguijón.

—¡Qué bestia! —exclamó la joven entre risas.

Tras darle un ligero beso en los labios, Megan se apartó de él y se enfrascó en la barra para acabar de prepararse el té que había dejado a medias para recibir su beso.

—Seán, recuerda que hoy llega la ayudante de Connor.

—No se me ha olvidado —reconoció el programador—. La verdad es que me preocupa el recibimiento que le haga cuando se entere de que está aquí.

—Yo no estoy conforme por la opción que habéis tomado tú y Declan de no avisarle —opinó la secretaria del abogado mientras removía el azúcar que acababa de echar en su taza.

—A mí tampoco me hacía gracia, Megan, pero Declan tenía razón —

aclaró Seán a la vez que colocaba una cápsula en la cafetera Nespresso —.

Si se lo hubiésemos dicho, Connor se habría buscado cualquier excusa para evitarla.

—Espero que la joven tenga paciencia y sepa manejar a Connor. Es un buen hombre…, cuando se lo conoce —le lanzó una mirada sesgada—.

Como tú.

—¡Oye! ¿Qué insinúas? ¿Yo no tengo apariencia de ser buena gente? —

inquirió con tono jocoso al tiempo que se colocaba tras ella y la

rodeaba con sus brazos—. Ten cuidado con lo que respondes. Te tengo atrapada.

—Que conste que me he dejado —aclaró la joven—. En cuanto a tu pregunta… paso palabra.

—¡Uy! Acaba de salir tu verdadera personalidad remilgada. ¿Te asustaron mis tatuajes y mi barba de chivo cuando me viste por primera vez?

—Pues no, chico listo. Lo que me produjo rechazo hacia ti fue ver tu ceño fruncido cuando nos presentó Declan.

—¡Ah! ¡Con que fue eso! —exclamó jocoso. La giró para quedar frente a frente, le retiró el cabello tras la oreja y le acarició la mejilla—. He de confesarte que me sentí confundido cuando nos estrechamos las manos porque sentí una descarga eléctrica.

—¡Oh! ¡No me lo puedo creer! ¡A mí me sucedió lo mismo!

—¿En serio?

—¡Ya lo creo! Era la primera vez que me pasaba, pero tu gesto hizo que me sintiera rechazada y decidí rehuirte, aunque no dejé de observarte —

confesó Megan con expresión pudorosa. Era difícil para ella esa apertura al expresar sus sentimientos, pero se había hecho el firme propósito de

cambiar eso de ella y cada vez conseguía hacerlo con mayor facilidad.

—Mmmmm… Así que me observabas, ¿eh? Eso me hace sentir atractivo y sexy —bromeó Seán a la vez que la apretaba contra sí y hacía un movimiento con el cuerpo al estilo de un striper.

—¡Bobo! —exclamó Megan con una amplia sonrisa.

—¡Por ti!

Volvió a pegar sus labios a los de ella y le dio un sonoro beso; luego la soltó y le dio una palmada en los glúteos.

—El café ya se me habrá enfriado y todo por tu culpa —se burló el joven.

—¡Serás…!

—¿Tu príncipe azul? ¡No! ¡rojo! Tu príncipe rojo —le cortó Seán, bromeando. Notó de inmediato que una sombra oscura nublaba los preciosos ojos de Megan.

También la curva de su sonrisa se desdibujó. La vio girarse para coger su té pero, en lugar de volverse de nuevo, se llevó la taza a su boca de espaldas a él.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué inconveniencia había dicho para observar ese amago de tristeza en ella? Estaba claro que había algo que le ocultaba y que suponía un pesar en su vida. Pero él tenía paciencia. Esperaría a que ella quisiera contárselo.

—¿Te sientas conmigo en una de las mesas? —le preguntó como si no hubiera notado el cambio en ella.

—Lo siento, pero he de volver a mi puesto. Supongo que Declan ya habrá llegado y debo ultimar el contrato de la nueva.

—Está bien, pero ¿podemos vernos luego?, ¿quedamos para comer juntos?

Megan se volvió, con su sonrisa ya instalada en su rostro.

—Me encantaría.

—Paso a recogerte cuando vaya a ir yo, ¿te parece? Podemos salir a un restaurante que hay cerca en lugar de comer aquí.

—Me parece una oferta perfecta —aceptó la joven mientras se acercaba hasta él. Le dio un leve beso en los labios y continuó—: Nos vemos luego, cariño.

La vio marcharse con el corazón encogido. Era la primera vez que ella le daba un apelativo cariñoso. Lo saboreó con lentitud mientras se tomaba el café.

***

El corazón le dio un vuelco al ver lo que Seán le había preparado. Lo había notado nervioso durante el trayecto al restaurante, pero pensó que era por la tensión que había habido en Dagda cuando presentaron a la nueva ayudante de Connor al propio economista.

No se esperaba esa sorpresa. Seán había reservado un coqueto privado para comer ellos dos solos. La mesera los recibió en medio de la sala,

vestida con una exquisita elegancia e iluminada con tan solo dos velas.

Megan se llevó las manos a la boca; observó con asombro la mesa y luego giró su mirada hacia él.

—¿Y esto?

—Me apetecía. No hemos tenido una comida o cena normal. Nos lo merecemos, ¿no?

—¿Esto para ti es normal? —bromeó Megan.

Seán soltó una carcajada.

—¿Me he pasado?

—¡No! ¡Me encanta! La lástima es que lo vamos a poder disfrutar solo durante media hora.

—Tenemos una hora pero, aun así, mejor será que nos sentemos —

admitió a la vez que se acercaba a una silla, la retiraba de la mesa y se la

ofrecía a ella—. ¿Me acompañas, cariño?

—Con mucho gusto —afirmó mientras se sentaba.

Antes de retirarse y dirigirse a su asiento, se agachó y le dio un beso en el cuello, que la hizo estremecer. En ese momento, entró el camarero con una degustación variada del menú estrella del restaurante, aunque ellos le prestaron poca atención. Estaban más interesados en conocerse que en la comida. Poco a poco se estaban descubriendo el uno al otro.

Entre miradas y sonrisas, hablaron sobre el juego en el que Megan había colaborado, sobre la pasión que ambos sentían por las culturas milenarias, sobre las partidas de rol; acordaron lo que iban a hacer el próximo fin de semana… de montones de temas, menos de los sentimientos que ambos notaban más fuertes según pasaban los días.

En parte, tampoco hacía falta. Cada poro de la piel de los dos hablaba por sí solo con claridad. Las miradas, los gestos, las caricias y, sobre todo, las expresiones de sus rostros, sus sonrisas eran una declaración abierta de sus sentimientos.

—¿Qué opinas de Marta Romero? —preguntó Megan cuando la

conversación se centró en la empresa.

—Me ha parecido una chica muy preparada y que va a ser una gran ayuda para Connor cuando consiga hacerse con él. Le he hecho prometer que intentará darle una oportunidad pero, ahora que lo pienso, no me dijo cuándo…

La joven se dio una palmada en la frente de forma exagerada.

—¡Pobre Marta! ¡Está perdida! —exclamó entre risas.

—Seguro que tiene a una buena amiga en ti para guiarla en el mundo huraño de mi socio —afirmó a la vez que alargaba su mano y la posaba sobre la de ella.

—Lo intentaré —Megan observó el brazo del programador con atención

—. Este tatuaje es muy particular, ¿tiene algún significado? —continuó señalando un dibujo formado por cuatro líneas de distintos grosores que se

entrecruzaban creando una enrevesada filigrana.

Seán bajó la mirada hasta el lugar que señalaba Megan. De su rostro no desapareció la sonrisa pero, por un momento, la joven creyó ver un asomo de melancolía.

—Todos mis tatuajes tienen un motivo de ser, y este me lo hice para representar la unión de mi familia. Cada trazo es un miembro de mi familia: mi padre, mi madre, mi hermana y yo.

—¿Viven aquí, en Dublín?

—Mis padres fallecieron a consecuencia de un accidente por culpa de un desgraciado drogadicto cuando yo tenía diez años y mi hermana, veinte.

—¡Oh! ¡Vaya, lo siento, cariño! ¡Cuánto lo siento!

—Tranquila; hace ya mucho tiempo, y el dolor se ha mitigado. Fiona, mi querida hermana, ha sido la que me ha criado y la que ha ejercido de madre. Bueno, todavía ejerce —concluyó con una sonrisa llena de ternura.

—¿Vives con ella?

—¡No! Está casada con mi cuñado Rory. Tienen un diablillo pelirrojo de cinco años, Flynn. Yo voy muy a menudo a verlos, pero ella no necesita estar en la misma habitación para preocuparse por mí y ejercer de madre.

Ya sabes…

No, no sabía.

—Yo vivo solo —continuó Seán rompiendo sus pensamientos nefastos

—, en una casa cercana al Jardín Botánico que, por cierto, me gustaría que conocieras. Había pensado que me acompañaras esta tarde cuando salgamos de Dagda.

—¿A tu casa?

—¡No, mujer! ¿Cómo se te ocurre tal cosa? —se burló el joven meneando la cabeza con pesadumbre fingida— ¿Pretendes ir a la vivienda de un soltero?

—¿Qué pasa? ¿Es la hora de las burlas? —preguntó Megan, jocosa.

—Perdona, es que estoy nervioso.

—¿Y eso por qué? —preguntó Megan, asombrada.

—Por si me rechazas.

La joven lo miró estupefacta.

—¿Rechazarte? ¿Por qué?

—No sé. Quizás has tenido tiempo de pensar si querías seguir viéndome…

—Pues mira, tienes razón. He meditado mucho sobre este fin de semana.

En vista de que la joven se callaba, pasaban unos segundos y no continuaba, expectante, a Seán no le tocó más remedio que preguntar:

—¿Y?

Los ojos del joven la miraban con una mezcla de esperanza y temor.

Megan no tuvo dudas al leerlos, por eso quiso que él leyese también

en los suyos, en sus gestos. Amplió la sonrisa y giró su mano bajo la de él para enlazarle los dedos con los suyos.

—Estaré muy honrada de visitar tu morada esta tarde, contigo.

Notó enseguida cómo el cuerpo de Seán se relajaba. No se había dado cuenta de la tensión que lo había atenazado hasta que esta desapareció. La verdad era que él era un libro andante. Su cuerpo y su rostro no podían ocultar lo que pasaba por su mente. Jamás había conocido a alguien como él, tan transparente, tan directo y claro.

—Mi morada, ¿eh? —repitió él con un tono jocoso—. Me encanta cuando se te escapan esas frases tan tuyas.

—¿Crees que se me escapan?

—Sí, por supuesto. No te gusta ser el centro de atención y te has dado cuenta de que, cuando hablas con esa grandilocuencia, lo eres. ¿Me equivoco?

—Está bien, lo admito —reconoció Megan entre risas—, pero la culpa es de Declan, que siempre se ríe de mí.

—Ya lo conoces. Él es un burlón.

—Ya, bueno, pues tú acabas de imitarlo.

No tuvieron más remedio que acabar la comida, aunque los dos remolonearon todo lo que pudieron. Estaban en la fase del descubrimiento, ese tiempo del hallazgo, del encuentro entre dos almas en el que las sorpresas se suceden una detrás de otra y en el que el enamoramiento, si hay conexión, está a flor de piel.

Una mirada, un roce, una sonrisa, hasta un simple movimiento de una mano, sin ser premeditados, estaban destinados a conquistar. Y ambos rebosaban de esas señales.

***

Megan y Seán habían acordado mantener ocultos sus encuentros por el momento, por lo que decidieron verse en el lugar donde él había aparcado su coche. Estaba feliz e ilusionado. Llevaba toda la tarde deseando salir del trabajo para estar con ella. Por norma general, su mente la mantenía siempre adentrada en el mundo de los ordenadores, en concreto en los videojuegos, pero esa tarde lo que

persistía en su cabeza era el rostro bello de Megan.

Hacía mucho tiempo que no ocupaba sus pensamientos en algo que no fuese su trabajo. Pero desde hacía algún tiempo poco a poco eso había ido cambiado y, esa tarde, unas veces había sido la imagen de sus almendrados ojos azules los que habían abarcado toda su mente; otras era su sonrisa la que le distraía de sus obligaciones. Cualquier zona de su cuerpo se apropiaba del espacio de la pantalla de su ordenador.

Por eso, en cuanto la tuvo a su lado, lo primero que hizo fue atraparla entre sus brazos y besarla. Pero no un beso cualquiera, no. Estaba lleno de deseo y de promesas. Arrebatador, caliente, encendido. Todo el anhelo que había acumulado durante el día explotó nada más tocar los labios sedosos de Megan.

Le costó horrores separarse de ella aunque, si no lo hacía, era capaz de montar un espectáculo en medio de la calle. Pero lo recompensó ver el rostro de la joven. Sus ojos entrecerrados, las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos por donde salían jadeos suaves y sensuales y que expresaron con claridad que había compartido con él las mismas sensaciones.

—Será mejor que nos vayamos…

Megan solo consiguió afirmar con la cabeza.

En cuanto se subieron al coche, arrancó y se dirigió hacia su casa.

—No esperes un palacio; solo es una pequeña casa de soltero —aclaró Seán dirigiendo una mirada de soslayo hacia la joven—. Eso sí, te garantizo que está limpia y ordenada.

—Espero que más que el almacén que inventariamos —se burló Megan.

El programador se carcajeó con fuerza.

—Te aseguro que sí, pero el mérito es del madrugón que me he pegado para adecentarla antes de irme a Dagda.

Y era cierto. No es que fuera especialmente desordenado, pero vivía solo y se pasaba más tiempo en la nave de su empresa que en esta.

Durante los meses anteriores había observado tan bien a Megan que sabía que ella era muy ordenada. Su mesa de la oficina hablaba por ella; jamás tenía una hoja fuera de su sitio; su letra era pulcra y

legible; era eficiente por encima de sus cometidos y sus informes eran siempre precisos y exhaustivos. Cuidaba el detalle en su máxima expresión.

Por eso su esmero: no quería defraudarla. Para su sorpresa, sentía que le importaba mucho la opinión que tuviese de él, algo que no le solía pasar salvo en su trabajo. Hasta conocer a Megan, su familia era la única a la que no quería decepcionar y de la que le importaba el concepto que tuviesen de él.

Además, tenía verdadero interés en que la noche fuese perfecta. Cuando oyó su risa suave, un fuego líquido recorrió su cuerpo, una sensación nueva

para él, que solo le había ocurrido con ella.

—No era necesario, cariño. Me gustas tal cual eres; creo recordar que ya te lo he dicho con anterioridad.

Cada vez que la escuchaba dirigirse a él de esa forma, se deshacía como blanda mantequilla al sol. Y la razón cada vez la tenía más clara, por lo que esa noche iba a dar un paso más. Lo necesitaba. Afianzar su relación con ella era un objetivo que se había implantado en su cabeza como si fuese lo único importante en su mundo. Imprescindible en su vida.

Y con ese fin, lo tenía todo planeado. Había encargado la cena en su restaurante preferido, por lo que la recogieron de camino a su casa.

Cuando abrió la puerta de la vivienda unifamiliar en la que vivía, el nerviosismo se había apoderado de él; dejó entrar a la muchacha y cerró la puerta. Se quedó estático durante unos segundos. Por un momento, las dudas acudieron a él. ¿Y si ella no le correspondía? ¿Estaría metiendo la pata y había malinterpretado sus señales?

—¿No vamos a pasar del recibidor? —preguntó Megan con la voz temblorosa.

¿Acaso ella también estaba nerviosa?

—Perdona. Sí, por supuesto —se disculpó al tiempo que se adentraba en la siguiente estancia.

Se trataba de una amplia pieza diáfana formada por el salón, comedor y cocina. Seán apreció enseguida el asombro en los ojos de Megan.

—Esto… esto no me lo esperaba. ¡Es fantástico!

No pudo evitar reírse pese al nerviosismo que sentía. La habitación tenía una mezcla de estilos moderno, sobrio y urbano de tipo industrial. Lo rústico se mezclaba con lo elegante para crear un ambiente de un gran atractivo visual.

—El mérito no es mío —aclaró—. Mi hermana es interiorista y se empeñó en decorarla porque estaba convencida de que, si no lo hacía, yo dormiría en un colchón en el suelo y comería sobre una caja de cartón —

sonrió con añoranza—. Y no iba desencaminada, la verdad. A mí todo esto de la decoración me supera.

—Pues entonces me alegro de que tu hermana haya tomado las riendas de tu casa para ese menester. Por lo menos, así dispongo de un buen sofá donde sentarme —replicó Megan entre risas, observando todo con minuciosidad—. ¡Oh! Qué bien vestida está la mesa.

Enfundada en un níveo mantel de hilo, la mesa del comedor estaba preparada para recibir la cena de dos comensales. Los platos, los cubiertos y la cristalería refulgían a la espera de servir de vía para el disfrute. Megan se acercó hasta la mesa, y sus delicados dedos tocaron los pétalos de un ramo de peonías que había en el centro, dentro de un jarrón de cristal.

—Tu hermana está en todo.

—¡Eh! ¡Que eso es cosa mía! Las he cogido de mi jardín antes de marcharme.

La joven se volvió a mirarlo con un reflejo de sorpresa en sus ojos. Seán se acercó hasta ella, le retiró el pelo de su mejilla y la acarició con los nudillos de su mano.

—Quería que todo fuese perfecto esta noche.

—¿Y eso por qué?

—Pues… —dudó—, ¿no prefieres una copa de vino antes?

—Lo que tú prefieras.

—Yo la necesito —reconoció—. Un vino blanco bien fresquito, si te parece bien.

—Perfecto.

Se dirigió hacia la nevera y extrajo una botella en la que, a través de una pátina de humedad, se veía el dorado elemento. Luego agarró dos de las copas dispuestas sobre la mesa y le señaló con los ojos el sofá para que se acomodase allí.

—¿Es cosa mía o estás nervioso? —indagó Megan mientras se dejaba

caer en uno de los asientos.

—En grado superlativo, cariño. No sabes cuánto —reconoció al tiempo que se acomodaba junto a ella y dejaba la botella y las copas sobre la mesa.

—Pero ¿por qué? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó la joven mientras lo vio llenar las copas.

Notó que estaba contagiando a Megan su propio estado alterado, por lo que optó por respirar con fuerza, exhalar un profundo suspiro y mirarla al rostro con valentía.

—Megan, amor mío —comenzó con mucha dulzura—. Quiero que sepas que lo que te dije anoche no fue fruto de la pasión únicamente. Es cierto que estoy loco por ti, que te has metido en lo más profundo de mi piel, como si fueses uno de mis tatuajes, y de ahí ya no vas a salir. Quiero iniciar una vida junto a ti, algo nuestro, de los dos. Una historia sin final, eterna.

A la joven se le fue dibujando una sonrisa poco a poco, según lo escuchaba. El nerviosismo ante lo desconocido había dejado paso a la emoción.

—Oh, Seán, ¿me estás proponiendo que me case contigo?

El estupor se dibujó ahora en su rostro. No había pensado en eso, ¿para qué engañarse?, pero un gusanillo interior le hizo descubrir que no le desagradaba la idea. Más bien todo lo contrario.

—He de confesarte que no era ese mi objetivo. Jamás he pensado en la posibilidad de casarme, pero contigo lo haría una y mil veces, si ese es tu deseo.

—Yo… bueno, sí, me gustaría. —Su sonrisa feliz dejó paso a una juguetona—. Pero no me voy a dar por aludida. Yo quiero una pedida en toda regla, eso sí, si no te importa, me gustaría seguir como hasta

ahora durante un tiempo más. Poco, te lo prometo. Solo me gustaría hacerme a la idea con tranquilidad. —Luego su rostro se volvió serio, enmarcó el de Seán con las manos, se acercó hasta casi rozar sus labios y le susurró con

voz contenida—: no creas que no he escuchado lo que me has dicho. Han sido las palabras más emocionantes que he oído en mi vida. Y las más deseadas. Yo también te amo con todo mi corazón y quiero estar junto a ti para el resto de mis días. Lo que tú me haces sentir solo puede lograrlo la persona que complementa a otra. Y tú eres esa persona para mí. Mi complemento. El que me enciende por dentro y por fuera, el que me hace vibrar con solo notar su presencia, el que reconoce mi corazón con tan solo un leve pensamiento, el…

No la dejó terminar. Sus labios tomaron los de ella con lujuria y pasión.

El arrebato se apoderó de ellos, y un fuego abrasador los envolvió. Se puso de pie sin soltarla; la elevó entre sus brazos y la llevó hasta su cama, donde la acomodó con mucho cuidado. La cena quedó allí, olvidada hasta varias horas después mientras ellos se demostraban, el uno al otro, las palabras dichas en el salón.

## Capítulo 11

No podía ser más feliz. Desde la noche en la que había decidido confesarle que la quería, los días se habían llenado de momentos inolvidables junto a ella. Cada día afianzaban más su relación en todos los aspectos.

Pasar el tiempo con ella era para él como escuchar una melodía de esas que hacen vibrar el alma y estremecen cada centímetro de la piel. Le recordaba al *Nocturno opus 9, N.º 2*, de Chopin. Una de sus piezas preferidas. Cuando buscaba inspiración para sus creaciones, solía ponérsela en bucle.

Era duro para él no demostrar su amor hacia ella cuando estaban en Dagda. Disimular ante sus amigos y socios se le hacía cada día más difícil, pero respetaba la petición de Megan. Ella era así: tranquila, serena. Como el *Nocturno* de Chopin.

Ese sábado de finales de junio habían quedado en que él iría a la casa de ella para recogerla e ir al cine. Se estrenaba una película de ciencia ficción que los dos estaban interesados en ver. Cuando llegó a la portería de la joven, salía un vecino y él aprovechó para entrar. Subió en el ascensor y, cuando salió de él en la planta correspondiente a la

de Megan, vio que la puerta de su piso estaba entornada.

Le extrañó pero, como ella sabía que él ya estaba de camino, pensó que la habría dejado así para que entrase en cuanto llegase. Y eso fue lo que hizo. Para su desgracia.

Un sudor frío le congeló el cuerpo. Parpadeó varias veces incrédulo.

Sintió que todo su cuerpo pedía a gritos desaparecer, esfumarse y no recordar nada. Frente a él, en medio del salón, Megan estaba casi desnuda.

Tan solo llevaba unas minúsculas braguitas de color rojo sangre y el sujetador a juego. Sus brazos apretaban contra su cuerpo a un hombre que la rodeaba con los suyos.¡No podía ser cierto! Los segundos se le hicieron eternos mientras intentaba comprender lo que veía. ¿Seguro que era ella?

¿No estaría confundido? No. No lo estaba.

No veía su rostro, puesto que la tapaba la cabeza del hombre, pero conocía ese cuerpo a la perfección. Su inconfundible mancha de nacimiento que tenía en la nalga y que tantas veces había besado, estaba ahí, ante sus ojos dilatados. El mundo se le volvió del revés. No pudo evitar que un gemido desgarrador se le escapara de su boca. Megan giró la cabeza hacia él al oírlo y profirió un grito a la vez que se separaba con brusquedad de los brazos del hombre y se llevaba las manos a la boca con un claro gesto de horror.

—¡¡¡Seán!!! —gritó.

El rostro del joven se había transformado en una mueca de tristeza y sus pecas resaltaban más sobre el blanco de su piel. Giró sobre sí mismo y salió del piso con paso vacilante, pese a que escuchó cómo Megan lo llamaba. El ascensor todavía permanecía en esa planta, por lo que se introdujo con rapidez y apretó el botón para bajar de forma mecánica.

Salió del edificio conmocionado sin saber qué hacer ni adónde ir. Se subió al coche, pero no se atrevió a arrancar. Gruesas lágrimas recorrían su rostro hasta empapar su espesa barba. Golpeó con furia el volante hasta desahogarse. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Sentía un dolor extremo en el corazón. ¿Cómo era posible que se hubiese confundido tanto con Megan?

Habría puesto su mano en el fuego por ella, por su lealtad.

Oyó el sonido de una llamada en su móvil, pero ni siquiera tuvo las fuerzas suficientes para sacarlo del bolsillo. Solo quería encerrarse en un lugar escondido y cerrar los ojos. Pero no lo haría. A él no le gustaba regodearse en sus males para hundirse cada vez más. Necesitaba pegar una patada y salir a la superficie antes de ahogarse.

Se restregó el surco de lágrimas de la cara y arrancó el coche. Se dejó llevar por entre las calles de Dublín, esperando que su instinto lo llevase a

donde pudiese encontrarse a gusto. Y así fue. De repente se encontró frente a la vivienda de su hermana. Por suerte, Fiona se encontraba sola en su casa. Rory se había llevado a Flynn al parque mientras ella intentaba trabajar en un proyecto muy importante que tenía en esos momentos entre sus manos. En cuanto abrió la puerta, se dio cuenta de que a su hermano le ocurría algo; lo dejó pasar sin una sola palabra y lo envolvió en sus brazos nada más cerrar la puerta.

Ella era así, protectora, empática y acogedora. Pero también era una persona racional, sensata y justa. Y, por supuesto, no se dejaba influenciar por sus quereres. Por eso, en cuanto consiguió tranquilizarlo y que se explicase por su estado, con mano izquierda le ofreció otra visión que se había ofuscado en no ver.

—Y dime… ¿sabes quién era él?

—¡No! ¡¿Cómo quieres que lo sepa?!

—Tranquilo, Seán, solo te pregunto —lo calmó Fiona.

—Es que no entiendo nada, hermana. ¡Estábamos tan bien! O eso pensaba yo —reconoció con voz desgarrada.

—Yo solo la conozco a través de tus ojos, y la mujer que me habías dibujado no cuadra con lo que me transmite lo que ahora me cuentas.

—¡Ni a mí! Y eso que yo sí que la conozco, o eso creía… —admitió, dolido—. Ahora dudo de todo. En realidad, a mí me extrañaba mucho que una mujer como ella se hubiese fijado en mí, pero lo que hemos vivido en el último mes me parecía tan real…

—Ni se te ocurra menospreciarte, Seán. Cualquier mujer se podría enamorar de ti porque estás lleno de virtudes. Y no lo digo porque seas mi hermano; es la pura realidad.

El joven agachó la cabeza, apesadumbrado a pesar de las palabras de

su hermana mayor.

—Y dime —continuó Fiona—, ¿no te parece extraño que, sabiendo que ibas tú hacia su casa, recibiese a un hombre en ropa interior?

Levantó la cabeza con ímpetu. En sus ojos se detectó una chispa de esperanza, aunque pronto se desvaneció.

—¡Y yo qué sé, Fiona! ¿Qué entiendo yo de mujeres? ¡Sois tan especiales!

—¿Quieres un consejo?

—¿Solo uno? En estos momentos necesitaría cientos.

—No, solo uno. El más sensato: habla con ella.

—¡No! ¡Eso sí que no! ¡Imposible!

—Pero ¿por qué? Es la única forma de saber la verdad de lo ocurrido.

—¿La verdad? ¡Fiona, yo la vi con mis propios ojos!

—Pero tiene que haber un porqué. Es lo que deberías averiguar, y solo ella te lo puede decir.

—En estos momentos no puedo, hermana. No puedo. Estoy destrozado y no quiero ni verla.

***

Megan se había pasado toda la noche sin dormir. Seán no había respondido a sus llamadas ni contestado sus mensajes en el Whasapp. Ni siquiera los había leído. Aunque si así hubiese sido, ¿qué le habría dicho?

Estaba entre la espada y la pared. No era libre para hablar. En esos momentos su pasado le pesaba como una losa, la enclaustraba sin llave ni puerta por donde salir. Y, para colmo, las últimas noticias que había recibido de su familia no eran nada halagüeñas.

Las lágrimas derramadas durante horas no habían servido de nada; seguía sintiéndose igual por dentro. Y, aunque la ducha refrescante le había servido de poco, al menos le había bajado la hinchazón de sus ojos y se había presentado al trabajo más o menos correcta. El dolor interior ahí seguía. Su corazón estaba destrozado, ya no solo por ella,

que quizás se lo mereciese, pero haberle hecho daño a Seán la mantenía en una perpetua angustia. Y perderlo a él.

Era lo mejor que le había pasado en su vida y pretendía luchar por ello.

Necesitaba hablar con él fuese como fuese, pedirle tiempo para aclararlo todo. Negarle lo que pensaba que había pensado, aunque no sabía cómo podría justificarse sin explicarle nada. No había conseguido verlo desde que había llegado a Dagda, ni por los pasillos ni en la salita. En esos momentos estaba sentada tras su mesa con el ordenador encendido, pero no sabía ni lo que había en la pantalla porque su mirada estaba perdida en el infinito.

Eso sí, el instinto la hizo volverse cuando la puerta comenzó a abrirse.

Su corazón palpitó de forma acelerada pero, cuando divisó un primer pie enfundado en unas zapatillas deportivas, se le paró. ¡Era él! Seán entró en la oficina y, sin mirar a Megan, la atravesó y entró en el despacho de Declan.

Ella lo siguió con la mirada, pero no consiguió verle los ojos. El recorrido duró tan solo unos pocos segundos.

Así, sin más, como si ella no existiera. Una congoja tremenda se anudó en su garganta. No pudo aguantar más y salió corriendo hacia el cuarto de baño. Necesitaba encontrar un lugar donde poder desahogarse sin que nadie la escuchara. En la oficina, en cualquier momento podrían salir del despacho el mismo Seán o Declan. Incluso Connor podría ir al encuentro de sus socios y pillarla en pleno llanto.

Se sentó sobre la tapa del váter del último cubículo del baño, se tapó el rostro con sus manos y dio rienda suelta a sus lágrimas. Los sollozos eran desgarradores; reflejaban con total claridad la amarga tristeza que estaba sintiendo. Ni siquiera la había mirado.¡Lo había perdido! ¡Lo había perdido!

El cuerpo le temblaba descontrolado; notaba cómo su corazón se resquebrajaba trocito a trocito y la congoja invadía su alma. Desde que consiguió integrarse en Irlanda, no había vuelto a sentir la sensación de vacío y desamparo que le había sobrevenido al abandonar su país hasta ese momento, al notar una profunda sensación de pérdida. Redobló el llanto con profundo sollozos; le resultaba imposible parar y cada vez se envolvía más en una maraña de dolor.

—¿Hola? —oyó la voz de una mujer.

Intentó controlarse, pero sus lágrimas no dejaban de brotar. Notó cómo unas manos se posaban en sus brazos.

—¿Puedo ayudarte en algo? ¿Qué te pasa?

Elevó el rostro entre las guedejas de su cabello y distinguió el rostro de Marta, la nueva ayudante de Connor.

—No te preocupes, no me pasa nada —dijo rompiendo a sollozar y volviendo a ocultar el rostro entre sus manos.

—No llores. Ven, acompáñame. Lávate la cara, serénate y vente conmigo a tomar una tila. ¿Quieres?

—No puedo…

—Si puedes. Y si te apetece, te desahogas conmigo, ¿vale?

Marta la agarró por las muñecas y le separó las manos de la cara.

—Estos lloros me suenan a un desengaño sentimental, ¿me equivoco?

Megan se quedó mirándola con un gesto desvalido en sus ojos y negó con la cabeza.

—No te equivocas —susurró.

Con la ayuda de Marta se levantó y, lavándose la cara, logró calmarse lo suficiente para dejar de llorar, aunque una inmensa tristeza se reflejaba en sus ojos.

La nueva incorporación a la empresa la acompañó hasta la sala de descanso, donde la ayudó a acomodarse en una silla mientras ella preparaba dos tazas de tila. Luego se sentó frente a ella y se ofreció para que se desahogase. Y lo hizo. Necesitaba contarle a alguien el dolor que sentía al haberle hecho daño a Seán. Expulsar toda la culpa que la carcomía por dentro. Intentar purgar el mal causado a fuerza de reconocerlo.

No pudo ponerle al tanto de todo, lógicamente, pero le confesó la relación que estaba manteniendo con el programador y de la situación un tanto comprometida en la que la había encontrado el día anterior. Pero no contó con que Marta la animase y le levantase la moral. Era una joven muy

agradable y enseguida se dedicó a reconfortarla. Gracias a ella, a sus consejos, decidió darle un tiempo a Seán para que se calmase antes de intentar hablar con él de nuevo.

***

Seán estaba tirando dardos con furia a una diana que tenían instalada en una de las paredes para esparcimiento de los trabajadores en la sala de descanso. ¡Qué día más funesto estaba pasando! El trabajo frente a su ordenador se le había hecho cuesta arriba, por eso se encontraba allí, intentando desfogarse. Todavía no había conseguido comprender cómo se había podido equivocar tanto con Megan. La imagen que se había hecho de ella a lo largo del año y medio que la conocía no concordaba con lo que había ocurrido el día anterior. Su cabeza era un caos. Tan pronto tenía pensamientos oscuros y nefastos sobre ella como veía en su mente su rostro delicado y la aparente fragilidad de su cuerpo, y pensaba que todo tenía que haber sido un sueño.

De repente la puerta de la sala se abrió de golpe y entró Connor con paso firme y con un gesto evidente de enfado.

—Te acompaño —gruñó.

—Acabo de llegar y no estoy para partidas, Connor, solo quiero desfogarme.

—Pues ya somos dos —reconoció su socio cogiendo un dardo y lanzándolo con fuerza.

—Una mujer, ¿verdad? —inquirió sorprendido.

Los dos amigos admitieron sus desvelos por las mujeres. Connor protestó ante lo mucho que lo alteraba Marta. Y Seán le confesó su relación con Megan y que le había hecho sentir cosas que jamás había experimentado. Pero también le contó la decepción que había tenido el día anterior, lo que provocó el asombro de su compañero. Esto le hizo volver a pensar si su hermana tenía razón y debía hablar con ella.

Sí, si tenía razón, lo admitía, pero no todavía. El dolor que sentía era demasiado grande, y no quería que el rencor hablase por él. Tenía la imagen

de Megan desnuda en brazos de otro hombre incrustada en su mente, y eso no le hacía razonar de forma ecuánime.

## Capítulo 12

Otro día más. Otra noche sin dormir. En la soledad de su piso notó aún más la ausencia de Seán, a cuya presencia se había acostumbrado en muy poco tiempo. Añoraba verlo deambular por su cocina, acompañándola en la preparación de la cena mientras se tomaban una copa de vino y charlaban; acomodarse en el sofá cobijándola entre sus brazos para ver una película, aunque nunca la habían terminado; las duchas interminables donde el agua los refrescaba del ardiente deseo; los juegos de seducción en los que ella había empezado a desinhibirse; las excitante y pasionales noches en las que había gozado como no sabía que podría hacerlo.

¡Y sus besos!

¡Los echaba tanto de menos!

Esa mañana tuvo que ocultar las ojeras con maquillaje si no quería que sus compañeros de Dagda le preguntasen qué le pasaba. Estar en el mismo lugar que él y no poder hablar con él, ni sentir sus miradas o un beso rápido la estaba matando.

Y a todo eso se le sumaba la inquietud que sentía por su padre. Estaba esperando nuevas noticias sobre él; no creía que tardasen mucho en llegar y de ello dependía lo que debía hacer. De nuevo se enfrentaba a la pantalla del ordenador con la mente llena de pensamientos que no tenían nada que ver con su trabajo. De pronto una figura se coló en su campo de visión, delante de su mesa.

—¡Ay! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Megan a la vez que daba un respingo—. No te he oído entrar.

—Perdona, no he llamado —le dijo Marta con voz enojada y ojos fulgurantes.

Megan se la quedó mirando desconcertada.

—Marta, lo siento, no era una queja. No te enfades conmigo.

Al ver la cara de desaliento de la secretaria, Marta se sintió mal. Se dejó caer en la silla que había frente a ella, dando un gran suspiro.

—No, Megan, lo siento yo. Perdona. Mi enfado no va contra ti y lo has pagado tú.

La joven ayudante de Connor se desahogó con Megan despotricando

sobre su nuevo jefe. Intentó tranquilizarla, que intentase ver la situación del economista desde otra perspectiva. A Connor había que saberlo llevar, era cierto. Era un joven algo hosco e insociable en apariencia, pero ella creía que se debía a su gran timidez. Después de observarlo durante bastante tiempo, se había dado cuenta de que, una vez que se acostumbraba a un nuevo rostro, se convertía en una persona educada, atenta y muy protectora.

Además, él se vio obligado por sus socios y amigos a tomar una ayudante sin su consentimiento, por lo que se sentía invadido en su terreno.

También era cierto que Marta acababa de llegar a Irlanda, a su primer trabajo después de graduarse, y se encontraba con esa fuerza titánica que la tenía descolocada, por lo que estaba a punto de tirar la toalla. Sintió lástima por ella. Ella sabía de nuevos comienzos y de lo duros que eran.

—Mira, vamos a hacer una cosa —le propuso con dulzura—. Tú y yo vamos a ir esta tarde, cuando salgamos de trabajar, a tomar una copa. Nos relajamos. Tú, de lo tuyo y yo, de lo mío, y esta noche lo consultas con la almohada, ¿te parece?

—Perdona, Megan. Soy una egoísta, no te he preguntado cómo vas con Seán.

—Tranquila, no pasa nada. De todas formas, todo sigue igual.

—¿No has hablado con él?

—No. Yo también he tenido que consultar con la almohada y he pensado dejar unos días de margen para que se tranquilice antes de hablar con él.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito unos días para buscar soluciones a mi problema. Es complicado, porque mi decisión no me afecta solamente a mí. Implica a más personas —meneó la cabeza de un lado a otro como para borrar de su mente malos recuerdos—. Pero no me has contestado, ¿quedamos para luego?

—Me parece genial. Todavía no he ido a tomarme algo por ahí desde que he llegado a Irlanda. La verdad es que me apetece muchísimo —

respondió algo más calmada.

Megan tenía una dulzura tal en su forma de hablar y en su rostro que contagiaba a su alrededor toda la serenidad que destilaba.

—Estupendo. A mí también. Ahora vuelve a tu despacho y demuestra quién eres.

En cuanto Marta cerró la puerta, la joven apoyó la cabeza entre sus manos. Sí, ella también necesitaba relajarse un rato, desconectar. Además, hacía varias semanas que no quedaba con sus amigos de siempre.

***

Megan llevó a Marta a uno de los pubs de la zona de Temple Bar en el que acostumbraba a quedar con sus amigos. Tenían predilección por él porque no solía estar lleno a rebosar como era habitual en los locales de esa zona. Las estrechas callejuelas del barrio estaban repletas de pubs y restaurantes; punto de encuentro de turistas y dublineses, era conocido por su gran vida nocturna.

Se trataba de un tradicional y típico pub irlandés con una decoración repleta de cuadros que evocaban la vida campestre irlandesa, fotos, antiguos anuncios y espejos colgados en las paredes paneladas de madera oscura.

Una escalerilla de caracol daba acceso al piso superior donde estaba situada la banda, que tocaba música en directo en esos momentos.

Atravesaron el local aspirando el fuerte olor a cuero que flotaba en el ambiente. Pese a la luz tenue, Megan localizó una mesa en una zona apartada y tranquila, desde donde podrían oír la música y charlar sin

problemas.

—No había estado nunca en este pub —reconoció Marta en cuanto se sentó—. Me gusta.

—Me alegro —contestó Megan con una sonrisa.

—Bueno, no te hagas demasiadas ilusiones. En realidad, me gustan todos los pubs típicos irlandeses —aclaró la joven con una sonrisa socarrona.

—¡Vaya! Me acabas de quitar todo el mérito. Yo que creía que iba a enseñarte algo nuevo para ti…

—¡Qué va! He vivido largas temporadas en Dublín y, como sabes, es imposible vivir aquí y no conocer estos pubs.

—¡Ah! Con razón tienes ese acento tan nativo. Yo había pensado que habías tenido un profesor irlandés.

—No —negó entre risas—. Mi inglés lo he aprendido más en las calles que en las aulas. Además, mi madre es irlandesa.

—¡¿Qué me dices?!

—Sí, pero esto es un secreto —le susurró acercando su cara a la de ella para crear un clima de confidencialidad.

—¿Por qué? —susurró a su vez Megan siguiéndole el juego.

—Pues porque mi madre es famosilla, y yo estoy de incógnito —

respondió susurrando y con una amplia sonrisa.

Megan soltó una carcajada.

—Está bien, está bien. Si no me lo quieres decir, no hace falta que te inventes una historia rocambolesca. Te guardaré el secreto si tú no develas que yo soy una princesa europea que se oculta de su familia.

Marta acompañó a la joven en sus risas a la vez que afirmaba con la cabeza.

—¡Hecho!

Megan sintió una corriente de amistad hacia su compañera de trabajo.

Se la veía una joven luchadora, tanto para su futuro, como para sí misma y eso era una virtud que admiraba en la gente y que intentaba tener ella también, aunque le había costado mucho esfuerzo y tiempo comenzar a serlo.

Sintió que había hecho bien en invitarla porque, aparte de que a las dos les iba a venir muy bien esas horas de distracción, ese pub era el lugar apropiado para conocerla mejor. Sabía que estaba pasando por un mal momento y que necesitaba una mano amiga, como ella se la había alargado cuando la había necesitado en el aseo.

No era que ella estuviese de ánimo para divertirse, pero para sí misma reconoció que estaba pasando un rato agradable junto a Marta. Por lo menos, sus pensamientos sobre su padre y Seán se mantenían en un

segundo plano.

—¡Megan! —una fuerte voz retumbó detrás de ellas.

La joven secretaria se giró al oír su nombre. Un grupo de chicos y chicas se dirigían hacia ella. Se levantó del sillón y acudió al encuentro.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí?

—Si mirases tu wasap de vez en cuando, lo sabrías —contestó Kevin.

—No empieces a reñirme, Kevin. Ya sabes que paso un poco de las redes sociales.

—Por eso no te has enterado de que hoy celebro mi cumpleaños —dijo Tara.

—¿En serio? ¿Pero no es la semana que viene?

—He tenido que adelantarlo. Me voy de viaje pasado mañana. Por trabajo, ya sabes…

—Pues entonces sentaos con nosotras. Os presento.

Megan se giró hacia Marta, quien se levantó del sillón.

—Chicos, ella es Marta. Trabaja conmigo en Dagda desde hace poco

tiempo —les informó señalándola con la mano—. Marta, te presento a mis amigos. Kevin —comenzó indicando al rubio de inmensos ojos claros—, Ryan —señaló a la joven con el pelo corto de color castaño claro—, Tara —

apuntó a la joven de abundante cabellera pelirroja —, y Nolan — concluyó indicando a un joven con el cuero cabelludo reluciente.

Tras las presentaciones, decidieron unirse a ellas y juntaron otra mesa que había muy cercano a ellos. Enseguida la camaradería y el buen humor llenaron la conversación. Parecía mentira, pero junto a sus amigos, consiguió divertirse y olvidar todos sus problemas. También parecía que Marta se divertía. Kevin había concentrado todo su interés en ella y la veía reír junto a él.

Pese a ello, notó que su amiga Ryan la observaba con persistencia, como si notase algo extraño en ella. No le extrañó, ¡la conocía tan bien!

Estaba claro que le debía una explicación a su ausencia en las reuniones de los últimos fines de semana y a su estado actual. Y no se equivocó. En cuanto se despidieron de sus amigos y de Marta, Ryan se unió a Megan de camino a su casa.

—Suéltalo —fue lo primero que le dijo su amiga.

Megan fijó una mirada nublada en el suelo y soltó un gran suspiro.

Ponerle voz a todo lo que le había pasado los dos últimos días, rememorarlo de nuevo, no era un plato de buen gusto para ella, pero su amiga siempre había estado ahí para ella. Siempre. Se lo debía.

—Tenías razón. Estoy enamorada de Seán.

Ryan frenó en seco con los ojos como platos.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena, Ryan. Perdidamente enamorada de él.

—¿Y él de ti? ¿Estáis juntos? No, no puede ser, no tendrías ese rostro si fuese así. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha rechazado? ¿Ya tiene novia? ¿O acaso te has enterado de que le gustan los hombres?

—¡Para, para! —exclamó la joven sin poder contener las risas ante la

incontinencia verbal de su amiga—. Si me dejas hablar, te lo cuento todo.

—El rostro de Megan volvió a entristecerse. Ryan le pasó un brazo por los hombros con ternura y le dio un beso en la mejilla. La joven la miró, hizo un amago de sonrisa y continuó—: Seán y yo habíamos iniciado una relación. O por lo menos, aprovechábamos todo nuestro tiempo libre para estar juntos. Estábamos muy a gusto, e incluso nos habíamos declarado amor mutuo. ¡Era tan feliz…!

—Hablas en pasado…

—Sí, antes de ayer me encontró en mi piso, casi desnuda, en brazos de Lukas y… ya te lo puedes imaginar.

—¿Lukas? ¿Tu ex?

—Ese mismo.

—Pero… no entiendo… ¿por eso ha terminado todo entre vosotros?

—Por ahora sí. Todavía no he conseguido hablar con Seán.

—¿No le has explicado quién es él?

—No, Ryan, ¡no puedo! Tú sabes que no soy libre para hablar sobre él y el resto de mi entorno.

—Y, ¿puedo saber qué hacía Lukas en Dublín?

—Vino a darme una noticia sobre mi padre pero, Ryan, permíteme que no te informe sobre ello. Compréndelo, por favor.

—Por supuesto, Megan. Si no te importa, solo dime si está bien de salud.

—Sí, sí, está bien. Si no fuese así, yo ya no estaría aquí. No deja de ser mi padre.

—Bien. Entonces, retomemos el tema. ¿Cómo piensas explicarle el malentendido?

—No lo sé todavía —confesó Megan con voz angustiada—. Él no quiere hablar conmigo y yo, aconsejada por Marta, le estoy dejando unos

días para que se calme a la vez que medito sobre qué puedo contarle y cómo. No sé, Ryan, estoy en una encrucijada. Hablaré con Lukas a ver qué me aconseja.

—Lo amas mucho, ¿verdad?

No pudo aguantar más, y los ojos se le volvieron acuosos.

—Lo adoro, Ryan. Jamás pensé que podría sentir algo así por una persona. Me estremezco con tan solo saber que está cerca. Tú no lo conoces, y quizás te sorprenda si algún día lo haces, pero él lo es todo para mí. Me lo ha dado todo durante este tiempo que hemos estado juntos. Me he sentido amada por primera vez en mi vida, he sido infinitamente feliz, he compartido con él sus aficiones, que ahora son las mías, y él comparte las mías; ha confiado en mí para mejorar su trabajo. Es tan buena persona que lamento en el alma el daño que le he hecho.

—Sí que te ha dado fuerte.

—No. Como tú misma me has comentado en otras ocasiones, llevo muchos meses fijándome en él. Sus valores y su forma de actuar con

las personas que tenía a su alrededor fueron calando poco a poco en mí y, cuando me quise dar cuenta, mi cuerpo reaccionaba a su cercanía y mi corazón ya estaba atrapado. Es más, fui yo la que propició la primera salida juntos.

—¿En serio? ¿Tú?

—¡Ya ves! Pero te digo más: no estoy dispuesta a perderlo. Moveré cielo y tierra para poder recuperarlo. Si tengo que confesárselo todo, estoy dispuesta a ello, pero primero tengo que ver cómo está el ambiente por mi casa. Después de las noticias que me ha traído Lukas, tengo que ir con mucho cuidado.

—¡Así me gusta! Era lo que esperaba oír de ti, cariño. Ya has demostrado ser una luchadora y te mereces ser feliz de una vez.

—Espero que todo se solucione pronto. Confío que, en cuanto le exponga mis razones, él me crea y todo vuelva a la normalidad. Hasta

entonces, toca sufrir.

## Capítulo 13

La semana había sido un suplicio para Seán. Todo le olía a Megan. Su aroma parecía tenerlo impregnado en la nariz. Sabía cuál era: *La vie est belle*, de Lamcôme. Lo había visto en su baño; incluso él mismo le había puesto unas gotas en su cuello una vez que la había ayudado a vestirse.

Tenía una fragancia muy peculiar, una mezcla de pera, lavanda, jazmín, iris, pachulí y vainilla.

Casi no se había atrevido a salir de su cubículo para evitar cruzarse con ella y, si lo hacía, si la veía a lo lejos, la esquivaba. Ni siquiera pisó el despacho de Declan con la excusa de que tenía mucho trabajo. No porque no quisiera verla, sino porque, aunque sonase contradictorio, estar alejado de ella le dolía. No poder compartir con Megan sus pensamientos y sus vivencias estaba siendo muy duro para él.

La cabeza la tenía como un bombo de tanto darle vueltas. Las imágenes de Megan en ropa interior abrazada a un hombre las mantenía fijas en su mente. No conseguía desprenderse de ellas ni un solo segundo.

Pero también era cierto que poco a poco se había ido serenando y su

corazón entró en liza con sus pensamientos y su mente. Cada vez tenía más dudas sobre lo que había visto en realidad, y el consejo de su hermana iba tomando fuerza en él.

Durante el fin de semana no tuvo ganas de hacer nada. En la soledad de su casa, pasó las horas tumbado en el sofá con la mirada perdida en el techo, pero con el pensamiento puesto en ella.

El comienzo de una nueva semana trajo más trabajo del que esperaba.

Connor y Marta se habían marchado de viaje a España para entrevistarse con un posible nuevo cliente que les abriría las puertas de ese país a lo

grande, así que intentó concentrarse en acabar el último videojuego que pensaban poner en venta en poco tiempo. Lo malo era que todo en él le recordaba a Megan. Se trataba de aquel en que la joven había colaborado.

Decidió abstraerse y dedicarse en cuerpo y alma al trabajo para no pensar tanto en ella. La semana anterior había sido poco productiva para él, así que debía recuperar el tiempo perdido si quería cumplir con los plazos que se había fijado. Por eso, llegaba el primero y se iba el último de la empresa.

A mitad de semana, a punto de marcharse de Dagda, se le ocurrió hacer un escaneo de seguridad, como hacía periódicamente, y encontró algo extraño que lo mantuvo investigando toda la noche.

Todavía no había llegado Declan a la nave cuando recibió una llamada de Seán en la que le pedía que acudiese de inmediato a la zona de programación.

—¿Qué ocurre, Seán? —inquirió su socio en cuanto entró en su cubículo.

—Nos han robado.

—¡¿Cómo dices?! ¡¿El qué?! —exclamó Declan, asombrado.

—El último videojuego que estaba creando. Haciendo un escaneo de seguridad anoche, encontré una intrusión en el repositorio interno de la empresa que está almacenado en una máquina local y que hace las funciones de servidor. Allí estaban el motor gráfico, los frames, la lógica, la música…. En definitiva, estaba todo lo que habíamos desarrollado del último videojuego que estamos creando, el de Cú

Chulainn—explicó Seán.

—¡Joder! ¡¿Todo?!

—Me temo que sí. El hacker que se ha introducido ha hecho una copia de todo.

—Pero ¿cómo ha sido posible?

—Llevo toda la noche aquí intentando averiguarlo, pero todavía no lo he conseguido.

—Esto es muy extraño —murmuró Declan con el ceño fruncido—.

Desde que estamos en el mercado, no habíamos tenido nunca ni un simple intento de intrusismo. ¿No tendremos un espía en la empresa?

—Hombre, no creo… Mis colaboradores son elegidos con mucha minuciosidad y todos están avalados por una trayectoria impecable. Saben lo que se juegan si recae sobre ellos la más mínima de las sospechas.

—¿Y Marta? Es la última que ha entrado en Dagda.

Seán miró a su amigo desconcertado.

—No, Declan, no lo creo. Se la ve una joven muy responsable. Yo no la veo haciendo algo así, no.

—Bueno, vayamos a hablar con Connor, ayer volvió de España, y lo más seguro es que ya esté en su oficina.

El economista acababa de llegar cuando entraron los dos; no le dieron tiempo ni a sentarse. Seán expuso a su otro socio lo ocurrido y, tras el asombro y cabreo de Connor (que fue acompañado por los otros dos amigos), comentaron las posibles consecuencias y acciones a realizar para averiguar quién estaba detrás del robo. Se trataba del videojuego con el que pensaban dar un bombazo en el sector. Grandes expectativas estaban puestas en él y esto sería un varapalo enorme para Dagda.

Declan, pese a las reticencias del programador, le comunicó a Connor sus sospechas sobre Marta, a lo que el joven respondió con una negativa taxativa, pero sus socios le aconsejaron que hablara con ella para eliminar toda sospecha.

A continuación, Declan se fue a su despacho para averiguar qué leyes

los protegían contra este tipo de robos; Seán, a su cubículo para intentar localizar al hacker, y Connor se quedó en su oficina para hablar con Marta en cuanto llegase.

***

¡No podía creérselo! Los rumores habían circulado enseguida por la empresa y no tardó en llegar a los oídos de Megan el robo del videojuego,

pero también las acusaciones hacia Marta. ¡Era imposible! No hacía ni una hora que había consolado a la ayudante de Connor en la sala de descanso.

La joven estaba llorando desolada porque se acababa de encontrar con un exnovio que, tiempo atrás, la había tenido sojuzgada y anulada. El golpe había sido muy fuerte para Marta y toda la fuerza y autoestima que había conseguido elevar con mucho esfuerzo, había vuelto a tambalearse.

Esa mujer, durante los últimos tiempos, se había dedicado a recomponerse y para ella quedaba fuera de toda duda que se hubiese brindado a conspirar en contra de la empresa que le había dado una oportunidad tras su graduación. ¡Imposible! Seguro que se trataba de rumores que provenían de la ignorancia. Connor, Seán y Declan serían incapaces de acusarla sin motivos. Casi estaba a punto de entrar al despacho del abogado para informarse de la veracidad de esas habladurías cuando se abrió la puerta que daba acceso al pasillo y entró Seán.

En un principio se quedó paralizada de la sorpresa. Hacía días que no lo veía y, de la impresión, el cuerpo le reaccionó acelerando su corazón, y un revoloteo de mariposas colmó su estómago. ¡Dios, qué guapo estaba! Con torpeza se apartó de la puerta del despacho de Declan intuyendo que Seán se dirigía allí sin prestarle atención a ella, como la última vez que lo había visto.

—Megan…

—Hola —balbuceó la joven.

—¿Cómo estás?

—Bueno… he tenido días mejores.

—Creo que tú y yo, tarde o temprano, debemos tener una conversación.

—Yo también lo creo, Seán —admitió la joven.

—Supongo que sabes que ahora no es un buen momento.

—Sí, me he enterado del robo que has sufrido. ¿Es cierto?

—Sí, por desgracia así ha sido —afirmó Seán, apesadumbrado—. No sé si sabes que se trata del videojuego de Cú Chulainn.

—No, no tenía ni idea. Pues lo siento aún más porque me hacía feliz saber que he formado parte del proyecto.

—No pienso darlo por perdido. Pienso llegar al fondo del asunto.

—Por cierto, he oído rumores con respecto a Marta.

—Sí, Declan ha comentado la posibilidad de que ella sea una espía industrial.

Sintió cómo una furia interna se apoderaba de ella. No quería creerlo pero, al oír las palabras de Seán, comprendió que estaba equivocada.

—¿Y tú también dudas de ella? —le reprochó Megan elevando la voz.

—Megan, ahora no puedo discutir contigo.

—O sea, ¡que sí!

—¡No sabemos nada de esa joven! —se sulfuró Seán.

Los dos se callaron de inmediato en cuanto oyeron abrirse la puerta y entró el economista. Megan se separó de Seán y fue hacia Connor con furia.

—¿Es cierto lo que me ha dicho Seán? ¿Acusáis a Marta de espionaje?

—exhortó evidentemente enfadada.

—Sí. Acabo de despedirla —dijo frunciendo el ceño.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? ¿Disfrutáis apartando de vuestro lado a las mujeres que podrían remover vuestras vidas?

—¡Eso no es así! —exclamó Connor.

—¡Megan! —exclamó Seán a la vez.

—¡¿Qué?! —gritó girándose hacia Seán —¿Acaso me equivoco? ¡Uff!, será mejor que vaya a tomarme una tila. ¡Estoy muy furiosa! —Y salió sin dejar que los dos hombres dijesen una sola palabra.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Jamás habían visto a Megan enfadada, ni siquiera un poquito. Era la dulzura personificada y no estaba en su ser elevar el tono de la voz.

—Si no fuese por la situación, creo que me habría reído con ganas —

refunfuñó Connor.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Pues tú tampoco vas a sonreír en un tiempo. Creo que tienes muy cabreada a Megan.

—Ni que lo digas…

—Voy a hablar con Declan, ¿vienes?

—Sí, claro. ¿Qué tal te ha ido con Marta?

—Ahora os lo cuento —respondió mientras abría la puerta del despacho de Declan.

Durante la conversación, los tres socios llegaron a la conclusión de que se habían precipitado en culpar a Marta. Declan admitió también que había obrado cegado por la furia y Connor estaba pesaroso por su reacción y les confesó que se había comportado de forma inadecuada con ella al verla conversar de forma muy cercana con otro hombre porque acababan de pasar la noche juntos. Seán y Declan, arrepentidos, lo instaron a que hablase con la joven.

Connor se levantó reflexivo y, como siempre hacía cuando necesitaba pensar, se colocó delante de la ventana para contemplar el paisaje. Después de unos minutos de silencio, se giró y miró a Seán para proponerle: —Yo llamo a Marta si tú hablas con Megan.

—Yo hablo con Megan todos los días —replicó, frunciendo el ceño—.

Bueno, cuando la veo.

—No. Tú sabes a lo que me refiero. Estamos en la misma situación. Los dos hablamos, o ninguno.

Declan los miraba extrañado.

—Pero… ¿de qué habláis? ¿Qué pasa? ¿Os referís a mi Megan?

—Seán estaba saliendo con TU Megan. Sí. Pero han tenido un desencuentro.

—¿Y por qué soy yo siempre el último que se entera de estas cosas?

¿Me lo explicáis?

—¿A lo mejor porque eres un cotilla parlanchín? —preguntó Seán con sarcasmo.

—¡Oye! ¡De eso nada! Jamás cuento nada de vosotros.

—Seán, no desvíes la conversación, que te conozco. ¿Aceptas? —le insistió el economista, alargándole la mano.

—Trato hecho —zanjó Seán, estrechándosela.

Seán encontró a Megan aún en la sala de descanso. Estaba sentada en una silla delante de una mesa con una taza entre sus manos y la mirada perdida. Se acercó despacio dándose cuenta de que la joven no se había percatado de su presencia en la sala. Se sentó a su lado, lo que provocó la sorpresa de ella.

—Nunca te había visto tan enfadada —le susurró.

—Yo tampoco me he visto nunca así. No me reconozco. No me gustan las injusticias, eso es cierto. Y lo que Connor ha hecho con Marta lo es.

Pero siempre me ha gustado combatirlas con la palabra y la conversación, no con los gritos.

Seán veía algo raro en Megan. La notaba profundamente afectada y hablaba como si lo hiciese para ella misma. Seguía sin mirarlo. Una honda tristeza se reflejaba en sus ojos perdidos en sus pensamientos.

—Megan, yo quería hablar contigo sobre nosotros.

La joven lo miró durante tan solo un instante.

—Bien. Yo también lo quiero. Hablaremos, pero antes voy a pedirle a Declan que me dé las vacaciones que me debe.

—¿Te vas? —sintió un profundo vértigo en el estómago.

—Solo unos días. Debo pensar. También he de aclarar unas situaciones en mi vida para poder hablar contigo con libertad. Solo te pido que tengas paciencia unos días y podré responder a todas tus preguntas. Solo te puedo

decir que lo que viste no era lo que te pareció.

Sus últimas palabras, fueron como un bálsamo para él. Sabía que ella no mentía y, si le daba esa concisa explicación, decidió agarrarse a ella y abrirse a una esperanza. Pero también comprendió que sus preocupaciones no se limitaban al desencuentro que habían tenido ellos dos.

—De acuerdo. No me gusta verte así. Haz lo que creas que tienes que hacer, pero quiero que sepas que puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Megan lo miró, posó sus manos con delicadeza encima de la mano del joven.

—Gracias. Te prometo que te lo aclararé todo en unos días.

La observó detenidamente levantarse de la silla con lentitud; parecía que llevase una losa pesada sobre sus hombros. Le hubiese gustado abrazarla, mimarla, arroparla en lo que fuese que le ocurría. Verla alejarse de él sin rozarla era lo más difícil que había hecho en la vida, pero no tenía más remedio. La intuición le decía que la bronca que había recibido por parte de Megan a consecuencia del despido de Marta era tan solo la punta del iceberg. Había notado, a lo largo de los meses, que tenía una gran reticencia a hablar de su pasado.

Megan tocó la puerta del despacho de Declan y entró en cuanto le dio permiso el abogado.

—Pasa, Megan, pasa. ¿Alguna novedad sobre el robo? ¿Te manda Seán o Connor con algún recado?

—No, no vengo de parte de ninguno de ellos. Vengo por mí.

—¿Por ti? —preguntó sorprendido. Era la primera vez que la joven le pedía algo—. Siéntate, Megan, y dime qué puedo hacer por ti, estaré encantado de complacerte, siempre y cuando no pidas mi cuerpo —se guaseó—. No tengo ganas de que el puño de Seán se incruste en mi mandíbula.

La joven se quedó a mitad de camino y abrió los ojos como platos.

—No disimules —continuó Duncan—. Seán ya me ha dicho lo vuestro

y, la verdad, me ha sorprendido mucho. Jamás os habría emparejado a vosotros dos. No hay personas más dispares.

—No lo creas, Declan —no pudo evitar defenderse ella y a Seán—. Las apariencias engañan.

—¿No me digas que dentro de ti hay una roquera friky?

—Yo estoy formada por millones de gustos —empezaba a sentirse incómoda con la conversación, así que la cortó con una opinión que estaba deseando transmitirle al abogado—. Por ejemplo, me molesta mucho que se acuse a alguien de espionaje sin tener pruebas.

El rostro de Declan se transformó y pasó de la jovialidad a la seriedad y el ceño fruncido.

—Sí, tienes razón, Megan. Nos hemos precipitado.

—¿Sabéis el daño que le podéis haber hecho a Marta?

—No lo pensé en su momento, la verdad. Estaba ofuscado por el robo.

Te aseguro que le pediré disculpas en cuanto la vea.

—Es lo menos que puedes hacer. —Hizo una pequeña pausa y suspiró para tomar aire—. Bueno, yo quería hablar contigo sobre otro asunto. Me gustaría cogerme unos días de vacaciones.

El asombro se reflejó de inmediato en el abogado.

—¿Por lo de Marta? De ti no hemos sospechado, Megan.

—No, no tiene nada que ver. Necesito unos días para pensar y solucionar unos temas personales.

—¡Ah! Bien, bien. Si es por eso, los días que necesites.

—No creo que sean más de dos o tres. Si me lo permites, me marcho ya y quizás pueda volver el lunes o, como mucho, el martes.

—Por supuesto, Megan. Puedes marcharte cuando gustes.

## Capítulo 14

Habían pasado casi quince días, y Megan todavía no había vuelto. El

estado de ánimo de Seán estaba por los suelos, aunque no había tenido más remedio que estar activo, ya que la resolución del robo estaba a punto de concluir.

Había pasado todo un maremágnum de situaciones que lo habían mantenido aparentemente distraído, dedicando más horas que un reloj a su trabajo y a la búsqueda de pruebas en contra del ladrón. Los padres de Marta estaban colaborando también en ello tejiendo una tela de araña a su alrededor para que cayese en una trampa.

Pero en algún momento del día debía descansar, y era en ese momento cuando todo se le venía abajo. Además, la espera de que Megan diera señales de vida hacía mella en él. Casi ni dormía, casi ni comía, casi no hacía otra cosa que trabajar como un obseso porque temía las horas en las que tuviese la mente libre para pensar.

Recordar el rostro dulce de Megan le aceleraba el corazón en la misma medida en que se lo destrozaba. Miraba cada dos por tres el móvil a la espera de una llamada, de un mensaje, de algo. La espera era insoportable.

Aunque más insoportable era estar casi seguro de que ella no iba a volver, de que la había perdido para siempre. En el olvido quedó la tarde en la que la había descubierto en brazos de otro hombre. Todo lo habría perdonado por que volviese junto a él. TODO.

—Seán, si sigues así, vas a desaparecer —se lamentó Declan al observarlo entrar en su despacho—. Cada vez que te veo, pareces más delgado.

—Déjame, Declan, tú no lo entiendes —gruñó el programador mientras

se dejaba caer con desánimo en una de las dos sillas que había delante de la mesa de su socio—. Dime el motivo por el que me has llamado y continúo trabajando.

—Verás, acabo de recibir un correo electrónico de Megan.

Seán se incorporó con rapidez en su asiento.

—¿Qué dice? ¿Cuándo vuelve? —inquirió el joven con voz ansiosa.

El abogado entristeció su rostro al ver la reacción de su amigo.

—No lo sé —reconoció renuente—. Me informa que ha tenido unos

problemas familiares y que ha de ausentarse de Irlanda, por lo que me solicita sus vacaciones de verano, además de pedirme que le guarde su puesto hasta que vuelva.

Un largo y profundo suspiro salió de entre los labios de Seán.

—Ha dicho que volverá…

—Sí, no sé cuándo; supongo que va para largo pero, si ella me ha pedido que le guarde su lugar como mi secretaria, por algo será. ¿Más tranquilo?

—¡No! ¡Sí! ¡No sé! Esta situación me tiene de los nervios, Declan. No saber cómo se encuentra ella me está destruyendo por dentro. —Hizo un aspaviento con las manos al notar que el abogado iba a cortarle—. Sé que no lo puedes comprender. El día que te enamores, que ardas por dentro con la fuerza de la necesidad por otra persona, me entenderás.

—Sinceramente, prefiero no pasar por tu estado, así que no me desees ese mal —intentó dar un toque de humor para levantar el ánimo de su amigo, pero enseguida se dio cuenta de que no lo había conseguido y de que, además, no era lo que necesitaba su amigo—. Perdona, Seán. Sé que no era lo que ahora querías oír. Lo siento.

—No te preocupes: recuerda que te conozco. Sé que no te gusta la tristeza, y menos las lamentaciones.

—¡Joder Seán!, eso tampoco es así. Eres mi amigo y aquí estoy para lo

que me necesites. Ten en cuenta que a mí me mantuviste apartado de vuestra relación, de la que me enteré de rebote, y yo no sé en qué punto os encontráis.

—Eso ni yo mismo lo sé, Declan —reconoció el joven—. Y es algo que me gustaría saber pero, hasta que no vuelva, estaré en vilo.

—Pero… ¿tan fuerte te ha dado?

—La amo. Así de simple y complicado a la vez. Pero no creas que ha sido algo repentino; esto se ha ido cociendo a fuego lento mientras nos conocíamos aquí, aunque hace unas pocas semanas que me di cuenta de que lo que sentía como atracción era mucho más. Y… bueno…, ella me correspondía. O eso pensaba yo. Ahora ya no sé nada.

—Seán, ¿Megan te dijo que te quería?

—Sí.

—Pues, si ella te lo dijo, no te mintió. La conozco bien. Llevo tratándola año y medio a diario, y sé cómo es: jamás te mentiría.

—Pues, si no me miente, sí me oculta algo que le produce dolor.

—Todos tenemos nuestros secretos, un pasado, una historia.

—Ya, pero a mí me martiriza saber que está sufriendo y no puedo ayudarla o, por lo menos, intentar aliviarla.

—Todo llegará, Seán. Ten paciencia.

¡Paciencia! Recordaba que su madre siempre decía que la paciencia era la madre de la ciencia, pero los sentimientos no eran una ciencia exacta.

Aparecían cuando menos te los esperabas y con quien menos te lo imaginabas. Eso era así. El corazón tiene razones que la razón no entiende.

Esa era otra de las frases preferidas de su madre. ¡Cómo le habría gustado recurrir a ella en esos momentos! ¡La añoraba tanto…! Todavía tenía impregnada en la nariz el aroma a jazmín que ella desprendía siempre.

Menos mal que tenía a su hermana, aunque ella tenía suficiente con su trabajo y su familia.

Su hermana había sido maravillosa con él. Lo había arropado en todo haciendo el triple papel de padre, madre y hermana. Además, era una luchadora y había acabado su carrera en tiempo récord para poder hacerse cargo del sustento familiar. Pero no era su madre ni su padre, y la sensación de familia había cojeado desde entonces.

Solo en los últimos tiempos, la posibilidad de formar él una familia se había ido colando en su mente. Alguien con quien compartirlo todo, con quien tener hijos. Lo malo era que ese alguien tenía nombre propio: Megan Taylor.

¡Y es que estaba desesperado! Hacía ya una semana que Marta y Connor habían vuelto de España. El abuelo de la joven ya estaba casi completamente repuesto y estaban a la expectativa de que el exnovio de Marta picara el anzuelo. La tensión ahora también se palpaba en la empresa por la espera, además de que el economista estaba desquiciado de preocupación por ella. No la dejaba a solas ni un segundo, y esto también creaba un ambiente enrarecido porque Marta protestaba por su vigilancia extrema y encierro total.

Se restregó los ojos con fuerza. Llevaba una hora con los ojos fijos en la pantalla del ordenador y no había logrado leer ni una sola línea del código que debía revisar para localizar un fallo en un videojuego. Echó el asiento hacia atrás y se levantó con ímpetu. Iría a hablar con Marta. ¿Por qué no lo había pensado antes? A lo mejor ella tenía alguna noticia de Megan.

Se dirigió hacia el despacho de Connor; golpeó la puerta, la abrió y asomó la cabeza en el momento en el que la pareja se separaba.

—Perdón si interrumpo —dijo prudente—. Connor, si no te importa, me gustaría hablar un momento con Marta.

—Por supuesto que no —rezongó el economista de inmediato.

—¿Y a mí no me preguntas si quiero acompañarte? —preguntó Marta frunciendo el ceño—. No creo que Connor sea mi dueño para decidir por mí.

Un rubor subió de inmediato al rostro de Seán.

—No, claro que no. Perdona, ¿te importaría acompañarme a la sala, Marta?

—Estaría encantada, Seán —afirmó la muchacha con una amplia sonrisa mientras agarraba su bolso y se dirigía hacia la puerta—, y aprovecharé para ir al baño.

Una vez sentados los dos ante un té humeante, Marta supo lo que le preocupaba al joven. Se le notaba con claridad en la cara que una penitente culpa lo atenazaba.

—¿Quieres hablar de Megan? —insinuó con una tierna sonrisa.

—Sí, quería preguntarte si has sabido algo de ella desde que se fue.

—No, Seán, lo siento. No se ha puesto en contacto conmigo. ¿Tú tampoco has sabido nada de ella?

—No, y estoy preocupado. No me gustaría perderla. La última vez que la vi, tenía algo en su mirada que no me gustó. Estaba como ausente. Quizás metí demasiado la pata ante mi desconfianza.

A Marta le dio lástima al ver y oír lo intranquilo que estaba Seán. Le puso una mano sobre las suyas, que se retorcían sobre la mesa.

—Seán, yo no la conozco mucho, pero me parece una joven que va de frente; si no quisiera algo contigo ya te lo habría dicho. Solo te pidió tiempo para solucionar algunos asuntos, ¿no?

—Sí…

—Pues deja que los resuelva. Volverá, Seán. Y no tardará mucho.

Ese día no pudo regodearse mucho más en su pesadumbre porque de forma imprevista los acontecimientos para solucionar el tema del robo se precipitaron, y no tuvo más remedio que concentrarse en ello,

máxime al saber que la integridad de Marta corría peligro.

Por suerte, todo se solucionó de forma beneficiosa para ellos gracias a la joven, y Seán se quitaba de encima un problema que lo había traído de cabeza durante demasiado tiempo. Lo malo era que ahora tenía toda su

mente despejada para que Megan acampara a sus anchas en ella.

## Capítulo 15

Ya estaban a mediados de agosto. Otro mes había pasado desde que se había resuelto el asunto del robo y seguía sin noticias de Megan. Sus socios estaban preocupados por él porque verlo era saber cómo sería un alma en pena o un muerto viviente. Sus pecas resaltaban ante la blancura de su tez.

Día a día se consumía, y su delgadez era manifiesta.

Su preocupación ya no radicaba en si ella lo amaba o no; eso había pasado a un segundo plano. Lo que lo mantenía en vilo era tener la certeza de que ella estaba sufriendo, de que algo angustioso para Megan la mantenía lejos de Dublín. No tener noticias de ella era lo que lo estaba carcomiendo por dentro.

Para colmo de males, el nuevo videojuego que debía comenzar a crear se le resistía. La historia en la que debía recrearse no cuajaba; estaba obsesionado con que necesitaba a Megan para que lo ayudase a formar un nuevo éxito.

Estaba encerrado en su pecera de cristal, como llamaban sus socios a su oficina porque tres de sus paredes eran de ese material para poder ver desde allí al grupo de trabajadores que permanecían ensimismados en sus propios ordenadores por si tenían algún problema y necesitaban su ayuda, como así ocurría muy a menudo.

Paseaba de un lado a otro con las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos y con la cabeza gacha observando cada paso que daba como si fuese lo más importante del mundo cuando sonó su móvil. Sin ganas, lo sacó de su bolsillo trasero para mirar quién era y decidir si contestaba o no pero, en cuanto vio el nombre que reflejaba la pantalla, el corazón se le paró de la impresión. Por supuesto, no tuvo ninguna duda de

lo que debía hacer.

—¡Megan!

— *Hola, Seán.*

Un sudor frío le recorrió la espalda. Oír su voz de nuevo…

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras? —balbuceó.

— *Bueno… de salud bien, gracias.*

—¿Qué ocurre, Megan? —preguntó ansioso—. ¿Por qué no vuelves?

— *Me es imposible por ahora, y no sé hasta cuándo, la verdad*.

—Te echo de menos. —No pudo reprimir el admitir sus sentimientos por su ausencia.

Un corto silencio se hizo eterno para Seán.

— *Yo también te echo de menos. Mucho.*

—Entonces, vuelve.

— *No puedo, Seán, de verdad* —dijo con pesar— . *En realidad, te llamo para todo lo contrario.*

—¿A qué te refieres? —preguntó, desconcertado.

— *Necesito que vengas a ayudarme. Necesito tus conocimientos en informática.*

—Pero…

— *No, escucha* —lo cortó—. *No puedo contarte nada por teléfono.*

*Quiero que nos veamos. Te lo contaré todo, incluido ese equívoco que pasó entre nosotros. Seán, de verdad que me urge que me ayudes. Te aseguro que comprenderás mis motivos para mi silencio. No dependía de mí: implicaba a terceros y ahora ya tengo el consentimiento. ¿Vendrás? ¿O al menos te lo pensarás?* —concluyó con tono ansioso.

—Claro, claro que sí, Megan. No necesito pensarlo. Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

— *En Viena, cuanto antes. Cuando lo sepas, dime la hora y día de tu vuelo e iré a recogerte.*

—¿Eres austriaca? —preguntó sorprendido.

*— No. No lo soy pero, en cuanto nos encontremos, sabrás de dónde soy.*

*No me hagas más preguntas sobre mí, por favor. No sé si tengo el teléfono intervenido.*

—¡¿Cómo?! ¡Megan, ¿peligra tu vida?! —exhortó con una voz llena de angustia.

*— No, no. Bueno, creo que no…*

—¡¿Cómo que no lo crees?!

*— Calma, Seán, calma. No te exaltes, por favor. No es lo que necesito ahora.*

El programador soltó un bufido.

—Tienes razón, cariño.

Se le escapó el apelativo cariñoso. No sabía si sería bien recibido.

¡Tenía tantas dudas con respecto a su relación con ella!

*— Gracias, Seán* —respondió Megan—. *Lamento muchísimo el daño que te hice; te aseguro que lo que viste no era lo que parecía. Todo tiene una explicación y la tendrás en cuanto nos veamos.*

—Está bien, pero quiero que sepas que me vas a tener en vilo hasta que nos encontremos.

*— Ya te he dicho: en cuanto te lo cuente, sabrás lo que pasó y que no tiene nada que ver con lo que pensaste.*

—¡No! No me refiero a eso, sino a tu integridad física y a esa angustia que se escucha en tu voz —aclaró con voz preocupada.

*— Bueno, no te preocupes, de verdad que yo no creo que corra peligro.*

Seán percibió que Megan no tardaría en despedirse y sintió que se le encogía el corazón. No quería dejar de oír su voz. Era la única ancla que la

unía a ella en esos momentos.

—Dentro de un rato te llamo y te informo del vuelo que voy a coger.

— *No* —rechazó la joven—. *Si no te importa, yo me pondré en contacto contigo.*

—Está bien, lo que tú digas, pero ten en cuenta que voy a intentar coger el primer avión que salga a Viena.

— *De acuerdo, en la próxima oportunidad que tenga, te llamaré a ver si ya sabes algo.*

—Estoy deseando estar allí ya contigo; si pudiera, me teletransportaría

—se le ocurrió decir para no tener que despedirse.

Cuando oyó su risa cristalina a través del teléfono, casi se le convierten las piernas en gelatina. Se sentó de golpe en su silla por miedo a caer.

—¡Cuánto tiempo sin oír tu risa! —exclamó feliz.

—*¡Cuánto tiempo sin reír!*

Su intuición no le había fallado. ¡Sufría! Si sus palabras anteriores eran muestra de ello, ahora tenía la confirmación.

—¡Joder, Megan!

— *Shhhh. Te entiendo, pero pronto lo sabrás todo y, si mis esperanzas son acertadas, gracias a ti se acabará gran parte de mi sufrimiento.*

—¿Todo no?

— *Eso ya no depende de mí ni de ti…* —reconoció con tono triste—

*Pero venga, colguemos ya. Cuanto antes comiences a planificar tu viaje, antes podrás estar aquí.*

—Muy cierto, aunque después de tanto tiempo esperando oír tu voz, me cuesta renunciar a ella.

Otra vez esa risa que lo tenía enloquecido.

— *Ya veo que me has echado de menos, sí.*

—¡No sabes cuánto!

— *Piensa que en nada estaremos frente a frente. Mucho mejor, ¿no crees?*

—Infinitamente mejor, sí.

— *Pues despidámonos para que se haga realidad.*

—Megan, ¿te puedo decir una cosa? —preguntó Seán renuente.

— *Claro.*

—Te quiero. He pasado dos meses horrorosos por no poder decírtelo y no quería dejar pasar ni un segundo más.

— *Yo también te quiero, cariño* —esta vez la respuesta no se hizo esperar.

Un gran suspiro de alivio elevó el pecho del joven y luego lo vació de aire.

—Gracias, necesitaba oírtelo decir.

— *Jamás he dejado de quererte.*

—Ni yo a ti, mi amor.

¡Mi amor! Era un paso más. Algo más concreto y explícito. Era la realidad de lo que sentía.

— *Te llamo luego* —se despidió Megan—. *Con un poco de suerte, nos veremos mañana y podremos hablar de todo. Un beso.*

—Mil besos, cariño.

Colgar fue duro. Sus sentimientos estaban divididos. Eufóricos por haber hablado con ella y por saber que entre ellos todo parecía seguir igual y sumergidos en lo más oscuro de lo tenebroso al confirmarle que tenía problemas que la martirizaban. Necesitaba, como el aire, abrazarla, reconfortarla. Que ella supiese que estaba a su lado y que su dolor lo podía compartir con él, aligerarlo sobre sus hombros. Él soportaría su carga con infinito gusto. Si ella se lo permitía…

Pero en lo que no tuvo ninguna duda fue en salir deprisa de su oficina para hablar con sus socios. Primero se dirigió hacia la oficina de Connor.

Abrió la puerta sin pedir permiso ni nada y se encontró con una escena…

inesperada.

Connor estaba sentado en su silla y sobre su regazo se encontraba Marta, que lo rodeaba con sus brazos. Sus bocas estaban unidas por un apasionado beso que interrumpieron en cuanto oyeron el ruido de la puerta.

Marta giró la cabeza y, al verlo, sus labios se estiraron en una sonrisa.

—Lo siento —balbuceó Seán.

—No te preocupes, no pasa nada —le respondió Marta al tiempo que se incorporaba y se alejaba de su confortable asiento—. Suele pasar cuando tienes un lío con el jefe. Al final terminan pillándolos de forma indecorosa.

Connor se rio con fuerza, pero el programador estaba tan nervioso que solo acertó a enseñar los dientes en un amago de sonrisa.

—Perdonad que os haya molestado, pero necesito a Connor —les informó mirando a Marta de forma lastimera. Se giró hacia su amigo y continuó—: Te espero en el despacho de Declan. No tardes, por favor.

Y se marchó sin más.

Connor miró a Marta, Marta miró a Connor, y ambos se encogieron de hombros.

—Ve rápido; creo que este es el momento en el que le he visto más vivo en el último mes y medio, o más —aconsejó la joven al economista—. Algo ha pasado.

Mientras, Seán continuó por el pasillo hasta la puerta que daba acceso a la antesala del despacho del abogado. Desde que ella se había marchado, le era muy duro cruzarla y encontrarse con la mesa vacía de Megan. Todo estaba tal y como ella lo había dejado. La superficie pulida parecía que nunca haber estado ocupada por alguien, salvo en unos pequeños detalles de organización que a Seán le decían todo sobre ella.

Esa vez no se detuvo frente a la puerta con la duda sobre si le pasaría

factura atravesar su oficina. Directamente abrió, atravesó la estancia y, escarmentado por lo de Connor, dio dos golpes en la puerta antes de entrar en el despacho de su amigo y socio.

—Teng… —se calló enseguida al ver a Declan hablando por teléfono.

Impaciente, se dirigió hacia la ventana con el objetivo de distraerse mientas esperaba, pero casi de inmediato entró Connor, que se acercó hasta él al ver que el abogado estaba ocupado.

—¿Qué ocurre? —susurró en cuanto llegó junto a él.

—He de marcharme.

—¿Marcharte? ¿Ha ocurrido algo con alguno de nuestros proveedores o nuestros clientes? Sabes que de eso me suelo ocupar yo.

—No, no tiene nada que ver con la empresa.

—¡Ah, vale!

—¿Qué hacéis aquí los dos? ¿Teníamos una reunión concertada? —

oyeron los dos a sus espaldas. Declan ya había concluido con su llamada y se estaba dirigiendo a ellos.

Connor y Seán se giraron al tiempo que el tercer socio llegaba junto a ellos.

—No, he de hablar con vosotros con urgencia —respondió el programador.

—Bien, pues aquí estamos. ¿Nos sentamos y nos explicas lo que ocurre? —preguntó Declan al tiempo que señalaba la mesa redonda donde solían hacer sus reuniones.

Los tres se dirigieron hacia ella y se sentaron de forma mecánica en la silla que solían ocupar.

—Me marcho.

—¿A dónde? —interrogó Declan extrañado.

—Pues… en principio, a Viena, después no lo sé.

Sus dos amigos lo miraron atónitos.

—Me ha llamado Megan —continuó Seán—. Necesita de mi ayuda en algún tema informático. No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —volvió a preguntar Declan, que era el más curioso del trío.

—No. Es todo muy misterioso. No sé qué historia hay detrás de Megan, pero no me la puede contar hasta que nos veamos. No se atreve a hacerlo por teléfono.

—Pero… eso es muy raro, Seán. ¿Dónde te vas a meter? —Esta vez fue Connor el que habló.

—No tengo ni idea; solo sé que Megan me necesita. No preciso saber más, pero ella me ha asegurado que me lo explicará todo en cuanto llegue a Viena, así que voy a buscar el vuelo más inmediato y me marcho. Dejaré todo atado en mi departamento, porque no sé tampoco el tiempo que estaré fuera. No os preocupéis porque dejaré a Trevor a cargo de todo. Sabéis que es mi mano derecha; él podrá sustituirme hasta que vuelva, además de que estaré en contacto todo el tiempo.

Connor y Declan se miraron. Conocían a su amigo y jamás lo habían visto abandonar su trabajo del todo ni siquiera en vacaciones de verano.

Fines de semana, noches enteras, daba igual. Para él no significaba un trabajo: era su diversión.

—No te preocupes, Seán, nos apañaremos sin ti durante el tiempo que necesites —aprobó Connor—. Ve en busca de tu amor.

—Bufff —resopló Declan con fuerza y luego formó una sonrisa burlona

—. Con la última parte lo has fastidiado todo; sobre el resto, opino lo mismo.

—No esperaba menos de vosotros. Muchas gracias, amigos

—Si quieres, te busco el vuelo yo mientras tú ultimas el trabajo con Trevor.

—Eso sería genial, Declan. Entonces voy a mi departamento; avísame

en cuanto tengas el vuelo reservado. Por favor, que sea lo antes posible.

—¡Venga! ¡Lárgate ya!

Una vez en su casa, mientras colocaba frenéticamente ropa dentro de una maleta, llamó a su hermana para despedirse. Le explicó lo que había pasado y ella le dio ánimo y apoyo. Comprendió enseguida que corriese a encontrarse con Megan.

El vuelo salía a primera hora de la mañana siguiente; ya se lo había comunicado a la joven durante una brevísima llamada que había realizado ella, y pretendía dejarlo todo preparado e intentar descansar unas horas antes de dirigirse al aeropuerto.

## Capítulo 16

Como dice el refrán, «el hombre propone y Dios dispone» y Seán no consiguió dormir ni una sola hora en toda la noche. Todavía no había amanecido y ya había salido de su casa. El nerviosismo no lo había abandonado ni un solo segundo, así que prefirió estar en el aeropuerto para poder hacer el *check-in* lo antes posible y evitar un posible *overbooking* y, si podía, dormiría durante el trayecto de cerca de tres horas que duraba el vuelo entre las dos capitales.

Sentado en uno de los sillones que plagaban la zona de embarque en espera de que por los altavoces avisaran de su vuelo, Seán tuvo mucho tiempo para pensar en lo que se podría encontrar en Viena. Sus dudas ante el encuentro con Megan le hacían temer un recibimiento frío, pese a la declaración telefónica.

No saber cómo lo recibiría ella lo mantenían inquieto, aunque de vez en cuando parecía que la razón lo aliviaba un poco al plantar la idea en su mente de que él no le había hecho nada a ella. Su reacción tras la imagen que se había encontrado en la casa de Megan era lógica.

Miró de nuevo el reloj del móvil. Tan solo habían pasado diez minutos, pero a él le habían parecido diez horas. El tiempo aparentaba ir más lento ese día. Los minutos se ralentizaban como si algún personaje de X-Men con superpoderes hubiese empleado el suyo para atormentarlo.

A su alrededor, poco a poco se iba congregando más gente y, por algún que otro comentario que oía, casi todos iban a ser compañeros de él en el avión. Una familia entera formada por padre, madre y niños que correteaban como si todo el espacio fuese un parque de atracciones; un hombre de unos cincuenta años trajeado, con su cartera de piel y su reloj

Rolex en la muñeca que miraba, como él, cada dos por tres; una mujer de unos cuarenta años con un bolso enorme donde rebuscaba constantemente; un trío de jóvenes que se hacían fotos las unas a las otras con los móviles o *selfies* las tres; incluso un grupo adolescente de jugadores de baloncesto que se pavoneaban y sacaban pecho frente a las chicas.

Era divertido observar cómo la gente interactuaba a su alrededor. Era algo que había aprendido de Megan. En alguna ocasión, mientras esperaban entrar al cine, o durante su primera cita en el concierto, ella le contaba cómo jugaba a adivinar las vidas de la gente que estaba cerca y lo hacía cómplice de esa imaginación suya tan desbordante. Recordó cómo en esas ocasiones le había gustado observar la cara de concentrada que ponía mientras examinaba con minucioso cuidado la persona que había elegido como objetivo para crearle una vida. Fruncía el ceño entre sus almendrados ojos que relucían ante el desafío. Inconscientemente se mordía el labio inferior y sus dedos jugaban con un mechón de su rubia cabellera. ¡Estaba tan bella…! Bueno, pensó, tampoco era ningún mérito porque, al fin y al cabo, siempre estaba preciosa.

Gracias al pasatiempo de Megan, consiguió distraerse, y el tiempo pareció avanzar. Por fin oyó la voz metálica, que anunció el embarque y sintió el estómago revuelto. Estaba a poco más de tres horas de volver a verla.

Agotado por la tensión más que por las horas de desvelo acumulado, consiguió dormirse en el avión y no despertó hasta que una voz advirtió al pasaje que se abrochasen los cinturones porque iban a aterrizar.

Caminaba arrastrando su maleta por el corredor que precedía a las puertas por donde saldría de la zona de llegadas. Había llegado el momento de enfrentarse a ella y ver su rostro. Ahora que podía acelerar el tiempo apretando el paso, él hacía todo lo contrario. El miedo le paralizaba el cuerpo.

Casi era el último en salir, por lo que las puertas estaban cerradas; al acercarse se abrieron automáticamente y de inmediato la vio. Estaba en medio de un grupo de gente que esperaba como ella, pero él solo vio a

Megan. El resto del mundo se borró y desapareció para poder ver el rostro amado con toda nitidez, aquel que lo volvía loco y que llevaba demasiado tiempo viendo únicamente en su mente. Su pulso se aceleró, y un sudor frío le recorrió la espalda. Vio sus hermosos ojos azules pendientes de él; las miradas se engancharon y, sin soltarla, paso a paso, se acercó hasta ella.

Lo primero que percibió fue su olor a *La vie est belle*, que lo embriagó como si su cuerpo lo reconociera y quisiera impregnarse de él. Seán alargó la mano y acarició su mejilla. Megan cerró los ojos e inclinó la

cabeza para atraparla con su hombro, reflejando una inmensa ternura en su rostro. Soltó la maleta y posó la otra mano sobre el otro lado de su rostro. Fue agachando su cabeza despacio, muy despacio, mientras recorría con mirada admirativa cada milímetro de su cara hasta que rozó sus labios. De inmediato, ella abrió su boca y lo recibió.

El joven se estremeció al percibir cómo Megan rodeaba su cuerpo con sus brazos y lo apretaba hacia ella. Profundizó el beso con pasión, saboreando cada rincón de su boca como si fuese pura ambrosía. Todo su ser la reconoció; su cuerpo encajó en el de ella como si fuese su lugar correspondiente.

Los dos estaban en su mundo y se olvidaron de que estaban rodeados de personas, hasta que una de ellas lanzó un silbido apreciativo. Notó cómo Megan separaba sus labios de él y pudo ver el sonrojo en sus mejillas y su mirada agachada, que evidenciaba la vergüenza que estaba sintiendo. Le dio un beso ligero.

—Vamos —susurró Seán sobre ellos.

Agarró la maleta con una mano y pasó el otro brazo sobre los hombros de la joven atrayéndola hacia sí. En cuanto sintió el brazo de ella rodeando su cintura, una paz infinita se aposentó en su corazón. Todo estaba bien entre ellos.

Tras alejarse un poco de esa zona más concurrida del aeropuerto, como quien no quiere la cosa, Seán la fue llevando hasta un rincón donde no había nadie. Volvió a soltar la maleta y la cobijó entre sus brazos.

—Lo siento, no puedo esperar más para decirte que te amo y que te he echado muchísimo de menos.

Notó en su cuerpo cómo ella se sorprendía con un leve estremecimiento.

—Y yo a ti, Seán —corroboró a la vez que se separaba de él y lo miraba a los ojos—. No sabes cuánto te agradezco que, pese a mi silencio, hayas confiado en mí. Temí haberte perdido ese día, pero eres tan buena persona que incluso has venido a ayudarme sin tener conocimiento de nada. Ahora marchemos hasta el hotel. Estoy deseando contártelo todo antes de que decidas si vas a embarcarte en mi odisea o no. Pasaremos la noche en Viena y mañana, si todavía quieres, partiremos juntos hacia mi país.

—Con los ojos cerrados, cariño. Por ti haré lo que haga falta.

Esta vez fue Megan la que cubrió los labios de Seán con los suyos al tiempo que subía sus brazos hasta el cuello del joven y lo rodeaba. El beso de la joven sobre todo rezumaba ternura, agradecimiento y esperanza en un futuro prometedor.

—Gracias —murmuró sobre sus labios en cuanto se apartó de nuevo.

Siguieron camino hacia el parking para recoger el coche de Megan y dirigirse hacia el hotel. Una vez en el auto, Megan indagó:

—Seán, me gustaría que me pusieses al día sobre el robo del videojuego. ¿Lo habéis resuelto? Me tiene muy preocupada.

—Pues ya puedes quitarte la preocupación de encima. Marta, angustiada al culpabilizarse del robo, se presentó en el piso de su exnovio y le sustrajo toda la información. Fue muy temeraria, la verdad. No debería haberlo hecho porque puso en riesgo su vida; menos mal que al final todo se resolvió satisfactoriamente.

—Es un alivio, sí.

—¡Por cierto! Connor y Marta están juntos.

—¿En serio? —preguntó retóricamente Megan—. Me alegro muchísimo. Están hechos el uno para el otro.

—Sí, son muy felices.

El programador pensó en ellos dos, en si algún día tendrían la misma oportunidad de ser felices también, aunque reconoció que él ya se sentía feliz por estar a su lado.

La conversación entre ellos durante el recorrido hasta el hotel solo versó sobre la empresa. Seán le puso al día con todo lo que había ocurrido durante el tiempo en el que ella había faltado. Se notaba que ninguno de los dos quería hablar sobre temas más personales. Ambos estaban esperando a acomodarse en el hotel para poder profundizar en lo que en realidad les interesaba.

Seán supuso que Megan había reservado dos suites comunicadas por un saloncito en medio porque no sabía cómo iba a ser el encuentro. Eso le indicó que ella había tenido las mismas dudas que él. En verdad, se notaba el nerviosismo en ambos cuando entraron en la salita. El joven dejó la maleta en un rincón para que no molestara mientras Megan se acercaba a la pequeña nevera.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Algo fresco? ¿Una cerveza si hay? —respondió él mientras volvía al centro de la estancia.

—Perfecto. Yo tomaré otra. —Las agarró y se volvió para darle una a Seán—. ¿Nos sentamos?

—Claro, claro.

Parecía que fuese su primer encuentro frente a frente; casi ni se miraban. Había llegado el momento de la verdad, y ambos sentían que era crucial para sus vidas. Seán restregó sus manos en los pantalones al notar cómo le sudaban. El corazón le palpitaba a toda velocidad. ¿Se podía estar más nervioso? Él no lo creía.

Se sentaron a la vez en el sofá, uno en cada esquina. El joven se giró para tenerla de frente, y ella lo imitó.

—Bueno —comenzó la joven tras un hondo suspiro—, creo que debo

comenzar yo. Tengo mucho que explicarte. —Tras la afirmación con la cabeza de Seán, continuó—: El hombre que estaba conmigo en mi casa era mi exprometido, Lukas.

—¡Prometido! —no pudo dejar de exclamar el joven, asombrado.

—Ex —puntualizó—. Vino a traerme malas noticias de mi padre y me estaba consolando.

—¡Pero estabas desnuda!

—Seán, conozco a Lukas desde que yo nací. Es mi mejor amigo y es homosexual.

Los ojos del programador se desorbitaron. Ahora entendía menos.

—¿Y era tu prometido?

—Fue un compromiso concertado por nuestros padres, pese a nuestras protestas.

—Pero… —protestó él extrañado— ¡esas cosas ya no ocurren hoy en día!

Megan sonrió con una inmensa tristeza.

—En mi mundo sí, Seán. —Alzó una mano para frenar las palabras que iban a brotar de la boca del joven—. Espera. Déjame que te cuente mis orígenes. Mi padre es el soberano de Lochlann, un pequeño principado al este de Austria, y Lukas es el conde de Lambert, hijo del duque de Langenbur, amigo personal de mi padre.

Seán se quedó con la boca abierta sin pronunciar una sola palabra.

—Sorprendido, ¿eh?

—¡Tú qué crees! —exclamó, luego la miró con fijeza—. ¿Eso quiere decir que tú eres una princesa?

Megan no pudo evitar echarse a reír a carcajadas.

—Su Alteza Serenísima Astrid Caroline Inmaculata de Wchinitz, princesa de Lochlann.

—¡Joder! —gritó al tiempo que se ponía en pie mesándose el cabello y recorría la salita con largas zancadas, alejándose de ella.

—No, Seán, ni se te ocurra cambiar tu forma de comportarte conmigo por unos nombres y apellidos largos y rimbombantes.

El joven giró sobre sí mismo y la miró. Su rostro reflejaba la estupefacción que sentía.

—Entonces, ¿no te llamas Megan Taylor?

—No… ese es el nombre de una compañera mía de carrera. Aproveché que siempre decían que parecíamos gemelas para utilizar su identidad.

—Nos mentiste —objetó frunciendo el ceño.

El cuerpo de la joven se encorvó al oírlo, desvió su mirada y afirmó con la cabeza mientras sus labios se apretaban.

—Sí, Seán, pero por favor, antes de juzgarme, escúchame —imploró.

El programador se dirigió de nuevo hacia el sofá y se sentó junto a ella; posó una mano sobre su muslo y le dio un leve apretón.

—No pienso juzgarte, Megan, digo… ¿era Astrid?

—Puedes llamarme como quieras, aunque ante mi familia, si no te importa, preferiría que fuese con mi nombre verdadero.

—Está bien, Astrid entonces —confirmó el joven—. Pues eso, yo no voy a juzgarte, así que, por favor, sé libre para contarme lo que quieras.

—Todo, Seán. Necesito contártelo todo. —Colocó una mano sobre la de él, que permanecía sobre su pierna, cerró los ojos durante unos segundos y continuó—: Como te he dicho antes, Lukas y yo casi nos hemos criado juntos. Él siempre ha estado a mi lado y yo al lado de él; somos como hermanos. Cuando volví a Aisling, la capital del principado, después de licenciarme en Relaciones Internacionales en Viena, me encontré con la sorpresa de que mis padres y los padres de Lukas habían decidido que debíamos casarnos. Ante la negativa de los dos, nuestras vidas se complicaron. Tuvimos muchas presiones por parte de las dos familias.

Lukas es igual que yo, pero en hombre. Tenemos un carácter que yo definiría como débil. Para qué negarlo. No nos gustan los gritos ni los enfados y, con tal de que nuestras familias no sufrieran, al final consentimos con la confianza de que con el tiempo admitiesen la condición sexual de Lukas. Pero eso no ocurrió; más bien, todo lo contrario.

—Perdona que te interrumpa. ¿La familia de Lukas no sabe que prefiere la compañía de los hombres?

—Jamás han querido verlo. Por más que mi amigo intentaba darles señales claras, ellos las ignoraban.

—Pero… ¿no lo ha dicho con claridad?

—No se atrevía, Seán. Prefería sufrir él antes que ver padecer a su familia. —La cara del joven le indicó que la comprendía—. Con personas tan sensibles como Lukas, la elección suele ser la de claudicar. —Hizo un pequeño receso que empleó en secarse unas pequeñas lágrimas que intentaban rebosar por su párpado inferior. Seán notó de inmediato un nudo en la garganta, se inclinó y le dio un beso en los labios.

—Tranquila, cariño.

—No te preocupes por mis lágrimas; a partir de ahora no creo que dejen de emanar. No voy a poder evitarlo. Deja que continúe con la historia.

Algo profundo y oscuro perforó el corazón de Seán. ¿De verdad iba a consentir que ella lo pasara mal para saciar su curiosidad?

—No, Astrid. Te ruego que no lo hagas. No quiero verte llorar —

confesó a la vez que se acercaba hasta ella y rodeaba con el brazo sus hombros para arrebujarla contra él.

Astrid apoyó la cabeza sobre el pecho de Seán.

—Cariño, me voy a sentir mucho peor si no lo hago. Por favor, déjame que continúe. Cuanto antes te lo cuente, antes terminaré. —Elevó la mirada hacia él, y una sonrisa triste se dibujó en sus labios. El joven bajó su cabeza hasta juntar sus labios con los de ella y darle un tierno beso—. Gracias. Tus besos me dan fuerza. Sigo: nuestros padres pusieron fecha a la boda; Lukas

y yo estábamos desesperados, así que tomé una decisión: me fui de mi país a escondidas y adopté la identidad de mi amiga. O hacía eso, o me veía abocada a un matrimonio que no deseaba. Ya, ya sé que suena increíble, pero tú no sabes cómo es de rígido el protocolo en el principado. He de decirte que a mí se me había educado para aceptar todas las órdenes que se me daban por parte de mi familia, incluido mi hermano, el heredero del principado. Y sé que, si me llego a quedar, al final habría claudicado y Lukas también.

Los hipos interrumpían constantemente las palabras de Astrid. Seán tenía el corazón sobrecogido y unos deseos tremendos de que ella dejase de hablar. No soportaba ser el causante de esas dolorosas lágrimas.

Megan intentó serenarse. Tras varios restregones acompañados de respiraciones profundas, pudo continuar:

—Sé que es difícil de entender, pero así es mi vida aquí; por eso hui, tiré mi móvil a la basura para que no me localizasen. El nuevo número solo se lo di a Lukas por si había alguna emergencia en mi casa y tenía que localizarme, como así sucedió. —Le lanzó una mirada de soslayo —. El día que me encontraste con Lukas, él había venido para avisarme que mi padre estaba teniendo problemas financieros porque alguien del Gobierno había hecho un desfalco con algunas de las inversiones gubernamentales. Si eso saliera a la luz, sería una catástrofe para la familia. Mi padre sería el primer sospechoso. Por eso no pude decirte nada, lo entiendes, ¿verdad? —Volvió a mirarlo con los ojos llenos de lágrimas.

—Por supuesto que sí, mi amor. Me duele un poco, porque me gustaría que hubieses tenido la suficiente confianza conmigo como para contármelo, pero lo comprendo.

—¡Seán! —exclamó la joven mientras se incorporaba un poco para colocar su rostro frente al de él—. ¡Yo confiaba y confío en ti! ¡Te lo habría dicho! Pero no era algo que me atañese a mí. Debía obtener el permiso de mi familia, pero claro, no tenía contacto con ella.

—Entiendo.

—Pero, mientras pensaba cómo solucionar el problema, me llamó Lukas para comunicarme que… —El rostro se le contrajo de tristeza, sus labios le temblaron—… mi padre había sufrido un infarto.

—¡Por eso te fuiste!

Astrid, sin poder pronunciar palabra, afirmó con la cabeza. Seán la atrajo hacia sí y la envolvió entre sus brazos con ternura. Unos fuertes sollozos repercutieron en el pecho del joven, abriéndole las carnes en canal ante el dolor que estaba sintiendo su amor.

—No llores, por favor, me destrozas el alma. Dime, ¿tu padre está bien?

Notó cómo Megan afirmaba.

—Sí —musitó con la cara todavía reclinada sobre él—. Todavía está en cama, pero se recupera bien. —Elevó la mirada de nuevo—. Pero el problema es que ese infarto fue provocado.

—¡¿Cómo?! ¿Provocado? ¿A eso te referías cuando me dijiste ayer que corres peligro?

—Sí, aunque creo que el que realmente está en riesgo es mi padre.

Cuando le hicieron una analítica muy exhaustiva, los doctores enseguida detectaron un exceso en sangre de un medicamento antiinflamatorio no esteroideo, el diclofenaco, que se relaciona con un mayor riesgo cardiovascular. Él no había tomado ese medicamento jamás, algo que también sabían sus médicos, porque es contraproducente para una pequeña lesión que tiene en el corazón, por lo que se extrañaron al detectarlo en él.

La conclusión fue que le habían administrado el medicamento para provocarle el infarto.

—¡Joder, Megan! Perdón, Astrid.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Pero ¿sabéis quién ha sido? ¿tenéis algunas sospechas?

—No, no lo sabemos. Mi hermano, yo creo que incitado por mi abuela y quizás también por su mujer, sospecha de mi primo Nick. Pero es que mi abuela y él no se llevan nada bien.

—¿Y tú qué opinas? ¿Estás de acuerdo con tu hermano?

—No. Nick vive con nosotros desde niño, cuando sus padres murieron en un accidente automovilístico. Es algo cínico e irónico; no se toma nada en serio y tiene muy mala suerte con los negocios, pero forma parte de la familia, y no creo que fuese capaz de hacerle daño a mi padre.

—Ya… Si es que no puedes dejar de ser quien eres, Astrid.

—¿A qué te refieres? —interrogó frunciendo el ceño.

—Pues que eres buena y que serías incapaz de sospechar de alguien de la familia —explicó con la voz llena de ternura.

—Puede ser, pero lo vas a conocer, así que ya me darás tu opinión.

—¿Y mi presencia aquí a qué es debida? Que conste que no me quejo.

Me alegro muchísimo de que me hayas llamado —le dio un beso—, pero me gustaría saber en qué puedo ayudarte yo.

—Necesito que rastrees el dinero desfalcado para ver si localizas al que lo ha hecho. Le he explicado a mi familia tu pericia con los temas informáticos y al final los he convencido de que nos ayudes. Les he asegurado que jamás hablarás sobre el tema fuera del ámbito del palacio.

—¿Palacio? ¿Vives en un palacio?

—¡Anda! ¿Dónde crees que vive una princesa? —bromeó entre risas—.

Perdona, perdona. Sí, mi padre vive en un palacio, yo estoy allí ahora y, por supuesto, tú también lo harás.

Al verla reír de nuevo, Seán sintió una alegría interna que lo arrastró a atrapar los labios de Astrid entre los suyos con vehemencia. Sus dedos le cosquillearon ante la necesidad de tocarla.

—Te amo —murmuró el joven, con una voz que decía más que sus propias palabras —Te prometo que daré con el culpable de todo esto.

—Te amo —le respondió Astrid—. He sufrido mucho por dejarte allí sin aclararte la situación.

—Eso ya es pasado, cariño.

— No sabes lo mucho que te he echado de menos —aseguró la joven mientras le acariciaba la barba—. Bueno, a ti y a tu perilla.

Las sonrisas, a pesar de la situación, habían vuelto a las vidas de Seán y de Astrid. Todo se lleva mucho mejor acompañado por la persona de la que se está enamorado.

—No sabes lo que yo te he echado de menos —replicó el joven mientras le acariciaba con su pulgar el labio inferior—. Bueno, a ti y a tu boca.

Las miradas hablaban de felicidad por el reencuentro; los labios, por el regocijo de las palabras que demuestran el amor; los cuerpos se reconocían, se acercaban; y las manos los recorrían como si fuese un camino sinuoso por donde gozar.

No necesitaban dar ni recibir más explicaciones. Había llegado el momento que ambos ansiaban, pero que temían a la vez. Seán la volvió a besar con pasión y ella correspondió de igual manera. Las manos buscaron con su tacto la piel caliente y el deseo se arremolinó alrededor de ellos envolviéndolos en una nebulosa que los transportó a la búsqueda del placer que habían añorado todo el tiempo que habían estado separados.

## Capítulo 17

Astrid removía la ropa de la maleta de Seán entre risas.

—¿En serio solo te has traído esto?

—¡Ey! ¡No te metas con mi ropa!

—Ni se me ocurriría. Lo que me asombra es que no te has traído ni un solo bañador.

—No pensaba que venía de vacaciones, la verdad. Ni se me ha pasado por la cabeza.

—He de avisarte, eso sí, que mi familia se va a quedar patidifusa cuando te vea. Están acostumbrados a que todo el mundo a su alrededor esté vestido de una forma más formal. Ya sabes: trajes

chaqueta, corbata…

No te extrañe que lo hagan notar, así que, si tú crees que te vas a sentir más a gusto imitando las normas de mi familia, si quieres, podemos pasar por una tienda antes de ir a palacio.

Seán la miró detenidamente.

—¿Tú quieres?

—¿Yo? ¡Qué va! —Se acercó hasta él y le acarició la perilla mientras lo miraba con coquetería—. A mí me gustas tal cual eres, así que por mí no lo hagas. Yo lo decía por si tú te ibas a sentir más cómodo.

—Yo prefiero ir con mi ropa.

—¡Perfecto! Será divertido ver la cara de mi abuela.

La carcajada que soltó cuando terminó de hablar creó una inmensa sonrisa tierna en Seán. ¡Cómo la amaba!

Había sido una noche maravillosa para los dos. El reencuentro de los cuerpos se había unido a los sentimientos, y todo fluyó como si no hubiese habido esa separación y todavía se encontrasen en la casa de Seán el día antes del desdichado momento en el que Astrid tuvo la visita de Lukas para comunicarle el problema que había surgido en su familia.

***

Mientras tanto, dos coches habían aparcado en uno de los balcones paisajísticos que se alzaba sobre una de las laderas del valle donde se aposentaba Aisling, capital de Lochlann. De cada uno de estos bajó una persona; se encontraron a mitad de camino y se fundieron en un apretado beso.

—Amor, ¿qué ocurre? ¿Por qué me has convocado aquí?

—Maximiliam ha contratado a un experto en informática para que intente localizar al que ha sustraído el dinero. Bueno —se rio—, a nosotros.

—¡Maldito sea! Esperaba que, para que no trascendiera y acusaran al príncipe soberano, lo dejaría estar.

—Su hermana ha influido en él. Según sé, ella asegura que se puede

confiar en ese informático. Ya lo veremos…

—Quizás podamos intentar sobornarlo…

—Es posible.

—Y, si no, habrá que volver a intentar deshacernos de Hans.

—¡Pero ellos ya saben que el infarto fue provocado!

—Pierde cuidado. Una vez convertido en príncipe soberano, Max tendrá demasiados frentes abiertos, y entre tú y yo le podemos hacer perder interés por ese tema en concreto hasta que lo tengamos todo más atado.

—Y estaremos juntos para siempre, amor, aunque sea a escondidas.

—Juntos para siempre.

Un beso arrebatador volvió a unir sus labios.

***

—Quiero que no te asustes cuando conozcas a mi familia, Seán —dijo Astrid mientras cambiaba de marcha. Llevaban poco más de una hora por la autopista y ya estaban a punto de llegar a Aisling—. La mayoría son algo estirados, difíciles de complacer, pero sé tú mismo. No quiero que te sientas cohibido por ellos.

—Tal como me pintas la situación, va a ser difícil.

—Salvo en las comidas, que es obligatorio estar presentes todos, los verás poco. No te preocupes. —Le lanzó una mirada especulativa—. Pero he de comentarte una cosa: tú eres mi jefe, pero nada más. Debemos ocultar nuestra relación.

—¿No les has hablado de nosotros?

—No, Seán. No es el momento. Recuerda que mi padre está recuperándose del infarto, así que lo principal es no crearle algún tipo de contrariedad. Él no sabe que han intentado asesinarlo, y sobre el desfalco se ha corrido un tupido velo.

—¿Qué le habéis dicho sobre eso?

—Bueno, solo que ha sido una equivocación en las anotaciones. Si se enterase de que gente de su confianza está metido en todo esto, sería

un gran disgusto para él.

—¡Oh! —exclamó Seán evidentemente desilusionado—. Sí, lo entiendo, pero… ¿no podré visitarte en tu cuarto?

—¡Buff! Lo veo muy difícil, cariño. Hay servicio por toda la casa, y siempre hay alguno rondando por los pasillos. Desplazarse de un lado al otro del palacio sin ser visto es bastante complicado.

Un gesto de desilusión se cuajó en el rostro del joven. Al no obtener respuesta, Astrid separó la mirada de la carretera por unos segundos para mirarlo.

—Escucha, hay un sauce llorón en el jardín trasero, junto al lago, en el que yo siempre solía pasar mucho tiempo. Era mi refugio. Es muy frondoso

y apenas deja ver a través de sus hojas. Si te parece bien, nos podemos ver allí cuando uno de los dos sienta la necesidad.

—Yo voy a sentir la necesidad a todas horas —protestó Seán, algo enfurruñado.

—¡Oh, bueno! No creas que no vamos a vernos todo el día, salvo ahí —

replicó Astrid—. Ese será nuestro refugio para estar solos, ¿te parece?

—Está bien, pero luego no protestes si te reclamo muy a menudo.

—¡No osaría hacer tal cosa! —bromeó la joven.

—Vaya, estamos llegando ya al palacio, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque has acentuado tu forma de hablar grandilocuente.

Risas cómplices reverberaron en el coche. ¡Estaba tan a gusto junto a él!

Astrid sintió que su fortaleza había aumentado desde que estaba a su lado.

En esos momentos podría luchar contra cualquier demonio. Fuese el que fuese.

El paisaje que habían recorrido hasta el momento estaba saturado de verdes y bosques alpinos, pero de un momento a otro, se vieron inmersos en el fondo de un valle cuyo prado rodeaba un enorme palacio barroco. En cuanto se abrió la verja, un mundo de cuento surgió a la vista de Seán.

El jardín que atravesaron estaba dibujado a la francesa con un toque elegante. Los colores recreaban un cuadro multicolor donde nada estaba improvisado. Los parterres formaban elaboradas filigranas alrededor de una fuente central que representaba una ninfa del bosque. Todavía no habían llegado a las escaleras de la entrada principal, y ya un mayordomo los esperaba para abrir la puerta del coche.

—¡Buenos días, George! —saludó Astrid mientras emergía del auto—.

¿Cómo va todo?

—Como estaba cuando marchó ayer, alteza —respondió el mayordomo.

La columna del hombre parecía que permanecía estirada como

consecuencia de haberse tragado un cucharón. Ni siquiera cuando se inclinó ante ella se doblegó y permaneció rígida. Su rostro serio tan solo dejó traslucir el cariño en sus ojos.

—Me encantan tus partes diarios. Son muy elocuentes, George.

—Gracias, alteza. Su interés no se merece menos —respondió.

Pese a su rostro, un leve tono sonó a burla.

—Ven, Seán, te voy a presentar —le pidió al joven, que los miraba un poco confuso—. Este es George, mi mayordomo preferido. Te advierto que cada palabra que diga debes buscarle el doble sentido. Es muy burlón e irónico, aunque su aspecto no lo demuestre. —Se volvió hacia el empleado

—. George, él es Seán Gallaguer. Mi jefe y experto en informática. Viene a ayudarnos, como bien sabrás. Todo lo que necesite debe ser suministrado de inmediato, ¿entendido?

—Por supuesto, alteza —respondió con una leve inclinación. Se volvió hacia Seán—. Señor Gallaguer, sea usted bienvenido. Lo que necesite no deje de pedírmelo, por favor. Estaré a su disposición en todo

momento, así que me convertiré en su sombra para cumplir con mi cometido —respondió George.

—Muchas gracias, George. Procuraré molestarle lo menos posible.

—Él es el único del servicio que sabe lo que está ocurriendo —apuntó Astrid—. Mi familia, en la que me incluyo, tiene plena confianza en él, así que te pido que tú la tengas en igual medida.

Seán lo miró de nuevo y le guiñó un ojo junto con una sonrisa juguetona. Había pillado al vuelo la personalidad del mayordomo.

—Será un placer tener un colega a mi lado.

—Un colega… —murmuró por lo bajini George, sin apenas mover los labios.

Astrid se echó a reír.

—Como ves, George es muy inteligente. No le da miedo tu tesitura ni tu

fina ironía.

—Demasiado, alteza, si me lo permite.

—¡Ay, George! Deja de llamarme *alteza* —protestó Astrid.

—¡Alteza! ¿Y cómo quiere que la llame, alteza?

—Pues Astrid, como me llamo.

—Lo siento, alteza, pero me temo que eso va a ser imposible. Su Alteza Serenísima, el Príncipe Soberano, me crucificaría, alteza.

—¡Eres más cabezota que mi abuela!

—¡Oh, alteza! No puede comparar a un simple mayordomo con Su Alteza Serenísima la Princesa viuda.

—Tienes razón; si ella se entera, se desmaya —aceptó entre risas—.

Deja las maletas ahí, Seán. Ya las llevarán a nuestros aposentos —añadió al verlo dirigirse al maletero para extraerlas. Luego volvió a mirar al mayordomo—. ¿Dónde está mi familia?

—Su madre está con su padre; su hermano, en el despacho; su abuela,

en su salita particular; su cuñada, en un evento en la ciudad; y su sobrina, en la sala de juegos.

—Te ha faltado mi primo —se burló Astrid.

—¡Ah! Su Alteza, el príncipe Nikolaus, está por todo el palacio. Ya sabe…

—Ya sé, sí. Pues empezaremos por mi hermano, George.

—Como desee, alteza.

Seán los escuchaba y miraba a su alrededor con curiosidad. Todo era tan novedoso para él… pero, cuando entraron al palacio, se quedó patidifuso.

El amplísimo vestíbulo tenía los techos altísimos y formaba pequeñas bóvedas, en cuyo centro había unos frescos que representaban escenas bíblicas. Las paredes de un blanco níveo estaban rematadas con frisos decorados con bajorrelieves.

Astrid tuvo que darle un golpecito en la espalda para que la siguiera por la escalera que daba acceso al lado derecho del edificio. George los precedía con sus pasos pausados, pero elásticos y rítmicos. Recorrieron el pasillo central hasta el fondo, donde se paró para golpear una puerta.

Cuando oyó el permiso para entrar, la abrió, se echó a un lado y dijo con voz contundente: —Su Alteza, la princesa Astrid y el señor Gallaguer.

La joven se adelantó y se dirigió hacia la mesa de despacho, tras la que estaba un joven de unos treinta años con los mismos ojos azules que su hermana y con el mismo tono de rubio que tenía su cabello corto y repeinado. Su traje gris marengo combinaba a la perfección con la corbata y pañuelo que sobresalía del bolsillo superior de color sangre.

Se levantó en cuanto los vio entrar con una elegancia innata, y se pudo apreciar su alta estatura y su delgadez. Astrid detectó un leve gesto de desagrado en el rostro de su hermano al ver a Seán, pese a que ella le había advertido de su forma peculiar de vestir y su fisonomía.

—Max, te presento a Seán Gallaguer.

Maximiliam Ferdinand Alois Marie de Wchinitz, príncipe heredero de Lochlann les salió al encuentro y alargó la mano en busca de la del programador, que se la estrechó enseguida.

—Encantado, señor Gallaguer.

—Lo mismo digo, alteza —respondió utilizando el tratamiento que había escuchado al mayordomo.

—Maximiliam, por favor.

—Seán.

—Siéntense. —Señaló las dos sillas tapizadas en cuero verde que había al otro lado de su mesa—. Debemos hablar.

Los tres se acomodaron. Max, en el lugar que ocupaba y, frente a él, su hermana y Seán.

—Supongo que Astrid lo habrá puesto al día sobre lo que está ocurriendo.

—Sí, señor.

—Bien. De todas formas, quiero recordarle la situación. —En cuanto Seán asintió con la cabeza, continuó—: Hace algo más de dos meses, mi padre detectó unos datos extraños repasando las finanzas del principado que evidenciaban un desfalco en algunas de las inversiones gubernamentales.

Poco después, un medicamento administrado sin su consentimiento le provocó un infarto. Desde entonces yo me he hecho cargo del gobierno del principado y he podido comprobar que alguien está llevándose el dinero de Lochlann, pero no soy tan ducho en informática como para seguirle el rastro.

—Para eso está Seán aquí, Max.

—Efectivamente. Pero una cosa quiero dejar muy clara. Mi padre no sabe nada de todo esto. Cuando se recuperó un poco del infarto y preguntó por el desfalco, lo convencí de que había sido una confusión: unos cheques que faltaban por contabilizar, y de que todo estaba correcto. Y, por supuesto, le ocultamos la procedencia de su ataque. —Miró con fijeza a Sean—. Quiero hacer hincapié en esto porque necesito que tenga mucho cuidado si por un casual se encuentra con él. En un principio no debería suceder porque sus habitaciones están

en la otra ala del palacio y él, por ahora, no sale de allí. Pero por si acaso, debe tener claro que no se le puede escapar ni media palabra sobre estas dos cuestiones. La excusa para su estancia aquí, en tal caso, podría ser… —Su voz se convirtió en dudosa, recorrió su ropa con la mirada— que está modernizando nuestro equipo informático.

—De acuerdo, Maximiliam.

—Se le ha acondicionado una sala junto a sus aposentos con todos los adelantos de última generación que hemos considerado, pero todo aquello que necesite, George, estará a su disposición para tal fin.

—Necesitaré acceso al programa que utilicen para llevar la contabilidad y en donde estén los apuntes en los que hayan detectado el desfalco.

—Por supuesto. Tiene instalado todo lo necesario, y las claves de

acceso están sobre su mesa, además de un contrato de confidencialidad que debe firmar. Espero que lo entienda.

—Contaba con ello; es lo normal.

—Bien —concluyó Max mientras se levantaba y estiraba la mano para que Seán se la estrechase como despedida—. Lo lamento, pero estoy esperando al primer ministro. Espero que pase una agradable estancia y, por supuesto, que nos resuelva el entuerto lo antes posible.

—Eso espero yo también, alteza —respondió Seán imitándolo.

Nada más salir del despacho, divisaron al fondo del pasillo a un hombre que caminaba hacia allí.

—Alteza, buenos días —dijo a la vez que hacía una leve inclinación de su cabeza en cuanto estuvo frente a ellos.

—Buenos días, señor Steiner —correspondió Astrid—. Permítame que le presente a Seán Gallaguer. —Miró a Seán—. Walter Steiner, primer ministro de Lochlann.

Tras los pertinentes saludos, el ministro entró en el despacho, y los dos jóvenes iniciaron el recorrido por el pasillo.

## Capítulo 18

—Ahora quiero que conozcas a mi abuela.

De repente Astrid notó un empujón que la introdujo en un pasillo perpendicular al que estaban y la pegó a la pared. El cuerpo de Seán se pegó al suyo de inmediato para rozar sus labios.

—Llevo demasiado tiempo sin tocarte, cariño. —Oyó su voz ronca y elevó la mirada hacia él con una amplia sonrisa.

—Creo que me has leído el pensamiento.

—Me parece que esto de ocultarnos no está tan mal…

Y ya ninguno de los dos pudieron pronunciar más porque las dos bocas se buscaron para dar rienda suelta a sus deseos.

Pero poco les duró la alegría: en cuestión de breves segundos, o eso les pareció a ellos, oyeron unos pasos que se acercaban hacia ellos por el pasillo principal. Seán se retiró y la miró con ardor.

—¡Maldita sea quien sea! Creo que he vuelto a cambiar de opinión. Ya no me gusta esconderme para darte un beso —le susurró.

—Shhhh. Venga, vamos.

Astrid acarició la barba de Seán antes de mesarse el cabello y tocarse la cara con las dos manos para refrescársela. Le dio un empujoncito al programador, y ambos volvieron a aparecer en el largo pasillo como si no hubiese ocurrido nada. Una doncella se introducía en esos momentos en una de las habitaciones. En cuanto cerró la puerta, Seán se inclinó sobre Astrid y le dio un beso en los labios.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño —le correspondió la joven con una mirada que prometía mucho—. De camino a la salita para presentarte a mi abuela, te enseñaré tus habitaciones. ¿Qué te parece si quedamos para después de comer debajo del sauce llorón? Podemos descansar allí un rato hasta que te pongas a trabajar.

—¿Descansar? Ni se te pase por la cabeza. Lo que me apetece más en este mundo es disfrutar de ti.

La risa cristalina de Astrid se amplificó al reverberar en el pasillo. ¡Qué dichosa se sentía por tener a su lado a Seán! El corazón casi se le sale del pecho de felicidad. No sabía el porqué, pero tenerlo allí le daba la seguridad de que iban a conseguir solucionar los problemas que tenían y le daba esperanzas en la recuperación de su padre.

—Se te ve muy contenta, querida primita.

Ambos se volvieron con brusquedad. Frente a ellos encontraron el curtido cuerpo de su primo. Con su pelo largo peinado hacia atrás con gomina y su traje de última moda, era la viva imagen de un hombre de gran éxito.

—¡Hola, Nick! —exclamó Astrid con excesiva alegría para ocultar la zozobra de no saber si los había descubierto— Ven que te presento. Seán, este es mi primo Nick. Nick, Seán Gallaguer, mi jefe.

El joven de algo menos de treinta años simuló que se quitaba un imaginario sombrero e hizo una genuflexión exagerada.

—Nikolaus Raphael Josef Marie de Wchinitz, príncipe de Lochlann.

—Encantado, alteza.

—¡Qué alteza! ——exclamó Astrid acompañada de una amplia sonrisa

—. Es Nick. Tú ni caso. Mi primo es un burlón, y lo que más le gusta es ironizar con el protocolo de la aristocracia.

—Mi prima tiene razón en todo lo que ha dicho. Nick, por favor —

aceptó a la vez que le alargaba el brazo para estrecharle la mano—.

Entonces, tú eres el que viene a demostrar que yo soy el ladrón, ¿verdad?

—Pues la verdad es que no se me ha contratado para eso. Tengo que encontrar al culpable. Si tú lo eres, entonces sí.

—Nick, deja ya de decir inconveniencias —renegó la joven—. Vamos a ver a la abuela, ¿nos acompañas?

—¡Uy! Seán, ¿ya te han prevenido sobre Amelie Tatjana Sophie, princesa viuda de Lochlaan y condesa von Amsber? —El programador miró desconcertado a Astrid—. Obedeced a la condesa —continuó Nick con voz tenebrosa— y no os meterá en las mazmorras.

Seán volvió a mirar a la joven.

—Ni caso. No hay mazmorras en el palacio —replicó Astrid.

—Que no las hayas visto no significa que no estén.

—A ver, Nick, ¿todas estas tonterías buscan asustar a Seán?

—No, Astrid —manifestó el joven aristócrata—, solo quiero advertirle, para que sepa, que lo que debería ser una dulce abuela en realidad es una puñetera cascarrabias.

—¡Nick! —le increpó Astrid.

—¿Qué pasa, prima? ¿He dicho alguna mentira? Podría añadir mucho más, pero prefiero dejar algo de suspense en el camino.

—Está claro que no vas a acompañarnos a verla —rezongó ella.

—¡Chica lista!

Se despidieron y avanzaron por el pasillo. Por el camino Astrid le enseñó la puerta de su habitación y la que habían destinado para él junto al cuarto donde estaba el ordenador que le habían acondicionado para trabajar.

Entre los dos dormitorios había un par de pasillos de por medio y una distancia considerable.

—Esto parece un laberinto, me voy a perder —se burló Seán—. Y para colmo, tú y yo estamos muy lejos el uno del otro.

—Lo siento; las habitaciones de la familia y las de los invitados no

están en el mismo pasillo.

—No pasa nada; quizás vaya de expedición.

En ese momento Astrid se paró frente a una puerta, se pegó a él y le dio un beso.

—Si lo haces, ten cuidado: la jungla está llena de bichos que pican —le dijo con sorna—. Y ahora, ¿estás listo? Hemos llegado. He de avisarte que mi primo tiene razón; mi abuela es algo difícil de contentar. Es la integrante más dura y conservadora de la familia. Y no tiene pelos en la lengua porque, como princesa viuda, se cree por encima del bien y del mal.

Lamento hablar así de ella, pero quería prevenirte.

Seán tragó con fuerza y afirmó con la cabeza. A continuación, la joven abrió la puerta y entró, precediéndole.

—Abuela Amelie, buenos días, ¿cómo te encuentras?

Por encima del hombro de Astrid, el joven había abierto sus ojos como platos. Lo que ella había llamado *salita* era tan grande como toda la sala de programación de Dagda. Decorada con muebles estilo Luis XIV, era una oda a la elegancia. Un juego de butacas y sofás en capitoné, tapizadas en brocado damasco de color beige, presidía la estancia frente a una amplia chimenea de mármol blanco. Sentada en una de estas se encontraba una anciana muy menuda y delgada. Un moño italiano recogía su escaso cabello rubio y estiraba su piel arrugada. Su rostro estaba perfectamente maquillado, como si estuviese asistiendo a la proclamación de un rey. Vestía un elegante vestido negro a juego con sus zapatos de salón con unos tres centímetros de tacón. Entre sus manos sostenía un libro.

—Vieja, Astrid, pero con más fuerza que cualquier jovencita —

respondió su abuela con voz cascada.

—Eso no lo dudo. Con tu permiso, vengo a presentarte a mi jefe, Seán Gallaguer.

Amelie arrugó el ceño en cuanto se fijó en él.

—¿Ese? —inquirió con desprecio—. Pues parece más un vulgar

trabajador. ¿Seguro que es él? ¿No te habrás equivocado?

—¡Abuela! —exclamó escandalizada.

—¡Niña! ¡A mí no me grites!

—Perdona, abuela, pero me gustaría que respetases a mi jefe.

—¡Pero si yo lo respeto, ¿pero tú ves cómo va vestido?! ¿De verdad piensas que debía haberse presentado así delante de mí?

Seán miraba a la mujer alucinando. Agarró el brazo de Astrid con claras intenciones de evitar que contestase a su abuela. Cuando ella lo miró al sentir su mano, él hizo una leve inclinación de su cabeza y adelantó un paso hacia la anciana.

—Alteza, le aseguro a usted que mi vestimenta no va a ser la que solucione el problema que ustedes tienen, pero quizás lo que tengo dentro de la cabeza, sí.

Amelie apretó los labios con un claro gesto de rabia.

—Señor Gallaguer, le aseguro que la inteligencia no está reñida con la elegancia —replicó con acritud—. Quizás, algún día lo entienda.

—Tampoco con la libertad, alteza.

Astrid sabía de sobra que su abuela era una persona insoportable, criticona y muy resabiada, pero jamás habría pensado que además podía ser una maleducada.

—Bueno, lamento tener que interrumpir esta amable conversación, pero debemos irnos. Todavía debo enseñarle sus aposentos —dijo la joven intentando aligerar la tensión que había en el ambiente.

—Está bien, pueden retirarse —aceptó Amelie a la vez que hacía un gesto con la mano.

—Gracias, alteza. Ha sido un placer conocerla —se despidió Seán con un leve tono burlón.

En cuanto salieron de la salita, Astrid se volvió hacia Seán para

disculparse por el recibimiento y actitud de su abuela, pero se encontró con una amplia risa en su rostro que se convirtió, ante sus ojos, en unas fuertes carcajadas.

—Tu abuela es la hostia, Astrid. ¡Me he enamorado de ella!

La boca de la joven se abrió inconscientemente y le dio un manotazo en el brazo.

—¿Ya me estás cambiando por otra? —se cachondeó.

Seán la agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

—¡Eso jamás! —exclamó antes de aplastar sus labios en los de ella—.

Puedo compartiros —añadió sobre ellos.

Esta vez fue la risa de Astrid la que sonó en el pasillo.

—Venga, si te parece bien, ahora te dejo en tu cuarto para que te acomodes y te familiarices con los programas que necesitas manejar para indagar mientras yo voy a visitar a mi sobrina.

—Sí, claro, necesito ponerme enseguida.

La hora de la comida estaba al caer, por lo que Astrid decidió dejar a

Seán en su habitación para que se refrescase mientras ella hacía lo mismo en la suya.

Astrid había pasado a por él para acompañarlo al comedor. Estaba seguro de que, si no hubiese sido así, él se habría perdido entre el laberinto de pasillos. En un lado de la mesa, frente a uno de los aparadores que amueblaban las paredes del comedor, se encontraba el hermano de la joven conversando con dos mujeres. Ambas muy bellas, una más joven que la otra, pero las dos impecablemente vestidas, lo mismo que Astrid.

Seán se negó a sentirse como un bicho raro. Bastante había concedido a las normas de la familia al haberse puesto unos pantalones chinos largos y una camisa. Hasta Astrid se había extrañado de verlo así y se había mofado de él nada más verlo.

*—Encima que lo he hecho por ti… —había renegado él en el quicio de*

*su puerta.*

*La joven lo había empujado dentro del cuarto de nuevo y cerrado la puerta tras ella.*

*—Por mí prefiero que hagas otras cosas, cariño —lo provocó mientras hacía que le colocaba bien el cuello de la camisa.*

*Y entonces, la locura se desató. Seán la elevó entre sus brazos y la lanzó sobre su cama. Él se despojó de la ropa enseguida mientras ella lo miraba con asombro al principio, pero con pasión después, al ver cómo él estaba de excitado. En cuestión de segundos se deslizó dentro de ella con el sonido de fondo de los jadeos de los dos. Lo que empezó de broma había acabado como un encuentro salvaje, lleno de pasión y desbordando deseo.*

*El frenesí cabalgó junto a ellos hasta que ambos compartieron un largo y placentero orgasmo.*

Por eso habían llegado algo tarde, pero por lo que el joven había visto, no eran los últimos.

Astrid lo instó para que la siguiera hasta el grupo.

—Mamá, Giselle, os presento a Seán Gallaguer, mi jefe.

—Altezas, es un honor para mí conocerlas. —Hasta a Astrid le resultó extraño en sus labios una frase tan rimbombante.

—Llámeme *Norbertina*, por favor. Si todo sale bien, le deberé la vida de mi marido.

—¡No, por Dios! Para salvar vidas están los médicos. Por cierto, ¿cómo sigue Su Alteza Serenísima, el príncipe soberano?

Entre pasillo y pasillo, Astrid le había enseñado cómo debía dirigirse a cada miembro de la familia, aunque esperó no haberse equivocado.

—Mi esposo se recupera favorablemente, gracias por su interés.

—Señor Gallaguer, bienvenido al palacio Wchinitz —lo saludó Giselle

—. Espero que disfrute de su estancia.

—Gracias, alteza, pero no he venido para disfrutar. Yo espero que mi

trabajo sea fructífero.

Astrid estaba asombrada observando cómo se desenvolvía con su madre y con su cuñada. Parecía que se había criado en ese mundo lleno de protocolo.

—Giselle, por favor —le pidió la cuñada de Astrid—. Y… dígame…

¿cómo van sus pesquisas?

—Siento no poder informarle de nada, puesto que todavía no he comenzado.

—¡Oh, bueno! Espero que me tenga al día sobre sus averiguaciones —

pidió a Seán mientras lo miraba con una sonrisa comedida y con sus ojos verdes chispeantes.

En verdad que era muy bella, pero no era su tipo. Pese a sus labios estirados en muestra de simpatía, a él le asemejó más a un témpano de hielo. En cambio, la madre de Astrid, que tenía una elegancia innata y un estilo impecable, tenía un rostro que traslucía bondad. Su hija era la viva imagen de ella.

En ese momento hizo su entrada Nick.

—Buenas, familia. Aquí llega el sospechoso número uno —saludó mientras entraba con sus andares indolentes.

—Nick, te agradecería que pararas. Nadie te ha acusado de nada.

—Tranquilo, primo, solo quería poner en situación a nuestro invitado y, ya sabes, a veces las palabras mienten, pero la mirada lo dice todo —

explicó Nick con tono sarcástico.

—Dinos, querido nieto —la voz de Amelie tronó en el comedor desde el quicio de la puerta—, ¿cuándo ha sido tu último desastre financiero? Eres un caos en los negocios y siempre estás lleno de deudas. Y ahora di que mis palabras mienten.

—¡Amelie! —se escandalizó *Tina*, diminutivo que usaba la princesa soberana en la intimidad.

Nick se había dado la vuelta para mirar a su abuela.

—Gracias, abuela, sabía que tú aportarías tu sabiduría y tu ecuanimidad.

—¿No querías sinceridad?

—Y ahora te pregunto y espero que sigas siendo sincera, ¿el hecho de que haya tenido algunos negocios fallidos me convierte en un asesino y en un desfalcador?

Amelie apretó los labios contrariada para asombro de Seán. Viendo la jauría que había en esa sala, no le extrañaba nada que Astrid huyese de allí.

Sí, ella tenía razón. Allí no se chillaba, pero los cuchillos volaban en forma de sonido mediante la palabra. Habría pagado por estar alejado de esa abuela insoportable.

—Más puntos que otros sí que tienes.

—Me encanta sentir la confianza de mi familia. Es todo un detalle a tener en cuenta.

—Nick, yo no estoy de acuerdo con lo que acaba de decir la abuela —

opinó Astrid con voz tierna a la vez que apretaba el brazo de su primo con la mano para infundirle cariño.

Nick la miró con alivio en sus ojos.

—Gracias, primita. Necesitaba oír esas palabras de ti.

Hasta ese momento el joven se había mantenido con una sonrisa sardónica y un tono mordaz, pero su rostro se relajó en cuanto oyó a Astrid.

Max aprovechó para conminarlos a sentarse alrededor de la mesa, pero las pullas entre abuela y nieto no pararon durante toda la comida. Seán observaba todo con mucha atención, ya que sus pesquisas podrían derivar hacia ese primo que se sentía señalado, aunque él no las tenía todas consigo.

Si Astrid lo había defendido, por algo sería. Pero él debía ser imparcial y leer los datos que se reflejasen en el ordenador, y no las opiniones de esa peculiar familia principesca.

Frente a él estaba sentada Astrid; notó su mirada pedir perdón por el

espectáculo que estaba montando su abuela. Él esbozó una leve sonrisa para tranquilizarla. Miró alrededor y observó que los demás comensales, pese a que en un principio Max y Norbertina habían intentado mediar, al final habían optado por concentrarse en la comida. Solo al final de esta, Max decidió intervenir.

—Parece mentira, abuela —los interrumpió con tono seco y el ceño fruncido— que, siendo conocedora de las normas de buenas conductas durante la comida, estés induciendo para que se salten. Y tú, Nick, conoces el talante beligerante de nuestra abuela y no paras de provocarla. Os advierto a los dos que no pienso permitirlo más.

—Tú no eres quién para recriminarme mi forma de actuar —protestó Amelie.

—En estos momentos soy tu príncipe soberano en funciones y me debes obediencia.

De nuevo ese gesto tan suyo de apretar los labios cuando algo le desagradaba se materializó en su rostro, pero esta vez se contuvo y calló con un mutis espeso y contrariado.

***

Sin mediar palabra, pero sí con una radiante sonrisa, Seán la recibió con un beso arrollador en cuanto atravesó las ramas del sauce llorón y se ocultaron detrás del tronco.

Cada vez que lo veía, el corazón le palpitaba alocado, casi con la

intención de saltar de su pecho e introducirse en el de él para compartir su vida junto a su corazón.

—Cariño, no sabes cuánto te quiero —susurró Seán sobre los labios de Astrid, separándolos lo mínimo posible para poder hablar.

A Astrid le corrió por todo su cuerpo un fuego placentero. Escuchar cómo le expresaba su amor por ella se había convertido en una necesidad.

Durante el tiempo que habían estado separados, lo había echado tanto de menos que, en cuanto habían vuelto a encontrarse, lo escucharía sin parar.

De la misma forma en que ella se pasaría el tiempo diciéndole a él cuánto lo

quería.

Pensó que se había convertido en una romántica empedernida, algo que no se consideraba antes de conocerlo a él. Se derretía cuando él la miraba, se excitaba cuando la rozaba y bebía amor cuando la besaba.

Así, juntos, pegados el uno al otro, se dedicaron bellas y tiernas palabras de amor durante unos minutos. El tiempo corría, y Seán debía emplearlo en hacer su investigación; por eso la joven no permitió desatar el lazo en el que se había convertido el abrazo hasta que no tuviese más remedio que marcharse.

***

Seán tenía los ojos enrojecidos. Desde que había conseguido arrancarse de los brazos de Astrid, estaba frente al ordenador y ya pasaba de la media noche. Ponerse al día con los apuntes de contabilidad había sido un trabajo muy arduo, pero ya lo había conseguido. Ahora tocaba seguirles el rastro.

Ese trabajo le gustaba mucho más. En realidad, junto con la creación de los videojuegos, era lo que más disfrutaba. Pero en esos momentos necesitaba relajarse un poco y ¿qué mejor que hacerlo con la persona amada?

Pensado y hecho. Se levantó de la silla del escritorio y se dirigió hacia la puerta del cuarto, pero en cuanto abrió se encontró con un agente de seguridad que atravesaba el pasillo.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó el hombre.

—No, gracias, iba a mi dormitorio —respondió el joven.

Y se introdujo en sus aposentos. Dejó transcurrir unos minutos y al salir, volvió a encontrarse con el mismo agente que salía de un cuarto. Supuso que estaba haciendo una ronda, verificando las habitaciones que no estaban en uso en ese momento.

¡Maldita sea! ¿Pero cuándo dormía aquí la gente?

Se tumbó en su cama para esperar un rato pero, después de un día tan intenso y agotador, se quedó profundamente dormido.

## Capítulo 19

Después de desayunar con Seán y ver cómo se marchaba a seguir indagando, Astrid se subió a su coche y decidió acercarse a la casa de Camilla, su antigua niñera que, desde que se había jubilado, vivía a las afueras de Aisling. Gracias a ella y a sus dos amigos Lukas y Anna, había conseguido soportar separarse de Seán y el panorama que se había encontrado al llegar al hogar familiar.

Cuando llegó a Aisling y vio a su padre tumbado en la cama lleno de cables e inconsciente, su primer pensamiento fue culparse por todo. Por la dolencia de su padre y por haber estado ausente de su vida durante más de un año. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos durante días, sin poder pasar más de cinco minutos libres de estas. Se sentaba durante horas en la butaca de su habitación porque no se atrevía a estar junto a su padre.

El trabajo que tuvieron que hacer Anna, Lukas y la Nana para que ella comprendiera que no era responsable del infarto de su padre fue espinoso y peliagudo, pero al final lo consiguieron. Se trataba más de un *mea culpa* por no estar allí. Se turnaron para no dejarla sola y, solo cuando ya estuvo repuesta, se atrevió a hablar con su hermano para convencerlo de que había que actuar y llamar a Seán.

En cuanto pudo pensar con racionalidad, se dio cuenta de que, pese a cómo se había sentido, ni por un momento había pensado claudicar y abandonar a Seán para casarse con Lukas. Y que, además, cuando su padre había recobrado la consciencia y pudo hablar con él, en ningún momento le había nombrado el tema de la boda con Lukas.

Camilla, Lukas y Anna eran los únicos que sabían todo sobre su relación con el programador, por lo que en su compañía podía

relajarse y

ser ella misma. Llorar, si era lo que quería, renegar de su mala suerte, declarar su amor por Seán o desfogarse con ellos por la lengua viperina de su abuela para evitar hacerlo ante ella.

Pero por fin todo aquello ya había pasado. Su padre se estaba recuperando; tenía a Seán a su lado y estaba convencida de que él iba a resolver el problema que tenían con los desfalcos e iba a encontrar al culpable. Aunque la inquietud que la mantenía en vilo era la posibilidad de que alguien volviese a intentar provocar un infarto a su padre, o algo peor.

La seguridad del principado había aumentado sus efectivos en el palacio para un mayor control; nadie se explicaba cómo había llegado a pertrecharse el primero.

Dejó de pensar en eso en cuanto llegó a la zona en las que las curvas se hacían verdaderamente peligrosas antes de llegar a Aisling. Atravesó la ciudad y aparcó delante de una verja blanca de madera. Abrió la cancela que daba acceso a un jardín muy cuidado y lleno de coloridas flores, lo atravesó y llamó a la puerta de una casita con la fachada inferior pintada de blanco y con la superior de madera oscura con un tejado a dos aguas. En cada ventana unas jardineras repletas de flores alegraban con sus colores la sobriedad del diseño de la vivienda.

En vista de que nadie abría la puerta, decidió ir a la parte de atrás.

—¡Nana! ¡Nana! —gritó mientras caminaba por el césped.

—¡Estoy aquí! —sonó una voz tras un frondoso manzano.

De detrás del árbol salió una mujer bajita y rechoncha con un delantal que rodeaba su cintura y con una cesta de mimbre llena de manzanas rojas apoyada en su cadera.

—¡Mi niña! —exclamó Camilla en cuanto la vio.

—Buenos días, Nana. He venido a contarte lo que ha pasado —le informó mientras le daba un beso en la mejilla.

—¿Te refieres a tu encuentro con tu irlandés de tierna sonrisa? —

preguntó con su propia sonrisa bonachona.

—¡Ay, Nana! Es que, si antes lo amaba, en cuanto lo vi me di cuenta de que no puedo vivir sin él. De que cualquier tropiezo es un drama sin él y una chinita en el camino si está a mi lado. Que todo lo puedo superar con su aliento y su ánimo.

—Me alegro mucho, tesoro. Te lo mereces. Y ahora, vente conmigo a la cocina. Me vas a ayudar a hacer una tarta de manzanas y me sigues contando, pero lo primero quiero que me digas es cómo está tu padre.

—Antes de venir a verte he ido a visitarlo y está mejorando día a día.

Según me ha dicho, el médico prevé que en pocos días le dará el alta.

—Me alegro mucho, cariño.

—Solo espero que, antes de que eso ocurra, Seán haya descubierto quién ha sido el que ha provocado la desgracia en mi familia. Temo que, en cuanto mi padre se entere de la realidad, vuelva a ponerse enfermo.

—Tu padre es un hombre fuerte, Astrid. Asume ya que lo que le ha ocurrido ha sido provocado por un indeseable.

—Nana, ¡es que no quiero ni pensarlo! ¿Quién puede ser? ¿Está dentro de palacio? ¿Fue durante un evento? Hay muchas dudas.

Ya habían llegado a la cocina, y Camilla estaba colocando los ingredientes para hacer la tarta sobre la mesa.

—¿Piensas ayudarme?

—Por supuesto, Nana.

—Pues ahora deja de pensar en eso porque estoy segura de que ese irlandés tuyo lo va a solucionar y cocinemos la mejor tarta de manzanas para él. Le añadiré un ingrediente que le dará fortaleza extra.

—Con que un ingrediente secreto, ¿eh?

—¿Cómo piensas tú que yo os aguantaba a vosotros tres? —se burló la niñera—. Bueno, vale, admito que tú eras un angelito y tu hermano…

bueno, pasable. Pero el terremoto de tu primo os contagiaba y lo secundabais en todo, aunque luego Max siempre le echaba la culpa,

mientras que tú lo defendías con lágrimas en los ojos —dejó de

amasar y la miró con unos ojos juguetones—. ¡Oh, vaya! Igual que ahora. Tu hermano y tu cuñada lo acusan, tú lo defiendes y tu madre no sabe qué pensar. ¿Me equivoco?

—En nada.

En ese momento le sonó el móvil a Astrid. Se trataba de su querida amiga Anna. Estaba con Lukas tomando un aperitivo y la invitaban a comer los tres juntos para que les explicase cómo iba la cosa por palacio.

—Imposible, Anna —le respondió—. No quiero dejar a Seán solo ante la jauría de mi familia, sobre todo mi abuela que está picajosa a más no poder. Si queréis, pasaros después de comer y nos damos un baño en la piscina mientras os pongo al día.

—*¡Perfecto!* — exclamó su amiga —. *Así nos lo presentas, que estamos locos por conocer a esa maravilla de hombre.*

Cuando iba a apagar el móvil, se dio cuenta de que tenía mensajes en el wasap sin leer. En cuanto lo abrió, vio que todos eran de Seán. El corazón le dio un vuelco. «¿Qué habrá pasado?», pensó agitada. Pero, en cuanto entró al chat que tenía con él, una sonrisa cargada de amor se dibujó en su cara.

Seán le había enviado montones de corazones cada cinco minutos acompañados con un "Te quiero. Te echo de menos". ¡Si es que era un amor!

—Mira, Nana. —La hizo partícipe de su felicidad enseñándole la pantalla del móvil—. Así es él.

—¡Cómo me alegro, criatura!

Entre confesiones y risas, las dos mujeres elaboraron la tarta que Astrid cargó en el coche cuando se despidió de su querida niñera. Antes de partir, citó a Seán en el sauce llorón a la hora que tenía prevista llegar y, ufana, recorrió el trayecto a la inversa hasta el palacio.

Seán ya estaba bajo el árbol cuando Astrid llegó.

—Te he echado mucho de menos, amor —fue el saludo del

programador.

—Yo más —respondió ella.

El joven la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla con tanta pasión que la desarmó por completo. Olvidó que estaban en el jardín, a la vista de cualquiera. Olvidó que su familia estaba dentro del palacio.

Olvidó todo lo que no fuese ese instante y lo que sentía.

Cuando Seán profundizó el beso con la dulzura abrasadora de un amante, ella solo recordó que lo amaba y correspondió entregándole su corazón a través de su boca y con palabras de entrega total. Frotó su cuerpo contra el de él; sus manos agarraron los glúteos del joven y lo apretaron hacia sí al notar el bulto que ostensiblemente se notaba en su bajo vientre.

—Cariño, esto no es suficiente para mí: necesito más de ti. Estoy a punto de explotar —reconoció Seán con voz bronca.

—Yo también, amor, pero hay que esperar un poco más —afirmó mientras se separaba un poco para mirarlo a los ojos—. Las cosas están muy revueltas en mi familia ahora; entiéndelo. No es el momento apropiado, aunque… —dudó durante unos segundos— no creo que lo sea nunca, pero te prometo que, en cuanto mi padre se restablezca y se solucione el problema del desfalco, tendremos vía libre.

—Buffff —bufó el joven—. Creo que me voy a ganar un sitio junto a Laurence O'Toole.

—¿Quién?

—San Lorenzo nació en Irlanda hacia el año 1128, en uno de los castillos más importantes de esa época. Cuando contaba diez años, fue tomado como rehén por el rey de Leinster. Allí fue tratado con crueldad, y una de las personas que lo atendían informó a su padre y este exigió que se lo devolvieran. El rey… —se detuvo de pronto—, ¿qué hago yo contándote esta historia en lugar de meterte mano?

Astrid lo miró boquiabierta.

—¿Y me vas a dejar así? —protestó la joven—. ¡Me niego! Lo que se

empieza se termina.

—Pues, guapa, aplícate el cuento —bromeó Seán—. Te recuerdo que

me acabas de dejar a medias.

—¡Qué bruto eres! Si te oyera ahora mi familia… —se burló ella, y luego, cuando unas imágenes le vinieron a la mente, se carcajeó—. Cómo los engañas cuando estás con ellos; muy comedido y educado.

—¿Insinúas que no lo soy? —fingió enfadarse a la vez que comenzó a hacerle cosquillas en la cintura.

—¡Ay! ¡Ay! ¡No! ¡No! ¡Eres el hombre más educado que he conocido en mi vida! —exclamó con gritos ahogados para que no la oyesen.

—Sabía que eras una chica inteligente —dijo Seán soltándola.

—Pero termina de contarme la historia de San Lorenzo, por favor.

—¡Qué cabezota que eres! —Le dio un beso dulce en los labios—. Te complaceré porque no puedo negarte nada, mi amor —confesó, provocando en la joven un estremecimiento de placer—. Pues eso, que el rey transigió, pero ingresó al niño en un monasterio. Y sucedió que el jovencito le pidió a su padre que lo dejara vivir allí porque le había agradado inmensamente la vida del monasterio. Él prefería la lectura, la oración y la meditación en lugar de una vida de guerras y batallas. El buen hombre aceptó, y Lorenzo llegó a ser un excelente monje en ese monasterio con las armas del silencio y de la paciencia.

Astrid se golpeó los labios con el dedo índice como si estuviese meditando.

—Pues no te veo yo en un monasterio. —Lo miró con picardía—. Y la verdad es que me alegro.

Seán agachó su cabeza y acabó la conversación con otro beso arrollador, con el que los dos siguieron demostrándose sus sentimientos.

Mientras ellos dedicaban ese tiempo para confesarse mutuamente su amor, desde una ventana de la parte trasera del palacio, unos ojos sorprendidos los observaban. La persona que los miraba con el ceño

fruncido pensó que había que acelerar los planes que habían urdido.

***

En el preciso momento en el que salían todos del comedor, llegó George anunciando la visita de Lukas y Anna. Seán notó cómo Astrid

estuvo a punto de agarrarlo de la mano para arrastrarlo hacia sus amigos, pero se contuvo a tiempo.

—Seán, si no te importa, me gustaría que me acompañaras un momento antes de encerrarte a seguir con la investigación.

—Por supuesto.

—Astrid, no entretengas a Seán. Recuerda que su trabajo es de suma importancia, no solo para la familia, también para toda Lochlann.

—Sí, lo sé, Max. Es cuestión de tan solo unos pocos minutos.

Enseguida volverá a su encierro.

Lo guio hasta la salita donde George había llevado a los dos visitantes.

—Quiero que conozcas a mis dos mejores amigos, Lukas y Anna. —Al ver cómo desaparecía la sonrisa de Seán, añadió—: Sí, es mi ex, pero ya sabes la verdad de lo que hay entre los dos y quiero que te lleves bien con él. Es muy importante para mí.

—Tienes razón, cariño. Solo ha sido un pequeño arrebato de celos.

—Sabes que no hay motivo, amor.

—Lo sé.

Lukas estaba de espaldas hablando con Ana cuando entraron, y a Seán se le revolvió el estómago en cuanto vio el cabello largo y rubio oscuro prendido en una coleta, que tenía grabado en la retina. No lo pudo evitar.

Cuando se giró al oír la puerta, pudo ver su rostro. Era un joven muy guapo, no podía negarlo. Tenía un aire de otra época. Alto, elegante y fornido. Si fuese imparcial, debería reconocer que le pegaba mucho más a Astrid que él.

La joven dio un beso a cada uno de sus amigos y luego los presentó

mientras Seán lo analizaba. Se lo veía cariñoso, galante y muy educado.

Más virtudes que lo hacían perfecto para ella.

—Así que tú eres el que ha robado el corazón de mi amiga —le recriminó con guasa Anna mientras le daba dos sonoros besos, cada

uno en una mejilla, algo inusual en ese palacio.

Le gustó la joven. A pesar de que Astrid la había presentado como la hija de los duques de Merania, le pareció evidente que el protocolo no iba con ella. Enseguida se dio cuenta de que era una joven vivaracha y espontánea.

—Yo diría que más bien ha sido al contrario. Ella me lo ha robado a mí

—respondió sin burla, pero con esa tierna sonrisa que a Astrid le gustaba tanto.

—¡Oh! ¡Oh! Y dime… ¿no tendrás un hermano gemelo? —replicó Anna con un mohín en sus labios.

Las carcajadas llenaron la salita de buen rollo.

—Bueno, Astrid —intervino Lukas—, a mí me gustaría saber cómo sigue tu padre. Luego iré a visitarlo, pero quiero que me informes antes cómo lo ves tú.

Lukas estaba haciendo sus prácticas en medicina en el hospital de Aisling cuando avisaron del infarto del príncipe soberano, por lo que se lo había tomado como algo personal y acudía a verlo muy a menudo.

La joven lo puso al día de los avances y del ánimo renovado que tenía su padre. Él era una persona fuerte en todos los aspectos, pero pese a ello, el primer mes había sido doloroso para su familia verlo postrado en la cama casi sin fuerzas y no solo a nivel físico.

—Oye, Seán, Anna es diseñadora gráfica y fotógrafa. Tenlo en cuenta si en algún momento necesitáis a alguien con esas características en Dagda.

—¿Tú también quieres establecerte en Irlanda? —le preguntó Seán con curiosidad.

—Yo pertenezco al mundo —manifestó Anna—. Donde me lleve el

viento, allí estaré. Ahora mismo estoy preparando una exposición de fotografías sobre Lochlann para una galería de arte en Viena.

—¿Por eso llevas la cámara a cuestas? —preguntó Seán.

Todos dirigieron la mirada hacia la ultramoderna cámara que llevaba

colgada del cuello.

—Eso no es una cámara —apuntó Lukas con guasa—. Es un miembro más del cuerpo de Anna. Jamás se desprende de ella; yo diría que hasta duerme abrazada a su cámara.

—Pues gracias a eso tú tienes unas estupendas fotos que pones en todas tus redes sociales —apostilló la amiga de Astrid entre risas—. Por cierto, parejita, ponedme unas posturitas chulas, que voy a sacaros unas cuantas.

Las protestas de Seán y Astrid no sirvieron de nada. No tuvieron más remedio que seguir las indicaciones de la joven hasta que se sació de apretar el botón de la cámara de fotos.

—Bueno, ha sido estupendo conoceros, pero he de irme. Mi trabajo me espera —dijo Seán en cuanto Anna los dejó tranquilos.

—Por cierto, Seán, ¿cómo van tus pesquisas? —indagó Lukas.

—Van… Lo siento, pero no puedo hablar de ello.

—¡Que no te enteras, Lukas! —se mofó Anna—. Somos sospechosos y no puede revelarnos nada.

—¡Exacto! Así que tratadme bien o…

Entre risas y buena camaradería, el joven se despidió y subió hasta el cuarto donde estaba el ordenador mientras los otros tres se dirigían a la piscina.

—Astrid, tenías razón. Sus pintas no pegan nada aquí, pero él es perfecto para ti —opinó Lukas una vez que ya estaban dentro de la piscina.

—Opino lo mismo que Lukas —dijo Anna—. Pero vas a tener que ser fuerte para imponerte. No va a ser fácil que tu familia lo admita; lo tienes claro, ¿no?

—Sí, Anna, pero Seán lo es todo para mí, así que estoy dispuesta para la lucha. En cuanto todo esto se aclare, emprenderé mi cruzada —concluyó con un toque de humor mientras elevaba la mano con el puño cerrado como si blandiera una espada.

## Capítulo 20

Seán no había dormido en toda la noche. Estaba convencido de que

estaba a nada de descubrir algo importante, pero su vista ya estaba nublada, así que decidió desayunar algo y dormir un par de horas antes de reanudar la investigación.

Eso le fastidiaba porque no podría ver a Astrid. Se asomó al pasillo, pero no vio a ningún miembro del servicio para que le trajese algo para comer a la habitación, así que decidió acercarse hasta el comedor a ver si ya habían colocado el servicio de desayuno en los aparadores que utilizaban para ello.

Cuando entró allí, se sorprendió al ver allí a Amelie. La abuela de Astrid estaba sentada ya a la mesa con su desayuno frente a ella.

—Buenos días, alteza. —Era la única de la familia que no lo había dispensado del tratamiento.

—Buenos días —respondió.

Se dirigió hacia uno de los muebles en donde observó que había un surtido de pastas y mermeladas, tostadas, mantequilla, cereales, embutidos y huevos duros, además de una jarra de zumo de naranja, café y té. Se sirvió un plato con algunos de esos alimentos y un vaso de zumo y se dirigió hacia la mesa para sentarse frente a la anciana.

—Madruga mucho, alteza —le dijo para romper el silencio opresivo.

—Señor Gallaguer, las conversaciones banales me cansan. Quizás sea mejor que hablemos de algo importante.

Seán se quedó cortado. Esa mujer cada vez más se le asemejaba a una bruja. Pregonaba las buenas maneras y las normas de la buena educación,

pero ella se las saltaba cuando le venía bien. La única forma de no llenarse de veneno con sus palabras era no tomárselas en serio.

—Perdón, no era mi intención aburrirla. Si usted tiene un tema de conversación más interesante, le ruego que no se prive y me ilumine con él.

—Pues sí —afirmó la mujer con tono remilgado—. Me han llegado rumores de que entre usted y mi nieta hay algo más que una relación de trabajo.

El joven se lo pensó unos segundos antes de responder.

—No sé de dónde han surgido esos rumores, pero son ciertos. Astrid y yo nos amamos.

A lo mejor se llevaba una bronca de Astrid, pero el tono de Amalie no le había gustado nada y, además, no estaba dispuesto a negarlo. Una cosa era ocultarlo y otra, renegar de su amor si se lo preguntaban a bocajarro.

—Bien, señor Gallaguer. Pues olvídese de ella, porque Astrid no es para usted.

—Eso lo tendrá que decidir ella.

—Usted no conoce este mundo —arremetió con fuerza—, así que no puede opinar. Aquí se obedece lo que decide el soberano, y el hecho de que mi nieta haya estado ausente una temporada no cambia nada. Ella sabe que debe cumplir con lo que él decida porque todos los Wchinitz nos debemos a nuestro país y debemos hacer lo mejor para él. Y le aseguro, joven —añadió con voz lenta y con una mirada taladradora—, que usted no lo es.

¡A la mierda el desayuno! Le devolvió la mirada y se levantó con ímpetu.

—Ya lo veremos, alteza —respondió con tono duro.

Y abandonó el comedor con paso firme. El sueño se había esfumado, y su único objetivo era descubrir cuanto antes al que había hecho el desfalco para no tener que ocultarse más y poder pregonar a los cuatro vientos el amor que sentían.

Se encerró en el cuarto y se prometió no salir de allí hasta que lo consiguiera. Había encontrado la punta de la madeja, y solo le quedaba tirar del hilo. Y ahora tenía un motor que lo movía con frenesí. Si antes deseaba terminar con el trabajo, ahora se había convertido en su mayor obsesión.

Si la bruja de la abuela de Astrid pensaba que iba a apartarse de ella por lo que le había dicho, estaba muy equivocada. Lo que había encontrado en la joven aristócrata era tan esencial para él como respirar. Solo de pensarlo sentía que le faltaba el aire. Perderla sería como quedarse sin corazón.

Mientras él se concentraba frente al ordenador, Astrid visitaba a su padre, como cada mañana en cuanto se levantaba. En realidad, cada vez que tenía cinco minutos, recorría los pasillos de la otra ala del

palacio donde estaban los aposentos de sus padres, para visitarlo. Quería resarcirlo del tiempo que no había estado a su lado.

Ninguno había mencionado ni una sola palabra de esa época. Habían obrado como si no hubiese existido, como si ella hubiese permanecido allí.

Ver cada día cómo aumentaban sus fuerzas en el cuerpo y en esa voz que siempre había vibrado con autoridad ahora le provocaba una gran felicidad porque eso era signo de su recuperación.

En cambio, su madre, Norbertina Elisabeth Inmaculata, princesa soberana de Lochlann por matrimonio y condesa de Rosenberg de nacimiento, que siempre había sido una de las personas con más ecuanimidad que conocía, incluso dura al dar su opinión por ser una seguidora de las normas del *buen estar*, como ella las llamaba, aunque también mediadora en todos los conflictos, estaba desconocida.

Durante las reuniones familiares, ella no demostraba lo que en realidad estaba sufriendo, pero cierto día, cuando Astrid se acercó hasta la zona de sus padres, oyó unos sollozos desgarradores y, al asomarse a una de las salitas que había al principio del pasillo, se encontró a su madre, derrumbada sobre el sofá, llorando amargamente.

*—¡Mamá! ¿Qué tienes? —gritó a la vez que corría hacia ella y se arrodillaba en el suelo, a su lado, y la abrazaba.*

*La mujer, al verse descubierta, intentó calmar sus quejidos lastimosos y limpiarse las lágrimas.*

*—No, mamá, si necesitas llorar, hazlo. Papá no puede oírte desde aquí.*

*—¡Ay, nena! Es que he estado a punto de perder a mi amor —se lamentó Norbertina con voz llorosa.*

*¡Su amor!*

*¡Lo había llamado su amor!*

*A Astrid se le paró el corazón al oír a su madre. Por un momento se puso en su lugar y comprendió lo que decía. Hasta ese momento sus padres eran los soberanos de Lochlann y, en todo caso, sus padres, pero las demostraciones de cariño entre ellos dos no eran habituales. Por lo menos, que ella las viese.*

*Pero las palabras de su madre le habían hecho comprender que llevaba toda la vida equivocada con ellos.*

*—Mamá, no te preocupes, por favor, papá se está recuperando. Verás cómo mejora hasta estar igual que antes. Sabes que tiene una gran fortaleza.*

*—Sí, hija, lo sé, pero a veces no puedo controlarme y vengo aquí para desahogarme.*

A partir de ese día miró a su madre con otros ojos e intentaba infundirle fuerza. Jamás se había sentido tan unida a ella, aunque fuese en silencio.

Le extrañó no ver a Seán en toda la mañana, así que le mandó un wasap para encontrarse con él en el sauce llorón, pero recibió una llamada suya.

*—Cariño, lo lamento mucho. De verdad que no hay nada que desee más que verte y cubrirte de besos, pero no puedo dejar esto a medias; perdería horas de trabajo. Te prometo que, en cuanto pueda, te doy un toque y nos vemos.*

—No te preocupes, Seán, lo comprendo, pero eso sí, como tardes más de un segundo en avisarme cuando estés disponible, te pondré un correctivo

—bromeó Astrid.

*—Ah, ¿sí? —dijo él con voz insinuante— ¿Unos azotes en el culo?*

—¡Bah! Tengo todo el día para pensar algo más perverso —respondió ella entre risas.

*—Qué malvada eres. Estoy a punto de dejar todo de lado para que cumplas tus amenazas.*

Las risas de Astrid sonaron cristalinas a través del teléfono.

—Te echo de menos, amor, pero no te molesto más. Cuanto antes acabes, más pronto nos encontraremos.

*—Te amor.*

—Y yo a ti.

Cuando colgó, decidió llamar a sus amigos y pasar el día fuera. Para

ella era un suplicio saber que a unos pocos escalones estaba él y que no podía verlo. Lo comprendía, pero era una tentación. Su cuerpo se estremecía tan solo de pensar en acudir a su lado y besarlo hasta que la cogiera en sus brazos y la llevara a la cama. Desde el apasionante y corto escarceo que tuvieron el primer día antes de acudir al comedor no habían vuelto a hacer el amor, y su cuerpo lo reclamaba a gritos. Sentir sus manos recorrerle la piel, su aliento calentarle el alma y su miembro colmarla de ardor y deseo.

Era duro limitarse a imaginar el momento del encuentro.

Hacía nada que se habían reencontrado después de un tiempo eterno y seguir separados en el mismo lugar casi sin poder tocarse era una tortura.

***

¡Lo sabía!

Desde el momento en que se le había planteado la situación, sus sospechas eran bastante claras. No quiso aventurarse, ni crear falsas expectativas pero, después de seguir el rastro a las transacciones y del dinero sustraído, su intuición no había fallado. Por fin estaba en la recta final. Pronto lo sabría todo.

Pero en esos momentos su mente estaba con Astrid. Necesitaba contarle sus averiguaciones. O quizás fuese la excusa que se había buscado para no esperar más para estar a su lado.

Abrió con lentitud la puerta con el máximo cuidado para no hacer ruido.

Asomó la cabeza y miró hacia un lado y el otro del pasillo. Al fondo, a la derecha, vio la figura de un hombre de espaldas. Él debía ir hacia la izquierda, así que esperó unos segundos para ver si el hombre se movía y salió despacio, cerró la puerta y con sigilo, pero lo más rápido que pudo, recorrió el pasillo hasta la siguiente intersección. Otro hombre caminaba por el pasillo izquierdo hacia el fondo; giró hacia la derecha.

Así, con cautela y atención, fue recorriendo los diversos pasillos que lo separaban de Astrid. Ya había pasado la media noche y esperaba que ella estuviese allí. Cuando llegó a su puerta, ni siquiera se entretuvo en llamar.

Había sido complicado llegar ante ella sin que lo descubrieran y lo único que deseaba era culminar su escaramuza en los brazos de su amada.

La oscuridad era profunda en la habitación. Seán esperó unos segundos para acostumbrarse a ella. Cuando consiguió detectar los bultos, localizó, en medio del dormitorio, lo que debía ser la amplia cama. Tanteando con los pies y con los brazos alargados hacia delante, se acercó con prudencia hasta el lecho, en el que, según se aproximaba, observó un bulto.

Tan solo de pensar que era el cuerpo de Astrid, el suyo reaccionó. El pulso se le aceleró y el deseo que le martirizaba todo el día se multiplicó por mil. Sin pensárselo dos veces, se desnudó con rapidez, apartó la sábana que cubría a la joven y se acostó junto a ella.

Impulsado a tocarla en alguna parte, en cualquier parte, su mano, de inmediato, se deslizó sobre su cuerpo. Con el tacto descubrió un ligero camisón; buscó el borde del escote e introdujo la mano en él hasta posarla sobre su pecho. En poco segundos su pezón se había abultado y su cuerpo se había removido.

—Amor —susurró Seán acercando su rostro al de ella—. Soy yo, Seán.

Astrid se agitó con un movimiento sexual que volvió loco al joven.

—Amor. Estoy aquí.

—¿Seán? ¿No es un sueño? ¿Eres tú? —murmuró la joven con voz ronca.

—Sí, cariño, soy yo. Estoy aquí contigo.

Notó cómo ella se giraba hacia él y sus manos acariciaron su pecho.

Aquel roce lo afectó intensamente; un estremecimiento le recorrió la espalda. ¡Cómo añoraba el suave tacto de sus manos sobre su piel!

—¡Qué bien que hayas venido!

Sintió el aliento de ella cerca de él, frente a su rostro, y de inmediato sus jugosos labios atraparon los suyos y jugaron con su boca. La rodeó con su brazo, la pegó a él y tuvo la impresión de que el corazón iba a estallarle

¡Qué a gusto se sentía por fin! Se rio. Una risa oscura, profundamente

atractiva.

Respondió a su beso sin parar, chupándola, mordiéndola, devorándola, mientras acariciaba, a través del camisón, las redondeadas caderas, las nalgas. Notar su calor a través de la tela le daba vértigo ante la perspectiva de lo que sentiría al tocar su piel sin fronteras.

—Por favor, te necesito ya dentro de mí —rogó la joven con voz jadeante.

De inmediato le subió el borde del camisón hasta la cintura; ella abrió sus muslos y lo guio para que se colocara entre ellos, y él la penetró hasta sentirse envuelto en su sedosa calidez. Astrid emitió un grito gutural; se fusionó contra su cuerpo, lo besó con tal pasión que le hizo notar el placer en todos los poros de su piel.

Sus acometidas arrancaron gemidos de gozo. Notó sus piernas deslizarse alrededor de su cadera, profundizando la penetración. Seán empujó con urgencia, aligeró la fuerza y volvió a acometerla con un ritmo que lo hizo temblar hasta que sintió que alcanzaba el punto culminante para ella. Su momento de clímax siguió al de ella con una explosión de placer similar a una corriente de lava que recorría su cuerpo con una intensidad

fuera de lo normal.

Seán se dejó caer al lado de Astrid y la cobijó entre sus brazos, agotado, a la vez que aspiraba su aroma. Y así, abrazados, sucumbieron a la placidez de sus cuerpos después del fuego, y se quedaron dormidos.

Pero, poco antes del amanecer, los dos se despertaron casi a la vez.

Mientras Seán acunaba a Astrid entre sus brazos, volvieron a hacer el amor con movimientos lánguidos e indolentes, dándose besos interminables. Los cuerpos hablaban de amor, de ternura y compenetración.

—Mmmm… me vuelves loco, cariño. Haces que pierda la cabeza —

susurró el joven cuando consiguió relajarse después del apogeo— Casi se me olvida que tengo que contarte una cosa.

—Dime —murmuró Astrid adormilada.

—He conseguido seguir el rastro de esas transacciones que han provocado las sospechas de tu hermano, y he descubierto que ese dinero ha ido a parar a distintos paraísos fiscales.

La joven se incorporó de golpe y miró a Seán entre las luces y sombras de los primeros rayos de sol del amanecer.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Los datos que he recopilado son claros y los he seguido por medio mundo hasta Trinidad y Tobago, Panamá, Macao y Guam.

—¿Y has podido averiguar quién ha sido? —indagó Astrid.

—No, pero estoy cerrando el círculo, y presiento que pronto sabré desde qué ordenador han sido efectuadas las transacciones.

—¿Y con eso se sabrá quién las ha efectuado?

—Eso espero —reconoció Seán—. Se supone que su poseedor será el responsable.

—¡Eso sería maravilloso!

—Y ahora, cumplido mi cometido —se burló Seán mientras se

incorporaba—, tengo que volver al trabajo.

Astrid rodeó su cuerpo con los brazos y lo empujó hacia atrás para tumbarlo de nuevo en la cama y ella, con rapidez, se puso a horcajadas sobre él.

—Lo siento, estás atrapado. Si quieres irte, tendrás que pagar un peaje

—dijo la joven entre risas.

—Me rindo —admitió a la vez que extendía los brazos a ambos lados

—. Soy todo tuyo.

—¡No seas bobo! —protestó Astrid al tiempo que le daba una palmada en el pecho—. Se supone que deberías resistirte.

Seán la agarró por la cintura, la volteó con un gesto repentino y la tiró sobre la cama para ponerse él sobre ella.

—¿Ah, sí? —se burló el programador.

Las carcajadas de la joven llenaron la habitación, pero él las acalló con un beso arrollador que ella correspondió con ardor.

—Debes irte, amor —reconoció Astrid al ver el sol incidir en la cama

—. Se está haciendo tarde.

—Lo sé, pero me cuesta tanto… Estoy tan a gusto aquí…

A los pocos minutos, Seán, tras una apasionada despedida, se vistió y abrió la puerta del cuarto de Astrid, miró a ambos lados y, al observar que no había nadie, salió con sigilo y avanzó por el pasillo hasta el final para girar a la izquierda.

—Buenos días, señor Gallaguer —lo saludó George, con el que se topó de frente—. ¿De paseo por el palacio o es que se ha perdido?, ¿precisa algo?

El mayordomo, aparentemente, parecía serio, pero Seán detectó un ligero tono burlón. Ese hombre no era tonto, y sabía lo que hacía por esa zona del palacio.

—Muchas gracias por su preocupación, pero no, lo que yo necesito

usted no me lo puede proporcionar —respondió el joven con una sonrisa irónica.

—Es una lástima, señor. Mi cometido es dejar complacidos a todos los integrantes de la mansión.

—Pues, si es por eso, me dejará muy satisfecho si este encuentro no sale de entre nosotros.

—¿Un encuentro dice, señor? Yo no me he encontrado a nadie en este pasillo. A lo mejor ve visiones —lo contradijo con tono socarrón.

Seán continuó su camino con alegres carcajadas. Sabía que podía contar con ese hombre. Y, aunque no fuese así, nada le habría cambiado el semblante feliz gracias a la noche pasada con Astrid.

## Capítulo 21

En silencio y con mucho cuidado, alguien escudriñaba los pasillos del ala donde se encontraban los aposentos del soberano. Parecía que sabía muy bien por dónde moverse y cómo evitar al servicio y a los agentes de seguridad. En varias ocasiones tuvo que esconderse en alguna de las muchas estancias que plagaban esa ala o, incluso, en

alguno de los armarios que servían de almacén para el servicio. Una de sus manos jugaba con una caja de diclofenaco, dándola vueltas sin parar.

Debía concluir lo empezado. El príncipe soberano de Lochlann debía morir. Su vida actual dependía de ello, su futuro dependía de ello. No era que fuese lo que más le apeteciese en el mundo pero, si quería conseguir lo que se había propuesto, no tenía más remedio que repetir el intento, y esta vez conseguirlo.

Sabía que justo en ese momento todo el mundo estaba ocupado; sobre todo en lo tocante a Tina, que estaba reunida con su secretaria personal para planificar los eventos sociales a los que acudiría durante el siguiente mes.

La mujer del príncipe Hans, como era conocido el soberano por sus súbditos utilizando el diminutivo de su segundo nombre, casi no se había separado del lado de su marido, pero si querían ocultar lo que había ocurrido, debía seguir con sus compromisos ahora que él había mejorado y casi estaba recuperado del todo.

Por eso era el momento perfecto para volver a intentarlo. Por fin llegó a la puerta tras la cual estaba el soberano; la abrió con sigilo. Lo vislumbró acostado en la cama. Parecía dormir profundamente. Entró, entornó la puerta para no hacer ruido al cerrarla y caminó sobre la mullida alfombra hasta la mesita de noche, donde vio el vaso de agua que siempre tenía sobre aquella.

Procurando no hacer ruido al abrir la caja del medicamento, extrajo varias cápsulas del blíster para extraer cada dosis del fármaco e introducirlo en el vaso.

—Buenos días, alteza.

Pese al susto que le produjo la voz del mayordomo, no se dio la vuelta hasta que ocultó el medicamento entre sus manos.

—Buenos días, George.

—Disculpe, alteza, pero he de asear al príncipe Hans.

—Por supuesto, por supuesto, ya me iba —argumentó con voz precipitada—. Solo he venido a darle los buenos días, pero lo he encontrado dormido y me ha sabido mal despertarlo. Le dejo a solas con él para que pueda hacer su trabajo —concluyó mientras se dirigía a la puerta.

—Gracias, alteza.

El gesto de su rostro se nubló en cuanto se vio a solas en el pasillo.

—¡Maldita sea! —exclamó con tono colérico.

***

Seán volvía a su cuarto de trabajo después de agenciarse con unos emparedados cuando se encontró con Giselle.

—Casi no se lo ve, Seán. ¿Va avanzando en sus pesquisas? —lo interrogó.

—Sí, claro, en ello estoy.

—Y dígame, ¿qué ha averiguado?

—Pues… no sé si tengo permiso del príncipe Maximiliam para hablar de ello con otra persona que no sea él.

—Me está ofendiendo, Seán —replicó Giselle con voz cortante—. Soy la esposa de Max y, por lo tanto, la princesa soberana consorte en funciones.

—Lo lamento, alteza, no era mi intención. Le diré que estoy en el buen

camino.

—Eso está bien, me alegro. Y dígame, ¿está haciendo un descanso, Seán?

—En realidad no —respondió el programador—. Solo necesitaba algo de comer.

—¿Y si le pidiese hablar con usted unos minutos? —le solicitó Giselle con un tono más suave y agradable.

—Por supuesto, Giselle —aceptó, aunque en su interior gruñó por desviarlo de su trabajo—. Estoy a su servicio.

—Pasemos a esta salita, por favor —lo invitó la cuñada de Astrid señalando una puerta cercana.

Una vez dentro, se sentaron en sendos sillones que estaban enfrentados de forma oblicua delante de la chimenea.

—Usted dirá, Giselle —dijo el programador.

—Verá —comenzó la princesa con voz dulce—, Seán, usted me parece una persona sensata y comprensiva. No me pregunte por qué, pero desde que lo vi me dio esa impresión.

—No se equivoca; procuro serlo —le respondió, aunque algo mosqueado por el cambio efectuado por ella.

—Bien. Pues me gustaría que utilizara esas cualidades para no crearle problemas a Astrid.

Seán arrugó el ceño. ¿Problemas a Astrid? ¿Él?

—No la entiendo… ¿De qué problemas habla?

—Verá, ha llegado a mis oídos rumores de que usted tiene los ojos puestos en ella. Me imagino, porque Astrid es una joven encantadora, que comienza a sentirse atraído por ella.

Permaneció en silencio. No tenía pensamiento de confirmar o negar nada sobre ellos, como le había prometido a Astrid.

—Bueno —continuó Giselle—, su silencio me lo confirma y por eso me atrevo a seguir con una petición. Yo adoro a mi cuñada y no quiero verla sufrir.

—¿Sufrir? —espetó Seán—. ¡Yo jamás la haría sufrir!

—Ya, ya. Conscientemente seguro que no, pero sí de forma inconsciente

—adujo Giselle con voz conciliadora—. Astrid pertenece a este mundo, aunque a ella le cueste reconocerlo. Yo la conozco bien y sé que no podrá vivir mucho tiempo más lejos de su familia y le puedo asegurar que ellos no consentirán nunca que su pareja no pertenezca al mismo círculo; la repudiarán y la desheredarán. Ella está destinada a casarse con un príncipe o, en todo caso, con un gran aristócrata. Por eso me atrevo a pedirle que no intente tener una relación con mi cuñada, más allá de la de jefe y empleada.

—Eso debería decidirlo ella, ¿no? —le respondió con resquemor.

—Seán, obsérvela. ¿No se ha dado cuenta de que su vida está aquí? Ella se mueve como pez en el agua en este mundo mientras que, estoy segura de ello, está perdida en otro lugar que no reúna las mismas

características.

Seguro que en Irlanda usted lo notó. Astrid ha atravesado una edad complicada de rebeldía; normal por otra parte en todos los jóvenes, pero estoy convencida de que el hecho de ver a su padre enfermo va a remover su corazón de hija, y separarse ahora de él le causaría mucho dolor. Por eso me gustaría que no le complicase más la decisión que va a tomar. No intente nada con ella, no la encandile, porque eso solo la hará sufrir. Lo comprende,

¿verdad?

Seán no le contestó. Todavía estaba asimilando las palabras de Giselle cuando esta salió de la salita y lo dejó meditando. ¿Tendría razón? Todo lo que le había dicho era muy factible. Según lo que ella misma le había explicado, su familia casi la fuerza a casarse sin tener en cuenta su opinión.

Eso estaba claro. Pero… ¿ella añoraría esa vida si volvía a Irlanda? ¿Se arrepentiría en un futuro no muy lejano? Él tenía poco que ofrecerle a ella, salvo su amor. No nadaba en la abundancia, no era un tipo elegante, no era alguien especial… No había que ser un lince para darse cuenta de que ellos eran como la noche y el día, de que sus mundos eran opuestos y de que,

más tarde o más temprano, las dudas por la elección precipitada por el deslumbramiento de una vida distinta se convertiría en la oscuridad para ella.

La congoja se enganchó en su corazón ante esos pensamientos oscuros y nefastos. Giselle tenía razón. Él no tenía nada que supliese lo que tenía allí.

¡Ella era una princesa!

¿Se había vuelto loco? ¡¿Cómo iba a preferir compartir la vida con un simple programador?! Seguro que, en su estatus social, había un hombre que le daría todo lo que ella se merecía.

Si continuaban con su relación, en cualquier momento Astrid se arrepentiría de haber dejado a su familia por él, y él jamás se lo perdonaría a sí mismo. Se negaba a ser el que provocase esa pérdida para ella. La decisión estaba tomada, mal que le pesase. Decidió que debía acabar con su trabajo cuanto antes y marcharse de allí, poner tierra de por medio.

Separarse de Astrid. ¡Dios! ¡Cómo dolía! Tan solo de pensar en ello, el cuerpo se le retorcía de dolor. Con los pies arrastrando y con el cuerpo encorvado, se dirigió hasta el cuarto, donde tenía el ordenador, y se sentó derrotado en la silla. Los ojos humedecidos no le permitían ver bien la pantalla; se los restregó con el dorso de la mano e hizo un esfuerzo sobrehumano para concentrarse en sus pesquisas. El final estaba cerca. Para todo.

***

Seán no había acudido a la comida, así que le mandó un wasap para que no dejase de ir a la cena. Estaba loca por verlo, por sentir su mirada sobre ella, pero la contestación fue negativa y ni siquiera aceptó encontrarse en el sauce llorón.

Astrid supuso que estaba en un momento crítico en sus investigaciones y no podía abandonarlas, así que se hizo el firme propósito de seguir con su norma de no molestarlo, como lo había hecho esa misma tarde en que se había dedicado a jugar con su sobrina y a visitar a su padre. Después tendrían todo el tiempo del mundo para gozar el uno de la compañía del otro.

Pero eso tampoco la hizo disfrutar tranquila de la cena con su familia.

Lo añoraba, y en ese momento la mesa del comedor familiar le parecía vacía sin su presencia, así que se limitó a observarlos y a no participar de las pullas que volaban sobre la mesa de un lado a otro. Notó que su primo Nick estaba tenso como un cable de acero mientras respondía a las críticas de la abuela Amelie, apoyadas en parte por Max. Estaban siendo casi crueles al acusarlo de ser un manirroto y fracasar en todas sus empresas.

El ambiente estaba extremadamente tenso. Su padre estaba a punto de recibir el alta, y Max estaba empeñado en tenerlo todo solucionado antes de que eso ocurriera para evitarle disgustos lo que se traducía en que tenía los nervios a flor de piel.

Su cuñada, en cambio, miraba a uno y al otro en silencio, algo inusual en ella, ya que le gustaba meterse siempre en todas las discusiones. Le llamó la atención que, en un momento dado, una leve sonrisa asomó en los labios de Giselle que a Astrid le pareció malvada, pero enseguida la ocultó.

En cuanto a su madre, su rostro parecía cansado de soportar esas disputas en todas las comidas. Reunir a la familia alrededor de la mesa

era algo que había impuesto ella porque le gustaba tener, aunque fuese un rato, una conversación tranquila con todos ellos, pero ahora se habían convertido en una batalla campal. Más parecía un cuadrilátero que una mesa para compartir los momentos vividos de cada uno a lo largo del día.

—Abuela, el día que te muerdas la lengua, te envenenas —dijo Nick con sorna.

Amelie boqueó con espasmos, estupefacta.

—Aquí, el único que envenena eras tú —refunfuñó Amelie—. ¿Te recuerdo que tu tío, mi hijo, el príncipe soberano de Lochlann, está postrado en la cama por un medicamento administrado para provocarle la muerte?

—Tú sigue acusándome. Tendrás que tragarte todas tus palabras, así que ve arreglándote la dentadura porque va a ser duro para tu orgullo.

—Por favor, Nick, así no se le habla a tu abuela —medió Tina.

—Tía, estoy harto de ser acusado sin pruebas —le respondió con una sonrisa sarcástica—. Al principio me hacía gracia que mi abuela pensase eso de mí, pero ahora estoy llegando a la conclusión de que no termino de caerle bien, ¿tú qué opinas?

—Si quieres, puedo contestarte yo directamente: no necesito intermediarios —replicó Amelie—. Desde niño has sido un irresponsable y has dilapidado toda la herencia que te dejaron tus padres, además de que jamás has sabido seguir las normas establecidas para nuestro linaje. ¿De verdad piensas que puedo estar contenta contigo?

—Querida abuela, hay un mundo entre ser un poco derrochador y ser un asesino. No sé ya cómo decírtelo.

Su primo tenía razón. La forma intransigente de ser de su abuela siempre había sido difícil de llevar también para ella. Era una mujer agotadora que absorbía las energías de todos. No se callaba ni una si no se hacían las cosas a su manera. Incluso a su padre intentaba gobernarlo, pero él tenía mucho carácter y era el único que sabía controlarla. No obstante, sin su presencia se encontraba en su salsa.

Cuando por fin acabó la comida, se sentía agotada de soportar el ambiente, y lo único que deseaba era estar con alguien que la animase, pero también quería tener una conversación en serio con su

primo, así que procuró coincidir con él a la salida del comedor y le pidió que lo acompañara a dar una vuelta por el jardín.

—Nick, por favor, deja de pelear con la abuela —le pidió con voz pesarosa.

—Es que me divierte, primita.

Astrid lo miró apreciativamente.

—A mí no me engañas. Nos conocemos demasiado bien, y sé que te afectan sus acusaciones.

Nick le devolvió la mirada, y su eterna sonrisa burlona tuvo un amago de tristeza.

—Pero eso es un secreto entre tú y yo —reconoció bajando el tono de la voz hasta casi ser imperceptible—. Jamás le daré esa satisfacción a esa mujer metomentodo y llena de prejuicios.

—Entonces, te lo pido por el bien del resto de la familia: no le sigas el juego. De verdad que las comidas se están haciendo insoportables entre tanta lucha dialéctica.

—Está bien. Lo haré por ti y por tu madre, pero estoy deseando que tu *amigo* halle al culpable. Y… hablando de tu *amigo*… ¿por qué estás aquí y no entre sus brazos?

La joven lo miró con picardía y con una sonrisa que lo decía todo.

—¡Eso digo yo también! —Se alzó de puntillas y le dio un beso en la mejilla a su primo—. Secreto por secreto, ¿vale?

—Mmm… Tu secreto vale más que el mío. Me pensaré si pedirte algo más a cambio… —se burló Nick.

Astrid le dio un empujón con la cadera, y el joven fingió que estuvo a punto de caerse. Siempre se habían llevado muy bien. Con su hermano, teniendo en cuenta que era el heredero al trono, había mantenido mucho menos contacto que con su primo, por lo que sus recuerdos de niñez y de juventud iban casi todos ligados a él. No entraba en su cabeza que Nick hubiese sido el culpable del desfalco y menos que fuese el culpable del infarto de su padre. Imposible.

Astrid esperó impaciente a que Seán fuese a su habitación, pero al final se quedó dormida sin que él acudiese a su lado.

## Capítulo 22

A la mañana siguiente, Astrid miraba cada dos segundos a la puerta del comedor esperando a que apareciera Seán, pero eso no ocurrió. En el wasap él se disculpó alegando que no podía dejar el trabajo, pero ella empezó a notar algo extraño. Sus mensajes eran cortos y en ningún momento la nombraba con alguna palabra cariñosa. Pensó en presentarse en su habitación, pero en ese momento sonó su móvil. Era Lukas, que la invitaba a acompañar a Anna a recorrer algunos de los parajes más emblemáticos de Lochlann para seguir con su reportaje fotográfico. Por supuesto, aceptó.

Necesitaba distraerse para no sentir esa añoranza perpetua por estar con Seán. En realidad, comprendía su ausencia, además de que de ello dependía el bienestar de su familia.

Mientras Anna se dedicaba a hacer fotos desde el Nido del Halcón, Lukas y Astrid estaban sentados en una de las rocas del lugar.

—Lukas, yo no quiero que te parezca que te induzco a algo que no desees hacer, pero creo que ya ha llegado la hora de contarles la verdad a tus padres. Sabes que ellos no van a cejar hasta que no te vean casado con alguna mujer que crean conveniente para ti.

—Ellos todavía confían en que nosotros recapacitemos y volvamos a comprometernos —dijo el joven embargado por la pesadumbre.

—¿Lo ves?

—Sí, pero yo… —Miró a su amiga con un gesto dudoso—. Astrid, creo que me he enamorado.

La joven abrió los ojos sorprendida.

—Pero… ¡¿qué me estás contando?! ¿Por qué no me has dicho nada

hasta ahora? ¿Quién es él?

—Para, para —se rio Lukas a la vez que elevaba las palmas de la mano hacia arriba en un claro gesto de frenar a su amiga—. Hace poco que lo conozco y… bueno, creo que entre los dos ha surgido algo. Lo he llamado *amor*, pero por ahora es enamoramiento. Todavía es pronto para saber si cuajará o no. —Agarró las manos de Astrid con fuerza—. Esto me está dando más fuerzas para enfrentarme a mis padres, pero tiempo al tiempo.

Sabes que soy una persona tranquila y que hago las cosas paso a paso, sin aturullarme. Me lo pienso todo mucho. Primero he de tener claros los sentimientos de los dos y luego lucharé otra batalla.

—Me alegro mucho, Lukas, era lo que necesitabas para plantarle cara a tus padres —reconoció la joven a la vez que le echaba los brazos al cuello y lo abrazaba con cariño.

—¿Y tú? ¿Qué tal te va con tu irlandés?

—¡Ay, Lukas! ¡Estoy tan enamorada! A veces creo que es un sueño del que me despertaré ¡y me entra una congoja! Él es todo lo que yo necesito en mi pareja. No echo nada en falta que pudiese mejorarlo. Si me hubiesen preguntado cómo sería el hombre del que me enamoraría, lo habría descrito a él.

—¿Con sus barbas y su pelo rojo?

—No entraban en el esquema, pero es un toque exótico que me encanta

—admitió la joven con una sonrisa pícara.

—¿Y su forma de vestir?

—¿Desde cuándo eres un snob?

—¿Desde cuándo has dejado de serlo tú?

Las carcajadas de los dos retumbaron con fuerza a causa del eco.

En el balcón paisajístico que estaba en la ladera de la montaña que había frente al Nido del Halcón, dos personas se quedaron suspendidas al oír unas fuertes risas llevadas por el eco hasta ese lugar. Miraron a su alrededor, pero no descubrieron a nadie. Solo una de ellas observó unos reflejos desde el

alto paraje natural, que era visitado por innumerables turistas.

—Todo está saliendo mal, amor —se quejó una de las personas con voz desesperada—. No conseguí hacer lo que me pediste.

—¿No le diste el medicamento? —preguntó la otra, frunciendo el ceño.

—Lo intenté, pero me descubrieron en la habitación de Hans y tuve que abortarlo. Y, para colmo, según he averiguado, el dichoso

programador está siguiendo las pistas del desfalco y cree que no tardará mucho en averiguarlo todo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Me dijiste que habías cubierto muy bien las pruebas, ¿no fue así?

—¡Claro que sí! —exclamó mientras se paseaba con paso largo—.

¡Pagué una buena cantidad para que así fuera! No esperaba que alguien más metiese las manos en esto. En las otras ocasiones en las que lo hice, nadie descubrió nada. ¡La culpa de todo la tiene esa niñata de Astrid! ¡No debería haber vuelto nunca!

—¿Y ahora qué hacemos?

—Tenemos abiertos dos frentes, así que habrá que ponerles remedio.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡Yo no voy a intentarlo de nuevo con Hans! —protestó—. Desde que descubrieron lo del diclofenaco está muy vigilado. Ayer tuve una suerte tremenda al poder ocultar el medicamento antes de que el omnipresente George lo descubriera en mi mano, pero fue la excepción. ¿Tú sabes lo que me puede ocurrir si me encuentran otra vez allí y fallece? Seguro que lo relacionan.

—Está bien. Eras tú quien quería que Hans desapareciera; a mí me daba igual. Lo que en realidad me preocupa es que averigüen que he sido yo quien se ha apropiado del dinero de los presupuestos de Lochlann.

—¿Cómo piensas que lo podemos impedir?

—Necesito volver a entrar en el ordenador de Hans.

—Ahora lo utiliza Max. Se pasa el día metido en el despacho de su

padre. Es la persona más trabajadora que he conocido en mi vida.

—¡Pues hay que distraerlo! —exigió—. ¡Necesito acceso a él con urgencia! Eso, o iremos a la cárcel tú y yo. Elige.

—¡No! ¡¿A la cárcel?!

—¿Qué piensas? ¡Lo que hemos hecho es un delito! Si no conseguimos evitarlo enseguida, allí acabaremos. Eso, o nos toca desaparecer. Irnos a otro país.

—¿Fugarnos? ¿Perder todo lo que tengo aquí? ¡Me niego! ¡Me ha costado mucho ganarlo! Está bien, veré cómo lo consigo, pero lo haré. En cuanto puedas acudir al palacio, te llamo.

Un beso apasionado selló la estrategia a seguir. Pese a la maldad de ambas personas, la pasión también los unía.

***

Ahora sí que Astrid comenzó a tener dudas. Seán se había negado a asistir a la comida y a la cena, también a verla en el jardín trasero. Inclusive le había rechazado al ofrecerse para llevarle una bandeja de comida o, simplemente, ir a visitarlo.

Su tono seco y exento de caricias en sus palabras como él solía hablarle.

Algo estaba pasando allí. No entendía nada. Miles de dudas se agolparon en su cabeza. Tan solo unas horas antes habría admitido ante cualquiera que por fin había llegado al final del camino de la búsqueda de la felicidad y ahora sentía que se resquebrajaba como si una mano invisible hubiese lanzado una piedra y hubiese dado en el corazón del espejo.

Necesitaba oír su risa, que llenaba cada rincón de su alma de felicidad, ver su tierna sonrisa que siempre le provocaba un estremecimiento por todo su cuerpo, añoraba su olor en la almohada que poco a poco se disipaba, sentir sus besos húmedos recorrerle desde el hombro hasta el cuello para anidar en su hueco.

En el mismo momento en el que Astrid tenía sus sentimientos a flor de piel, su amiga Anna llegaba a su vivienda. Se puso cómoda con unos

pequeños pantalones de punto y una camiseta de tirantes finos y se dirigió hasta la cocina. Necesitaba con urgencia una cerveza bien fresquita.

Mientras tomaba el primer trago, sacó una bolsa de patatas chips y la volcó en un cuenco. Con ambas cosas se dirigió hacia la habitación donde tenía su mesa de escritorio con su ordenador; sobre esta dejó la cerveza y el cuenco, y lo encendió.

Volvió hacia el salón donde había dejado su cámara y extrajo la tarjeta de memoria de ella. Volvió al cuarto y se sentó en su silla con las piernas flexionadas y con los pies sobre el asiento. Era su forma

favorita de sentarse. Introdujo la tarjeta en su lector y esperó a que se terminara de iniciar mientras bebía otro sorbo y comía algunas patatas.

Le encantaba visionar las fotos que realizaba cada día. Gozaba al escudriñar los detalles para eliminar imperfecciones y comenzar a editarlas.

Imagen a imagen, pasaba por el filtro de su vista acostumbrada a ver cualquier pequeño defecto y a emplear los filtros ideales para sacarles el mejor partido.

Con mano segura movió el ratón para clicar sobre el icono de la tarjeta y descargar su contenido en el disco duro del ordenador. Luego abrió la carpeta donde estaban ahora y comenzó con su trabajo.

No era la primera vez que fotografiaba el valle desde el Nido del Halcón, pero ese día los rayos del sol habían incidido sobre las montañas que lo rodeaban y se sintió muy orgullosa de la primera imagen. Durante un rato se dedicó a sacarle el mayor partido con el programa que usaba para editarlas hasta que quedó satisfecha, la cerró y abrió la siguiente. En esa había centrado la lente en una de las laderas. Localizó un coche en la carretera que subía por esta. Se entretuvo en eliminarlo y en darle los últimos retoques y fue a por la siguiente.

Se quedó mirándola con fijeza. ¡Era preciosa! En esa ocasión era la ladera contraria y, aunque solía ser la menos vistosa, en esa imagen había logrado captarla de tal manera que le pareció que era la ocasión en la que la había sacado más bella. Solo que… parecía que había algo… justo donde estaba el balcón paisajístico…

Acercó la imagen poco a poco hasta que consiguió ver dos coches y dos figuras abrazadas dándose un beso. Estaba a punto de clicar sobre el icono que le iba a solucionar el problema cuando creyó reconocer uno de los coches. Volvió su mirada sobre la pareja y acercó más la imagen.

¡No podía ser!

¡Los conocía a los dos! Pero… ¿esos dos eran amantes?

¡Menudo notición!

Se levantó de su silla y fue a buscar su móvil que estaba dentro del bolso en el salón, lo extrajo y buscó en la agenda de contactos. Pulsó

el botón de llamada.

— *Hola, Anna* —respondió Astrid con un tono apesadumbrado.

—¡Ey! ¿Y esa voz tan lastimosa? ¿te ocurre algo?

— *Pues… la verdad es que me vienes muy bien porque necesito hablar con alguien* —reconoció la joven princesa.

—Dime. Aquí estoy para lo que necesites.

— *Lo sé, Anna. El problema es que no sé si son visiones mías o en realidad ocurre algo. Llevo dos días sin ver a Seán.*

—¿En serio? —se rio Anna—. Sé que el palacio es grande y que, si no quieres, puedes estar sin encontrarte con alguien días y días, pero… ¿a ver si se ha perdido y está famélico en algún rincón olvidado?

— *No te burles. Es en serio. Presiento que lleva dos días evitándome.*

—Eso no puede ser, Astrid. Tienes que tener en cuenta que tiene una carga muy grande sobre sus hombros que debe resolver a la mayor brevedad posible.

— *Eso lo sé, pero no se trata solo de que no lo haya visto en este tiempo; es su forma de dirigirse a mí a través del teléfono. Me recuerda a los primeros tiempos en Dagda; no es el Seán que conozco en la intimidad.*

*Algo ha pasado; lo presiento.*

—¿Y por qué no lo hablas con él?

— *Porque me ha pedido que no vaya a verlo.*

—Astrid, cielo, entonces ten paciencia. En cuanto termine su trabajo, verás cómo todo vuelve a la normalidad.

— *No sé… confiaré en que así sea…* —reconoció dudosa—. *Pero dime,*

*¿me has llamado por algo?*

—Pues…

—*¿Qué pasa? Ahora no me puedes dejar con la intriga.*

—Es que, viendo el bajón que tienes, no creo que te venga bien la noticia que iba a darte.

*—¡Anna! ¡Dilo ya!*

—¡Está bien! Prepárate, porque te va a dejar pasmada. —Hizo una pequeña pausa y continuó—: Tu cuñada y el primer ministro se entienden.

*—¿Cómo?* —inquirió tras una breve pausa—. *No te entiendo. ¿Que se entienden? No sé, sí, puede ser. Se llevan bien… creo.*

—No, no, la que no me entiendes ahora eres tú a mí. ¡Que tienen un lío!

¡Son amantes!

*—¡Pero ¿qué dices?! ¡No puede ser!*

—Te lo aseguro. Estaba visualizando las fotos que he hecho hoy en el Nido del Halcón y han salido en una dándose un apasionado beso. Te juro que son ellos, Astrid.

*—¿Dónde?*

—En el balcón panorámico de la ladera norte. Iba a borrarlos de la foto cuando me ha llamado la atención el coche de ella en primer lugar porque lo he reconocido y, cuando he acercado la imagen para ver mejor a las dos personas, allí estaban ellos de perfil. Sus rostros son completamente identificables. Enseguida te la mando por wasap.

*—¡Madre mía, Anna! ¿Y ahora qué hago? ¿Se lo cuento a mi hermano*

*o no? ¡Me parece tan imposible!*

—Ya lo verás cuando veas la foto. Pero, chica, no sé, pero si fuese yo, me gustaría que me lo dijesen. Prefiero el disgusto a ser engañada.

*— En eso tienes razón. Yo también preferiría saber la verdad.*

En cuanto se despidió de su amiga, buscó la imagen que ya había recibido.

Sus ojos se agrandaron al verla. No había duda. ¡Eran Giselle y el señor Steiner! ¡Lo que le faltaba a su hermano! No tenía suficientes problemas para ahora esto. Pensó en su tierna sobrina, tan chiquitita y se sintió muy enfurecida con su cuñada.

Decidió meditarlo en la cama. Entre lo de su cuñada y lo de Seán tenía mucho que pensar. Tanto, que ya casi rayaba el sol sobre el horizonte

cuando consiguió dormirse después de dar vueltas y más vueltas en la cama, levantarse en diversas ocasiones decidida para ir a la habitación de Seán pero, en cuanto cogía la manivela de la puerta, volvía a soltarla para tirarse de nuevo sobre el lecho.

Lloró. No tenía claro si era por su hermano o por ella misma, pero las lágrimas habían fluido como si no tuviesen contención en el momento en el que se descuidaba.

Pero ni aun así logro decidir cómo actuar al día siguiente. ¿Le diría a su hermano la infidelidad de su mujer? ¿Le pasaba algo a Seán o era todo fruto de su imaginación? ¿Lo hablaría con él?

## Capítulo 23

El día amaneció brumoso y gris, como si tuviese empatía con los pensamientos de Astrid. Una fina lluvia lo empapaba todo con lentitud, pero constantemente. La joven, antes de salir de su cuarto, la contempló a través de los cristales de la ventana con la intención de que la ayudase a tener la mente fresca y limpia para que las palabras le saliesen claras y acertadas. El verde mojado del valle, limpio y esplendoroso, no tenía cabida en los ojos de la joven. Era una maravilla de lugar; las vistas eran espectaculares, pero pasaron desapercibidas para ella.

Era muy difícil para ella tener que ser la portadora de esa noticia para su hermano, pero la determinación estaba tomada. Debía decírselo. Ese sería su primer deber. Su cuñada no iba a burlarse de Max. El cabreo hacia Giselle había ido subiendo a lo largo de la noche y, si se la cruzaba por el camino, no sabía si podría contenerse antes de decirle a la cara lo que sentía por ella.

Después vería lo que hacía en cuanto a Seán, pero en ese momento no podía pensar en él porque el corazón se le pinzaba y se le estrujaba hasta sentir el más inmenso de los dolores.

Pese a las palabras de su amiga Anna, ella seguía en sus trece. Estaba convencida de que algo ocurría entre Seán y ella, aunque no tenía ni idea de qué podía ser. La última vez que habían estado juntos había sido el día que él la había visitado en su habitación y habían tenido una noche completa para saborear su amor. Fueron unas horas maravillosas que rememoraba una y otra vez con añoranza. No había sido un espejismo. Esa noche había existido y no podía entender el cambio de Seán a partir del día siguiente.

¿Mucho trabajo? Seán no dejaría de hacerla sentir amada y especial,

aunque fuese un solo instante. Giró sobre sí misma y, decidida, salió de su cuarto.

Seán acababa de volver a comprobarlo todo una última vez más. La noche había sido larga, pero fructífera. El principal motivo de que hiciese un montón de veces la comprobación de sus hallazgos era porque el resultado había sido asombroso para él. No tenía sentido; por eso había decidido hablar con el príncipe soberano regente. En algún momento de la noche, incluso tuvo miedo de que la obsesión que tenía su mente por implantar la imagen de Astrid fuese la culpable del sorprendente desenlace.

Tenía todos los datos esquematizados en unos folios de una forma clara y concisa para que Max lo entendiese sin dificultad, aunque, por lo poco que había hablado con él, le había parecido que no era un neófito en esos asuntos. Supuso que la preparación de un príncipe heredero debía ser exhaustiva.

Guardó todas las notas que necesitaba en una carpeta y con paso decidido, salió del cuarto. Recorrió los pasillos que lo dirigían hacia la escalera de manera mecánica y cabizbaja, ya que se los conocía de memoria. Al girar al final del último pasillo, se dio de bruces con Astrid.

—¡Seán!

—¡Astrid!

Exclamaron al unísono.

Sus ojos se engancharon y se miraron de hito en hito durante largo tiempo.

Seán observó bajo los ojos de la joven unas ligeras ojeras. Estuvo a punto de alargar los brazos, rodearla con ellos y apretarla a su cuerpo. ¡La amaba tanto! Prescindir de su tacto le estaba costando horrores; apretó los puños para contenerse. ¡Qué duro iba a ser separarse de ella! Un nudo se le retorció en la boca del estómago. Notó que le faltaba la voz. Carraspeó.

—Estoy buscando a tu hermano.

—Yo también —balbuceó Astrid.

El joven captó que estaba nerviosa y, envenenado por las palabras de Giselle y por su propia mente, supuso que ya le estaban entrando las

dudas.

Dos días atrás no se habría quedado parada frente a él sin un gesto de cariño o, incluso, un beso apasionado de esos que lo volvían loco a él.

—¿Sabes dónde está?

—A estas horas, desayunando. Max es como un reloj.

Los dos comenzaron a andar hacia el comedor, uno al lado del otro, sin mirarse, sin hablarse. Seán le cedió el paso para entrar en la sala y, cuando entró, él vio que, en efecto, allí estaba el hermano de Astrid con su mujer.

—Maximiliam —le dijo en cuanto se colocó a su lado—, siento interrumpirlo, pero he de hablar con usted de inmediato.

—Yo también, Max —reconoció su hermana, agitada.

Ver a su cuñada sentada a la vera de su marido, tan tranquila, casi la hace hervir la sangre.

—Pues hablad —replicó el príncipe soberano regente—. Estamos en confianza.

—Sí —dijo Giselle—, por favor. Estamos en familia.

—¿Tú estás segura de eso? —exhortó Astrid, sin poder contenerse.

Los tres la miraron extrañados. Jamás habían oído hablar a la joven con tanta dureza en su tono de voz.

—Astrid, ¿qué forma de hablarle a mi esposa es esa? ¿Ya se te han olvidado los buenos modales?

—Mejor será que le preguntes a ella. Lo que yo acabo de hacer no es nada en comparación con su afrenta.

—No sé a qué te refieres —refutó su cuñada, aunque con menos fuerza de la que debía. Su ceño se había fruncido.

Sin decir una sola palabra más, sacó su móvil del bolsillo de los pantalones que llevaba, buscó la fotografía y se la enseñó a su hermano, que la contempló sin dar crédito a sus ojos durante un buen rato. La amplió, la alejó, miró a su mujer, luego otra vez a la foto y al final, se la pasó a ella.

Giselle miró la pantalla del móvil. Primero abrió los ojos como platos, pero luego, Seán notó como si sintiese alivio.

—¿Qué tienes que decirme a esto, Giselle? —inquirió Max con tono seco, pero con una calma que solo podría tener alguien acostumbrado a esconder sus emociones.

Su mujer levantó los ojos y pudieron ver su mirada de odio.

—Sí, es cierto —confirmó mientras se levantaba con brusquedad, tirando la silla al suelo—. Walter y yo nos amamos. ¿Algún problema?

—Pues sí, podrías haberlo dicho antes y ahorrarnos el bochorno —

apuntó Astrid.

—¡Mírala! ¡La santita! Qué fácil es decirlo cuando haces lo que te viene en gana. ¡Pues no! Yo también sé tu secreto con respecto a tu supuesto jefe.

¿O me vas a negar que folláis como conejos cuando os viene en gana? —

acusó Giselle a la joven subiendo el tono—. ¡Yo estaba dispuesta a sacrificar mi amor por Walter por mi país! ¡Que lo sepas, niñata! Los dos estábamos siendo discretos para evitar el escándalo. ¡Somos unos patriotas!

Lochlann necesita un cambio en su regencia; unos soberanos jóvenes, actuales, y yo estaba dispuesta a todo por dárselo. Yo iba a ser una princesa soberana inmejorable, pero ahora lo has fastidiado todo.

Seán observaba cómo cada vez la cuñada de Astrid estaba más histérica.

Gritaba descontrolada. Maximiliam, estupefacto, se agarraba a los brazos del asiento con tal fuerza que sus nudillos estaban blanquecinos y Astrid se había llevado las manos a la boca alucinada por las palabras de Giselle. Se percató de que la joven temblaba y no pudo soportarlo más; se acercó a ella y la cubrió con sus brazos a la vez que la besaba en la coronilla.

—Tranquila, cariño —le susurró.

—¡¿Lo ves?! —atacó Giselle, esta vez mirando a su marido que seguía petrificado en su asiento—. ¡Tu querida hermanita está amancebada

con un mindundi!

—¡Que vale mil veces más que tú! —defendió Astrid a Seán.

Giselle, colorada por la rabia, dio un grito de impotencia y salió del comedor con paso rápido y sin mirar atrás, siendo seguida por los ojos de los tres que la contemplaban sin dar crédito a lo ocurrido. Durante largos segundos los tres permanecieron en silencio tal y como los había dejado la mujer de Max. Seán no quería dejar de abrazar a Astrid y ella necesitaba su arropo.

—Maximiliam —interrumpió Seán los pensamientos del príncipe—, lo lamento, pero ahora con mayor motivo he de hablar con usted.

Max arrancó su mirada de la puerta por donde había abandonado la estancia su mujer y miró al programador. Seán vio dolor en el fondo de sus ojos, aunque también un control fuera de lo normal.

—Dígame, Seán.

—Si me lo permite, necesito enseñarle unos documentos para poder explicárselo mejor. ¿Sería tan amable de acercarse? —apuntó el joven mientras soltaba a Astrid con reticencia después de mirarla para asegurarse de que estaba bien. Luego apartó algunos de los platos y vasos que había sobre la mesa para dejar hueco a sus papeles.

El príncipe regente, sin mediar palabra, se levantó de su silla y se acercó a donde él le había indicado. Notó cómo Astrid se pegaba a él, como si necesitase su contacto y eso la llenó de calidez y le dio fuerzas para centrarse en lo que debía explicarles. En cuanto terminó de esparcir las horas sobre la mesa, rodeó la cintura de la joven y miró a Max.

Comenzó a explicarles con máximo detalle todos los pasos que había seguido para descubrir de qué forma se había efectuado el desfalco y en qué lugares se encontraba el dinero de las transacciones.

—He localizado el nombre del testaferro utilizado en todas, pero antes me gustaría hacerle una pregunta, Maximiliam.

—Adelante.

—¿Quién tiene acceso al ordenador de su padre, aparte de usted y él mismo?

El príncipe lo miró primero asombrado, pero luego sus ojos se llenaron

de comprensión.

—El primer ministro, Walter Steiner.

—Me lo figuraba. El entramado del desvío de dinero se ha hecho desde ese ordenador, Maximiliam —reconoció Seán y señaló uno de los folios mientras continuaba—: Aquí tiene los días y horas en las que se realizaron las salidas de los fondos que se han defraudado. ¿Le puede echar un vistazo a ver si le sugiere algo?

El príncipe, con el rostro pétreo, se inclinó sobre la mesa y se dedicó a repasar con detenimiento los datos que estaban en la hoja. Mientras tanto, Seán miró a Astrid y la vio con los ojos fijos en él con un gesto de inmensa tristeza.

—¿Desde el ordenador de mi padre? ¿Estás seguro? —murmuró la joven.

—Completamente, amor. Lo siento mucho, pero estoy seguro. He repasado todo decenas de veces, y no tengo la más mínima duda.

Astrid asintió con la cabeza como si tuviese fe ciega en él. En esos momentos se sintió manipulado por Giselle, y la opción de desaparecer de la vida de Astrid ya no le parecía la más correcta. Debía hablar con ella lo más urgente posible, aclarar las cosas entre ellos.

—Bien —habló en esos momentos el príncipe—. Puedo confirmar que muchas de esas fechas y horas coinciden con eventos de mi padre y míos fuera de palacio. En otras debo consultar la agenda porque no lo recuerdo.

Está claro que el primer ministro utilizó el ordenador en esas ocasiones. Por favor, Astrid, localiza a George para que busque al jefe de seguridad del palacio y que avise al Director General de la policía para que acuda de inmediato aquí. Debemos buscar a Walter Steiner y a Giselle. No sé si te has dado cuenta —añadió a la vez que tomaba una de las manos de su hermana entre las suyas con ternura—, pero las palabras de esa mujer —

dijo con desprecio— han dejado entrever que ella ha sido la culpable del infarto de nuestro padre. Lo lamento, pero no he caído en la cuenta hasta

ahora. El desconcierto ha ralentizado mis pensamientos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué horror! ¿Ella intentó matar a papá? —exclamó Astrid.

—Eso me temo —confirmó Max.

Seán apretó más su cintura atrayéndola hacia él para intentar reconfortarla.

—Max, no tienes por qué disculparte. Tú no has hecho nada. —Respiró con un amplio suspiro buscando calmarse—. Voy a buscar a George.

—No, ya voy yo. Enseguida vuelvo. Tú siéntate y reponte; creo que vamos a tener un día duro. Seán, dígame el nombre del testaferro, por favor.

Séan le indicó el nombre que firmaba las cuentas abiertas en los paraísos fiscales. Los ojos de Maximiliam se abrieron por la sorpresa.

—¡Es el secretario de Walter! Bien, informaré de ello también.

Y se marchó del comedor de inmediato con paso firme seguido por la mirada agradecida de su hermana.

—Siento todo esto, cariño —dijo Seán en cuanto lo vio abandonar la estancia.

La joven, agotada, se apoyó en él y posó la cabeza en su pecho.

—Dios mío, Seán, ¡qué desastre! Teníamos a una asesina en casa.

Él la acercó a una silla y la ayudó a sentarse. Luego juntó otra a la de ella y se acomodó a la vez que le echaba un brazo sobre sus hombros y la reclinaba sobre él.

—¿Qué ha pasado, Seán? ¿Por qué te has distanciado de mí? ¿He hecho algo mal?

—¡No! Cariño, ni por asomo pienses algo así. Todo es culpa mía.

—Entonces, algo te ocurría, ¿verdad? —preguntó la joven separándose de él para mirarle a los ojos.

—Que soy un idiota, Astrid. Un completo idiota. Me dejé influenciar

por tu abuela y por Giselle. Ambas me abordaron para hacerme saber que tú no serías feliz conmigo porque tu familia jamás me admitiría y

tú te arrepentirías de haber tomado esa decisión tarde o temprano. Y decidí que no quería ser el culpable de que sufrieses por no estar junto a tu familia.

—Y no lo eres, cariño —aseveró la joven con mucha ternura en su voz.

Por fin entendía el cambio producido en él—. Tú sabes mi historia y elegí libremente alejarme de mi país, pero tengo que reconocer una cosa: de camino hacia aquí cuando Lukas me avisó de la enfermedad de mi padre, experimenté la sensación que se tiene al volver de vacaciones a tu hogar, a tus raíces. Ese sitio que, cuando estás lejos, prefieres no hablar de él porque los nervios no te dejan respirar y la piel se eriza de tan solo nombrarlo.

—¿Lo ves? Ellas tenían razón —la interrumpió Seán, angustiado.

—No me has dejado terminar —le reprochó Astrid con una dulce sonrisa—. Peeero —alargó la palabra enfatizándola— también he de confesarte que, desde que estoy en esta mansión, tengo la sensación de que no pertenezco aquí. De niña, a veces me pasaba lo mismo: pensaba que estaba en el lugar equivocado o que, incluso, era otra persona la que vivía aquí. No era yo. No era libre para ser quien quería ser. En cambio, cada día que he pasado aquí sin ti he añorado la Isla Esmeralda como si fuese mi verdadero hogar, hasta que llegaste tú. En cuanto te vi, me di cuenta, amor, de que mi hogar se halla donde estás tú.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo has pensado bien?

—Seán, ¿quieres hacer el favor de dejar de hablar y besarme? Ahora mismo es lo único que…

Ya no pudo continuar. Séan la había elevado entre sus brazos y posado sobre su regazo para poder besarla con profundidad. Astrid, después del susto ante su repentino gesto, rodeó su cuello con los brazos y hundió sus dedos entre el cabello del joven.

¡Por fin! Aunque la dicha duró poco. En breves segundos Maximiliam entró en el comedor. El príncipe se quedó petrificado cuando vio la escena.

Astrid se levantó de inmediato del blando asiento en el que estaba y se alejó

de Seán deshaciendo el abrazo.

—Ya he hablado con ellos. La policía está buscándolos y la seguridad de palacio está atenta por si regresa Giselle o aparece el señor Steiner —les informó en cuanto se recuperó de la sorpresa.

## Capítulo 24

Nada más salir del comedor, Giselle recogió su bolso, salió del palacio y, mientras se dirigía a coger su coche, llamó al primer ministro desde el móvil.

—¡Walter! —gritó en cuanto oyó su saludo— ¡Voy a recogerte! ¡Nos han descubierto! ¡Debemos huir de Lochlann ya!

—¿Cómo? ¿Qué dices? Se corta la voz y no te entiendo.

—¡Tenemos que irnos del país! —insistió Giselle—. ¡Max sabe lo nuestro!

—¡Joder! ¡¿Es en serio?!

—¡¡¡Sí!!! ¡Estoy yendo a por ti! Estaré en tu casa enseguida, así que prepara tu equipaje o lo que quieras llevarte. Yo he tenido que salir sin nada de palacio.

—Bueno, ven, ya veremos lo que hacemos.

—Walter, no hay más remedio que marcharnos. Astrid tiene una foto de nosotros besándonos, y el dichoso programador también rondaba a Max para contarle algo con urgencia. Estoy segura de que te ha descubierto.

¡Debemos irnos!

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Ya te he comprendido!

Giselle colgó el teléfono; nerviosa, se subió al coche y lo arrancó después de varios intentos. El recorrido hasta la casa del primer ministro se le hizo interminable, pese a que no estaba excesivamente lejos. Parecía que la carretera alargaba su longitud a medida que se acercaba al horizonte.

Su cabeza estaba abotargada de tantos pensamientos que le atravesaban

la mente. ¡Su hija! ¡Qué egoísta había sido! Ni siquiera había pensado en ella. Se había ido sin más. ¿Qué tipo de madre era? Era mejor así. Su padre sabría ocuparse de Sophie mejor que ella.

Lo había perdido todo. Absolutamente todo. Y la verdad era que no estaba segura de que el amor de Walter fuese lo suficiente para ella. No, no debía engañarse. No tenía ninguna duda. Esa no era la vida que había imaginado para ella. Había sido capaz de darle ese dichoso medicamento a su suegro con el fin de que abdicara y su hijo se convirtiese en el príncipe soberano y, por lo tanto, ella en la princesa soberana. Tenía ganas de actuar.

Llevaba años escondiendo su genio, siendo la perfecta mujer sumisa, benévola y comprensiva.

Tenía miles de ideas para convertir a Lochlann en un paradigma del paraíso enfocado en el ocio de la aristocracia europea. Y ahora el castillo se había desmoronado como si fuesen naipes. Por fin llegó a la casa de Walter.

Aparcó fuera y tocó el claxon para que saliera. Cuando lo vio aparecer, no tuvo más remedio que admitir que él era lo único que le quedaba entonces y que toda su vida hasta ese momento había desaparecido de un plumazo.

—¡¿Qué ha sucedido?! —inquirió con impaciencia el primer ministro en cuanto se subió al coche en el asiento del copiloto.

—No tengo ni idea —reconoció Giselle, abrumada por sus propios pensamientos—, pero Astrid se presentó con una foto nuestra, besándonos.

—Pero eso no es motivo para huir. Será un escándalo, pero ¿marcharnos del país por eso?

—Ya lo sé, pero estoy convencida de que ese cretino del programador lo ha descubierto todo. Además… creo que se me soltó un poco la lengua cuando mi cuñada me atacó con lo nuestro y dije algunas palabras de más que podrían acusarme de lo de mi suegro. Esto nos salpica a los dos.

—¡Joder, Giselle!

—Ya no hay tiempo para las lamentaciones, debemos marcharnos.

¿Tienes una idea de hacia dónde ir?

—A Suiza. Por lo menos por ahora. Una vez allí, ya pensaremos con mayor tranquilidad.

—De acuerdo.

—Está claro que estamos jodidos.

Todos se habían reunido en el salón familiar mientras esperaban noticias sobre Gisella y el señor Steiner. Maximiliam había puesto en conocimiento de su abuela y de su primo las últimas averiguaciones, por lo que los ánimos estaban alborotados.

Nick se jactaba ante su abuela al estar por fin fuera de sospechas.

Amelie fruncía el ceño por… por todo. Maximiliam se paseaba de un lado a otro farfullando ininteligiblemente. Astrid jamás había visto a su hermano así. Estaba claro que la traición de su mujer y del primer ministro lo había afectado mucho, algo normal por otra parte. Su madre permanecía con la mirada perdida, estupefacta. Ella y Giselle se llevaban muy bien. O eso creía ella. El golpe había sido muy duro.

Astrid estaba sentada junto a Seán, que la arropaba con su brazo. Había sido algo tácito. Los dos continuaron con sus muestras de cariño sin hablarlo, tan solo porque lo necesitaban. Por su parte, lo tenía claro: no iba a ocultar más su amor por Seán, pasase lo que pasase. O lo asumían o que no contasen con ella. Sabía que él nunca había sido partidario de encubrir sus sentimientos, así que no le extrañó nada cuando él le tomó la mano para darle fuerzas cuando tuvieron que contarles a sus familiares los últimos acontecimientos.

Pensó que quizás no se habrían dado cuenta en vista de las malas noticias que tuvieron que asumir, pero pronto descubrió que estaba equivocada. En cuanto su abuela se cansó de esquivar las pullas de Nick, el blanco estaba claro para ella, así que sus dardos fueron disparados sin compasión alguna.

—Dime, Astrid, ¿no te da vergüenza estar abrazada al empleado de tu hermano delante de tu familia?

—¡Abuela! —exclamó Astrid.

Su madre seguía inmersa en sus pensamientos, y su hermano se había quedado plantado delante de una de las ventanas mirando el infinito.

Ninguno de los dos prestaba atención a las salidas de tono de la anciana, pero Nick siempre estaba dispuesto a contraatacar. Sobre todo si iba destinado a Amelie.

—¡Bien, abuela! Cada día te superas más con tus exabruptos —ironizó

Nick.

—¿Qué quieres? Me sorprende que esté con él. No tienen nada en común. De alguna forma tengo que conseguir que vuelva al mundo del que proviene. Él no tiene nada que ofrecerle.

Astrid intentó incorporarse, exaltada, pero Seán la frenó y le dijo algo al oído. Ella afirmó con la cabeza, se levantó al tiempo que exhalaba un suspiro para calmarse y se plantó frente a Amelie.

—¿Sabes lo que has conseguido, abuela? —preguntó retóricamente con un tono burlón en su voz—. Que no me importe nada lo que opines tú. Nada en absoluto, querida abuela. Desde que estoy aquí, no has dejado de despotricar contra Nick, influyendo en el pensamiento de algunos de nuestros familiares. Puedes intentar hacer lo mismo en mi caso, que yo voy a tomar las decisiones que yo quiera, sin importarme tu criterio. Nos amamos y vamos a continuar juntos. En cuanto mi padre esté bien, me iré a Irlanda con él. Me gustaría que todos aprobaseis mi relación pero, si no es así, volveré a desaparecer de vuestras vidas. —Se giró dando una vuelta alrededor para mirar a cada uno de los componentes de su familia que estaban en el salón—. Espero que quede claro para todos.

—Muy bien dicho, primita —aprobó Nick, jocoso.

Maximiliam se había girado al escuchar las primeras palabras de su hermana.

—Astrid, creo que este no es el momento para hablar de esto…

En ese momento, unos golpes en la puerta hicieron que todos volteasen su mirada hacia ella. Tras la autorización de Max, George abrió la puerta.

—Altezas, tienen visita.

—¿De quién se trata, George? —interrogó el príncipe regente.

—Del Director General de la policía, alteza.

—Hazlo pasar de inmediato, por favor.

—Como desee —concluyó el mayordomo mientras efectuaba una leve inclinación de su cabeza.

Karl Huber, Director General de Policía del principado de Lochlann,

hizo su entrada con rostro muy serio; hizo un saludo formal con su cuerpo ante Maximiliam y otro ante el resto de la familia.

—¿Qué noticias me trae? —inquirió Max de inmediato.

—Lo lamento, alteza, pero no son buenas noticias. El coche de la princesa Giselle se ha salido de la carretera.

—¡Oh, Dios! —exclamó Norbertina, la madre de Astrid, conmocionada.

—Ha caído por un precipicio y en este momento están bajando para su rescate. He venido a informarle en persona en cuanto me han dado la noticia.

—¿Está viva? —lo interrogó Max.

—No se sabe todavía, alteza.

Astrid se dejó caer junto a Seán y se tapó la cara con las manos. De inmediato, el joven la abrazó y besó su sien.

—Tranquila, cariño —le susurró el joven.

—Alteza, también quería informarle que el señor Reisinger, secretario del Primer Ministro, ha sido detenido.

—Bien. Pronto necesitaré hablar con él. Cuando yo se lo pida, le ruego que lo traigan a palacio.

—Por supuesto, señor.

En ese momento sonó el móvil del señor Huber.

—Perdón, alteza, pero debo responder. Espero noticias del hecho en cuestión —se disculpó—. Dígame, comisario Berger —respondió con rapidez.

Todos lo miraron expectantes. Pese a lo que habían hecho, por lo menos Astrid, no les deseaba ningún mal a los dos conspiradores, salvo la cárcel.

El señor Huber afirmaba con la cabeza, atento a las palabras que recibía.

—¿Los dos? —oyeron que preguntaba.

El corazón de Astrid se aceleró al tener un presentimiento que no quería ni que se le pasase por la mente. Agarró la mano de Seán y la apretó, nerviosa. Le vino a la cabeza una criaturita pequeña que en esos momentos jugaba en sus aposentos con su nana.

El Director General colgó y miró a Maximiliam.

—Alteza, lamento muchísimo ser portador de malas noticias. La princesa Giselle ha fallecido en el trágico accidente. Iba acompañada del Primer Ministro, que también ha seguido su misma suerte.

Se formó un revuelo en el salón. Norbertina pegó un pequeño grito y comenzó a abanicarse con las manos, sofocada. Astrid se levantó para auxiliar a su madre a la vez que su primo.

—Trae un vaso de agua Nick, por favor —le pidió la joven a su primo.

—¡Dios mío, qué desastre! —exclamó Tina.

Maximiliam despidió al Director General de la policía y se acercó hasta su abuela, que permanecía sola y con el rostro más blanco que la nieve.

—Abuela, ¿necesitas algo? ¿prefieres retirarte a tus habitaciones?

—No, Maximiliam. Soy la princesa viuda de Lochlaan y condesa von Amsber. Puedo con esto y con mucho más. Y tú deberías arreglar lo antes posible esta contrariedad.

—¡¿Contrariedad?! —exclamó Astrid.

—Bueno, jovencita. Quien dice contrariedad dice desgracia —replicó la anciana.

—Abuela, creo que será mejor que se retire a su habitación —dijo el príncipe con tono duro.

***

Maximiliam y Seán, acompañados por Nick, que había dejado a un lado la ironía típica de él para centrarse en ayudar a su primo, estuvieron el resto del día encerrados en el despacho. Allí recibieron al comisario Berger, que les informó con todo lujo de detalles del accidente automovilístico. Había ocurrido en las peligrosas curvas previas a la capital, Aisling. El coche lo conducía la princesa; había un fuerte frenazo en la calzada además de evidentes muestras de

volantazos hechos con la intención de controlar el auto, pero se había precipitado por la ladera de la montaña hasta chocar contra un árbol, que les produjo la muerte instantánea a los dos, ya que ninguno llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Seán les explicó con mayor detalle todo el entramado que habían efectuado para el desfalco antes de recibir a Franz Reisinger. Por suerte, no les costó mucho que el secretario de Walter Steiner confesara su implicación, por lo que, gracias a la *sutileza* y dominio de Nick en las negociaciones, pudieron pactar con él el retorno del dinero a las arcas de Lochlann.

En esos momentos Astrid por fin había podido ir a refugiarse a su habitación. Le había mandado un wasap a Seán para que acudiese allí cuando pudiese. Necesitaba tenerlo a su lado.

La joven se dejó caer en la cama agotada, aunque algo aliviada después de una ducha. El día había sido caótico tras todos los acontecimientos y noticias devastadores para la familia principesca. Ella se había ocupado de su madre, a la que la había afectado muchísimo la traición de Giselle y su posterior muerte. Decidieron que no iban a informa de nada al príncipe soberano hasta que no estuviese completamente recuperado, así que fingir delante de él había sido muy duro para madre e hija. De él y de Sophie.

Astrid también le había dedicado tiempo a su sobrina, ajena a la muerte de su madre.

Desnuda, se acurrucó en la cama. Estaba tan cansada que no tuvo

fuerzas ni para apartar el embozo de la colcha.

Cuando llegó Seán, la encontró hecha un ovillo profundamente dormida. La miró con ternura. Le habría gustado estar junto a ella para consolarla y darle fuerzas, pero sus conocimientos eran necesarios para Maximiliam. Pero eso no había evitado que ella permaneciese en su mente permanentemente.

Sus dedos comenzaron a picarle ansiosos por tocarla. ¡Estaba tan bella!

Su rostro estaba relajado con los labios entreabiertos. Sus largas pestañas sombreaban sus mejillas a la tenue luz dorada de la única lámpara que había encendida sobre la mesilla de noche. Las doradas guedejas de su hermoso cabello estaban derramadas por la almohada.

Con el mayor cuidado posible para no despertarla, se desnudó y se dio una ducha reconfortadora. Luego apartó la colcha, se tumbó junto a ella y la acurrucó entre sus brazos para infundirle calor. ¡Qué a gusto estaba! Era así como debían estar siempre. Y, con ese pensamiento aferrado a su mente, se quedó dormido.

Durante la noche hubo un momento extraño. Los dos abrieron los ojos al mismo tiempo y en la penumbra se miraron sin hablar. Se dijeron palabras de amor en silencio. Tan solo sus ojos expresaron los sentimientos que guardaban a la espera de ser compartidos. Luego Seán esbozó una tierna sonrisa, Astrid lo acompañó y volvió a rebujarse en sus brazos para continuar durmiendo.

## Capítulo 25

*Diez días después*

—Hans, por favor, tranquilízate y siéntate —suplicó Tina preocupada.

—Padre, madre tiene razón. No debes exaltarte, y menos ahora que ya está todo solucionado —intentó tranquilizarlo Maximiliam.

—Está bien, está bien —reconoció el príncipe soberano, dejándose caer en uno de los sillones del salón familiar donde se encontraban los tres.

Esa misma mañana los médicos le habían dado el alta, y ya no podían ocultárselo más, así que, pese al temor por su salud, esposa e hijo lo habían abordado en el salón en cuanto Hans salió del ala destinado a sus aposentos y pisó la planta baja por primera vez desde su infarto.

—Sé que estás disgustado porque no te mantuvimos informado de lo que ocurría, pero debes comprender que en esos momentos era perjudicial para tu salud.

—Lo comprendo, Tina. Mi enfado es conmigo mismo por no haber podido evitaros todos esos disgustos, por confiar en Walter y no darme cuenta de lo pérfidos que eran él y Giselle.

—No deberías sentirte así, padre. Giselle era mi mujer. Dormía en mi misma cama y no me di cuenta de nada. Más culpable que yo no puedes sentirte tú. Al fin y al cabo, ella atentó contra tu persona para arrebatarte el poder mientras que el interés de Walter era económico.

—Nos han engañado a todos —apostilló Tina—. Nadie debe sentirse culpable. Debemos superarlo juntos, así que no más reproches a uno

mismo.

—Tienes razón, querida. —El príncipe soberano miró a su hijo—. Max,

¿puedes avisar al señor Gallaguer y a tu hermana para que vengan? Creo que debo hablar con ellos.

—Por supuesto —confirmó Maximiliam al tiempo que se dirigía hacia la puerta. La abrió y asomó medio cuerpo—. George, por favor, haz venir al señor Gallaguer y a la princesa Astrid.

—De inmediato, alteza. —Se oyó la voz del mayordomo.

Desde que había ocurrido la desgracia en ese hogar, Seán no se había separado ni un segundo de Astrid. En pocos días todo había concluido a la vista del principado, pero no en sus vidas. La muerte de Giselle, su entierro, acompañar a Sophie en el duro trance de entender que su madre ya no iba a volver, mentir a su padre, intentar levantar el ánimo de su madre… Todo ello mantenía a la joven en una pesadumbre y tristeza que solo conseguía mermar cuando él la envolvía entre sus brazos y la consolaba entre palabras cariñosas y demostraciones de amor.

Por las noches, se dejaba acunar por Seán y se olvidaba del mundo. Solo existían ellos dos. Durante el día lo sentía a su lado, pero por la noche la colmaba dentro de ella. Eran uno. Indivisible. Formaban un todo. Gozaban, se amaban, se saboreaban y se complacían uno al otro de las formas más dulces y pasionales que la mente podría imaginar. Su energía se recargaba para seguir entera y no desmoronarse al día siguiente y al otro y al otro…

Seán, ella sabía que para distraerla, le había pedido que le enseñara su país y, después del entierro de Giselle, tomaron por costumbre salir todas las mañanas, acompañados por la sobrina de Astrid, por su amiga Anna o por Lukas. La joven quería que se sintiese uno más de su gente. Un día le presentó a su nana, Camilla, que los recibió con mucho amor, como ella era, y, como no, adoptó a Seán como si fuese uno de sus niños.

Esa mañana estaban inquietos. Durante el desayuno, Norbertina y Maximiliam les informaron que iban a hablar con el príncipe soberano, y habían decidido no salir del palacio por si los necesitaban, así que se encontraban en el jardín, junto a la piscina, mientras veían cómo se bañaba Sophie con su niñera.

—Parece que mi sobrina ya está asumiendo la pérdida de su madre —

reconoció Astrid con un tono triste.

—Alteza, señor Gallaguer —oyeron la voz de George que apareció junto a ellos—, los reclaman en el salón familiar.

—¿Mi padre está bien? —preguntó Astrid, inquieta.

—Perfectamente, que yo sepa, pero permítame, alteza, que le informe de que todavía no tengo dotes adivinatorios, aunque todo se andará…

Gracias a las bromas del mayordomo, Astrid se relajó un poco y su risa afloró espontáneamente.

—Gracias George. Vamos enseguida.

—¿Nerviosa? —le preguntó Seán en cuanto se fue el mayordomo.

—Sí, claro. No sé cómo se va a tomar mi padre todas las mentiras que hemos tenido que contarle. Siempre ha sido un hombre muy enérgico y autoritario y, aunque yo he creído notar un cambio en él durante la enfermedad, no sé si ha sido porque quería verlo y todo ha sido producto de mi imaginación, o por la situación en la que estaba. No sé con qué me voy a encontrar, ni si a partir de hoy yo regresaré a Irlanda sin familia de nuevo o no.

—Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos, cariño.

—Eso siempre.

Por el camino, Astrid respiró con fuerza en un intento de serenarse.

Agarrada de la mano de Seán, abrió la puerta sin saber lo que le esperaba detrás de ella.

—Pasa, Astrid, por favor —le pidió su padre desde el sillón en el que se encontraba sentado.

—Buenos días, papá. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Astrid mientras se acercaba sin soltar a Seán.

—Bien, bien. Gracias, hija.

—Papá, permíteme que te presente a Seán Gallager. —Miró al joven y añadió—: Seán, te presento a Philipp Johannes Alfons Marie de Wchinitz, soberano de Lochlann.

—Hans para usted, Seán.

—Me alegro de su recuperación, alteza —lo saludó el joven haciendo una leve inclinación con su torso.

—Gracias por su interés, pero insisto, llámeme *Hans*. —Les hizo una indicación para que se sentasen los dos en el sofá que había frente a él y continuó—: Mi hijo me ha informado de su implicación en la resolución del desfalco y quería agradecérselo en persona.

—No hay de qué. Astrid me pidió ayuda, y yo haría cualquier cosa por su hija, Hans —reconoció Seán.

La joven se quedó sin respiración al escuchar al programador. Esperó, durante lo que le parecieron unos largos segundos, a que su padre dijese algo. Lo vio afirmar con la cabeza, mirar a su hija, volver sus ojos hacia Seán y otra vez sobre ella.

—Astrid, gracias a ti se descubrió la traición de Giselle y Walter Steiner.

—Bueno, el mérito es de Anna. Ella hizo la foto por casualidad y, cuando la vio, me avisó de inmediato.

—Sea como fuere y por los motivos que sean, he de agradeceros a los dos vuestras intervenciones, que han sido claves para poder solventar nuestros problemas, aunque lamento mucho las consecuencias que han tenido —concluyó haciendo referencia al fallecimiento de su nuera y del Primer Ministro.

—Te digo lo mismo que ha dicho Seán: yo también haría cualquier cosa por mi familia.

—¿Incluso quedarte aquí? —preguntó Hans con la mirada fija en su hija.

Astrid abrió los ojos asombrada. No esperaba esa petición por parte de su padre, por lo menos en ese momento. Miró a Seán, que había girado la

cabeza hacia ella. Observó su mirada preocupada, dudosa.

—No, papá. He de decirte que Seán y yo estamos enamorados, y yo me vuelvo a Irlanda con él —verbalizó Astrid por primera vez ante su familia.

—¿Y si le ofrezco a Seán llevar todo el tema informático del Gobierno de Lochlann?

La sorpresa fue manifiesta en los rostros de los dos implicados.

—Papá, ¿eso quiere decir que apruebas nuestra relación?

—Astrid, tú sabes que yo tenía otro pensamiento sobre con quién deberías casarte. Estaba empeñado en que debía ser alguien que perteneciese a nuestro círculo y, más en concreto, mi elección era Lukas.

No entendía que te negases cuando tú y él habíais sido uña y carne durante toda la vida. Pero…

—Yo quiero a Lukas como un hermano —lo interrumpió su hija—, es mi mejor amigo. Tan solo eso. Y, si después de toda la vida junto a él, como tú bien has dicho, no había surgido el amor entre nosotros, estaba claro que no lo habría nunca.

—Sí, Astrid, ya lo entiendo. Y también he comprendido que tú eres libre para elegir tu pareja. No quiero que vuelvas a alejarte de nosotros y, sinceramente, le estoy muy agradecido a Seán por dos motivos: el primero, por su ayuda, y el segundo, pero más importante, por sus palabras de antes al confesar que lo hizo por ti. Eso me ha demostrado lo que le importas. —

Miró al joven—. Por todo ello, te ofrezco el trabajo.

Seán había permanecido estupefacto durante toda la conversación que habían mantenido Astrid y su padre, y entonces, al verse involucrado en ella, no sabía qué responder. Miró a la joven, desconcertado. Ella observó su mirada y luego dirigió sus ojos hacia su hermano, que sonreía complacido, y a su madre, que los miraba con expectación, y tomó las riendas de la conversación de nuevo.

—Papá, te agradezco mucho tus palabras. La verdad es que, después de haberos recuperado, no me apetecía volver a perder el contacto con

vosotros, pero creo que Seán y yo debemos hablar antes de tomar una decisión y, sea cual sea, lo que sí que te prometo es que no volveré a desaparecer de vuestras vidas, cosa que espero que tampoco suceda si no salen las cosas como vosotros o, más en concreto, tú las planeas.

—Hans —intervino Seán—, estoy de acuerdo con Astrid. Es una decisión que debemos tomarla entre los dos, lo cual no significa que no se lo agradezca infinitamente, sobre todo por ella.

Tras las palabras del joven, Astrid se levantó para dar un abrazo a su

padre.

—Gracias, papá —le susurró al oído.

Epílogo

*Navidad 2018*

Los ojos de Fiona se agrandaron cuando atravesaron la verja que encerraba el magnífico palacio Wchinitz. Los tres componentes de la familia de la hermana de Seán habían sido invitados a pasar las navidades en Lochlann, por lo que Seán había ido a recogerlos al aeropuerto de Viena.

El vuelo se había retrasado debido a una tormenta que había dejado todo el paisaje nevado, razón por la cual llegaban con el tiempo justo de arreglarse para la comida.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿Ahí vive su familia?

—Impresiona, ¿verdad? —dijo Seán mientras atravesaba el jardín, que en esos momentos estaba cubierto por un manto blanco de gélida nieve.

—Menos mal que le hice caso a tu hermana y me he traído mis mejores trajes.

—No te preocupes, cuñado, seguro que a mi lado tú parecerás un auténtico aristócrata —se burló Seán—. Al fin y al cabo, lo que los padres de Astrid quieren es que su hija esté con ellos estas fiestas y por ello transigirán con lo que sea necesario.

—Por lo menos esta invitación demuestra que no están resentidos por haber vuelto a Irlanda y no aceptar el trabajo que te ofreció su padre —

reconoció su hermana desde el asiento trasero mientras intentaba despertar al pequeño Flynn, que dormitaba en su regazo.

—No han tenido más remedio, Fiona. Astrid fue muy contundente a la hora de exponer sus prioridades y creo que ellos ya aprendieron la lección durante los casi dos años de ausencia de su hija. El príncipe Hans es un

hombre muy inteligente y no iba a caer en el mismo error. Además, he de reconocer que me han demostrado con creces lo agradecidos que

están por mi ayuda para desentrañar todo el lío del desfalco y la conspiración para derrocarlo. Hasta la abuela tiene otra actitud conmigo desde que llegamos hace tres días.

Las últimas palabras fueron acompañadas por el estacionamiento del coche delante de las escaleras, y enseguida apareció ante ellos la figura inconfundible de George, ataviado con un grueso abrigo. Seán presentó al mayordomo a su familia, y este los guio hacia las habitaciones que les habían destinado. Se trataba de una suite con una habitación adyacente para su sobrino. Luego se despidió de ellos y se dirigió a la habitación de Astrid, que compartía con él.

—¡Cariño, ya estoy en casa! —exclamó al tiempo que abría la puerta.

—¡Bienvenido, amor! —se oyó la voz apagada de Astrid desde el aseo.

Atravesó el cuarto y entró en el baño siguiendo el rastro de su voz.

—¿Cómo sabías que era el lugar en el que te quería encontrar? —

bromeó.

Las risas atravesaron el cristal de la mampara de la ducha, y la puerta se abrió enseguida.

—Pasa, cielo. Tengo un problema con mi espalda; no llego bien para enjabonarme.

No tardó más de unos poquísimos segundos en desnudarse y adentrarse en la ducha.

—Soy tu salvador, cariño. Cualquier cosa por mi amor.

El comedor principal del palacio Wchinitz estaba adornado de forma ostentosa a la espera de que acudiesen todos los comensales. Seán, incomprensiblemente, se había retrasado a la hora de vestirse y le había pedido a Astrid que pasase a por su familia y los condujese hasta allí, situación que ella aprovechó para presentarles a su propia familia.

Todas las mujeres habían elegido vestidos de cóctel muy elegantes.

Astrid llevaba uno de color rosa palo en tejido de seda salvaje. La falda concluía poco antes de las rodillas y tenía unos pliegues en la cintura que le creaban un poco de volumen. Estaba preciosa.

Ellos vestían de chaqué con los chalecos en negro o en distintos tonos

de gris. Ni siquiera Rory, el cuñado de Seán, desentonaba entre la distinción del porte aristocrático de los Wchinitz.

Todo el mundo permanecía de pie en distintos corrillos, con una copa de champán entre sus manos como aperitivo. Parecía que habían congeniado bastante bien con la hermana y cuñado de Seán.

Los dos niños, el hijo de Fiona y la hija de Maximiliam, enseguida se habían hecho *los más mejores amigos del mundo* y parloteaban en una esquina, como si confabularan alguna trastada.

Ya solo faltaba Seán. Astrid sonreía para sí al pensar en la entrada triunfal de su chico con su indumentaria habitual para las ocasiones más formales: unos chinos negros con una camisa azul. Era lo más elegante que se permitía vestir, pero a ella no le importaba nada. Más bien, todo lo contrario. Gozaba con tan solo pensar en el rostro de sus familiares cuando lo viesen entrar.

Y en ese momento hizo su aparición. Astrid giró su rostro en cuanto oyó que la puerta se abría y sus ojos se abrieron como dos luceros. Tragó con fuerza. En su estómago se fraguó un fuerte estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo. ¡Estaba impresionante!

Seán vestía un impecable chaqué con el chaleco en color champán. Su pelo lo llevaba peinado hacia atrás con algún tipo de fijador y su barba estaba recién recortada. En su rostro destacaban sus múltiples pecas como si quisiesen proclamar que él estaba ahí, que seguía siendo el mismo.

Las conversaciones se silenciaron, y todos se quedaron mirándolo, asombrados. Astrid captó enseguida cómo su sonrisa se hacía tímida en cuanto se notó el centro de todas las miradas.

—Buenas. Siento el retraso —saludó con evidente nerviosismo.

Para sorpresa de la joven, lo vio dirigirse hacia su padre con paso dubitativo.

—Alteza. —Se inclinó ante el príncipe soberano—. Si no tiene inconveniente, me gustaría hablar un momento con usted.

—Adelante. Estoy a tu disposición.

—Gracias, alteza. Quisiera pedirle la mano de Astrid —expulsó sin dilación, ansioso—. Me gustaría tener su aprobación para casarme con su hija.

Un coro de exclamaciones sonó a su espalda, pero él se quedó con la mirada fija en los ojos del príncipe Hans, expectante. No era que su respuesta fuese definitiva para su futuro, pero posiblemente fuese importante para la relación que tuviese en adelante Astrid con su familia.

Ella miraba lo que estaba ocurriendo con estupefacción y con el corazón encogido. No tenía ni remota idea de que él fuese a hacer algo así por ella.

Poco a poco se fue acercando mientras escuchaba las palabras de Seán y la respuesta de su padre.

—Pues… en primer lugar, he de admitir que me ha sorprendido tu petición, por lo que he de agradecerte esta deferencia. Sé que solo ha sido motivada para complacer a mi hija y por eso aún me satisface más. —Una electrificante pausa llenó el ambiente que flotaba en el elegante comedor.

Había llegado junto a ellos y de inmediato notó la calidez de una leve mirada de reojo de Seán. Lo amaba. Sabía que esta acción era otra de las muestras que él tenía para demostrarle lo que sentía por ella.

—Y, en segundo lugar —continuó el príncipe Hans—, no soy yo el que debe darte el consentimiento. Solo depende de ella, pero he de añadir que mi familia y yo estaríamos muy honrados si tú formases parte de ella.

Sintió una honda satisfacción por las palabras de su padre. Por fin él había comprendido que la vida de su hija solo le pertenecía a ella.

Observó como Seán afirmaba con la cabeza, se giraba hacia ella y la miraba con infinito amor. Las mariposas comenzaron a revolotear en el

momento en el que vio cómo flexionaba las piernas y posaba una rodilla en el suelo. ¡Oh, Dios! ¿Qué iba a hacer? ¿De verdad iba a hacer lo que creía que iba a hacer? Tuvo deseos de pellizcarse para tener la certeza de que no estaba soñando. Seán se metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y extrajo una cajita de terciopelo negro que alargó hacia ella mientras la abría.

—Mi amor, mi querida Astrid. Me concedes el inmenso placer de compartir tu vida conmigo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

No pudo controlar sus manos que por su propia iniciativa cubrieron su

rostro repleto de emociones. Estupor, admiración, felicidad, amor, adoración, embeleso, arrebatamiento… Una explosión de sensaciones eclosionó y convirtió su cuerpo en un hervidero de sentimientos. Su mano temblaba cuando la alargó para coger el anillo.

—¿No dices nada? —preguntó Seán, con un leve tono burlón.

—¡Oh! Sí, sí. ¡Claro que sí! —respondió al mismo tiempo que él se levantaba y se arrojó en sus brazos. Lágrimas de felicidad asomaron a sus ojos.

Alrededor de ellos los rostros de sus familiares se plagaron de sonrisas y miradas de complicidad y cariño. En cuanto Astrid se separó de Seán, Fiona no pudo contenerse y se lanzó en brazos de su hermano para besarlo.

—¡Felicidades! ¡Bien hecho, cariño!

La efusividad de la hermana de Seán fue el inicio de un revuelo de enhorabuenas y felicitaciones del resto de familiares. Hasta la abuela de Astrid compartió la alegría del momento. Parecía que a la anciana mujer le había afectado la deslealtad de Giselle más de lo que *a priori* habían pensado y su actitud había cambiado abismalmente. Por lo menos ya no discutía con su nieto Nick.

La comida se inició con un ambiente festivo aumentado por la última noticia. Para agasajar a sus invitados, la princesa Tina había ordenado que se sirviese el menú típico en las casas irlandesas.

Cuando Seán y su familia vieron cómo les servían salmón ahumado, gambas y una sopa como entrantes, reconocieron que Norbertina era la perfecta anfitriona y le agradecieron el detalle. El plato principal compuesto por pavo con jamón asado acompañado de relleno de pan, patatas asadas, puré de patatas, y salsa de arándanos sabía exactamente igual que el que ellos hacían para su día de Navidad en Irlanda, por lo que cada vez se sentían más como en su propia casa.

La comida se cerró con el típico pastel de Navidad, pero la sobremesa se alargó durante horas en un ambiente de alegría y de euforia. El príncipe Hans se había recuperado del todo; el dinero del desfalco había vuelto a las arcas del Gobierno y la familia volvía a estar unida. No podían haber tenido mejor final de año. El único pensamiento nefasto que de vez en cuando ocupaba sus pensamientos, sobre todo cuando miraban a Sophie, era el recuerdo del final trágico de Giselle.

Ya era de noche cuando se levantaron de la mesa para ir cada uno a

sus aposentos y refrescarse un poco, a la vez que descansar. En breves horas volverían a reunirse para la cena, así que se desperdigaron por el palacio.

Todos, salvo Seán y Astrid.

—Me gustaría que me acompañaras un momento —le susurró a la joven en el oído mientras le rodeaba la cintura con un brazo y le daba un beso en la sien.

Ella lo miró con los ojos achispados y con una sonrisa que le recordó a la miel de lo dulce que era.

—¿Piensas aprovecharte de mí? —le preguntó en el mismo tono.

—A todas horas —le respondió con la voz enronquecida, al tiempo que la retenía a su costado para que saliera toda la familia del comedor y quedarse ellos dos solos allí—. Tú confías en mí, ¿verdad?

—Completamente.

Notó cómo se estremecía ante la incertidumbre de lo inesperado, pero su rostro expresaba la veracidad de sus palabras. La soltó para quitarse la

corbata ante los ojos atónitos de ella.

—¿Qué haces? ¿Aquí? Puede entrar cualquier persona del servicio.

—Tranquila, no vamos a escandalizar a nadie —le respondió entre risas nerviosas.

Estaba atacado. Llevaba toda la tarde esperando que llegase ese momento, a la vez que lo temía. Confiaba que la sorpresa le gustase, pero, precisamente por ello, su cuerpo estaba agitado e intranquilo.

—Gírate, por favor. Voy a taparte los ojos y yo te guiaré. No tengas miedo, ¿vale?

La joven lo miró durante unos instantes, pero de inmediato se dio la vuelta y se dejó hacer. Era cierto, confiaba en él plenamente. Las mariposas hicieron acto de presencia en su estómago, como si supiesen algo que ella ignoraba y la previnieran ante el momento. Seguro que te va a gustar, le decían.

Seán vendó sus ojos con la corbata y la ató detrás. Volvió a envolver su cintura con el brazo, se pegó a su costado y tomó su mano con la

otra.

—Vamos, déjate llevar —dijo al tiempo que comenzaba a andar.

Astrid se sintió protegida y sin miedo avanzó con él. Percibió que salían del comedor y la guiaba por el pasillo hasta que se detuvo. La soltó unos segundos para ayudarla a colocarse una chaqueta gruesa. Presintió que no estaban solos. Conocía su hogar al dedillo, y no necesitó notar el fresco de la noche para saber que, en cuanto comenzaron a andar, atravesaron las puertas que daban acceso al jardín trasero.

La guio para adentrarse por el mullido césped que notó despejado de nieve, volvió a detenerse y advirtió cómo se colocaba frente a ella. Su aliento, algo alterado, calentaba su rostro que se había enfriado por la temperatura exterior. Lo notó aspirar con fuerza, como si absorbiera su fragancia hasta lo más profundo de su ser.

En ese momento, una suave música sonó a su alrededor.

—Es el Nocturno N.º 2 de Chopin, como ya te habrás dado cuenta.

Desde que te conozco, esta melodía lleva tu nombre. Siempre me recuerda a ti. La música más hermosa para la mujer más hermosa —le oyó susurrar en su oído con tal dulzura que la hizo estremecer.

El corazón se le paró y comenzó a bombear con fuerza. Las manos agitadas de Seán deshicieron el nudo de la corbata, y esta cayó al suelo, sin que ninguno de los dos le prestaran la menor atención. Astrid parpadeó al desaparecer la oscuridad. Miró alrededor asombrada. Se encontraban bajo el sauce llorón, pero este le ofrecía un nuevo firmamento lleno de luz.

Decenas y decenas de bombillas lo engalanaban y los rodeaban como si se encontrasen en medio de la galaxia.

—Me muero por abrazarte, mirarte a los ojos, sentir que estoy enamorado de ti y que tú lo estás de mí. ¿Quieres bailar conmigo? ¿Te apetece? —dijo Seán con la voz cargada de emoción.

Ella lo miró a los ojos empañados por las lágrimas y no hubo respuesta.

Sus palabras se habían quedado paralizadas en su garganta entrelazadas por un nudo de emoción.

Así, con las miradas imantadas, se pegó a él para seguir el ritmo de la única música que quería seguir oyendo por toda la eternidad. Su corazón.

FIN

Nota de la autora

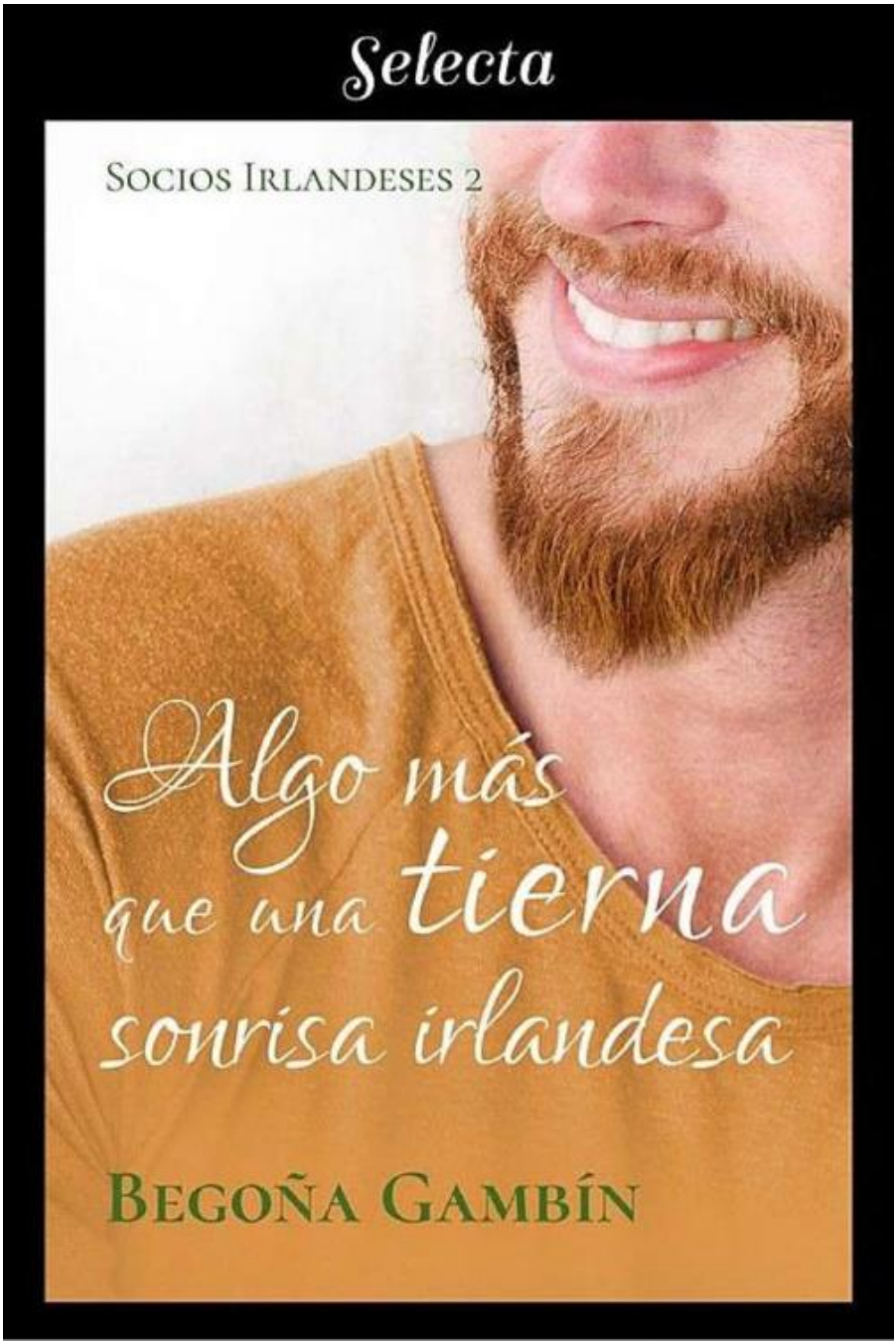
El principado de Lochlann no existe. Lo aviso por si a alguien se le ocurre googlearlo. Ni su capital, Aisling. Pero sí que quise darles unos nombres significativos.

En irlandés, *Lochlann* significa «tierra de lagos» porque así era como yo me imagino el principado; y Aisling significa «sueño». Pero no un sueño de esos que experimentamos cuando dormimos, no. Sueños de deseos que se cumplen, de los que se viven en la realidad. Como esta novela y las dos que acompañan a la trilogía *Socios Irlandeses*.

Por supuesto, la familia principesca Wchinitz también es fruto de mi imaginación.

Llevaba un tiempo dedicando mis novelas a las mujeres, pero estos tres irlandeses me robaron el corazón en cuanto comenzaron a rondarme en la cabeza, y espero que a vosotras os pase lo mismo.

También quiero comentaros que, durante una parte de la novela, se cuentan algunos detalles sobre un robo en la empresa y de la relación entre Connor y Marta. Si alguien quiere saber su historia, tiene la oportunidad de leerla en la primera novela de esta serie, *Algo más que una luminosa sonrisa irlandesa*.




**El amor no entiende de apariencias, o… eso dicen.**

Seán es un loco de la informática y el encargado de la programación de los videojuegos que se crean en Dagda, la empresa que ha constituido junto a sus dos amigos, Declan y Connor. Es un joven con aspecto un tanto desastroso, pero con un gran corazón, bondadoso con la gente que le rodea. Su trabajo, o más bien su afición, es el centro de su vida, hasta que poco a poco va conociendo a Megan.

Megan es una joven dulce y romántica que trabaja en Dagda como secretaria. El aspecto peculiar de Seán llama su atención en un principio, aunque, al observarlo con atención, es su forma de ser lo que la enamora. Eso, y su tierna sonrisa.

El amor entre ellos se va cociendo poco a poco hasta que la atracción se hace patente y la cercanía en el trabajo consigue que Seán francos el uno con el otro.

Pero Megan tiene un secreto en su vida que no puede desvelar a nadie. Algo que le impedirá sincerarse con Seán cuando él la descubra en los brazos de otro hombre.

¿Qué reacción tendrá él ante la supuesta deslealtad de Megan? ¿Megan y Seán serán capaces de salvar todos los obstáculos y unir dos mundos tan opuestos?

**Begoña Gambín**. Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

# Document Outline


- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Epílogo

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Epílogo
- Nota de la autora
- Sobre este libro
- Sobre Begoña Gambín